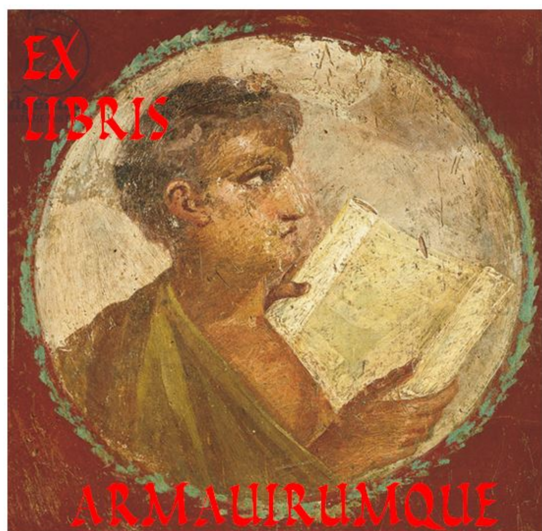
ENNODIO-OPUSCULO Y DECLAMACIONES

Enodio

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 357



ENNODIO

OBRA MISCELÁNEA
DECLAMACIONES

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

AGUSTÍN LÓPEZ KINDLER



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B.C.G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Eustaquio Sánchez Salor.

López de Hoyos, 141; Madrid, 2002
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 11431-2007

ISBN 978-84-249-2865-0

Impreso en España. *Printed in Spain*
Composición: Manuel Rodríguez
Impreso en Top Printer Plus, S.L.

INTRODUCCIÓN GENERAL

I. BIOGRAFÍA

Familia e infancia

Magno Félix Ennodio[1], un *gentleman* de la Iglesia, como ha sido calificado recientemente[2], es uno de los autores latinos más prolíficos del s. VI d. C. Santo, obispo, poeta, maestro de gramática y retórica, teólogo y embajador, autor de casi quinientas composiciones, entre las cuales destaca una gran colección de cartas y ciento setenta y dos poemas, merece ser estudiado sobre todo por sus opúsculos, una importante obra miscelánea que comprende diez piezas. Además, nos ha dejado veintiocho discursos de carácter esencialmente retórico,

[1] Se encuentran algunas variantes del nombre, como Aenodio, Evhodio y, sobre todo, Innodio en algunos manuscritos y en el *Corpus Inscriptionum Latinarum* (CIL): VIII 1358; XII 338. Sin embargo, el encabezamiento de sus epístolas y otros pasajes de la obra, así como diversos testimonios de autores contemporáneos, como sus parientes Mesala y Avito y el papa Hormisdas, coinciden en Ennodio.

[2] Véase en la bibliografía, S. A. H. KENNELL... *A Gentleman of the Church.* Merece este título, no por ser una lumbrera de su tiempo, como Boecio y Casiodoro, sino por haber sido una persona que supo siempre estar en su sitio en un ambiente *(ciuilitas)* de personas cultas y rendir valiosos servicios tanto al Estado como, sobre todo, a la Iglesia.

que pueden calificarse de disertaciones, porque la mayor parte de ellas no fueron pronunciadas en público[3]. A través de su obra, sobre todo el quinto de sus opúsculos, que él mismo llama confesión, conocemos muchos detalles de su biografía[4].

Nació en 473/74 de padres ilustres, altos funcionarios de la Galia; su ciudad de origen fue probablemente Arles, donde continuaron viviendo su hermana Euprepia y otros parientes[5]. Pronto perdió a sus padres y a raíz de esta desgracia pasó a la Italia septentrional, donde una tía, hermana de su padre, se hizo cargo de su educación. No se conoce exactamente el momento en que llegó a Italia, por lo que tampoco es posible precisar si su primera formación tuvo lugar aún en la Galia.

Esta parienta, cuyo nombre nos es desconocido, murió en 489/90, cuando Ennodio tenía sólo dieciséis años, pero ya podía considerar la Liguria como su patria[6]. En cualquier caso, de este cúmulo de desgracias no se puede sacar la conclusión

---

[3] La edición de los *Monumenta Germaniae Historica (MGH)* comprende en total cuatrocientos setenta números.

[4] No sólo de la suya sino de la de muchos contemporáneos, tanto personalidades públicas, como Teodorico o el obispo Epifanio, como familiares. Valga un ejemplo: de Cinegia, una pariente próxima, sabemos que era esposa de Fausto, madre de Avieno (E VII 17, 1), que enfermó, murió y fue enterrada en Roma (E VII 28, 2. 29, 2) y que el mismo Ennodio compuso su epitafio (E V 7, 2).

[5] Las otras ciudades que se disputan su cuna son Milán y sobre todo Pavía. Su estirpe es la de los Anicios, famosa en los anales religiosos y políticos del imperio. A ella perteneció el primer senador cristiano de Roma, así como mártires y padres de la Iglesia, como san Ambrosio. Entre los antecesores de Ennodio, y con el mismo nombre, hay un *proconsul Africae* y un *comes rerum priuatarum* así como, en épocas sucesivas, siempre en la Galia, otros personajes de relieve. A través de sus obras, conocemos el nombre de algunos de sus parientes en Italia: Cinegia, Boecio, Fermina, Elisea y su hijo Avito, Juliano, Máximo, Senario.

[6] «El buen humor es compañero del hombre cuando éste vuelve a su suelo natal», escribe a su vuelta de una de las sesiones del sínodo de Roma: P I 6, 1.

de que quedara desligado de cualquier vínculo familiar. Por el contrario, mantuvo siempre estrecha relación con parientes más o menos próximos. En conjunto, es larga la lista de allegados que aparece en su producción literaria: Euprepia, madre de Lupicino, y la madre de Partenio son hermanas suyas; una viuda a quien se ve impulsado a consolar con tierna solicitud, es probablemente una tercera hermana[7]. Quizá se puede añadir la sobrina cuyo matrimonio planea en una carta a Laconio[8]. Hay al menos otras siete con las que se siente unido por lazos de sangre, para lo cual utiliza expresiones muy variadas: consanguinidad, proximidad, afinidad, parentesco. Todo esto, sin mencionar la gran cantidad de personas con las que siente y cultiva esas *afinidades electivas* que J. W. Goethe inmortalizaría en sus famosas *Wahlverwandschaften*.

Carrera eclesiástica

Tanto por la muerte de su tía como por la invasión de Italia —en el verano de 489— por parte de Teodorico, el rey ostrogodo, y el consiguiente enfrentamiento con Odoacro, que sumió a la región en el caos, su situación se hizo difícil[9]. Providencialmente le acogió una familia cristiana de buena posición, con cuya joven hija se prometió en matrimonio poco tiempo después. Ese proyecto, sin embargo, no se llevó a efecto[10]: la situación de la familia empeoró, cosa explicable dadas

---

[7] P I 5, 22.

[8] E V 24.

[9] A ella alude Ennodio en M 5, 20-21.

[10] La lectura correcta del códice de Bruselas, la fuente más importante de la tradición manuscrita ennodiana, permite llegar a esta conclusión, que hasta la edición de MGH no era aceptada. Véase la discusión en MGH, pág. VI. En su reciente monografía sobre Ennodio, S. A. H. Kennel, siguiendo la opinión que ya había expresado F. Magani, mantiene la tesis de que el matrimonio llegó a realizarse. Su argumentación, a base de contraponer las

las invasiones y devastaciones a que estuvo sometido el N. de Italia entre 490 y 494 —los años que duraron los esponsales—, hasta que, por mediación del cónsul Fausto, el obispo Epifanio de Pavía acogió a Ennodio en el estado clerical y le confirió las órdenes sagradas en esa ciudad, mientras su prometida ingresaba en un convento[11].

Diácono en Milán

Entre 496 y 499 llegó a la diócesis de Milán, a cuyo frente estaba el obispo Lorenzo (490-512), un pariente a quien tuvo mucho que agradecer[12]. Aquí, en calidad de diácono, encontró oportunidad de desarrollar su actividad de escritor, de enseñar retórica a algunos jóvenes alumnos y sobre todo de intervenir en las disputas, ya iniciadas, entre el papa Símaco y Lorenzo, aspirante a la sede de Pedro, que culminarían poco tiempo después en un cisma abierto. Activa, e incluso decisiva, fue su intervención en el sínodo Palmar que tuvo lugar en Roma en el año 502 para dirimir la cuestión. Que su participación en ese sínodo no dejó de tener relieve lo prueba el hecho de que se le encomendó a él la tarea de defender la decisión que allí se había adoptado, favorable al Papa. De resultas de ese encargo, redactó el *Libelo a favor del sínodo* (M 2).

De vuelta a la capital lombarda desplegó una amplia labor, que podría calificarse de diplomática, siempre por encargo de su obispo. En este tiempo llevó a cabo dos viajes: uno de

directrices de la iglesia romana con la practica del celibato en la Galia y el N. de Italia, no es convincente. De otra parte, en ningún sitio se habla de descendencia de ese matrimonio.

[11] Aunque los motivos de la ruptura no son claros —pudo ser la pobreza en que incurrió la familia de la desposada—, lo cierto es que se produjo, como se desprende de M 5, 23-25.

[12] En E I 14, 4, el mismo Ennodio habla de este parentesco.

ellos a Pavía, a lo largo del 503, y a finales del mismo año se desplazó a la corte de Teodorico en Rávena.

En los años siguientes, siempre desde la ciudad ambrosiana, mantuvo contacto con los amigos que había hecho durante su estancia en estas dos ciudades a quienes, como se desprende de su correspondencia, se dirige tanto para recomendar a jóvenes que querían estudiar en Roma, como para presentar a personajes que deseaban hacer carrera en Rávena. Igualmente mantiene relación con los allegados del papa Símaco, con exponentes del clero galo y con parientes del otro lado de los Alpes.

En 506 emprende un viaje a la frontera gala en representación de Lorenzo, con un objetivo desconocido[13]. Al año siguiente desempeña una misión difícil en Rávena con el fin de rehabilitar en el favor del rey Teodorico a Fausto Níger, marido de su pariente Cinegia, y uno de sus amigos y corresponsales más asiduos. Parece que sus gestiones, junto con las de otros amigos, tuvieron éxito. El encargo de redactar el *Panegírico* del rey (M 1), un triunfo personal para el joven diácono, fue posiblemente una de las consecuencias de este viaje.

En la primavera de 508 desempeña una nueva misión en la región de los Alpes Cotios[14], que retrasa su segundo viaje a Rávena, a donde sus allegados le pedían insistentemente que acudiera para asegurarse la sucesión de Lorenzo como obispo milanés. El 25 de julio de 508 los milaneses eligieron a Eustorgio[15]. Este fracaso disgustó profundamente a Ennodio, a quien encontramos de nuevo en Rávena en el mismo año para atender a Cinegia, quien murió y fue enterrada en Roma entre finales de 508 y comienzos de 509, con asistencia de nuestro autor.

[13] Véase P I 1.

[14] Véase E VI 38.

[15] Personaje al parecer indigno, como deja entrever el mismo Ennodio en D 5, 5, y sobre todo en E VII 9.

De nuevo en Milán, a mediados de 509, hace un viaje a los confines de la Galia en el verano del año siguiente[16]. También visita a una hermana suya en la primavera de 511[17], pero en ese mismo año tiene que renunciar por problemas de salud a una misión para la cual Fausto le había recomendado a Teodorico[18].

Poco después, escribe el *Eucharisticum de vita sua* (M 5), en el que, siguiendo la huella de las *Confesiones* de san Agustín, examina con mirada crítica su propio pasado.

Obispo de Pavía

En 514, fecha imprecisa, recibe el nombramiento de obispo de Pavía. A partir de ese momento falta todo ulterior rastro de producción literaria, aunque es presumible que siguiera escribiendo, sobre todo cartas. Indirectamente conocemos su actividad episcopal, sobre todo la diplomática, a través de la llamada *Collectio Avellana* —que recoge comunicaciones imperiales, papales y diferentes fuentes de muy diverso tipo— y del capítulo correspondiente al papa Hormisdas en el *Liber pontificalis*, que da cuenta de los hechos más notables acaecidos en el transcurso de cada papado. En ambas fuentes se encuentran referencias al papel de Ennodio como presidente de dos legaciones enviadas al emperador oriental Anastasio I —en 515 junto con Fortunato, obispo de Catania, y en 517 en compañía de su colega de Miseno, Peregrino—, en las que se debía tratar de la unificación de las iglesias griega y latina, quebrada por el cisma acaciano, pero ningún texto original suyo.

---

[16] Véase E VIII 13.

[17] Véase P I 5.

[18] El texto sobre el que se apoya este dato resulta oscuro: E IX 11, 6-7.

Sólo a través de un epitafio en Pavía sabemos que murió el 17 de julio de 521[19], día en el que se conmemora su fiesta litúrgica. En él, que consta de nueve dísticos elegiacos, se lee en sustancia que fue «de cuna preclara, generoso con sus allegados... combatió los cismas y devolvió a la Iglesia la fe en Pedro...».

Hoy, con mucha más perspectiva, se puede afirmar de él que prestó una contribución de alcance histórico, al menos en tres aspectos: la evolución de la romanidad hacia la Europa de los reinos bárbaros, personificados en el reino ostrogodo, la restitución de la unidad en el seno de la Iglesia occidental tras el cisma lorenzano y el intento de pacificar el oriente y el occidente cristianos, divididos por la secesión de Acacio[20]. En ninguno de ellos desempeñó el papel de protagonista, pero indudablemente aportó sus múltiples dotes personales, poniéndolas al servicio, no tanto del rey Teodorico y los papas Lorenzo y Hormisdas, como de la civilización cristiana.

Con su trabajo al frente de la diócesis de Pavía, en los últimos años de su vida, entró a formar parte de la amplia serie de obispos que, en el centro de Europa, garantizaron tanto la unidad de la fe como la salvación de la tradición clásica, los dos elementos básicos de la cultura medieval.

II. OBRA LITERARIA

Una biografía tan movida y tan intensa no le impidió a Ennodio dedicarse a la literatura, terreno en el que cultivó géneros muy diversos ya desde su juventud. A grandes rasgos

---

19 CIL V 2 N. 6464.

20 Ver a este respecto L. NAVARRA, «Contributo storico di Ennodio», *Augustinianum* 14 (1974), 315-342.

se pueden distinguir cuatro: epístolas, opúsculos varios, declamaciones y poemas.

Las epístolas

El nervio de su obra se basa en las cartas, por medio de las cuales mantuvo trato con diversas e importantes personalidades, tanto del estamento civil como del eclesiástico, y con miembros de su familia[21]. El *corpus* de Ennodio consta de 297 piezas, casi la mitad de sus escritos, que J. Sirmond distribuyó en 9 libros, de acuerdo con la tradición de este género literario[22]. Según todos los indicios, todas fueron redactadas en el período milanés y no van más allá del 513. No están dirigidas sólo a hombres sino también a mujeres. La mayor parte de ellas son sus parientes, como su hermana Euprepia, aunque también se acuerda de personas distinguidas como Firmina y Bárbara. Entre los destinatarios masculinos se encuentran personalidades de gran prestigio, como Fausto, con su hijo Avieno, Olibrio, los papas Símaco y Hormisdas, Boecio, Liberio y otros. Su modelo es el orador Símaco, quien, después de Virgilio, es el autor a quien más cita.

Otras obras en prosa

Además, escribió diez composiciones en prosa, que representan una gran variedad de géneros y temas. Su simple enumeración muestra ya esa diversidad: un panegírico; una apología, en la que toma partido a propósito de un conflicto

[21] Entre sus corresponsales aparecen grandes personalidades de la época, como Boecio, cónsules y cuestores, dos Papas y diversos obispos.

[22] En nueve libros está distribuido, por ejemplo, el epistolario de Plinio el Joven, Símaco (ambos con un décimo libro que contiene su correspondencia oficial), Sidonio Apolinar.

eclesiástico; dos biografías, una a caballo entre panegírico y hagiografía y otra que entra de lleno en la especie hagiográfica; una confesión autobiográfica; un escrito didáctico; dos textos de carácter jurídico y, finalmente, otros dos litúrgicos.

Algo análogo ocurre con las veintiocho declamaciones, ejercicios retóricos de corte académico, en las que, como veremos, se pueden distinguir diversos grupos.

Las poesías

Aparte de que en las cartas se encuentran poesías —como había sido ya el caso de Sidonio Apolinar— y de que otras obras suyas en prosa, por ejemplo la *Paraenesis didascalica* (M 6), incluyen poemas, conocemos ciento setenta y dos composiciones, de metros y longitud muy diversas, que los editores han distribuido en dos libros.

En toda esta producción tan variada demuestra conocer a fondo la tradición latina de siete siglos, sobre todo la obra de Terencio, Cicerón, Salustio y Virgilio. Pero también se pueden detectar, aunque sea en menor grado, influencias de Ovidio, Marcial, Juvenal, Estacio y Luciano, aparte de los poetas tardíos Claudiano, Sedulio y Sidonio Apolinar y los prosistas de la misma época, Quinto Aurelio Símaco, Avito y el propio Sidonio. Mas indudablemente la fuente más clara y repetida para su inspiración es la Sagrada Escritura sin que falten ecos de los escritos de las grandes figuras de la Iglesia, Tertuliano, Cipriano, Ambrosio, Jerónimo y Agustín.

III. LENGUA Y ESTILO

En la lengua y en la métrica, Ennodio se atiene a los modelos clásicos, pero no puede evitar el influjo de su tiempo. Por eso su latín, correcto y hasta elegante, presenta rasgos

tardíos, como cambios de paradigmas nominales por otros afines[23], por lo que respecta a la morfología. En la sintaxis se observan indecisiones en la construcción de algunas frases, como las relativas, que a veces aparecen con indicativo y otras con subjuntivo[24], pero, sobre todo, llama la atención el uso preposicional de muy diversos ablativos[25]. Mención aparte merece el uso que Ennodio hace de la conjunción *dum*, a la que dota de muchos valores temporales y aspectuales. El resultado es que esta palabra, con mucha frecuencia utilizada, aparece a veces incluso con matices causales[26], creando muchos problemas de interpretación y hasta textuales[27]. En cuanto al léxico, la conclusión más difundida es que Ennodio utiliza pocos neologismos[28].

Para referirme brevemente a procedimientos de estilo que saltan a la vista como excesos, diría en primer lugar que abusa de las redundancias[29], no sólo en la multiplicación de palabras

---

[23] Por ejemplo *muniis*, con mucha frecuencia seguido del especificativo *litterarum*, como ablativo de *munus, -eris*. *Exitium, impugnantum, caelicolum*, como genitivo plural, en vez de *exitiorum*, etc.

[24] Véase, por ejemplo en M 1, 16, donde en un mismo período emplea las dos posibilidades. Lo mismo ocurre en M 3, 54, en M 6, 23, etc.

[25] *beneficio, indicio, ministerio, obsequio, officio, pretio, solacio, studio, testimonio, clave, consideratione, duce, merito, teste, etc.*

[26] Véase, por ejemplo, D 4, 7.

[27] En D 12, 6, 21, 25 se encuentran ejemplos claros de este problema.

[28] A. Dubois, *La latinité...* págs. 533 ss. llega a la conclusión de que en la sintaxis, Ennodio tiende al análisis (perífrasis, multiplicación de giros preposicionales) y en el léxico, a la abstracción (sustantivos en *-tio, -tas, -tura*). Más recientemente, M. Cessa, *Ennodio...*, pág. 170 afirma que apenas se encuentran neologismos en la obra ennodiana. Cuando aparecen, se trata de términos compuestos con prefijos como *ex-*, *per-*, como *effulguro* (M 3, 98), *perinmensus* (*ibid.* 97), *excerptim*, con el significado de *carptim, obiter*. Finalmente, como señala C. Rohr, *Der Theoderich-Panegyricus...* pág. 31, apenas aparecen barbarismos. Los helenismos se reducen al ámbito litúrgico y se encuentran exclusivamente en las obras de contenido específicamente cristiano.

[29] *Superstitiosi... figmenti*: «ficción superpuesta»: M 7, 5.

y hasta de períodos que abundan en la misma idea, sino en la construcción de perífrasis, a base de dos sustantivos: el primero de valor genérico, (cosecha, siega, juicio, carga), banalizado, que se precisa, con una connotación moral, por medio de un segundo sustantivo en genitivo[30]. Por contraste, encontramos nombres que adquieren tal cantidad de significados que es difícil dar con el sentido exacto en que son empleados[31]. Todo esto hace unas veces reiterativo y recargado su discurso, otras difícil de comprender.

En lo que respecta al significado, la característica que más llama la atención es la búsqueda ante todo de la paradoja, hasta el punto de que este rasgo es la columna central de su pensamiento[32]. Esto se ha dicho con razón a propósito de buena parte de las declamaciones, pero seguramente puede aplicarse al resto de su obra.

En este aspecto se sienten, como expondremos más adelante, las fuertes antítesis a las que estaba sometida la cultura de la época, pues a los altos ideales morales a los que aspiraba

---

[30] Se repiten expresiones como *messis* —cosecha— *(doctrinae, ingeniorum, peritiae, diligentiae, gaudiorum, gratiae, perfectionis, humani generis), fascis* —carga— *(inuidiae, imperitiae, annorum, oneris), lanx* —bandeja, platillo de la balanza— *(iudicii, examinis, veritatis), lima* —lima— *(peritiae, studiorum, artis), macies* —penuria, escasez— *(ingenii, studii, meritorum, eloquii, votorum, linguae), nexus* —ligadura— *(concordiae, condicionis, exemplorum, pactionis), palma* —palma, premio— *(orationis, declamationum, linguae, iudicii, eloquentiae, sermonis), serenitas* —serenidad— *(sermonum, conscientiae, mentis, actuum, rerum), stemma* —guirnalda, cuna— *(familiae, virtutum).*

[31] Valga sólo un ejemplo: la palabra *genius* tiene en la obra ennodiana un amplio campo semántico que comprende, desde el sentido original de genio o espíritu protector de cosas, personas o lugares —M 1, 56; 5, 42—, hasta un gran abanico de cualidades humanas, como autoridad —D 21, 34—, ornato —M 2,132—, talante, carácter, gracia, valor, dignidad, esplendor, etc. Véase, ThLL, VI 2, sobre todo 1839-41.

[32] Véase B.-J. SCHRÖDER, «Charakteristika...», pág. 274.

como hombre de Iglesia, y que se reflejan en tantas sentencias diseminadas a lo largo de su obra[33], se oponen expresiones soeces en algunos de sus epigramas o en los pasajes polémicos de las obras en las que arremete contra quienes ponen en peligro la unidad de la iglesia, negando su obediencia al Papa[34].

Hay que señalar también el frecuente uso que hace Ennodio de la prosopopeya. En su escrito en defensa del Sínodo introduce largos discursos de Pedro, Pablo y Roma. En la *Parenesis* incluye poemas que pone en boca de diferentes artes y virtudes y finalmente en la declamación decimotercera hace pronunciar un discurso (nn. 7-8) a la estirpe de Paterio y Severo.

Es frecuente asimismo encontrarse con otros recursos estilísticos, como elipsis y excursos, sin que falten anacolutos o fallos de construcción, que podrían tomarse, no como incorrecciones involuntarias, sino como un efecto querido y hasta buscado[35].

Un punto especialmente delicado para la comprensión de sus obras es el arranque de muchas de ellas, momento que de modo habitual aprovecha para exponernos sus preferencias literarias, acompañadas de reflexiones de tipo más general, que a veces se salen del contexto. Son pasajes que han

---

[33] Por poner sólo un ejemplo, la última parte de M 4 está salpicada de frases de ese tipo: nn. 87, 105, 147, 186.

[34] Valgan como muestra los exabruptos contra los partidarios de Lorenzo en su escrito M 2, 9, etc., o verbos como *uomere, ructare,* en D 12, 11, en medio de una alabanza a los estudios literarios.

[35] Elipsis de un sustantivo se da ya en el título de la primera declamación, donde suprime *die*, o en D 13, 8, donde hace lo mismo con *tutela*, pero también se encuentran elipsis de verbos (D 21, 28) o de ambos, como en *quid pluribus (verbis utar)?* (M 3, 82). Los excursos son a veces amplios, como el de Catón en el n. 30 de M 1. A propósito de anacolutos, véanse, por ejemplo, las construcciones que se comentan en D 9, 19 y 12, 8; M 8, 2. Mas problemática es la explicación del comienzo de M 2, donde parece que Ennodio simplemente se complica.

sido discutidos repetidas veces y cuya explicación no acaba de satisfacer, porque admiten diferentes interpretaciones tanto desde el punto de vista paleográfico, como gramatical y sobre todo ideológico[36].

IV. CARACTERÍSTICAS

Ennodio era galo de nacimiento, pero su vida transcurrió en el N. de Italia, de manera que podía calificar a la Liguria como su patria. Desde allí, sin embargo, tuvo una relación muy estrecha con los acontecimientos más importantes de su tiempo. De una parte, con los sucesos que se gestaban en Roma, que ya no era la capital del imperio de Occidente, sino la sede del sucesor de Pedro y por tanto el centro de la Cristiandad. De otra, con la corte de Rávena, última residencia de los emperadores y sucesivamente de quienes fueron ocupando el poder, sobre todo del rey ostrogodo Teodorico.

Pero Ennodio es ante todo un clérigo, colaborador estrecho y eficaz de grandes personalidades eclesiásticas del momento como el obispo Lorenzo o los papas Símaco y Hormisdas.

Cuando comenzó a trabajar con el primero y a lo largo de su vida, en la que desempeñó tareas delicadas, hasta llegar a ocupar la sede episcopal de Pavía, contamos con datos suficientes para concluir que era un cristiano convencido, por más que su formación hubiera sido la clásica de su tiempo. Con otras palabras, parece exagerado afirmar que el cristianismo no había penetrado su personalidad[37].

---

[36] Este es el caso de M 3, 3, cuyo texto ha sido discutido en todas las ediciones y al que P. Krafft ha dedicado un largo comentario en la revista *Latomus* (1969), que por cierto no convence a editores posteriores, como M. Cesa.

[37] Véase Haw, VIII 4, 2, 147.

Esto es compatible con el hecho de que siga utilizando su formación pagana con la intención, tan presente en la clase dirigente cristiana de la época, de fundir ambas culturas[38]. Es verdad que estaba muy familiarizado con el mundo del Olimpo y sobre todo con el de la escuela de retórica, pero el objetivo de su vida era formar cristianos y mantener la unidad de la fe.

En su actividad literaria se preocupa ante todo por la forma, la elocuencia es para él el bien supremo, pero por encima de ese nivel están las virtudes y esta realidad resplandece en todas y cada una de las disertaciones que dedica a la formación de los jóvenes que le rodean, por razonas de amistad o parentesco.

Es cierto que en el terreno de la formación retórica le faltan ideas propias, pero en su *Paraenesis didascalica* hay un valor añadido que eleva el nivel de las aspiraciones juveniles al esfuerzo por la conducta virtuosa y desde luego muchas de sus composiciones, como quedará suficientemente probado a lo largo de este libro, revelan un profundo conocimiento de la Sagrada Escritura[39].

El deseo de impresionar al lector con la belleza formal de su obra, que con frecuencia cae en el retorcimiento y la pomposidad, tiene que ver directamente con su propósito de formar mentalidades cristianas que, sin renunciar a la herencia tradicional, la informen con el espíritu nuevo que proporciona

---

[38] Véase, a este respecto, G. VANDONE, «*Status* eclesiástico e attivitá letteraria in Ennodio tra tensione e conciliazione», en *Atti della...* págs. 89-99.

[39] Es raro encontrar citas directas de las palabras de Cristo que nos trasmiten los Evangelios —como *Lucas* 10, 16 (M 2, 8); *Lucas* 12, 5 (M 2, 114)—, pero de modo implícito aparecen muchas más como las de *Mateo* 16, 18-19, que Ennodio trascribe en M 2, 95, o los deseos de paz a los Apóstoles tras la resurrección, en M 3, 87. Sin embargo, su doctrina está presente por doquier, por ejemplo en M 2, sobre todo la trasmisión del primado a Pedro, pero también otras ideas: por ejemplo, en M 2, 10.

la fe. Por eso, no sólo en sus escritos más políticos, como el *Panegírico de Teodorico*[40], sino también en los de ambiente eclesiástico[41] y hasta en las declamaciones[42], es frecuente encontrar alusiones a la enseñanza de Cristo como la guía y garantía suprema, tanto de la vida de cada hombre como del Estado.

En mi opinión, esta manera de enfrentarse a su obra es más cercana a la realidad y desde luego más justa que la de quienes la descalifican reprochando en ella, por lo que se refiere a la expresión, la artificiosidad, afectación, dureza de construcción, vacuidad y exceso de retórica[43]. Más injusto aún es, como tendremos ocasión de comprobar a través de los escritos que aparecen en este volumen, achacarle en el terreno de las ideas nostalgia del pasado e incomprensión de la realidad que rodeó su vida[44].

---

[40] W. PORTMANN afirma con razón que esta obra es la primera del género en la que el cristianismo se tematiza. Ennodio adopta una postura crítica o al menos distante respecto a la historia de Roma. Teodorico la rejuvenece gracias a su fe —M 1, 80—, pasando por alto que era arriano.

[41] En M 3 se puede apreciar cómo toda su actividad en pro de la paz se remite al Evangelio: cf. nn. 71, 86, 87, 88, 145, 154, 155, 163.

[42] Véanse, por ejemplo, D 1, 17, a propósito de la actividad de Lorenzo, el obispo de Milán, o en M 6 el ideal educativo que despliega ante los jóvenes Ambrosio y Beato. Pero también, cada una de las controversias y las suasorias. Sobre este tema, véase L. NAVARRA, «Le componenti letterarie e concettuali delle «Dictiones» di Ennodio», *Augustinianum* 12 (1972), 465-478.

[43] Tales son los calificativos que se encuentran, casi sin excepción, en los manuales de Historia de la literatura latina más prestigiosos.

[44] Sus obras, no sólo las de contenido histórico, sino sobre todo las epístolas, nos lo muestran interesado en los asuntos que le afectan a él o a sus familiares. Por poner un solo ejemplo, valga la intervención ante las instancias oficiales a favor de sus familiares y amigos que tenían dificultades de expropiación de sus terrenos por parte de la nobleza ostrogoda: E II 22, 23, 33; III 20; VI 5; VIII 13; IX 23. Sobre este tema, véase T. BURNS, *A History...* págs. 82-84.

Es verdad, que su obra es un reflejo de las dicotomías de su época —el mantenimiento a toda costa de los géneros literarios tradicionales frente a la degeneración de la lengua latina; las tensiones entre aristocracia romana y la nueva población bárbara; el enfrentamiento entre la tradicional elite de los hombres letrados frente a la cristiandad masificada; la oposición entre *plebs* y *clerus*—, que la convierten demasiadas veces en un verdadero suplicio para el lector actual, que no acaba de penetrar en el sentido, o más bien los sentidos, en los que Ennodio codifica lo que quiere expresar.

Sin embargo, un examen detallado y sereno de su producción literaria llega a la conclusión de que estamos ante un escritor fecundo, que escribe sobre temas que conoce, en buena parte autobiográficos, y que algunas de sus composiciones sirven aún hoy como fuentes historiográficas e incluso son recomendables desde un punto de vista estético, como la biografía del santo obispo Epifanio.

V. PERVIVENCIA DE SU OBRA

Los primeros autores que parecen haber escrito bajo la influencia de Ennodio son, al otro lado de los Alpes, Venancio Fortunato (s. VI) y, ya en el s. VIII, Paulo Diácono. Del segundo se sabe que llegó a Francia exilado, después de la caída del N. de Italia en manos de los francos. Se había educado en Pavía y allí redescubrió la obra de Ennodio y la trasladó a la corte de Carlomagno. Los canonistas carolingios se convirtieron en asiduos lectores de nuestro autor; entre ellos, destacan el o los redactores anónimos de las *Decretales Pseudoisidorianas*, que le hicieron famoso, al incluir en su colección el librito apologético a favor del sínodo romano, útil en la defensa de la autoridad papal.

Por esa vía, a partir de mediados del s. IX, la obra ennodiana parece haber encontrado el camino de regreso a Italia,

gracias a Nicolás I, el primer papa medieval que demuestra conocerla, y a Juan VIII[45].

A lo largo del siglo x las obras de Ennodio fueron leídas y estudiadas con toda diligencia, como lo demuestra el análisis de los catálogos y manuscritos de las bibliotecas europeas más antiguas. De ese examen se desprende que fue honrado e imitado y que algún Papa, como Gregorio VII, fomentó la copia de nuevos códices de sus obras. Fue elegido como modelo por escritores de cartas, poetas y hombres de gobierno dentro de la Iglesia.

No faltaron tampoco detractores, como el obispo Arnulfo de Lisieux, quien en una carta (1160) dirigida al legado pontificio Enrique de Pisa hace una crítica demoledora a la lengua y el estilo de Ennodio[46], pero puede decirse que durante toda la Edad Media fue estudiado en monasterios y curias diocesanas de toda Europa, desde la curia vaticana hasta la escuela episcopal de León.

Incluso en la época renacentista fue citado de modo positivo por muchos hombres doctos, como Pietro da Moglio, Colluccio Salutati, Niccolò Niccoli, Poggio Bracciolini, Francesco Pizzolpasso. Hacia la mitad del s. XVI se despertó el interés por Ennodio al norte de los Alpes, donde sus obras se imprimieron repetidas veces. Éstas cayeron en el olvido durante el barroco, como veremos al hablar de la ediciones.

---

[45] En una carta al abad Berrario, afirma este sumo pontífice, recogiendo el juicio del primero: «Lejos de mentes piadosas un pensamiento negativo sobre la primacía del obispo de Roma, puesto que el santo confesor Ennodio de la ciudad de Pavía nos enseña que Dios omnipotente, o eleva hasta ese cargo a personas preclaras o ilumina a quienes elige». Véase J.-P. MIGNE, PL, CXXVI 944.

[46] En efecto, no ahorra calificativos: «difícil, oscuro, tenebroso» hasta concluir: «su primer objetivo es expresarlo todo de forma diferente a los demás y por tanto todo lo que dice lo complica de un modo intrincado, por lo que más que Ennodio, debería llamarse Innodio»: *Ep.* 26. Véase J. A. GILES, *Arnulfi Lexoviensis episcopi epistolae*, Oxford, 1844, págs. 132-133.

VI. TRANSMISIÓN DEL TEXTO

Esta voluminosa obra está recogida en un buen número de manuscritos, diseminados en bibliotecas de toda Europa occidental, desde la nacional de Berlín hasta la de la Catedral de León[47]. Ninguno es anterior al s. IX. Los mejores y más antiguos, son los siguientes:

Ante todo el códice de la Biblioteca real de Bruselas (B) —206 hojas, en cuatro cuadernillos: de ahí, la numeración 9845-9848—, de finales del s. IX, copiado por diferentes amanuenses con diversas lagunas, por pérdidas, y con sucesivas correcciones. Sin embargo, es el más completo y él solo forma una rama que deriva directamente del arquetipo. Es el que goza de más autoridad y sirve de pauta a las diferentes ediciones.

Otra rama, de segunda clase, que acoge todos los demás manuscritos conocidos, estaría presidida por un x, desconocido, que habría sido utilizado por el Pseudo-Isidoro[48]. De él procederían:

---

[47] C. Fini, *Il censimento...* habla de 97 manuscritos, de los que se conservan 95; los dos restantes se han perdido. El resultado de ese censo es el siguiente: 12, datados entre los siglos IX-XVII, contienen la obra completa; 31, de los siglos IX-XVI, una parte importante, más o menos amplia; 17, entre los siglos XII-XV, una parte trasmitida en el *Florilegium Angelicum* y finalmente 37, datados entre el IX-XVI, con cuatro de las obras misceláneas recogidas por las *Decretales Pseudoisidorianae*.

[48] Recibe este nombre una colección de Decretales que se inicia con las palabras *Incipit praefatio S. Isidori*, que, en realidad, fue escrita entre 847-852 por uno o varios autores anónimos reunidos en una corte franca, recopilando los cincuenta *Canones apostolorum*, cartas y decretales pontificias —desde san Clemente hasta Gregorio II (731)— y cánones de concilios, desde Nicea (325) hasta el XIII de Toledo (683). Como su intención era reforzar la autoridad del Papa y fomentar la unidad de la Iglesia, partes de esta colección fueron incluidas en las oficiales y gozaron de una gran autoridad. Sin embargo, desde el s. XV fueron tenidas por apócrifas, a pesar de que contenían muchos documentos auténticos.

— el códice de la Biblioteca apostólica Vaticana 3803 (V), datado entre los siglos IX-X, directamente emparentado con el siguiente, al que supera por su integridad. En efecto, contiene toda la obra, a excepción de *Poemas* I 10-21; *Poemas* II 134-136; *Epístolas* E VII 23-29, es decir doce himnos, tres epigramas y siete epístolas.
— el códice de la Librería del Palacio de Lambeth, en Londres 325 (L), del último cuarto del s. IX-X, gravemente dañado por el paso del tiempo. Además de presentar las mismas lagunas que el anterior, faltan *Epístolas* III 26-27[49].

Directamente emparentados con el X, según G. Hartel (CSEL), o a través de V, según F. Vogel (MGH), tenemos los tres, o más exactamente el códice con tres fascículos (658, 461, 469) de la Biblioteca municipal de Troyes (T), que fueron copiados al mismo tiempo y por tres manos diferentes en el monasterio de Claraval, entre los siglos XII y XIII. Entre los tres contienen, junto con otras, toda la obra ennodiana, pero los dos últimos cuadernillos presentan muchas lagunas de *Poemas*, de los que se prescindió a propósito, dado su contenido.

En el mismo monasterio y por la misma época fue escrito el códice que actualmente se encuentra en el monasterio del Escorial, d. III. 22 (E). Quizás algo antes, entre los siglos XI-XII

[49] C. Rohr, antepone a su reciente edición del Panegírico de Teodorico, un exhaustivo estudio de la tradición manuscrita e intercala, a continuación del anterior, tanto el códice Phillipps 1715 de la Biblioteca Nacional alemana de Berlín (P), según él, copia directa de mitad del s. XII del Lambetano —si bien con algunos huecos que sería largo recoger aquí—, como el (L), 33 de la Biblioteca de la Catedral de León, que data imprecisamente de finales de la Edad Media. No obstante, aventura que podría haber sido copiado entre los siglos XII-XIII en el N. de Francia, donde las obras de Ennodio eran muy leídas, y llevado al NO. de España donde se encuentran muchos códices de esa época y proveniencia ya en el s. XV.

fue copiado el Reginense 129 (R), de la biblioteca que perteneció a la reina Cristina de Suecia (por eso, se le llama también C), y se encuentra asimismo en la Biblioteca Vaticana.

Existen copias posteriores, la mayor parte ya del s. XV, entre las cuales destacan el Parisino 2177 (P), del s. XV, que se encuentra en la Biblioteca nacional de París, el Monacensis 110 (D), de la Biblioteca del estado de Baviera, en Múnich y que data del s. XVI, el Magliabechianus I 6, 29 (M), del s. XIV, que ha tomado su nombre del famoso erudito de ese nombre (s. XVII) y se puede consultar en la Biblioteca nacional central de Florencia; finalmente el Vindobonense 745 (V), del s. XV, depositado en la Biblioteca Nacional austriaca, en Viena.

Pero si bien esta tradición manuscrita no presenta grandes problemas en cuanto al tenor del texto, la cuestión, discutida aún hoy, es la manera en que el autor mismo dio a conocer su obra y la difundió. Y, en consecuencia, el modo en que la trasmiten los códices y ha pasado a las ediciones hasta nuestros días.

VII. PUBLICACIÓN Y EDICIONES

Parece lógico concluir que algunas de estas obras las divulgó el mismo autor[50], dando a conocer enseguida aquellas composiciones que eran actuales por su naturaleza; de lo contrario, habrían perdido su efecto, como en el caso del epitalamio o del escrito polémico en torno al Sínodo romano. Prueba de que algunas circulaban en público es que Ennodio tuvo que defenderse de algún crítico mordaz[51]. En este caso

---

[50] En el manuscrito de Bruselas, al final de D 21, aparece una anotación del mismo Ennodio en la que confiesa que ha revisado el texto.

[51] Véase P II 68. F. VOGEL, en el prefacio a su edición en los MGH, supone que la obra criticada fue M 2. Véase MGH, AA VII, XXIX.

pudieron aparecer, bien por separado, bien agrupadas en un pequeño volumen y en varios ejemplares.

De las demás, la mayor parte las dejó preparadas para que fueran publicadas. Él mismo pensaba en una colección de sus propias obras literarias, porque entre los epigramas se encuentra una presentación para la edición de sus poemas[52]; además, algunas observaciones a piezas sueltas muestran que las había sometido a una revisión, con vistas a darlas a conocer a un círculo amplio de lectores [53].

Desde que fue nombrado obispo le faltaron el tiempo y la voluntad para seguir dedicándose a escribir. En su *Confesión* (M 5) llega a avergonzarse de la fascinación que había sentido por esa actividad[54].

Sin embargo, hay claros indicios de que la compilación llegada hasta nosotros no procede de él mismo. Así, por ejemplo, algunos poemas, como los himnos, citan como autor al *domnus Ennodius*, o hablan de él en tercera persona; otras piezas, habrían sido suprimidas por Ennodio mismo; incluso nos encontramos con una carta, que el autor quiere expresamente que no se publique; también probablemente habría prescindido de algunos epigramas inconvenientes, él que ya era obispo. En un verso falecio había cometido un error de prosodia; estaba enfadado por eso y seguramente habría corregido la falta si, al preparar la publicación, él mismo hubiera tenido oportunidad de hacerlo. Es evidente, por tanto, que los escritos de Ennodio fueron recopilados y dados a conocer por una mano ajena al autor.

Hay que concluir por tanto que la colección de sus obras fue compuesta tras su muerte por un amigo o discípulo y comprende textos escritos antes de 513, sin que esté clara la razón de este corte.

---

[52] P II 66.

[53] Por ejemplo, D 21.

[54] Véase M 5, 5-6.

Este proceso explica que en el cuerpo de obras que ha llegado hasta nosotros aparezcan alusiones a algunas —sobre todo, cartas, pero también panegíricos[55]— que el recopilador, sea quien fuere, ha dejado de lado.

El procedimiento de este personaje fue curioso porque, prescindiendo de la variedad de géneros, sometió el conjunto de la colección a un orden cronológico. Esta técnica de publicación se supone porque al parecer se basa en los borradores preparados para el copista, y se delata porque éste a veces se limita a escribir tal cual las anotaciones del autor, cuando, por ejemplo, indica simplemente «como más arriba», en vez de repetir el título de la persona a quien va dirigida la carta[56], que es el sentido en el que Ennodio utiliza esa expresión.

Esta técnica de trabajo, que, como hemos dicho más arriba, se refleja en los manuscritos, es el origen de las dificultades que presenta la historia de las ediciones de Ennodio.

La primera salió impresa en Basilea, en 1569 —en un volumen dedicado a los llamados *Monumenta S. Patrum Orthodoxographa*—, entre las *Epistolae Orthodoxographorum Theologorum Latinorum*. Esta *editio princeps*, obra del calvinista Juan Jacobo Grynaeus, no sólo es parcial[57], sino que presenta muchas deficiencias, en el sentido de que, de una parte, enmienda palabras y, de otra, admite corruptelas

---

[55] Por ejemplo, los que promete a Pomerio (E II 6, 2), a Máximo (D 3, 9), a Agnello (E IX 19, 3).

[56] Esto se repite en once pasajes, como en E I 12, 6.

[57] Se puede consultar en la Universitätsbibliothek de Basilea. Es un tomo de gran formato, con dos partes fundamentales: la primera —398 páginas—, dedicada a autores griegos con versión latina paralela, y la segunda —2.064 páginas— encabezada con el apelativo: «Epístolas de los teólogos ortodoxos latinos». En ella las obras de Ennodio, que son llamadas «Libro de las Sentencias de Ennodio», ocupan las págs. 269-480. Por lo que respecta a este volumen, no he encontrado en él M 10 ni D 9, 12, 24.

respecto a los manuscritos B y P, que evidentemente le sirvieron de base[58].

Apenas medio siglo más tarde, en 1611, dos jesuitas editan la obra ennodiana: Andreas Schott, en Tournai, con el título: *Beati Ennodii Ticinensis episcopi opera quae reperiri potuerunt omnia*, dedicada a san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, y Jacobus Sirmond, en París, con la denominación: *Magni Felicis Ennodii episcopi Ticinensis opera.* Ambos intentan superar los errores de la edición de Basilea, aportando otros códices, sobre todo el segundo. De otra parte, para hacer el material más asequible al lector, fuerzan el orden dado por los manuscritos, que se supone es cronológico, y lo ordenan por géneros literarios. A. Schott distingue entre *Epístolas* (12 libros), *Discursos* (15), *Declamaciones* (15), *Apologético* (del IV Sínodo romano, es decir M 2), *Declamación sobre la toma de una ciudad* (es la actual 22, que llegó a sus manos con posterioridad), *Poemas* (distribuidos en *Himnos*, *Panegíricos, Epigramas, Epitafios*). J. Sirmond distribuye la obra en *Epístolas* (9 libros), *Obras variadas, Discursos, Poemas* (2 libros). Esta última es la clasificación que ha adoptado la edición de CSEL.

Durante el resto del siglo XVII, todo el XVIII y hasta finales del XIX no se emprendió ninguna nueva edición de Ennodio. Simplemente, se reprodujo repetidas veces la de J. Sirmond, completada con algunas lecturas de A. Schott. Así la publicaron A. Galland en Venecia (1781), como undécimo tomo de su *Biblioteca veterum patrum* y J.-P. Migne en París (1847/1860) en el volumen LXIII, dentro de la serie latina de su Patrología.

Sólo doscientos cincuenta años después de la edición de J. Sirmond emprendió Wilhelm von Hartel esa tarea, que coronó

[58] Respecto a éste último, G. HARTEL, en su edición de 1882 para el CSEL, anota hasta seiscientos errores.

en 1882 con la publicación del VI tomo en la colección del *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum* (CSEL), en Viena. Asume la misma distribución de la obra, incluye muchas conjeturas que mejoran la comprensión del texto original y añade dos valiosos índices: uno de nombres y *realia* y otro de palabras y giros lingüísticos.

Casi al mismo tiempo, en 1885, publicó Friedrich Vogel, por encargo de los *Monumenta Germaniae Historica,* la obra completa de Ennodio, en el séptimo tomo de la serie *Autores antiquissimi.* Mantuvo, como la *editio princeps,* el orden de los manuscritos y estableció con mucha sensibilidad, tanto paleográfica como lingüística, el texto que hoy es punto de referencia indiscutible para cualquier trabajo sobre Ennodio. Supone un gran avance el hecho de que dividiera el texto en parágrafos[59]. Además, amplia sustancialmente la información aportando índices de textos de la Sagrada Escritura y autores clásicos citados o imitados, así como de posteriores compiladores de Ennodio. Agrega una larga lista de barbarismos que se encuentran en los manuscritos, así como índices de nombres, *realia* y muchas palabras, especialmente significativas.

Como se ve, cada edición ha seguido perspectivas diversas y entre las dos han mantenido abierta una dificultad que será difícil de superar en lo sucesivo para ediciones comple-

[59] No es cuestión de proponer cambios en esa numeración, pero es evidente que facilitaría la comprensión del texto, puesto que la actual, unas veces interrumpe períodos especialmente largos —sólo en M 2, en cuatro ocasiones: 2. 35. 106. 130— y otras no tiene en cuenta los cambios de argumentación o de tema que se introducen en el discurso. En este último sentido, por ejemplo, M. WINTERBOTTOM encuentra, en su traducción de la D 21, hasta trece pasajes en los que se produce esta situación, fuera del comienzo de un nuevo número. Para paliar esta dificultad, he procurado introducir en la traducción puntos y aparte que señalen el comienzo de un nuevo argumento.

tas de la obra ennodiana, como la que emprende ahora la B. C. G.[60].

Ambas líneas de trabajo presentan problemas: la primera somete al lector a una tortura por los continuos cambios de carácter de composiciones vecinas. Por ejemplo, los diez primeros números de una edición como la de MGH, hecha con este criterio, son: 1) la primera declamación; 2) el poema I 6; 3) la séptima declamación; 4-7) las epístolas I 1, 2, 3, 4; 8) el opúsculo 7; 9-10) las epístolas I 5 y 6. El primer poema (I 7) es la pieza 16 de la edición. Tiene a su favor que, por seguir en general un orden cronológico[61], permite relacionar fácilmente tanto maneras de expresarse el autor, como situaciones y personas a las que alude.

La segunda a su vez fuerza el carácter de algunas piezas, que bien podrían ser contadas en otro género[62], pero presenta

---

[60] La cuestión se agrava si se tiene en cuenta que J. Sirmond, al entresacar de la *princeps* las obras de cada género, no siguió ningún orden, por lo que la sucesión en la que aparecen las *Opera miscella* es 263, 49, 80, 240, 438, 452, 8, 123, 14, 81. Algo análogo ocurre con las *Declamaciones*.

[61] F. Vogel, en la introducción a su edición para MGH demuestra que es verdad que se observan algunas irregularidades —por ejemplo el n. I es de 504, mientras el XLIII es de 495— e intenta justificarlas diciendo que el editor: a) trabajó con los diferentes libritos o recopilaciones de los que Ennodio mismo habla en E VII 21, 3; b) añadió a cada uno hojas o páginas sueltas; c) dentro de cada unidad de a) mantuvo el orden; d) entre los diferentes libritos lo perturbó. Se entiende que llegue a la conclusión de que al orden cronológico no se le pueden oponer argumentos válidos y por eso opte por mantenerlo. Además argumenta que así se puede estudiar mejor la lengua de Ennodio, porque entre piezas próximas se detentan ciertas afinidades de expresión que no vuelven a aparecer a lo largo del *corpus*. Salta a la vista, sin embargo, que esta opción tiene sus fallos y que la otra, que adoptamos en esta traducción, presenta también ventajas.

[62] Por ejemplo, Ennodio mismo califica M 6 de *epistula admonitionis* (E VIII 28, 2). Asimismo tres piezas que Ennodio mismo titula *Dictiones*, aparecen entre los poemas (I 2. 6. 9). Se puede ver con detalle esta discusión en la introducción a MGH págs. LIII-LIV.

la ventaja de dividir la totalidad de la obra en unidades en cierto modo homogéneas. Desde luego, es la alternativa válida para quienes, como veremos más adelante, emprenden una edición completa dividida en unidades manejables, desde el punto de vista editorial.

Durante decenios puede decirse que los estudios sobre Ennodio han estado abandonados. Sobre este autor pesaba mucho la carga retórica que domina su producción literaria y que nublaba sus aspectos positivos, ante todo las valiosas informaciones que indudablemente aporta a la historia, tanto eclesiástica como civil, de su tiempo[63]. Sólo en los últimos años han visto la luz ediciones críticas, con traducción y comentario de algunas de sus obras, sobre todo aquellas que aportan datos de primera mano sobre el reino ostrogodo o sobre aspectos interesantes de la cultura de la época, como el ideal de la educación. El primer aspecto se revela a través del *Panegírico de Teodorico* y la *Vida de Epifanio* (M 3); el segundo, por medio de la *Parenesis didascalica* y la *Declamación* XXI[64].

El carácter parcial de estos recientes estudios y su técnica de trabajo ponen de manifiesto la situación, un tanto caótica, a la que se ha llegado. De una parte falta aún una monografía que ofrezca una valoración en conjunto del autor y su obra[65].

---

[63] No han faltado descripciones generales de su tarea literaria, sobre todo artículos en Léxicos, Enciclopedias o manuales de literatura. Véase una descripción completa, en C. Rohr, *Der Theoderich-Panegyricus...*, págs. 1-2.

[64] A excepción de la vida de Epifanio de G. M. Cook, que es de 1942, hay que llegar a los últimos años del pasado y a los primeros de este siglo para encontrar las obras de C. Rohr, S. Rota, M. Cesa, R. A. Rallo y M. Winterbottom. Son dignas de mención también las *Jornadas ennodianas*, que tienen lugar en Pavía. La primera se celebró en Pavía los días 29-30 de marzo de 2000. Sus Actas, publicadas en 2001, me parece que no aportan nada sustancial al contenido de este volumen.

[65] La única existente es la de F. Magani, que data de 1886, una obra de más de mil páginas, meritoria, grandilocuente, de la que aún hoy se puede

De otra, mientras unos citan el CSEL, dando el número de la página y la línea que ocupa el texto en esa edición, otros —la mayor parte— utilizan como punto de referencia la de los MGH. Pero aun en este caso hay trabajos que remiten al número de la pieza y el correspondiente parágrafo y otros prefieren utilizar la misma técnica de los que se remiten al CSEL, es decir, página y línea[66].

VIII. LA PRESENTE TRADUCCIÓN

En esta traducción, aún teniendo en cuenta —como ya hemos dicho— que es difícil en algunos casos decidir a qué grupo pertenecen algunas composiciones[67], seguiremos la distribución de CSEL, que facilita la división en volúmenes. Esta opción hará posible distribuir todo el material en tres tomos.

Comenzamos con los llamados opúsculos —diez composiciones de corte muy diverso, por lo que se las conoce también con el nombre de *Miscelánea* (M)— y las *Declamaciones* (D), dejando las *Epístolas* (E) y los *Poemas* (P) para sendos volúmenes posteriores.

Esta opción se basa en el hecho de que, sobre todo, la primera parte del material publicado en este volumen, contiene las obras de mayor interés, por cuanto son testimonio de acontecimientos que revistieron especial importancia en aquella época. Me refiero sobre todo al *Panegírico del rey Teodorico*[68] y a la *Vida del obispo Epifanio*, que tocan los

sacar valiosas informaciones en medio de mucha hojarasca. Difícil de encontrar, me ha sido posible consultarla gracias a la gentileza de la Biblioteca del Seminario patriarcal de Venecia.

[66] Estos últimos son la inmensa mayoría.

[67] F. Vogel analiza ejemplos concretos en la pág. LIII de su Introducción.

[68] Valga como síntoma el dato de que sólo esta obra fue editada cinco veces en París a lo largo del s. xvi, antes de las dos de 1611, y dos veces

temas de más interés, por más apreciados como fuentes para la historia de aquel tiempo.

Sin embargo, para el texto, nos atendremos al de MGH, que, por ser posterior, ha recogido en su aparato crítico las conjeturas valiosas de CSEL. Para orientar al lector, hemos añadido entre paréntesis al título de cada pieza —que ocupa el lugar que le adjudica CSEL— el número correspondiente de MGH.

También sigue a esta edición la distribución de los parágrafos en cada composición. Como las partes compuestas en verso de M 6 no tienen ninguna numeración, tanto en la traducción como en el índice de nombres hemos señalado algunas marcas. En el segundo, hemos añadido, al número precedente, el del verso.

La divergencia más habitual entre ambas ediciones procede de inseguridades en la grafía de los manuscritos. Las variantes que provoca esta falta son habitualmente menores y no merece la pena llamar la atención sobre ellas. Otras veces, difieren simplemente en la puntuación. En uno u otro caso, siempre que esta disensión provoca un cambio importante en el sentido, llamamos la atención en notas a pie de página.

Más dificultades plantea la traducción en sí, provocadas ante todo por el estilo manierista de Ennodio[69]: la complicada construcción gramatical, las expresiones nominales, las metáforas son con frecuencia apenas traducibles, de modo que el castellano resulta fácil de entender. Se impone pues la interpretación, a riesgo de caer en el error. Para evitarlo en lo posible he procurado plegarme al texto latino, consciente de que con esta opción sufre el ritmo del castellano y sobre todo la paciencia del lector. A éste se le exige una gran con-

---

en el s. XIX, antes de 1880. También a lo largo del s. XX ha conocido varias ediciones críticas, de las que damos cuenta en la Bibliografía.

[69] Puede verse a propósito de este concepto lo que se dice en B. C. G. n. 337, págs. 62 y ss.

centración en la estructura de cada párrafo y a veces hasta de cada frase. Aún así, no excluyo que en algunos pasajes se me haya escapado el sentido de lo que realmente quería expresar el autor, quien con frecuencia juega conscientemente con la ambigüedad. Este peligro se presenta sobre todo en los comienzos de cada pieza, en los que el autor expone reflexiones de carácter genérico con alusiones o meras insinuaciones a personas o sucesos del momento que le afectan a él o a las personas a quienes dirige el escrito, y cuyo alcance y sentido resulta hoy imposible de desentrañar[70].

Pensando en el lector y en parte también para paliar los inconvenientes de la disposición del texto en las ediciones que me sirven de base —que han quedado anticuadas desde el punto de vista gráfico y dependen excesivamente de los usos de puntuación en la lengua alemana— he procurado introducir puntos y aparte siempre que me ha parecido razonable hacerlo, cada vez que cambia el tema del discurso, o el interlocutor en las declamaciones. También he optado a menudo por un punto y seguido, donde antes había simplemente dos puntos.

Con este arduo trabajo damos a conocer a los lectores españoles un autor que, como afirma F. VOGEL al comienzo de su edición, pocos han leído y menos aún comprendido. Mucho queda aún por mejorar, pero, parafraseando al mismo Ennodio, dejo para los que se sigan ocupando de esta tarea el mérito de limarla. A mí me corresponde, y no es poco, el de haber roto un silencio que ha durado casi mil quinientos años.

---

[70] Éste es el caso de M 1 y 2 y de buena parte de D.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Ediciones, traducciones y comentarios*

A. Schott, *Beati Ennodii Ticinensis episcopi opera quae reperiri potuerunt omnia*, Tournai, 1611.

J. Sirmond, *Magni Felicis Ennodii episcopi Ticinensis opera*, París, 1611.

G. Hartel, *Magni Felicis Ennodii Opera omnia*, CSEL, VI, Viena, 1882.

F. Vogel, *Magni Felicis Ennodii Opera*, MGH AA, VII, Berlín, 1885.

F. Magani, *Ennodio*, 3 vol., Pavía, 1886.

G. M. Cook, *The life of Saint Epiphanius by Ennodius. A translation with an introduction and commentary*, Washington, 1942.

R. A. Rallo Freni, La *Paraenesis didascalica* di Magno Felice Ennodio, con il testo latino e la traduzione, Mesina-Florencia, 1971.

M. Cesa, *Ennodio Vita del beatissimo Epifanio vescovo della chiesa pavese*, Como, Ed. New Press, 1988.

C. Rohr, *Der Theoderich-Panegyricus des Ennodius*, MGH, Studien und Texte, Hannover, Hansche Buchhandlung, 1995.

S. Rota, *Magno Felice Ennodio, Panegirico del clementissimo re Teoderico* (opusc. 1), Roma, Herder, 2002.

M. Winterbottom, *Ennodius. Dictio XXI*, págs. 275-287, en *Studium declamatorium. Untersuchungen zu Schulübungen und Prunkreden von der Antike bis zur Neuzeit*, Múnich-Leipzig, K. G. Saur, 2003.

2. *Diccionarios y libros de consulta*

E. AUERBACH, *Literatursprache und Publikum in der lateinischen Spätantike und im Mittelalter*, Berna, 1958.

C. BENJAMIN, *Magnus Felix Ennodius*, en RE, V_2, col. 2629-2633.

T. S. BURNS, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, 1984.

P. COURCELLE, *Les Confessions de Saint Augustin dans la tradition litteraire*, París, 1963.

—, *Recherches sur les Confessions de saint Augustin*, París, Boccard, 1968.

E. R. CURTIUS, *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Berna, 1948.

J. CHELINI, *Histoire religieuse de l'Occident medieval*, París, 1968.

A. DUBOIS, *La latinité de Ennodius*, París, 1903.

W. ENSSLIN, *Theoderich der Grosse*, Múnich, 1947.

J. FONTAINE, *Ennodius*, en RAChr, 5, Stuttgart, 1962, col. 399-421.

C. FINI, *Il censimento dei Codici di Ennodio*, Istituti editoriali e poligrafici internazionali, Pisa-Roma, 2000.

F. GABOTTO, *Storia dell'Italia Occidentale nel Medio Evo*, Pinerolo, 1911.

E. GALBIATI, A. POMA, L. ALFONSI, *Magno Felice Ennodio* (474-521). *Contributi nel XV centenario della nascita*, Pavía, 1975.

F. GASTALDELLI, *Ennodio di Pavia. Profilo letterario*, Roma, 1973.

GASTI, F., a cura di: *Atti della prima Giornata Ennodiana*, Pavía, 29-30 marzo 2000, Edizioni ETS, Pisa, 2001.

J. GRUBER, *Ennodius Magnus Felix*, en *Lexikon des Mittelalters* 3, Múnich-Zúrich, 1986, col. 2015 ss.

M. HEINZELMANN, *Bischofsherrschaft in Gallien. Zur Kontinuität römischen Führungesschichten vom 4. bis zum 7. Jahrhundert*, Zúrich-Múnich, 1976.

D. HOSTER, *Die Form der frühestenlateinischen Heiligenviten von der Vita Cypriani bis zur Vita Ambrosii und ihr Heiligenideal*, Colonia, 1963.

A. H. M. JONES, *The Later Roman Empire. 284-602.* 2 vol., Oxford, 1964.

S. A. H. KENNELL, *Magnus Felix Ennodius, A Gentleman of the Church*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2000.

H. LAUSBERG, *Handbuch der literarischen Rhetorik*, 2.ª ed., Múnich, 1973.

E. LÖFSTEDT, *Spätlatein*, Oslo, 1959.

M. MANITIUS, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters, HAW* 9, 2, 1, Múnich, 1911.

J. D. MANSI, *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio*, vol. VIII, Graz, 1960.

H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, París, Éditions du Seuil, Segunda edición, 1950.

W. PORTMANN, *Geschichte in der spätantiken Panegyrik* (Europäische Hochschulschriften, Reihe 3: Geschichte und ihre Hilfswissenschaften 363), Frankfurt-Berna-Nueva York-París, 1988.

M. REYDELLET, *La royauté dans la littérature latine de Sidoine Apollinaire à Isidore de Séville*, Roma, École Française de Rome, 1981.

T. SARDELLA, *Società, Chiesa e Stato nell'età di Teoderico. Papa Simmaco e lo scisma laurenziano*, Soveria Manelli (CZ), 1996.

M. SCHANZ, C. HOSIUS, G. KRÜGER, *Geschichte der römischen Literatur. HAW,* VIII, 4, 2 , 2.ª ed., Múnich, 1914. págs. 131-148.

B.— J., J.— P. SCHRÖDER, edit., *Studium Declamatorium. Untersuchungen zu Schulübungen und Prunkreden von der Antike bis zur Neuzeit*, Múnich-Leipzig, K. G. Saur, 2003.

B. TÖNNIES, *Die Amalertradition in den Quellen zur Geschichte der Ostgoden, Untersuchungen zu Cassiodor, Jordanes, Ennodius und den Excerpta Valesiana*, Olms-Weidmann, Hildesheim-Zúrich-Nueva York, 1989.

E. WIRBELAUER, *Zwei Päpste in Rom, Der Konflikt zwischen Laurentius und Symmachus* (498-514), Munich, tuduv, 1993.

H. ZWECK, *Osterlobpreis und Taufe,* Frankfurt-Berna-Nueva York, Peter Lang Verlag, 1985.

3. *Artículos*

E. BALTRUSCH, «Die Verstaatlichung der Gladiatorenspiele», *Hermes* 116 (1988), 324-337.

T. A. BURNS, «Ennodius and the ostrogothic Settlement», *Classical Folia* 32 (1978), 153-168.

D. CLAUDE, «Universale und partikulare Züge in der Politik Theodorichs», *Francia* VI (1978), 19-58.

G. COTRONEI, «L'Eucharisticum di Ennodio e il modello delle Confessiones di S. Agostino», 2004, on line.

P. COURCELLE, «Trois récits de conversión au VIème s. dans la lignée des Confessions de St. Augustin», *HistJ* 77 (1958), 451-458.

L. DUCHESNE, «Observations sur quelques pasajes du *Lybellus pro synodo d'Ennodius de Pavie*», *Revue de philologie, de littérature et d'histoire anciennes* VII (1883), 78-81.

M. DUMOULIN, «Le gouvernement de Théodoric et la domination des Ostrogoths en Italie après les oeuvres d'Ennodius», *Revue Historique* LXXVIII (1902), 1-7; 241-265. LXXIX (1902), 1-22.

C. FINI, «Le fonti delle dictiones di Ennodio», *Acta antiqua academiae scientiarum Hungaricae* 30 (1982-84), 387-393.

A. FOUGNIES, «Résultats d'une étude sur les clausules chez Ennodius», *Revue belgue de philologie et d'histoire*, XXVI (1948), 1049-1053.

S. A. H. KENNEL, «Ennodius and the pagan Gods», *Athenaeum* 80 (1992), 236-242.

P. KRAFFT, «Note ennodienne», *Latomus* 28 (1969), 192-196.

F. LOTTER, «Antonius von Lerins und der Untergang Ufernorikums», *Historische Zeitschrift* 212 (1971), 265-315.

B. MARTOTA MANNINO, «La «Vita Antoni» di Ennodio fra traduzione clásica e cristiana», *Orpheus* 10 (1989), 335-357.

H. MIEROW, «Some literary reminiscences in Ennodius' Life of St. Epiphanius», *Clasical Weekly* 20 (1927), 195-206.

T. MOMMSEN, «Zu Ammian und Ennodius», *Hermes* 24 (1889), 153-154.

J. MOORHEAD, «The laurentian schism: East and West in the Roman Church», *Church History* 47 (1978), 125-136.

B. NÄF, «Das Zeitbewusstsein des Ennodius», *Historia* 39 (1990), 100-123.

L. NAVARRA, «Le componenti letterarie e concettuali delle «Dictiones» di Ennodio», *Augustinianum* 12 (1972), 465-478.

L. NAVARRA, «Contributo storico di Ennodio», *Augustinianum* 14 (1974), 315-342.

E. PIETRELLA, «La figura del santo-vescovo nella «Vita Epiphani» di Ennodio di Pavia», *Augustinianum* 24 (1984), 213-226.

R. A. Rallo Freni, «Le concezioni pedagogiche nella Paraenesis didascalica di Magno Felice Ennodio», en *Humanità e storia. Scritti in onore di A. Attisani* 2, Messina, 1971, 109-126.

C. Rohr, «Zum Theoderich-Panegyricus des Ennodius. Textkritische Überlegungen im Rahmen einer Neuedition und Übersetzung», *Hermes* 125 (1997), 100-117.

B.-J. Schröder, «Charakteristika der «Dictiones Ethicae» und der «Controversiae» des Ennodius», en *Studium Declamatorium*..., 251-274.

W. Stroh, «Declamatio», en *Studium Declamatorium*..., 5-34.

H. Wolfram, «Die Geburt Mitteleuropas», en *Geschichte Österreichs vor seiner Entstehung*, Viena, 1987, 378-907.

SIGLAS

M	*Obras misceláneas*
D	*Declamaciones*
E	*Epístolas*
P	*Poemas*
CIL	*Corpus Inscriptionum Latinarum*
CSEL	*Corpus Scriptorum Eclesiasticorum Latinorum* (*Corpus Vindobonense*)
HAW	*Handbuch der Altertumswissenschaft*
HistJ	*Historisches Jahrbuch*
MGH. AA	*Monumenta Germaniae Historica. Auctores antiquissimi*
RAChr	*Reallexikon für Antike und Christentum*
RE	*Paulys Realencyklopädie der klassischen Altertumswissenschaft*
ThLL	*Thesaurus Linguae Latinae.*

OBRA MISCELÁNEA
(OPÚSCULOS)

INTRODUCCIÓN

Según la clasificación de J. Sirmond estas obras, a las que por su heterogeneidad se les llama también *Miscelánea,* son diez: 1. El Panegírico de Teodorico *(Panegyricus Theodorico regi dictus);* 2. El libelo en defensa del Sínodo *(Libellus apologeticus pro synodo);* 3. La vida de Epifanio, obispo de Pavía *(Vita Epiphani episcopi Ticinensis);* 4. La vida de Antonio, monje de Lerins *(Vita Antoni monachi Lirinensis);* 5. La acción de gracias por su vida *(Eucharisticum de vita sua = Confessio);* 6. La composición didáctica para Ambrosio y Beato *(Paraenesis didascalica);* 7. El precepto sobre los eremitas *(Praeceptum quando iussi sunt omnes episcopi cellulanos habere);* 8. La petición por la que fue liberado Geroncio *(Petitorium quo absolutus est Gerontius);* 9. La bendición del cirio I *(Benedictio cerei);* 10. La bendición del cirio II.

1. Panegírico de Teodorico

Teodorico el Grande, rey de los ostrogodos (473-526), nacido en 453, hijo de Teodomiro, de la estirpe de los amalos, irrumpe en la historia cuando, a los ocho años, es presentado en Constantinopla como rehén, avalando uno de los múltiples pactos entre el imperio oriental y su pueblo. En 474, ya caudillo de una parte de éste, se trasladó al Danubio inferior. Dos

años más tarde, el emperador Zenón le admitió como aliado, le confió la región de Novae y le nombró patricio y segundo general del ejército imperial de Oriente. Poco tiempo después, en 478, rompe con Constantinopla, para volver a firmar un tratado de federación en el que se le concede una región más amplia, tras varias campañas militares. Cónsul en 484, fue honrado con un cortejo triunfal y una estatua ecuestre, después de haber sometido al rebelde Illo, en Asia Menor.

En 486, el emperador, para liberarse de él, le encarga la guerra contra Odoacro en Italia. Teodorico se traslada hasta allí con un gran ejército, en el que se encuadran otros pueblos germanos, y vence a su rival, primero en Isonzo y un mes más tarde (agosto-septiembre 489) en Verona. Tras una nueva victoria a orillas del río Ádige, en agosto de 490, asedia a Odoacro en Rávena. Esta acción militar —conocida en la saga germánica como la «batalla de los cuervos»— duró dos años y, a pesar del acuerdo de repartirse el poder sobre Italia entre ambos, acabó con la muerte de Odoacro a manos de Teodorico, en marzo de 493.

Cuatro años después, el emperador Anastasio I le reconoció como rey godo y regente imperial de Italia, con derecho a llevar la púrpura propia del cargo y a nombrar los dos cónsules anuales, reservándose él mismo en exclusiva el poder legislativo y la acuñación de la moneda.

A partir de ahí, y durante los casi treinta años de su reinado, Teodorico se esforzó por mantener el equilibrio entre su pueblo y la mayoría romana de la población, mantuvo la organización administrativa del imperio —al frente de ella estuvieron Boecio y Casiodoro—, y finalmente siguió una política conciliadora, no sólo entre el arrianismo de su pueblo y el catolicismo romano, sino también en las tensiones dentro de la Iglesia.

En el exterior buscó ante todo la armonía con los reinos germánicos colindantes por medio de una política matrimo-

nial, que él mismo inició con su ejemplo. En efecto, casó con Audefleda, hermana del rey de los francos Clodoveo, unió a su hermana Amalafrida con el vándalo Trasamundo y dio en matrimonio a dos de sus hijas al príncipe burgundio Segismundo —hijo y sucesor del rey Gundobaldo— y al rey visigodo Alarico II. Los deseos de expansión de Clodoveo provocaron tensiones entre ambos, que se reflejaron, entre otras, en la decisión de acoger bajo su protección al pueblo alamán, situado en una faja de la región alpina.

A la presión oriental (Justino I, Justiniano) para restablecer la unión entre las iglesias de Oriente y Occidente (519), que provocó tensiones con el reino godo, reaccionó Teodorico con una serie de medidas agresivas contra la población romana, que culminaron en la ejecución de Boecio y del presidente del senado Símaco. La muerte sorprendió al rey el 30 de agosto de 526 cuando hacía preparativos para pelear contra Gilderico, rey de los vándalos, que había hecho suya la política de unificación entre Roma y Constantinopla.

Ennodio, cuya vida coincide en gran parte con el reinado de Teodorico —contaba dieciséis años cuando éste llegó a Italia y murió cinco años antes que él y sólo un par antes del brusco cambio que dio a sus relaciones con los romanos y que caracterizó la última etapa de su reinado—, tenía más que suficientes elementos de juicio, y de primera mano, para componer el panegírico del monarca.

La obra describe alternativamente hazañas militares del héroe y sus méritos como hombre de estado. En las primeras sigue un orden cronológico y abarca desde 459 hasta 504. Por eso se puede llegar a la conclusión de que Ennodio la escribió a finales de la primavera del 507.

Pero, para nuestro autor, tan importantes como sus campañas son las cualidades del personaje. Ya en el proemio se expresa en tonos encomiásticos a propósito de la heroicidad y sobre todo del cometido de Teodorico, a quien describe como

el elegido de Dios para continuar el imperio romano en todo su poder y su significado histórico[1]. Todo el capítulo once está dedicado a encomiar su actividad constructiva: la ampliación del senado, el fortalecimiento de las finanzas del estado, su eficaz política exterior, lograda a base de fidelidad a los pactos y la protección de las fronteras del reino. Más adelante, en el capítulo dieciséis, resalta el autor la preocupación de Teodorico por el florecimiento de la oratoria, la recompensa al verdadero mérito, el cultivo de la ciencia. Así llega al punto culminante de sus méritos —la fe religiosa— que considera en el capítulo siguiente y a propósito de la cual establece una comparación con Alejandro Magno. Mientras éste fue víctima de la ignorancia, Teodorico conoce y rinde culto al verdadero Dios, sin descuidar por eso la disciplina y el adiestramiento del ejército.

Puede llamar la atención el hecho de que el arriano Teodorico sea ensalzado por un clérigo católico. Debía de haber ocurrido algo por lo que este rey hubiera hecho méritos ante la Iglesia. Podría tratarse de la intervención de Teodorico en el litigio entre partidarios de Símaco y Lorenzo en los años 506-507, que, gracias a él, acabó con el triunfo de la línea ortodoxa, mantenida por los partidarios del primero, entre los que se encontraba el propio Ennodio. Idénticos sentimientos de agradecimiento expresa una carta al papa Símaco que debe

[1] Ha sido puesto de relieve que Ennodio cita la historia de la Roma republicana —el consulado de C. Atilio Régulo Serrano, las campañas africanas de Catón de Útica— para extraer de ella ejemplos, positivos o negativos, dejando de lado la época imperial, quizás porque no le pareció oportuno comparar a un rey godo con cualquier emperador romano. El único *exemplum maiorum* imperial que aporta es el de Alejandro Magno. Véase W. Portmann, *Geschichte in der spätantiken Panegyrik...*, 115-117. Sin embargo, no puede ignorarse el hecho de que en algunos pasajes de sus obras, para ensalzar la figura de Teodorico, descalifica en bloque a los emperadores. Véase, por ejemplo, M 1, 23; M 3, 143.

considerarse muy relacionada con la superación del cisma, gracias a la intervención del rey, y con el panegírico de éste[2].

El discurso se presenta como si hubiera sido pronunciado en la realidad, pero no habla de ningún acontecimiento que hubiera dado pie a ello; tampoco existe ningún dato sobre el lugar, por lo cual es muy probable que el texto sólo haya existido en forma escrita.

Desde el punto de vista histórico, el panegírico tiene sus puntos débiles. Ante todo, la adulación[3] puesto que, aún reconociendo la significativa personalidad del rey, parece exagerado presentarle como el restaurador del primitivo esplendor de Italia, el sucesor ideal de los emperadores romanos, el campeón de la romanidad y hasta el enviado de la Providencia para salvar el mundo civilizado[4]. Por lo demás, en él se encuentran la mayoría de los *tópoi* propios del género encomiástico, que

---

[2] T. Mommsen llega a la conclusión de que esta carta (E IX 30) no pudo redactarse entre 506-507, como opina F. Vogel en su edición, sino un año más tarde: en ella se le llama al rey *Rhodanius*, es decir, el vencedor del Ródano. Este calificativo sólo se pudo emplear a partir de 508, cuando Teodorico mandó a sus ejércitos a esa región. Véase T. Mommsen, «Zu Ammian und Ennodius...» pág. 154.

[3] M. Reydellet hace notar sin embargo que esta tacha se aprecia en una medida mucho menor que en Casiodoro, quien pretende hacer de Teodorico un nuevo Trajano o un nuevo Tito. La razón que da es evidente. Ennodio, noble pobre, no tiene nada que perder ni nada que esperar del poderoso. De otra parte, para nuestro autor la figura real, encarnada en Teodorico, se contrapone e innova la magistratura imperial. Véase M. Reydellet, *La Royauté...* cap. V, págs. 141-182.

[4] Para mantener esa atmósfera tiene que ignorar los rasgos apasionados del carácter del rey, como el asesinato de su oponente Odoacro, violando un acuerdo previo, o la reacción vengativa ante la traición de Tufa, que le llevó a castigar con la pérdida de sus derechos a los ciudadanos romanos que no le apoyaran: cf. M 3, 122-134. Véase, el capítulo *Theodoric's Kingdom Surveyed*, en T. Burns, *A History...*, sobre todo págs. 67-80. También. F. Delle Donne, «Il ruolo storico e político di Ennodio», en *Atti della prima...* págs. 7-19.

tanto proliferó en la época imperial tardía: modestia del autor de la obra, divinización del personaje ensalzado, exaltación de sus cualidades, méritos de su actuación, relativización de los ejemplos proporcionados por los antiguos en comparación con el protagonista, entre otros muchos.

La lengua es no pocas veces rebuscada y retorcida y los acontecimientos se rodean muchas veces de misterio. Sin embargo, la obra en su conjunto no resulta en absoluto despreciable. Sobre todo el historiador que quiera tratar el reino ostrogodo, recibe mucha información interesante sobre la marcha de los godos a Italia y sus luchas, así como de los acontecimientos en torno al Danubio en los años 504-505.

En definitiva, se puede afirmar que estamos ante uno de los escritos más importantes de Ennodio.

2. *Libelo contra quienes osaron escribir contra el Sínodo*

La diócesis de Roma, desde que san Pedro llegó para establecer allí su residencia y padecer el martirio, fue considerada como cabeza de la Cristiandad. Esta preponderancia fue aceptada cada vez con más claridad, sin que los intentos de otras sedes, por motivos circunstanciales, la hayan puesto nunca en peligro. Más lo encerraba, sin embargo, la circunstancia de que una y otra vez, a partir del siglo II, dos obispos pretendieran la titularidad de la cátedra primada, al morir el predecesor o como consecuencia de su deposición. Estas situaciones han dado siempre lugar a nuevas regulaciones para la provisión de la vacante, que, precisamente porque no funcionaban con éxito, han ido poco a poco perfeccionando el sistema. Bien documentados están los cismas de 356-358 (Liberio y Félix), 366 (Dámaso y Ursino), 418/419 (Bonifacio y Eulalio).

Entre los años 498-514 se produjo una nueva disputa por la sede romana. Cinco días después de la muerte de Anastasio II fueron elegidos y proclamados papas el arcipreste Loren-

zo y el protodiácono Símaco, iniciándose así el cisma al que hace referencia el presente texto de Ennodio y que mantuvo la ciudad dividida en dos bandos que se combatieron a muerte. Ante todo hay que decir que el enfrentamiento no era personal sino conceptual. De los dos partidos que entonces se batían en la Iglesia, Símaco representaba el ortodoxo, Lorenzo el favorable a Bizancio, presto a hacer concesiones tanto en las disputas teológicas como en el perenne problema de la fecha para la celebración anual de la Pascua[5].

Los acontecimientos se habían producido así: la muerte de Anastasio II el 17 de noviembre de 498 fue interpretada por muchos como un suceso providencial que permitiría poner finalmente en práctica las decisiones del concilio de Calcedonia (451), que determinaban claramente la postura de la Iglesia a favor de la verdadera naturaleza humana de Jesucristo, frente al error monofisita. Sin embargo, el domingo siguiente, 22 de noviembre, tuvieron lugar dos ordenaciones: en la basílica Laterana *(basilica Constantiniana)* la del diácono Símaco y en Santa María Mayor *(basilica Beatae Mariae)* la del arcipreste Lorenzo, partidario de una posición contemporizadora con la herejía. La decisión sobre quién era el legítimo obispo de Roma se traslada a Teodorico, el rey ostrogodo que tenía entonces su corte en Rávena y era arriano. Él ratifica a Símaco apoyado en dos argumentos, que ya habían sido esgrimidos anteriormente en casos análogos: fue consagrado antes y contaba con el apoyo de la mayor parte del clero[6].

---

[5] Este aspecto del cisma, así como el número y la identidad de los partidarios de uno y otro, han sido estudiados por J. MOORHEAD, «The Laurentian Schism: East and West in the Roman Church», Church History 47 (1978), 125-136.

[6] Así lo aseguran fuentes fidedignas, como la biografía de Símaco en el *Liber pontificalis*, si bien no faltan versiones, como la del *Fragmentum Veronense*, próximas a Lorenzo, que reprochan a Símaco haber pagado esa decisión con dinero. Incluso Ennodio, al menos en dos pasajes de su episto-

Inmediatamente después de esta decisión de Rávena, Símaco reunió un sínodo en Roma, el 1 de marzo de 499, que le confirmó en el cargo. Poco tiempo después, el Papa pretende alejar a su rival nombrándole obispo de Nocera. Apartado de la urbe, Lorenzo no deja sin embargo de intrigar y emprende una verdadera batalla legal, amparado por la simpatía de parte del clero y un buen grupo de senadores[7].

Los motivos concretos de acusación comienzan con la cuestión largamente debatida entre la Iglesia de Roma y la Oriental sobre la fecha de la Pascua anual y se extienden a acusaciones de tipo personal, como el trato con mujeres y la mala administración de bienes eclesiásticos. La protesta cristaliza en una acusación formal ante Teodorico en los primeros meses de 501.

Éste nombra a Pedro, obispo de Altino, visitador de la Iglesia romana. Antes de que pueda actuar, en otoño de ese mismo año, Símaco reúne un nuevo Sínodo en san Pedro del Vaticano en el que, además de condenar al visitador abusivamente nombrado por el rey, se defiende de esas acusaciones. Durante el año siguiente, los sinodales se reúnen hasta cuatro veces, tras superar obstáculos de todo tipo en distintos lugares de la ciudad, con tumultos que adquieren carácter violento. Finalmente, el 23 de octubre de 502, clausuran el llamado sínodo Palmar, con un escrito en el que se declaran incompetentes para juzgarle, remiten a Símaco al tribunal divino y le devuelven todos sus derechos, al mismo tiempo que ofrecen a los disidentes una posibilidad de reintegrarse a la unidad de la Iglesia.

---

lario (III 10, 3. VI 16, 2), habla de este suceso y demuestra indirectamente que la acusación tenía su fundamento.

[7] J. Moorhead llega a la conclusión de que, mientras la mayoría de los obispos italianos que participaron en los diferentes sínodos de estos años estaban a favor de Símaco, Lorenzo podía contar con el apoyo de senadores y clero romanos. Véase, J. Moorhead, «The Laurentian Schism...», pág. 136.

Tras este acontecimiento, los partidarios de Lorenzo publican un documento con el título «Contra el Sínodo de la absolución inaudita»[8], que conocemos sólo a través de la presente réplica de Ennodio en la que incluye citas, al parecer textuales.

Ennodio replicó a ese panfleto con este escrito en el que defendía la postura del papa Símaco, entre cuyos partidarios se encontraba él mismo y su obispo Lorenzo, de Milán. El autor toma una por una las frases del panfleto e intenta rebatirlas en un tono duro[9].

---

[8] *Adversus synodum absolutionis incongruae.*

[9] A. SCHOTT presenta este escrito, que edita sin formar parte de ningún grupo, como un *Apologeticum*, de este modo: «Su argumento toma ocasión del escrito y las calumnias que los cismáticos compendiaron en diez puntos. Después de que en el IV sínodo romano, bajo el papa Símaco, los cismáticos condenados escribieron un libelo con el título: *Contra la absolución del Sínodo* y lo atacaron durísimamente, Ennodio escribió por encargo del dicho sínodo este librito apologético. Una vez presentado a los Padres, éstos mandaron que se leyera y con su consentimiento, no sólo mereció constar entre las actas sinodales, sino entre los decretos pontificios. Con la autoridad de este escrito y la recomendación del rey Teodorico, los cismáticos volvieron a la paz y la comunión de la Iglesia y se sometieron al romano pontífice Símaco».

«Con este libelo refuta 10 objeciones de los adversarios: I. que no todos los obispos fueron convocados al sínodo por la autoridad real; II. que no todos los que asistieron dieron su consentimiento; III. que los adversarios del Sumo Pontífice no fueron escuchados y que sus acusaciones no fueron refutadas; IV. que los obispos se opusieron a la orden del rey, cuando dijeron en el sínodo que no competía a éste, sino sólo al Romano Pontífice, convocar un sínodo; V. que era una calumnia afirmar que los que rechazaban al papa Símaco añadían, que al defender los derechos de la Sede apostólica, parecía no pretenderse otra cosa que afirmar que Pedro y sus sucesores, junto con los privilegios de la sede, habían recibido del Señor la licencia para pecar; VI. del hecho de que Símaco en persona se expuso al juicio de los obispos, parecía falso lo que se pretendía: es decir, que la cabeza de la sede apostólica se sometiera a la sentencia de sus inferiores; VII. no fueron examinados los testigos que se presentaron: sus testimonios,

Esta obra, que no puso fin a la polémica, lleva el título «Libelo de réplica a aquellos que han osado escribir contra el sínodo», fue compuesta en 503, es la segunda en longitud, después de la vida de Epifanio, y presenta las características de un discurso de abogado, con cuatro partes fundamentales: Introducción (1-6). Refutación, una por una, de las alegaciones presentadas por el bando opuesto (7-71). Postura de Teodorico ante el conflicto (72-97). Discursos de Pedro y Pablo, personajes simbólicos de la Iglesia, y de Roma, a quien se concede la última palabra (98-139)[10].

Ennodio apoya su argumentación en la Sagrada Escritura, sobre todo en el profeta Isaías, al que cita hasta 26 veces, y en los dos apóstoles Pedro y Pablo, sobre todo en la carta de éste último a los Romanos. Con la primera autoridad parece como si Ennodio quisiera recordar a sus contemporáneos la precariedad del tiempo en el que viven; con la segunda, enseñar a los habitantes de la urbe a practicar la mansedumbre y no querer juzgar al obispo que ocupa la primera sede de la cristiandad.

El texto ennodiano ha sido siempre considerado como difícil, tanto por la sucesión un tanto enrevesada de los argumentos, como por la de los acontecimientos a los que alude. Para su correcta interpretación, y a veces incluso para su comprensión, hay que tener en cuenta que fue escrito cuando

---

aunque se tratara de domésticos, no debieron ser rechazados, puesto que Cristo mismo no rehusó someterse al juicio de los hombres; VIII. no se encuentra ningún antecedente de que el Papa haya convocado un concilio para defenderse de sus crímenes; IX. es falso lo que se dice: que el sínodo fue solicitado por el rey; X. no debía haber despreciado la quinta vista de su causa, quien previendo la reunión, entró a examen con un conjunto de pueblos. El lector atento —acaba A. Schott su introducción— encontrará en este texto la contestación de Ennodio a todas estas objeciones».

[10] En este volumen aparecen otras obras relacionadas con esta temática: D 1, compuesta entre 502-507 y M 8, de 503.

se había clausurado el sínodo, pero que, hasta llegar a la conclusión absolutoria del Papa, hubo varias sesiones, se produjeron intervenciones del rey, algunos obispos se ausentaron y todas estas peripecias aparecen entrelazadas, quizás también por culpa del panfleto de los partidarios de Lorenzo que lo provocó y que desconocemos.

Esto sirve especialmente para entender los números en los que se habla de modo poco claro, tanto a propósito de la convocatoria del sínodo —que unas veces se atribuye al rey (9-10; 14-15; 27-28) y otras a Símaco (53-59)—, como a la actitud de éste último, que en algún momento se presenta ante la asamblea (31-35) y en otro se niega a comparecer (36-43).

3. La biografía del obispo Epifanio de Pavía

Estamos ante la vida de un hombre de Iglesia[11], compuesta por nuestro autor entre 501-504, ocho años más tarde que el poema —un prefacio en prosa y 170 hexámetros— que dedicó a este obispo en 496, cuando se cumplió su treinta aniversario como obispo de Pavía, entonces llamada Ticino[12].

Se trata pues, a pesar de la juventud de su autor —apenas treinta años— de una obra de madurez, que se puede encuadrar a caballo entre el género panegírico, muy en boga —como hemos dicho— en la antigüedad tardía, y el hagiográfico, que tanto floreció en esta época, desde que en el s. IV se amplió en la Iglesia el concepto de santidad, que hasta entonces se había limitado a los mártires.

---

[11] Hay que advertir ante todo que se trata de una biografía y por tanto Ennodio sólo da cuenta de los acontecimientos que tienen que ver con Epifanio, dejando de lado otros tan importantes como el saco de Roma por parte de los vándalos en 455, que tanto conmovió a todo el Occidente, o la figura de Ricimer, que tanto peso tuvo en el nombramiento y desaparición de los últimos emperadores romanos.

[12] P I 9.

En ella Ennodio, que por entonces seguía siendo diácono en Milán, describe el proceso de formación de un santo. Las virtudes heroicas que lo caracterizan hacen de él un hombre sumamente civilizado, que ya en su juventud aprendió a comportarse correctamente ante Dios y ante personas de todo tipo y condición. El autor describe estas cualidades en términos que podrían aplicarse a un miembro cualquiera de las clases dominantes en el alto imperio romano: obediente con sus superiores, cortés con sus iguales, caritativo hacia los subordinados. Tales talentos le ponen en condiciones de cumplir a lo largo de su vida misiones extraordinarias, como la resistencia a Burco, la reconciliación entre Ricimer y Antemio, la pacificación de los rugos o la misión ante el rey de los burgundios, con el fin de obtener la libertad para los campesinos de la Liguria.

Junto a las dos anteriores, ésta es una obra con un especial valor histórico. El obispo Epifanio de Pavía gozaba de un gran prestigio y pudo intervenir en importantes acontecimientos políticos. A lo largo de la segunda mitad del siglo v, había presenciado, ante todo, la caída del imperio romano de Occidente y la llegada de los ostrogodos. Es una gran suerte que Ennodio haya relatado estas intervenciones de un modo tan vivo y directo que nos permite conocer muchos pormenores de sucesos tan trascendentes.

En la introducción de la biografía invoca al Espíritu Santo, testigo de los hechos de su héroe, para que, con su ayuda, sea capaz de describir su vida de modo que perdure su memoria para siempre. Este detalle precisa aún más el carácter de este escrito, que es laudatorio, pero ante todo hagiográfico, en el más pleno sentido de la palabra: se trata de la vida de un santo[13].

---

[13] El ideal de santidad que Ennodio presenta es aquí —en contraste con la del monje Antonio, que veremos a continuación— más bien activo y político. Sobre este tema, consúltese J. CHELINI, *Histoire religieuse...*, sobre todo págs. 72-73.

Tras la introducción, pasa a describir la vida de Epifanio desde sus comienzos. Nacido en Ticinum (Pavía), hijo de Mauro y Focaria, ambos nobles, se significó ya en su infancia por sus extraordinarias dotes. Muy pronto fue confiado a Crispino, el obispo local. Con ocho años es ya lector de la iglesia y sucesivamente secretario del prelado, con el encargo de estenógrafo, que recoge sus discursos y lleva los registros diocesanos. El joven era pudoroso, amable con todos, inaccesible a cualquier tipo de venalidad. La belleza de su alma iba pareja con la de su cuerpo, que se describe con exactitud.

A los dieciocho años comenzó su carrera eclesiástica, con el grado de subdiácono. Crispino apreciaba mucho al joven y, desde que fue ordenado diácono, a los veinte años, le confió la administración de los bienes eclesiásticos, cargo que desempeñó de un modo satisfactorio. En el joven sobresalían el pudor y la capacidad de trabajo. Recurrió a las velas y ayunos para superar la lucha espiritual contra la carne y se alimentó asiduamente con la palabra de Dios.

Cuando las fuerzas del obispo se debilitaron por la edad, se apoyó completamente en Epifanio, quien recibió el sacerdocio tras ocho años de diaconado. A la muerte de Crispino, y por recomendación suya, se convirtió en su sucesor, en 467, cuando contaba sólo 28 años.

Con su nueva dignidad, Epifanio se impuso a sí mismo un severo estilo de vida y su prestigio aumentó en tal medida que se acudía a él como intermediario en situaciones políticas difíciles. Esto sucedió por primera vez cuando, en el año 471, el enfrentamiento entre Ricimer y el emperador Antemio, que residían en Milán y en Roma respectivamente, amenazaba con desembocar en un conflicto armado. La nobleza de la Liguria presionó a Ricimer para que tendiera la mano, ofreciendo la paz, y propuso a Epifanio como negociador. Éste aceptó el cargo y salió hacia Roma al encuentro de Antemio. El emperador, aunque tenía motivos justos para quejarse de

Ricimer, a quien había casado con su hija, en aras de un buen entendimiento entre ellos, se dejó convencer por Epifanio y firmó la paz.

El segundo caso para el que se apeló a la mediación de Epifanio fueron las diferencias entre el emperador Nepote (474-491) y el rey visigodo Eurico (466-484). El obispo viajó a Tolosa, seguramente en la primavera de 475, y allí consiguió un acuerdo pacífico entre ambos.

Un campo rico en actividades benéficas se le presentó a Epifanio cuando unos meses más tarde, ya en 476, el patricio Orestes, en lucha con Odoacro, se lanzó sobre Pavía, provocando una infinidad de sufrimientos a los habitantes de la ciudad. El obispo aprovechó la ocasión para librar a muchos de la miseria. Odoacro, que estaba muy bien dispuesto hacia Epifanio, le permitió volver a construir las iglesias que habían sido destruidas y el obispo llegó a conseguir que le perdonara los impuestos durante cinco años. También le ayudó en la situación calamitosa que el prefecto del pretorio Pelagio había provocado en Liguria con sus compras excesivas de trigo.

Luego llegó la dominación ostrogoda. En la lucha de este pueblo con Odoacro, la traición de Tufa, cuyo destino se había descrito ya en el *Panegírico de Teodosio*, hizo muy difícil la situación de Teodorico, hasta el punto de que hubo de retirarse a la amurallada Pavía. Esta nueva ocupación militar brindó otra vez a Epifanio la oportunidad de socorrer a sus conciudadanos. Así se ganó el favor, tanto de Odoacro como de Teodorico[14].

Tras la retirada de los godos, Pavía quedó a merced de los rugos; con este pueblo salvaje convivió Epifanio sólo dos

---

[14] Al describir el enfrentamiento de estos dos personajes, Ennodio no puede disimular su partidismo a favor del rey ostrogodo, aunque aquí no carga tanto las tintas contra Odoacro como en M 1, fundamentalmente porque no puede pasar por alto que Epifanio colaboró con los dos.

años, de 491 a 493, pero de un modo tal que se separaron de él con gran dolor.

Una vez establecida la paz en Italia, tras la derrota de Odoacro por parte de Teodorico, el 27 de febrero de 493, nuestro obispo se preocupó de reconstruir la ciudad. Junto con Lorenzo, el obispo de Milán, se trasladó a la corte de Rávena para interceder por todos aquellos cuyos derechos habían sido conculcados por el caos político y consiguió moderar al rey.

Con motivo de esta visita, Teodorico dio al obispo el encargo de llegar a un acuerdo con el rey burgundio Gundobado para la compra de los prisioneros italianos que habían caído en su poder. Epifanio accedió a llevar a cabo esta nueva misión, pero con la condición de que le acompañara Víctor, obispo de Turín. Ambos príncipes de la Iglesia se dirigieron a los burgundios en 494 y consiguieron la liberación de más de 6.000 prisioneros.

No se olvidó el obispo de la situación económica de quienes habían sido liberados y sus desvelos dieron fruto. Su última hazaña consistió en convencer al rey Teodorico para que perdonase a los lígures —fuertemente probados por los gravámenes que se les habían impuesto— dos tercios de su deuda. No mucho después de esta misión murió en Pavía, a los 58 años, a finales de 496.

No sin razón calificó J. Sirmond esta biografía como la mejor obra de Ennodio. Esta afirmación se justifica por varios motivos. En primer lugar, se trata de una personalidad interesante, de un gran relieve para la historia de su tiempo y que, por tanto, merece que se le rinda ese homenaje[15]. Además, se

[15] De hecho, se puede interpretar su personalidad como el prototipo del *princeps Ecclesiae* (45), *dux cristianus* (26), que desempeña un papel fundamental en la sociedad de la época, no sólo como obispo sino como continuador en muchos aspectos de la cultura romana. Sobre este tema véase el capítulo IV: «Ennode de Pavie et la royauté nationale», en M. REYDELLET, *La royauté*... págs. 141-182.

nota que el autor cumplió su cometido con amor, en primer lugar porque él mismo fue testigo ocular de alguna de esas misiones[16]. Pero además, porque indudablemente se identificaba con muchos puntos, sobre todo las primeras etapas de su carrera eclesiástica y las misiones diplomáticas que había desempeñado Epifanio. En ellos contemplaba, como en un espejo, capítulos importantes de la propia biografía. En último término porque las virtudes eran seguramente las que él mismo querría que adornaran su propia vida.

Característicos de esta obra son los discursos que en ella se insertan. Aunque muchos puntos permanecen oscuros, se enriquece nuestro conocimiento del personaje y la presentación es más sencilla y natural que los otros escritos de Ennodio, hasta el punto de resultar interesante para un lector moderno.

4. La biografía del monje Antonio

Leoncio, a la sazón abad del entonces pujante monasterio de Lerins, había animado a nuestro autor a escribir la biografía del monje Antonio, conocido como san Antonio de Lerins. Ennodio satisfizo su deseo y redactó por primera vez la vida de este personaje, una verdadera hagiografía, dejando a mejores plumas los aspectos de la vida del santo varón que él no tocaba[17].

Antonio, de familia ilustre, había nacido en la Panonia, concretamente en la ciudad de Valeria. Con ocho años perdió a su padre y san Severino se hizo cargo de su educación. Cuan-

---

[16] Véase, por ejemplo, M 3, 127.

[17] El tono es ostensiblemente diferente al de M 3, que, como hemos visto, presenta claros rasgos de obra encomiástica. Aquí se detecta un esfuerzo del autor por adaptarse al género hagiográfico, al adoptar un tipo más modesto de expresión, que podría ser calificado de *sermo humilis*. Ver a este respecto E. AUERBACH, *Literatursprache...* págs. 25-53.

do éste murió, Antonio pasó a estar bajo la dirección de su tío, el obispo Constancio, quien le dio el empleo de secretario en la curia eclesiástica. Las turbulencias de las invasiones bárbaras llevaron a Antonio a Italia, concretamente a la Valtelina, donde se unió al presbítero Mario.

Pero como no se sentía a gusto allí, se buscó un lugar retirado a orillas del lago de Como, cerca de la tumba del mártir Fidel, llevando allí una vida santa, que le proporcionó una gran fama. Sin embargo, huyendo de ella, cambió otra vez su lugar de residencia y, explicando en un monólogo los motivos, se dirigió al monasterio de Lerins. Aquí pudo residir muy poco tiempo, porque murió al cabo de dos años.

No fue una tarea fácil para Ennodio redactar esta obra. Mientras en el caso de Epifanio podía contar con una amplia y benéfica actividad, de Antonio no había muchas cosas que decir. No se puede afirmar, sin embargo, que haya tenido que hacer grandes esfuerzos de inventiva para producirla. En el momento en que escribe, contaba ya con una larga tradición hagiográfica[18].

En primer lugar, las vidas de mártires, que con el nombre de *Acta martyrum* habían proliferado en los primeros siglos de la Historia de la Iglesia; además, la línea que arranca de la *Vita sancti Antonii*, el padre del monaquismo occidental que, redactada por Atanasio en griego, había logrado una gran difusión y había sido imitada por muchos autores ya en este momento.

El modelo que tiene presente Ennodio es seguramente la *Vita Hilarionis* de san Jerónimo[19]. Esta biografía, dedicada al

---

[18] Esto sin contar con la producción biográfica, clásica en la literatura latina. Precisamente, uno de los rasgos más significativos de las biografías de monjes de san Jerónimo, es el traspaso de toda esa tradición a la literatura cristiana.

[19] El paralelismo evidente entre esta obra y la *Vita Severini* de EUGIPIO obedece más a la identidad de época, personajes y acontecimientos descritos

fundador del monacato en Palestina, presenta muchos rasgos afines a la del monje Antonio. En efecto, tras una consideración sobre la importancia del biógrafo para la fama del héroe, arranca con una invocación al Espíritu Santo, antes de describir el cuadro familiar en el que el futuro santo viene al mundo. Sigue la educación y la búsqueda de un mentor para que le instruya en la vida ascética. Lo logra con san Antonio en el desierto egipcio, de donde vuelve con quince años, dispuesto a imitar ese tipo de vida en su propia patria.

Sigue un capítulo, en Ennodio mucho más sobrio, con la narración de sus tentaciones, su tenor de vida y los milagros que realiza. A través de todo ello —otro elemento esencial de la obra que nos ocupa—, su fama de santidad se extiende y atrae a una multitud que le impide vivir en soledad. La busca retirándose a un lugar aún más apartado[20]. Pero de nuevo se convierte en foco de atracción, de modo que su vida se convierte en un errar continuo hasta que finalmente encuentra la calma en Chipre, donde muere en 371.

El paralelismo es pues evidente, si bien puede apreciarse el esfuerzo de Ennodio por componer una vida de santo asceta, que no busca ninguna actuación aparatosa. Quizás por eso, al autor no le quedaba otro recurso que atraer la atención del lector por medio de la forma literaria. En este sentido, no escatimó rebuscamiento ni artificiosidad. Quizás por eso, mientras los lectores contemporáneos se dejaron impresionar, uno moderno permanece frío ante estas páginas. La obra fue compuesta hacia el otoño de 506.

---

que a una imitación. Véase a este respecto F. Lotter, «Antonius von Lerins und der Untergang...», págs. 297 ss.

[20] Este es un *tópos* que se encuentra ya en la *Vita Antonii* de Atanasio (49, 1).

5. Acción de gracias sobre su vida. (Confesión)

En el verano del año 511, Ennodio cayó gravemente enfermo[21]. Como los médicos no lograban nada con sus artes, se dirigió a san Víctor, pidiéndole su curación. Ennodio puso en relación con ésta, una conversión de su vida espiritual y la describe en este escrito, que habitualmente se llama *Eucharistion*, pero que quizás con más propiedad debería llamarse Confesión, porque su modelo son las *Confesiones* de san Agustín[22].

El autor reconoce, tras unas cuantas consideraciones generales, que la enfermedad le ha devuelto el amor a Dios. Recuerda la insensatez de su vida anterior, que encontraba satisfacción en la composición de versos y discursos. Luego describe qué destructiva fue la irrupción de la enfermedad en él y cómo, al fracasar completamente la ayuda de los hombres, se dirigió al cielo.

Primeramente pidió que le fuera concedida la gracia de andar por los caminos del Señor con piedad, prometiendo al mismo tiempo que, si se le concedía el amor por una vida más cristiana, daría testimonio público de ello y nunca más escribiría algo con contenido profano. Su petición fue atendida, recuperó la salud y él cumplió su promesa, redactando este escrito.

---

[21] Se ha especulado sobre el tipo de dolencia que aquejó a Ennodio. Seguramente fueron varias, como se desprende de la abundancia de alusiones a problemas de salud a lo largo de su correspondencia: VI 4, 7; VIII 16, 21, 22, 24, 25, 27; IX 14. Algún historiador ha afirmado a este respecto que nuestro autor fue uno de tantos que en su época y a lo largo de toda la Edad Media sufrió una enfermedad de los ojos. Si ésta fue la que le puso al borde de la muerte, es una cuestión difícil de dilucidar. Véase, T. Burns, *A History of the Ostrogoths*, pág. 84.

[22] Él mismo habla de la *confessio* que prometió escribir de propia mano (n. 17). Ver a este respecto, M. Schanz, C. Hosius, *HAW*, VIII 4, 2, pág. 141.

En este punto de su obra inserta una consideración rememorativa sobre sus años de juventud, que recibieron la orientación justa, cuando ingresó en el servicio sacerdotal. Encomia también, como un mérito de san Víctor, el hecho de que entonces su prometida ingresara en el estado religioso.

Esto último ocurrió en su juventud, la enfermedad que le lleva a la conversión, le sorprendió en la edad madura, cuando ya contaba casi cuarenta años. Mezcla por tanto dos sucesos de su vida separados por dos decenios. A pesar de estos saltos cronológicos, es evidente que el escrito nos revela con veracidad muchos, podría decirse incluso, la mayor parte de los datos de su biografía. La obra es de fecha posterior a 511.

Quizás sea este dato, es decir el hecho de que escribiera esta confesión en edad avanzada, el que la aproxime más a las *Confesiones* de san Agustín, que conocía[23], y a las que a todas luces no puede compararse bajo ningún concepto: ni por extensión, ni por riqueza de contenido, ni por calidad literaria[24].

No obstante, el paralelismo es evidente en el sentido de que el autor describe, más que la biografía, el itinerario espiritual de su alma, primero inmersa en las ambiciones de este mundo que podían apasionar a un maestro de retórica, y más tarde —y gracias a la enfermedad— rendida a la providencia de Dios. Una lectura libre de prejuicios del texto no permite dudar de la autenticidad de sus sentimientos. Con ellos puede identificarse cualquier hombre, cuando debe enfrentarse a una enfermedad inesperada. El paso de la soberbia indiferente al desvalimiento es instantáneo y Ennodio resuelve la situación del único modo plausible para un creyente, recurriendo ante todo a la misericordia divina y buscando la ayuda de un intercesor.

---

[23] Cf. E I 4, 5.

[24] Este tema ha sido muy estudiado por P. COURCELLE, en múltiples publicaciones. Véase, sobre todo, «Trois récits de conversión...», págs. 451-453.

Salta a la vista asimismo que toda esta materia, que expone en cumplimiento de una promesa, es presentada por medio de una retórica recargada, que marca con una serie de antítesis: debilidad humana / fuerza de Dios; fuego devorador / purificante de la enfermedad; desesperación de sus deudos / confianza de sus enemigos; desahucio de los médicos/ recurso a Dios; dulce sabor de los vicios / reacción de hijo pródigo; secuelas del pecado / acción de la gracia, etc.

En mi opinión, las oraciones que jalonan el escrito, expresan de un modo sincero y bello la actitud de alma y la perspectiva profundamente sobrenatural con las que Ennodio quiso rendir cuentas de su vida, antes de ser consagrado obispo. Desde esta perspectiva hay que leer su acción de gracias —n. 4—, su examen de conciencia —nn. 8 y 19— y la petición con las que cierra esta verdadera pieza artística.

6. *Paraenesis didascálica*

Más que con un objetivo puramente retórico[25], es evidente que Ennodio emplea este género literario en su dimensión ética. En este sentido, la parénesis es tradicionalmente una advertencia a no sacrificar lo importante a lo banal, lo duradero a lo pasajero, los bienes espirituales a los materiales. Era ya un elemento esencial del arte socrático de la educación, pero también parte constitutiva de cualquier ética que se ocupe de la guía de almas y la purificación del individuo. En este escrito, Ennodio se olvida sin embargo de este tono, que podía resultar amenazador, para pasarse a una especie de propaganda de los estudios de gramática y retórica.

Esto era más bien propio de la protréptica, que se ocupaba de abogar por un determinado arte o ciencia, a base de mostrar la calidad, la facilidad, el provecho con los que se adquirían,

[25] Un tipo específico de discurso, dentro del género deliberativo.

el gozo provocado por su cultivo, etc. Se conservan restos de un *Protreptikós* de Aristóteles y se pueden adscribir a este género el *Hortensius* de Cicerón y buena parte de los diálogos de Séneca.

Con este escrito, Ennodio intenta cristianizar definitivamente este tipo de discurso, a la vez que lo dota de una veste original[26].

Dos jóvenes, Ambrosio y Beato, habían rogado a nuestro autor que les proporcionara una introducción a los estudios propios de una educación superior. Se trata de dos miembros de familias patricias, a quienes en calidad de protector, maestro y padre, Ennodio envía a Roma para que perfeccionen allí su formación, recomendándoles al papa Símaco[27] y a una larga serie de personas influyentes en la ciudad eterna. Ennodio satisface ese deseo y les dedica un tratado, escrito desde una perspectiva cristiana; es decir, pone como base de toda formación en las artes liberales, la práctica de las virtudes propias de un creyente, haciendo hincapié en las más costosas y necesarias para los jóvenes.

Al frente sitúa por tanto la observancia del mandamiento de querer a Dios con corazón puro y honrarle con la oración, así como el de ser siempre amable con el prójimo. Luego ensalza hábitos como la modestia, que para él es la madre de todas las virtudes, el pudor y la castidad, premisas necesarias para abrazar la fe. Sobre ese fundamento, construye el autor su obra y alcanza el objetivo de encomiar los estudios literarios: la gramática y la retórica.

Desde el punto de vista formal, la composición presenta una estructura bien pensada. Consta de una sucesión de pe-

---

[26] Me parece sintomático que en I *Timoteo*, san PABLO encarece a su joven discípulo la práctica de esas virtudes —*verecundia, pudicitia, castitas*—, que apenas aparecen en otros contextos, tanto dentro del Antiguo, como del Nuevo Testamento.

[27] Cf. E VIII 38 en la que se refiere expresamente a Beato y E VIII 32, con la que posiblemente presenta a Ambrosio, aunque no le nombra.

queños poemas, en su mayor parte prosopopéyicos, alternados con partes en prosa.

Los poemas constituyen el esqueleto de la obra y están situados en un orden creciente de importancia para el objetivo del escritor. Éste comienza con una invocación a las Musas, como es obligado, que aprovecha para entonar una alabanza a los versos, expresión suprema de la disciplina retórica. Continúa con sendos discursos de la modestia —para Ennodio, la madre de todas las buenas acciones—, la castidad, que supone el contrapunto más llamativo a la cultura pagana, y la fe, gracias a la cual el hombre es capaz de soportar todos los contratiempos de este mundo y alcanza la cumbre de la eternidad.

Esas son las premisas para abordar los estudios liberales, que se presentan en los dos escalones tradicionales: primero la gramática, que familiariza al joven con el arte de la palabra, y a continuación la retórica, gracias a la cual se puede gobernar el mundo.

La obra acaba con un catálogo de ejemplos famosos de elocuencia. El autor comienza con dos estrellas: Fausto (cónsul en 490) y Avieno (en 502 ó 501), que se encuentran en la corte de Rávena en puestos oficiales. Por el contrario, permanecen en Roma tanto Festo (cónsul en 472) como Símaco (cónsul en 485) —un descendiente del famoso rival de Ambrosio en la conocida disputa sobre la restauración del altar de la Victoria en Roma—, dos hombres eximios que toman la vida en serio y no ambicionan el favor del pueblo a costa de su honra.

Además recomienda a Probino (cónsul en 489) y a su hijo Cetego (cónsul en 504), que une en su persona el ímpetu juvenil y la viril madurez, al famoso Boecio (cónsul en 510), quien ya se distinguió en su juventud, a Agapito (cónsul en 517) y finalmente a Probo (cónsul en 513). Pero también aparecen como modelos mujeres, por ejemplo Bárbara y Estefanía. Se las alaba con entusiasmo: para nuestro autor Bárbara es una

flor del espíritu romano, Estefanía la luz más resplandeciente de la Iglesia católica.

Siguen una poesía breve en la que da a conocer su escrito a Símaco, pidiéndole su asentimiento, y algunos versos cortos en los que se anima a los destinatarios a que acepten su escrito, porque es noble la palabra que enseña el bien.

En esta obra, que data del año 511, desfilan ante nuestros ojos frases ya conocidas a través de otros escritos ennodianos, como: riquezas y honores son nada, cuando no cuentan con el adorno de la elocuencia; ésta dirige los reinos y determina el bienestar del gobernante; las ideas de aquellos a quienes protege son eternas; nadie toma nota de aquello de lo que la elocuencia no habla; la poética, la jurisprudencia, la dialéctica y la aritmética se alimentan de ella y cobran valor sólo bajo su amparo. La elocuencia o retórica en su forma poética adquiere el máximo predominio y su premio más valioso: hacer culpables de inculpables y viceversa; como colofón, se proclama que quien se entrega a los estudios retóricos gobierna el mundo[28].

Ennodio expone en esta obra la teoría de lo que fue una ocupación central en su vida, como muestran buena parte de las declamaciones: presentar y acompañar en sus estudios a una larga serie de parientes y amigos. Nos muestra con toda claridad su interés por el progreso de la juventud en el dominio de la lengua, pero sobre todo en la práctica de la virtud. La gramática y la retórica, su sucesora en el *curriculum* de la formación, representan los modelos de pensamiento y lenguaje que son esenciales para conseguir la madurez humana —*uirilitas* —y la romanidad: *urbanitas*. Ambas no son suficientes para la salvación, pero basadas y acompañadas por las virtudes, contribuyen a la construcción del edificio didáctico.

---

[28] Es el famoso hexámetro, del verso 10: *Qui nostris servit studiis mox imperat orbi*. «Quien cultiva nuestros estudios pronto gobierna el mundo».

Todo el escrito presenta pues un esfuerzo por trasmitir lo que sin duda pensaban los círculos cultos cristianos de la época, que estaban interesados en cristianizar el ideal de educación tradicional.

7. Decreto sobre los compañeros de vivienda; 8. Petición por la que fue liberado Geroncio, esclavo de Agapito

Las dos breves composiciones siguientes tienen de común que se ocupan de negocios relacionados con el derecho. Una debió de emanar del sínodo romano, cuando éste pretendió poner fin a la disputa entre Símaco y Lorenzo por la sede romana, y la otra servir de pauta para una sesión pública en la que se otorgó la libertad a un siervo.

La primera surgió a raíz de los reproches que se habían hecho al papa Símaco, a propósito de su vida privada. Como reacción, el pontífice mismo o el sínodo romano adoptaron medidas para que esas situaciones no pudieran repetirse en lo sucesivo y emanaron un decreto o una orden por la que debía evitarse que los obispos vivieran solos. Se prescribe que tengan una persona con la que convivan, más que en la misma cámara —*concellaneus* o, en griego *sincellus*—, en el mismo domicilio. Ennodio escribe este texto en 503, seguramente por encargo de su obispo Lorenzo de Milán. En él recoge el tenor de tal medida disciplinaria, de la que no queda ninguna noticia en actas oficiales[29], y añade un comentario, en un tono a la vez polémico y apologético.

La segunda es una muestra más de hasta qué punto Ennodio está integrado en la realidad del mundo en el que vive, tanto en su calidad de persona de Iglesia como en su vida privada. Aquí lo vemos confrontado con la realidad de la servidumbre

[29] Sólo algunos pasajes están recogidos en las decretales pseudoisidorianas.

en su entorno familiar y con la esclavitud que aún existía en la sociedad pagana. Los esclavos de la época podían ser emancipados, bien por disposición testamentaria de su señor o por una proclamación en la iglesia, de acuerdo con un edicto de Constantino a Protógenes, obispo de Sardes.

Esta prescripción imperial, como lo atestiguan papiros de la época procedentes de Italia y de la Galia, se ejecutaba en sesiones públicas en presencia del pueblo y presididos por el obispo o por un representante suyo. Nuestro autor compuso para Agapito[30] una declaración formal de manumisión para una sesión de la iglesia en Roma, en presencia del papa Símaco.

De ella se desprende que la liberación equivalía a la concesión al interesado de la ciudadanía romana, lo que llevaba consigo, entre otras cosas, que se le mantenían los bienes que hubiera podido adquirir previamente.

9. 10. Bendición del cirio pascual

Cierran la colección de las obras misceláneas dos bendiciones de cirios o pregones pascuales[31], es decir dos prefacios de alabanza y ofrenda.

Fueron escritos en Milán para la fiesta de la Pascua de los años 502 y 504 respectivamente. Presentan por tanto claros rasgos ambrosianos, si bien ambos fueron pronto conocidos en Roma y, a través de la liturgia romana, se extenderían a toda la Iglesia[32].

---

[30] Véase nota a M 6, 21.

[31] El título de estas dos composiciones es el tradicional: *Benedictio cerei*, «bendición del cirio», aunque en las obras de san JERÓNIMO (*Ep.* 18, del año 384) y de san AGUSTÍN (*La ciudad de Dios*, XV 22, escrita entre los años 413-426), encontramos otras expresiones: *carmen cerei* y *laus cerei*, respectivamente.

[32] La primera noticia, indirecta, data del *Liber pontificalis*, según el cual el papa Zósimo (417-418), permitió la bendición del cirio pascual a los

Estas composiciones se rezan, o mejor se cantan, en la vigilia pascual en exaltación y ofrecimiento del cirio pascual encendido, que es símbolo del sacrificio de la Iglesia del nuevo Testamento, más propiamente del cordero pascual, Jesucristo.

Se trata de una continuación de la *Haggada* judía[33], en un contexto cristiano. Los primeros textos de este género que han llegado hasta nosotros son el galicano y el ambrosiano. El primero es el que se utiliza aún hoy día en la liturgia romana y está atestiguado en los *Sacramentaria gallicana*. El segundo sigue asimismo vigente en el rito ambrosiano propio de la provincia eclesiástica de Milán.

Inmediatamente después en el tiempo vienen estos textos de Ennodio, que por tanto cuentan entre los primeros testimonios de este género literario en la sede primada de la cristiandad y presentan rasgos interesantes y novedosos, como la exaltación de Dios creador.

La estructura habitual consta de un invitatorio, seguido de un canto dialogado en forma de prefacio, con el que se entra en el tema central.

Éste consta fundamentalmente de: a) una alabanza solemne de la noche pascual a través de una tipología pascual y bautismal; b) un pasaje soteriológico, que de ordinario se expresa de un modo retórico-paradójico, presentando el pecado de Adán como necesario *(felix culpa)* y el contraste entre noche y día, tomado de *Tesalonicenses*, donde el Apóstol de las gentes escribe: «Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. Nosotros no somos de la noche ni de las tinieblas» (I 5, 5); c) la ofrenda, en analogía con el canon de la Misa, y d)

---

diáconos de las iglesias suburbicarias de Roma. Sin embargo, en la liturgia pontificia, el rito del canto a la luz pascual sólo está atestiguado a partir del s. IX. Para esta cuestión, véase H. ZWECK, *Osterlobpreis...*, pág. 8 ss.

[33] Sobre este término, véase H. HAAG (edit.), *Bibel-Lexicon*, Einsiedeln-Zürich-Colonia, Benziger, 1968, 655-56.

el encendido (símbolo de la Resurrección) de la vela (símbolo de la Humanidad de Cristo).

Finalmente se encuentran otros elementos, como la alusión a la abeja, imagen de la virginidad de María, que es un pasaje tomado del libro IV de las *Geórgicas* de Virgilio, ya criticado duramente por san Jerónimo; la alabanza de la noche; la consunción de la vela, como un símbolo de la dimensión escatológica de la vida humana. El pregón acaba con una oración de petición por intenciones concretas[34].

La gran diferencia entre los dos pregones consiste en que, mientras el primero se alarga en la descripción de la creación del mundo, el segundo se concentra en la del hombre y en su pecado. Ambos, como es también propio de este tipo de composición, contienen alusiones al paralelismo entre el bautismo, puerta a la nueva vida, y la irrupción de la primavera, época del año en la que la naturaleza se renueva y se celebra la Pascua.

Podrían ser calificados como piezas sustancialmente cristianas y por tanto de interés exclusivo para la liturgia eclesiástica, si no fuera porque en ellas y por medio de ellas Ennodio nos muestra su profundo conocimiento de la obra de Virgilio, de la que toma brillantes expresiones, tanto a propósito de la vida de las abejas, como incluso para describir la obra de la creación.

Por eso, aunque no se pueda ignorar la presencia de elementos enfáticos que recuerdan otras piezas de contenido retórico, se puede decir que ambos pregones son de una gran elegancia literaria.

---

[34] Sobre este tema puede consultarse, H. ZWECK, *Osterlobpreis...*, págs. 16-23, así como 114-158.

OPÚSCULO I
(263)

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo[1] comienza el Panegírico pronunciado por Ennodio, siervo de Dios, en honor del clementísimo rey Teodorico.

RESUMEN

El proemio contiene una *captatio benevolentiae*. Un panegírico es el único medio al alcance del pueblo para pagar a Teodorico la devolución de la libertad. Ennodio emprende ese canto con los recursos de la retórica, comenzando por una *recusatio*, es decir con una proclama de su falta de idoneidad para acometer la empresa. No obstante, con pureza de intención, pretende de este modo dar gracias a Dios y al rey (1-4).

En un segundo proemio, que contiene la *propositio* y la *diuisio* del Panegírico, pasa revista a los triunfos de la carrera de Teodorico, que son fruto de sus virtudes: su clemencia *(pietas)* y su valor *(virtus)*, su suerte *(felicitas)* y su esfuerzo *(labor)*, la rapidez *(celeritas)* con la que supera obstáculos naturales, que para otros supondrían un freno *(tarditas)*. Tras un breve recorrido por la educación, llega a las hechos del héroe y a la narración de las hazañas que ha protagonizado (5-10).

---

[1] Invocación antepuesta en el códice de Bruselas, que F. VOGEL recoge en el texto de MGH.

En primer lugar, durante sus años en Constantinopla (459-469/70)[2], cuando en su adolescencia —*sine annorum suffragio*—, derrotó al usurpador Basilisco e hizo posible la restauración en el poder del emperador Zenón, hechos que le valieron el consulado en 484 (11-15). Sigue una exaltación de la familia de Teodorico (descendiente de antepasados ilustres, que ha sabido conservar la nobleza recibida de ellos) y una alocución a la antigüedad: a los personajes ilustres de origen humilde que ésta propone, concretamente C. Atilio Régulo Serrano, un *homo nouus*, que Ennodio contrapone a Teodosio, un *rex genitus* (16-18).

El escritor expresa a continuación su dificultad para elegir, entre las empresas gloriosas del rey, aquellas que va a cantar: se centra en su victoria contra los búlgaros. Sigue un largo *excursus* sobre las costumbres de este pueblo (19-22). Aquí acaban los años de la vida del rey, anteriores a su llegada a Italia.

Ésta sufre, asolada por el gobierno tiránico de Odoacro, que Ennodio describe. Para el bien del país —*romana prosperitas*—, y provocada por un favor del cielo —*caelestis fauor*—, surge una ocasión de guerra y Teodorico marcha al frente de su pueblo, cuyo desplazamiento describe, en medio de un invierno especialmente crudo (23-27).

Narración de la batalla contra los gépidas en el Ulca (489), de camino hacia Italia. Se intercala una comparación entre Teodorico y Catón. Este apartado acaba con una alusión a empresas que pasa por alto (*praeteritio*) (28-35).

Comienza la narración del enfrentamiento con Odoacro (36). Tras haber criticado a éste, Ennodio muestra la superioridad de Teodorico al vencerlo, primero en Isonzo y un mes más tarde en Verona. Se describen los preparativos de Odoacro para la segunda batalla, así como el desarrollo del combate: comienza al alba; tras haberse vestido y haber dirigido un discurso a su madre y a su hermana, Teodorico comparece en el campo, donde enseguida cambia la suerte a su favor y hasta el río Ádige combate de su parte. Al final, la llanura

[2] Teodorico llega a la capital del imperio oriental, con ocho años, como rehén que avala el acuerdo entre el imperio y los ostrogodos para que éstos sean considerados *foederati*, a cambio de un tributo anual del emperador.

aparece llena de cadáveres y Ennodio expresa su deseo de que la escena se conserve en la memoria para siempre (37-47).

El autor se dirige a continuación a Roma y elogia la clemencia de Teodosio a su respecto (48). La narración continúa tras la batalla de Adda, a orillas del río Ádige. Teodorico muestra su clemencia hacia los enemigos que se le rinden. El rey debe afrontar la traición de los seguidores de Odoacro, con Tufa a la cabeza, que se habían pasado a sus filas. Ennodio reconoce la intervención de la gracia divina en la victoria del rey y no sabe si darle gracias o alabarlo. Tras una nueva *praeteritio* se mencionan otros hechos favorables al soberano, sobre todo tres: su triunfo sobre los hérulos, la pacificación de los burgundios y el fin del traidor Federico (49-55).

Aunque sea un paréntesis, aquí comienza un nuevo capítulo del Panegírico: Ennodio se vuelve a la política interior, a los hechos que Teodorico ha realizado a favor de la paz. Bajo su reinado, Roma se rejuvenece. Describe la honradez que reina en la corte y la energía de que el soberano da pruebas. La perfección de la virtud en el príncipe da testimonio de la mano de Dios (56-59).

Vuelve a hablar de guerras: contra los gépidos, que se habían apoderado de *Sirmium*; contra los búlgaros, en defensa del aliado Mundo, que había sido atacado por el emperador de Oriente, Anastasio. En estas campañas, en las que no toma parte personalmente Teodorico, destaca especialmente Pitzia, uno de sus generales, que recibe un pequeño panegírico, ensalzando sus virtudes, sobre todo la clemencia. Sigue una nueva declaración de modestia por parte de Ennodio (60-69).

A continuación se menciona a los vándalos, unidos por lazos de amistad con Teodorico, y a los alamanes, que habitan dentro de los confines de Italia y se anexionan al reino ostrogodo. Entre estas dos partes se incluye, en el párrafo 71, una nueva declaración de modestia del autor y una manifestación de su afecto por Teodorico, cuyas cualidades elogia (70-73).

La sección siguiente está dedicada a alabar los méritos cívicos del rey: favorece las letras, sobre todo la elocuencia y es generoso con los descendientes de quienes se comportaron con lealtad; a la ignorancia e inactividad que caracterizaban la época anterior sucede ahora un tiempo de esplendor de la cultura (74-77).

Introduce un nuevo capítulo al comparar al ostrogodo con Alejandro, cuya grandeza han exagerado los poetas, mientras los méritos del rey hablan por sí mismos; concretamente, Teodorico es superior a Alejandro en su fe cristiana, su cualidad más importante. De otra parte, rechaza los títulos vanos y la ostentación: lo que le interesa es la sustancia, no la apariencia (78-81).

Sigue otra declaración de modestia de Ennodio, quien se siente no apto para llevar a cabo la tarea a la que ha sido llamado y que se ha esforzado por cumplir (82). Se describen los ejercicios militares que realiza la juventud goda en tiempos de paz, equiparables a las luchas de gladiadores que ofrecían al pueblo Rutilio y Manlio, subrayando la inutilidad de éstos por contraste con el adiestramiento de los jóvenes godos (83-86).

El autor elogia las virtudes de Teodorico, gracias a las cuales confirma que se merece el trono, que ya le era debido por su noble cuna (87-88).

Los capítulos 89-93 contienen el retrato del rey: la belleza de su aspecto y su gran estatura revelan su realeza. Pero además reúne cualidades tan grandes que cualquiera de ellas ha constituido la excelencia de otros. Concluye con el augurio de que tenga pronto un heredero.

1 I Príncipe venerable: que a aquél su profesión le suponga un obstáculo para entonar tus alabanzas; que a aquél otro —a quien un deber cualquiera ha sustraído a tu protección— la consideración de la magnitud de la empresa le aparte de escribir tu elogio[3]. Que sea entonces todo el pueblo, a quien tus empresas han convertido en deudor tuyo, quien te recompense con un panegírico, devolviendo con loas —¡qué cambio más desigual!— lo que ha obtenido con tu sudor. La libertad, dependiente de tus armas, ha aprendido —es lo único de lo que

[3] La *professio* a la que Ennodio alude —posiblemente piensa en él mismo y comienza así con una *captatio benevolentiae*—, podría ser tanto la de eclesiástico, como la de modesto orador o maestro de retórica.

es capaz— a expresar públicamente su alegría con elogios[4]. Es tarea tuya, ínclito[5], premiar el afecto que, como bien com- 2
prendes, no puede ir más allá de la capacidad de tus súbditos. Será competencia de tu sagrado discernimiento calibrar la exigencia hacia éstos, que, bien lo sabes, te sirven con todas sus fuerzas. Que tu majestad[6] juzgue mi ofrenda literaria digna de tus altares[7], porque es necesario apelar a lenguas bien expertas para que el brillo de las obras no se apague, al envejecer. Que una cadena de relatores obligue a que el paso del tiempo no reclame para sí todo lo que has hecho: vos, en efecto, dais paz a las artes y a las letras, que os proporcionarán la inmortalidad.

El Dispensador del misterio divino no pretende otra co- 3
sa de las mentes humanas sino que entiendan de qué Ser procede la capacidad de conocer. Entre quienes están próximos a Dios, reconocer quién ha concedido un beneficio, es ya haberlo devuelto. Lo que desciende del cielo sólo puede pagarse a precio de himnos de alabanza. El Creador del mundo es

---

[4] El razonamiento de este primer capítulo, sería por tanto: en el primer párrafo, tras exponer que una persona sola, por cualquiera de los dos motivos que cita, es posible que no sea capaz de escribir esta obra, afirma que el pueblo sí, gracias a la libertad de expresión que el rey le ha devuelto. En el segundo párrafo, Ennodio deja en manos del rey la aceptación del homenaje literario para volver a su propio papel, sobre el que manifiesta tener una buena conciencia, de modo que se muestra dispuesto a expresar sus sentimientos más íntimos respecto a Teodorico.

[5] *Inclyte*, con esa grafía, es un apelativo solemne, propio del *sermo cultus* y de la poesía, que es frecuente a partir del s. IV, sobre todo en SÍMACO, *Discursos* 3, 8. Se utiliza como título imperial y se aplica a todo lo que está relacionado con el emperador.

[6] Etimológicamente *maiestas* indica la superioridad —*maius*— que corresponde a los dioses y a los magistrados, más tarde también al emperador.

[7] El autor, en este primer capítulo, equipara el homenaje a Teodorico con el culto divino: de ahí el uso de palabras como *oblatio*, *altaria*, *diuina obsequia*, *merces hymnorum*, *cultus*.

invitado a conceder dones más valiosos con palabras llenas de armonía[8].

4 A todo esto se añade, que el elogio del príncipe debe fluir del sagrario de un corazón puro y que la conmemoración de tu majestad exige no solamente elegancia estilística, sino que debe emprenderla un hombre de buena conciencia. En los actos de culto a Dios la mente serena ofrece el sacrificio sin palabras. Protegido por la pureza de sus actos, incluso un mudo puede participar en el culto. Así pues, la razón que parecía impedirlo, me invita sin embargo a hacerlo. Ojalá un discurso sincero[9] concuerde con mis secretos sentimientos y el esplendor de mi corazón no disienta de lo que voy a pronunciar.

5 **II** Salve, pues, rey supremo bajo cuyo dominio el sabor de la libertad ha recuperado su vigor. Salve, oh tú, estabilidad de la república[10]: porque sería injusto narrar exclusivamente tus éxitos y distinguirlos con una separación retórica de la prosperidad de toda una época. Si enumero las guerras de mi rey, encuentro tantas como triunfos. Ninguno de tus enemigos ha salido a tu encuentro, sino para ser sumado a tus proezas. Quien ha resistido a tu voluntad se ha colocado entre tus trofeos, porque siempre procuró gloria, o a tu clemencia quien se
6 sometió, o a tu valor quien tomó las armas contra ti. Quien te

[8] Es decir, cuando se dan gracias a Dios con palabras armoniosas, se le invita a que siga concediendo sus dones.

[9] Aquí volvemos a encontrar la palabra *professio*, en un sentido más genérico —«discurso»— que en la nota 3.

[10] El primer timbre de gloria para Teodorico es haber devuelto la libertad a la república, tras el dominio despótico de Odoacro, como se describe más adelante en n. 23 y ss. El reinado de un soberano bárbaro es designado con una palabra propia de la terminología política romana —*respublica*— y muestra a las claras el propósito del panegirista: transferir el poder de Roma y su imperio al nuevo reino gótico.

vio en la batalla, fue vencido; quien en la paz, no tuvo nada que temer. Ni dejaste de cumplir en la prosperidad lo que habías prometido respetar, ni tu rigor decayó en el campo de batalla. Tu camino, constelado por muchos obstáculos, contempló victorias cada día y no opuso impedimentos a tu avance: estuvo tan obstruido por las legiones de tus enemigos, como para negarte el acceso, y tan expedito ante tu ímpetu, como si no te perjudicaran las medidas preventivas de tus enemigos.

Si estos éxitos son achacables a tu suerte, ello es bagaje 7
propio de un príncipe; si a tu esfuerzo, eso es algo que está por encima de cualquier alabanza. Al acometer, con hados favorables, las primeras batallas contra las fuerzas de la naturaleza —para que tus enemigos perdieran la esperanza de resistirte—, sometiste a tu voluntad en primer lugar las diversas condiciones climáticas, las cadenas montañosas y las arrogancias de los ríos[11]. Mentiría si dijera que en algún momento el calor o el frío supusieron un impedimento a tus planes, que fuiste obligado por una crecida de aguas o por la necesidad de beber, o que frenaron tu marcha las cumbres de los Alpes, de una altura tal que se unen con el cielo.

No fueron capaces de resistir aquellos a quienes encon- 8
traste tras haber superado sus defensas naturales, porque las regiones abruptas brindan seguridad a las gentes a quienes protegen y los que dominan terrenos resguardados viven con ánimo despreocupado en el ocio. Ante ti, ni una región llana opuso un contrincante par, ni un lugar inaccesible se libró del saqueo, a no ser que sus habitantes se presentaran en tono

[11] *Fluminum superbias*. G. Hartel en CSEL lee *impervia*, es decir «inviable, inaccesible». Esta frase, como han anotado diferentes comentaristas, alude especialmente a los ríos Ulca, Isonzo y Ádige, donde Teodorico consiguió otras tantas victorias, contra los gépidas y Odoacro. Véase, S. Rota, *Panegirico...* pág. 250.

suplicante. Quien se ha puesto bajo tu protección muestra sin miedo sus riquezas, mas a un rebelde de nada le sirvió ser notoriamente pobre. Nadie se sustrajo a tu indignación sino con humildad, mientras que quien lo pidió con súplicas fue conta-
9 do en el número de tus aliados. Conoces el frío de la Escitia y no desconoces Méroe, dueño de la otra mitad del mundo, o el trópico de Cáncer, jadeante de calor[12]: al conquistarlas, has recorrido todas las tierras que nosotros conocemos apenas de oídas. Todo esto supera la capacidad de un solo hombre, pero quien se prepara para gobernar el mundo es necesario que esté impuesto en todas estas regiones.

10 Demasiado rápidamente he abordado el canto de tu época de madurez y, como si un río remansara ya en sus comienzos el ímpetu original del torrente, he recogido ya, ansioso de narrarlos, los frutos de tu edad adulta. El que busca poner en orden tus triunfos es superado por su número y por la rapidez con que se producen. Las insignes hazañas que hemos citado, ¡oh tú, invictísimo! las has realizado más deprisa de lo que yo puedo narrarlas. ¿Quién podrá soportar en la narración de sus proezas la lentitud que él no sufrió al realizarlas?

---

[12] Los escitas (Σκύθαι, *Scythae*) son un pueblo de la actual Ucrania, constituido en un reino en el s. IV a. C., que se mantuvo hasta el III d. C., en que desapareció bajo la presión de los godos. HERÓDOTO habla por primera vez de ellos distinguiendo diversas ramas (IV 17-20). En la tradición romana, comenzando por PLINIO (*Historia natural* VI 34), los escitas aparecen como nordorientales, habitantes de un país remoto y frío. Por su parte, Méroe era la antigua ciudad de la Nubia, al sur de la desembocadura del río Atbara en el Nilo, adonde los reyes habían trasladado su residencia hacia el 300 a. C. Ya LUCANO (*Farsalia* IV 332-333) relaciona Méroe con el signo del zodíaco Cáncer, cuyo inicio en el solsticio de junio coincide con el verano. Estas expresiones recuerdan el arranque de la primera *laudatio* de SÍMACO en honor de Valentiniano I, pronunciada el 25 de febrero de 369.

III Grecia, vaticinadora del futuro, te ha educado en la 11
cuna de la civilización[13]; y apenas traspuesto el umbral de
la vida, te ha instruido de modo que, a la aún reciente alegría
por tu nacimiento, pronto siguió la seguridad de tener en ti a
un defensor. Vivías todavía en la blanca flor de la adolescen-
cia y el tallo tierno, antes de ser sometido a prueba, no había
producido la cosecha de virtudes; tenías todavía el aspecto
del impúber y no cubría la barba tu rostro oscureciéndolo, en
la época en que el purpurado reinante y el brote del imperio
que le sucedería amenazaba con el terror a unos súbditos,
preocupados por el cambio de poder[14], cuando, para poner a
prueba tu fuerza y tu clemencia, rotas las cadenas, estalló la
revuelta y, alimentada por circunstancias favorables, dominó
las mentes debilitadas por una prolongada inactividad. Inme- 12
diatamente fue expulsada de la ciudad la suprema autoridad y
un tirano accedió al poder vacante sin ningún derramamiento
de sangre[15]. Habiéndose apoderado del trono, constató que,

[13] El término *ciuilitas*, que aparece cuatro veces a lo largo del Panegírico (15; 56; 87), tiene un sentido amplio, no sólo político-social sino cultural. Ennodio se esfuerza por demostrar en primer lugar que Grecia es la cuna de la civilización, según la tradición romana que aparece ya en Horacio, *Epístolas* II 1, 156-157; luego, que Teodorico trae esa cultura a Italia como rey de los godos, que se han convertido en los sucesores de Roma. Sobre el concepto de *ciuilitas* en Ennodio, véase C. Rohr, *Der Theoderich-Panegyricus*... pág. 202, n. 7. S. Rota, *Magno Felice Ennodio, Panegirico*... págs. 261-263. Con la expresión «vaticinadora del futuro», Ennodio quiere decir que Grecia ve de antemano lo que Teodorico llegará a ser.

[14] Podría entenderse esta expresión, no como la preocupación por el cambio de poder de León I a Zenón, sino del nuevo juego de influencias que traería consigo la nueva corte: los súbditos estarían «preocupados por el cambio de su propio influjo».

[15] Basilisco, hermano de Verina Augusta, la esposa de León I. Éste había nombrado heredero a su nieto León II, hijo de su hija Ariagnis y el isaurio Zenón, quien en realidad detentó el poder desde la muerte de su suegro el 18 de enero de 474, primero porque su hijo era menor de edad y luego porque

tras haber puesto fuera de combate a sus enemigos por medio del terror, no le quedaba otra cosa que hacer: fue entonces cuando la luz de tu naturaleza, aún sin el apoyo de los años, estimuló a tu ánimo para que la mejor causa no sucumbiese ante tus ojos y pudieses devolver, en un momento de necesidad pública, el beneficio que habías recibido en tiempo de paz. El usurpador se retiró apenas comenzaste a combatir y así, gracias a ti, le fue devuelto el cetro al fugitivo, que dudaba de su salvación.

13 Repasemos los libros de historia, sean consultados los anales[16]: ¿dónde se cuenta que el poder, que alguien nacido rey se había ganado al precio de su sangre, acabara cedido a un exiliado? La gloria militar se distribuye entre las masas que han tomado parte en ella y no se puede atribuir a uno solo lo que se ha conseguido con la contribución de muchos. El dominio de la ambición es, sin embargo, fruto personal del hombre bueno, sobre todo en aquellas situaciones en las que se podría retener lo que se ha adquirido sin detrimento para
14 la buena fama. A ti, ilustre señor, te corresponden por igual ambas glorias: la de haber defendido y la de haber otorgado la diadema imperial[17]. Si el rey de aquellas regiones no te amó, se puso al frente de la república debilitado; si te amó, estaba

---

murió en noviembre de ese mismo año. Aprovechando que Zenón se había ausentado de Constantinopla para ir a Calcedonia, Verina Augusta proclamó emperador a Basilisco. Entonces Zenón partió al exilio sin presentar batalla. Pronto, sin embargo, tanto Verina Augusta como Teodorico se pusieron de la parte de Zenón y el usurpador se retiró.

[16] Cita, casi al pie de la letra, del cap. 24 de la segunda *laudatio* de Símaco a Valentiniano II, de 1.1.370. Véase, expresión análoga en M 3, 113.

[17] La *diadema* es una venda blanca que se lleva en la frente y con el tiempo estuvo adornada con piedras preciosas. Es seguro que a partir de Constantino formó parte, junto con la toga de púrpura, de los *insignia* imperiales. Véase a este respecto el comentario a Amiano Marcelino, *Historia*, XX, 4, 17, en J. Den Boeft, D. Den Hengst, H. C. Teitler, *Philological and historical commentary on Am. Marc.* XX, pág. 94.

en deuda contigo: como testigo de tus méritos has tenido a un personaje vestido con la púrpura.

IV Para entonces el palacio mismo se había puesto a tus 15
órdenes: nadie creyó que tú no podrías trasmitir a quien quisieras lo que habías rescatado. Mas tú, parco en exigir recompensas, como si pudieran existir algunas que estuvieran a la altura de tus hechos, aceptaste los haces del consulado[18], no para aumentar tu autoridad a partir de la silla curul, sino para que, gracias a ti, el consulado ganara en prestigio. ¿Quién podría creer que este sentido cívico[19] vivía en plena madurez entre las virtudes que te eran familiares? Aquel año tuvo un 16
cónsul que custodió el estado no tanto con su solicitud como por su buena fama, de modo que en cuanto endosó el vestido recamado[20], temblaron las armas que habían empuñado los enemigos. ¿Cuándo ha salido de la suerte electoral un cónsul semejante al que nos ha concedido, desde el mismo inicio del mundo, el examen de tu estirpe real? No quiero divagar por 17
los avatares de otras dinastías: todos los que se encuentran en tu árbol genealógico son eximios. El arado engendró para los

[18] Etimológicamente la palabra *fasces* no designa sino un haz o paquete, generalmente de espigas, pero también de cañas o varas. Como emblemas del poder en Roma (ya fuera real, consular, proconsular, dictatorial, pretorial, etc.), son una especie de bastones con un hacha que sobresale en la parte superior y que llevan los lictores que preceden a esos magistrados. También la silla *curulis* —de *currus*, un asiento sin respaldo y sin brazos, puesto sobre el carro en el que el rey se mostraba— y la toga *palmata* que aparecen en esta misma frase, y que traducimos por consulado, son símbolos de esta magistratura.

[19] *Ciuilitas*, en el sentido de respeto por el orden constituido: ver, más arriba en la nota a n. 11. Aunque en una buena parte de los manuscritos se lee *uirtutis* y así lo escribe CSEL, las modernas ediciones —C. Rohr; S. Rota— dan *uirtutes*, como se recoge en la traducción.

[20] *Segmenta* son los ornamentos, bandas o pequeños motivos circulares o cuadrados, que se aplican como decoración a las togas de los magistrados. En este caso, otro modo de designar la veste consular.

honores de cónsul a Serrano, a quien, mientras confiaba a los surcos grandes semillas, le creció una cosecha de honores[21]. Pero no me gusta la prosperidad que tiene su origen en lo inesperado. Muy pocos logran sobresalir por su propia nobleza, mientras que tú tienes con tu familia el deber de custodiar los actos llenos de nobleza de la estirpe.

18 ¿Por qué me pones delante, oh antigüedad, la figura de un campesino revestida de un manto de púrpura? Yo te presento —cosa que supera todo lo que es digno de admiración— a mi príncipe, nacido de una cuna tal que no es lícito rechazarlo, y que, sin embargo, se comporta como si rogara ser admitido entre los emperadores.

19 V Mas, ¿qué debo hacer yo, que tengo delante la fecunda cosecha de tus empresas, que todas juntas superan al que debe elegir algunas de entre ellas? No sé qué espigas debo llevar al hórreo y cuáles dejar de lado. Está ante mis ojos el caudillo de los búlgaros[22], derrotado por tu diestra que reivindica la liber-

---

[21] La anécdota de Serrano se remonta a Cicerón (*Roscio* 50) y es recogida por autores como Plinio (*Historia natural* XVIII 20) y Valerio Máximo (IV 4, 5). C. Atilio Régulo Serrano recibió una embajada del senado romano en la que se le ofrecía el consulado, mientras sembraba un campo. De ahí —*ab agro serendo*— le vino el sobrenombre *Serano-Serrano*. La versión histórica más probable es que se trata de C. Atilio Régulo, cónsul en el año 257 a. C., cuya vida está rodeada de leyendas.

[22] Los búlgaros aparecen por primera vez en la historia como un pueblo que habita en los Balcanes. Sus orígenes son las zonas montañosas del Altai y la depresión de Minusinsk. En el s. IV están ya instalados en la región septentrional del Cáucaso, de donde pasaron a Europa como secuaces de sus parientes, los hunos. A la desaparición del peligro de éstos, a mediados del s. V, se establecieron en el territorio de la actual Bulgaria. En 480 atraviesan por primera vez el Danubio a la altura de Novae (Svištov) y devastan la Tracia. Esta batalla contra Teodorico, que actuaba en calidad de *foederatus* del imperio oriental, tuvo lugar probablemente en 486. Otras fuentes —Paulo Diácono, *Historia de Roma* 15, 15— citan el nombre de este caudillo: Busa.

tad; no fue eliminado, para que no se extinguiera su recuerdo, pero tampoco restó incólume, a fin de que no viviera para su arrogancia; en medio de un pueblo indómito, sobrevivió como testigo que iba a ser de tu gloria. Si hubiera recibido una herida suficiente para darle muerte, tú habrías vencido sobre su persona: el hecho de que viva humilla a toda su estirpe.

Esta es la nación que antes de ti obtuvo todo lo que quiso; 20
en la que recibía honores quien compraba su prestigio con la
sangre de sus adversarios; en cuyo seno el campo de batalla
es el lugar que da a conocer la cuna —pues es tenido sin duda
por más ilustre aquel cuyas armas se ensangrentaron en la
lucha—; una nación que antes de haber combatido contra ti
no tuvo oportunidad de encontrar a alguien que le resistiera;
que a lo largo de su historia decidió las guerras en una sola
campaña. No les detuvieron ni las moles de las montañas, ni 21
el obstáculo de los ríos; tampoco la penuria por falta de alimento, según la ley que impone la necesidad, pues creen que
es ya delicia suficiente beber la leche de las yeguas. ¿Quién 22
podría resistir a un adversario que utiliza los veloces jumentos tanto para cabalgarlos como para alimentarse de ellos? Y ¿qué decir del hecho de que adiestran cuidadosamente a soportar la falta de alimento a aquellos animales, gracias a los cuales han aprendido a saciar el hambre? ¿Cómo es posible que el jinete de un caballo famélico extraiga alimentos de sus vísceras, después de que ha procurado con toda diligencia que no los produzca? Antes se pensaba que todo el mundo estaba abierto a estas gentes; ahora consideran inaccesible para ellos sólo la parte del mundo que tú defiendes. A toda prisa paso por alto muchas cosas, no sea que, por culpa de un estilo[23] lento, llegues tarde a la meta y la antorcha de la curia romana,

---

[23] La palabra *stilus* ha dado pie a la conjetura de que este panegírico no fue nunca pronunciado de viva voz, sino enviado a Teodorico. Efectivamente, estilo es el instrumento —estilete— con que se escribe.

encerrada largo tiempo en la sombra, comience a iluminar demasiado tarde[24].

23 **VI** En medio de las experiencias de la vida y la madurez que te proporcionaron los triunfos, el favor del cielo infundió el afecto por nosotros en tu noble pecho. Por entonces esta tierra poderosa había perdido su vigor a causa de los dispendios provocados durante un largo período de calma por la incapacidad de los gobernantes. Ya la paz no perturbada había traído consigo un empobrecimiento del erario público, mientras entre nosotros, dentro del estado, gobernaba en la penuria un depredador, crecido por el éxito de su continua rapiña, dilapidador de sus propios bienes, que no buscaba aumentar los ingresos del tesoro a base de nuevos impuestos, sino a través de sus robos[25]. Mientras la corrupción se recrudecía, el tirano empobrecido había acumulado odios a causa de su prodigalidad, sin que, agotados sus recursos, lograra suplir con afecto lo que
24 había venido a faltar a su opulencia. A la sazón la penuria en las finanzas de la corte ponía en aprieto a los ciudadanos y la extinción de la estrella del tirano no permitía en absoluto que brillara una sola chispa entre los súbditos. Tenía miedo a los ejércitos disciplinados aquel hombre, a quien cualquier honor, que no le atañía, le recordaba su propio origen[26] y así, cuando mandaba a las legiones avanzar y retroceder a una señal suya,

---

[24] El panegirista se imagina la llegada de Teodorico al senado romano, ensombrecido, que él ilumina con su presencia.

[25] Alusión, sin citarle —como hará más adelante, en n. 36—, a Odoacro, reducido a la miseria por el continuo derroche de dinero con el fin de ganarse favores. A pesar de sus continuas rapiñas, era un *pauper dominus*, como lo califica en la frase siguiente.

[26] El origen modesto de Odoacro se pone de relieve en contraste con la nobleza de cuna de Teodorico. En realidad, Odoacro era hijo de una mujer escira y de Edicón, un príncipe de estirpe huna. A la muerte de Atila, había creado un reino esciro, que en 469 había sucumbido a manos de los godos.

lo hacía atenazado por el miedo. Efectivamente, es sospechosa la obediencia prestada a hombres indignos y cuando en los superiores se insinúa la conciencia de su ínfimo origen, temen precisamente por el hecho de ser temidos.

Surgió entre vosotros un motivo feliz de discordia cuando 25
la prosperidad de Roma incitó a los ánimos rebeldes a matar a unos parientes tuyos[27]. Desvalidos dieron motivo a la guerra y, para que quienes estaban destinados a morir (las gentes de Odoacro) no alentaran la esperanza que procede de una negociación, una parte de los fugitivos (rugos) entabló batalla.

A este punto, reunidas por ti las fuerzas dispersas a lo lar- 26
go y a lo ancho, se unen en un solo pueblo, si bien dividido en innumerables tribus. Todo el mundo emigró contigo hacia la Ausonia[28]: no se puso en marcha ninguno que no estuviera dispuesto a obedecerte. Los carros asumieron la función de casas y en los techos en movimiento se acumuló todo lo que sería útil para cubrir las necesidades. Así eran arrastrados por bueyes los instrumentos de Ceres y las piedras que trituran el trigo[29]. Entre tus gentes[30], las madres, cargadas con sus hijos y olvidadas de su sexo y del peso, se afanaban en la preparación de la comida.

---

[27] Los rugos motivaron el litigio entre Teodorico y Odoacro. Éste había vencido a ese pueblo en el otoño del 487 y se había llevado prisioneros a Italia al rey Feleteo y a su mujer Giso. Un hijo de ambos, Federico, pudo huir, y, por lo que dice Ennodio a continuación, planteó una segunda batalla. Al ser derrotado de nuevo se refugió en Novae y pidió ayuda a su pariente Teodorico.

[28] *Ausonia*, que en poesía, a partir de Virgilio, designa el territorio de Italia, deriva de Ausón, hijo de Ulises y Calipso o Circe. Reciben este calificativo también algunas inscripciones en lengua indoeuropea encontradas en la costa tirrena de Italia meridional, anteriores al latín.

[29] Esta imagen está tomada de VIRGILIO, *Eneida* I 177-179.

[30] Ennodio utiliza aquí el término *familia*, no en un sentido restringido al círculo de parientes y esclavos que viven y trabajan bajo la autoridad de un padre, sino en relación a todo un pueblo. Aunque no hay textos paralelos

27 Por entonces el invierno se extendía por los campos, envolvía de continuo la cabellera en la blancura de la escarcha, convertía la barba en témpanos de hielo y, por decirlo en una palabra, se apoderaba de todo el pelo[31]. En efecto, el vestido que la madre de familia había tejido cuidadosamente, se ponía rígido por el hielo, de modo que, adherido al cuerpo, se rompía. Se conseguía alimento para tus ejércitos, bien sometiendo tribus que ofrecían resistencia, bien abatiendo animales en la selva.

28 **VII** De entre las hazañas que has llevado a cabo en el hielo y en el ardor del verano[32], quiero describir a grandes líneas y sumariamente una de tus batallas. El río Ulca[33] es la defensa de los gépidas: protege a ese pueblo aguerrido en vez de murallas y abarca un flanco de su territorio como si fuera una cadena montañosa a modo de muros que no se dejan abatir por ningún ariete. A este río te condujo tu camino, allí donde este pueblo, durante mucho tiempo invicto, se aprestó a resistirte en vez de enviarte legados y solicitar tu favor cuando a tus unidades, ya casi situadas ante el enemigo, les asediaba la plaga del hambre.

29 Dime, señor clementísimo, ¿qué esperanza fuera de ti le quedaba a tu pueblo, comparable en número a la arena o a las estrellas[34]? Bajo la amenaza de los gépidas[35], del río, de

---

en la literatura latina, podría entenderse que el autor habla aquí de las tropas de Teodorico, designándolas como sus familias.

[31] Véase, Virgilio, *Geórgicas* III 366.

[32] Otro pasaje —como en n. 9— en el que se ponen de relieve de modo retórico las condiciones climáticas extremas en las que ha operado y triunfado el héroe.

[33] Este río parece ser el Vuka y el lugar de la batalla, cerca de la actual Laszlovo. La fecha debió de ser entre enero y febrero de 499. Véase a este respecto, S. Rota, pág. 312.

[34] Esta comparación es bíblica: *Génesis* 22, 17; *Jeremías*, 33, 22; *Daniel* 3, 36.

[35] Era un pueblo de estirpe gótica, según Jordanes 95, caracterizado por su falta de ingenio y pesadez de movimientos. Liberados por el rey Ardarico

una peste, tú, haciendo frente a las espadas desenvainadas, te precipitaste por un camino que otro hubiera evitado, dándose a la fuga. Nadie desconocía a donde llevaban sus huellas impresas en el fango[36]; ninguno arrostró el peligro sin ser consciente, derrochando su vida. Una decisión inminente supera la presencia de ánimo de una mente humana: la seguridad en sí mismos de los hombres valerosos se tambalea, siempre que aparecen ante sus ojos situaciones terribles. Ante una juventud indomable se presentó la posibilidad de optar por diferentes tipos de muerte, porque no se le ofrecía ninguna seguridad de salvarse.

¿Por qué habéis ensalzado a Catón vosotros, viejos his- 30
toriadores[37], por haber conducido a su ejército a través de las Sirtes líbicas, cuando hizo que la muerte de sus hombres sirviera de diversión a las serpientes o cuando probó el frío del veneno constituido por el aire sofocante, sin que su valor fuera premiado? A nadie le fue dado ver las serpientes antes que la muerte, mientras que, a causa de aquella llama abrasadora, se diluía en el aire hasta el esqueleto del cuerpo a la manera como suelen hacerlo las almas. Quien no sabe de dónde viene su ruina no muere con fama de hombre valeroso. Ni la forta-

---

de la sujeción a los hunos, tras la muerte de Atila, se extendieron por la Dacia y la región en torno a Sirmio. Véase SIDONIO APOLINAR, *Poemas* 7, 322.

[36] Véase, SÍMACO, *Laudatio in Valentinianum* 2, 9

[37] Se refiere a PLUTARCO (*Catón el menor* 56, 6-7) y sobre todo a LUCANO, quien en el libro IX de la *Farsalia*, narra por extenso (versos 690-949) las desgracias sufridas por las legiones bajo las órdenes de C. Porcio Catón —adversario acérrimo de César en la primera guerra civil—, durante su marcha por el desierto líbico, a causa de la escasez de agua y sobre todo de las mordeduras de serpientes. Pero si en Lucano Catón es la personificación del héroe que da su vida por la salvación del pueblo romano de los horrores de la guerra civil, aquí es el protagonista de una empresa inútil. Propiamente las Sirtes son los dos golfos, temidos por sus bancos de arena, de la costa N. de África entre la provincia Cirenaica (la S. mayor) y Túnez (la S. menor).

leza de aquellos soldados es comparable con la de tus tropas, formadas en forma de cuña, ni tiene parangón la sabiduría de su general. A aquel le impulsaba el furor de la guerra civil, a ti te pedía Roma, señora del mundo, que la restituyeras a su anterior estado[38].

31 Mas, ¿por qué difiero el relato de lo que este suceso venturoso te reportó? Ante las cerradísimas filas de tus enemigos retrocedieron quienes habían ganado ya la orilla opuesta. Eran acosados a flechazos aquellos de tus hombres a quienes no podían contener ni la corriente del río ni un ataque enemigo. Lanzas empuñadas por brazos vigorosos traspasaban las famélicas cajas torácicas de los tuyos, cuando, en medio de esta derrota en tierra y las aguas llenas de sangre, apareció el invencible general y fortaleció a los hombres que le rodeaban con las siguientes palabras:

32 «El que quiera abrir un camino en el frente enemigo, que me siga; ¡que no mire a ningún otro, quien busca un modelo para la batalla! El valor no necesita una multitud: a unos pocos se debe el resultado de las guerras, a muchos van los frutos de las mismas. El ejército será juzgado según mi comportamiento; en las hazañas que yo realice, triunfará mi pueblo. Desplegad los estandartes con los que se logrará que yo no permanezca oculto: ¡que sepan contra quién luchan o de quién es la yugular que buscan! Que quienes me vienen al encuentro obtengan la gloria con su muerte».

---

[38] La idea de la restauración de la vieja Roma por parte de Teodorico está muy presente en el Panegírico: nn. 48, 52, 56. Lo que podría llamarse «ideología de Roma» juega un papel importante en otras composiciones de Ennodio (M 2, 128-139) así como en toda la literatura panegírica de los s. IV y V d. C. y en todo tipo de autores de esa época, como SÍMACO, AMIANO MARCELINO, CLAUDIANO, RUTILIO NAMACIANO entre los paganos y EUSEBIO, SIDONIO APOLINAR y CASIODORO entre los cristianos.

Dichas estas palabras pidió una copa para obtener un auspicio favorable y sueltas las riendas se lanzó a la batalla[39]. Devastaste como un torrente los campos sembrados, como un león los rebaños: no sobrevivió ninguno que te saliera al encuentro, ni pudo escapar ninguno de aquellos a quienes perseguiste. Acudías a todas partes, cuando ya escaseaban los proyectiles y el ímpetu de la batalla crecía. Inmediatamente cambió la situación de los gépidas: vuelta la suerte, se vio ir a la desbandada a los que hasta entonces eran vencedores. Pues tú, ¡oh, digno de veneración!, que habías comenzado a disputar la batalla sin escolta, avanzabas ahora rodeado de millares de soldados. Cayó una gran multitud de enemigos, hasta que la noche ya próxima salvó a unos pocos. Se tuvo acceso a graneros situados acá y allá, llenos de provisiones para las ciudades, que no sólo remediarían la necesidad, sino que habrían satisfecho los gustos de quienes estaban acostumbrados al bienestar. De este modo la adversidad se puso a tu favor y un ataque hostil luchó contra el hambre de tu gente: el asalto del enemigo venció la falta de alimentos y no habrías recuperado la fuerza guerrera, si no hubiera habido combates[40]. 33 34

De tus innumerables empresas, basten éstas, expuestas por orden cronológico. Paso por alto a los sármatas[41], que se mueven de un lado a otro con sus tiendas, y me callo la gran cantidad de confrontaciones, cuyo número se puede calcular a partir de tus trofeos. 35

---

[39] No deja de ser una incongruencia que un cristiano como Teodorico, cuya religiosidad ensalza Ennodio (ver más adelante, n. 80), realice el tradicional rito pagano de consultar los auspicios antes de la batalla.

[40] Estas dos últimas frases son un ejemplo claro de *abundantia sermonis*, es decir redundancia, en la que cae una y otra vez el estilo de Ennodio.

[41] Los sármatas son tribus iraníes de nómadas y jinetes que se mueven en la estepa de la Rusia meridional. En la época helenística habían atravesado el Don y amenazaban las colonias griegas del Ponto. Alrededor de la era cristiana se encontraban ya en la desembocadura del Danubio y, a partir del

36 **VIII** Voy junto con mi señor en tu busca, Odoacro, tú que, como un agitador de este mundo, levantaste contra él a todas las naciones. Contigo se habían reunido para hacer la guerra tantos reyes como soldados puede a duras penas mantener todo un estado. Pero se notaba que los pareceres de una multitud así reclutada eran diversos y que la esperanza de victoria no se puede deducir del número de hombres[42].

37 Todavía temblaban las manos de tu gente a causa de las privaciones pasadas y la debilidad de sus miembros no podía aún llevar a efecto los ataques que deseaban efectuar. Sin embargo, basta una voluntad acorde en vez del vigor físico y, en lugar de la fuerza, un propósito unánime trae consigo la venganza sobre los enemigos. No te entretuvieron por mucho tiempo el campamento fortificado ni el lecho de un río: a tus enemigos les fue posible construir, que no defender, una pa-
38 red protectora. De repente una multitud de fugitivos cubrió la llanura. En medio de ella tú indicaste a tus soldados, cuando partían para la batalla, que debía ser vencida aquella calamidad interna[43]. Mientras tanto tus tropas ponen fin a la batalla

s. III, en la Panonia. Teodorico libró varias batallas contra ellos: en 469/70 mató al rey sármata Babai. Este encuentro, teniendo en cuenta que Ennodio sigue un orden cronológico, debió producirse entre le batalla de Ulca y la llegada a Italia en 471.

[42] Los historiadores actuales calculan que Odoacro agrupó un ejército de unos quince mil soldados, entre los que predominaban los hérulos, pero también había torcilingos, esciros y —como se ve en M 3, 158— burgundios.

[43] Frase de difícil interpretación, sobre todo porque hay un salto evidente en la narración: de repente, se traslada al lector al medio de una batalla. C. Rohr (p. 225), traduce este pasaje, entendiendo que, con esta primera victoria en Isonzo, en la que se produce una desbandada del enemigo, Teodorico les anuncia lo que les espera: «con eso (la llanura llena de fugitivos) mostrabas a los que huían que una tormenta les amenaza ante sus puertas». S. Rota, sin embargo (págs. 205 y 330-331) —me parece que con buen criterio—, afirma que Ennodio reproduce un discurso que Teodorico debió de dirigir a sus soldados antes de entrar en la batalla, calificando a Odoacro de «una calamidad dentro del estado», a la que había que vencer.

con su aparición, sin ningún esfuerzo. A partir de ahí la suerte
te abrió las puertas, mostrando abiertamente que no restaba
ningún combate favorable a quienes habían sido ya derrotados
en el primer campo de batalla.

Pero la mente inconstante de Odoacro, que se engañaba 39
a sí mismo, se aprestó a la lucha de nuevo, emprendiendo
grandes preparativos de guerra —invirtiendo dinero, sin re-
parar en gastos— ante la ciudad de Verona, que te era adic-
ta[44]. Nada hubo más valiente que tus adversarios antes de la
batalla, pero nada más débil en cuanto las trompetas dieron
la señal de ataque. Fue enorme su valor cuando la confronta-
ción era sólo una promesa y enorme la cantidad de palabras,
como si la lengua fuera suficiente para suplir a la diestra. Eli- 40
gieron el emplazamiento del lugar de combate, apto no tanto
para desplegar el ataque como, sobre todo, para dar pábulo
a su pánico, previendo que no se dejara al azar ni siquiera la
primera desbandada de quienes huían[45]. Sin embargo, la bue-
na fortuna de la república te urgía para que no renunciaras a
lo que habías comenzado. Tras haber recorrido tu marcha en
etapas, contemplaste los fuegos del campamento enemigo que

[44] Lugar corrupto en el texto, para el que se han dado diversas conjeturas. El sentido de todas ellas es el mismo: Ennodio acentúa lo costoso de los preparativos emprendidos por Odoacro, para poner luego de relieve la antítesis entre su valor aparente antes del combate y su comportamiento deplorable en él. Los historiadores afirman, en efecto, que «cuando Teodorico llegó a Verona, se le opuso de nuevo Odoacro, con no menores preparativos de guerra que antes». (PAULO DIÁCONO, *Historia romana* XV 15).

[45] Odoacro escoge esta vez el lugar en que presentará batalla, de modo que sus soldados no tienen posibilidad de huir, como había pasado la primera vez. La construcción gramatical de esta frase es deficiente, es decir presenta un corte (anacoluto), entre la primera parte que es impersonal y la segunda en tercera persona del plural. En la traducción salvamos la dificultad con el verbo inicial en plural. C. ROHR (pág. 224) completa la frase y conjetura: «que el comienzo de la batalla no se dejara al azar y se impidiera —*impediretur*— la retirada de los fugitivos».

brillaban como las estrellas, tanto que si hubieses conocido alguna vez el miedo, habrías sido consciente de que pendías sobre un abismo.

41 Nunca tu estado de ánimo se dejó llevar por la soberbia ante los sucesos favorables o vaciló en los momentos de crisis. Era inminente el día de la batalla, que para muchos traería consigo las tinieblas de la muerte. Apenas la aurora sobre su dorado carro de dos caballos había anunciado el comienzo del día y se levantó del agua del océano el ígneo círculo solar, cuando sonó la señal sorda de la trompeta y el ejército,
42 olvidado de sí mismo, te buscaba a ti[46]. Y mientras encerrabas tu pecho en la coraza protectora, mientras te armabas con las grebas[47], mientras acoplabas a tu costado la espada, protectora de la libertad, diste ánimos con estas palabras a tu virtuosa madre y a tu respetable hermana[48], que habían llegado hasta ti a impulsos de su amor y cuya solicitud femenina oscilaba entre el miedo y la esperanza (temerosas ante el resultado de la batalla, se extasiaban ante el esplendor de tu rostro)[49]:

---

[46] La descripción de la batalla de Verona presenta desde el comienzo un aire épico, tomado de la tradición homérica, a través de Virgilio: el comienzo con la aurora *(Eneida,* III 588 ss.; IV 6 ss. 129 ss. 584 ss.; V 104 ss.; VI 535 ss.; VII 25 ss.; XII 76 ss. 113 ss.); la escena de armarse para la lucha *(Eneida* VII 632-640; XI 8-11; XII 87-90); el sonido sordo de las trompetas que indica el comienzo de la batalla *(Eneida* VII 519-520; XI 474-475).

[47] Para designar la coraza, Ennodio emplea la metonimia *Chalybes*. Los cálibes eran un pueblo establecido en la costa del Ponto Euxino, experto en la elaboración del hierro. *Ocrea* es la pieza de la armadura que cubre la parte anterior de las piernas de los guerreros, desde la rodilla hasta el tobillo.

[48] Respectivamente Ereleuva, una de las concubinas del rey Teodomiro, católica, bautizada con el nombre de Eusebia, y Amalafrida.

[49] De los tres discursos que Ennodio incluye en el panegírico —ver también nn. 32, 65—, éste es el más amplio y elaborado, de modo que en él se pueden distinguir las partes fundamentales, prescritas por la preceptiva retórica: *exordium* («Tú... antepasados»), *narratio* («No tenemos derecho... valentía»), *argumentatio* («Es honroso... favorables»), *peroratio* («Traedme... combatía»).

«Tú sabes, madre, conocida para todas las naciones por la fama de tu vástago, que el día de mi nacimiento diste a luz, fecunda, un varón. Ha llegado el día en el que el campo de batalla dará a conocer el sexo de tu hijo. Debo dejar actuar a las armas para que no perezca por mi culpa la gloria de mis antepasados. No tenemos derecho a apelar a los méritos de nuestros padres, si no nos ayudamos con los propios. Ante mis ojos está presente mi padre, con quien la fortuna nunca jugó en un combate; él mismo se creó un destino favorable, como premio a su valentía[50]. Es honroso haber combatido a las órdenes de un jefe que no tuvo temor a presagios inciertos porque él mismo se ocupó de obtenerlos favorables. ¡Traedme, pues, vosotras vestidos cuidadosamente elaborados, que son el tormento de los telares! Acójame la batalla con ropajes más elegantes de lo que acostumbro en las fiestas. Quien no me haya reconocido por el arrojo, que me valore por mi esplendor. Que la hermosura del vestido atraiga las miradas de los soldados ambiciosos. Que la riqueza de mi aspecto señale al que vale la pena herir[51]. Que tenga consuelo para su esfuer- 43 44

---

[50] Estamos ante una frase que presenta variantes de lectura en las distintas ediciones. Los códices dan *dextrum*, que resulta difícil de entender. Por ello las ediciones del s. XVI leen *dextros*, concertando con *successus*. G. HARTEL mantiene esa versión. F. VOGEL y C. ROHR leen *dextram*, con referencia a *fortuna*, que da el mismo sentido. Más recientemente, S. ROTA propone la conjetura *dextra*, en ablativo, que habría que traducir: «con su brazo se creó los éxitos».

[51] Presento a sabiendas una traducción neutra de este pasaje, difícil de interpretar. La dificultad comienza ya en las variantes que presentan los diversos manuscritos y las diferentes ediciones. Si se opta por *feriendum*, como hace S. ROTA, siguiendo a CSEL y a la mayor parte de los manuscritos, el sentido de este *passus* del discurso de Teodorico es: «la vistosidad de mi vestido atraerá sobre mí las miradas y me convertirá en blanco del enemigo». Si por el contrario se acepta la lectura *feriendos*, como hace MGH y la reciente edición de C. ROHR, la traducción sería «mi aspecto distinguido, al atraer sobre mí las miradas de los ambiciosos, me mostrará a quién debo herir».

zo, ¡oh, Fortuna!, aquel a quien has concedido mi cuello y que admiren mi esplendor, cuando haya caído, aquellos que no hayan conseguido verme mientras combatía».

45 Dichas estas palabras, el caballo, ya inquieto por el sonido apremiante de las trompetas, te tomó en sus lomos. Pero mientras tú te entretenías hablando, ya tus legiones eran apremiadas por el enemigo que las acosaba. Con tu demora diste ánimos a los cobardes y esto creo que fue providencia de los dioses para que tu victoria no pudiese achacarse a la tropa. De repente la gran cantidad de caídos advirtió al enemigo de tu llegada: la enormidad de la matanza delató a quien la había llevado a cabo. Pero tampoco esta vez les faltó el remedio acostumbrado: en seguida desplegaron las alas que les proporcionó el pánico[52] y en su carrera precipitada por miedo a la muerte eligieron su propia ruina.

46 Quien no sepa que cuento la verdad, que vea cómo por obra tuya el curso del Ádige se llenó de cadáveres y, mientras en algunos sitios hacías que las olas se hincharan con la sangre, en otros se estancaba el río. Así combatió también de tu parte el agua, para que no te quedaras corto con la espada. ¡Salve, tú el más espléndido de los ríos, que disolviste la mayor parte de la suciedad de Italia y recibiste las heces
47 del mundo sin perder tu transparencia![53] ¡He aquí que aquel campo cubierto de guerreros brilló lleno de nobleza con el resplandor de huesos humanos! Tenemos algo que contemplar cada vez que nos atormente el recuerdo de un viejo dolor. ¡Que la tierra noble conserve esta escena bellísima! ¡Que permanezca en la memoria lo que los hombres han sufrido, hasta

---

[52] Véase VIRGILIO, *Eneida* VIII 224.

[53] La expresión *mundi faecem* está tomada de LUCANO, *Farsalia*, VII 405; pero, como en el caso de Catón —n. 30—, Ennodio hace un uso antifrástico del poeta: la batalla de Farsalia había sido origen del desastre de Roma; aquí, la del Ádige, la ha salvado. Véase a este respecto: S. ROTA: «Ennodio anti-Lucano...», En *Atti*...págs. 31-55.

que el olvido destruya lo que han hecho! ¡Ojalá no les hubiera sido permitido a las bestias voraces llevarse nada de allí! A un espléndido espectáculo le fue arrebatado todo lo que los robos de los animales rapaces hicieron suyo.

IX Quisiera, ¡oh, Roma!, que asistieras a esta escena, ol- 48
vidando tus años. Si vinieras, temerosa, con pasos vacilantes, este gozo transformaría tu edad. ¿Por qué permaneces siempre encerrada en tus santuarios? Aquí se ha conseguido que puedas tener más cónsules que candidatos a tal magistratura has visto hasta ahora[54]. Reconoce la bondad de tu señor: quiere que disfrutes del sabor de los triunfos, tú, a quien decidió ahorrar las incertidumbres de la guerra.

X He aquí que, de nuevo, una parte de los enemigos, des- 49
tinada a morir, se apresuró a rendirse, actitud que ya conocían.
Aunque el número de los caídos había sido incontable, sin em-
bargo se presentaron, dispuestas a rendirse, unidades equipa-
das con armas refulgentes[55]. Tu corazón, siempre propenso al
perdón, se conmovió. Creíste que en la escuela de la necesidad
habían aprendido la lealtad, de la que nunca hasta entonces ha-
bían dado pruebas respecto a sus príncipes, a quienes les unía
el afecto. Tu salvación fue —¡oh, tú, excelente entre los re- 50
yes!—, que fiado en su juramento depusiste todo tipo de pre-
caución. Nos debatíamos ante el temor de que algunos de los
enemigos a quienes habías acogido no merecieran la muerte.
Te damos gracias, Dios, juez del universo, porque arrojaste
contra las espadas vengadoras a todas aquellas conciencias
que estaban poseídas por el error que arrastraban de antiguo.

---

[54] Interpreto esta frase en el sentido de una profecía de eternidad para la ciudad. Véase S. Rota, pág. 346.

[55] Tras la batalla de Verona cae Milán en manos de Teodorico. Allí se le rinden gran parte de los partidarios de Odoacro, entre ellos su general Tufa.

Me avergonzaría hablar de su inveterada inestabilidad de ánimo, si no fuera porque veo que sirve para alabarte.

51 Mas, ¿por qué tardo en seguir contando tus hazañas? Les pareció oportuno ofrecer de nuevo el reino a Odoacro, que les tendía la mano, ya incapaz de empuñar un arma[56]. Descubierto inmediatamente el complot, salió a la luz el error de aquellos ánimos hostiles. Invocaste a la Providencia como compañera de tus actos y, para que no quedara impune el capricho de quienes se pasaban de un campo a otro, tú, enarbolando la bandera de la venganza, hiciste partícipe al pueblo, que te había dado muestras de lealtad, de las decisiones que habías ya tomado en secreto. Ninguno de tus enemigos llegó a conocer lo que la mejor parte del mundo planeaba contigo. Hasta las regiones más apartadas llegó la orden de la muerte que habían merecido.

52 ¿Quién sino la voluntad divina propició que en un momento se extinguiera la desgracia del pueblo romano, acumulada durante un tiempo tan largo de perversidad? Llegado a este punto, no sé hacia dónde volverme. ¿Debo dar gracias, yo, que me he propuesto escribir tu panegírico, o emprender el camino ya comenzado de cantar tus alabanzas[57]? El asunto

---

[56] Teodorico se fía de Tufa y le envía a Rávena, donde Odoacro se había refugiado tras la derrota en Verona, para luchar contra él. Tufa, sin embargo, se pasa de nuevo a Odoacro, quien vence a Teodorico, que tiene que buscar refugio en Pavía (Véase M 3, 111-117). En las frases siguientes Ennodio describe las medidas tomadas por Teodorico en esta situación: hace matar a todos los partidarios de Odoacro en diversos puntos de Italia y acaba asesinando a su mismo rival, a pesar de que habían llegado a un acuerdo. Mas de este último capítulo, nada favorable al rey ostrogodo, Ennodio no se hace eco en su obra.

[57] No está claro lo que quiere decir Ennodio. Es posible que la alternativa sea: dar gracias a Dios, a quien se ha referido repetidas veces en los dos últimos números, o seguir escribiendo el panegírico. Así lo interpreta C. Rohr, pág. 233. Pero también podría ser, convertir el panegírico en una *gratiarum actio* al mismo Teodorico. Existían varios y valiosos precedentes

acabó en una guerra a la vez favorable y determinada por el destino[58]: se vino abajo la presunción de Odoacro al no conseguir ninguna ayuda con el engaño.

¿Qué debo recordar de las derrotadas huestes de los hé- 53
rulos[59]? Fueron conducidas contra ti para que así conocieran a uno que habrían de temer aún en su propio territorio. De este modo, la locura de otros actuó a favor de una prolongada
tranquilidad. Paso en silencio, Burgundio[60], la época en la 54
que te fue impuesta una paz duradera, cuando guardaste los

---

en los que Panegíricos —el de PLINIO a Trajano, el de MAMERTINO a Juliano— y discursos de acción de gracias —AUSONIO, SÍMACO— estaban muy cerca. En el texto no se expresa el objeto de la acción de gracias y en la traducción dejo abiertas las dos posibilidades. Esta dificultad llevó a J. SIRMOND a conjeturar *gradum* por *grates*. En ese caso, el sentido sería: «¿Pararé ya, yo que me he propuesto escribir tu panegírico, o continuaré el camino ya emprendido de cantar tus alabanzas?». Las ediciones modernas recogen unánimemente *grates*.

[58] Expresión tomada de CICERÓN, *Marcelo* 10, 31.

[59] El florecimiento de este pueblo comenzó en la batalla del río Nedao (454-455), que marcó el fin del predominio huno. Se asentó en la región que hoy es la baja Austria y el O. de Eslovaquia; aprovechando los vacíos que fueron dejando los suevos y otras estirpes en su marcha hacia el O. de Europa, los hérulos se extendieron en todas direcciones. En 476 algunas ramas formaron parte del ejército de Odoacro y apoyaron a Teodorico en su enfrentamiento por el poder de Italia. La mayor parte de ellos cayó en la batalla de Rávena, alrededor de 491, de la que habla aquí Ennodio.

[60] Este pueblo, que desde mediados del s. V ocupaba Saboya y no desaparecería hasta que en 534 fue sometido definitivamente por los francos, intentó repetidas veces la expansión hacia Italia. Una de sus incursiones tuvo lugar en 490, durante el enfrentamiento entre Teodorico y Odoacro: saquearon Liguria y deportaron una buena parte de la población. Pocos años después, en 494/495, una embajada goda —en la que, por cierto, participó el mismo Ennodio —logró que volvieran a su patria (ver M 3, nn. 136-177) y se estipularon unos pactos, sancionados con el casamiento entre una hija de Teodorico y un hijo de Gundibado, rey burgundio. Esta situación de paz acabaría poco después, en 508, cuando comenzaron de nuevo las hostilidades entre burgundios, aliados de los francos, y los ostrogodos de Teodorico.

pactos de un modo tal que podía pensarse que vivías en calma
gracias a tu fidelidad y no al terror. ¿Quién puede soportar
también que caiga en el olvido el hecho de que ante nuestros
ojos, las armas de los desleales se entrecruzaron para ventaja
tuya y las fuerzas enemigas cayeron en una guerra agradable
a Dios mientras tú te ocupabas en otros asuntos?[61] ¿Cuántas
veces venció luchando a tu favor uno que había prometi-
55 do luchar contra ti? Que lo diga Federico, quien tras haber
traicionado la lealtad hacia ti, acompañó en la muerte a tus
enemigos esgrimiendo sus armas contra aquellos a quienes
había acompañado en el error, al surgir la discordia entre
aquellos criminales a propósito de cuál debía ser su objetivo
común. Que Dios me asista y me conceda sus favores por
toda la eternidad: por su disposición surgieron las disputas
que eran de prever entre los culpables. Pues Federico, tras
haberte ayudado a triunfar sobre tus enemigos, te proporcionó
la victoria sobre él mismo.

56 **XI** Una gran parte de tus méritos me conduce a otro apartado. Veo que un inesperado esplendor surge de las cenizas de ciudades y que, en una era de esplendor de la civilización, por todas partes resplandecen techos de palacios. Veo edificios realizados aún antes de haber tenido yo noticia de que se proyectaban. Roma misma, madre de todas las ciudades, rejuvenece porque se le cortan los miembros podridos de su vejez. Permitidme decirlo, vosotros, sagrados orígenes del genio lupercal[62]: tiene más valor resistir a la decadencia que

---

[61] En efecto, Tufa, el traidor que se había vuelto a pasar a Odoacro (nn. 49-51) y Federico, el rey rugo que en el pasado había sido aliado de Teodorico —n. 25—, reunieron sus fuerzas para enfrentarse a éste (491-492). Mas esa alianza derivó pronto a un enfrentamiento entre ambos y, en definitiva, al triunfo del rey ostrogodo.

[62] Habla de los orígenes de Roma, concretamente de la gruta en la ladera NO. del Palatino en la que Rómulo y Remo fueron alimentados por la

haber puesto el comienzo. A esto se suma el hecho de que 57
has adornado la corona de la curia con innumerables flores. Hasta ahora no ha debido renunciar a la esperanza de obtener honores ni uno solo de quienes, al solicitarlos, estaban apoyados por una buena conciencia. Todo aquel que, dotado de méritos sobresalientes, te ha dirigido una petición está seguro del resultado de sus ruegos[63]. Pues somos buenos, o bien porque nos lo hemos propuesto, o bien porque nos atenemos a tu
ejemplo. La riqueza del estado creció a la par que aumentaron 58
los bienes privados: en tu corte no hay corrupción por ninguna parte y la riqueza se difunde por doquier. Nadie se aparta de ti sin regalos, ninguno lamenta la desgracia de la proscripción[64]. Tus negociaciones tienen validez imperecedera: estableces ya el orden de tus disposiciones, aún antes de ver a los embajadores[65]. No encuentran oposición tus respuestas y difícilmente una decisión está en desacuerdo con tus obje-
ciones. Tu prestigio como príncipe vela en vez de las armas, 59
el celo de un gran gobernante protege nuestro descanso; sin embargo, no dejas de ampliar las fortificaciones, proyectando tus cuidados hacia un futuro lejano. No te falta ni la seguridad en sí mismo de un hombre valiente ni la cautela de un timorato. ¡Oh, doble plenitud virtuosa en un solo príncipe! Ella revela a Dios como autor porque es evidente que no

---

loba *(lupa*, de ahí lupercal), según la tradición. En memoria de este hecho, Evandro levantó un santuario en honor de Pan Licaón (Fauno), al que llama Ennodio «genio lupercal».

[63] Ennodio expone esta idea de modo que cada miembro de la frase contiene dos negaciones, que se neutralizan: «Sólo quien falto de méritos sobresalientes no te pidió, no sabe lo que es dudar del resultado de su petición».

[64] Esta condena llevaba consigo la confiscación de bienes.

[65] En este último párrafo se refiere Ennodio a la política exterior de Teodorico y resalta su rapidez y su intuición. Ejemplos concretos aparecen en M 3, nn. 131-133, 136 ss., 185 ss.

hay entre los hombres nadie de quien haya podido recibir las cualidades que muestra[66].

60 **XII** Mas he aquí que, de nuevo, después de un tiempo de paz estable, volvemos nuestro discurso a las guerras: una vez más la trompeta pide para sí la palabra. La ciudad de Sirmio[67] constituía un tiempo la frontera de Italia; en ella los antiguos señores montaban guardia para que las heridas que le infligían los pueblos limítrofes no penetraran en el cuerpo de Roma. Esta ciudad, por descuido de sus gobernantes, cayó después bajo el dominio de los gépidas[68]; desde entonces procedían
61 de ahí provocaciones diarias y arrogantes embajadas. Hacían arder de ira el ánimo de nuestro príncipe los halagos de una sumisión fingida y la alianza intempestiva de Traserico con los otros gépidas, cuyo caudillo era Gunderit[69]. Creías que esa

---

[66] La conclusión de este apartado abunda en la misma idea que ha estado presente en la exposición de las hazañas militares de Teodorico: Dios mismo, su providencia, es la fuente de sus cualidades.

[67] Se encontraba en una posición clave en la frontera de las diócesis del Ilírico y la Dacia y las provincias limítrofes *Panonia prima* y *Moesia prima*. Fue siempre considerada como límite entre las dos partes del Imperio romano: véase, por ejemplo AMIANO MARCELINO XXI 9, 8. Ennodio se hace eco de la propaganda de Teodosio, quien argumenta que la ciudad pertenece a Occidente por hallarse en la Panonia.

[68] La gépida era una tribu germana oriental, de origen godo. Permaneció en las riberas del Vístula mientras los demás pueblos emigraban y aparece por primera vez en la fuentes romanas a mediados del s. III d. C., haciendo incursiones en el Danubio oriental. A principios del s. V los gépidas fueron sojuzgados por los hunos, pero a la muerte de Atila, el rey Ardarico, al frente de una coalición, derrotó a los hijos de éste en la batalla del río Nedao (hacia 455). Unos años después, hacia el 473, se instalaron en la zona de Sirmio, como *foederati* del imperio. Ya se habían opuesto a Teodorico en su marcha hacia Italia en 488-489 —véase más arriba, nn. 28-34—, pero ahora, en 504, se mostraban agresivos y, según Ennodio, peligrosos por su infidelidad.

[69] Los dos grupos de gépidas, uno establecido al N. del Danubio, fuera de los límites del imperio, con Gunderit a la cabeza, y el otro en la región

ciudad se había perdido por culpa tuya, porque bajo tu mando había sido posible mantener durante mucho tiempo el dominio de Italia sobre ella; y no era suficiente consuelo el pensamiento de que no la habías perdido tú, porque era inmenso el dolor de que quien la retenía ahora no te la había devuelto al principio de tu reinado. En tu opinión, el imperio que no crece disminuye.

Cuando las maquinaciones de Traserico salieron a la luz 62
pública, enviaste a los más nobles de entre los godos, Pitzia, Harduico[70] y jóvenes soldados que hasta entonces no tenían experiencia de la guerra, para que, en el caso de que aceptara las condiciones que le proponías, mantuviera bajo su dominio los territorios que en su día había invadido. Mas la inconstancia de su conducta fue una ayuda para tu buena suerte: por iniciativa propia se retiró de una región que no era suya y abandonó lo que te debía, sin que tu ejército le hubiera atacado. Inmediatamente Pitzia, que había aprendido de ti a aprovechar las situaciones favorables y ponderaba la oportunidad de sus decisiones, estimó que aquella tierra no había sido conquistada sino restituida y no la asoló con saqueos, como si hubiera sido tomada, sino que la protegió con medidas administrativas, como si fuera propia.

Mientras ellos establecían allí una organización, Gre- 63
cia[71] declaró la guerra provocando a nuestro aliado Mun-

---

de Sirmio, cuyo rey era Traserico, amenazaban con unirse y formar un reino poderoso.

[70] Dos condes militares del rey ostrogodo: el primero, conocido por la obra de CASIODORO, *Variae* 5, 29 (Pitzias) y JORDANES, *Gética* 300 (Pitzamus). 301 (Petza); el segundo, sólo citado aquí.

[71] El emperador de Oriente, Anastasio, envió a Sabiniano, a la sazón *magister militum per Illyricum*, para que combatiera contra las tropas de Mundo, un conglomerado de hunos, godos y hérulos. Éstos, a los que se unieron las tropas de Pitzia, derrotaron a los bizantinos, en cuyas filas militaban unos diez mil búlgaros, en la batalla de Margum, en 505.

do[72], arrastrando consigo para protegerse a los búlgaros, a quienes amenaza con utilizar como escudo en caso de guerra.
64 Entonces Mundo, creyendo que era suficiente para su seguridad que tus cohortes conocieran lo que pasaba, encomendó a una embajada urgente el encargo de informar del peligro y, aún antes de que hubiera sabido que las cohortes se aprestaban en su defensa, las vio ya luchar a sus flancos. En cuanto Pitzia vio venir de lejos la indómita juventud búlgara[73], alentó aún más los ímpetus ardorosos de sus adolescentes con el fuego de estas palabras:

65 «Recordáis, compañeros, de quién habéis recibido órdenes para venir a esta región. Ninguno piense que está lejos la mirada de nuestro rey, por cuya gloria vamos a luchar. Aunque una lluvia de lanzas cubriera el cielo, no pasará oculto quien haya arrojado la suya con particular valor[74]. Forjad vuestros pechos en acero, de modo que del temor por vuestra vida paséis a una esperanza cierta en la victoria. Creo que el testigo de la grandeza de nuestro rey ha muerto ya y que no sobrevive quien habitualmente les advertía qué señor tenemos[75]. O quizás no se dignan valorar a nuestro pueblo a tenor de nuestro príncipe. Que comprendan que lo que hacemos de él procede y no les sea permitido atribuir a su sola persona lo que nuestro rey ha inculcado a toda su gente».

66 Hizo seguir a estas palabras el sonido de las trompetas: inmediatamente se lanzaron de cabeza los guerreros, como

---

[72] Algunos historiadores como JORDANES lo hacen descender de los hunos, mientras otras fuentes le suponen godo. Tampoco está claro el momento en que entró en relación con Teodorico.

[73] Los búlgaros han aparecido ya en n. 19 con el mismo calificativo de pueblo *indomitus*.

[74] Expresión tomada de VIRGILIO, *Eneida* XI 610-611.

[75] Busa, el derrotado caudillo búlgaro cuando Teodorico iba camino de Italia (n. 19), que había sobrevivido y se encargaba de disuadir a los búlgaros para que mantuvieran la paz, estaría ya muerto.

suele tronar una nube oscura al precipitarse la lluvia con tanta intensidad que los techos retumban[76]. El choque vaciló durante mucho tiempo con resultado incierto, porque se había levantado en ambas partes igual fiereza en la contienda. Chocaban dos naciones que, una vez metidas en combate, nunca habían buscado su salvación en la huida. Se asombraron al encontrarse dignos unos de otros y al ver dentro del género humano a alguién que era capaz de resistir tanto a los godos como a
los búlgaros. En el entretiempo, mientras el resultado de la 67
batalla era incierto y las flechas portadoras de la muerte eran dueñas del cielo, prevaleció el recuerdo de nuestro príncipe, al esforzarse los godos en que el terreno de combate fuera testigo de los méritos de cada uno hacia él. Se dio a la fuga un pueblo cuyo mayor castigo consistió en haber escapado a la muerte. La tierra tembló, sacudida por las pezuñas de los caballos. Se alejaban de allí entre grandes lamentos cuando se dieron cuenta de que no tenían que temer más por su vida. ¡Oh Dios, juez del cielo, multiplica los dones que nos has concedido! Aquellos que nunca habían dudado de sus triunfos, aquellos a los que el mundo admiraba, se retiran ahora tras haber perdido sus estandartes de guerra y haber sido batidos en su incolumidad, llamando tres y cuatro veces dichosos a quienes habían conseguido morir[77].

¿Para qué recordar la carnicería entre los soldados y el 68
vergonzosísimo fin de su jefe Sabiniano, pues no tiene ningún sentido contar de nuevo lo que ocurrió a un indefenso cuando desaparece su protector? Pues bien, Pitzia, que merece ser alabado por los siglos de los siglos, para no dar la impresión de que había combatido no tanto para su honra sino por codicia, dejó a las fieras y a las aves del campo el fruto

---

[76] Es la lectura de MGH, aunque tanto C. ROHR, como S. ROTA, en vez de *se praecipitem plebs Martis inmiscuit*, conjeturan *Marti*, dependiendo de *inmiscuit*: «se precipitaron los hombres al combate».

[77] Véase VIRGILIO, *Eneida* I 94-96.

de su trabajo, dando órdenes a los soldados, hambrientos de botín, de no quitar nada a los cadáveres, que estaban opulen-
69 tamente equipados. Pero, ¿qué lengua es capaz de describir esto de modo adecuado? ¿Con qué dotes de elocuencia se puede contar? Durante largo tiempo venciste tú en persona todas las batallas, ahora comienzas a tener vencedores a tu servicio. Mientras tanto, el imperio romano volvió a alcanzar sus fronteras: como en el pasado, dictas órdenes a los ciudadanos de Sirmio y, a causa de tu cercanía, comienzan a temer por sus tierras quienes hasta ahora habían ocupado las nuestras.

70 **XIII** ¿Qué puedo decir del castigo que diste, hasta con los vientos a tu favor, a las depredaciones de los vándalos, un pueblo a quien basta tu amistad en vez de un impuesto anual?[78]. Guiados por la sabiduría no osan traspasar su zona de influencia: han merecido ser aliados, al no negarse a obedecerte[79].

71 **XIV** Del cúmulo de tus hazañas he descrito algunas, ordenadas sucintamente, más con buena voluntad que con elocuencia, dejando otras intactas para escritores mejores que yo. Veremos quién me gana en elocuencia; ninguno será capaz

---

[78] *Ventis parentibus* podría también aplicarse a las incursiones de los vándalos, aprovechando los vientos favorables. Más lógico parece, sin embargo, resaltar que hasta los vientos se pusieron a favor de Teodorico, como se recoge en la traducción.

[79] Como los burgundios en el N. de Italia, los vándalos habían aprovechado el enfrentamiento entre Teodorico y Odoacro para depredar Sicilia, hasta que fueron derrotados por los godos en 491. En ese año, como cuenta Casiodoro en su *Crónica*, no sólo dejaron de recibir el tributo anual que exigían, sino que ellos mismos pidieron la paz. Más tarde Teodorico casó a su hermana Amalafrida, que había quedado viuda, con el rey vándalo Trasamundo (Jordanes, *Gética* 299). Sobre la política matrimonial de Teodorico, véase D. Claude, «Universale...», sobre todo págs. 27-31.

de superar mi afecto por ti. Por inspiración divina tienes una mansedumbre tal que crees poder conseguir más a través de tu amor que con el terror. Entre los monumentos de tu fama se encuentran buenas obras extraordinarias que hacen que, mientras los reyes te temen, los que están a tus órdenes te amen. Eres, en efecto, de la opinión de que tus súbditos podrían negarte lo que les mandas que te den, después de haber medido sus posibilidades. ¡Oh, rey adornado de una serenidad total, que atribuye a nuestra devoción todo lo que te tributamos por sumisión!

XV ¿Qué decir de cuando la totalidad de los alamanes fue 72
encerrada dentro de los confines de Italia, sin que la soberanía de Roma sufriera detrimento? Este pueblo consiguió tener un rey después de haber merecido perderlo. Se convirtió en guardián del imperio latino, él, que siempre había saqueado nuestra región; haber huido de su territorio trajo buena suerte a esta tribu, porque así consiguió la riqueza de nuestro suelo[80].
Habéis adquirido una tierra que ha aprendido a doblegarse a 73
la azada, sin que nosotros hayamos experimentado ningún perjuicio[81]. Bajo tu gobierno hemos visto que los acontecimientos más favorables surgen de una situación adversa y

[80] En 506 los francos de Clodoveo arrojaron de sus territorios a los alamanes, que se vieron obligados a refugiarse al otro lado de los Alpes, en el N. de Italia. Teodorico intervino por vía diplomática —se había casado en 493 con Audofleda, una hermana del rey franco—, consiguiendo de los francos que permitieran a los alamanes mantener posiciones en la vertiente norte alpina que, como parte de la Recia, eran consideradas en el s. v parte de la diócesis de Italia. Así, aunque se sigue discutiendo mucho la cuestión alamana (Véase, por ejemplo, H. Wolfram, «Geburt Mitteleuropas...»), se explica todo lo que Ennodio escribe en nn. 72-73. Con su intervención, Teodorico convierte a los alamanes en defensores de su reino.

[81] Hartel lee *non*, apartándose de las demás ediciones, que entienden *nos*, más de acuerdo con el hilo del discurso. Para la discusión de este pasaje, véase S. Rota, págs. 183-184.

que una ocasión de peligro puede ser madre de la fortuna. Liberado de las ciénagas, se alegra de habitar tierra firme un pueblo que, hasta ahora en casas agrietadas, emerge gracias a un terreno más sólido[82].

74 **XVI** Fue también digno de ti[83] estimular la elocuencia laudatoria con premios: así no dejaríamos perder en el silencio tus victorias. Ninguna de las artes permanece inactiva: se busca a quien es hábil allí donde se esconda. Obtiene una magistratura el que la merece, aunque viva muy apartado. Pues nunca permanece oculto aquel a quien su honradez delata, porque tú, justísimo juez, te dejas convencer, no con palabras,
75 sino con hechos. Los méritos de nuestros difuntos antepasados están bien guardados en tus manos: cuando un acto de lealtad llegue a los oídos de tu misericordia, inmediatamente restituirás según el derecho hereditario a su sucesor todo lo que debes al que actuó fielmente. Tenemos el premio a la obediencia de nuestros padres y sin embargo no tememos los castigos por sus crímenes. Tu indignación se limita, moderada, al culpable, mientras que tu agradecimiento busca al sucesor para recompensarle.

76 Quedan todavía muchas cosas por decir[84], pero conviene que se deje algún tema intacto para los múltiples pregoneros de tus hazañas. A ti te deben las ciencias venerables el hecho de que pueden seguir hablando. Tus predecesores amaron la ignorancia, porque jamás llevaron a cabo empresas dignas de alabanza. Quien era elocuente llevaba una vida sórdida detrás del arado y la violencia les negaba lo que les había propor-

---

[82] Otro pasaje corrupto, que ha sido interpretado de modo diferente, sobre todo a partir de la lectura *caeni* (cieno, terreno), en vez de *schoeni* (el *holoschoenus* de Plinio, *Historia natural* XXI 18, 69), un tipo de junco, largo y sólido. Sigo la primera, con F. Vogel en MGH y las ediciones modernas.

[83] Expresión tomada de Símaco, *Laudatio in Valentinianum* 2, 30.

[84] Véase, Símaco, *Laudatio in Valentinianum* 2, 29.

cionado su destreza; los tribunales se lamentaban porque los abogados callaban y no se concedía ningún reconocimiento al
que hablaba. El resultado de los negocios dependía del azar, 77
dado que no se atribuía ningún mérito a la cultura. Por doquier una resignación universal había ahogado la inteligencia, ya que el ocio debilitaba las facultades de los buenos oradores. Una devoradora dejadez se había apoderado de la magnificencia de los ancianos y los jóvenes no eran estimulados a seguir a alguien, emulándolo. He ahí las riquezas de tu época: por entonces apenas tenían los foros oradores perfectos, hoy la Iglesia te envía un panegirista[85].

XVII Venga ahora la antigüedad y, en narraciones calza- 78
das con coturnos, cante a Alejandro a quien proporcionó fama opulenta el talento de los poetas, de modo que su gloria, pobre en hechos, parece hincharse con ayuda de la retórica[86]. Los méritos de nuestro rey no necesitan la ayuda de un narrador.

---

[85] De esta última expresión se ha deducido que Ennodio escribió esta obra por encargo de la Iglesia, en reconocimiento a la intervención de Teodorico, arriano, para poner fin al cisma laurentino dentro de la Iglesia católica (véase, M 2). El autor, que deja de lado en esta obra cuestiones eclesiásticas, describe aquí más bien el contraste entre el pasado, en el que no había oradores ni siquiera en el foro, y la actualidad en la que surgen incluso en medios eclesiásticos. En cualquier caso, se ha dicho con razón que Ennodio interviene en cuestiones políticas —de ello da fe un buen número de sus epístolas— sobre todo como abogado de la clase aristocrática romana en sus conflictos con los godos recién establecidos, que les expropian las tierras. Véase a este respecto T. A. Burns, «Ennodius and the ostrogothic Settlement...», 168.

[86] La comparación con Alejandro Magno es un lugar común en la literatura panegírica: es el general victorioso por excelencia y cualquiera que le supere, como es el caso de Teodorico, alcanza lo inconmensurable. El coturno es el calzado de los actores trágicos, que, como adjetivo, ha pasado a ser, al menos desde Ovidio, sinónimo de «elevado, hinchado» a propósito del estilo o manera de hablar.

Las gestas de los antiguos, por más que hayan sido multiplicadas con mentiras, son más modestas que las verdaderas empresas de éste. Poetas, vosotros habéis imaginado grandes proezas, pero os conviene reconocer que nuestro señor actual
79 las ha llevado a cabo aún mayores. El caudillo de Pela quiso que la exaltación de sus empresas dependiera en todo de Quérilo, para que un gran número de escritores no notara su intención de engañarlos y quedara como testigo único de su desvergüenza quien era requerido para que dejara constancia de su triunfo[87]. No quiero robar nada a los ancianos a quienes la antigüedad hubiera considerado excelentes, si la romanidad,
80 en su resurrección, no te hubiera producido a ti. La ignorancia, madre del error, dominó a aquel (Alejandro) que desconocía la verdadera religión: a ti, desde el umbral de tu existencia, la doctrina de vida te instruyó en el culto al Dios supremo. Nunca atribuyes a tus esfuerzos lo que trae consigo un suceso favorable: sabes que de ti depende la previsión, pero que el poder de realizarlo está en las manos de Dios. Te comportas de modo que mereces conseguir el éxito, pero cuando lo has logrado lo atribuyes por entero al Creador. Por tu fortaleza, tu solicitud, tu buena fortuna te comportas como príncipe,
81 por tu mansedumbre como sacerdote[88]. Pues, ¿qué? ¿Acaso nuestros mayores han llamado en vano dioses y pontífices a todos aquellos a quienes les fue conferido el cetro del poder? Lo extraordinario consiste en realizar actos de santidad suprema y no tener ningún nombre que exija veneración. Mi rey podría por derecho ser llamado el «triunfador sobre los

---

[87] Pela es la cuna de Alejandro, en Macedonia. En cuanto a Quérilo de Yaso, fue el único poeta al que se permitió cantar en versos épicos los hechos de Alejandro. En la antigüedad, pasa por ser un cortesano adulador. Ennodio pudo conocerle a través de Horacio, *Epístolas* II 1, 232-234, *Arte poética* 357 ss. o de Curcio Rufo VIII 5, 8.

[88] Como se ve, Ennodio no cita para nada la condición de arriano de Teodosio.

alamanes», pero que sea llamado otro así[89]. Que lleve una vida de dios como fruto de su conciencia y no busque títulos vanos por ostentación vanidosa aquel en cuyo comportamiento las adulaciones de los antepasados se han puesto al servicio de la verdad.

XVIII Confieso que querría llegar al fin de mi discurso, 82
vencido por la grandiosidad de tus proezas, y, deslumbrado por el esplendor de tus empresas pasadas, pasar por alto tus glorias más recientes. Es como si hubiera querido enumerar en verso las estrellas de la bóveda celeste y, una vez contemplado el fulgor de la Osa mayor, quisiera describir el esplendor del cielo con palabras inapropiadas; entonces la pobre manera de expresarse de un mortal habría tenido que retroceder ante la luz divina y la chispa de mis humildes palabras habría sido insuficiente para reflejar los rayos del sol. Así este discurso, por más que sea testigo de mi sumisión, es muestra clara de mi incapacidad.

XIX ¿Con qué palabras habría que celebrar el hecho de 83
que, mientras te ocupas de que nuestra paz no sea perturbada, mantengas intactos los instrumentos de la fuerza goda y hagas que bajo tus ojos la juventud indómita, aun en medio de las alegrías de la paz, se ejercite para la guerra?[90]. Todavía hoy las tropas victoriosas se mantienen en la plenitud de su fuerza y otras nuevas han madurado ya. Los músculos se endurecen con el lanzamiento de la lanza y cumplen misiones como los

---

[89] Como muestra de que lo que cuenta es la verdad, no los títulos, se cita éste, que se daba a sí mismo inmerecidamente el emperador de Oriente, Anastasio.

[90] En esta frase se detecta claramente la diferencia entre la población romana, a la que pertenece Ennodio, y que disfruta de la paz —*otia nostra*— y la ostrogoda, a cuya juventud se le puede aplicar el mismo calificativo —*indomita*— que había ya utilizado para los búlgaros: nn. 19, 64.

valientes, mientras juegan; se ejecuta como un espectáculo lo
84 que con el tiempo podrá ser prueba de valor. Mientras arrojan las lanzas aún lentas dotadas de amientos[91] propios de niños; mientras apuntan cada vez más lejos los arcos que cada día pueden provocar víctimas, todo el recinto de la ciudad es pisoteado por la simulación del combate. Estas peleas fingidas logran que no surjan luchas verdaderas, con peligro. ¿Quién podría imaginarse a este propósito que la misma persona sea capaz de comprender que de una parte marcha al combate dispuesto a vencer a un ejército de salvajes y de otra es cons-
85 ciente de que no hay ningún motivo para pelear? Sabemos que Rutilio y Manlio[92] organizaban luchas de gladiadores con la intención de formar al pueblo, para que la plebe, que vivía desde tiempo atrás en paz, conociera a través de la arena del teatro lo que ocurría en el campo de batalla. Pero entonces se ofrecían a la vista matanzas en masa sin sentido, mientras las manos de los espectadores permanecían pasivas. Nunca son buenas unas medidas que tienen su origen en la crueldad: para que se enardecieran los ánimos contra el enemigo, había que presenciar antes la muerte de los conciudadanos. Por lo demás aquellas luchas, como muestra el resultado, no produjeron el aumento del valor sino del miedo: en medio del bienestar, el ánimo de los que vivían en paz aprendió lo
86 que debía temer. Observa la diferencia entre dos medidas

---

[91] *Ammentum* es una correa con la que se sujetaban a la mano las lanzas o los dardos por el medio para arrojarlos con más fuerza.

[92] P. Rutilio Rufo y Cn. Manlio Máximo fueron cónsules en 105 a. C. Es dudoso que fueran ellos quienes estatalizaron las luchas de gladiadores, que, en aquella época y al menos hasta los primeros tiempos del principado, eran organizados por personas privadas, normalmente como juegos en honor de un difunto y, tras el asesinato de César, en el aniversario de su muerte; más adelante, con ocasión de la consagración de un templo y acontecimientos similares. Para esta anotación Ennodio se sirve del epítome a Valerio Máximo de Januario Nepociano X 22. Véase E. Baltrusch, «Die Verstatlichung der Gladiatorenspiele»...

completamente contrapuestas: entonces una efusión real de sangre apartó los ánimos de la confrontación armada, ahora el valor de los jóvenes se enardeció ante la simulación de una lucha fingida. A temprana edad aprendieron a tener en reserva tantas muertes de enemigos como flechas tenían a disposición, acostumbrados a no despilfarrar negligentemente el contenido de su carcaj en ejercicios exóticos o a disparar al aire sus dardos, portadores infalibles de la muerte: tienen el propósito de cobrarse tantas vidas como flechas han vibrado en el aire.

XX Mas entre los ejercicios militares con los que ins- 87
truyes a todos y consigues los auspicios favorables para la victoria, ¿acaso no reservas nada para las comodidades de la vida civil? ¿Quién podría creer que, si todo permaneciera tranquilo, tus soldados iban a despreciar el temor como algo desconocido? Porque la ley mantiene en sus límites a los hombres que en el campo de batalla son indomables: someten a las ordenanzas sus cabezas tras haberlas coronado de laurel y haber aniquilado las filas enemigas; tus decretos dominan
a los hombres ante los cuales han retrocedido las armas. Tú 88
solo tienes un cúmulo de méritos y dotes naturales tales que hombres aguerridos puedan acatar tus órdenes. Ciertamente tu linaje te ha hecho su señor, pero la virtud te ha confirmado como tal. El esplendor de tu estirpe te ha proporcionado el cetro, pero si te faltaran los signos del poder, tu carácter te habría asegurado la elección como príncipe[93].

XXI Pero la belleza de tu persona no debería ser aludida 89
en último lugar, puesto que la majestad de tu aspecto real pres-

[93] La belleza corporal del rey, que se describe a continuación, no es sino reflejo de sus cualidades morales. Es el mismo razonamiento que aparece en el pasaje paralelo de M 3, 13.

ta realce a la púrpura de tu cargo. Mostrad, oh seres[94], vuestros
vestidos, que coloreáis con el valioso jugo de la púrpura y pro-
veednos de cubiertas que no se hayan impregnado de nobleza
en una sola caldera colorante[95]. Sea tejida una guirnalda con
piedras preciosas de diversos colores y hágase venir la pie-
dra que guarda el dragón[96]. Cualesquiera que sean los adornos
que te envíe el mundo que está bajo tu poder, lucirán aún más,
90 decorados por la belleza de tu noble cuerpo[97]. Tienes una es-
tatura que, por su altura, te designa ya como rey. La blancura
de tus pómulos armoniza con su rubor; los ojos lucen como
la primavera con una serenidad imperturbable. Las manos son
dignas de conceder la muerte a los rebeldes y a los súbditos
91 los esperados honores. Ninguno me reproche haberlo traído a
destiempo: lo que para otros señores hace la diadema, eso lo
ha hecho en mi rey la naturaleza, por obra de Dios[98]. A ellos
les hace respetables la acumulación de una gran cantidad de
riquezas; a éste, sin embargo, le ha hecho más distinguido un
aspecto inmutablemente sencillo[99]. Y ¿qué? Que se preocupen
de su aspecto exterior quienes quieren conseguir una belleza
92 que no tienen de por sí. El rey de Italia reúne en armonía dos
cualidades muy diversas: despedir rayos como ningún otro

---

[94] Pueblo oriental, famoso por sus *telae sericae*, bien porque las fabricaban ellos mismos o porque eran mercaderes en sedas chinas.

[95] Para impregnarse del color de los moluscos exportados de Tiro y Sidón —la púrpura— las telas necesitaban varias inmersiones.

[96] Ennodio se refiere al dragón de quien se dice en la antigüedad que encerraba una piedra *(dracontia)* en el cerebro: PLINIO, *Historia natural* XXXVII 158.

[97] Una descripción, más realista, del rey visigodo Teodorico II, traza Sidonio Apolinar en *Epístolas* I, 2.

[98] La expresión latina de esta frase permite también la traducción: «Que nadie se vanaglorie a destiempo de su cabellera, pues lo que para otros...»

[99] Es decir, otros emperadores necesitan el adorno de la diadema con sus piedras preciosas para imponer respeto. Al rey ostrogodo le basta lucir su cabellera natural.

cuando se irrita y ser hermoso, como el cielo sin nubes, cuando está alegre. Sin abrir la boca, sólo su rostro promete a los embajadores de los pueblos paz si está sereno o guerra cuando es terrible. Tienes tantos rasgos insignes que, aunque cada uno se distribuyera a hombres distintos, les harían perfectos.

Pero, ¡ojalá, un retoño tuyo, vestido de púrpura, multi- 93
plique la prosperidad de este siglo de oro![100] ¡Ojalá, un heredero del reino juegue en tu seno, de modo que ese sagrado niño reciba, como testimonio de una alegría semejante, estas palabras que te hemos dedicado en homenaje! He aquí que yo, habiendo pagado mi deuda y llegado al final de mi tarea, concluyo mi discurso con una oración[101].

---

[100] Teodorico no tuvo ningún hijo varón y designó heredero a su nieto Atalarico, hijo de Amalasunta y Eurico.

[101] El códice de Bruselas, añade: «Acaba el Panegírico en el nombre de Cristo».

OPÚSCULO II
(49)

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Libelo contra quienes se han atrevido a escribir contra el Sínodo[102].

RESUMEN

Proemio (1-6). Tras una consideración general sobre el estado anímico en el que emprende la tarea de escribir este texto, Ennodio arremete contra los adversarios del papa Lorenzo, en primer lugar contra su escrito titulado: «Contra el sínodo de la inadecuada absolución» (7-8).

---

[102] Sobre este cisma contamos con una documentación múltiple, a través de las actas del sínodo, las relaciones de los obispos participantes en él, presentadas al rey Teodorico, el escrito conocido como *Anonymus Veronensis*, etc. Esta obra de Ennodio está contenida también en las *Decretales pseudoisidorianas* (HINSCHIUS, *Decretales Pseudo-Isidorianae*, Leipzig 1863, págs. 664-675), en las que se incluye la inscripción: «Comienza el quinto sínodo de 230 obispos en la iglesia Lateranense el día XV de las Calendas de noviembre, bajo la autoridad y en presencia del papa Símaco. Tuvo lugar en Roma y fue recogido por escrito por el diácono Ennodio, por orden y autoridad del antedicho Papa y de todos los obispos que participaron en él; luego fue leído ante todos y aprobado; y, refrendado por la alabanza de todos, fue hallado digno de ser dirigido contra aquellos que han osado escribir contra el sínodo, para que no sigan presumiendo en lo sucesivo —ni de la cabeza

A continuación refuta uno por uno sus argumentos: A) el de la manipulada elección de juez (9-10). B) Los partidarios de Lorenzo no quieren ser llamados adversarios del papa de Roma (11). C) Contra el argumento de que los obispos reunidos fueron incapaces por su edad, presenta Ennodio el mandamiento del respeto a la edad (12-13). D) La convocatoria del rey ha anticipado la decisión contra Símaco (14-15). E) Los reproches contra Símaco no han sido sopesados suficientemente (16-20). F) ¿Un obispo de Roma, a pesar de su rango de vicario del apóstol Pedro, no debe ser ayudado como un enfermo por el médico? (21-26). Ennodio responde: el cargo santifica al sucesor de Pedro, la persona por el contrario queda en un segundo plano (24-25). G) Entonces, ¿por qué apeló Símaco al rey, si éste no era quién para juzgar? (27-28). H) Ennodio discute la aplicación al caso de Símaco-Lorenzo del ejemplo de la bendición al primogénito (29— 31). I) ¿Por qué Símaco se presentó ante un sínodo, si bien no se debía someter a los juicios de sus inferiores? (31-35). J) Contra la objeción de que Símaco no ha atendido a las convocatorias y se ha parapetado en su sede como en una fortaleza, Ennodio argumenta con el ir y venir de sus acusadores y la incapacidad de las personas presentadas por los cismáticos para actuar como testigos (36-43). K) En qué son comparables a este caso los ejemplos de Samuel y Atanasio y en qué no (44-50). Sobre el valor de los verdaderos ejemplos de la antigüedad frente a lo nuevo (51-52). L) Contra el reproche de que, sin contar con ningún precedente, Símaco ha convocado un sínodo para aclarar las acusaciones elevadas contra él, Ennodio ve el sentido general de los concilios en la ayuda mutua. Además, no se puede expulsar de la comunidad a un acusado hasta que se pruebe su culpabilidad (53-59). De otra parte, Símaco es el hombre del pueblo, que se ha manifestado a su favor (60-62). También cuenta con el apoyo de los obispos, que no necesitan ninguna ayuda por parte de los cismáticos (63-64). M) Contra la acusación de que Símaco ha ob-

---

de la sede apostólica, ni de cualquier otro —lo que ya han sospechado del susodicho Símaco, nuestro Papa». Sobre esas decretales, véase nota, en Introducción VI. A propósito de toda esta cuestión, consúltese la tesis doctoral de E. WIRBELAUER, *Zwei Päpste in Rom*, que me ha servido de principal fuente de información e interpretación.

tenido la preferencia gracias a turbas de mujeres (65-66). N) Contra el reproche de que Símaco no ha cumplido sus deberes episcopales de administración, Ennodio llama la atención sobre el hecho de que los partidarios de Lorenzo los han entorpecido (67-71). Ñ) Símaco no ha rehuido la lucha sino que la ha presentado (72-73).

A partir de aquí pasa a describir la postura de Teodorico ante el conflicto. Comienza con una alabanza al rey (74-75). Símaco, tras la decisión sinodal, se ha adelantado a la confirmación por parte de Teodorico (76). Símaco nunca fue expulsado de la comunidad con los obispos reunidos (77-79): ¿una indirecta a los senadores? (79). Sobre la validez de los sínodos provinciales, que deciden cuando no está presente el obispo de Roma (80-81). Teodorico ha apoyado siempre a Símaco, aunque una vez, cuando nombró al visitador, no lo haya parecido (82-87). A éste (a quien no se cita por su nombre) no le fue posible cumplir su cometido (88-91). El obispo de Roma es sólo responsable ante Dios (92-95).

Pasa a la última parte, compuesta por los discursos: en primer lugar el de Pedro, que se siente atacado y se defiende (96-120): el verdadero motivo de los «laurentinos» es la rebelión por envidia disfrazada de religión (97-99); inutilidad de su comportamiento (100); en medio de su propia culpa, los acusadores deben dejar a Dios la sentencia sobre Símaco: propuesta de conciliación por parte del pescador de hombres y pastor Pedro (101-106); alarma ante un fortalecimiento del paganismo a través de los ataques de los «laurentinos» (107-108); la insuficiencia del ejemplo de la última doble elección con Eulalio y Bonifacio (109-110); el concilio de los obispos ha decidido correctamente, al no emitir un juicio (111-112); la verdad está ya en la Biblia (113-116); exhortación al silencio y a la conversión interior: disculpa por la longitud del discurso (117-120).

Como si fuera un médico que debe curar, golpeando las heridas, sigue un discurso de Pablo (121-127): Pablo lanza truenos contra las pretensiones de los «laurentinos», utilizando sus propias cartas (122-127).

Un discurso de Roma pone fin a la obra (128-139): ella misma se ha purificado con la conversión al cristianismo (129); al hacerlo, sin embargo, no pudo lograr una segunda vida, la del bautismo, para las pasadas generaciones de paganos (130-131); sus hijos cristianos

tienen más suerte, porque sin perder sus dignidades pueden alcanzar la santidad. Alude a algunas manifestaciones positivas de esa nueva era, sobre todo las obras de beneficencia de los ricos hacia los pobres y la posibilidad de que las capas inferiores de la sociedad aspiren a cargos eclesiásticos (122-133). Ofrecimiento de una reconciliación de la madre a sus hijos distinguidos, los senadores (134-137); maldición a los «hijos de la calle» (138-139).

PREFACIO

1 El que está metido en multitud de afanes se ve obligado a hablar con pasión[103]. Ya sea que el ánimo está ávido de gloria y desea ganarse el favor cueste lo que cueste, de modo que, atraído por los halagos de la gloria, pasa por alto la tortura de la oratoria[104]; o bien porque (el ánimo) rinde homenaje a

---

[103] Al pie de la letra esta primera frase diría: «El interés apasionado por multitud de cosas suele imponer el modo en que se habla». Desde el principio, pues, Ennodio sitúa al lector en el ambiente combativo del escrito. Entre los dos modos de escribir —exquisito, florido, que con el atractivo del estilo cautiva las almas el uno y descuidado, refractario a la lima, el otro—, él se ve obligado a adoptar por necesidad el segundo. En efecto, el primero puede ser adoptado por el que se encuentra a gusto en una tranquilidad perfecta, no por quien se halla envuelto en una vorágine de asuntos. Las palabras floreadas van bien en tiempos de paz, no en tiempos de guerra.

[104] Este primer párrafo plantea problemas de comprensión. Desde el punto de vista gramatical, está construido como un *tricolon* de un paralelismo gramatical refinado. Los tres miembros comienzan con *aut*, tienen el mismo sujeto *animus* (determinado por un adjetivo o participio) y cada uno está completado por una frase introducida por *ut*. Así lo interpreta CSEL, creo que con buen criterio. Sin embargo, MGH rompe esa armonía, leyendo *aut* por el segundo *ut*, de acuerdo con los manuscritos. Desde el punto de vista conceptual, el autor, antes de entrar en materia, dedica este prefacio a describir diferentes modos de escribir: a) buscar la gloria y tomar sobre sí el esfuerzo que supone cuidar la expresión; b) rendir culto a la palabra, sin matizar el objeto de la disputa; c) descuidar sin pudor la elegancia en el estilo, cuando las circunstancias que le rodean son extremas.

las trabas de la lengua de forma que, subyugado por el afán de dominarla, piensa que tiene ya en las manos el premio ambicionado y así, con tal de ejercitarse en el estilo, ignora el temor a los peligros que le acosan; o bien finalmente porque, 2
a impulsos de una situación de emergencia, utiliza una lengua deplorable, sin ningún acicalamiento, y muestra en público un rostro que ignora el pudor, de modo que, mientras se pone al servicio de su objetivo, renuncia a cuidar la forma. En efecto, la brillante decoración de un discurso no es fruto del esfuerzo sino de la paz interior, así como la palabra llena de colorido no es propia de la vida militar sino del ocio. La vida de campamento requiere a un hombre fuerte; la paz, a uno que está adornado con cualidades profundas: uno, que defiende algo que va a ser útil, menosprecia un modo de hablar adornado con el pincel del arte[105].

Estando así las cosas, anuncio el tema de mi discurso y 3
encomiendo a mentes piadosas mi voz, cohibida por el ladrido de los malvados, recordando que ha sido escrito: «Hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar»[106]. Y, tras el testimonio de la palabra profética, he aquí el ejemplo de un orador que dice que el propio hecho de hablar es sobremanera inadecuado, si no es necesario[107].

Por tanto, en cuanto es capaz mi ingenio, presto la ayuda 4
de mi boca a aquellos obispos contra los que se ha difundido el veneno de lenguas sibilinas; por más que la paciencia propia de la piedad, protegida por el escudo de la fe, no teme la lluvia de las flechas, sino que éstas se vuelven contra quien las arroja, cuando son disparadas sin el arte de la guerra. Pues

---

[105] Ennodio se coloca, pues, en esta última situación al comienzo de su obra. Esta opción le sirve para captar la benevolencia del lector a propósito de su estilo y al mismo tiempo justifica la acritud del tono que salta una y otra vez a lo largo de toda la obra.

[106] *Eclesiastés* o *Kohelet* 3, 8.

[107] Cf. CICERÓN, *De Oratore* I 24, 1 12.Véase también E II 7,1.

las personas a quienes Cristo hace de coraza no temen la vio-
lencia, sino que doblegan a sus enemigos con su paciente es-
5 peranza. Pues, ¿acaso uno solo en este ejército puede pensar
que es de temer una batalla en la que se plantea a Dios y a sus
pontífices una disputa sin haber calculado antes las propias
fuerzas? ¿Acaso alguien, viendo a un enemigo vacilante y a la
vez provocador, puede tener miedo de un adversario tan débil
por los motivos de su hostilidad? Rehúsa la propia victoria
quien deja de atacar a un enemigo que ya está herido en su
6 conciencia. Actúa a favor de su adversario aquel que en los
conflictos no sopesa sus causas antes que cualquier otra cosa:
la inocencia presta fuerza a los argumentos y el ferviente de-
seo de batirse por una causa justa agudiza las espadas. Somos
conscientes de que un dolor apoyado en la justicia presta a
la fuerza del golpe más ímpetu que el brazo: de ahí que una
multitud no sobreviva a los dardos de unos pocos. Por eso,
repitiéndome a mí mismo las palabras del profeta: «Hay más
con nosotros que con ellos»[108], inicio esta obra que —así lo
espero —agradará a los buenos[109].

7 Ciertamente bastaría decir que la desvergüenza cismática
ha quedado de manifiesto con el título de su escrito; sobre todo
porque sus objeciones llevan consigo la respuesta y porque ya
el asunto, junto con su autor, merece una condena, sin más
discusión sobre el texto, ya que en el encabezamiento mismo

---

[108] IV *Reyes* 6, 16.

[109] En el proemio Ennodio, como se ve, hace protestas de modestia como escritor, pero al mismo tiempo esgrime el arma de la fe contra los adversarios del papa Símaco a quienes califica de perros que ladran y lenguas sibilinas que destilan veneno. En las falsas decretales de Isidoro, citadas más arriba, se intercala aquí la inscripción: «Acaba el prefacio. En este librito, egregio lector, lee el texto auténtico del sínodo y percibe el ladrido de sus adversarios, aunque lo haya escrito el doctor Ennodio en persona, a ruego de todos los obispos reunidos en este concilio». La *editio princeps* intercala solamente: «Acaba el prefacio».

se da a conocer el contenido de la obra inmunda de quienes hablan «contra el sínodo de la incongruente absolución»[110]. Yo, sin embargo, me comportaré como si fuera necesario que uno que propone cosas malas perezca a manos de una espada ajena[111]. Este encabezamiento, ¡oh vosotros, los más insensatos de entre los hombres!, puede ser atribuido solamente a la
ignorancia. ¿Hay alguien a excepción de vosotros que pueda 8
ser contado entre las ovejas enfermas y errantes, hasta tal punto que sea capaz de provocar a la gran grey de los pastores, según aquello del profeta: *alimenté y eduqué a mis hijos, pero ellos me han menospreciado*?; ¿o aquello otro del Señor sobre los apóstoles: *el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia*? ¿No demuestra el profeta que éstos son obispos, al decir a propósito de Judas: *que otro reciba su episcopado* o al proclamar igualmente el apóstol Pablo: *obedeced a vuestros obispos porque ellos rogarán por vosotros*[112]?

Mas volvamos a la propuesta «grave» y «digna de respe- 9
to», no sólo producto de la pluma, sino de debajo del ala[113]. «La autoridad real —dicen— no convocó al concilio a todos los obispos[114], y no todos estuvieron de acuerdo con esa decisión». ¡Oh vosotros, esclavos del infierno y ministros declarados de Satanás!, vuestro litigio, con nuevas elucubraciones

---

[110] Este parece haber sido el título del escrito preparado y publicado por los partidarios de Lorenzo.

[111] Quien tiene malos propósitos se da muerte a sí mismo, pero Ennodio quiere acabar con ellos.

[112] Esta serie de citas está tomada respectivamente de: *Isaías* 1, 2; *Lucas* 10, 16; *Salmo* 108, 8; *Hebreos* 13, 17.

[113] MGH lee aquí *ala*, como la mayoría de los manuscritos. Sin embargo, el hecho de que en los mejores aparecen letras añadidas o borradas, llevó a J. Sirmond a conjeturar —apoyado en Cicerón, *Contra Pisón* 37— *hala*, «axila», expresión que resultaría más gráfica, porque significaría «fétida, maloliente».

[114] De nuevo, como en n. 4 y en numerosos pasajes de su obra, Ennodio utiliza la palabra *sacerdotes* para designar a los obispos.

confusas y con los recovecos de vuestros actos, ha hecho
comparecer ahora a quienes la orden del rey no convocó. En
10 cuanto a los que se retiraron, no quiero describir qué voto ha-
brían dado, qué decisión habrían tomado. Aquella espera pro-
vocó en ellos tedio, cuando vieron que el Papa venerable había
aceptado aquellas injustas y prolongadas moratorias sobre su
modo de vida. Veían que sólo el aire era herido por los dardos
que ellos mismos habían arrojado. Para que a estos infelices
no les fuera posible disfrutar en secreto de un consuelo en sus
malas obras, vuestros escritos les ponen al descubierto en su
escondite y a través de vosotros no se les permite mantener
el incógnito en sus torpes acciones, según aquello que dice el
Señor en el Evangelio: *todo malvado odia la luz*[115].

Además afirmáis que no debían haber sido llamados
11 enemigos del Papa de Roma quienes le acusaban tras haber
presentado primero sus peticiones, y añadís, como prueba fi-
dedigna de vuestra aserción, que la orden real no los había
llamado en condición de tales. ¡Oh hombres, refinados en todo
tipo de artilugios y cocidos en hornos de artesanos, que han
encontrado testimonios manidos en que apoyar sus palabras!
Apreciamos, reverendos varones, vuestro punto de vista y,
como se suele decir, os aplaudimos con pies y manos: pero
sabemos que lo que decís son errores. ¿Acaso va a convocar
alguien como testigo al enemigo que le acusa?; ¿acaso va a ca-
lificar con esa palabra ultrajante de enemigo a quien no me-
rece un reproche?[116].

---

[115] *Juan* 3, 20.

[116] Alude Ennodio a la praxis —cfr. más adelante, en n.34— por la que no se admiten en los procesos canónicos personas hostiles al acusado y al derecho de que quien es acusado —con más razón, si lo es injustamente— llame enemigo a quien le acusa. Hasta este punto Ennodio desmonta el reproche de que el sínodo que absolvió a Símaco no era competente, porque ni estaban todos los obispos ni todos estuvieron de acuerdo en la sentencia. A partir de ahora arguye contra el argumento de que los obispos eran ancianos

A continuación mordisteis con arpón retórico una cuestión 12
relacionada con la anterior, alegando: «la ciudad de Roma es testigo de que todos los obispos que se reunieron eran ancianos y enfermos». He aquí un argumento brillante por la fuerza de su verdad y que, por la brillantez de su expresión, sería preferible al mismo Cepasio[117]. Así pues, puesto que se declararon avanzados en edad y débiles de cuerpo, ellos mismos atestiguan que son ineptos para tomar una decisión, dado que fueron ellos quienes dijeron que sufrían el menoscabo de sus miembros, máxime teniendo en cuenta que hicieron llegar esto
de antemano a oídos del señor clementísimo. Vosotros, expul- 13
sados lejos de la mirada divina, pensáis, como es habitual en vuestras reuniones, que por doquier se confunden las cosas que se deben contar y que han hecho uso de la palabra ante el príncipe otros de entre los obispos y no aquellos a quienes su ancianidad hizo dignos de expresar su opinión. Aquellos, a quienes los muchos años han conferido autoridad e incluso se pensaba que habían sido conservados en vida tanto tiempo en premio a sus buenos méritos. Os pareció adecuado acusar del agravante de su avanzada edad precisamente a ésos, cuya edad había aconsejado que se contara con ellos.

¡Oh sublimes varones!, añadisteis que el pleito que se di- 14
lucidaba en ese concilio había sido ya resuelto por el hecho de que el rey lo mandara convocar y que la suprema autoridad de Italia no tenía que intervenir como si se tratara de un asunto

---

y enfermos. En efecto, con esta excusa y apoyados en los senadores de su partido, han presentado ante el rey Teodorico una petición para que falle en contra de Símaco, al que además acusan de adulterio.

[117] La *Caepasia* es una estirpe romana, antigua pero poco conocida, cuyo nombre deriva de *cepa*. El nombre hace pensar que los primeros miembros eran viñadores de profesión. CICERÓN (*Bruto* LXIX; *Cluencio* XX-XXI) habla de dos hermanos de esta familia, el mayor de los cuales defendió de un modo ridículo a C. Fabricio y quedó para la posteridad como ejemplo de abogado inepto.

nuevo: había que atender más el tenor literal del edicto que a
la presencia física del príncipe. Así pues, según vosotros, en
el asunto citado no había quedado ninguna excusa para que
quienes pretendan dilucidarlo puedan con razón encabezarlo
15 con ese título[118]. A partir de ahí, abandonados de todo buen
propósito, alabáis el afecto que habéis encontrado en el rey y
cultiváis con las palabras una inocencia que ignoráis con vues-
tras obras, si bien vuestro modo de hablar es culto. En esta
cultura es como si, trabajando con un arado desigual, ararais
la tierra por caminos equivocados, sembrando cizaña en un
campo yermo. De tal siembra recogeréis pajas con las que se
nutrirá el fuego del infierno para vuestra perdición.

16 Mas ahora, como se dice que alguno ha escrito: *¿qué cosas voy a anteponer a otras?*[119] Afirmáis que, en contra de lo que dice el apóstol, no han sido escuchados los adversarios del Sumo Pontífice, que se apartaron de la comunión con el adúltero, acordándose del mandamiento divino. En este punto no ataco vuestra ignorancia, no os acuso de flaca memoria. No quiero decir que habéis atribuido al apóstol las palabras del profeta, porque sé y no ignoro que los mismos apóstoles solían con razón invocar como autoridad a los que habían sido enviados[120]. Pues David afirma: *Veías al ladrón y corrías con él y compartías tu porción con los adúlteros*[121].

17 Pero, después y aparte de eso, ¿quién es capaz de dilucidar la cuestión que vosotros planteáis en estos términos: «en asuntos criminales, está probado lo que no está excluido»? He aquí un principio que está de acuerdo con quienes sirven

---

[118] Es decir, según los partidarios de Lorenzo, la convocatoria del rey era suficiente para fallar la causa a su favor y por tanto pueden con razón tildar al sínodo de haber adoptado una «solución incongruente».

[119] VIRGILIO, *Eneida* IV 371.

[120] Es decir, a los profetas.

[121] Les reprocha, por tanto, que habían atribuido al apóstol una cita que en realidad es del *Salmo* 49, 18.

a la Iglesia romana, en el que no se sabe qué se debe ensalzar antes, si el esplendor o el sabor[122]. Pero, por ejemplo, ¿habéis oído la ley que dice: *administra justicia de un modo que sea justo*?; o ¿habéis oído, a propósito de los delitos de los hombres —si es que alguna vez os ha ocupado la legislación humana—, que queda declarado fuera de la ley todo aquel que no puede probar su inocencia? ¿Dónde está aquello del profeta: *El Señor vendrá a juzgar a los ancianos de su pueblo*, y aquel otro dicho sobre vosotros: *Se jactaron de su pecado como Sodoma: ¡ay de sus almas!*?[123].

Mas, ¿qué se puede hacer, cuando ningún remedio socorre 18
a los que no hay ninguna esperanza de salvar, sino el invocar al Señor, quien ha prometido por el profeta que se impondría a todo hombre soberbio y orgulloso y sobre todo arrogante, para humillarle[124]? Pero seguiré las huellas de su obra fétida y, en cuanto esté en mi poder, la conculcaré con pie de hierro. En pos de la verdad, luchará hecho contra hecho, causa contra causa, razonamiento contra lo que ellos consideran razona-
miento[125]. Alegáis que los obispos han contradicho los de- 19
cretos reales y pensáis que con esa oposición han cometido un sacrilegio —es decir, algo malo—, mientras vosotros os negáis a escuchar el precepto divino, a propósito del ámbito de las órdenes de un señor terrenal. Decid: ¿quién debió entonces indicar al rey que era competencia del Papa convocar un sínodo? ¿No es cierto que en esta actitud los obispos fue-

[122] La ironía de la frase es evidente.

[123] Las citas de la Sagrada Escritura en este párrafo corresponden a *Deuteronomio* 16, 20; *Isaías* 3, 14; *Isaías* 3, 9.

[124] Cf. *Isaías* 2, 12.

[125] Los partidarios de Lorenzo argumentan que Símaco, contra la voluntad del rey, ha convocado un sínodo que le absolviera, algo sin precedentes en la historia. Ennodio contraataca diciendo que la autoridad del rey no puede impedir al Papa defenderse de las acusaciones injustas que se le han hecho.

ron ejemplares? ¿Sobre todo tratándose de uno que ya estaba sometido a las acusaciones criminales de muchos; uno que tenía en su mano condenar el hecho de ser acusado; uno a quien la contradicción de sus enemigos había ya quitado la prerrogativa que el cielo le había concedido?

20 El cúmulo de vuestras malas acciones os había llevado paso por paso a esta locura: ¿sois capaces de creer que es lo mismo provocar que convencer y que entre vosotros no hay diferencia entre la verdad y los odios, odios que, sin que el acusado lo merezca, obedecen a deseos apasionados y no a la razón[126]? ¿Dónde queda aquello de *antes de saber, no juzgues a nadie?*[127] Hace ya tiempo el rebaño puesto a la izquierda os recibió como a colegas[128]; entre vosotros, por prejuicio, se cree que ya de antemano recibió sentencia todo aquel que ha merecido ser llevado a examen y que el mero hecho de entrar en la balanza del debate es lo mismo que ser declarado reo.

21 No obstante, con el título de vuestro escrito os habéis adecuado perfectamente a la situación de la que habla Dios, con palabras tan ajustadas que se pensaría que el mismo Crispo[129] mantiene la línea de vuestro pensamiento: *Dios dice al pecador: ¿por qué enumeras mis obras llenas de justicia?*[130]. Enla-

---

126 De algunos pasajes de la correspondencia de Ennodio se desprende que las acusaciones de los rivales de Símaco no carecían de fundamento. Ver sobre este punto, L. NAVARRA, «Contributo storico...», pág. 335.

127 *Eclesiástico* 11, 7.

128 Cf. *Mateo* 25, 33.

129 MGH se remite a E I 16, 3 y sobre todo a E VI 3, 2, para leer Crispo, es decir SALUSTIO, quien en la *Conjuración de Catilina* 1, 2 afirma que el hombre tiene algo de divino y algo bestial. CSEL prefiere leer Crisipo, por entender que se refiere al arquitecto Vetio Crisipo, con quien Cicerón y Ático tuvieron relaciones (CICERÓN, *Cartas a Ático* XIII 29, 1; XIV 9, 1) y que justificaría el uso de la expresión *quadratis alloquiis*. También podría referirse a Crisipo de Solos, estoico del s. III a. C., modelo en la Antigüedad de brillantez dialéctica.

130 *Salmo* 49, 16.

zando con este dicho, es como si dirigierais a los obispos este apóstrofe: «puesto que es tenido por vicario del apóstol Pedro, prohibís al médico aplicar la medicina a su cuerpo; ¿cómo es
que os negáis a aplicar la curación a su alma?». No sé si estos 22
razonamientos son para reír o para llorar[131]. Vosotros buscáis remedio para la fiebre de otros, vosotros deseáis aplicar una medicina a un alma fatigada y, olvidados de vosotros mismos —que estáis moribundos—, intentáis devolver la salud a otro. ¿Pues qué, si el profeta os hubiera dicho a vosotros: *Os parece poco ser molestos a los hombres y pretendéis serlo también a mi Dios*, y también: *médico, cúrate a ti mismo*? Pero de ahí, se
sigue otra conclusión[132]. Sabemos que no puede curarse el que 23
ha sido desahuciado, ya que el impío, cuando ha caído hasta el fondo, lo desprecia con sorprendente temeridad[133]. Pero, así lo creo, en esta actitud y en la muerte que trae consigo su mala conducta, continúa latente una cierta manera de razonar: uno puede pedir para otro, aquello que él mismo ya ha perdido. Ahora os diré con razón con el profeta: *Todo lo que dice este pueblo es intriga y no temáis ni respetéis su palabra*[134].

Lejos de nosotros este sofisma lingüístico que se aprecia 24
en vosotros, a quienes el profeta reprocha: *al escribir, habéis escrito una injusticia*[135]. No hemos sido nosotros, como decís, quienes pensamos que el Señor, junto con los privilegios de la sede, ha quitado a san Pedro y a sus sucesores la posibilidad de pecar. Él mismo les trasmitió la dote perenne de sus méritos y el legado de su inocencia: lo que a Él se le concedió a la luz de sus actos, pertenece a todos aquellos a quienes, por su

---

[131] Textualmente, dice: «son una gran burla para las palabras divinas o sumamente lamentables».

[132] *Isaías* 7, 13; *Lucas* 4, 23.

[133] Cf. *Proverbios* 18, 3: *«Cuando el impío llega al abismo de los pecados, lo desprecia; pero le sigue la ignominia y el oprobio».*

[134] *Isaías* 8, 12.

[135] *Idem* 10, 1.

25 forma de vida, ilumina una luz análoga. Pues, ¿quién puede
dudar que es santo aquel que detenta la cumbre de una tal
dignidad, y en quien, aunque faltaran los bienes adquiridos
por mérito, son suficientes los que le presta su predecesor en
la sede? Porque Él, o eleva a hombres preclaros a esa cumbre,
o adorna a los que han sido erigidos: pues conoce de antemano
qué será conveniente poner, como fundamento de las iglesias,
26 y sobre quién va a apoyar ese peso. Pero vosotros pensáis que
el poder de Dios ayuda a vuestras acciones por el hecho de
que, como decís, prestáis vuestra mano protectora en ayuda
del santo apóstol. ¿No sabéis, estúpidos, que las antorchas no
prestan ninguna ayuda al sol y que no se encienden lámparas
para apoyar la luz del día? Porque está escrito: *Dios escruta
los corazones y las entrañas*[136].

27 Mas en este punto de vuestro escrito, ¿quién se atreverá a
responder a vuestros argumentos otra cosa, sino que la verdad
se dice sin adornos y la fe se zurce a la mentira a base de argu-
mentos capciosos? «¿Por qué» —dicen— «os habéis dirigido
al emperador, si no era lícito someter a un interrogatorio al im-
putado?» ¿Así os obceca, hasta una torpeza propia de borregos,
la niebla del pecado o la ira de Dios, de modo que una de dos: o
vuestra mente, por malicia, pasa por encima del arrepentimiento
que llena al pecador de vergüenza, o lo ignora, sumida como está
28 en un embotamiento animal? O ¿acaso pensáis que habría sido
una cosa diferente lo que se dijo: «que debería haber convocado
el sínodo el mismo cuya intervención era necesaria», para que
se abatiera la sentencia divina sobre vosotros —a quienes una
locura perniciosa había separado de la unión con la cabeza para
detrimento de vuestra salvación—, después de haber sido some-
tido todo a la investigación de los obispos[137]?

[136] *Salmos* 7, 10.

[137] Ennodio quiere decir que la sentencia del sínodo a favor de Símaco —es decir, contra los cismáticos— habría sido la misma, tanto en el caso de que lo hubiera convocado el Papa mismo como si lo hubiera hecho el rey.

Después habéis mencionado en vuestra obra a Esaú —no 29
sé bien si con palabras o con ladridos—, comparándole con
vuestro pontífice. Decís que (Símaco) ha perdido el derecho
de su primogenitura, cambiándolo por un alimento y ha per-
dido la dignidad venerable del primer hijo al someterse a la
gula[138]. ¿Qué puedo decir a esto, yo que estoy rodeado por
todas partes de oponentes? Decidme, por favor, ¿quién de vo-
sotros, sirviendo más aduladoramente a su padre, ha privado a
Símaco de la bendición? ¿A quién, por tener la voz de Jacob,
le ha sido concedida la dignidad de tantos bienes[139]? ¿Quién 30
de entre vosotros acudió a cumplir los deseos de un padre
ciego? ¿Quién de vosotros, con su devoción, ha logrado que su
padre venerable, privado de la vista, no echara nunca de me-
nos la falta de luz? ¿No es verdad que, por efecto de vuestro
tenebroso comportamiento, parece que sea de noche aunque
aparezca el lucero de la mañana, que brilla en un cielo sereno,
y toda la oscuridad provocada por vuestros actos roba su luz
al sol? Además, en aquel tiempo, Jacob impartió la bendición
que había prometido, si bien pensaba que el comportamiento
de su hijo la merecía. Mas ahora ¿para qué nos entretenemos 31
más tiempo en estas cosas, cuando no tenemos ningún deber
de enseñar a quienes han dado patadas al aguijón? Creedme,
las cosas que decís son enemigas de la paz e inadecuadas para
una discusión seria.

Pero a continuación viene un punto enigmático, que no sé con qué habilidad de réplica podría yo resolver. Porque éstos, que se han adentrado en el mar de las profundidades

[138] Los partidarios de Lorenzo argumentan que Símaco, con sus pecados, ha perdido sus derechos, como Esaú (*Génesis* 27) perdió la primogenitura por un plato de lentejas. Lorenzo los ha heredado, como entonces Jacob. Tanto CSEL como MGH no aceptan la conjetura de J. SIRMOND, que prefiere leer *nostrum* y por tanto aludiría a Símaco desde el principio. En cualquier caso, el sentido de la comparación es claro.

[139] *Génesis* 27, 22.

ciceronianas[140], hacen navegar nuestra barquichuela en medio de unas olas llenas de peligros, por unas orillas inciertas. No obstante entraré con ella en puerto, sujetando Cristo el timón, y, uno por uno, discutiré la totalidad de vuestros torbellinos, teniendo como guía, no mi habilidad sino la de ellos.

32 En efecto, dicen: «Si es verdad la afirmación de los obispos[141], que el detentador de la sede apostólica nunca estuvo sometido al juicio de quienes le son inferiores, ¿por qué ha sido llevado a juicio, después de haber suspendido el sínodo?»[142]. En este punto nos da mucho que pensar vuestro infantilismo, cargado de años, que osa interpelar a quien, dentro de nuestras asambleas, supera siempre el peso de una decisión incuestionable, que tomó juntamente con nosotros. Por eso, pongo abiertamente en boca de los obispos las palabras del profeta: *¿acaso se gloriará el hacha respecto a aquel que corta con ella? O ¿se ensalzará la sierra de frente a quien la empuña?*, para que me sea propicia aquella palabra divina: *como deja de gravar el tributo, si desaparece el que lo recoge, así romperá el Señor el báculo de los impíos*[143].

---

[140] De éste, como de otros pasajes aún más explícitos —M 6, 11; E I 16, 3; *ibid.* I 18, 3—, se desprende que Ennodio valora sobre todo, entre los autores clásicos, a Cicerón, Salustio y Virgilio. Como ha hecho notar E. Wirbelauer, *Zwei Päpste...* pág. 154, el autor pretende mostrar a los contendientes, sobre todo a los de su propio partido, que ellos están también en condiciones de argumentar y expresarse a máximo nivel.

[141] Aquí, sin embargo, Ennodio utiliza el término *episcopi*, para hablar de los obispos, seguramente porque lo toma directamente del escrito del partido rival.

[142] En realidad no fueron los obispos quienes convocaron a Símaco, sino que él mismo, más adelante, quiso someterse a su juicio para que quedaran esclarecidas las acusaciones personales que los adversarios le habían dirigido. A este reproche contesta Ennodio con el argumento de autoridad de la Escritura, sobre todo Isaías, que es citado varias veces en pocos renglones.

[143] *Isaías* 10, 15; 14, 4-5. Entiendo que Ennodio tacha de infantiles a los cismáticos porque tergiversan de esa manera los acontecimientos, a la vez

Cumple, Señor, en ellos lo que has prometido para que, así como vacila el ebrio y el que vomita, así perezca el incrédulo que actúa como infiel. Por eso os grita el profeta, insultándoos: *Oíd la palabra del Señor, hombres que os mofáis de Él*[144]. ¿Acaso alguien falla sentencia en un litigio a partir de prejuicios y mide los términos que pondrán fin a enconados conflictos de modo que su decisión perniciosa, al reconocer abiertamente que el más anciano es digno de ser sometido a una investigación, toma partido a favor del que critica? 33

Ahora, pasados los años[145], yo, aunque indigno de tener una voz de pontífice, os replicaré brevemente de palabra. Nosotros, que no quisimos que nuestros puntos de vista respecto a vosotros constaran de un solo plato; que hemos promulgado cánones teniendo en cuenta la calidad de los oponentes; nosotros, a quienes sería fatal sobrepasar las definiciones límpidas de los Padres; nosotros, que escribimos en el concilio de Cartago, (que aprobó la autoridad de la sede apostólica a través del obispo Faustino[146], que entonces intervino enviado por ella), «que no se debía creer a los acusadores que venían de la casa del enemigo»[147]; nosotros, contra quienes colegas 35 inflamados de odio suscitan, mediante ataques insidiosos, el fuego de la persecución y aprestan, sin reparar en gastos y con maquinaciones de acuerdo con su actitud secreta, todo un 34

que defiende la infalibilidad del Papa, para la que no necesita el consentimiento de los obispos, que son conscientes de esa doctrina, avalada por esas dos citas del profeta.

[144] *Isaías* 28, 14.

[145] Desde la decisión del sínodo habían transcurrido solamente unos meses, pero desde el comienzo del conflicto, en 498, casi cinco años. Ennodio sigue siendo diácono, porque no recibirá la dignidad episcopal hasta once años más tarde, en 514.

[146] En efecto, este obispo de la ciudad de Potenza, en el Piceno, fue legado del papa Zósimo en el VII concilio de Cartago, que tuvo lugar en 418.

[147] VII concilio de Cartago, c. 4.

artefacto de asechanzas dolosas... ¿Cómo podríamos nosotros, constituidos en asamblea, saber qué casa había vomitado a estos, a no ser que estuvieran ellos presentes?; y, ¿cómo podríamos conocer la calidad de su acusación, sino a partir de una propuesta escrita? ¿En qué habríamos podido reconocer la inmundicia de sus crímenes, cuando disimulan que la persecución que sufren es debida a sus crímenes?

36 Después de todo aquello que fue expuesto de parte de los acusadores, vosotros añadisteis que el motivo por el que se ha ordenado ahora que se presenten personas repetidas veces convocadas por la autoridad imperial, se debe a una falta de carácter por parte de quien actualmente se sienta en la sede apostólica como en una especie de ciudadela[148]. Con razón dice de vosotros la Sabiduría: *el hombre enfermo y de tiempo limitado no llegará a entender, mas esfuércese por saber lo que es aceptable ante el Señor*[149]. Y también dicen los Proverbios: *se odia a sí mismo, el que abandona el esfuerzo; pues*
37 *la muerte sale al encuentro de los necios*[150]. ¿Para qué fingís ese tipo de ignorancia que procede de una astucia viperina? ¿Para qué ponéis en ejercicio dotes dignas de ser admiradas en el arte del robo, dando muestras de sencillez en la fachada? De vosotros ha sido escrito con verdad: *el que dice mentiras,*

[148] Los números 36-43 son difíciles de entender porque en ellos Ennodio alude a situaciones conocidas para sus lectores, que a nosotros se nos escapan. Este primer reproche parece aludir al hecho de que Símaco ha cambiado de parecer a propósito de la comparecencia para dar testimonio de miembros de su servidumbre. En efecto, sus enemigos pretendieron probar sus acusaciones por medio del testimonio de criados del Papa y éste en un primer momento se negó a permitirlo, a pesar de que el rey había dado órdenes de interrogarlos. Ahora los admite porque mientras tanto habían sido liberados, habían recibido las órdenes sagradas y formaban parte de lo que se llamaba «familia del Papa».

[149] *Sabiduría* 9, 5. 10.

[150] *Proverbios* 15, 32; 10, 21.

habla de su propia cosecha[151]. Habéis escamoteado a vuestro Papa, con una astuta maniobra, la posibilidad prevista a favor suyo en los procedimientos judiciales, de modo tal que, a pesar de estar provisto contra vuestras filas de tan grandes municiones y pudiendo presentar al mundo tales pruebas de su inocencia, vosotros le privasteis de lo más sagrado de los juicios, consiguiendo así que, aunque era inocente, no pudiera vivir sin ser impugnado ni, después de haber sido acusado, encontrara alivio en una encuesta imparcial de los jueces[152]. Vosotros provocasteis y al mismo tiempo impedisteis el examen 38
del susodicho: en efecto, con una única y la misma maniobra, vosotros le impedís y le obligáis a sufrir las vicisitudes de una investigación. De esta manera, uno que debía estar fuera de toda sospecha, es encausado por un camino singular para que, si no es condenado, no obtenga una clara absolución, o bien si es absuelto, se le escamotee la misma. Recuerdo haber leído en la época de mi adolescencia que se dijo de alguien: *condenas a un exilado al exilio, pero no se lo concedes*[153].
A vosotros se aplica la sentencia del profeta: *estos son hom-* 39
bres que perturbaron la tierra y que exterminaron reinos y esta otra: *sus ramillas serán cortadas por las hoces y las que queden serán arrancadas*[154]. Y en otra ocasión: *Cuando no lo esperéis, llegará vuestra contrición y vuestra multitud será*

[151] *S. Juan* 8, 44.

[152] Después de aportar esos argumentos de la Sagrada Escritura, Ennodio justifica a Símaco, tras haber reprochado falsedad a sus enemigos. Con aquella pretensión los cismáticos habían colocado al Papa en un callejón sin salida. Si se negaba a que fueran interrogados, admitía que era culpable, porque demostraba tener miedo a que las declaraciones de esas personas le acusaran. Si, por el contrario, accedía, le habrían reprochado contravención a las leyes civiles y eclesiásticas, que prohibían admitir como testigos a los domésticos del enemigo.

[153] L. A. SÉNECA, *Medea* 459.

[154] *Isaías* 14, 16.

machacada como el cántaro del alfarero. Asimismo el profeta, hablando especialmente de un litigio de este tipo, escribió: *El Señor inclinará su mano y sucumbirá aquel que lleva socorro a los malvados y caerá también el que es ayudado y se extinguirán todos al mismo tiempo*[155].

40 Mas, tras estas antiguas citas en mi apoyo, vuelvo a las recientes definiciones de los cánones. En algún lugar proclama el concilio de Cartago: *a aquellas personas, a las que las leyes públicas no admiten a presentar una acusación, nosotros les quitamos también la capacidad de acusar a otro*[156]. Y yo os pregunto, ¡oh varones a quienes ha sido concedida una erudición exquisita![157], ¿de qué condición eran esos siervos que presentásteis a requerimiento de los escritos firmados por el
41 príncipe? Si la cadena propia de los siervos les retenía aún en poder de algún otro y si ningún vestigio de haber sido puestos en libertad les liberaba de las trabas propias de una vergonzosa obligación, ¿acaso sus declaraciones habrían aportado alguna prueba digna de confianza a vuestras acusaciones?[158]. Pero quizá replicaréis: un torturador avezado habría sido capaz, con diversos tormentos, de sacar fuera de sus escondites la verdad que no era posible que saliera con espontaneidad de sus labios. De ese modo, al debatirse los cuerpos en medio de

---

[155] *Ibidem* 18, 5; 30, 13,14.

[156] VII concilio de Cartago, canon 2. En las decretales pseudoisidorianas, se añade a este texto: «y que los jueces eclesiásticos no oigan ninguna acusación que esté prohibida por las leyes civiles».

[157] Textualmente dice Ennodio: «pulida hasta las uñas».

[158] Ennodio reprocha pues a sus adversarios que habrían sido capaces de llegar hasta la tortura para que los esclavos de Símaco declararan, a pesar de que, al parecer, el rey lo había prohibido expresamente. Plantea esta alternativa: los acusadores de Símaco, o bien lo han hecho como mandados vuestros y han actuado por obligación de siervos, o bien, discrepando vosotros, han actuado por su cuenta. En cualquier caso, ¿qué confianza merecen sus palabras?

las torturas, el alma no podría mantener oculto lo que sabía que había ocurrido.

Pero, por favor, volved vuestros ojos, primero a las leyes 42
públicas y luego a los jueces, que pueden decir en defensa suya lo siguiente: «Nosotros, a quienes el servicio divino ha hecho libres, tras haber abjurado de todas estas cosas; nosotros, que despreciamos o nos reímos de las contumelias de los esclavos que insultan; nosotros, para quienes el apóstol ha escrito a propósito de los siervos: *acordaos de que vuestro Señor y el suyo está en los cielos*[159]; nosotros, ¿vamos a caer de nuevo en los males de este mundo? ¿Vamos a hacer nosotros lo que, cuando lo hace otro, pretendemos que es impío? Lo que perturbaría nuestra mirada si fuera ordenado o ejecutado
por una mano ajena, ¿va a ocurrir por mandato nuestro? No 43
deis entrada en la iglesia universal a esta mentalidad propia de la naturaleza y costumbres de los lobos rapaces, porque, después de que quizás una cruenta disputa, según vuestros deseos, nos hubiese manchado, no tendría ningún efecto en aquellas otras que os habéis propuesto. Pero el profeta os dice: *pongamos un aro en vuestras narices y un freno en vuestros labios, para reconduciros al camino por donde habéis venido* y os lo dice a vosotros, a quienes el mismo profeta acusa, cuando asegura: *serán como si no existieran, y perecerán los hombres que os contradicen*[160].

Os habéis rebajado también a inventaros recientemente 44
contra nosotros que el mismo Señor y Redentor nuestro se ha sometido al juicio de los siervos y que el Creador del cielo se ha sujetado por propia voluntad a una partícula de tierra, cuando atestigua y dice: *Hombre de Judá y tú que habitas Jerusalén, juzgad entre mí y mi viña*[161]. Decís que incluso

---

159 *Efesios* 6, 9.

160 *Isaías* 37, 29; 41, 11.

161 *Ibidem* 5, 3.

san Pedro y el apóstol Pablo no lo han evitado y esta vuestra observancia del derecho la presentáis precedida de estos ejemplos vinculantes, como si a vosotros en este asunto os hubiera tocado el papel de luchar contra un renitente y se exigieran enormes esfuerzos a vuestra hábil elocuencia[162].

45 Decís que también el admirable profeta Samuel, con plena tranquilidad de conciencia, pidió un milagro, para testimonio del pueblo. Mas ¿qué dijo Samuel? Que el Señor sabía que él, por ser contrario a los regalos, nunca había quitado la hacienda a nadie, a nadie el ganado y —esto es sobrehumano— había rechazado por propia iniciativa los regalos que se le hacían, con la intención de adelantarse a tener que soportar la maledicencia por los prejuicios de las sospechas. Al final, bajo el testimonio de Dios, quedó en claro su inocencia de modo que no
46 tuvo que sufrir un juicio humano[163]. Nuestro Redentor, que quiere nuestra elección entre él y su viña, la implora aún más al ver vuestra maldad en el presente asunto. San Atanasio, obispo de la ciudad de Alejandría, cuando fue atacado por la malevolencia de personas como vosotros, dándose cuenta de que por medio de esa gran cantidad de añagazas, se le sometía a una prueba —ciertamente, no por temor—, añadió al valor

---

[162] La misma imagen en M 3, 55 y en P I 8: al pie de la letra, «con los dedos de vuestra hábil elocuencia». En efecto, *digitus*, de *dico*, designa no solamente los dedos de la mano sino la fuerza de la palabra. En el himno *Veni, creator Spiritus*, se llama a la tercera persona de la divina Trinidad, *digitus paternae dexterae*.

[163] Ennodio recurre a los ejemplos —que quizás fueron también aportados por los enemigos, en su escrito de protesta— de Samuel y de san Atanasio. El primero, juez y profeta, no se dejó comprar ni robó a nadie durante los años de ejercicio de su autoridad. De todo ello hizo dar fe al pueblo, antes de retirarse, no sin antes haber rogado y obtenido del cielo que lloviera en pleno tiempo de la recolección del trigo: I *Samuel* 12. El segundo es un obispo de Alejandría —sede que ocupó del 328 al 373—, enemigo del arrianismo, por lo que sufrió grandes tribulaciones, entre ellas cuatro destierros, y que fue finalmente rehabilitado.

de sus méritos[164] el sacrificio de su dignidad y, antes de recibir la sentencia celestial de absolución, bien seguro de su inocencia, desempeñó el papel de reo.

Así, en efecto, los soldados de Cristo dan a luz con su 47
propio sufrimiento un cúmulo de honores, al castigar las glorias que se les conceden con una humildad más profunda, sabiendo que adquirirán montañas de alabanzas precisamente allí donde moderan, con sublime desprendimiento, las altas virtudes que han alcanzado. Mas, aunque su sede, en cuanto nos es posible saber, nos muestre a san Atanasio inferior al romano pontífice, de hecho sin embargo se encuentran a la par en su actitud ante los acontecimientos. Aquél[165] se presen- 48
tó a los jueces; éste, como reconocéis vosotros mismos, los convocó; aquél, como siervo de Dios, no rehuyó la discusión que se le planteaba; éste puso la esperanza de su triunfo en el conjunto de las discusiones. Pero, ¿para qué detenernos más tiempo en estas comparaciones? Éste ha querido la discusión, la ha amado, la ha provocado, ha participado en ella y —cosa que habría podido lacerar los corazones de los fieles con las espinas de un justo dolor— aceptó incluso, en su veneración por el concilio, el ejercicio de la autoridad contra él mismo, como si lo hubiera merecido.

¿Quién puede ignorar que (Símaco) en el comienzo mis- 49
mo de su alegación se presentó a sus colegas los obispos, apoyado en el testimonio de su inocencia? Él, a quien horrorizaba todo lo que era ilícito en la oposición de sus adversarios, convencido de que sería removido de una u otra manera lo que hubiera decidido en contra suya un juez inválido. ¿Para qué injuriáis a este hombre con vuestros ladridos de perros? ¿Por qué ofendéis a quien no se lo merece? Es decisión suya, lo que

---

[164] Dice textualmente *ad coronae pretium*, «al precio de su corona».

[165] Atanasio compareció ante el concilio de Tiro, convocado por sus adversarios.

50 vosotros pensáis que es miedo. Pero en vosotros silba el ve-
neno de una nueva serpiente, que es más pernicioso que el de
los adversarios de Atanasio. Ellos ignoraban lo que vosotros
conocéis a la perfección: de qué manera se le podía quitar el
triunfo al acusado. Ellos temían que aquel a quien habían con-
vocado, no compareciera para ser oído. Vosotros, no tolerando
el espacio de tiempo que llevaban consigo las deliberaciones,
rechazasteis violentamente al que venía a vosotros y trocasteis
el tedio que os iba a deparar la espera de la sentencia por el
esgrimir armas vindicativas. ¡Oh, evocación de delitos, que
a la vez le dan y le quitan a uno la voz, mientras confunde
las palabras incluso de aquellos a quienes la gravedad de los
hechos de los adversarios ha impulsado a reclamar!

51 ¿Quién podría soportar con ánimo sereno vuestros graz-
nidos? Así pues nosotros, según vuestra opinión, ¿no amamos
las ventajas de la Nueva Alianza, al prestar cuidadosa atención
a las prescripciones antiguas? Aquí tenéis arriadas todas las
velas del ingenio: aquí al retirarse el tórax de vuestra cabeza,
tendida boca arriba, un eructo ha expulsado todo el viento que
tenía. Pues dicen: «Vosotros condenáis los ayunos de Moisés,
y los milagros que hizo Eliseo al resucitar a un muerto, si so-
lamente seguís lo antiguo». ¿Es capaz de encontrar aquí algo
52 razonable un investigador inteligente? Si nos imaginamos un
pálido buscador de oro, no podría encontrar, en vuestra ma-
nera de pensar, nervios de vetas ocultas ni un cavador sería
capaz de acceder a la luz en medio de las inusitadas tinieblas
de vuestra forma de discurrir. Así pues, ¿no aprobamos los
milagros de la antigüedad, si no damos nuestro consentimiento
a los excesos recientes? Si, de acuerdo con el Evangelio, so-
metemos el siervo al Señor y el discípulo al maestro[166], ¿des-
preciamos todo lo que pudo aprovecharnos de lo nuevo? Otras
cosas son, ¡oh, vosotros los más degenerados de los hombres!,

[166] Cf. *Mateo* 10, 24; *Lucas* 6, 40.

las que aportamos a la situación actual, sin hacer injuria a la antigüedad[167].

Habéis incluido después una nueva acusación, que se había escapado a nuestra observación[168]: «¿por qué el Papa convocó un sínodo con el fin de que examinara imparcialmente sus crímenes, sin que haya constancia de un ejemplo precedente?». Y acto seguido nos acusáis de falsedad: «¿por qué decimos que el emperador[169] solicitó lo que fue escrito en este asunto?». 53

Concédeme, Señor, que sea capaz de trasponer sin perderme los sinuosos obstáculos de este laberinto; dirige mi camino que traza la culebra ondulada según la configuración de su cuerpo o de su mente, a fin de que en verdad podamos decir: *el Señor de las virtudes está con nosotros, el Dios de Jacob es nuestro protector*[170] y exultemos con Salomón, que dice: *El caballo se prepara para el día de la batalla: mas en el Señor está toda la fortaleza.* 54

Es ciertamente superfluo responder a proposiciones absurdas, cuando dice el profeta: *No respondas al imprudente en lo que respecta a su imprudencia*[171]. Pero si el desprecio pasara por alto algún aspecto de la controversia, me temo que alguien pueda pensar que el miedo haya dejado de tocar algo verdaderamente importante. Es mejor para nosotros salir al paso con san Pablo de cualquier motivo para que se nos insul- 55

---

[167] Ennodio sale al paso de un nuevo reproche: que el Papa tiene demasiado en cuenta las prescripciones canónicas y no admite novedades.

[168] Las últimas acusaciones se dirigen directamente a Símaco: ha convocado por su cuenta un sínodo (53-64); apoyaron su candidatura turbas de mujeres (65-67); ha dilapidado bienes eclesiásticos (68-72).

[169] Aquí, como en otros pasajes de este escrito —nn. 9, 13, 14, 27, 53, 73, 74, 82, 84, 86, 87—, de M 1. 1, 7, 18— y de M 3. 125, 142, 182, 188—, Ennodio no tiene inconveniente en dar títulos imperiales al rey ostrogodo.

[170] *Salmo* 45, 8.

[171] Estas dos últimas citas son del libro de los *Proverbios* 21, 31 y 26, 4.

te y reconocer a plena voz: *Me he convertido en un insensato; vosotros me habéis obligado*[172].

56 Así pues, ¿no había ningún precedente de que el Papa, a cuya voluntad está sometida toda reunión sinodal, convocara un concilio de obispos?; o ¿eran cosas de poca importancia las que debían ser condenadas, de entre vuestros crímenes, por aquella numerosa asamblea?[173]. ¿Acaso no es claro el tenor de los cánones de que cualquier clérigo que, antes de que se haya pronunciado sentencia, se aparte de su obispo a causa
57 de una sospecha dudosa, se atrae una manifiesta censura? Para una resolución adecuada de este asunto, fue preciso recurrir a un ejército afecto a Dios de modo que una multitud de médicos curara las úlceras de su perdida y flagelada grey; porque, siempre que la violencia de las enfermedades con su rápido progreso se cierne sobre lo más íntimo del alma, un concilio que sea saludable no puede proporcionar ayudas eficaces, si no es con la aportación de muchos. De ahí que nuestro alegato pidiera al rey también esto, que, dejando de lado los prejuicios de los clérigos, emitiera por boca humana la orden suprema, de acuerdo con lo que se merecen quienes acusan al Papa.

58 Veamos, pues, si os place, y leamos de nuevo las argucias de ese vuestro instructivo libro, teniendo nosotros también ante los ojos las opiniones de los Padres, que valoran la alcantarilla de vuestros excesos. La ley eclesiástica exige que un pontífice acusado por otros no sea depuesto mientras no se esclarezcan las objeciones que se le hacen. Ciertamente, vosotros, teniendo presente —así lo creo— el derecho divino, despreciando los errores leves y alegrándoos de la nobleza del pecado, para no haceros cómplices ni siquiera de la sola

---

[172] II *Corintios* 12, 11.

[173] Por tanto, según Ennodio, Símaco no convoca el sínodo para que decida sobre los reproches que se le hacen, sino para condenar a los cismáticos.

culpa de haber abandonado al obispo, presentasteis contra él una acusación plagada de delitos[174].

Vuestro paladín[175] os ha llevado hasta un punto tal de de- 59
mencia que podíais creer —tras haber aislado al pontífice, tras haberlo acusado— que existe (en realidad, sin la fuerza moral de la condena de uno solo) una presunta censura de los obispos de casi toda Italia. Como alguien ha dicho de vuestra cohorte: *no entregó a una sola muerte su alma impaciente*[176]. ¿Es que no puedes tú, alma indócil, ya premiada con el éxito de tus crímenes, desistir de tu propósito detestable, como si hubieras quedado estéril? Os hizo ricos de estos males aquel a quien la abundancia de su actos de soberbia privó de los bienes angélicos y cuyo cúmulo de maldad, en la que abunda, odia el tesoro de bondad divina[177].

Pero, puesto que hemos prometido recordarlos todos, to- 60
quemos los puntos a los que han pasado revista, incluyéndolos en su obra. Con un estilo brillantísimo el papa Símaco es denunciado porque antes del sínodo fue partidario de someterse a una investigación de las asambleas populares y luego no se ha dignado comparecer a juicio, a pesar de que fue convocado hasta cuatro veces. ¿Tanto os habéis apartado del amor a la verdad que pensáis poder envolver en las nieblas de la mentira a la opinión mundial y creéis que tienen más fuerza vuestras

---

[174] Es decir, no le han depuesto —«abandonado», dice Ennodio textualmente—, lo cual habría sido una falta leve, en comparación con el cúmulo de acusaciones que han presentado.

[175] Este *praevius*, que les abre el camino, podría ser Festo, el paladín del cisma, dentro de la nobleza romana, o Lorenzo mismo.

[176] Cita parcial de LUCANO, *Farsalia* III 750-751, en la que el poeta narra la desesperación del padre de Argos, que le lleva a poner fin a su vida, antes de que su hijo, mortalmente herido, fallezca. La frase completa es: «no entregó a una sola muerte su alma, impaciente por adelantarse a la de su hijo».

[177] Es decir, el demonio.

palabras pintadas con el pincel del engaño que la verdad que
61 Roma entera conoce? Así pues, según vosotros, ¿el Papa accedió a la controversia en un momento inoportuno, o la evitó cuando se le esperaba? Por tanto, ¿no fue la esperanza cristiana sino la locura la que convocó a aquella multitud del pueblo respetuoso de Dios, por amor a la fe? ¿Acaso quien se apresura a inferir una violencia tiene a las lágrimas por compañeras, y el que se afana por infundir miedo presenta el aspecto de alguien que está lleno de temor?

62 Aquella multitud, solidaria con las funciones del Pontífice, nos trajo lamentos, no dardos; no vino amenazando con flechas, sino digna de conmiseración en sus llantos; era una sola multitud que hacía ostensiblemente más graves vuestras intenciones porque demostraba, con grandes ríos de lágrimas en sus ojos, por qué especie de dureza vuestra se había llegado a la situación dolorosa del que había sido expulsado; y, en medio de un sobrio respeto a la encuesta, recomendaba con la propia aflicción a quien no podía hacerlo con la voz[178].

63 Pero queda claro qué locura enciende vuestra cólera, a partir de este dato: que, apenas absuelto, se prestó a ser sometido a juicio aquel por quien el mundo llora y, mientras vosotros acumuláis con vuestros discursos una animosidad ajena a los hechos contra el susodicho, poco a poco cabezas, que durante mucho tiempo fueron indómitas, se someten a nuestra disciplina. Vosotros llamáis sagrado al concilio cuando queréis afirmar que nuestro Símaco minusvalora a los obispos y pensáis con cruel piedad que redunda en honor nuestro lo que ha perdido el que reside en la roca de las Iglesias.
64 Nosotros no sólo no pensamos como vosotros en el pasado, sino que también actualmente pensamos de modo diferente al vuestro: debéis dirigir más bien a otros los venenos de vuestra protección. No tiene el papel de testigo de la defensa el que

[178] El sujeto es siempre la multitud.

ofrece la ayuda de una lengua repugnante: pierde lo que él piensa ser un beneficio gracioso, quien ayuda en algo a uno que no lo quiere, porque no es un regalo sino aquello que se quiere recibir[179].

Por lo demás, no es necesaria una larga advertencia a 65
quienes están ya perdidos: debemos odiar la obra de la que ya no queda nada por lo que condenar a sus autores. Afirmáis que turbas de mujeres, adornadas con los colores de su ciudad, acudieron al juicio en apoyo del susodicho y con esta vuestra sutil habilidad aludís a qué sexo se sentía obligado
por un afecto mayor al obispo. ¡Oh, hombres llenos de im- 66
piedad!, recuerdo lo que ha sido escrito: *Una cosa es hablar mal y otra probar una acusación*[180] y lo que dijo el profeta: *rechazando mi palabra, pusisteis vuestra esperanza en la calumnia y las disputas y permanecéis en ellas: por eso será esa iniquidad como un muro que se desploma sobre vosotros*. Porque a favor nuestro dice Dios: *a los que os juzgan, les juzgaré yo*, y otra vez dice a sus siervos: *no temáis el oprobio de los hombres y no tengáis miedo de sus blasfemias*. Y de nuevo exclama, contra vosotros: *Venid aquí, descendientes del adúltero y la prostituta: ¿de quién os habéis reído, contra quién rasgáis vuestra boca y a quién sacasteis la lengua? ¿Acaso no sois vosotros hijos sacrílegos, estirpe de bastardos?*[181].

Advertid qué cosas unís a cuáles, cuando decís: «el Papa, 67
abandonando a sus defensores, se retiró cuando la causa no había sido aún dirimida»; así nos proponéis, para este asunto, ejemplos del foro y de las plazas públicas, en las que os com-

[179] Es decir, el apoyo del pueblo no va en detrimento de la autoridad de los obispos a quienes los cismáticos parecen apoyar, cosa que no se les ha pedido.

[180] Cita de CICERÓN, *Celio* 3, 6.

[181] Cuatro citas de *Isaías* 30, 12-13; 49, 25; 51, 7, y 57, 3-4.

portáis como hipócritas[182]. El apóstol Pablo nos ha escrito: *¿Qué tienen que ver con el foro aquellos para quienes ha sido crucificado el mundo[183]?* Pero desconocéis esto, o —lo que es más grave— sabiéndolo, lo menospreciáis. Os creo: el Papa se retiró después de haber pedido algo extraño y ajeno
68 a la razón. En realidad, ¿no es verdad que esperó —dada la delicada situación de la Iglesia y obligado por su preocupación pastoral— aquello que pedía el bien de la fe y el mismo orden del proceso? Pues ¿qué forma de juicio se había seguido antes, cuando, con vuestra disposición hostil y despojada la Iglesia de sus bienes por sugerencia vuestra, el que había sido durante mucho tiempo alimento de los hambrientos parecía que se había convertido en personificación de la indigencia? A este punto el que había sido distribuidor de alimentos sufría necesidad, de modo que los siervos se habían convertido en señores y el señor en esclavo. ¿Qué circunstancia histórica pasada, que recordemos ahora, refleja una situación como ésta?[184].

69 ¿En qué actitud y con qué convicción iba a someterse a una posible condena un hombre a quien se le había impuesto ya una pena antes de que fuera vista su causa? No hubo privilegio del que pudiera ser despojado uno que ya había sido destituido. Vosotros pensasteis que sólo en un concilio sagra-

---

[182] Para entender los puntos siguientes hay que tener en cuenta la sucesión de los hechos. Símaco había puesto como condición para su comparecencia ante el sínodo que se retirara el obispo Pedro, el visitador nombrado por Teodorico, y que se le devolvieran derechos y objetos de los que había sido despojado por los cismáticos. El rey decidió que fuera a la inversa, es decir, primero el proceso. El Papa finalmente accedió, pero esta negativa inicial da pie a los adversarios para esgrimir un nuevo reproche, a favor del cual aportan la praxis forense.

[183] Cf. *Gálatas* 6, 14.

[184] Esta idea de que en el pasado jamás se ha dado un modo de proceder semejante, la expresa Ennodio de un modo intraducible. Sería algo así, como: «¿Qué tipo de tiempo pasado, trasladado al presente por la memoria, restituía esta situación a un primer plano?».

do podría tener lugar una decisión que fuera un apoyo para
vosotros. Así lograríais tener a los obispos como cómplices
para proteger vuestros crueles desmanes y así, por la conta-
minación de muchos, vuestro crimen quedaría impune. Nunca 70
es llamado a una causa en el momento justo, el árbitro que es
convocado cuando el negocio está ya casi decidido. Aunque el
acusado sea realmente culpable, la pena la mide el acusador,
que piensa que en el juicio le está permitido más a su furor que
al juez[185]. Pues a vosotros os dice el profeta acusándoos: *Este
es el destino de quienes nos devastaron y la suerte de quienes
nos despojaron. Id, ángeles veloces, al rebaño revuelto y dis-
gregado y al pueblo temible*[186]. A vosotros ha sido enviado el 71
ángel en la persona de los obispos, cuya voz y méritos reciben
los dones que deben ser presentados a Cristo y quienes, por la
misericordia del Señor, conceden a los mortales las peticiones
que le han dirigido; por medio de ellos se os ha ofrecido el
presente de la paz, que vosotros habéis rechazado; ellos han
concedido la recompensa del amor a quienes merecen castigo;
ellos, mientras se examinan a sí mismos, han pasado por alto
todo lo que merecíais.

¿«Quién le ha visto» —dicen— «librar con sus acusadores 72
una batalla *abierta*», como ellos la califican? ¡Oh vosotros,
hombres llenos de desvergüenza!, contemplad quién y con
quiénes queréis que combata y considerad, si queda en voso-
tros un resto de juicio, el lugar, el tiempo, las personas de cada
una de las partes: y, si aún no os ha poseído funestamente la
soberbia que se ha acumulado en vuestro perverso corazón,
volved un poco los ojos a Dios y, aunque sea por un momento,
pasad por alto las sugerencias de vuestro siniestro consejero.

---

[185] Es decir, que siempre que un juez interviene, cuando la causa está prácticamente decidida o ha sido fallada de antemano —como es el caso—, el que ha promovido hasta entonces el litigio se considera con más derechos que el juez mismo.

[186] *Isaías* 17, 14. 18, 2.

73 Reconocéis que las órdenes del rey supremo[187] no os apoyan, en lo que decís que con razón debe ser corregido. En efecto, aunque sus edictos correspondan al tenor de la cuestión que le elevasteis y la petición, siempre que no hay antecedentes, describa ya los caminos que debe seguir la respuesta, sin embargo nunca habéis recibido de palabra carta blanca por parte del rey para los casos que habéis planteado, nunca los escritos imperiales han apoyado vuestros deseos, planteados con la sutileza propia de vuestra astucia. ¿Cuántas veces ha sonado con vanos ladridos vuestra boca, incapaz de hacer daño? ¿Cuántas veces se os escapó lo que esperabais haber logrado ya, a propósito del acusado, y esa ilusión, presuntamente real, os dejó con las manos vacías?

74 Gracias sean dadas a Dios, que ha dotado de semejante prudencia a aquel a quien encomendó la cumbre de los asuntos humanos. Una sabiduría perfecta en el que gobierna es esperanza cierta de paz y salvación. La nave cuyo capitán, mediante el don de la inteligencia, está preparado para el gobierno del timón, tiene en todas partes una estación, en todas partes un puerto en medio de las olas. Está firme el bien común, cuando una persona instruida en las artes nobles gobierna la república. La justicia de nuestro emperador[188], infundida por el cielo, sabe mostrar una mano firme que sale al paso de los sujetos que se han hecho famosos en el arte del engaño. No le hace falta ningún esfuerzo a aquel en quien la pura verdad,
75 ya en tiempos pasados, ha encontrado un defensor. Cesen los impíos de faltar a la verdad, con mentiroso engaño, en su presencia; lo que se dirija contra la justicia, será detenido al

---

[187] Teodorico, a pesar de todas las concesiones que había hecho a los adversarios de Símaco —nombramiento de visitador, mandarle que se presentara ante el concilio—, nunca llegó a deponerle.

[188] En este texto Ennodio da a Teodorico el título de emperador, que ya había utilizado en n. 53 y repetidas veces en el Panegírico, por ejemplo en n. 18.

instante; ante el susodicho rey, nada está más seguro que la inocencia; el que se propone planes concordes con la justicia goza ante él de una carta de presentación llena de fuerza; no se confía a las lisonjas de los menos leales, lo cual muchas veces constituye un grave desdoro para los príncipes. Pero todo esto es mejor atribuírselo a Dios, de quien procede el árbol que da este fruto.

Un presupuesto molesto de esta obra que he emprendido 76
me conduce una y otra vez hasta vosotros, a mí que hasta aquí he querido dar a mi escrito temas más elevados, por más que una necesidad imperiosa mantiene prisionero mi discurso. Pues habéis dicho: «¿Cómo es que os ocupabais desde el principio de su legitimidad y sus cualidades, cuando el sínodo no estaba ni siquiera aprobado?». ¡Oh, qué ceño el de este modo inmundo de hablar! ¡Oh, qué aspecto propio de un panfleto, ensuciado no sólo por la ignorancia! Enunciáis el límite de nuestros asuntos y al mismo tiempo los cuestionáis. De aquí venía precisamente nuestra duda, porque, como decís, el sínodo no tenía todavía estabilidad: la importancia del asunto excedía a los que iban a tratarlo y la asamblea hasta ese momento se había quedado más en una actitud reverente hacia el expulsado que en considerar la integridad de nuestro cuerpo colegial[189].

Después, entre una lluvia de cuestiones, replicáis que el 77
venerable Lorenzo y Pedro[190] se apartaron de la comunión con

---

[189] Estamos ante un pasaje oscuro. ¿De quién tenía que venir la confirmación, de Teodorico o de Símaco? Los enemigos del Papa seguramente pensarían en el rey; los obispos, como parece sugerir Ennodio, en Símaco. Efectivamente parece que Símaco se adelantó a aprobar las actas, logrando así que los obispos superaran la preocupación de si serían o no ratificadas.

[190] Lorenzo es el obispo de Milán y Pedro el de Rávena, los dos presidentes del Concilio, no habían acudido a saludar al Sumo Pontífice cuando llegaron a Roma, quizás, como opina F. MAGANI —II 103—, y Ennodio sugiere a continuación, por cautela para no levantar sospechas en Teodorico.

el Papa y esto, que lo decidió la cautela de los convocados,
lo convertís en un cargo contra el acusado. Pero ¿acaso en
algún momento han dejado de citar su nombre al celebrar los
sagrados ritos de las misas? ¿Alguna vez, siguiendo vuestros
deseos, los citados obispos han ofrecido hostias imperfectas,
sin observar el rito católico y la costumbre ancestral? ¿En
algún momento —lo cual sería imputable a vosotros— se ha
inferido a Dios una ofensa para obtener una gracia, y una
ofrenda, fuente de perdón, se ha convertido en madre del pe-
78 cado? Aquellos de quienes se habla, estuvieron, sí, separados
corporalmente, pero no pusieron obstáculos a la comunión
de sus almas. Si juzgas apartados del acuerdo mutuo a aque-
llos a quienes mantiene unidos el broche de la religión con el
enganche de la piedad, el amor a tus pecados te ha conduci-
do lejos del modo de pensar católico. La actitud frente a los
mandamientos divinos o nos une o nos divide: no importa
qué espacios nos separen, con tal de que esta sola unión nos
79 mantenga en la mansión celeste. De aquí deducimos con razón
que vosotros sois esclavos de vuestro vientre y vuestro cuerpo
y, a través de esta villanía en vuestra manera de pensar, dais a
entender que sois siervos de este mundo[191]. Pues está escrito:
el hombre animal no capta las cosas espirituales[192].

80 Tras esto, puestas en fuga vuestras filas, añadisteis con un modo de hablar analógico[193]: «por tanto, los concilios episcopales, que en las provincias cada año han decretado leyes eclesiásticas, han perdido su validez, al no contar con la presencia del Papa». Leed, insensatos, si en ellos se haya decidido alguna vez algo al margen de la aprobación de la suma instancia apostólica. Y si no se ha reservado la decisión

[191] Quizás la traducción más ajustada a esta expresión —*terrena mancipia*— sea «siervos de la gleba».

[192] I *Corintios* 2, 14.

[193] Ennodio dice, al pie de la letra, «delicuescente».

al juicio de la susodicha sede, cuando se trata de cuestiones de mayor importancia. Pues así está establecido: *Si algún obispo* 81 *ha sido depuesto en un juicio provincial, que apele si quiere al Papa romano y éste, si así lo estima, revise el juicio a favor del condenado*[194]. He aquí que se os escapa ágilmente aquello para lo que habéis preparado el lazo, a menos que quizás precisamente en ese punto seamos asediados con cuerdas estrechísimas y no estén abiertas para nosotros vías de réplica; pues el sendero que ya antes ha sido abierto, se cubre de zarzas con una nueva obstrucción por vuestra parte.

Vosotros, con estos espinos de vuestra lengua, nos impe- 82 dís avanzar por un terreno llano cuando decís que el príncipe fue ofendido, porque en un primer momento quisimos que el inspector[195] —que había sido nombrado por él en contra de las leyes eclesiásticas— se retirara de inmediato y no le fuera permitido nada más a la desobediencia[196], no fuera a ser que la cizaña se endureciera, que la profanada mies se doblara al ser cortada antes de estar madura por una hoz rebelde, y que diera la impresión de que era lícito todo aquello que los jueces no prohibían. De todo lo cual se deduce con claridad que a vosotros no os prestan ninguna autoridad los antecedentes, fuera del prestigio del piadosísimo rey, a quien inútilmente deseáis unir a vuestro funesto intento.

Resta demostrar —y esto contribuye al bien común— que 83 Teodorico no ha tenido parte en estos excesos, porque no quiso ser ocasión de conflicto ni fomentar directamente la

[194] Sínodo de Sardes, canon 3.

[195] Es decir, Pedro, obispo de Altino, que quizá sea el de Rávena citado en n. 77, puesto que ambas ciudades se encuentran muy cercanas. Había sido nombrado por Teodorico *visitator Ecclesiae Romanae* en 501, a petición de la mayor parte de los obispos.

[196] Donde MGH lee *et... licere tunc*, CSEL prefiere *ut... liceret tunc*, es decir: «para que no les fuera permitido nada más a los vicios».

confrontación, sino ser motivo de concordia. Concretamente, viendo de antemano que, si protegía a aquel hombre sencillo con la fuerza de sus órdenes, pronto vuestras lenguas venenosas lo convertirían fraudulentamente en alimento de la disensión. Pues está escrito: *el varón sencillo da crédito a toda palabra*[197]. Por eso puso un límite al mandato del visitador, que no era lícito violar con ningún tipo de trasgresión.
84 El rey mandó que el susodicho acudiera a la basílica de San Pedro, tan pronto llegara a Roma, convirtiendo en orden del rey lo que era deseo del Papa. Pues ¿quién podía imaginarse que no obedecería al Pontífice por propia voluntad en este asunto —que el mismo príncipe creyó que no le competía—, aunque se le hubiera prohibido? Y le mandó que allí, una vez saludado el Papa, le dirigiera la palabra por su propia boca, para que entregara a su colega en el episcopado los esclavos, que no debían ser sometidos a ninguna tortura, sino puestos
85 a disposición para la investigación sinodal. ¡Oh integridad de una orden, que, mientras ilumina con su luz los tiempos presentes, pone en sombra los pasados y quita su fulgor a los antiguos con el esplendor inesperado de lo nuevo! ¿Qué hombre elocuente o qué creador de opinión ha atribuido algo semejante a una persona pobre de méritos? ¿Quién con fingidas alabanzas enriqueció tanto con la fama de sus actos a un señor, que en realidad era un mendigo?

86 No quito autoridad a los escritores, por cuyo mérito nos ha sido concedida la trasmisión de los hechos gloriosos de nuestros antepasados: pero no callaré los beneficios de Dios, porque nuestro príncipe supera con sus hechos cualquier ornato de las letras. No busca una gloria sometida a las palabras: todo lo que se añade a su alabanza cree que es un desdoro. Mirad que es como si, en la gestión de esta causa, el venerable juez se hubiera visto a sí mismo como una balanza

[197] *Proverbios* 14, 15.

de modo que, aun accediendo a convertirse en el agente de vuestra petición, sin embargo protegiera en todos sus puntos los derechos de la Iglesia. ¿Qué mentes, aunque sean más 87
agudas que las demás, están a la altura de esta perspicacia? En un momento, con una sola firma, sin detrimento de la justicia, se cumplen vuestros deseos y el mismo documento se orienta al servicio de la fe y a vuestra satisfacción. Mas la agudeza del prudente príncipe previó que la declaración de los siervos no debía admitirse como prueba en el juicio a uno que era inocente. Por eso, al elegir a los respetables jueces, él mismo rechazó a los que acusaban de un modo injusto, él en persona devolvió la esperanza al acusado.

Veamos, pues, si se ha actuado de acuerdo con las órde- 88
nes del rey: si, al comportaros como enemigos de Dios, no lo habéis sido también del señor de la tierra; y si, al despreciar con la misma temeridad a Cristo y al rey, no habéis cometido el mismo crimen para ofensa de ambos. El retorcimiento de vuestras palabras impide que el obispo enviado por el rey pueda cumplir la misión que tenía encomendada, y así el que había acudido para actuar a favor de la paz es convertido en un incentivo de la confusión. Perdido el dominio sobre sí mismo, 89
aún antes de haber traspuesto el umbral del santo apóstol, ya está al servicio de vuestra locura: pasa al lado de aquel lugar que, puesto como fundamento de todas las iglesias, atrae a devotos de todos los puntos cardinales del orbe; no se le permite acceder al edificio, a uno que es un elemento mediocre. Desde ese momento, separado de la raíz, perdió cualquier esperanza de dar buenos frutos.

Quizá diréis que se le quita fuerza al apóstol, si se piensa 90
que los santos del cielo tienen reducido su poder a determinados lugares de la tierra. Sin embargo, aunque en todas partes se concede bendición a quienes la piden y para la intervención del mártir se requiere sólo la fe y la devoción del que pide, no puede negarse que se atribuye más eficacia al suelo donde

nació y que obtienen una mayor aceptación aquellos lugares desde los cuales se sube a los cielos[198]. Una multitud de curaciones da ya fe de esta afirmación y contamos con testigos que han recuperado la salud, después de haber estado poseídos por
91 el diablo. Aunque en todo el mundo se celebren estos milagros realizados por nuestro Redentor, sin embargo es una realidad que la visita a este famoso monumento ha adquirido una fama no pequeña porque la naturaleza de un lugar concreto de la tierra ha podido ser privilegiada por aquel que trasformó al hombre en ángel.

Vosotros privasteis a vuestro visitador de esta gracia, estimando que dejaría de ser secuaz de vuestros errores si llegaba a tocar unos lugares de tan profundo significado por el martirio venerable. He aquí que, en esto, no contáis con el apoyo de la autoridad real. He aquí que, además de la indignación del cielo, la censura del príncipe se abate justamente sobre vosotros, que hicisteis que fuera despreciada.

92 Veamos si queda algo por defender de vuestra propuesta que me sirva de guía: «Él mismo nombró visitadores para otros obispos y es justo por tanto que se atenga a la ley que es obra suya». En este punto no os acuso de falsedad; ya desde hace tiempo no digo una palabra sobre las mentiras que están adheridas a vuestros discursos. Sin embargo, digo que quien promulga el derecho, a no ser que lo desee, no se incluye a sí mismo en los términos de su ley, y que si un príncipe no regula el ámbito supremo de su aplicación, en vano se llama
93 derecho a lo que él promulgó[199]. Es la ley de la honradez y de la razón la que castiga a un hombre que vive sin estar so-

---

[198] Es decir, los lugares del nacimiento y de la defunción.

[199] La palabra que traduzco por «ámbito» difiere en los dos ediciones que nos sirven de pauta: *fastigii*, en MGH; *fastidii*, en CSEL. Entiendo que Ennodio quiere decir que, si no hay una instancia superior a la ley —el príncipe civil o eclesiástico—, no es posible aplicarla. Como dice a continuación, por encima está la ley natural a la que todos los hombres están sujetos.

metido a la ley humana: propiamente se rige por sus hábitos virtuosos el que no debe su disciplina a la coacción. Quizás Dios ha querido que las causas de otros hombres se diriman por medio de hombres: pero sin duda ha reservado a su arbitrio a quien detenta esta sede. Quiso que los sucesores de san Pedro apóstol rindieran cuenta de su inocencia tan sólo al cielo y que presentaran su conciencia inviolada a la investigación del más sutil de los jueces[200].

No imaginéis que no tienen temor ante los jueces de la 94
tierra estas almas a las que Dios, elevándolas sobre las otras, ha reservado a su juicio. Ante Él, el reo no tiene ninguna excusa acerca de la claridad de la acusación, dado que el testigo de los hechos que interviene es el mismo que el juez. Quizá me digas: la condición de todas las almas en ese juicio será
la misma. Te replicaré que a uno solo se la ha dicho: *Tú eres* 95
Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado también en el cielo[201]; y también, que por el magisterio de los santos pontífices, la dignidad de su sede se ha hecho venerable en todo el mundo, pues todos los fieles que existen por doquier se le someten, ya que se afirma que es la cabeza de todo el cuerpo; de esa dignidad a mi modo de ver ha dicho el profeta: *si es humillada, ¿a qué refugio os acogeréis y dónde iréis a depositar vuestra riqueza?*[202].

¿Pues qué, si me fuera permitido —a mí, que tengo labios 96
inmundos, que no han sido lavados en las aguas de un carbón encendido, como le fue concedido a Isaías— evocar al apóstol Pedro en persona para que protegiera los privilegios de su

---

200 Es decir, Dios mismo.

201 *Mateo* 16, 18-19.

202 *Isaías* 10, 3. Aquí podía haberse acabado su apología, pero Ennodio añade aún, empleando el recurso de la prosopopeya que le es especialmente querido, unos discursos plagados de efectos retóricos.

cargo y predicara con palabra humana, lo que ruega con sus súplicas? Si le escucharais, diría lo siguiente:

«*Hijos de hombres, ¿hasta cuándo seréis tardos de corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y buscáis la mentira? Sabed*
97 *que el Señor ha ensalzado a su santo*[203]. ¿Por qué queréis socavar los fundamentos puestos por las manos de Cristo? ¿Por qué empujáis con un ariete el antiguo baluarte de su autoridad, que se revigoriza con los golpes, y dispersando el rebaño de la Iglesia me sometéis a nuevos sufrimientos, aún después de haber dejado la carne mortal? Un género inaudito de sacrilegio es aquel que disfrazáis con la excusa honrosa de que ha sido traicionada la fe: profana la reverencia debida a un nombre venerable todo aquel que se compromete a ayudar en aquellos pecados que él mismo reprocha que han sido cometidos contra Dios. Se trata de una especie de agravio, como si se asistiera a una diversión sublime, según aquello del Apóstol: *Tú, ¿quién eres para juzgar a tu compañero de servidumbre?*[204].

98 «¿Por qué seguís el juego de oídos inexpertos y convertís así la especie del castigo en más grave que la de la culpa? Si odiáis los pecados, purificaos. ¿Por qué os dedicáis con más gusto a condenar crímenes que a evitarlos? Se acusa a sí mismo el que, fornicando él, denuncia a los adúlteros y, cometiendo estupros de almas, acusa los de la carne. Recordáis seguramente lo que está escrito: *Malditos todos los que fornican, apartándose de ti*[205]. Pues a quien desempeña sus deberes con fidelidad menos pura a los mandamientos divinos, una fea ligadura le aparta de la luz de su Señor[206].

99 «Según veo, el esplendor de nuestra sede ha provocado vuestra envidia —que tratáis de transferir con fingida indig-

---

[203] *Salmos* 4, 3-4.

[204] *Romanos* 14, 4.

[205] *Salmos* 72, 27.

[206] Es decir, quien se aparta del cumplimiento de sus deberes con Dios, establece un ligamen con el demonio.

nación a las culpas de quien la detenta—, mientras transpiráis un sudor cargado de males. Os habíais propuesto —si yo no me hubiera opuesto—, echar abajo, debilitada por terribles golpes, la fortaleza por la que fuisteis ilustres, y mostrar, arruinándola, cuán grande es la estructura construida por el cielo. No se os ocurra esperar una victoria de vuestra de- 100
rrota[207]: no queráis que se pierda con una victoria vuestra el triunfo que obtuve con mis trabajos, con mi sudor. He erigido aquí todo lo que conduce al triunfo; lo que a vosotros os habría hecho famosos, lo he acumulado en esta sede. Esta antorcha os ha dado la claridad que pensáis poder apagar con vuestra secreción viperina. Se enciende para su propia perdición quien se ensaña con la semilla de la que le viene la gracia, de tal manera que desarraiga sus propias plantas: una ira que va más allá de lo que es justo, daña a su propio autor más que a los demás.

«Los que vosotros llamáis excesos de Símaco, si es que los 101
hay, yo los observo con la misma perspectiva con la que vosotros deberíais mirarlos. Es funesto que el pecador no ame la paciencia del juez[208]. ¿Qué otra cosa merece sino castigo aquel que, siendo él mismo reo, reprocha que se tarde en castigar a otro? Yo debo hablar así de semejantes intrigas porque sé muy bien que Dios ha dicho que todo hombre está inclinado al mal y que toda carne es amiga del pecado[209]. No quiero que, 102
con ocasión de una persona, sea objeto de discusión el desempeño de un cargo que presta dignidad a un número incontable de personas, no vaya a ser que, al ser repudiado un hombre, sea infringida la ley divina. Creedme, yo conozco hasta el

---

[207] Tanto el sínodo romano, como la decisión del rey, han acabado con una derrota de los cismáticos; no tiene pues sentido que pretendan convertirla en victoria.

[208] También podría entenderse: «con la que os miro a vosotros. Es funesto que la paciencia del juez no ame al pecador»

[209] Cf. *Génesis* 8, 21.

fondo si es verdad lo que vosotros decís, porque vi qué iba a pasar incluso en aquellos de quienes no se decía nada semejante. Se equivoca quien cree que es fácil engañar a Dios: *a mí me corresponde la venganza, yo daré la retribución, dice el Señor*[210].

103 «Volved más bien vosotros —en otro tiempo hijos, cuyo parto espiritual hacía pesado mi vientre— a la unidad de la que habéis abjurado. Recíbaos la madre iglesia en su piadoso seno, como os ha tenido acogidos hasta ahora. Una rectificación nunca es tardía. Ella sabe esperar durante largo tiempo a los que buscó con desmesurado celo. No sabe despreciar como viles a los que ha comprado a elevado precio[211]. La vuelta a la salvación se logra por múltiples etapas: nadie es excluido, salvo el que desespera. El fruto del perdón está
104 ya cerca del premio. No queráis ayudar al papa Símaco con vuestras asechanzas: creedme, si es culpable, en cuanto acabe la jurisdicción de los tribunales humanos, enseguida se hará presente el juicio divino. En la balanza de aquel avezadísimo juez ¿acaso no aparecerá si el susodicho merece premio o castigo? ¿Acaso, en ese lance citado, ante Aquel que todo lo ve en su propio esplendor, no se recibe la pena o el premio? No me pidáis ni silogismos, ni discursos según un esquema. Todavía hoy, después de mi vida terrena, utilizo una red vieja y no he abandonado la barca, ridícula para los sabios de este siglo. Ella me mantiene a flote entre los mares del mundo: esta red, probada en la captura de hombres, continúa llenándose, como veis.

105 «Volved, pues la huida no os ha echado a perder, ni siquiera cuando estabais sin pastor. Corred al redil para no exponeros a las insidias de los lobos, no vaya a ser que perdáis

---

[210] Esta palabra del Señor, que cita san Pablo en *Romanos* 12, 19, se encuentra en *Deuteronomio* 32, 35 y también en *Hebreos* 10, 30.

[211] Cfr. I *Corintios* 6, 20.

por vuestra rémora la gracia de quienes vienen por su propia voluntad, porque el infierno es la consecuencia de haber menospreciado esta invitación. Si como padre yo os debía proporcionar algo de dulzura, si como maestro, puesto a vuestro servicio por Dios, he empleado algún rigor[212], haced que, de 106
ahora en adelante, una pequeña corona de sacerdotes no rodee por más tiempo cada uno de los ángulos de mi cruz; que no se prolongue esta soledad que es motivo de dolor incluso para los extraños; que la laboriosa fecundidad de mi seno haya dado a luz, en vez de la esterilidad, una familia de enemigos, y la numerosa prole, con un comportamiento funesto, dé pruebas de la infecundidad del progenitor.

«Pocas son las cosas que he afirmado, pero valorad cuánto depende de ellas. *Venid, hijos, y oídme: os enseñaré el temor del Señor*[213].

«Mirad a Roma, a quien ha liberado de la servidumbre 107
de los ídolos, no un precio en oro o en plata, sino el derramamiento de la sangre de Cristo, quien mandó que a la suya se uniera la muerte de este pobre siervo suyo. Mirad a Roma, que por muchos siglos exhibió su culto en templos famosos; que veneró durante mucho tiempo, en imágenes de demonios, un terror que un gremio dirigente[214] había introducido con ayuda de gravosos impuestos; que elevó su mirada sumisa al poder de unos dioses, comprado con el pago de metales preciosos; era un poder para quien, cuanto más experta era la mano

[212] Es posible también que esta primera parte del período quiera decir: «Aunque yo no os hubiera debido proporcionar algo de dulzura, aunque he sido un obstáculo como maestro instituido por Dios...». Me inclino por la versión que doy en el texto, porque en este segundo caso, faltaría la correlación: «aunque... sin embargo».

[213] *Salmos* 33, 12.

[214] Al pie de la letra, Ennodio dice «una mano magisterial», que sin duda alude al colegio o colegios sacerdotales —*Pontifices, Augures, Quindecimuiri*— que presidían el culto a los dioses paganos.

del artista, tanto más sublimes eran los dioses que producía y una forma, que se presentaba ante los hombres como divinidad, en tanto en cuanto el hombre se la había conferido al fabricarla[215].

108 «He aquí que, por la gracia de Cristo, esas imágenes volvieron de nuevo a los hornos[216]; he aquí que vuestro ajuar adopta objetos de la anciana superstición que son motivo de alegría, mientras que con todo derecho del viejo Júpiter se extraen nuevas vasijas. ¿Por qué os empeñáis en perturbar esta paz? ¿Para qué poner en peligro la felicidad con vuestros locos propósitos? Creedme, no tiene ninguna excusa esta locura: no importa por qué caminos se dirige hacia el príncipe de este mundo quien se aparta de la unidad santa: ofrece pingües ofrendas al diablo el que entristece a la Iglesia. Re-
109 chazad, pues, las trampas engañosas: el amor a la paz tiene una fácil defensa. A quien no hace caso de las municiones que proporciona el enemigo de la concordia, le sobran armas. Basta esgrimir una fe sincera contra los dardos que arrojan querellas de todo tipo.

«¿Para qué traéis de nuevo a primer plano los tiempos de Eulalio y Bonifacio[217], buscando un remedio a los males? ¿Para qué presentáis las viejas enfermedades en apoyo de vuestros excesos, y por medio de vuestros injustos deseos

---

[215] Entiendo que, con esta expresión tan rebuscada, Ennodio quiere decir que los ídolos tenían tanto más poder cuanto mayor era el precio de los metales de que estaban hechos y que la dignidad de su aspecto dependía del valor del artista que los había fabricado.

[216] Es decir, los metales fueron fundidos y utilizados para utensilios domésticos. Advierto que estas palabras podrían entenderse también como un reproche a los partidarios de Lorenzo que, con su actitud, aparentemente en nombre de Cristo, logran que de nuevo se fundan cálices en honor del viejo Júpiter, es decir, fomentan de nuevo el paganismo.

[217] Cisma que se produjo entre los años 418-419, también como resultado de una doble elección. No está claro en qué sentido Ennodio establece la diferencia entre aquella y esta situación, porque entre ambas existe un

hacéis que no le sea permitido a la antigüedad el intento de cubrir sus delitos? Entonces la causa de la discordia fue otra 110
y, si no me viera obligado a limitar en mi narración las cosas pasadas, os mostraría que no se derivaría ninguna ventaja para vosotros de la comparación de los hechos. En efecto, de aquellos —a quienes un fervor, sometido a su buena conciencia, había impulsado hacia el cargo de sumo Pontífice—, rechacé a ambos y a éste lo he elegido yo; de aquellos —el resultado es testigo— ninguno fue de mi agrado mientras que de éstos, a uno que pretendía (sentarse en la silla de Pedro) contra las leyes establecidas, lo he convertido en un prófugo; al otro, que había sido legítimamente investido, lo he protegido, a pesar de que el mundo lo combatía. Vosotros sabéis que todo esto no es nuevo, porque conté con vuestro consentimiento: aquél es rechazado, éste es confirmado[218].

«Después, ¿por qué hacéis una afrenta al concilio de los 111
obispos, para vuestra perdición? ¿Por qué combatís la decisión, en la que, por inspiración de Cristo, quedaron patentes los designios supremos y la voz de los pontífices se interpuso como intérprete entre Dios y los hombres? ¿Para qué infligís un dolor a la Iglesia universal, aunque sea cometido contra una sola sede, si bien la principal? Pues aquella curia celestial, 112
provista de las cualidades más diversas y sublimes, decorada con el oro y la púrpura de nuestro Redentor, en absoluto se presentó como autora de aquella decisión, sino que sirvió a las órdenes de Dios, por ministerio de lengua humana. Comprendió que nada de lo que decidió por inspiración divina era suyo: no hay nada suyo en aquella sentencia, sino motivos

gran paralelismo. Ambos fueron elegidos en diciembre de 418. El emperador Honorio convocó un sínodo en Rávena, que no dirimió la cuestión. Entre marzo-abril 419 el emperador mandó al destierro al rebelde Eulalio y mantuvo en el pontificado a Bonifacio, que reinó hasta el 4 de septiembre de 422.

[218] Me parece que ahora Ennodio habla, no del cisma actual en contraposición al anterior, sino señala la diferencia entre Símaco y Lorenzo.

para felicitarla por su obediencia: el punzón sintió la palabra divina, de ahí que asume la única gloria de haber mantenido y expresado lo que se le inspiró.

113 «¿Cómo es que habéis tramado vuestra calumnia a partir de estos ejemplos evangélicos[219]? Es como si de vosotros se hubiera escrito: *Se han tambaleado en su embriaguez, no han reconocido al profeta, han ignorado el juicio de Dios*[220]. Porque mientras ofendéis con palabras nefandas a los susodichos obispos, ponéis de manifiesto vuestra ignorancia y malignidad. Así pues, éstos que, aunque la predican, no creen en la resurrección de los cuerpos, ¿se han contagiado de los errores de los herejes? ¿Siguen con el corazón lo que rechazan con los labios? Al afirmar que se debe temer a aquel que puede matar el cuerpo y arrojar el alma a la *gehenna*, ¿se han hecho por eso artífices de una fe distinta de la nuestra?
114 ¡He aquí una profunda ignorancia! Hete aquí a san Lucas, cuya afirmación puede convenceros. Dice: *Temed a aquel que, después de matar el cuerpo, tiene poder para enviar el alma al infierno*[221]. ¿Qué tiene de erróneo este pasaje, donde las palabras de la doctrina y de la tradición, de mutuo acuerdo, van al mismo paso y lo que se lee no es diferente de la
115 manera de pensar católica? Nunca se busca con éxito un nudo en un junco[222]. Al autor de la luz no le rodean nieblas por mucho que parloteen. ¿No creen, pues, en la resurrección de la carne, porque confiesan que el cuerpo puede ser destruido y el alma pecadora puede ser entregada a la *gehenna*? Vues-

---

[219] F. MAGANI —II 112— conjetura —a partir de esta frase (los cismáticos habían aportado ejemplos de la historia de la Iglesia, no evangélicos) y de las actas del sínodo mismo, que aquí debe de haber una laguna que aludía a un nuevo reproche, concretamente que los obispos habían errado en materia de fe al negar la resurrección de los cuerpos.

[220] *Isaías* 28, 7.

[221] *Lucas* 12, 5.

[222] Cf. TERENCIO, *Andria* 941.

tro corazón es asfixiado por densos espinos e intenta atribuir pecados ocultos a otros.

«Reprocháis incluso que han sido violados los escritos 116
del apóstol Juan, porque sus palabras fueron citadas así: *Si decimos que no tenemos pecado, somos mentirosos y no hay verdad en nosotros*[223]. No me planteo la diversidad de los códices. Pero, vosotros, ignorando no sólo el modo divino sino el humano de expresarse, ¿afirmáis efectivamente que están corrompidas las palabras del Apóstol, porque no añadieron: *nos engañamos a nosotros mismos*, y porque añadieron: *somos mentirosos*, ignorando no sólo la lógica divina, sino también la humana? Con razón se piensa que miente quien no tiene la verdad, y que quien notoriamente está privado de integridad no está lleno de otra cosa que de falsedad.

«Pero de estos males no se os debe curar con el uso de 117
la lengua sino con gemidos y, más que palabras, se os deben dirigir lágrimas porque es claramente nocivo quien, siendo culpable, quita el mérito o la fama a personas inocentes. No daré vueltas a los restantes capítulos de vuestras objeciones: conviene sepultar en el silencio lo que es condenable. Presta importancia a los crímenes el que trasmite su noticia a oídos posteriores, relatándolos una y otra vez. Hay que seguir el parecer de san Pablo, que advierte a todos a través de su discípulo y exclama: *Evita las cuestiones vanas*[224]. En vuestras 118
proposiciones —a las que sin duda atenaza con sus tentáculos fangosos el amor al pecado— hay muchos puntos que las hacen indignas de ser recordadas: a muchas de ellas las deshonra su ligereza, al resultar vacías vuestras palabras, que carecen de peso, y consistir vuestro discurso, lleno de viento, en disputas sobre la fe. Se trata de una ligereza que produce la impresión de una sensatez agradable a los oídos, pero que, en medio de

[223] I *Juan* 1, 8.

[224] II *Timoteo* 2, 23.

una gran abundancia de paja, no va a aportar nada de trigo a los silos, pues da a luz una gran profusión de rastrojos, infecunda en frutos, y defrauda la esperanza de los campesinos con una gran profusión de hierbajos. Los bieldos no sacan de ellos ningún provecho: son cosas sólo aptas para el fuego y que perecerán en un incendio. De ellos se ha escrito: *Los hombres durmieron su sueño y no recogieron nada*[225].

119 «Queridísimos, nada hay más dulce que la paz, puesto que hasta los corazones llenos de amargura no rechazan su sabor. Ciertamente debiera haberos hecho una advertencia más breve, pero la consideración que me merecéis, que no es poca, y vuestra actitud, avezada ya desde hace tiempo en las disputas que surgen entre vosotros, la han hecho prolija. Es habitual que quien mucho peca no se corrija con una breve exhortación y la mayor parte busca en los sermones de quien les corrige el
120 mismo apasionamiento que hubo en sus delitos. A mí me basta haber seguido el afecto que siento por vosotros y los mandatos del cielo. En todo lo que declaro a continuación, no me abandono a la elocuencia, porque digo solamente esto: que Roma, la capital del mundo, yace postrada por vuestras insidias y que contemplo la cátedra nutricia del Sumo Pontífice, despreciada como la última silla».

121 San Pablo tomó la palabra a continuación de San Pedro y su discurso sonó, con la libertad de expresión que él siempre utilizó, para acusar al príncipe de los apóstoles de blandura, porque aún mantenía el afecto de un padre hacia aquellas mentes disolutas y perdidas y no echaba mano del cuchillo medicinal para ir hasta el fondo de las heridas que se habían producido. Muestra que se deben cortar las capas más profundas de los males y que es saludable que la herida se exponga a una valiente operación quirúrgica no fuera a ser que, al abstenerse la mano del médico —por falta de una verdadera

225 *Salmo* 75, 6.

piedad— de cortar la carne corrompida, precisamente la ausencia del bisturí provoque la muerte. En efecto, cuando una mano diestra no se ocupa de los enfermos, mata a aquellos que debía curar y no existe una gran diferencia entre producir la muerte y permitirla. Y quien, pudiendo, no libra de la muerte a los débiles, se la inflige. Así pues abrió la puerta de su boca contra los tales, con estas palabras:

«*Tú que juzgas, seas quien seas, te condenas a ti mismo,* 122
en aquello en lo que juzgas a otro: pues tú, que te eriges en juez, haces lo mismo. Pues sabemos que el juicio de Dios, respecto a quienes hacen tales cosas, es según verdad, y también: *dichoso el que no juzga; en eso, se aprueba a sí mismo*[226]. Pues, ¿qué tipo de lógica es ésta, que el que roba predique que no hay que robar, revistiendo así la impúdica frente de su
vergüenza con la coartada de una acusación a los demás? Na- 123
die desempeña con justicia el papel de corregidor, sólo quien condena los errores con su conducta y demuestra con su comportamiento que ama la virtud. Porque es típico incluso de los publicanos el condenar de palabra los vicios que son afines a sus costumbres y castigar, sirviéndose vergonzosamente de la lengua, aquello que en realidad aman; como si no fuera un tipo de exceso —y de los mayores—, el mostrar afecto con los labios a algo que desprecias con la razón y vestir con la miel de la palabra lo que en realidad son vicios del alma.

«Os hablo así, como si vosotros tuvierais pudor, vergüen- 124
za, hermosura, amor o algo que os diera derecho a acusar a vuestro maestro y a dirigir contra el elegido los mordiscos de vuestra repugnante boca, a pesar de que ya, previendo el futuro, os había advertido a voz en grito en la epístola dirigida a vosotros: *¿Quién levantará una acusación contra los elegidos de Dios? Dios es quien justifica: ¿quién es el que condena?*, y de nuevo: *Oh tú, hombre que juzgas a los que hacen tales*

[226] *Romanos* 2, 1-2; 14, 22.

cosas y las haces, ¿piensas que escaparás al juicio de Dios? ¿Es que desprecias el tesoro de su bondad, de su paciencia,
125 *de su magnanimidad?* Acusáis de maldad, vosotros que estáis *llenos de iniquidad, fornicación, avaricia, maldad, envidia, homicidios, condenación, engaño, malignidad; soberbios, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a vuestros padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados*[227]. Enseñáis que nadie debe tener trato con fornicadores, vosotros, que sois secuaces o predecesores del adúltero Lorenzo[228], por culpa de quienes él sacó a relucir los venenos que tenía dentro o recibió los que más tarde mostró al difundirlos.

126 «Tras esta lacra de vuestra comunión seductora y esta peste execrable que habéis difundido en todo el mundo, acusáis a los sacerdotes de Dios como si estuvieran incorporados[229] a una unidad pasada de moda. Pensáis que son culpables quienes han entrado a formar parte de una unidad, sin que hayan tenido que ser convencidos por ningún testigo, y vosotros seguís a un hombre que ha sido traspasado, no voy a decir por la pluma, sino por la espada de toda la comunidad
127 eclesiástica. Para vosotros, lo que es lícito, no lo es y lo que no lo es, lo es. *Lo mismo que Yannes y Mambres se opusieron a la verdad, así también vosotros, hombres de mente pervertida, traidores a la fe, temerarios, envanecidos, más amantes del placer que de Dios, que guardan ciertos formalismos de la piedad, pero han renegado de su verdadera esencia*[230]. ¡Oh, violencia de un dolor profundo, que no puede expresar

[227] *Romanos* 8, 33; 2, 3-4; 1, 29-31.

[228] No se trata del obispo de Milán —nn. 77 y 125—, sino del antagonista del papa Símaco.

[229] Me aparto en este punto de la lectura de MGH *conparatos* «equiparados a», para seguir la de CSEL *corporatos*, que, aparte de ser la del manuscrito Trecense, es la más próxima a *conporatos* del de Bruselas.

[230] II *Timoteo* 3, 8 y 4. Para Yannes y Mambres, que se opusieron a Moisés, véase *Éxodo* 8, 7.

lo que ha concebido, que estrangula la urgencia imperiosa de hablar, inoculada en lo mas profundo de las entrañas! No os diré nada más: lo que resta de mi discurso, lo suplirán mis lamentos».

Después de todo esto, si la cura a manos de los médicos 128
os hace enfermar y ninguna otra esperanza de salvación os aparta de lo que habéis emprendido, al menos mirad a vuestra ciudad, cabeza del mundo. Tras los apóstoles, sus defensores, ella misma os increpa llorando; que ella también os empuje y, para el caso de que os quede algo de piedad, comienza su discurso, suplicándoos[231]:

«Heme aquí ante vuestras miradas, yo, a quien bendijeron 129
con el resplandor de una nueva luz los templos del Dios supremo, después de que hube repudiado los cultos paganos; yo, a quien, tras los altares sórdidos y ensuciados por la abundante peste de animales, ha purificado de los líquidos de las víctimas la efusión de la sangre del Señor y los apóstoles; yo, a quien la salud, recuperada después de largo tiempo de fiebres, ha hecho despreciar las ceremonias supersticiosas; yo, a quien una sola oblación liberó de las demás víctimas; yo, que adquirí la paz de Cristo por medio de la enemistad con los dioses; yo, que en otro tiempo apenas conté con más número de ofrendas que de
divinidades; yo, a quien el culto a los ídolos había convertido 130
en mendiga de una gran variedad de devociones; yo, a quien oprimía la necesidad, aun pidiendo continuamente favores a los dioses; yo, que, madre infecunda de una numerosa estirpe, envié al infierno a los Curios[232], Torcuatos, Camilos y demás (a los que la Iglesia no regeneró), mientras yo, malparida, me

[231] Esta personificación de Roma es propia de los panegíricos. El propio Ennodio la ha practicado en el de Teodorico: n. 48. Lo nuevo en este contexto es que no se presenta como la diosa, reina y cabeza del mundo, sino como la sede central de la Iglesia, preocupada por la unidad de la fe católica.

[232] Los citados a continuación son otros tantos nombres de familias romanas ilustres.

marchité en mis exhaustas vísceras. En efecto, la salvación de la patria no redimió a los Fabios y la gloria, conseguida con tanto esfuerzo, no aprovechó para nada a los Decios.

131 «Sin la fe, un comportamiento inocente es depravado. Escipión, escrupuloso observador de la justicia, está junto a los criminales, porque no conoció a Cristo. Querría describir toda mi infancia con la pluma, si lo soportara el pecho de la que ha quedado sin hijos. Pero todo el que vuelve a pasar revista a las cosas lamentables ya ocurridas, parece que auspicia tiempos de lágrimas. No puede creerse que uno odia aquellas cosas, cuya evocación no le hiere: el que conserva el rostro seco al hablar de los funerales de sus hijos es acusado con ra-
132 zón de dar testimonio de crueldad. Los famosos siglos sucesivos trajeron más lamentos por lo que se perdió que alegrías por sus logros. Pasemos revista sin embargo a los éxitos en que se han cambiado todas esas calamidades. He aquí que en aquel santuario de la libertad ya no se encuentra nada que rinda servicio a los cultos a los ídolos: he aquí que la corona de los honores, el genio tutelar del mundo, la flor romana, que durante siglos fue venerada, huella ahora unos altares que había considerado llenos de santidad; he aquí que ahora mi senado está destinado al cielo, es alabado, venerado y no puedo decir que haya perdido mi estirpe, tras haber recibido la gracia del bautismo, aunque me haya sido arrebatada como por una muerte repentina.

133 «El Rey Supremo ha acogido a muchos de los detentadores de dignidades consulares y cargos forenses, sin por eso haberles privado de su prestigio y dignidad. Apenas ya el boato de un triunfo terreno se gana el favor de Dios ni ayuda a obtener la gracia de Cristo vuestro esfuerzo por ser venerables para el mundo[233]. Mentiría si no dijera que las multitudes de

---

233 F. MAGANI —II 116-117— interpreta estas frases en clave cristiana, que es la que recogemos en la traducción. E. WIRBELAUER, sin embargo,

pobres esperan la llegada de vuestro consulado para alivio de sus miserias. Porque vuestra púrpura, por cuya nobleza será conocido el año, expulsa el frío de los miserables con la generosidad de los vestidos que les proporcionáis. De nuevo 134
se apresta ya el boato de vuestras festividades a proporcionar socorro a los necesitados y, depuesta la antigua infidelidad, con tales preparativos los gastos del dinero público se convierten en una ocasión de ganar a las almas. He aquí[234] que ahora casas humildes envían candidatos para la silla gestatoria[235] de la confesión apostólica y, una vez que la alegría ha enjugado las copiosas lágrimas, se multiplican los dones recibidos por la bondad de Dios.

«¿Quién —en un momento en el que damos nuestro pe- 135
cho a hijos valiosísimos; en un momento en el que la madre

---

aportando datos históricos, piensa que en los párrafos que siguen Ennodio, por boca de Roma, expresa su temor ante el próximo consulado. Se trataría de un partidario de Lorenzo, con el que se prolongarían sus sufrimientos. Según su interpretación, habría que entender: «Me engañaría si la miserable constelación del consulado de uno de los vuestros no anuncia su llegada en forma de un recrudecimiento de desgracias. En efecto, un magistrado vuestro, que dará su nombre al año para la posteridad, trae en medio de la fastuosidad de sus vestidos, un frío que amenaza con despojar a los que ya somos desgraciados. Ya casi de nuevo lo suntuoso de las celebraciones acarrea consigo el aumento de los males y, aunque se haya abandonado el paganismo antiguo, los dispendios del tesoro público que se hacen en una preparación tal se convierten en un reclutamiento de almas para su partido».

[234] En el caso de que se adoptara la interpretación de E. WIRBELAUER, esta frase constataría, en medio del vaticinio de desgracias ante el panorama del nuevo consulado, que hay también indicios de que Dios envía sus dones a la Iglesia. De todos modos se trata de un pasaje corrupto en los manuscritos. CSEL reproduce la versión que da la mayoría, mientras MGH —cuya versión seguimos en la traducción— hace una conjetura. Ambas ediciones se apartan del códice de Bruselas.

[235] La expresión *gestatoria sella* es una metonimia para indicar el cargo de Sumo Pontífice. Se trata de un símbolo de la dignidad papal que se ha utilizado desde tiempo inmemorial hasta el papado de Pío XII.

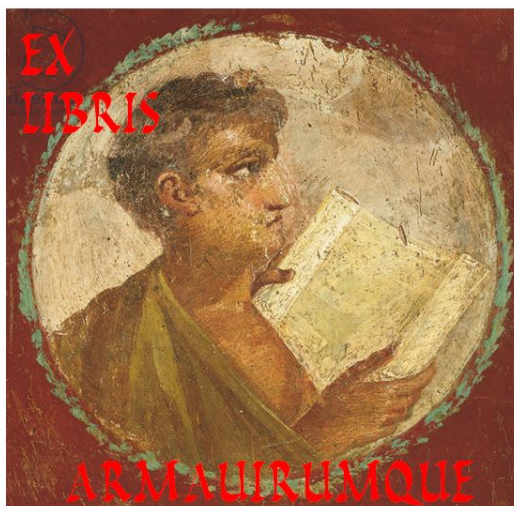
eterna de nuevo dispuesta para el parto recibe a nuestros hijos (una madre cuyo seno, tras el primer alumbramiento, se llena de nuevo con fetos maduros, una madre que, regenerando a mis hijos, me endulza el haber sido yo quien ha parido; una madre que hace deponer la decrepitud a quienes a ella acuden y volver a los principios de la vida a quienes se habían separado)—, quién, repito, en un momento tal me trasforma
136 esta felicidad en un conflicto? ¿Quién, mediante una discordia tramada por una mente viperina, provoca que me vea privada de las bendiciones de un siglo de oro? ¿Quién inspira a escondidas un ocaso a mi renovación y da alas a mis enemigos bajo la apariencia de una actitud contemporizadora? En tal actitud no reconozco una prosapia ilustre. Y si es verdad que entre los senadores hay algunos a quienes los vaivenes de esta tempestad han asociado a los malvados, se manchan al
137 participar en los desmanes cometidos por otros. El esplendor de la sangre, aunque incurra en una participación en el crimen, no sabe prestarse a ser guía de pecadores. Quizás uno tenga la culpa de haber descuidado la prudencia, pero no hay para él un castigo suficiente por llegar a ser cabecilla de los errores. Con una cierta vergüenza se une a unos delincuentes quien está llamado a debates de envergadura[236]: no merece la desesperación del perdido aquél en quien se encuentra tan sólo una credulidad frívola.

138 «Pero detrás de todo esto os reconozco más bien a vosotros, hijos de la calle, cuya vileza de nacimiento ha engendrado los hábitos que le son propios; vosotros, para quienes la degeneración es un timbre de gloria; vosotros, que en nombre de la religión, a la que habéis traicionado, gozáis de impunidad para vuestros vicios; vosotros, cuyos labios nunca han

---

[236] También podría interpretarse: «quien se siente interpelado por litigios ya antiguos». Estas últimas frases contienen una alusión personal a Festo, el patrono civil de los partidarios de Lorenzo.

gustado ni el sabor del honor ni el de la paz; vosotros, que violáis todo tipo de derecho, obedeciendo a vuestro origen; vosotros, a quienes la actual controversia ha mostrado de qué cuevas y profundidades habéis salido. ¿Quién supo quiénes 139
erais, antes de que se produjera esta intriga? Largo tiempo fomentasteis el secreto en el que os había ocultado la noche de vuestra cuna. Volved más bien a la oscuridad, vuestra amiga. A nosotros, dejadnos la luz serena del día. Conceded concordia a la Iglesia, bien con vuestra desaparición, bien con vuestro arrepentimiento. Si, a pesar de todo, queréis ser contados entre mi espléndido linaje, lo reconoceré por la enmienda de vuestros actos».



OPÚSCULO III
(80)

Vida de san Epifanio, obispo de la iglesia ticinesa

RESUMEN

Después de un proemio muy elaborado (1-6), se menciona el lugar de nacimiento, la nobleza de su origen familiar y se narra el milagro que llevó a sus padres a destinar el hijo a la Iglesia: por eso ya a los ocho años fue *lector* y más tarde *exceptor*, a las órdenes del obispo Crispino (7-9). Sigue una enumeración de las virtudes del joven (10-12), una larga descripción de su aspecto físico (13-16) y la alabanza de su forma de hablar (17).

Con sólo dieciocho años Epifanio recibe el subdiaconado y dos años después el diaconado (18-20). Antes de desempeñar este cargo da pruebas de su mansedumbre en una disputa con un tal Burcón (21-25). Durante el diaconado lleva una vida activa y ascética a la vez, como administrador de los bienes de la iglesia de Pavía y árbitro en las cuestiones que se plantean y le encarga su obispo (26-35). El mismo Crispino, a punto de morir, recomienda a los nobles milaneses que elijan como su sucesor al diácono, que a la sazón tiene veintiocho años (36-39).

La ordenación episcopal de Epifanio tiene lugar en Milán, con gran participación del pueblo (40-42). De vuelta a Pavía, el nuevo obispo dirige al clero local un discurso que le acarrea estima y afec-

to (43-46); al mismo tiempo, se impone a sí mismo reglas de vida rigurosas y continúa su obra de mediador, sobre todo a favor de los pobres (47-50).

A partir de este punto comienza la parte más interesante de la vida, desde el punto de vista histórico, que consiste, salvo breves paréntesis, en una larga sucesión de embajadas: en 471, por consejo de la nobleza de la Liguria, Ricimer le encarga un viaje a Roma para conseguir la paz con el emperador Antemio, objetivo que logra y le procura el reconocimiento de los milaneses (51-75).

Tras una breve digresión, dedicada a la hermana de Epifanio, Honorata, (76-78) y una poco clara referencia a su mediación con el emperador Glicerio (79), se abre el capítulo de su viaje de 475, como embajador de Julio Nepote a Tolosa, la corte de Eurico. En el viaje de vuelta de esta misión, también coronada por el éxito, el obispo visita Lerins (80-94).

Sigue la dramática descripción de la guerra entre Orestes, que se había refugiado en Pavía, y Odoacro, cuyas tropas conquistan y saquean la ciudad: el obispo se empeña en la labor de rescate de prisioneros y en la reconstrucción de las iglesias destruidas, en cuanto vuelve la paz (95-104). En ese tiempo hace sus primeros milagros: salva de un accidente a los obreros que se ocupan de los trabajos de reconstrucción y realiza también exorcismos (105).

A continuación, interviene repetidas veces ante Odoacro, de una parte denunciando la arbitrariedad de su *praefectus praetorio* y de otra obteniendo exenciones fiscales (106-108). A la llegada del rey ostrogodo Teodorico a Milán, Epifanio corre a rendirle homenaje. El rey reconoce enseguida sus dotes (109-110) y, después de la traición de Tufa, decide hacerse fuerte en Pavía. Durante el tiempo del asedio, Epifanio da una vez más muestras de sus dotes como intermediario entre los contendientes y alivia la situación de los prisioneros (111-117). También respetan al santo los rugos, que ocupan la ciudad al retirarse los godos (118-119). Acabada la guerra, el obispo se ocupa de la repoblación de Pavía (120-121) y, junto con Lorenzo, obispo de Milán, se dirige a Rávena, la capital del reino ostrogodo de Teodorico, para pedirle la derogación de las medidas tomadas contra los partidarios de su rival Odoacro (122-135). El rey no se limita a atender las súplicas de Epifanio, sino que le propone

que actúe de mediador entre él y Gundobado, rey de los burgundios, para conseguir el rescate de los habitantes de la Liguria que éste había tomado prisioneros (136-146). Junto con Víctor, obispo de Turín, Epifanio viaja a Lyon, donde obtiene la liberación sin rescate de muchos cautivos (147-174); con igual fortuna acude también a Ginebra (175).

La vuelta a Italia es triunfal y la benevolencia divina se manifiesta con otro milagro de Epifanio sobre un alma poseída por el demonio (176-177). Además, sin necesidad de desplazarse personalmente a Rávena, consigue que Teodorico devuelva sus propiedades a los prisioneros (178-181); dos años después, a ruegos de sus fieles, debe hacer otro viaje a la corte y el rey le concede otras ventajas fiscales (182-189). En el camino de vuelta enferma Epifanio y muere poco después de haber entrado en la ciudad de Pavía (190-195). A la descripción de sus funerales (196-197), sigue la exhortación final de consuelo y el ruego de Ennodio al santo para que le proteja (198-199).

Aunque[237] una doble obligación me impulsa a emprender 1
esta tarea y se me ha impuesto una obra para mí no exenta de dificultades ni libre de críticas malévolas, en la que una doble cautela estilística de un lado exige riqueza de ingenio y de otro impone un freno a los más ricos en recursos lingüísticos...[238] Pero los personajes más eminentes —tenidos por tales por la hueca vanidad de este mundo— juzgarán desagradables am-

[237] La obra comienza con un anacoluto, es decir con una ruptura en la construcción gramatical: el «aunque» queda en el aire. En su edición, M. Cesa supera esa dificultad ignorando en la traducción el *Quamuis* inicial. En cualquier caso, el sentido de la frase es claro: Ennodio se siente en la obligación —moral y afectiva— de emprender la tarea de narrar la vida de Epifanio, a pesar de ser consciente de las dificultades de esa tarea.

[238] La primera de esas dificultades es de estilo. Éste debe estar a la altura de los hechos que se describen y evitar tanto la pobreza —*inopia*— como la pomposidad —*uana inflatio*— en la expresión.

bas soluciones: ya sea el intento de ensalzarlas con alabanzas demasiado pomposas, ya sea el mantenerse —por pobreza en el lenguaje— por debajo del límite exigido por sus proezas.
2 Porque así como en los elogios es vergonzoso inventarse méritos que ni siquiera la persona de quien se habla reconoce como propios, del mismo modo resulta ofensivo y deplorable pasar en silencio aquello que una narración sincera podría resaltar. En efecto, los buenos comportamientos de nuestros mayores tienen para nosotros un valor proporcionado a la habilidad de
3 quienes los han relatado. En verdad, todo lo que un escritor pobre de palabras se ha propuesto exponer, o se pierde o llega a la posteridad atenuado, mientras que un elogio excesivo y que va más allá de lo justo, quita a la verdadera gloria tanto como ha añadido de falsedad. Incluso ocurre a veces que, al faltar la credibilidad, la acumulación de elogios disminuye el valor de las acciones de muchos, y queda sin ningún efecto una narración que se alimenta de mentiras, del mismo modo que es inapropiada, e incluso digna de compasión, aquella que se queda por debajo del límite justo[239].

4 Así pues, al disponerme a narrar la vida del insigne Epifanio, obispo de Pavía, invoco al Espíritu Santo, testigo y compañero de sus acciones, a fin de que, con su ayuda, pueda yo confiar a páginas que perduren por los siglos la gloria de la conciencia limpísima, que le fue concedida por el mismo

[239] La solución al problema del estilo es pues para Ennodio el contenido, atenerse a la verdad de los hechos que se narran. Las hazañas de Epifanio son tan espléndidas que no necesitan ningún artificio retórico. P. Krafft parafrasea este pasaje, como sigue: «Todo lo que se pone a explicar un orador sin elocuencia, o se pierde o no resta sino muy atenuado y así un elogio tal, no siendo excesivamente generoso hacia el héroe que no lo ha merecido, quita a su gloria tanto como lo ocasiona su falta de elocuencia. Por el contrario, el elogio vacuo, lleno de amplificaciones retóricas, deja en sombra a menudo los hechos no menos admirables de muchos otros héroes». Véase P. Krafft, «Note ennodienne», pág. 196.

Espíritu, de modo que su fama sea imperecedera y ofrezca un
ejemplo de virtud. En esta tarea no me sentiré obligado por 5
las reglas estrictas de la elocuencia, por lo cual me limitaré a
exponer por orden, sin embellecerlos, sus hechos meritorios.
Sin embargo, ninguna de sus acciones la encontraré tan banal
o humilde que me sienta en el deber de sublimarla con la
obligada ampulosidad de un lenguaje brillante, como le pasa
a la mayoría. Citaré como testigos a sus obras, que aún hoy 6
día conservan su calor y mostraré sus trofeos que aún humean,
así como los adornos de los vestidos arrancados al demonio.
Pues nadie recuerda las acciones que están a la vista de todos
y son demasiado conocidas, sino el que es consciente de su
autenticidad, de modo que yo hablaré a personas que han visto
con sus propios ojos y trataré de evitar, en cuanto soy cons-
ciente de mi propia desvergüenza, arriesgarme en cualquier
momento a decir algo falso.

El susodicho insigne Epifanio, al nacer, tuvo Pavía por 7
patria. Quien le engendró fue su padre Mauro y quien le dio
a luz su madre Focaria: entrambos descendían de la más pura
nobleza. La madre estaba emparentada con el santo confesor[240]
y obispo Mirocles. Pero, ¿para qué voy a evocar la excelente
parentela de aquellos, cuyo linaje y familia han venido a ser

[240] Desde el s. III (CIPRIANO, CLEMENTE DE ALEJANDRÍA) se encuentra en la literatura cristiana la equivalencia en el uso del título confesor, tanto para un mártir, como para quien se ha mantenido fiel a la fe por su vida ascética o por su lucha contra las herejías, a favor de la ortodoxia. De Mirocles se sabe que fue el sexto obispo de Milán, comenzó su pontificado en 304 y participó en los concilios de Roma (313) y Arles (314). Esta es la única noticia que se tiene de su parentesco con Focaria. T. MOMMSEN —*Hermes* 24 (1889), 153-154— puso en duda la nobleza de origen de ambos padres de Epifanio. Para él, Mauro habría sido un soldado de origen moro y la madre, una mujer que convivía con él. Como se sabe, era frecuente que los siervos recibieran un apelativo —*cognomen* —de acuerdo con el oficio que desempeñaban. Esta interpretación no tiene naturalmente nada que ver con la nobleza de origen que pondera Ennodio y en la que abunda en P I 9, 68. Quizás en esta

8 ilustres por el hijo[241]? Éste comenzó el aprendizaje de la milicia celeste bajo su predecesor, el obispo Crispino —hombre en sumo grado íntegro— y desempeñó el encargo de lector eclesiástico a los ocho años a consecuencia de una señal del cielo[242]. En efecto, cuando aún estaba entre los sonajeros de una infancia alimentada al pecho de la madre, muchos vieron que su cuna resplandecía con luz divina, como si esta luz, iluminándolo de un modo profético, mostrase la futura luminosidad de su ingenio y ya entonces aquel fulgor simbólico fuera una señal del esplendor de sus virtudes[243].

9 Una vez aprendidas con prontitud las abreviaciones de la escritura y los diferentes signos estenográficos para significar muchas palabras, y admitido en el grupo de los escribanos, se distinguió y comenzó a copiar al dictado con una habilidad tal que podía ejercer este oficio sin desaprobación de los ex-
10 pertos[244]. Y así, con el trascurso del tiempo y su aplicación,

---

descripción del linaje de Epifanio estamos simplemente ante un tópico de la literatura encomiástica.

[241] La idea de que la persona biografiada ennoblece a todo el linaje es otro *tópos* habitual en los panegíricos: véase, por ejemplo, PLINIO, *Panegírico* 89, 92; CLAUDIANO, *Poemas* 1, 61; SIDONIO APOLINAR, *Poemas* 7, 161-162.

[242] Crispino fue obispo de Pavía, durante los años en que Atila asoló Europa, y participó en el concilio de Milán, de 451. Es frecuente encontrar términos militares —*militia, tirocinium*— para designar las diferentes etapas en la formación de los hombres de Iglesia, incluso en documentos papales como las Decretales del s. V. En cuanto a la señal del cielo, está descrita con más profusión en el discurso que Ennodio compuso con ocasión del cumpleaños de Epifanio en el año treinta de su sacerdocio: P I 9, 99-106. Se trata de un elemento que aparece muy pronto en la literatura latina. Véase, por ejemplo, CICERÓN, *De la adivinación* 1, 53, 121; PLINIO, *Historia natural* 2, 241; TITO LIVIO, 1 39; SIDONIO APOLINAR, *Poemas* 2, 102.

[243] Se ha puesto de relieve, con razón, el mínimo papel que desempeñan los milagros en esta biografía, en contraste con lo habitual en el género. En efecto, encontramos en total, aparte de ésta, sólo otras cinco alusiones a ese tipo de sucesos: nn. 94, 103, 105, 177, 196.

llegó por gracia divina a los dieciséis años, y en esa edad juvenil maduraba ideas dignas de un anciano. En él florecía como en ningún otro la virtud de la modestia, madre de las buenas obras[245]. Servía a su obispo tan de buen grado, que si algún otro llevaba a cabo una tarea cualquiera, él sufría como si se le hubiese privado de una ocasión de servir. Acogía
con respeto a los ancianos, con afabilidad a los jóvenes y ya 11
desde entonces sabía dominar con valentía a los prepotentes. Sometido a sus superiores, obedecía a los ancianos que le imponían encargos saludables a su alma, con sus iguales era dulce y educado, con los inferiores disponible y amable; no se imponía a nadie, aunque superaba a todos en el camino espiritual de la perfección divina; estaba desprendido del deseo de alabanza, por más que, de día en día, aumentaban en
él las dotes dignas de elogio. Y, aunque realizaba en todo 12
momento acciones dignas del cielo, pensaba que el fruto y la recompensa de la gloria se habrían perdido si los hombres hubiesen hecho público aquello que él mostraba, en secreto, sólo a Dios. En resumen, recordando las palabras santas del apóstol y rechazando las adulaciones, se alegraba en lo más profundo de su ser cuando su conciencia le decía que había realizado una buena obra[246].

Pienso que debo aludir, al menos de pasada, al hecho 13
de que en él el esplendor de la belleza física reflejaba la del alma[247]. Sin él desearlo, la perfección de su aspecto resplande-

---

[244] Es posible que se trate de dos tipos diferentes de taquigrafía: una silábica y otra que recogía con cada signo una palabra. Los escribanos eran designados con los términos *notarii* o *exceptores*, que es la palabra que Ennodio utiliza aquí, y pertenecían ya al clero.

[245] La misma expresión se encuentra en M 6, 5.

[246] Recoge con estas palabras el pensamiento de II *Corintios* 1, 12.

[247] El capítulo de la descripción física, que en M 1 va al final de la obra —n. 89—, aquí se sitúa al principio. En ambos casos, el objetivo es el mismo: muestra que el aspecto exterior es reflejo de las cualidades del alma.

cía de tal modo que no podía ser anulada por más que lo intentara con todas sus fuerzas. Sus mejillas sonreían, aún cuando el ánimo estuviera triste, sus labios bien trazados hacían dos veces agradable la dulzura de su discurso y adondequiera que volviera sus ojos, su mirada revelaba la serenidad del alma.
14 Su frente tenía la belleza y el blanco brillo de la cera, que, expuesta a los rayos del sol, toma del cielo su color. La nariz era tan hermosa por naturaleza que ningún pintor habría sido capaz de reproducirla. Manos delicadas, de largos dedos, de los que incluso un extranjero desearía recibir algo; su estatura era alta, manteniéndose en los límites de una altura proporcionada, prefigurando en el físico la eminencia de la dignidad que la acompañaba.

15 Mas ningún lector malicioso me reproche que no es oportuno mencionar la belleza del cuerpo en un personaje de virtudes tan grandes: en efecto, en los libros que constituyen la base antigua de los preceptos divinos está escrito que el cuerpo de los sacerdotes debe ser examinado con cuidadosa atención, para que no suceda que se encuentren en ellos enfermedades o deformaciones, miembros demasiado grandes o demasiado pequeños, para que una piel llena de manchas no les haga desagradables a la vista, ni una fractura de la mano o del pie o una giba hagan indigno del altar al que preside el culto[248]. Además, el mismo doctor de las gentes y vaso de elección proclama que debe desempeñar tal oficio un hombre privado de defectos, refiriéndose, en mi opinión, no sólo a la
16 pureza de alma sino también a la del cuerpo[249]. Sobre todo,

[248] Esas indicaciones precisas sobre la integridad física de los sacerdotes las da Dios mismo a Aarón a través de Moisés: *Levítico* 21, 16-23.

[249] Esta interpretación de Ennodio no responde textualmente a ningún pasaje de las cartas de san Pablo. Tanto en la primera a Timoteo (3, 10), como en la dirigida a Tito (1, 7), el apóstol de las gentes dice que en los candidatos a sacerdotes se deben evitar lacras morales —*crimina*— y sobre todo se debe atender a sus virtudes. Así interpreta esos textos la exégesis bíblica.

Aquél que exige mantener alejados de las ofrendas de sacrificios a los deformes y a los débiles, acoge benignamente a cuantos le son gratos en cualquier modo, sobre todo a aquel cuyo esplendor de alma supera el del cuerpo, sin que esta belleza física, don de la naturaleza, reciba cualquier tipo de ayuda artificial.

Tras haber aludido brevemente a lo que era oportuno no 17
omitir, de manera que el gran personaje quedara presentado también en su aspecto físico a quien no conoce sus obras, pasaré a las cualidades que se presentan dignas de no pequeña alabanza y que se narran siempre a propósito de los siervos de nuestro Dios. Su manera de hablar era conforme a su doctrina y estaba compuesta para agradar. Para aquel entonces era ya habilísimo en interceder[250] por los demás, con autoridad para corregir, dulcísimo al exhortar con la gracia oportuna. La voz sonora dotada de un timbre de elegancia viril, sin ser dura ni rústica o quebrada y desprovista en algunos tonos de la solidez propia de un hombre[251]. Quien lo vio antes de empezar su carrera, creyó que había logrado ya todos los honores que habría de conseguir en lo sucesivo.

Con estas cualidades llegó a los dieciocho años, momento 18
en el que fue ordenado de subdiácono y, siendo un joven, se sumó a los gremios de los ancianos. Muchos se extrañaron,

---

Sin embargo, desde muy pronto se encuentran disposiciones legislativas que recomiendan atender también a las condiciones físicas: por ejemplo, las *Didascalia apostolorum* 2, 3, 1 del primer decenio del s. III y las *Constitutiones apostolorum* 8, 47, 77, del s. IV .

[250] A lo largo de la obra se suceden casos concretos en los que Epifanio intervino como intercesor, a la manera de los *patroni* laicos de la época. Por ahora se trata sólo de mediaciones de ámbito privado, pero cada vez van teniendo más envergadura política —nn. 32, 50, 79, 106-107, 123-130, 136-167, 182— y, como se verá más adelante, se acercan a la función de los santos intercesores en el cielo.

[251] Estas cualidades en la voz de los clérigos se encuentran en AMBROSIO, *De los deberes* I 84.

pero eran personas ajenas, que relacionaban sus costumbres con la falta de madurez propia de su edad[252]; quienes le conocían pensaban que ese cargo le había sido conferido con retraso.

19 Mas el venerable obispo Crispino, persona inasequible al favoritismo, que mantenía una constante postura de severidad y que podía ser inducido a prestar su apoyo sólo por una buena conciencia, le aprobaba en su interior con tanta más complacencia cuanto más daba muestras de reprenderlo con su mirada y bajo una severa apariencia alimentaba un secreto afecto por su discípulo. El padre se alegraba de la conducta irreprochable del alumno y se complacía en todas sus acciones.
20 Éste, en verdad, no permaneció en el grado del subdiaconado más de dos años[253]; salió, elevado por la excelencia de sus méritos, y su alma grande no soportó quedar encerrada por largo tiempo en los reducidos límites de un cargo poco importante. Su conciencia le impulsaba hacia la dignidad de diácono, que nunca había osado pedir en sus oraciones: su comportamiento imponía lo que sus aspiraciones ignoraban por completo.

21 Convendrá sin embargo mencionar un pequeño hecho sucedido hacia el final del período en que revistió el susodicho cargo. Se llama Sumias un campo situado en un lugar donde la impetuosa corriente del Pó corroe las orillas y el río, en su curso sinuoso, da a una lo que quita a la otra, de modo que la ruina de la primera se transforma en ganancia para la segunda.
22 Un tal Burcón[254] estaba desde tiempo atrás en litigio con

---

[252] Ennodio alude con esta expresión a la precocidad de Epifanio, de cuya edad cabía esperar un comportamiento aún no maduro para recibir las órdenes sagradas. Es el tópico del joven *(puer)*, maduro como un anciano *(senex)*.

[253] Lo habitual era que el subdiaconado durara cinco años.

[254] Según Sidonio Apolinar —*Poemas* 5, 378—, un general de Ricimer con este nombre derrotó a los alamanes en 457, cerca de Bellinzona. Se ha

los clérigos por los confines de aquella tierra y el aún joven Epifanio fue enviado a dirimir aquel pleito, que venía de largo y más viejo de cuanto uno se puede imaginar. Se escogió pues a uno que fuera capaz de afrontar con firmeza las acusaciones recibidas y moderar con madurez de juicio las que debían presentársele.

Pero la disputa, que es la madre de todos los delitos, tra- 23
jo consigo las habituales consecuencias: en efecto, a medida que la discusión se transformaba en riña, Burcón, siguiendo con vergonzoso asentimiento su maldad, cometió un enorme crimen sin ningún temor: en efecto, golpeó al santo varón con tanta violencia que de inmediato brotó la sangre. Pero éste, con gran dominio sobre sí mismo, reprimió la ira y, aunque había sido provocado, no se dejó arrastrar por el deseo de venganza. Al contrario, calmaba con palabras amables a quien le había golpeado, que estaba turbado y atónito.

De repente acudió Capraria, la madre de Burcón, diciendo 24
a gritos que era una desgraciada y que había perdido a su hijo por la atrocidad de lo que éste había hecho: se habría podido pensar que se desesperaba por la muerte del hijo, entregándose a las lamentaciones por las que se pierde la razón cuando muere una persona querida. La madre abrazaba entre gemidos los pies del santísimo joven y pedía perdón a quien jamás una violencia había impulsado a la ira. Éste por su parte trataba de evitar que la suplicante, con sus ruegos, levantara contra él más odio y le impidiera, aunque indigno, llevar la honrosa carga que le había sido impuesta.

Enseguida la ciudad se inquietó, los ánimos de todos los 25
cristianos se enfurecieron: se pedía a Burcón para ajusticiarlo

planteado la hipótesis de que se trate de este mismo personaje, pero también podría ser simplemente un terrateniente con ese nombre, de origen germánico. De todos modos, puede tratarse del mismo personaje, si se tiene en cuenta que Epifanio comenzó su episcopado a la muerte de Crispino, en 467.

y entre tanta gente permanecía tranquilo solamente aquel que había sido injuriado. El ilustre obispo se afligía, mientras el discípulo se alegraba por las heridas y las molestias que había sufrido. En efecto, intercedía por quien era tenido por enemigo suyo, de modo tal que no buscaba la gloria perdonando con arrogancia ni transgredía el mandamiento de Dios, recurriendo a la venganza.

26 Poco después cumplió veinte años y fue elevado a los honores del diaconado[255], cuando su rostro no estaba aún cubierto de barba. Y aquel hombre, que ya podía desempeñar el oficio de guía de cristianos, se sentía turbado al asumir este cargo. Precisamente él, a quien la ciudad entera miraba como si fuese un símbolo de salvación, evitaba por timidez las miradas de la gente.

27 Entretanto Crispino le entregó la administración de todos los bienes eclesiásticos y las riquezas a distribuir entre los pobres[256], queriendo conocer, antes de nombrarle, las cualidades de aquel a quien preparaba como obispo para el futuro. Y mientras raramente sucede que no se envidie a quienes se supone serán nuestros sucesores, este santo padre, en su amor

---

[255] El texto latino habla de *ínfulas*, que en el culto pagano eran una especie de tejido en forma de red, hecho con copos de lana blancos y escarlatas, unidos a distancias regulares por una cinta. Servían como señal de que determinadas personas estaban consagradas a una divinidad. Sacerdotes y sacerdotisas se cubrían la cabeza con ellas, que servían también de adorno para el testud de los animales destinados al sacrificio. Este ornamento no parece que fuera exclusivo de los diáconos católicos, sino también de los obispos —*infulae sacerdotales*: n. 42— y consistía en una especie de mitra, de más o menos altura según la dignidad, o una banda sagrada alrededor de la frente. Se insiste de nuevo en la precocidad del santo: la edad mínima estipulada para el diaconado eran los veinticinco años.

[256] Se trata pues de dos tipos de bienes que la Iglesia administra: el patrimonio, que sirve para sostener el culto y el clero de una parte, y de otra el destinado a atender las necesidades de los pobres. Cfr. F. MAGANI, III 118-119.

por Epifanio, consideraba una pérdida para sí mismo cualquier cualidad que no se manifestaba aún suficientemente: quería que en el joven algunas virtudes fueran parejas a las suyas y otras, superiores.

Y éste, con sus progresos diarios, superaba incluso las 28
aspiraciones formuladas en la oración por aquel padre sumamente exigente. Y verdaderamente era un padre para él porque, preñado de la simiente de la palabra divina, había engendrado a Epifanio, concebido a través del Evangelio[257]. ¿Qué podría yo decir de la honestidad de mi joven? La castidad había puesto su morada en él y la continencia había
fijado profundas raíces en su ánimo. No daba muestras de ser 29
varón, salvo en la forma de soportar los esfuerzos físicos; no era consciente de tener un cuerpo, salvo cuando se acordaba de que tendría que morir. Cuando el apetito carnal lo tentaba con sueños o visiones, como supe de sus labios[258], recurría inmediatamente con gran celo a santas vigilias, a prolongados ayunos, a tareas que exigían permanecer de pie largo tiempo. Y la mano guerrera del alma dominaba con sus luchas la carne, hasta tal punto que después era necesario acudir en ayuda de ésta.

Pero ni siquiera después de haber reanimado el cuerpo 30
se dedicaba al ocio: en vez de descansar se dedicaba a la lectura de libros piadosos, procurándose instrumentos de perfección, que no de entretenimiento. Repetía de memoria lo que había leído una sola vez y para no dar la impresión de que se había limitado a leer por encima las Escrituras sagradas ilustraba la
página leída con sus obras. Si había tenido entre sus manos un 31
profeta, daba la impresión de ver al lector profetizar, tras haber dejado de lado el códice. Si había releído los libros del Anti-

[257] Véase I *Corintios* 4, 15.

[258] El autor se introduce en el relato, como volverá a hacer más adelante, en n. 171.

guo Testamento avanzaba, digno imitador de Moisés, como si las turbas de Israel le siguieran a través del desierto. Si la Escritura le revelaba la leche de las palabras de los apóstoles y la miel de la Pasión del Señor, que dulcificó la severidad de la ley, inmediatamente fluían de su boca palabras más dulces que panales de miel. En resumen, su vida daba testimonio de lo que los libros le habían enseñado.

32 Administraba los bienes de la Iglesia de modo tal que no agotaba con profusión desmesurada las provisiones que le habían sido confiadas, pero tampoco provocaba el odio por una sórdida parquedad[259]. Ya entonces se preparaba para las luchas propias de las intercesiones: en efecto, doquiera que se le enviaba en ayuda de los desventurados por encargo del obispo, conseguía un buen resultado con tanta habilidad en la súplica que muchos consideraban que incluso la ausencia del
33 obispo les había sido favorable[260]. El afecto del pueblo hacia él aumentaba de día en día y el amor, fruto de la opinión pública, se acrecentaba a causa de sus grandes éxitos. Se deseaba que llegara a ser obispo, aunque nadie pidiera la muerte de quien le había educado. Sin embargo, el perfume de estas opiniones no le infló y consideraba que, para el provecho de su alma, bastaba con servir, manteniendo la estima de todos.

34 Mas cuando la vejez débil y siempre quejosa de sus males tomó posesión del venerable obispo Crispino, las manos de Epifanio eran las que le sostenían, el anciano se apoyaba en sus brazos para levantarse: él era su pie, su ojo, su mano derecha. Y gracias a sus servicios veía cumplidos todos sus deseos, aún antes de haber expresado una orden: en efecto, las mentes

---

259 En realidad, aunque traduzco «los bienes de la Iglesia», Ennodio habla del régimen de la *domus Ecclesiae*; la catedral y la casa del obispo constituyen una unidad.

260 Es decir, que la intervención del diácono les había sido más ventajosa que si hubiese acudido el obispo mismo.

nobles prevén la voluntad de aquellos a quienes sirven desinteresadamente. Así cumplió ocho años de diaconado, habiéndolos comenzado con veinte. En aquel tiempo, la situación de la iglesia de Pavía era verdaderamente floreciente con una buena cosecha de clérigos. Eran hombres de Dios aquellos a cuya cabeza iba éste, comenzando por la santidad.

Por entonces vivía el archidiácono Silvestre[261], hombre expertísimo en la enseñanza de las disciplinas antiguas; contemporáneo era también aquel hombre excepcional, el sacerdote Bonoso, noble tanto por la sangre como por su santidad, galo de origen pero ciudadano del cielo. Y había todavía otros, muchos y virtuosos; los menciono, porque merece poca alabanza quien supera solamente a gente miserable. 35

Hacia el final de su vida, que ya presentía en su espíritu, el santo obispo fue a la ciudad de Milán, donde la simiente de la nobleza había cuajado en una cosecha del más puro linaje. Habiéndolos buscado para visitarlos, el hombre de Dios les dirigió estas palabras: 36

«He aquí, hijos, que la edad me empuja a pasar a la otra vida. La tierra reclama sus derechos sobre esta pequeña parte que ha tenido en ella su origen[262]. Os encomiendo mi ciudad, mi iglesia y aquel a cuyos cuidados y a cuyo afecto debo el haber vivido hasta ahora, aunque viejo y débil. Su robustez física y su fuerza de ánimo han sostenido sin fastidio mi debilidad; con sus pies he caminado, con sus manos he podido sostener las cosas, con sus ojos he visto, con sus palabras he 37

---

[261] El archidiácono, título que se remonta al s. IV, tiene como función principal hacer que se cumplan las disposiciones del obispo y que éste a su vez ponga en práctica las del Papa. Cuando la sede está vacante puede sustituir al obispo y en muchos casos era su sucesor. Es la única noticia que se tiene tanto sobre Silvestre, como sobre Bonoso.

[262] La muerte se presenta como un paso —*transitus*— y como una vuelta a la tierra. Esta última descripción metafórica se encuentra ya en el Antiguo Testamento, por ejemplo, en *Génesis* 3, 19.

dado órdenes. Parecíamos dos a quien nos veía, pero la unión había hecho de nosotros una sola persona».

38 Estas palabras penetraron profundamente en el ánimo del ilustre Rusticio[263], que, experto en discursos de todo tipo, le replicó:

«Sabemos bien, Padre Santo, y hemos observado con profunda atención que este joven no debe ser juzgado según su edad poco madura y que la juventud no debe ser contada como obstáculo para las personas que son ponderadas. Pues un varón encomiable por la integridad de sus costumbres merece una doble alabanza si un cuerpo joven es el que le hace obedecer a los razonables mandamientos del alma. Mas tú, vive, vive como ejemplo y modelo de obras buenas y, si es posible, haz crecer en él frutos aún más ricos de comportamiento que nos iluminen».

39 Dicho esto, se calló. Mas aquel piadosísimo obispo, agradeciendo su benevolencia, porque coincidía con él en una estima pareja por su discípulo, tras saludarlo partió y se volvió a Pavía, como si se apresurara hacia el sepulcro. Y tras algunos días, enfermo de la dolencia real[264], cambió la luz de este mundo por la morada celestial.

40 Enseguida el consenso de todos los buenos cayó sobre Epifanio[265]; en toda la ciudad se produce una imprevista carrera en masa a su encuentro: es arrancado de los lamentos fúnebres a la alegría por un pueblo que desea consagrarle obispo. Él lloraba desconsoladamente por el dolor que le causaba

---

[263] La identidad de este personaje, que muy bien pudo ser quien dio a Ennodio la información, ha sido muy discutida. J. SIRMOND, G. HARTEL y F. MAGANI tienen opiniones diferentes a este respecto. El título de ilustre es el más sencillo dentro de la jerarquía oficial de la época: por encima están los eminentes *(spectabiles)* y los preclaros *(clarissimi)*.

[264] Así se denominaba —*morbus regalis*— a la ictericia.

[265] En el uso de estas palabras —*consensus*, otras veces *electio*— a propósito de elecciones episcopales, se observa la influencia del léxico político clásico.

la muerte de un padre, por quien la alegría de una multitud de todo tipo no permitía que fueran derramadas las debidas lágrimas. Oponía resistencia en cuanto le era posible y aseguraba que era indigno de imitar a los apóstoles. Pero tanto más aumentaba el amor de todos por él, cuanto más él solo, en medio de una muchedumbre tan grande, se empeñaba en declararse indigno.

Pero, ¿para qué voy a utilizar más palabras, si no estoy en 41
condiciones de narrar todo en detalle? Se sumó el empeño de las ciudades vecinas[266] y se reunió una multitud tan ingente, que parecía que se tratara de elegir al obispo de todo el orbe. Resistiéndose todavía, es conducido a Milán, mientras prometía grandes regalos si le dejaban irse; él que no había querido prometerlos pequeños, para que lo eligieran. Es consagrado en presencia de todos: el mundo exultaba ante la ordenación
de una persona tan santa. Los habitantes de las otras ciudades 42
se alegraban como si hubiera recibido los ornamentos episcopales para ayudarles a ellos. A otros habitantes de grandes ciudades les consumía una envidia devoradora porque la pequeña ciudad de Pavía había merecido un obispo tan grande, mientras que en sus respectivas diócesis tan sólo el título de metropolita daba lustre a sus obispos.

Pasado el día de su ordenación, Epifanio volvió a Pavía 43
y, convocados todos los sacerdotes y ministros del culto, les instruyó y confortó con estas palabras:

«Queridísimos hermanos, aunque dudando y en edad inmadura[267], he sido cargado con el peso de la dignidad que he

---

[266] Es posible que se refiera simplemente a los habitantes de las zonas rurales de la diócesis de Pavía o a los obispos de las ciudades vecinas (Lodi Vecchia, Vercelli, Novara). Lo normal era que el metropolitano milanés se trasladara a las sedes sufragáneas para conferir la ordenación episcopal.

[267] Epifanio debía de tener entonces veintiocho años, edad con la que no podía recibir ni siquiera el sacerdocio. Sin embargo, pasa directamente de diácono a obispo.

asumido y el de vuestra estima, tengo presente sin embargo que debo mucho a vuestra benevolencia por haberme confe-
44 rido un supremo honor. Y aunque habría preferido obedecer más que dar órdenes, con la carga he cambiado el papel de servidor, no la intención de serlo. Sed pacíficos, sed un solo corazón, compartid conmigo el cargo, pues resulta fácil de llevar el peso sostenido por muchos. Prometo conservar con toda humildad la comunión con vosotros y también que jamás nadie me podrá ofender, sino cuando ofenda a nuestro
45 Dios. Guardad la pureza, que da origen a buenas acciones y no consideréis una ofensa el hecho de que un joven os exhorte a vosotros, sacerdotes y ancianos, a conservar la castidad y la continencia: la juventud o la vejez las revelan, no los años, sino la conducta. Examinad con atención los aspectos más profundos de mi comportamiento y corregidme si apreciáis algo indigno. Aunque sea un guía de la Iglesia, nadie tema advertirme si demuestra que estoy en el error».

46 Después de haber hablado así, se calló. Todos se alzaron y a una voz, como si lo hubieran pensado antes, pero en realidad de un modo espontáneo, dijeron:

«¡Ea, padre prudentísimo, ea, pontífice inigualable! La unanimidad en tu elección ha probado que eres bueno, pero tus palabras dan prueba de que lo eres en sumo grado. Gracias a tus dotes de santidad te haces aún más digno de nuestro respeto y con el esplendor de tus obras te muestras superior a la estima en que ya te tenemos».

Dichas estas breves palabras se fueron tras haber recibido cada uno un encargo.

47 Inmediatamente el buen obispo se impuso a sí mismo las reglas a las que quería atenerse. Primeramente decidió no acudir a los baños públicos para que esos lugares, amigos de la sordidez moral, no empañaran el candor de su alma ni su fuerza interior. Después, su intención era no comer, pero para que la llegada de huéspedes no cuarteara su re-

solución y su reputación no fuese nublada por el velo de la vanagloria o por la fama de que era avaricioso, decidió en cambio no cenar nunca, de modo que la sucesión de las horas le llevase a comer una sola vez al día. Se obligó a sí 48
mismo a apreciar las comidas más desagradables y quiso que en los platos que se le servían ninguno excitara su olfato y su gusto, salvo lo que era cocinado con aromas. Se alimentaba de verduras y legumbres, pero nunca comía hasta saciarse. Bebía un poco de vino y tomaba alguna pequeña dosis para evitar la debilidad de estómago, recordando la advertencia del apóstol[268]. Juzgó que debía ir por delante de 49
todos, aún en caso de mal tiempo, de modo que el obispo, precediéndolos en el oficio divino, sirviera de ejemplo a los lectores en las vigilias religiosas. Y estableció que, una vez llegado al altar, ninguna necesidad lo alejaría de allí, hasta que hubiera acabado los ritos sagrados. Se impuso mantenerse derecho con los pies juntos hasta la conclusión del santo sacrificio, y así dejar las huellas de sus pies en el lugar en el que había permanecido y hacerse visible también para el que miraba desde lejos. Se propuso ocuparse tanto 50
de las mediaciones[269] que pensaba que él mismo infligía una ofensa a los pobres si había permitido por negligencia que alguno les ofendiese. Habituó a su cuerpo a soportar la fatiga durante el tiempo destinado al reposo, descansando sólo cuando era indispensable. Esta fue la praxis de vida o la regla de conducta que se propuso, llevó a la práctica, mantuvo y cumplió hasta el fondo.

---

[268] Véase I *Timoteo* 5, 23.

[269] La palabra utilizada —*intercessio*— va más allá de la actividad diplomática, a la que Epifanio dedicará una buena parte de su vida, para apuntar ya a la intercesión que se espera de los santos. Efectivamente se ha puesto de relieve que la figura personificada por el obispo en esta biografía tiene ya los rasgos de los santos patronos de las ciudades. Véase E. PIETRELLA, «La figura del santo-vescovo...», págs. 222-224.

51 Muy pronto, la fama[270], la cual, por más que se trate de acciones gloriosas, suele ser lenta, extendió por todo el mundo la noticia de su comportamiento santo y la llevó hasta los oídos de Ricimer[271], que por entonces gobernaba el estado en una posición sólo subordinada a la de Antemio. Pero mientras el emperador estaba en Roma, la envidia que divide a los gobernantes y la emulación en el poder, que es causa de confrontaciones, sembraron entre ellos simientes de discordia.
52 Surgieron tanto rencor y tan gran disensión entre ellos, que ambos se preparaban a hacerse la guerra y, aparte de que el origen de la animosidad era alimentado por motivos personales, la rivalidad era fomentada por los consejos de quienes estaban a su alrededor[272]. Vacilaba la situación de una Italia

[270] La fama, de φημί [φαμί, en dorio; *fari*, en latín], es el rumor público, que en la poesía pagana, ya desde Hesíodo, Virgilio y Ovidio, aparece como una diosa personificada. Es famoso el pasaje de la *Eneida* IV 173: *It fama per urbes*. En esta obra aparece repetidas veces: 59, 85, 149. Sin embargo, en Virgilio y en la Tópica clásica, la fama no es lenta, como dice Ennodio, sino que vuela; por eso se la representa con alas.

[271] Flavio Ricimer fue, durante el tercer cuarto del s. v, el hombre más poderoso del imperio romano occidental. Como hijo de un príncipe suevo y una princesa visigoda no podía llegar a ser emperador él mismo, pero obtuvo el título de patricio, general en jefe del ejército y la función de verdadero *Königsmacher*. Depuso a Avito (456), elevó al trono a Mayoriano (457) y cuatro años más tarde a Libio Severo (461). En 472 mató a Antemio, a quien el emperador de Oriente, León I, había nombrado su colega de Occidente, en 467. Ricimer mismo murió el 18 de agosto de 472.

[272] La rivalidad entre Antemio y Ricimer surgió a pesar de que una hija del primero, Alipia, se había casado con el segundo. Se enconó con el nombramiento del conde Marcelino, rival de Ricimer, como jefe de la expedición contra los vándalos en 467, y en 470 con la condena de Romano, *magister officiorum* de Antemio y amigo de Ricimer, por conspiración contra el emperador. A consecuencia de este episodio, Ricimer salió de Roma con un ejército de seis mil hombres y se acantonó en Milán con el propósito de iniciar una guerra civil. En este momento tiene lugar la escena que Ennodio narra a continuación, que debió de producirse en el primavera de 471.

en peligro, la cual estaba profundamente afligida por estos enfrentamientos, mientras la esperaban aún más pruebas en el futuro.

Mientras tanto, la nobleza de la Liguria[273] se reunió con 53 el patricio Ricimer, que entonces residía en Milán: éstos, de rodillas y postrados en el suelo, rogaban la paz entre los príncipes y pedían que cualquiera de las dos partes tuviera a bien ofrecer posibilidades de concordia para que entrambos dejaran de litigar. ¿Para qué decir más? Ricimer se aplaca y, llevado por el llanto de muchos de ellos, promete que restablecerá la paz. «Mas —dice— ¿quién asumirá el gravísimo peso de esta embajada?; ¿sobre quién caerá la responsabilidad de una carga tan enorme?; ¿quién podrá hacer volver en sí a un gálata[274] irritado y además, un príncipe? Porque siempre, el que no pone límites a su ira con la propia moderación natural, se exalta aún más cuando se le ruega».

A este punto respondieron todos a una voz: «Es suficiente 54 vuestro consentimiento a la paz. Nosotros tenemos a disposición un hombre, recientemente elegido obispo de Pavía, frente al cual incluso las fieras salvajes doblan el cuello y al que cualquiera le otorga el favor que ha venido a solicitar, aún antes de que lo pida[275]. Su aspecto refleja su conducta: cualquiera que sea católico romano le ama con toda certeza e incluso

[273] La Liguria, que recibe su nombre de un primitivo pueblo indogermánico anterior a los celtas y dominado por los romanos en los primeros decenios del s. II a. C., desde la época de Augusto es una región que comprende la costa NO. de Italia, en torno a Génova, bañada por el *mare Ligusticum*.

[274] No consta que Antemio, nacido en Constantinopla —cf. Sidonio Apolinar, *Poemas* 2, 30 ss.—, procediera de la Galacia. Este apelativo, posiblemente despectivo, como en n. 54 la palabra *graeculus*, alude simplemente a su origen oriental.

[275] Paulo Diácono, en su *Historia romana* XV 3, escribe: «Finalmente por esa época —se refiere al año en que fue muerto Aspar, es decir en 471—, surgió una gran discordia entre el emperador Antemio y su yerno el patricio Ricimer, que gobernaba la Liguria con residencia en Milán. Los reconcilió,

55 un griego, si es digno de llegar a verlo. Si pasamos a hablar de su elocuencia, jamás un encantador de Tesalia[276] fue tan hábil en atraer, con poderosos encantamientos y con la fuerza de sus palabras, serpientes venenosas, como éste es capaz de arrancar lo que pide incluso a quienes tienen la intención de negárselo. Cuando ha empezado a hablar, la opinión de quien le escucha depende de su voluntad; si se le permite pronunciar un alegato, quien estaba decidido a presentar argumentos en contra, pierde la facultad de hacerlo».

56 El patricio Ricimer responde así: «Hasta mí ha llegado la fama de este hombre lleno de gloria de quien habláis y yo le admiro particularmente por el hecho de que, mientras todos le alaban, su reciente elección no ha revelado la existencia de ningún adversario, por más que los tales abundan en análogas ocasiones a causa de la envidia. Id, pues, y rogad a este hombre de Dios[277] que se ponga en camino; añadid mis ruegos a los vuestros».

57 Salidos de la reunión, se dirigen inmediatamente a Pavía y exponen la situación. Llorando ruegan al beato Epifanio que acepte esta tarea y él, para no anular la buena acción obligando a sus hijos a rogarle insistentemente, se adelanta al deseo de los peticionarios, a quienes dirige estas palabras:

«Aunque la gravedad de un asunto de tanta importancia requiere el prestigio de un personaje rico en experiencia y el inexperto que con él carga se tambalea bajo el pesado fardo, sin embargo no negaré a mi patria el amor que le debo».

---

interponiéndose entre ambos, sobre todo Epifanio, obispo de Pavía, un varón de conspicua santidad».

[276] Tesalia es la región más septentrional de Grecia. Sus habitantes tenían fama de magos.

[277] Esta expresión, que ya aparece tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento —IV *Reyes* 1, 10. II *Timoteo* 3, 17—, y que en los primeros siglos se había utilizado para designar a todos los cristianos, se restringe a partir del s. IV a los eclesiásticos.

Tras haber hablado así brevemente, porque era parco en palabras, fue al patricio Ricimer, que lo eligió apenas lo hubo visto. 58

Aceptado pues el encargo de llevar la embajada, se dirigió a Roma. Dejo de lado, apresurándome hacia asuntos más importantes, la descripción de las molestias que soportó en el curso de este viaje y los actos dignos de alabanza que cumplió.
Apenas había traspuesto las puertas de dicha ciudad, la fama, 59
que lo había hecho célebre en su ausencia[278], comenzó a señalarlo con el dedo; todos volvieron de inmediato sus ojos hacia él y las gentes se quedaron atónitas porque su aspecto, testigo de su santidad, exigía que se le deparara una gran reverencia. Personajes poderosos de todo tipo se confesaban reos de culpas inexpiables, con sólo abrazar sus rodillas[279]. El clamor subía hasta el cielo: nadie le contaba entre los mortales porque en él tenían su sede los dones de la gracia celestial.

Se comunica al emperador Antemio la llegada como embajador de un obispo de la Liguria, cuyas alabanzas nadie estaba en condiciones de entonar, por más elocuente que fuera. Pero él (dijo): 60

«Ricimer recurre a la astucia, aún en sus embajadas: envía personajes que pueden vencer con súplicas a aquellos a quienes él ha provocado con sus ofensas. No obstante, traed a mi presencia a este hombre de Dios: si me pide cosas posibles, se las concederé; si son difíciles, le rogaré que se digne
aceptar mis excusas. En cualquier caso dudo de que Ricimer 61
pueda obtener de mí lo que pretende: sé que es intemperante en sus deseos y que no establece límites razonables al poner condiciones. Mas que venga el obispo enviado y me muestre su aspecto, que ya previamente me ha sido elogiado».

---

278 Cf. CICERÓN, *Pro Archia*, 4. En contra a lo que dijo en n. 51, aquí parece que la fama es rápida.

279 No se cuenta con otros testimonios de que existiera por entonces la praxis de la confesión pública de los pecados.

Los funcionarios de palacio salen[280]; en toda la ciudad el obispo oía decir: «Por favor, se te busca».

62 El obispo venerable y en todo momento digno de alabanza, tras haber entrado y obtenido permiso para hablar, si bien había eclipsado ya con su aspecto, que imponía respeto, las brillantes joyas y la púrpura, insignias de un poder efímero —efectivamente había atraído sobre sí la mirada de todos, como si el emperador estuviera ausente—, dio comienzo a su discurso con estas palabras:

63 «Oh emperador digno de respeto, por suprema providencia del Señor celestial ha sido dispuesto que aquel a quien se ha confiado el cuidado de un estado tan grande reconozca a Dios por creador y amante de la caridad, según el dogma de la fe católica. Gracias a Dios, las armas de la paz quiebran la locura de la guerra y la concordia, haciendo pedazos la soberbia, vence todo aquello que la fuerza es incapaz de superar. Así, fue su disposición a perdonar al enemigo, más que el deseo de venganza, lo que hizo a David digno de alabanza[281]. Así, los mejores reyes y soberanos de los pasados siglos aprendieron a ser misericordiosos para quienes suplicaban, según la enseñanza divina. Quien enaltece el propio reino con la misericor-
64 dia imita el modelo del reino celestial. Así pues, basándose en esta consideración, vuestra Italia y el patricio Ricimer han enviado mi insignificante persona a rogaros, suponiendo sin duda que un romano quiera hacer a Dios el regalo de la paz, aunque sea a ruegos de un bárbaro. En efecto, una victoria sin derramamiento de sangre será un triunfo que dará verdadero esplendor a los anales de vuestro reino. Al mismo tiempo, ignoro qué tipo de guerra puede ser más noble que el combatir

[280] Los *officia palatina* de quienes aquí se habla son los funcionarios que trabajan en palacio y están bajo las órdenes del *magister officiorum*.

[281] Sobre la actitud generosa de David respecto al rey Saúl, véase I *Reyes* 24, 5 ss. Ennodio vuelve a poner este ejemplo más adelante, en el discurso de Epifanio a Teodorico, n. 144.

contra la ira y gravar el pudor de un ferocísimo godo[282] a base de favores. En efecto, es herido más gravemente si obtiene lo que pide, uno que hasta el momento ha tenido vergüenza para suplicar. Hay que tener en cuenta finalmente que el éxito de 65
la lucha es incierto: en ella, sin embargo —en el caso de que las culpas de ambas partes llegaran a tanto—, vuestro reino se vería defraudado en todo aquello que perdieran ambas partes. En efecto, todo lo que está en poder de Ricimer está a salvo, mientras sea amigo, puesto que, siendo él patricio, lo poseéis también vos. Considerad igualmente que cuida bien la propia causa quien primero ha ofrecido la paz».

En este punto el admirable obispo terminó su discurso. 66
Entonces el emperador, alzando los ojos, se vio abandonado de los ojos de todos, porque estaban atraídos por aquel a quien él mismo no dejaba de admirar. Entonces, con un profundo suspiro, comenzó a hablar así:

«Santo obispo, los motivos de mi amargura con respecto 67
a Ricimer no pueden expresarse en palabras y no ha servido para nada haberlo honrado con mis mayores favores[283]. Incluso —y esto no puede decirse sin vergüenza para mi reino y para mi sangre —lo hemos acogido en nuestra propia familia, consintiendo, por amor al estado, en lo que parecía llegar hasta el odio a los nuestros: ¿cuál de mis predecesores, por amor a la paz común, puso la propia hija entre los presentes que era necesario dar a un godo cubierto de pieles[284]? Para salvar la sangre común no hemos querido tener piedad de 68
la nuestra. Mas ninguno piense que yo lo he hecho porque

[282] Como ya se ha dicho, la madre de Ricimer era una visigoda. Por tanto, el hijo es presentado como un godo: *geta*.

[283] Se trata, como explica a continuación, de la concesión en matrimonio a Ricimer de su hija Alipia, que había tenido lugar en 467.

[284] Este —*pellitus*— es un calificativo despectivo que aparece de continuo en la literatura desde CLAUDIANO 5, 83 ss.; 8, 466. SIDONIO APOLINAR lo aplica habitualmente a los godos: *Poemas* 7, 349.

tenía miedo de mi vida. En efecto, en medio de una preocupación tan grande por la salvación común, solamente no hemos conocido el miedo por nosotros mismos. Sabemos bien, en verdad, que un emperador pierde la gloria debida a su valor cuando no se ha preocupado por la salvación de los demás. Pero, para explicar completamente a tu veneranda persona el sentido de los intentos de éste, he de decirte que Ricimer se ha mostrado como un enemigo tanto más acérrimo cuanto más le hemos cubierto de los mayores presentes[285]. ¿Cuántas guerras ha preparado contra el estado? ¿Cuántas fuerzas ha cobrado gracias a él el furor de los pueblos extranjeros?
69 Finalmente, allí donde no ha podido hacernos daño directamente, ha favorecido a quien podía hacerlo[286]. ¿A éste voy a darle yo la paz? ¿Voy a soportar a este enemigo interno bajo la capa de amigo, a quien ni siquiera los lazos de parentesco han mantenido ligado al pacto de concordia? Conocer el alma del adversario es una gran garantía: más aún, conocer los sentimientos del enemigo equivale a haberlo vencido. Los odios desenmascarados pierden siempre la virulencia que poseían
70 cuando permanecían ocultos. Pero si en todo esto[287] se presenta tu reverencia como fiador y mediador —tú que, leyendo en las almas, puedes descubrir los proyectos inconfesables y

[285] Ricimer, en efecto, parece haber tenido parte activa en la muerte de Marcelino, el general designado por Antemio para realizar la campaña contra los vándalos, así como en la conspiración de Arvando, el prefecto de la Galia que pretendió dividir la provincia entre visigodos y burgundios. Todo esto, apenas un año después (468) de haber casado con la hija del emperador.

[286] Posiblemente se refiere a la conjura de Romano, que atentó contra la vida del emperador y fue ejecutado en 470.

[287] Los manuscritos y las ediciones anteriores a MGH, incluida la de CSEL, trasmiten *uadis*, entendiendo que sería una forma incorrecta de nominativo singular de *uas, uadis*. Considerando que la mayor parte de las incorrecciones en Ennodio son errores de la tradición manuscrita, F. Vogel en MGH y, más recientemente, M. Cesa proponen leer, *uades*, del verbo *uado*.

cambiarlos una vez descubiertos—, no me atrevo a rehusar una paz solicitada por ti. En fin, si te ha engañado también a ti con sus acostumbradas astucias fraudulentas, comenzará la lucha ya herido. Te recomiendo y me pongo en tus manos y soy el primero en ofrecer, por mediación tuya, la gracia que me había propuesto negar a Ricimer, si hubiese venido personalmente, aunque hubiera sido suplicante y postrado en tierra.
Pues hemos servido nuestros intereses con profunda sabiduría 71
si, en el incierto vagar por un mar tempestuoso, hacemos cambiar el rumbo de la nave bajo la guía de un buen timonel. Y ¿quién puede arrogarse el derecho de rehusar un favor cuando quien lo pide eres tú, a quien se le habría debido ofrecer antes de que tú lo pidieras?».

Así habló el emperador y el venerable obispo dijo:

«Demos gracias al Dios omnipotente, que ha puesto su paz en la mente del príncipe, queriendo que fuese para los mortales el vicario de su poder, a la manera del reino celestial»[288].

Después de este breve discurso, habiendo recibido de An- 72
temio también un juramento sobre la estabilidad de la paz, partió preparándose para volver a la Liguria porque estaba cerca el tiempo de la Resurrección del Señor, cuando la carne está fría por la mortificación de los ayunos, mas el espíritu alegre se calienta y, mientras nuestro Redentor con su muerte vence a la muerte, el alma devota se nutre con el alimento de la esperanza.

El día en que salió de Roma era el vigésimo primero an- 73
tes de la Pascua, pero hizo el viaje con tanta rapidez que, al décimo cuarto, entró en Pavía, cuando aún no era esperado y

[288] Epifanio insiste en el argumento central de su discurso, que ya expuso en el n. 63, a saber: que los gobernantes son las manos de Dios, de quien procede el poder. Esta idea del rey como *uicarius Dei* predomina en la alta Edad Media.

precedido por la fama, dejando por el camino muchos compañeros que no podían soportar ni sus ayunos ni sus fatigas[289].
74 He aquí que se reúnen todos aquellos que esperaban la llegada del obispo: lo vieron ya en su patria quienes no sabían aún que había salido de Roma. Ricimer estupefacto asiste a la alegría de la ciudad en fiesta; todos proclaman en alta voz que se ha conseguido la paz. La exultación de las provincias es sin límites y, dado que los hombres acostumbran a apreciar lo que les es restituido más que aquello que nunca han perdido, la concordia restablecida tras el litigio les resultaba más dulce,
75 así como la paz, conseguida cuando ya no se esperaba. Los milaneses invitaban al reverendo obispo a que concediera a su ciudad la alegría de verle, que esperaban desde hacía tiempo. Mas él, para no dar la impresión de que con su presencia venía a exigir el agradecimiento que quizás le era debido, declinaba sus invitaciones con pretextos simulados.

76 Así, con el paso del tiempo y la fatiga, gracias a los éxitos cosechados día a día, se multiplicaban sus méritos. Tenía una hermana, llamada Honorata, menor en edad pero igual a él en la piedad, cuya vida sería largo describir si se enumeraran cada una de sus virtudes: baste decir brevemente, como resumen de sus loas, que era una hermana digna de un hombre
77 tan grande. Él, en persona, la consagró el mismo año en que volvió de su embajada y, como si no tuviera suficientes dotes naturales de santidad de las que instruirse en las disciplinas sagradas, la confió a Luminosa, una mujer de espléndida piedad y vida ejemplar, la nobleza de cuya cuna quizás sería necesario recordar, si su vida no hubiese sido superior a su linaje. Era tan virtuosa que Epifanio, al confiarle la instrucción

[289] Se podría también interpretar esta frase como que el viaje había durado catorce días desde la partida de Roma. Sin embargo, parece más congruente con el sentido general, entender que duró la mitad de ese tiempo. Véase M. Cessa, *Vita...*, pág. 161.

de su hermana, pensaba que tenía algo que aprender de ella. Y efectivamente la prenda del obispo, puesta bajo su dirección, floreció en corto tiempo y llevó a su madurez plantas llenas de buenos frutos[290].

Mientras tanto el venerable prelado avanzaba a paso veloz 78
por el camino que se había propuesto y seguía dedicándose a la distribución de limosnas: con la dulzura de su rostro y de su alma aumentaba el valor de los dones que repartía; tanto que, si uno hubiese recibido solamente la gracia de su palabra, se habría alejado convencido de que había recibido una limosna. En efecto, era un grandísimo privilegio haber contemplado al menos a un obispo semejante. Su fama crecía de día en día por sus acciones gloriosas y llenaba casi todo el mundo con sus alabanzas.

Entretanto, muertos Antemio y Ricimer, subió al trono 79
Olibrio, que falleció casi al principio de su reinado. Tras él, se convirtió en emperador Glicerio[291]: por mor de la brevedad silencio todo lo que Epifanio emprendió con él para salvar a muchos: efectivamente, gracias a las súplicas del santo, el emperador perdonó la ofensa que hombres bajo su mando habían infligido a su madre[292], porque el respeto que sentía por el obispo superaba incluso al que le había profesado su predecesor.

---

[290] Está documentada la existencia de comunidades de *uirgines sacrae* desde el s. IV y era misión del obispo proceder a su consagración. Se sabe también que san Ambrosio de Milán (334/339-397) fomentó el monacato femenino. Es probable por tanto que en Pavía existiera un verdadero monasterio, cuya superiora era Luminosa. Véase al respecto, F. MAGANI, I, 47-51.

[291] Sobre esta sucesión de emperadores romanos en el s. V, véase B. C. G. n. 337, págs. 8-11.

[292] Este incidente es conocido sólo a través de este pasaje y es imposible tener más detalles de él. Posiblemente se explica por las rivalidades existentes entre los elementos de la Liguria-Pavía y los milaneses, a los que pertenecían Glicerio y su madre, que nunca fueron populares.

80 A Glicerio le sucedió Nepote y de nuevo entre éste y los godos residentes en Tolosa, gobernados con mano férrea por Eurico[293], surgió un conflicto, dado que éstos no cesaban de asaltar los confines del imperio itálico (que Nepote había extendido más allá de los Alpes de la Galia), despreciando al nuevo emperador, mientras, por su parte, Nepote, para que esa temeridad de los godos, siempre mal consejera, no se convirtiera en algo habitual, insistía en reivindicar la frontera del reino que Dios le había concedido. De ambas partes, por lo tanto, comenzaban a surgir ocasiones de conflictos y mientras ninguna de ellas abandonaba el orgullo nacido del deseo de vencer, los motivos de discordia crecían de día en día[294].

81 Este hombre beatísimo estaba en su octavo año de episcopado cuando, de repente, el deseo de acabar con la disensión llevó al ánimo de Nepote a que, alejado el veneno de la hostilidad, el amor entre los reyes preservase lo que las armas a duras penas podían defender[295]. Son convocados a consejo los personajes más ilustres de la Liguria, cuyas decisiones permitirían imprimir nueva vida al estado vacilante y llevarlo a la antigua grandeza y a la estabilidad que ahora no cabía

---

[293] Su predecesor en el reino visigodo con capital en Tolosa, Teodorico II, había mantenido durante su reinado una actitud amistosa frente a los romanos. La situación cambia radicalmente cuando su hermano, Eurico, le asesina y consigue que su reino alcance el grado máximo de extensión, tanto en la Galia como en España.

[294] El mismo PAULO DIÁCONO —véase nota a n. 54— narra que por aquel tiempo, reinando Eurico en Tolosa sobre los pueblos visigodos, «habían surgido conflictos entre él y el emperador Nepote a propósito de las fronteras entre Italia y la Galia y ambos emprendían preparativos de guerra. Por intervención del antes citado Epifanio, obispo de Pavía, se afirmaron los pactos de alianza entre ellos»: *Historia romana* XV 5.

[295] Estamos en el año 474. El emperador Nepote (474-475), que acaba de subir al trono, quiere poner fin a las expansiones de los godos de Eurico por toda la Galia. Intenta lograrlo por las armas, pero sin éxito. Entonces impulsa la vía diplomática, en la que se inserta esta embajada, integrada por

esperar. Por orden del emperador intervinieron todos aquellos que podían desempeñar cargos de relieve. Se habla de mandar 82
una embajada: todos vuelven su pensamiento y su mirada al beatísimo Epifanio; el parecer de todos se expresa como si viniese de la boca y el corazón de uno solo. ¿Para qué emplear más palabras? El soldado de Cristo abraza con alegría esta ocasión de actuar y lleno de esperanza percibe el éxito de antemano; confiando en una exacta valoración del asunto busca el mejor modo de actuar; con la ayuda divina se informó acerca de la misión casi desesperada y sobremanera difícil, la asumió y la llevó a término.

No seré capaz de exponer por orden las vicisitudes y 83
las molestias de su viaje, aunque mis palabras corrieran por caminos regados por ríos de cien lenguas[296]. En efecto, una vez salido de Pavía, hasta llegar a su destino, multiplicó la fatiga del viaje con este modo de actuar: si sus compañeros, considerando el cansancio de los caballos, se retiraban demasiado pronto a las habitaciones de la que iba a ser su posada, él, aparte de continuar la recitación de los salmos y perseverar en la lectura de la Escritura —cosa que no hacía, sino de pie—, escogía para sí un lugar apartado, rodeado de un bosque. Y allí donde las ramas de los árboles que se en- 84
trecruzaban ofrecían una oscuridad acogedora, en un suelo

varios obispos. La visión que da Ennodio de estos sucesos es, de propósito, parcial: le interesa sobre todo la suerte de la Liguria y la Provenza y la intervención de Epifanio en esta misión. Tenemos otra perspectiva del mismo escenario, la de Sidonio Apolinar, a la sazón obispo de Clermont y empeñado, junto con su cuñado Ecdicio, en la salvación de la Arvernia para el imperio. La comparación de ambos testimonios permite concluir que se produjo entre Nepote y Eurico un acuerdo por el que la Liguria y la Provenza seguían romanas, mientras la Arvernia pasa a poder de los visigodos. Testigo de este destino es la *Epístola* de Sidonio (VII 7, 1), en la que lamenta la suerte de la Arvernia, condenada a la esclavitud, a cambio de la seguridad ajena.

[296] Cf. Virgilio, *Eneida* VI 625-627.

desconocido para el sol, puesto en fuga por la oscuridad del lugar umbroso, donde la naturaleza amiga había extendido un lecho de hierbas verdes; allí, sumido en oración, bañaba con el flujo de sus lágrimas la tierra privada de lluvias. Aquellos campos que no podían ser fecundos de mieses, lo eran de abundantes oraciones.

85 Castigándose con tales prácticas de penitencia entró en la ciudad de Tolosa[297], donde entonces residía el rey Eurico. Y ya la fama, precediéndolo, había hecho saber a los galos qué tipo de hombre era y sobre todo a los sacerdotes de aquella región, quienes estupefactos se preguntaban con curiosidad quién estaba llegando. Árbitro y moderador de los consejos del príncipe era a la sazón un tal León[298] que, por su elocuencia, había merecido más de un premio de declamación. Fue él quien hizo pública la noticia de la llegada del obispo con mucha alegría.

86 Inmediatamente se llama al obispo para que comparezca ante el rey y, apenas admitido a su presencia, lo vio, lo saludó y le dirigió estas palabras:

«Oh príncipe admirable, si bien la fama de tu valor te hace terrible a los oídos de muchos y las espadas, con las que acosas a tus vecinos con devastaciones continuas, siegan la juventud enemiga, sin embargo el cruel deseo de combatir no te atrae ningún favor de la parte del Dios supremo, ni el hierro protege los confines del imperio, si el Señor del cielo
87 es ofendido. Recuerda que Dios es tu rey, y que debes tener presente lo que le place: Él, elevando al cielo la naturaleza humana que había asumido, como don inconmensurable de

---

[297] Del 419 al 507 residencia de los reyes visigodos, en esta ciudad florecieron las artes y las letras hasta el punto de que fue llamada la Paladiense: *Palladia Tolosa* (Sidonio Apolinar, *Poemas* 7, 436).

[298] Se trata de un funcionario de la corte de Eurico, gran amigo de Sidonio Apolinar, quien le cita con frecuencia en su obra literaria. Véase Sidonio Apolinar, *Poemas*, Madrid, 2006, Gredos B.C.G., 337, pág. 331.

Su heredad, recomienda a sus discípulos la paz con reitera-
das advertencias[299]. Debemos guardar su voluntad sobre todo
sabiendo que no se puede considerar fuerte a un hombre que
ha sido dominado por la ira. En segundo lugar, nos conviene
considerar que nadie protege mejor los suyos que quien no
desea los bienes ajenos. Por eso Nepote, a quien el querer 88
divino ha confiado el gobierno de Italia, me ha mandado para
obtener que, vueltos vuestros ánimos a la confianza recíproca,
las tierras colindantes se unan con lazos de afecto. Y aunque
no teme las luchas, él es el primero que desea la paz. Sabes
bien con qué fronteras han sido delimitados desde antiguo
estos dominios, con qué espíritu de servicio estas regiones han
tolerado a los señores de aquéllas. Baste decir que prefiere, o
al menos tolera, ser llamado amigo aquel a quien correspon-
dería el título de señor».

Así habló el muy insigne Epifanio.

Y Eurico, profiriendo no sé qué murmullo en lengua bár- 89
bara, da muestras con la serenidad de su rostro de haber sido
apaciguado por las exhortaciones de Epifanio. Mas el ya cita-
do León había sido cautivado tanto por el admirable discurso
del obispo, que creía que palabras de este tipo podrían, si es
lícito decirlo, conquistar los ánimos aunque hubiera presen-
tado pretensiones contrarias a la justicia. Se cuenta que el rey 90
habló así al intérprete[300]:

«Si bien es verdad que pocas veces mi pecho está sin coraza y que el escudo de bronce cubre siempre mi mano y que la funda de la espada defiende mi costado, sin embargo he encontrado un hombre que, con sus palabras, es capaz de ven-

---

[299] Los saludos y los deseos de paz de Jesús a los apóstoles están continuamente presentes en los Evangelios, sobre todo los de san Lucas (10, 5-6; 24, 36) y san Juan (14, 27; 16, 33; 20, 19-21).

[300] La utilización de un intérprete no hay que entenderla como incapacidad de Eurico para comprender y hablar latín, sino como un deseo de marcar su independencia del imperio, hablando en gótico.

cerme, aunque yo esté armado. Se equivoca quien afirma que los romanos no tienen escudos ni flechas en sus discursos: en realidad saben rechazar las palabras que les hemos dirigido y también golpear lo más profundo de nuestro corazón con
91 las que ellos nos dirigen. Hago pues, venerable obispo[301], lo que me pides porque a mis ojos la persona del embajador es más grande que el poder de quien le ha enviado. Así pues, tienes mi palabra y promete, por cuenta de Nepote, que él mantendrá intacta la paz, porque una promesa tuya equivale a un juramento».

Tras este cambio de palabras y cerrado el vínculo de una
92 alianza, el reverendo obispo se despidió y partió. E inmediatamente le fue enviado un grupo de cortesanos que le rogaron que participara al día siguiente en un banquete del rey. Mas él sabía que estas comidas estaban contaminadas por sus sacerdotes[302]. Por tanto se excusó, diciendo que no tenía la costumbre de participar en convites fuera de su país y que prefería marcharse de ahí a dos días. Se apresuró a cumplir este programa y salió de Tolosa acompañado de una multitud tal que, a la salida de nuestro legado, la ciudad parecía casi desierta: en efecto, con sincero afecto, había atraído a sí a tantas personas que cuantos debían quedarse necesariamente en su patria lloraban como si fueran prisioneros.

---

[301] La palabra que aquí se emplea —*papa*—, que hasta este momento se utilizaba frecuentemente para designar el cargo de obispo (por ejemplo, Sidonio Apolinar la usa como despedida de buena parte de sus epístolas dirigidas a colegas), se especializa claramente. Ennodio la aplica exclusivamente al obispo de Roma (M 2, 10 *et passim*) y, en este pasaje, a Epifanio.

[302] Es la única alusión a la condición de arriano del rey godo, que imponía a Epifanio, como a todo católico, el deber de evitar el trato con quienes habían caído en la herejía. Es la mentalidad de la época, apoyada en recomendaciones de la Sagrada Escritura y de escritos ascéticos, como el *Commonitorium* de Vicente de Lerins, sobre todo los capítulos 2 y 33.

Durante el viaje de vuelta visitó uno a uno los lugares habitados por monjes: las islas mediterráneas[303], las Estécades, Lero y la llana Lerins, cuna de egregios obispos[304]; de todas estas localidades recogió, una a una, pequeñas flores de vida, para ponerlas en su corazón como gérmenes de buena semilla, de las que surgiría un árbol cargado de frutos celestiales. 93
Mientras tanto aquella luz tan esperada es restituida a Italia y, a la vuelta del extraordinario obispo, un astro resplandeciente aparece en el cielo sereno. Entra en Pavía, donde desde tiempo atrás se deseaba su vuelta, comunica a Nepote el éxito de la embajada que ha llevado a cabo y, mientras aumentaban las alabanzas que se le dirigían, crecía en él, al mismo paso, la humildad[305]. 94

Así pues mientras aquel operario de Cristo y de nuestro Dios se ejercitaba en tales actividades y esfuerzos, he aquí que el diablo, que no conoce la paz, autor de crímenes, trama planes que pueden provocar grandes dolores y busca sufrimientos con los que asaltar a aquel hombre sumamen- 95

---

[303] Estas islas, que Ennodio llama *medianas*, forman dos archipiélagos en la costa mediterránea francesa: el primero, las Estécades, frente al puerto de Tolón y el segundo —Lero y Lerins— junto a Antibes. Los códices dan en primer lugar *Cycladas*, lo cual es absurdo. J. SIRMOND, apoyándose en una copia posterior del manuscrito de Bruselas, que lee *scantarum*, conjeturó *stoechadas*, que ha sido aceptado por las sucesivas ediciones, no obstante la opinión de T. MOMMSEN, que proponía suprimir esa palabra: Cf. T. MOMMSEN, *Hermes* 24 (1889), 154.

[304] Ennodio emplea aquí una metáfora tomada al pie de la letra de SIDONIO APOLINAR (*Poemas*, 16, 109-110), en la que hace un juego de palabras entre la isla de Lerins, que es llana, y los obispos que se han formado en el famoso monasterio situado en ella, calificados de *montes* porque el primero de los levitas en el Antiguo Testamento fue Aarón, que en hebreo significa monte. La misma idea puede verse en CESÁREO DE ARLES, *Homilía* 25.

[305] El juicio sobre el éxito o fracaso de su misión depende de la perspectiva que se adopte. A SIDONIO APOLINAR, colega de Epifanio en la diócesis de la Arvernia, este pacto le acarreó el destierro. Véase nota a n. 81. También B. C. G. núm. 337, 27-28.

te íntegro. Hace que el ejército se rebele contra el patricio Orestes[306] y, con engaños ocultos, siembra nuevas ocasiones de discordia. Agita el ánimo de los malvados con la esperanza de una revolución y, para que esta desgracia ocurriera en la ciudad de Pavía, aguijonea a Orestes, que confiaba en sus fortificaciones[307].

96 El obispo está presente con todos los suyos: la ciudad es teatro de encuentros violentos, se desencadena la furia de conseguir botín; por doquier luto, por doquier terror y son muchos los rostros de la muerte[308]. Él corría solícito por todas partes; era buscado para ser castigado todo aquel que se había hecho famoso por sus riquezas, gracias a la vieja fidelidad de sus amistades. Algunos incendiaban edificios que habían de venirse abajo, otros pedían la muerte del se-
97 ñor por cuya salvación habrían debido combatir[309]. Corren al obispado, enardecidos por el ardor del saqueo, porque sospechaban que escondería riquezas inmensas aquel a quien

[306] «Al irrumpir Odoacro en Italia le salió al paso inmediatamente en la región de la Liguria el patricio Orestes, quien, al ver que no podía hacer nada contra un ejército tan numeroso, sobre todo porque algunos de los suyos habían desertado, temblando de miedo se refugió en Pavía, confiando en sus defensas»: PAULO DIÁCONO, *Historia romana* XV 9.

[307] Asistimos al último capítulo de la historia del imperio romano de Occidente. El patricio Orestes dirige una rebelión contra Nepote y le obliga a abandonar Rávena, la capital, en agosto de 475. El 31 de octubre de ese año es proclamado emperador Rómulo Augústulo, que no es reconocido por el emperador de Oriente. En agosto del año siguiente tienen lugar los sucesos que Ennodio narra en estas líneas: un ejército, formado sobre todo por tropas bárbaras, proclama rey a Odoacro y su oponente, Orestes, se refugia en Pavía. No deja de ser significativo que, mientras Ennodio se esfuerza por demostrar que el poder de los emperadores o incluso el de Teodorico proceden de Dios, en esta revuelta y en toda la actividad de Odoacro ve al demonio como instigador.

[308] Esta expresión está tomada de VIRGILIO, *Eneida* II 369.

[309] Es decir, Orestes, quien fue ejecutado el 28 de agosto de 476, cinco días después del levantamiento de Odoacro.

veían distribuir tantas. ¡Cosa insensata! La cruel barbarie
buscaba en la tierra los tesoros que él había confiado al cie-
lo[310]. También le es raptada su santa hermana y es puesta
en prisión lejos de él; todas las familias de los nobles son
dispersadas; la ilustrísima Luminosa es víctima de una suerte
análoga. ¡Oh dolor! Ambas iglesias son pasto de las hostiles 98
llamas[311]: toda la ciudad arde como en una sola hoguera.
Se oyen los gritos de todos los ciudadanos, que buscan al
obispo; nadie se acuerda de su propio peligro, mientras la
parte más importante de su salvación[312] corre el riesgo de
ser separada de ellos. Y aunque la multitud hervía, pronta a
matar a cualquiera, le rendía honor aún en medio de la vio-
lencia de las espadas. En efecto, él no pudo soportar el ver 99
prisioneros en esta situación: liberó a su venerable hermana
antes de que la luz funesta de aquel día se deslizara hacia el
atardecer y liberó con sus ruegos a muchos ciudadanos antes
de que sintieran las cadenas de su durísima situación; sobre
todo a las madres de familia, para quienes habría podido ser
especialmente cruel la permanencia en prisión. En resumen, 100
la ciudad, abatida por la multitud salvaje, resucitaba gracias
al apoyo de esta única, firmísima columna[313], y ni siquiera el
ejército daba abasto para destruir todo lo que la sola perso-
na del obispo era suficiente para reparar. Sin embargo, sólo
cuando Orestes desapareció, caído junto a Piacenza, se apla-
có el ímpetu de la depredación.

---

[310] Esta es la enseñanza de Jesús recogida por los tres evangelios sinópticos: *Mateo* (6, 20), *Marcos* (10, 21) y *Lucas* (12, 33; 18, 22).

[311] La mayor era la dedicada a Gervasio y Protasio, de los s. III-IV, contemporánea a la erección de la diócesis de Pavía, y la segunda, de finales del s. IV, la de Nazario y Celso.

[312] Es decir, Epifanio.

[313] El apelativo de columna para apóstoles, obispos, santos, con frecuencia utilizado en la literatura cristiana —ver, también n. 110—, puede venir de *Apocalipsis* 3, 12 y constituye un *tópos* propio de la hagiografía.

101 Odoacro, subido al trono después de Orestes, comenzó a honrar a este hombre insigne con tanta deferencia que sobrepasó el respeto que todos sus predecesores le habían profesado[314]. Mientras tanto, para que las casas de Dios no permanecieran mucho tiempo cubiertas por las cenizas, el glorioso obispo decidió reconstruirlas, aún antes de haber preparado el dinero o el material necesario. No temió poner mano a la costosa construcción sin tener recursos, consciente de la advertencia apostólica según la cual para quienes aspiran al reino de los cielos abundan las riquezas y siempre reparte de una caja llena el que no es pobre en la voluntad de
102 dar[315]. Decía en efecto: «Raramente ocurre que la posibilidad de dar abandone a un hombre rico, pero es muy difícil que la abundancia se ponga al alcance de quien tiene mentalidad de mendigo».

Mas apenas se acabó la construcción de la iglesia mayor y el edificio estaba adornado con los estandartes de la consagración, de repente la pared de columnas de la otra iglesia se vino abajo por iniciativa de la astuta serpiente[316] que qui-
103 so intentar si podría perderlo con pruebas de todo tipo. Él sin embargo se alzó aún con más firmeza para no ceder a los maleficios diabólicos e inmediatamente, sin dar señales de sufrimiento, se aplicó a la restauración con todo el ardor de que era capaz. No obstante, todos estaban admirados por un milagro grandísimo que sucedió entonces: unos obreros se precipitaron a la caída del templo con el enorme peso de la mole, pero ninguno resultó inválido en las piernas o mutilado en alguna otra parte del cuerpo. Para todos quedó claro que sólo gracias a las plegarias del obispo la pared que se había

314 Esta caracterización de Odoacro contrasta fuertemente con la que Ennodio da de él en M 1, por ejemplo en nn. 23, 107 ss.

315 *Lucas*, 12, 33.

316 *Génesis* 3, 1.

venido abajo sostuvo su propio peso y las piedras fueron contenidas al caer. Gracias a sus admirables disposiciones se llevó 104
a término el trabajo de la susodicha obra; una vez realizado éste, se inició la restauración de la iglesia mayor: se vio la casa de Dios resurgir rápidamente en su primitiva integridad desde el fundamento hasta el techo, aún antes de que se supiera que se había comenzado la tarea. Y tras haber realizado con toda rapidez estos trabajos, en seguida se manifestó el favor divino para con él. En el curso del mismo año, en efecto, una 105
turbamulta de demonios comenzó a gritar desde los cuerpos de los posesos, diciendo que se les obligaba a huir, acosados con muchos sufrimientos por orden del obispo Epifanio. Y él, con oraciones breves bañadas en llanto, les enviaba a los últimos confines de la tierra y les acosaba con el poder de sus méritos, mientras ellos gritaban con voces disonantes. Mas realizando de continuo tales milagros por la gracia de Cristo, no se hinchaba de orgullo vano: la soberbia en efecto quita el mérito a una conducta recta a quienes la presunción de bondad hace levantar la frente.

Mientras tanto, para que no pareciera que había dado a la 106
ciudad solamente iglesias, proveyó de ayudas útiles a los agotados ciudadanos: en efecto, enviada una embajada a Odoacro, obtuvo el perdón de los impuestos fiscales durante cinco años y al repartir tales beneficios entre los particulares se comportó con tanto desinterés que ninguno recibió menos que aquel por cuya intervención habían sido agraciados[317]. Mas, mientras se 107
arreglaban todas estas cosas, entró en efervescencia, para ruina de los propietarios de la Liguria, la solapada malignidad de Pelagio[318], que entonces era prefecto del pretorio. Éste, en efecto, a través de exorbitantes transacciones redoblaba los tributos ya

[317] Es decir, el obispo mismo.

[318] Pelagio era el *praefectus praetorio* de Odoacro y por tanto quien se ocupaba de recoger los tributos impuestos por éste, cuya rapacidad, según Ennodio (M 1, 23) provocó esta decadencia.

gravísimos y duplicaba un gravamen que ya de por sí era intolerable. La multitud de los oprimidos acudió pronto al santo varón y él, abrazando con alegría esta ocasión de proporcionar ayuda, salió con prontitud en defensa de todos, pidió, obtuvo.
108 Mas, ¿por qué me esfuerzo en vano en describir los modos y formas de todos sus afanes? El amor acepta todo lo que no es posible explicar, mientras la limitación de las palabras pone una frontera a los pensamientos más dilatados. Pues estos fueron los deseos del santísimo obispo: al realizar innumerables obras, quería que se dijese poco o nada en alabanza suya. Dejo por tanto a la comprensión de los oyentes y lectores todo lo que yo, con mi pobreza de lenguaje, no he puesto de relieve de un modo adecuado.

109 Después de que el obispo llevara a término muchas embajadas junto al rey Odoacro[319] logró con la fuerza de sus súplicas, por disposición del emperador celeste, que viniera a Italia el rey Teodorico con la multitud inmensa de su ejército; y a él, que ya se había establecido en Milán, acudió aquel hombre, en sumo grado íntegro[320]. Apenas el más insigne de todos los reyes lo vio con los ojos del corazón y lo sopesó con su habitual juicio ecuánime, encontró en él todas las virtudes, cuya integridad midió —por así decir con el hilo de
110 plomo— hasta la profundidad del alma. Y lo presentó a los suyos, así:

---

[319] En el *Panegírico de Teodosio* Ennodio, lejos de otorgarle este título de rey, atribuye a Odoacro una serie de calificativos peyorativos: *populator* (23), *tyrannus* (24), *orbis concussor* (36). No es extraño que aquí su juicio sea más suave, porque Odoacro se mostró particularmente respetuoso respecto al obispo de Pavía (n. 101) y satisfizo muchas de sus peticiones, como ésta y la que describe en n. 106.

[320] Teodorico había llegado a Milán en el verano de 489. Esta visita de Epifanio tuvo lugar unos meses más tarde. PAULO DIÁCONO narra los acontecimientos de estos meses así: «Habiendo salido de Verona, Teodorico llegó a Milán. Mientras se establecía allí, se le unieron una gran multitud de

«He aquí un hombre, semejante al cual no tiene todo el Oriente a nadie; haberlo visto, constituye ya un premio; habitar con él, da seguridad. Mientras él permanezca incólume, Pavía está protegida por un muro[321] solidísimo, que ninguna fuerza asaltante puede conquistar, insuperable incluso para una onda balear[322]. Si entre el oleaje de las batallas se presentase una dificultad de cualquier tipo, lo seguro es dejar a su lado a las madres y las familias y, una vez libres, enfrentarse a los azares de la guerra».

Mientras tanto el deseo de cambios inflama los ánimos 111
hostiles del ejército que se había rendido y cuyo jefe era Tufa[323], un hombre manchado desde hacía tiempo por la infamia de sus deserciones; éste pensó, con ambiciosos proyectos, pasarse junto con un gran número de soldados a la parte que parecía perdida. Cuando el rey Teodorico, con la solicitud de

---

soldados y diversos pueblos de Italia. Mas al cabo de unos días, a instigación de un cierto Tufa, el ejército que se le había rendido volvió a tomar el partido de Odoacro. Este suceso aterrorizó tanto a Teodorico, que él y su ejército se refugiaron en la ciudad de Pavía... Finalmente, dejadas allí su madre y sus hermanas con la multitud del pueblo, seguro de la fidelidad del santísimo varón Epifanio, tras haber enviado por delante algunas tropas armadas, partió al encuentro de Odoacro, que asediaba Rávena»: *Historia Romana* XV 16-17. No deja de ser llamativo que, en contraste con otras de sus obras —ver nota a M 2, 73— Ennodio habla aquí sistemáticamente de Teodorico dándole el título de rey: nn. 111, 122, 131, 136.

[321] Este término es, como columna —n. 100—, típico para su aplicación a santos de la Iglesia y se inspira seguramente en *Apocalipsis* 21, 12.

[322] La *Balearis funda* es proverbial tanto en los historiadores —César, *Guerra de las Galias* II 7, 1. Salustio, *Guerra de Jugurta* 105, 2; Tito Livio, XXI 21, 12; XXVII 2, 6. XXXVIII 29, 5—, como en poesía: Virgilio, *Geórgicas* I 309; Lucano, *Farsalia* I 229; Silio Itálico, *La guerra púnica* III 365; Estacio, *Tebaida* X 857; Claudiano VII *(Panegírico del III consulado de Honorio)* 50.

[323] Sobre este personaje, que había sido comandante supremo del ejército de Odoacro, obtuvo la clemencia de Teodorico y finalmente le traicionó, ver M 1, 49-51.

un príncipe, se enteró, concentró inmediatamente aquel ejército al que todo el Oriente había resistido a duras penas y se dirigió a la pequeña ciudad de Pavía[324].

112 La ciudad se presentaba rebosante de familias; casas enormes y altísimas eran redistribuidas y convertidas en reducidísimos tugurios; se podían ver edificios inmensos transformados desde sus cimientos, y que no podía bastar el propio suelo para acoger a la masa de habitantes.

113 En estas circunstancias, aquel hombre tan acostumbrado a las buenas obras, cuyo gran corazón estaba abierto a todos, pensaba que se le había presentado la oportunidad de desplegar al viento las velas de su generosidad y de alcanzar el puerto de la gloria con navegación favorable, gracias a su fama entre las diversas gentes y a la notoriedad de sus acciones. En primer lugar, (cosa que ni los antiguos escritos ni los anales cuentan de nadie[325]; cosa que el cronista debe afirmar con estupor y el lector reconocer con admiración), él —aún viviendo en medio de un pueblo extremadamente cauteloso, a quien no pasa oculta la mínima ocasión de sospecha, además en condiciones inciertas, cuando el temor al peligro excita contra cualquiera incluso los ánimos serenos— consiguió permanecer fiel a aquellos hombres, de tal modo que mantuvo unidos con todo afecto a sus enemigos, de manera que durante la lucha entre los dos príncipes era él el único que estaba en
114 paz con ambos. De hecho usaba a favor del uno lo que el otro le había proporcionado y, con la dulzura y el respeto que

[324] De resultas de la traición de Tufa, Teodorico tuvo que refugiarse en Pavía. Odoacro la sitió entre 489-490, hasta que las tropas de Alarico II acudieron en auxilio de Teodorico y derrotaron a Odoacro en el Adda (Ádige), el 11 de agosto de 490.

[325] Expresiones análogas a las que se encuentran en M 1, 12 para designar los libros de Historia. Remitiéndose a la antigüedad, resalta la novedad de que una persona, en este caso el obispo Epifanio, mantenga buenas relaciones con los dos contendientes, Odoacro y Teodorico.

su persona sabía inspirar, moderaba el ánimo del donante de
modo que no se irritaba si era el enemigo, gracias al obispo, el
que tomaba el don que él había hecho. Él fue también aquel en
torno al cual incluso los combatientes mantenían la concordia
y esta paz no era afectada por las guerras.

Mas pasemos a narrar cómo, con caridad diaria, alimen- 115
taba a los mismos rapiñadores y en el interior de la ciudad
distribuía lo necesario a aquellos que, fuera de ella, habían
destruido sus posesiones con continuas devastaciones[326]. Efec-
tivamente él sabía al mismo tiempo animar con la dulzura,
humillar con su elocuencia y alimentar con sus limosnas a
tantos millares de personas que pedían cosas diferentes. Si
los hijos o la mujer de alguien habían sido capturados por
el enemigo de cualquiera de las dos partes en el curso de los
saqueos, en seguida aquellos prisioneros, a los que un rescate
de oro no habría podido liberar, eran restituidos a sus personas
queridas al precio único de sus súplicas. Era utilísimo al rey, 116
quien lleno de veneración lo ponía por encima de todos los
santos, hasta el punto de devolverle (a él que, como sabía, se
enriquecía con la libertad de los demás) a todos los romanos
que el derecho de guerra había hecho prisioneros de sus hom-
bres. No soy capaz de enumerar cuántas unidades de vencidos
restituyó a su patria y cuántas ordenó que no sufrieran vejacio-
nes[327]. Y si evocase cuántas insolencias de los enemigos tuvo 117
que padecer, qué ataques soportar, con qué firmeza arrostró las
tempestades provocadas por los malvados, mi lengua no bas-
taría para narrarlo todo. Y aun cuando lo que se podría contar
es admirable, me parece oportuno escoger algunos episodios
concretos. Vivió tres años entre estos tormentos, manifestando

---

[326] El autor parece aludir en primer lugar a los soldados de Odoacro que habían caído prisioneros y habían sido confiados al cuidado del obispo.

[327] En este párrafo se refiere a los ciudadanos romanos que Teodorico había capturado.

sus dolores ocultos sólo a Dios y rogando para que le ayudara en secreto.

118 A continuación, cuando partieron los godos, la ciudad de Pavía cayó en manos de los rugos[328], hombres crueles en barbaridades de todo tipo, a quienes una fuerza de ánimo atroz y dura impulsaba a delitos diarios: a sus ojos había sido desperdiciado el día que, por cualquier motivo, se les había escapado sin cometer un crimen[329]. Sin embargo el bondadosísimo obispo los dulcificaba con la miel de sus palabras para que sometieran sus crueles corazones a su autoridad sacerdotal y para que aprendieran a amar; ellos, cuyos pechos nos consta que habían estado siempre consagrados al
119 odio. Gracias a él la innata perversidad de estos hombres se transformó, mientras en aquellas almas repugnantes fue introducida la raíz de un afecto que hasta entonces les era desconocido. ¿Quién puede creer sin gran asombro que los rugos han amado y respetado a un obispo, y además católico y romano, ellos que a duras penas se pliegan a obedecer al rey? Lo cierto es que convivió con ellos durante casi dos años

[328] La ruga es una tribu del grupo germánico oriental, cuyos antiguos asentamientos estaban localizados al SO. de la actual Noruega y finalmente entre las desembocaduras del Óder y el Vístula. Empujados por los godos hacia el SO. europeo, tras la muerte de Atila se disputaron con los gépidos la sucesión de su hegemonía, asentándose finalmente en la orilla izquierda del Danubio, donde se apoderaron de parte de la provincia del Nórico. Fueron derrotados en 487 por Odoacro y a continuación se aliaron con los ostrogodos. Como tales aparecen aquí, de modo que a la salida de Teodorico de Pavía, tras haber vencido a Odoacro en la batalla del Adda, quedaron los rugos como guarnición en la ciudad y se entregaron a todo tipo de excesos. «Transcurridos tres años, al salir los godos de la ciudad de Pavía, los rugos invadieron inmediatamente esta ciudad, devastando de continuo durante un bienio al mismo tiempo la ciudad y los lugares de alrededor, aún en vida del beatísimo Epifanio, cuya santidad colmaba a los ciudadanos, afligidos en tan grandes peligros»: PAULO DIÁCONO, *Historia Romana* XV 18.

[329] Cf. SUETONIO, *Tito* 8.

enteros de tal modo que en el momento de separarse de él lloraban, por más que partían hacia sus padres y hacia sus familias.

Cuando este asunto se acabó con una guerra miserable y 120
mortífera[330] y venció aquel cuya espada después del triunfo nadie vio ensangrentada, aquel que puso fin contemporáneamente a la guerra y a la presunción de su ejército, a renglón seguido el obispo venerable comenzó a pensar en la reconstrucción de su ciudad y, con decisión inspirada por el cielo, proveyó para que, en primer lugar, se llenara de habitantes
dignos. Y aunque, gracias a sus oraciones, ningún torbellino 121
tempestuoso había envuelto y dispersado a la ciudadanía, sin embargo, él no creía suficiente el hecho de que Pavía, después de la ruina de todas las ciudades lígures, exultara sólo contenta con sus ciudadanos. Comenzó a escoger a la flor y nata entre los habitantes de las ciudades vecinas, trasplantando a sus huertos, como un jardinero diligente, plantas ya probadas de las que un propietario prudente y hábil pudiera cosechar óptimos frutos.

Entre tanto el eximio rey Teodorico decidió de impro- 122
viso conceder el derecho de la libertad romana solamente a aquellos a los que una probada fidelidad hubiera unido a su partido; a aquellos, por el contrario, a los que cualquier obligación hubiera apartado de él, les impuso que les fuera negada la facultad de testar y de disponer libremente de sus propios bienes. Promulgado este decreto y abolidas las leyes con tal orden, que afectaba a muchísimos, Italia entera se encontró sometida a una situación deplorable.

Se recurre nuevamente a quien, con tacto de médico, 123
acostumbraba a curar las heridas públicas, a aquel cuya fuente muchas veces había hecho extinguirse el fuego de la adversidad. Mas como afirmaba que él solo no era capaz de

---

[330] Es decir, con la derrota definitiva de Odoacro.

sostener una carga tan grande, fue solicitado también el venerable Lorenzo, obispo de Milán[331]. Habiendo partido juntos, juntos llegaron a Rávena, donde fueron acogidos con respeto.
124 Tras habérseles dado permiso para hablar, el beato Lorenzo juzgó oportuno dejar la palabra a aquel cuyos pies habían sido encallecidos por las sendas llenas de fatigas de tantas embajadas y que al recorrer el camino muchas veces el polvo de los campamentos le había dado un aspecto desarreglado. Y Epifanio comenzó a exponer las peticiones públicas de esta manera:

125 «¡Oh, príncipe invicto!, si yo mostrase en detalle qué grande es el favor divino[332] que, a través de los innumerables sucesos ha ensalzado tu suerte, deberías reconocer que tú, moderado en los deseos, has recibido siempre de nuestro Dios beneficios mayores de los que puedes recordar haber deseado. Baste mencionar uno solo de ellos, el más grande: que en tu presencia, príncipe, defendemos la causa de tus siervos, allí donde tu enemigo se gozaba en poseer este trono,
126 que ahora es tuyo. Debes mucho a Cristo, nuestro Redentor. Él mismo te ha entregado a aquellos por los que ahora nosotros intercedemos. Es necesario evitar hacer una ofensa a quien nos concede un don, al no amar aquello que él nos ha dado. Pero retraso demasiado algo en lo que tengo puesta mi confianza: quisiera ahora recorrer, uno por uno, los beneficios que has obtenido con la ayuda de Dios; aquellos de los que he oído hablar y aquellos de los que yo mismo he sido
127 testigo. Sabes qué prometías hacer cuando te asediaban las numerosísimas tropas enemigas y el fragor de las hostilidades

---

[331] Era de esperar que Teodorico acogiera bien a este prelado, que se había opuesto a Odoacro, cuando éste intentó ocupar Milán.

[332] Este discurso está desde el principio impregnado por el convencimiento de que el reinado de Teodorico es providencial. Véase también M 1, 23.

retumbaba en torno a los muros de la ciudadela de Pavía, o cuando los adversarios, superiores a ti en número y en armas, no podían resistir porque el poder divino, invisible, combatía contigo desde el cielo[333]. Quien valoraba tus fuerzas sólo a partir de la entidad de las mismas osaba atacarte, mas ningún ingenio bélico pudo hacer frente a la potencia de quien te
sostenía. Recuerda cuántas veces también las condiciones 128
meteorológicas han estado de tu parte: el cielo sereno ha sido tu aliado y las fases celestiales han volcado lluvias según tus deseos[334]. ¿Quién ha osado resistir a tu espada, que combatía con el apoyo de la gracia divina? ¿Cuántas veces tus adversarios han caído bajo la espada de sus aliados? ¿En cuántas ocasiones venció en provecho tuyo el que combatía
en la facción de tus enemigos? Restituye pues estos dones 129
divinos con una generosidad llena de misericordia hacia los hombres. No despreciar las lágrimas de los suplicantes es el signo supremo de una ofrenda agradable a Dios[335]. Piensa en todos aquellos que han reinado antes de ti: si, como es evidente, han sido expulsados por su propia maldad, es bueno que sus sucesores tengan en cuenta la causa de su ruina. La destrucción de los antecesores ilustra a los sucesores, la caída de quienes han precedido es siempre un aviso para el futuro[336]. No combate privado de un punto de referencia el

---

[333] Aunque se trate de frases yuxtapuestas en el texto, Ennodio describe dos situaciones diferentes de Teodorio en campaña: la primera cuando tenía que defenderse, por ejemplo en Pavía; la segunda, cuando atacaba y nadie podía resistirle.

[334] Un caso concreto en el que la naturaleza se ha puesto a favor de Teodorico aparece en M 1, 46, cuando el río Ádige se llenó con los cadáveres del ejército de Odoacro, sin perder la transparencia de sus aguas. Esta participación de la naturaleza a favor del ejército apoyado por Dios, aparece con frecuencia en Orosio.

[335] Al pie de la letra dice Ennodio: «es el holocausto de una ofrenda mística».

[336] Cf. Símaco, *Relaciones* 3, 6.

que tiene en cuenta los motivos por los que su predecesor
130 ha sido derrocado. Teniendo en cuenta todo esto, vuestra[337] Liguria, de rodillas junto a nosotros, os suplica que, así como concedéis a los inocentes los beneficios de vuestras leyes, absolváis a los culpables. A los ojos de nuestro Dios cuenta poco una misericordia que se limita a no golpear a los inocentes: perdonar las culpas es propio del cielo, vengarlas es humano». Dicho esto, se calló.

131 Mas el eminentísimo rey comenzó a responder y, mientras hablaba, el temor atenazaba los corazones, impacientes por conocer su voluntad:

«Si bien, oh venerable obispo, yo te honro como exige el esplendor de tus méritos, y si bien durante el tiempo de las turbulencias tú me has hecho muchos favores, que es justo veas compensados una vez restablecida la paz, sin embargo las férreas leyes del gobierno, que limitan mi libertad, no siempre permiten abrir el acceso a la misericordia que tú me pides y, en medio de la dureza de un reino que comienza, las ventajas de ser riguroso destierran a la dulzura de la piedad.
132 Mi afirmación encuentra apoyo en el testimonio de los ejemplos divinos[338]. Leemos que pecó aquel príncipe que evitó la muerte al enemigo destinado a ella por el cielo: ser indulgente le valió la misma pena que él habría podido infligir, si hubiera sido riguroso. Quien renuncia a vengarse acaba por ser objeto de venganza; el que es indulgente frente al enemigo del que se apodera, o atenúa la fuerza del juicio divino o da muestras
133 incluso de despreciarla. Es justo que sean castigados aquellos que son conscientes de no haber secundado la gracia divina.

---

[337] Es digno de observar que, cuando llega a la súplica, el orador pasa al tratamiento mayestático, mientras antes ha estado dirigiéndose al rey en singular.

[338] El episodio bíblico a que se refiere este pasaje es el de Saúl, que acaba por atraerse la ira divina al perdonar al rey de los amalecitas: I *Reyes* 15 y 28; II *Reyes* 1.

Quien perdona las culpas presentes transmite los errores a la posteridad. Respecto a lo que dices sobre la paciencia de nuestro Redentor, en realidad la leche de la gracia[339] acoge a quien se conforma a la austeridad de la ley. Un enfermo nunca fue curado completamente, sino por el médico que, como primera medida, cortó con el bisturí los miembros podridos e hizo salir del interior de las vísceras el pus escondido. Quien tolera que los culpables no sean castigados, impulsa a los que son inocentes a cometer crímenes.

«Sin embargo, puesto que la tierra no puede oponer re- 134
sistencia a vuestras súplicas, a las que el cielo da su asentimiento, concedemos una amnistía general. Nadie doblará la cabeza bajo el castigo[340], puesto que también podéis obtener de nuestro Dios que los ánimos depravados se alejen de la perversidad de su conducta. No obstante, a los pocos que sé que han sido instigadores de malas acciones, les privaré tan sólo del derecho a residir en sus propiedades para impedir que, si de improviso surgiera una situación crítica, haya hombres cerca que la alimenten y que puedan surgir guerras fomentadas por la impunidad de los malos».

Dicho esto, el excelente rey ordenó que compareciera el 135
ilustrísimo señor Úrbico[341], quien como superintendente general de palacio había superado a Cicerón en elocuencia y a Catón en sentido de la justicia, y le ordenó que proclamara la amnistía general. Éste, siempre pronto a cualquier acción generosa, lo hizo de inmediato, con tanta concisión y claridad

[339] La leche como jugo de vida aparece ya en el Antiguo Testamento, cuando Dios promete al pueblo judío una tierra en la que manan leche y miel *(Éxodo* 3, 8; *Levítico* 20, 24). En el Nuevo Testamento, san Pedro (I 2, 2) habla de la gracia como de leche que todo cristiano desea recibir.

[340] Promete pues que no impondrá ninguna pena capital, sino la privación de los derechos civiles: confiscación de bienes y quizá también el exilio.

[341] Conocido sólo por este pasaje, sería el *quaestor sacri palatii.*

que fueron sobreseídos incluso tipos de culpa que se pensaba habían sido reservados para el castigo.

136 Mientras tanto, el insigne rey hace llamar en privado al venerable obispo Epifanio y se dirige a él con las siguientes palabras[342]:

«Oh glorioso obispo, mi decisión te demuestra cuán grande es la estima en que te tengo: aunque parece que en el ámbito de nuestro reino hay tantos prelados, en un asunto de tanta importancia te he elegido a ti como si fueses el único. Y cuantos valoran así tus méritos no han sido llamados a engaño por
137 una opinión mal fundada. Con razón se piensa que tú eres el único: frente a tu resplandor, como ante el de la luna, la luz de las estrellas menores se ensombrece y los rayos de una luz modesta se oscurecen ante la luz luminosa de tu conciencia. ¿Quién va a buscar la luna cuando resplandece la luz del sol? ¿Quién quiere la ayuda de candelas, cuando la hoguera de la fe se enciende con fuegos inextinguibles? En fin, debo enviar a un embajador a quien el destinatario escuche con placer.

138 «Ves que todas las tierras de Italia están privadas de sus primitivos habitantes. Para mi tristeza, el campo feraz produce espinas y plantas silvestres y la Liguria, antes famosa madre de mies humana, que solía tener una prole numerosa de ciudadanos, ahora, privada de hijos y estéril, muestra a nuestros ojos un césped desnudo. A dondequiera que vuelvo la mirada, recordando una superficie rica en viñedos, la tierra se vuelve
139 a mí y me entristece, privada de campos arados. ¡Oh, dolor! Ningún jugo se vierte ahora en los labios de aquellos a quienes la antigüedad llamó enotrios[343], a causa de la abundancia de su

---

[342] Le encarga pues la embajada a los burgundios para que devuelvan a su lugar de origen a la población que habían deportado algunos años antes en su incursión devastadora. Véase M 1, 54.

[343] Son los habitantes de Enotria (del griego *Oinótria*, región del vino), toponímico, que en poesía se utiliza con frecuencia (Servio, Claudiano, Sidonio Apolinar) para designar a toda Italia.

vino. Y aunque el brutal burgundio sea responsable de esto, si no ponemos remedio seremos sus cómplices. ¿Dejaremos de ayudar a la patria devastada, mientras el oro yace en nuestros depósitos? ¿Qué diferencia hay entre doblegar los ánimos del adversario con la espada o con el dinero? Ofrecer al enemigo lo que capta su mente equivale a vencerle; esconderlo, a ser vencido.

«Asume pues, con la ayuda de Cristo, la carga de esta 140
tarea de la cual podemos recibir el premio compartido de la
gracia celestial, porque el triunfo sobre mis enemigos gracias
a ti, sin derramamiento de sangre, es un nuevo título de glo-
ria que se une a mis hazañas. Su rey es Gundobado[344], que
desde tiempo ha te respeta y tiene un gran deseo de verte. 141
Créeme, tu sola presencia será el precio para el rescate de los
prisioneros itálicos. Yo, por mi parte, tendré fe en que serán
liberados aquellos que deseo, si un libertador como tú va a
aquellas tierras. ¡Con qué gran apoyo se rinde aquel a cuyos
ojos te presentamos! Mas, ¿por qué tardo en proporcionar
brazos a los campos que los están pidiendo[345]? Te prometo
el renacimiento de la Liguria, prometo que la fertilidad y la
fecundidad del suelo volverán tras tu peregrinación transal-
pina. De los fondos a nuestra disposición se te concede el oro
para la importante empresa que va a llevar a cabo un legado
de tu categoría[346]».

---

[344] Sobrino de Ricimer, había ayudado a éste en su lucha contra el emperador Antemio —ver n.79—, a cuya muerte fue nombrado patricio y gobernó Italia entre 472 y 474, de donde se retiró a la Galia, para tomar posesión del reino burgundio. Es posible que llegara a conocer a Epifanio en el tiempo que pasó en Italia. Véase más adelante, n. 152.

[345] Cf. LUCANO, *Farsalia* I 29.

[346] Con este discurso, Teodorico encomienda a Epifanio que parta de embajador suyo ante Gundobado. Los sucesos históricos descritos en estos párrafos son difíciles de reproducir. Según F. GABOTTO, *Storia...* págs. 345 ss., los burgundios intervinieron en Italia en ayuda de Odoacro en 489

142 Epifanio, lumbrera de los obispos, responde a esto:

«Príncipe venerable, si pudiera expresarse en un discurso la alegría inmensa con la que has llenado mi corazón, pronunciaría una alabanza espontánea e interminable a tus méritos. Mas las lágrimas, que, normalmente provocadas por el dolor, me vienen ahora del gozo, muestran cómo un nudo en la gar-
143 ganta me impide hablar. Comprende, pues, cómo siento dentro de mí —más de cuanto soy capaz de expresarlo—, el reconocimiento debido a un rey óptimo, tanto para nosotros como para sí mismo. ¿De qué haré mención en primer lugar? ¿De tu superioridad frente a todos los emperadores precedentes en la justicia[347], o en la habilidad para la guerra, o en el amor hacia los súbditos, dote aún más excelente que las anteriores? Tú tienes verdaderamente de qué acusar a los gobernantes de nuestro pueblo: redimes a aquellos a los que los demás dejaron repetidas veces caer prisioneros o hicieron prisioneros ellos mismos.

144 «Leemos como ejemplo digno de una alabanza excepcional que David se acercó al cielo sobre todo por este motivo: tuvo piedad de Saúl, su enemigo, cuando lo tenía a su merced y que, en testimonio de todo lo que habría podido hacerle, tomó solamente una parte de su manto, como prueba de la posibilidad que había tenido de matarlo y de su lealtad. ¡Oh, buen Dios, en qué medida compensarás la acción de éste que trata de libertar a tantos oprimidos, Tú, que has ensalzado a
145 David por haber salvado la vida a uno solo[348]! Lleva pues a tér-

(ver M 1, 36). Teodorico consiguió que se retiraran al firmar con ellos un pacto, pero al año siguiente, durante el asedio de Pavía, los burgundios, que se habían sumado al traidor Tufa (ver n. 111 y nota correspondiente), devastaron la Liguria y deportaron a buena parte de la población. Una pequeña variante textual presenta la edición de G. Hartel, quien, siguiendo el códice de Bruselas, lee *es*, en vez de *est*. Es decir, «que vas a llevar a cabo en calidad de legado».

[347] Cf. Virgilio, *Eneida* XI 126.

[348] Ennodio aduce el ejemplo de David, como en n. 63.

mino, diligente, lo que has comenzado; lleva con alegría el ofrecimiento que te hará feliz y estimúlame, aunque yo ya esté dispuesto, a fin de que, al ofrecer un sacrificio tan agradable, no te frene el obstáculo de mi lentitud. De la voluntad de Cristo, nuestro Redentor, dependerá el conceder —y sabemos que ocurrirá, porque nos ha dado pruebas de ello en el pasado— que realmente puedas ofrecer tus holocaustos a través de mis
manos. Te ruego además que tu clemencia me permita tener 146
como compañero y participante en este viaje a Víctor, obispo de Turín, que es un claro compendio de todas las virtudes[349]. Junto con un compañero tal prometo, seguro de nuestro Dios, que todos nuestros ruegos serán atendidos».

Oído esto, el eminentísimo rey dio su consentimiento. Y el 147
reverendo obispo, saludándolo, salió. Inmediatamente se puso a su disposición el dinero que debía transportar para el rescate; el obispo lo recibió, partió y llegó aprisa a Pavía. Y aunque el mes de marzo imponía todavía a los ríos frenos de hielo, con una pesadez invernal y las cimas de los Alpes, blancas de nieve, amenazaban de muerte a quien las atravesaba, el calor de la fe supera el frío mortal y las tierras ateridas por el hielo[350]. Quien ha puesto su fundamento en la piedra no resbala
nunca sobre el hielo. Así pues, preparado el equipaje para el 148
viaje, partió[351]. Se diría que todo lo que podía haberle retenido le servía de estímulo y que prescindía incluso del reposo para tomar alimento; y que, mientras aquel recorrido lleno de dificultades perturbaba a todos sus compañeros, él, acompañado

---

[349] Conocido, no sólo por este pasaje sino también a través de la Pasión de los mártires turineses, aunque no se sabe a ciencia cierta qué años comprende su pontificado.

[350] La idea de que la fe en Cristo supera los rigores del frío, aún el de los Alpes, aparece en SIDONIO APOLINAR, *Poemas* 16, 97 ss.

[351] Le acompaña Ennodio, quien con esta misión inaugura sus viajes diplomáticos —hacia el 494—, que habrían de continuarse a lo largo de su vida.

de una segura esperanza de vida, era el único que no conocía el miedo en medio de los peligros.

149 Entre tanto, la fama que siempre le precedía en sus viajes
y era diligente en prepararle la acogida, llegó antes que él y
expuso sus cualidades a los galos con tales relatos que éstos
se turbaron, como ante la llegada o la presencia de una divi-
nidad celestial. Acudían personas de toda edad y sexo y aquel
que estaba lejos del camino por él recorrido, se acercaba con
el deseo ardiente de verlo. Cada uno llevó todo lo que tenía
de valor y, si no lo poseía, lo compró de cualquier parte. Do-
150 quier encontraban la patria, doquier la acogida generosa. Sus
mesas estaban llenas de regalos no comprados[352] y ellos, que
eran extranjeros, obtenían sin pagar aquellos víveres que los
habitantes sólo podían tener después de haberlos adquirido.
Él distribuyó los bienes recibidos entre todos los indigentes
que encontró: alimentaba a los pobres tanto en su patria como
en el extranjero y nunca ocurrió que lo que se le traía fuera
sustraído a los pobres.

151 De este modo entró con asombrosa rapidez en Lyon, donde a la sazón ocupaba la sede episcopal Rústico, un hombre que siempre se comportó como obispo, incluso durante la magistratura que había desempeñado anteriormente, y que, bajo la toga del foro, había actuado como si fuera jerarca de la Iglesia[353]. Éste acudió a recibirle a la otra orilla del Ródano, lleno

[352] Esta imagen está tomada de VIRGILIO, *Geórgicas* IV, 133.

[353] Por lo que dice Ennodio aquí, y lo que se sabe de este personaje a través de su epitafio (CIL 13, 2395), se puede concluir que antes de llegar a ser obispo ocupó cargos de relieve en la vida civil, sobre todo en el foro, en el que destacó por su moderación y dotes oratorias y que fue un consejero del rey burgundio, quizás tanto antes como después de acceder a la sede. Se calcula que Epifanio cumplió esta misión hacia marzo del 496. Sin embargo, existe una carta del papa Gelasio, firmada dos años antes, en la que explica a Rústico la embajada de Epifanio: «Nuestro hermano Epifanio —que parte con destino a tu región para rescatar y redimir a los cautivos de su pue-

de alegría espiritual por la llegada de Epifanio, se informó del motivo del viaje, lo instruyó sobre las argucias del rey. Y para que no le cogiera de improviso la astucia de éste al responder o al hacer objeciones, Epifanio, en el fondo de su pecho, se fortificaba, preparándose para la confrontación.

Y cuando Gundobado, señor de aquel país, supo que Epi- 152
fanio había llegado, dijo a los suyos:

«Id y ved al hombre que, por sus méritos y su aspecto, he comparado siempre con el mártir Lorenzo[354]. Preguntadle cuándo desea verme, e invitadlo una vez que lo haya decidido».

Pronto acudió a él la multitud de cristianos que rodeaban al príncipe, estupefactos porque aquella fama difundida por tantas lenguas, por más que fuera grande, se mostraba mucho menor que la realidad; y es que, en relación con él, sólo las palabras no bastaban para describirlo, mientras que, en rela-
ción con los demás, la fama superaba siempre la realidad. Se 153
fijó por tanto el día en que vería al rey. Cuando entró en su presencia, lo saludó y ambos se alegraron mutuamente del encuentro. Epifanio dio a Víctor, persona notabilísima, el permiso para abrir la embajada, si quería; mas éste, pronto como
estaba a cualquier acto de humildad, le devolvió el honor a él. 154
Enseguida nuestro obispo, honra de Italia, comenzó su discurso con estas palabras:

«Nobilísimo príncipe, el inmenso amor que siento por vos me ha llevado en el curso de este viaje a luchar contra el

blo— te explicará qué gran persecución padecemos por culpa del gran impío Acacio [...] Ayuda a nuestro hermano Epifanio, que note que le amas, y cuando vuelva a su patria, ten la bondad de escribirme lo que tú mismo y nuestros hermanos constituidos en obispos para las Galias pensáis sobre la causa del muy impío Acacio». Escrita el día octavo antes de las calendas de febrero (es decir, el 25 de enero), en el año de los cónsules Asterio y Presidio.

[354] Lorenzo fue mártir durante la persecución de Nerón en Roma. La tradición lo presenta como un ejemplo de caridad para con los pobres, hacia quienes se mostró siempre generoso, así como de firmeza frente al poder temporal.

tiempo y la naturaleza, a no temer los peligros de los montes
helados que, convirtiendo las aguas en algo duro como el me-
tal, amenazan con la muerte por congelación. He atravesado
en meses inadecuados puertos nevados, caminando mientras
el hielo retenía los pies allí donde estos se posaban; en resu-
men, no he temido la muerte con tal de traerte con rapidez
155 el don de la salvación eterna. Soy llamado a dar testimonio
en asuntos celestiales entre dos óptimos reyes en el caso de
que tú, en tu clemencia, accedas a lo que él, en su genero-
sidad, te pide. Dividid en partes iguales el don que Dios ha
prometido y ninguno lamentará ningún daño; es más, ambos
sacaréis provecho. Combatid, generales invictos, y superaos
mutuamente en poner en práctica los preceptos divinos. En
conflicto semejante, el vencedor obtendrá el premio, sin que
el vencido pierda su recompensa. Seguid mi consejo y ambos
seréis iguales en la victoria.

156 «Él desea rescatar a los prisioneros: tú restitúyelos a su
tierra nativa sin pedir rescate. Creedme, en esta contienda
ninguno de los dos recibirá algo más valioso ni más grande
que quien no haya recibido nada. El premio, es decir la par-
te que corresponde al rival, le será quitado y, créeme, su ga-
nancia pasa a tu favor, si decides regalarle aquellos a quie-
nes no sería vergonzoso vender. En este negocio, ¡qué gran
pérdida de la recompensa divina acarrea el oro a quien lo
ofrece, si el destinatario lo restituye; y cuánta pobreza aporta,
157 si lo acepta[355]! El desprecio del dinero hará ricos a tus ejér-
citos; la aceptación del mismo, los hará pobres. Escucha la
voz de los itálicos que te suplican y acoge con serenidad los
ruegos de quien confía en ti. Escucha a la Italia que jamás

[355] Como se ve, estos dos últimos párrafos son una sucesión de paradojas: en esta contienda, los dos contrincantes pueden vencer; el que más recibe es quien no recibe nada; el que da, pierde en la medida en que el destinatario restituye la ofrenda, mientras que el destinatario perdería si aceptara.

se ha apartado de ti y que espera mucho de tu clemencia; la Italia que, si hablase, diría a una voz: "¿Cuántas veces, si es que te acuerdas, has ofrecido en mi defensa tu pecho armado a los enemigos?[356] ¿Cuántas veces te opusiste con tu consejo a que se desencadenaran guerras para que ninguno de los míos fuese conducido prisionero a cualquier parte de la tierra? Has sido tú el que ha alimentado a esos a quienes ahora retienes como prisioneros. Tu valor me ha beneficiado de un modo 158
engañoso, si el guardián se vuelve ahora contra aquellos a quienes ha defendido frente a los extranjeros. ¿Quién, cargado de cadenas, no lloraría aún más su dura suerte, si es su antiguo libertador quien le precipita en esa situación? Y, ¿quién huiría al oír el estrépito de tus armas que, en la dificultad, constituyeron un refugio segurísimo?".

«Las ilustres matronas, al ser llevadas a la esclavitud, con 159
las manos cruzadas sobre el cuello, prometían que tú serías su vengador; las vírgenes estaban convencidas de que, si perdían su pudor por el asedio de violadores, eso podría disgustarte. En resumen, nadie fue hecho prisionero mientras huía[357]. Las laboriosas familias de campesinos y sus hijos, acostumbrados a las duras azadas, a quienes una noble sencillez alimenta en su tierra, con los cuellos ligados con cinchas y las manos atadas con un nudo estrecho, no decían en su propia defensa más que:

"Lo sabemos y lo reconocemos sin ninguna duda: ¿acaso 160
no sois vosotros nuestros burgundios? Guardaos de no tener que excusaros de vuestras acciones ante vuestro piadoso rey y de no tener que esconder esos crímenes como hacen los habitantes de la ciudad. ¿Cuántas veces estas manos que ahora pretendéis atar han pagado tributos a nuestro señor común? Sabemos que él no ha ordenado todo esto".

---

356 Cf. CICERÓN, *Catilinarias* I 17

357 Nadie sentía la necesidad de huir, porque confiaban en quien les apresaba.

161 «Aquellos desventurados se valían de tu autoridad como sostén. Y la confianza en tu integridad fue la causa de la muerte para muchos que, capturados, respondían con excesiva soberbia. Devuelve, pues, a la patria a los supervivientes, devuélvelos a su tierra de origen, devuélvelos para tu gloria. Tú, antiguo señor de esta provincia, ámala aunque ahora esté en manos de un nuevo soberano; restituye, aunque sea al poder de otro, a aquellos que, aun allí asentados, saben que todavía te perte-
162 necen. En efecto, somos poco agradecidos al gobierno de aquel a cuya bondad no debemos nada. Libera de abrojos a la Liguria que bien conoces y llénala de cultivos: si un día puede volver a contemplar su aspecto propio, comprenderá en qué medida lo debe a tus favores. Es costumbre tuya ser indulgente con quienes te suplican y oprimir a los soberbios[358]. Así lograrás grandes triunfos, en un sentido con la espada y en el otro con la moderación. Conmuévete ante los llantos nuestros y los de
163 nuestros conciudadanos. Y así, ojalá crezca para ti un legítimo heredero[359], que te suceda en este reino, y puedas tú revivir para gobernar a los burgundios por medio de la esperanza en una descendencia adulta. Y aunque tú hagas este regalo a Dios, añade además que no lo haces a extranjeros: el señor de Italia se une a ti con un vínculo de parentesco: que el regalo de boda de tu hijo hacia su esposa del Lacio sea la liberación de los prisioneros y que ofrezca a su prometida esposa un don que Cristo tenga a bien aceptar[360]».

---

[358] Ideal de la política romana, reflejado en el hexámetro contenido en el discurso de Anquises, en VIRGILIO, *Eneida* VI 853: *parcere subiectis et debellare superbos*: «perdonar a quienes se someten y combatir a los soberbios».

[359] Los tratados de retórica aconsejan acabar los panegíricos con una oración por un heredero. Véase M 1, 93.

[360] Uno de los puntos en los que se apoyaba la paz entre Teodorico y Gundobado, cuando los burgundios se retiraron de la Liguria, había sido la promesa en matrimonio de Ostrogodo, hija del primero, con Segismundo, el

Dicho esto, después de hacer una seña a su santo colega 164
Víctor se puso de pie y ambos se dirigieron al rey llorando e inclinaron la cabeza junto con todos los que estaban presentes.

Entonces el rey nobilísimo, hábil como era para hablar, rico en elocuencia y dotado orador, replicó a sus palabras con estas otras:

«Tú que me animas a la paz, ignoras los derechos de la 165
guerra y, al hacerte promotor de la concordia, quitas fuerza a la situación establecida por las armas. Lo que tú tienes por un error, es la ley de quien combate; las hostilidades ignoran el freno que tú, astro de luz cristiana, nos muestras. Nadie practica en la guerra, ¡oh, egregio moderador!, ese comedimiento que tu discurso, lleno de elegancia, enaltece. Es ley
de guerra que sea lícito todo lo que normalmente no lo es. Es 166
posible que esta paz exija para sí las medidas por ti descritas, pero quien no castiga a su enemigo, lo favorece. Si cortamos una tras otra las raíces del poder de nuestro adversario, éste es privado poco a poco de la fuerza de su reino. He devuelto al rey de aquellas tierras la injuria que tú piensas que yo le he inferido. Engañado por una alianza falaz, no he hecho otra cosa que reconocer abiertamente a los enemigos, lo cual es
una medida de precaución. Quiera Dios, no obstante, que el 167
tratado firmado entre nosotros se mantenga por mucho tiempo: encontrarán constante en la amistad a aquel cuya dureza han experimentado en la guerra. Mas vosotros, santos varones, volved tranquilos a las casas en que os alojáis, mientras yo,

heredero burgundio. Este matrimonio se proyectó en 489, pero no se efectuó hasta 496, quizá de resultas de esta misión diplomática de Epifanio. De todos modos, hay dos versiones de esta frase: MGH y M. Cesa leen *sponsalicia*, mientras CSEL entiende que el texto dice *sponsa Latia* —es verdad que lo dan la mayor parte de los manuscritos, sobre todo el B—, traducción que no adoptamos: llevaría demasiado lejos el intento de Ennodio de romanizar la familia y la misión de Teodorico.

tras considerar lo que conviene a mi alma y a mi reino, os anuncio lo que me convenga hacer». Oído esto, los obispos se marcharon.

168 Entonces el rey hizo llamar a Laconio, quien siempre había cumplido con lealtad sus encargos, ya con sus acciones, ya con sus palabras, y a quien hacían ilustre su cuna noble y la dignidad consular de sus antepasados, gracias a su honradez ejemplar. Con él solía discutir el rey cuando pensaba realizar acciones justas y buenas; y así como la nobleza no es compatible con los vicios, ni el esplendor natural se asocia a las adulaciones, cada vez que el rey quería tomar una medida bondadosa, Laconio, tras haber sido consultado, le animaba a
169 redoblarla. El rey dijo a éste:

«Ve, Laconio, y despliega todas las velas de tus deseos[361]. Hemos oído con gusto a un obispo y al beato Epifanio; las lágrimas, reveladoras del alma, dan fe de que estabas conmovido por sus ruegos, mientras hablaba en nuestra presencia. Ve y dicta con toda libertad los decretos con los que puedes romper
170 los durísimos lazos de aquel pacto[362]. Sea permitido que ahora el nuestro[363] (consentimiento) libere a todos los italianos a quienes el temor a la cautividad ha hecho prisioneros de nuestros burgundios; a aquellos que cayeron en la servidumbre empujados por el hambre o por el miedo al peligro; en fin, a aquellos que nos fueron concedidos o asignados por el consentimien-

[361] Laconio era, como se ve, no sólo un consejero del rey, con tratamiento de ilustre —véase nota a n. 38—, sino que ejerce funciones legislativas. A él dirige Ennodio alguna de sus epístolas (II 5; III 16; V 24).

[362] G. HARTEL lee y puntúa este pasaje de modo diverso. La diferencia fundamental consiste en que entiende *ilicet*, en lugar de *liceat*. Según él, la traducción sería: «Ve y dicta con toda libertad los decretos con los que puedes romper de inmediato los durísimos lazos de aquel pacto con los italianos».

[363] La construcción de este párrafo —*consensus principis sui, noster*— permite a Ennodio la elipsis del segundo *consensus*. Este efecto retórico es imposible reflejarlo en la traducción.

to de su príncipe. Mas aquellos pocos, a quienes los nuestros arrancaron de las manos del enemigo en el fragor del combate; de ellos, reciban un rescate, aunque sea limitado, no vaya a ser que no aprendan a detestar situaciones de guerra, cuyas ventajas no conocen, por haber soportado sus inconvenientes»[364].

Recibida la orden del rey venerable, Laconio, celoso, con 171
expresión concisa, expuso las diferentes formas de indulgencia y entregó las cartas al insigne obispo, quien las tomó con respetuosísima expectación y abrazó con entusiasmo al portador de tamaña gracia. Y cuando se difundió la noticia, se agolpó en torno a él una multitud tan grande de gente ya libre, que se habría podido creer que los campos de la Galia se habían quedado sin habitantes. Yo soy testigo[365] de que sólo en la ciudad de Lyon fueron liberados, para que volvieran a Italia, cuatrocientos hombres en un solo día: en efecto, por mis manos, por orden del obispo, fueron llevadas a las cárceles las listas de rescate de los prisioneros[366]. Y sabemos 172
con certeza que lo mismo ocurrió en todas las ciudades de la Saboya o de las demás provincias, de modo que fueron devueltas a las tierras patrias más de seis mil almas, liberadas tan sólo por los ruegos del beatísimo varón. No he podido averiguar el número exacto de los que fueron rescatados con dinero, porque, de entre ellos, muchos se dieron a la fuga; y sucedió que entonces a todos los prisioneros, para librarse, les

[364] Pide por tanto rescate solamente por los verdaderos prisioneros de guerra y la razón que da, ciertamente complicada, es que así conocerán por propia experiencia, no sólo los inconvenientes como hasta ahora, sino también las ventajas de la guerra.

[365] Un pasaje del que se desprende con claridad que Ennodio mismo tomó parte de modo activo en esta embajada.

[366] Aparece la palabra *pictacia*, utilizada por Casiodoro en el sentido de recibo o nota de pago. Originariamente, en griego, *pittákion* era un trozo de cuero o pergamino que se colocaba en diversos objetos como rótulo o etiqueta.

bastaba aprovechar la oportunidad que se les dio de pasarse a los burgundios[367].

173 Después de que se invirtió aquella gran cantidad de dinero, enseguida aportó oro para los gastos del rescate la famosa Siagria, que constituye un tesoro para la Iglesia, cuya vida requeriría una larga narración[368]. Pero basta conocerla por sus obras, que son superiores a cuanto se podría decir sobre ella. Y fue una ayuda también Avito, obispo de Vienne, el varón más insigne de la Galia, en quien la sabiduría se había refugiado
174 como bajo el techo de una casa resplandeciente[369]. ¿Qué más? Sobre todo gracias al oro de Avito y Siagria fue posible que la juventud de la Liguria no sirviera más a los galos. El santísimo varón no se detuvo ni en una sola localidad de aquella región, para evitar que la crueldad de los señores pudiese retener a quien se encontraba lejos de su casa. Estuvo en Ginebra donde había puesto su sede Godigisclo, el hermano del rey; y éste, siguiendo el ejemplo de la decisión fraterna, se asoció a sus buenas obras[370].

---

[367] A este propósito escribe PAULO DIÁCONO: «(Epifanio), enviado por Teodorico a Gundubado a las Galias para redimir a los prisioneros, rescatada una innumerable multitud por la que pagó un precio, trajo consigo seis mil cautivos que le fueron confiados por el respeto que inspiraba su santidad»: XV 18.

[368] Esta mujer, noble y piadosa, es conocida también a través de otras vidas de santos.

[369] Alcimo Ecdicio Avito, de familia senatorial gala a la que pertenecía el emperador Avito, pariente de Sidonio Apolinar y obispo de Vienne. Es conocido, sobre todo, como escritor de un poema que consta de cinco cantos en hexámetros sobre la gesta de la Historia sagrada: *De spiritalis historiae gestis*. En cuanto a Vienne, era una vieja colonia romana de la Galia narbonense, cristianizada en el s. II d. C. y desde el III sede episcopal. En ella se celebraron una larga serie de concilios provinciales a lo largo de la Edad Media. La palabra que traducimos por «techo» *(diuersorium)*, que se encuentra ya en Cicerón, tiene claras connotaciones evangélicas: *Lucas* 2, 7; 22, 11.

[370] Ginebra, la ciudad de los celtas alóbroges, incorporada al imperio romano a finales del s. II a. C. y famosa por su aparición en los comentarios de JULIO CÉSAR a la *Guerra de las Galias*, estuvo en poder de los burgun-

En breve espacio de tiempo regresaron tantas falanges de liberados que se habría visto por doquier bullir los caminos de soldados que volvían a la patria alabando a nuestro Dios y al brillantísimo obispo Epifanio, que con su afanosa obra de mediación, les había arrancado de la esclavitud. Y para que Epifanio, nuestra lumbrera, no quedara al margen de un triunfo tan grande y un espectáculo tan maravilloso no fuera hurtado a sus ojos, él en persona volvió con ellos. Se habría podido ver la muchedumbre libre conducida como para un triunfo celestial y la tierra bañada con lágrimas de alegría, en vez de con la sangre de las víctimas, mientras el general de estas cohortes saltaba sobre el carro de Elías[371] y, gracias a sus méritos, era arrebatado al cielo en una cuadriga a la carrera. 175

Alejandro[372], príncipe de Pela, a quien una falsa alabanza llamó pacificador de la tierra, no condujo a una multitud de prisioneros de todos los pueblos tal como éste devolvió a la patria. He aquí que ahora sabemos que verdaderamente los ánimos de los guerreros fueron vencidos por la santidad y que cedió a los ruegos de un elegido aquel príncipe que siempre había expuesto su pecho a las lanzas. En este ejemplo reconoce, lector, cuánto más afilada estuvo la hoja de las palabras que la de la espada: la elocuencia venció a aquel a quien se habían sometido las espadas[373]. 176

---

dios a partir del 443, hasta que éstos pasaron a ser dominados por los francos en 534. Convertida al cristianismo en el s. IV, a partir del 400 hay noticias de que se convirtió en sede episcopal y, por lo que se deduce de este texto, residencia del hermano del rey. Los dos hermanos parece que habían emprendido juntos la expedición a la Liguria, de ahí el interés de Epifanio en que Godigisclo se sumara a la decisión de Gundobado.

[371] Esta escena aparece en el Antiguo Testamento, II (IV en la Vulgata) *Reyes*, 2.

[372] Ennodio había empleado esta comparación en M 1, 78. En ese pasaje es más sorprendente porque se aplica a la vida de un santo.

[373] La interpelación al lector subraya la importancia del acontecimiento al que se alude: la elocuencia triunfa sobre las armas.

177 Así pues, mientras, pasados tres meses, el obispo volvía a Pavía con este trofeo, llega a Taransia[374] —así se llama una ciudad cercana a los Alpes—, donde una mujer sufría por el acoso grave de un espíritu inmundo: e, inmediatamente después de recibir su bendición, se retiró, una vez liberada. Él, por su parte, apareció de modo insospechado ante los ojos de sus fieles que no lo esperaban: de improviso fue visto aquel de quien apenas se creía posible recibir noticias.

178 Y en cuanto volvió, se preocupa, como era habitual en él, de que aquellos a quienes Dios, gracias a él, había concedido la libertad no tuvieran problemas para volver a entrar en posesión de sus propios bienes: sobre todo se ocupaba de la suerte de los nobles, para quienes la ruina podía ser aún más gravosa en la patria si, al volver, vivieran pobremente y si, de las escaseces del destierro, hubieran perdido sólo las ayudas
179 de la caridad[375]. No quiso inmediatamente ir en persona al invictísimo rey Teodorico para que, puesto delante de él, no pareciera que solicitaba una compensación a su esfuerzo, enumerando los favores y los servicios que le había rendido. En efecto, es como si pidiese el premio que se le debe, todo aquel que, tras cumplir las órdenes del príncipe, va personalmente a anunciar todo lo que ha hecho. Así pues, considerando esto, aquel hombre de exquisita prudencia se mantenía a distancia.
180 Sin embargo, escribió al rey y confió a una carta la relación de los hechos, para no ser considerado despectivo, si hubiese callado, ni arrogante si hubiera corrido a presentarse en la corte.

---

[374] La actual Moutier, en el cantón suizo de Berna, era entonces capital de la Saboya.

[375] Es decir, la preocupación del obispo era que los nobles, al verse privados de sus bienes a la vuelta de la cautividad, siguieran sufriendo los males del exilio, más la privación de las ayudas caritativas.

¡Que digan aquellos a quienes, de desterrados, convertiste en personas riquísimas, oh venerable obispo, cuánto más logró tu ausencia, cuánto obtuvo el espectáculo de tu humildad!
En efecto, todo lo que aquel obispo excepcional pidió al rey 181
por escrito a favor de los desventurados, lo consiguió inmediatamente: el príncipe se alegró al dar en abundancia al que le suplicaba, pensando que era suficiente, como recompensa a sus afanes, cualquier beneficio que gracias a él hubieran obtenido los pobres y los rescatados[376].

Cuando todos los liberados fueron reintegrados en sus 182
derechos por concesión del mejor de los príncipes, el admirable obispo pensaba haber llevado a término ya sus pesadas fatigas; cuando, tras ni siquiera dos años, es arrancado del seno de su tranquilidad tan deseada, como una navecilla es arrojada del puerto por una tempestad que hincha sus velas. En efecto, se impone a las espaldas enfermas y débiles de los
ligures un peso de tributos casi intolerables. De nuevo se recu- 183
rre a ti, consolador de los afligidos: se te explica que en vano has conducido a los ciudadanos a la patria, si no les socorres cuando están en peligro en el suelo patrio. Y como nunca fue rechazado quien presentó una petición ante ti, hiciste tuya la causa de los infelices y te preparaste inmediatamente para nuevas empresas.

Para implorar al rey en nuestro favor, corriste a Rávena, ciudad que habías evitado para que ninguno pudiera dirigirte alabanzas, tras tus triunfos en la Galia. Vences las amenazas del cielo y los peligros de las tempestades, como si aún tuvie-
ras la robusta salud de los años mozos. Nunca tus miembros, 184
de por sí inválidos, se te negaron en el servicio de las almas. El frío, las lluvias, el río Pó, los ayunos, la navegación, el peli-

[376] La devolución de las posesiones a los rescatados era un tema delicado, puesto que los ostrogodos se habían asentado en esas tierras, es decir los *digniores* del pueblo de Teodorico.

gro, los truenos, las paradas al raso a las orillas de los ríos, los puertos inseguros sin apenas tierra firme; todo esto fue agradable para tu virtud y grato en vista del éxito. El eminentísimo rey, que deseaba ardientemente verte, se entristeció ante tu presencia: con tu misma llegada, aún antes de hablar, explicaste nuestras dificultades y los peligros que habías superado dieron muestras de cuántas lágrimas de tus conciudadanos te habían empujado.

185 Y cuando estuvo en presencia del príncipe, comenzó a hablar así: «Oh rey venerable, escucha con tu habitual serenidad de juicio las súplicas de tus siervos: la costumbre, que me ha enseñado a mí a pedir lo necesario, te ha educado a ti en concederlo. Es norma tuya, oh caudillo invicto, dar siempre prueba de comprensión; has alimentado siempre las esperanzas a futuras peticiones, no oponiéndote a las que se te presentaban. La confiada convicción de haber obtenido siempre de vos los fa-vores solicitados ha abierto el camino a nuestros ruegos para pedirlos de nuevo. Concede a tus lígures aquello con lo que tú mismo puedes favorecerte; dales lo que tú puedes reco-
186 brar. La indulgencia en el presente es ganancia para el futuro. Es habitual en un buen príncipe amar la fama, junto con las virtudes y ordenar su reino como si fuera a pasar a descendientes de su estirpe. Los señores cuyo poder es inseguro quieren solamente lo que consiguen, mientras que quienes están firmes
187 en el trono valoran sobre todo lo que conceden. Así confiamos a la tierra pequeñas simientes para recogerlas multiplicadas: el fruto se triplica, sin cometer por ello un injusticia. Es propio de un buen emperador poseer las riquezas de un gran señor. Concede a la Liguria la inmunidad para este año, tú que has devuelto desde una tierra extranjera a los mismos que ahora te suplican. Interrogue vuestra clemencia a los presentes para saber qué rica ha sido la cosecha de este año: nadie se atreverá a mentir a quien tiene a su servicio personas que pueden refutar cuanto ha sido afirmado».

A esto, respondió el príncipe: «Aunque grava sobre nosotros el peso de gastos inmensos y aunque sin interrupción concedemos dones a los legados para su tranquilidad, sin embargo la fuerza de tus méritos influye en nuestras deliberaciones de un modo digno de respeto. Se impone hacer todo lo que has expuesto; me place todo lo que ordenas. En efecto, creemos que se suma a nuestro favor todo lo que tú mismo logras arrancarme. No me pidas, como a raíz de haber sufrido una desgracia, tú que tienes tanto que podrías exigirme[377]. Renunciaremos por tanto a dos partes del presente gravamen fiscal y recaudaremos sólo la tercera parte: así la penuria de nuestro tesoro no provocará gastos mayores a los romanos y tu petición reportará a la patria la alegría esperada». Cuando el rey hubo hablado así, el gran pontífice le dio las gracias y, despidiéndose, se marchó. 188

189

¡Ay, dolor y llanto! Solícito, iba al encuentro de todos, como para rendirles un último servicio o hacerles la última visita. Aunque su casa estuviera llena de una multitud innumerable de pueblo cristiano, él se dirigía a la casa de cada uno. Nadie, embotado en la rudeza propia de la mente humana, podía abrigar la funesta sospecha de que estuviera próxima su partida, que él veía cercana por revelación del Espíritu. 190

Salió de Rávena con tiempo de nieve, de esos de los que la gente se suele resguardar dentro de sus casas, y atravesó con prisa las ciudades de la Emilia[378], como si se apresurase hacia el refugio de la sepultura. Con todos los obispos a quienes encontró en el camino fue generoso, disponible, cortés y, como si quisiera dejar un modelo, aún más brillante de lo 191

---

[377] Es decir, podría presentarse exigiendo, no como quien ruega después de haber sufrido una desgracia.

[378] Se trata de la *uia Emilia* —continuación de la *uia Flaminia*—, que conducía de Rimini a Piacenza. Fue construida por Marco Emilio Lépido, cónsul en 187 a. C.

que era él mismo[379]. Mas cuando entró en Parma, ciudad que estaba en su camino, se le coaguló en los órganos vitales ese humor que los médicos llaman catarro y que, infiltrándose profundamente en sus miembros, se ensañaba en él para su ruina total.

192 Mas, ¿qué temes, discurso mío? ¿de qué te horrorizas, como de los escollos que hacen naufragar? Quieras o no, es necesario narrar la muerte de aquel cuya vida has descrito, si bien de un modo somero, dado que su muerte no podría quedar oculta ni con el alargamiento del relato ni con una prolongación de sus alabanzas. Y aunque la nave de mi narración se hurte navegando a los canes de Escila[380] y a las abiertas fauces de Caribdis[381], que hacen peligrar amenazadoras con un rumor fragoroso, sin embargo no se puede evitar la muerte por naufragio. ¿Por qué temo describir los lamentos que necesariamente se han puesto de manifiesto con su nunca interrumpida erupción?

193 Así pues, mientras se acercaba a la ciudad de Pavía, a la sazón desgraciada, parecía que se encontraba sano y animado, pero, ya entrado en ella, cuando todos se alegraban de su regreso, la alegría se convirtió en llanto, al ponerse enfermo el mismo día y agravarse al siguiente. Y la enfermedad, que empeoraba día tras día, fue ayudada por la impericia de los médicos. La gente susurraba atónita, viendo en la caída de un

---

[379] Con la palabra *exagella*, que aparece en textos tardíos, y que traducimos por «modelo», Ennodio quiere expresar un molde moral, derivado de *exagium*, que en sí significa «peso». Entre Rávena y Parma pudo visitar a los obispos de Bolonia y Módena.

[380] Aunque de este mito existen diferentes versiones, Escila es un monstruo ladrador que acechaba en el fondo de una caverna, situada en una roca en la parte continental del estrecho de Sicilia y descuartizaba a todo ser vivo que se acercaba a la costa.

[381] Caribdis, a su vez, es un remolino de agua que, frente a Escila, arrastraba al fondo del mar a quien pasaba por el estrecho de Sicilia.

solo hombre la de toda la provincia y temiendo la ruina del mundo. Al séptimo día se produjo el desastre inesperado, la indescriptible calamidad, el luto inexpresable.

Mas el santísimo obispo, cayendo en la cuenta de que, 194
abandonado el peso de la carne[382], tanto más deprisa volaba hacia la pura luz celestial; él, que acostumbraba a decir «para mí, Cristo es vivir y la muerte, una ganancia», con ánimo alegre y rostro sereno repetía con frecuencia los versículos de David: «Señor, cantaré por siempre tu misericordia, anunciaré de generación en generación tu verdad con mi boca»; y el otro: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu[383]».
Y añadía, seguro de haber cumplido su misión: «Mi corazón 195
se fortalece en el Señor y mi coraje se enardece en Dios, mi salvación[384]» para que su alma inmortal volviera a su sede propia haciendo resonar himnos y cánticos, incluso a la hora de la muerte. Vivió cincuenta y ocho años y transcurrió treinta en este cargo episcopal, cuyos hechos lees tú, lector, aunque someramente descritos.

Pero no debo pasar en silencio el hecho de que sus santas 196
reliquias, hasta el tercer día —en que, como es sabido, fueron sepultadas con suma veneración—, aparecieron a los ojos de todos rodeadas de tanta luz y belleza que el rostro del difunto irradiaba el esplendor de su vida y se creía que ya desde entonces aquel glorioso vaso, en el que había estado verdaderamente encerrado el tesoro del gran rey, gozaba de la gloria celestial de la que había estado investido en la tierra.

No diré nada sobre los ríos de lágrimas y lamentos que 197
fueron derramados entonces, para no inferir un nuevo dolor

---

382 La imagen del cuerpo como prisión del alma —*das Gefängnis der Seele*— se encuentra en la Sagrada Escritura —*Libro de la Sabiduría* 9, 15— y tiene una gran difusión en la literatura cristiana.

383 Estas citas son, respectivamente: *Filipenses* 1, 21; *Salmos* 88 (89), 2 y 30 (31), 6.

384 I *Reyes* 2, 1.

después de tantos años. Cada madre que llegaba, decía a gritos que gracias a él había sido liberado su hijo; cada mujer, su marido; cada hermana, su hermano; cada soltero, él mismo. En resumen, en medio de una muchedumbre tan grande y de un concurso de personas, por decirlo osadamente, de todo el mundo, no había nadie que no debiera algo a su beneficencia.
198 Pero, por favor, abstengámonos ya del duelo; distendamos la frente arrugada por el dolor: aquel cuya muerte lamentamos en la tierra posee ya los cielos con Dios. Mas, ¿qué hacer si los sollozos estrangulan las palabras de quien os consuela, las lágrimas bañan mi rostro y todo lo que digo suena como un gemido? Y me doy cuenta de que quien llora no puede ser nunca buen consolador de un afligido. He consagrado estas palabras al santo padre y doctor sapientísimo —yo que soy apto por el afecto, no por la ciencia— con el fin de recoger algunas florecillas de su vida, como es costumbre de quien recorre un largo camino y no se para a saludar a todos aquellos a quienes encuentra[385].

199 Tú, alma poderosísima ante nuestro Redentor, concede que, privado de preocupaciones y libre de corazón, puro, te dirija las puras alabanzas que te corresponden. Por lo demás, no abandones a quien —después de en Dios— confía en ti, aquel a quien has señalado con las órdenes divinas[386]: hazlo partícipe de la suerte de las personas sagradas en la felicidad prometida por Dios.

[385] Esta última frase está tomada de SÍMACO, *Panegírico Valentiniano* I 14.

[386] En efecto, como hemos visto en su biografía, Ennodio había recibido las primeras órdenes de manos de Epifanio. La obra acaba, pues, con una oración dirigida al santo, como es habitual en la literatura hagiográfica.

OPÚSCULO IV
(240)

Vida de san Antonio[387]

RESUMEN

La obra tiene un prefacio (1-5), en el que el autor resalta la importancia de que se conserve testimonio escrito de las hazañas de los antepasados para que su gloria no caiga en el olvido, como el cuerpo (1-2). También responde a la objeción de que quien ha muerto para el mundo no necesita que se propague la fama de sus hechos porque ya los conoce Dios: son modelos de conducta, para nuestro provecho (3). Se dirige al abad Leoncio, que le ha encargado esta obra y le pide que rece por él a la vez que hace una profesión de modestia literaria.

El cuerpo de la obra consiste en la descripción de la vida del santo monje (6-42). Comienza con una invocación al Espíritu Santo, suplicando su ayuda (6). Alabanza a la Santísima Trinidad por la

---

387 Estamos ante otra obra hagiográfica y más específicamente ante la vida de un monje llamado Antonio. No se trata del gran san Antonio, padre del monacato, con el que Atanasio, patriarca de Alejandría (295-373), había comenzado en griego la tradición de este género literario, en cuya historia influiría de modo decisivo, sino de un monje que, al final de su vida, acudió al famoso monasterio de Lerins, huyendo de la fama de santidad que había conseguido en el mundo, como ermitaño. Véase B. C. G. núm. 337, 263-265.

venida al mundo del santo: lugar de nacimiento, estirpe (7). Infancia y primeros estudios, iluminado por la gracia divina (8). Educación a las órdenes de Severino (9). Abandona los intereses del mundo y se pone bajo la tutela del obispo Constancio, su padrino, quien lo educa en un clima de rigurosa disciplina (10-11).

Descripción de las desgracias que a la sazón azotaban la Panonia, a resultas de las cuales muere el obispo Constancio (12-14). Traslado de Antonio a Italia, al valle de la Valtelina (15). Una vez allí, se une al sacerdote Mario, quien enseguida valora sus cualidades y le hace clérigo (16-17). Huyendo de la vida en sociedad, Antonio se retira a la región donde está sepultado el mártir Fidel para llevar una vida monacal (18). Las fieras son sus únicas compañeras (19-20). Allí encuentra también a dos ancianos, uno de los cuales muere al poco tiempo de su llegada (21).

Descripción de las velas, los ayunos, las lecturas del monje, en busca de la virtud (22-24). Un criminal se acerca a él, simulando ser una persona virtuosa (25-26). Antonio le descubre, le conmina a la conversión y la logra (27-29). Su fama se extiende y, ante el temor de verse rodeado de tentaciones de soberbia, se retira a regiones más recónditas, donde sólo tiene por testigos a las bestias (30-31). Escena de su enfrentamiento con un oso (32-33).

De nuevo le persigue la fama y sus consiguientes peligros de soberbia (34-35). Soliloquio en el que resuelve retirarse al monasterio de Lerins (36-37). Llegada el monasterio y descripción de la vida en ese lugar (38-39). Su actitud y sus virtudes en los años que pasó allí (40). Su muerte, al cabo de dos años (40). No describe la fama de santidad después de su muerte, que deja a escritores sucesivos y más elocuentes que él (41-42).

PREFACIO

1 Como los guerreros se ponen en pie al sonido de las trompetas, como el paso de los caballos se hace más rápido gracias a las herraduras de sus patas, así el estímulo de las virtudes de nuestros mayores fortalece a las nuevas generaciones[388].

Todo aquel que vuelve a leer los sabios ejercicios y las gestas de los antiguos, se siente enardecido a la frugalidad ascética ante la propuesta de tales promesas de alabanza. El cuadro que ofrece la gloria pasada se actualiza a través de la cadena de las palabras escritas, de modo que llegue a la posteridad. No conviene que perezca con el tiempo lo que un lector bien dispuesto podría aprender sobre el modo noble de comportarse.
Y así, la perennidad de la palabra escrita supera, sin riesgo de 2
confrontación, la estrecha memoria de la naturaleza humana, y por medio y gracias a ella, no conoce ocaso el comportamiento de los mejores, aunque hayan desaparecido. Pues el cuerpo es devuelto a su origen, pero el espíritu, enviado de los cielos, vuelve a su propio Autor y aquellos, cuya santidad haya sido reflejada en los libros, conocen una muerte que sigue llena de vida[389].

Quizás un observador un tanto austero pueda decir: un 3
espíritu que ha muerto para el mundo renuncia al dulzor de que se predique sobre él y, liberado de los vínculos de la carne, no tiene ningún deseo de que se conozca lo que ha hecho en la incertidumbre de este mundo, sino que la cárcel del cuerpo les[390] devuelve a su Creador sin ninguna pérdida de libertad, mientras el alma, avanzando entre cosas inmundas y orientada hacia nuestro Dios, consigue su esplendor y, yendo en pos de los mandamientos divinos, no capta el

---

388 Al hablar de la *maiorum virtus* y de las *veterum gesta*, Ennodio recomienda la antigüedad como escuela de vida.

389 Estas reflexiones, si bien no llegan a la profundidad de la palabra de Jesús, trasmitida por los evangelios —*Mateo* X 39; XVI 25; *Lucas* XVII 33; *Juan* XII 25—, reflejan en sus fuertes antítesis (cuerpo/espíritu; muerte/vida) una clara fe en la inmortalidad del alma y por tanto en la trascendencia. Ver también, D 19, 2.

390 Este «les», que aparece aquí suelto —como objeto de «devuelve»—, se refiere, con una concordancia *ad sensum*, a los santos como el que viene describiendo.

error seductor de semejante fama. Pero, para nosotros han de revivir estos modelos, y conservarse para nuestro provecho: si nos falta el deseo de ambicionar cosas mejores, al menos nos debe venir del ejemplo[391] de estos hombres, que ponen delante de nuestros ojos la gloria de su transformación.

4 Tú por tu parte, abad Leoncio, que me has encargado esta obra, ayuda con tu oración a este que titubea y riega con la lluvia de tus santos ruegos la aridez de mi estilo; pues, por tus méritos, así lo espero, tú llevarás a cabo lo más importante de la tarea que me mandaste emprender. Tu bondad es propicia para ampliar mi parca elocuencia con los suculentos manjares
5 de tu inocencia. Creedme, os atañerá a vos la culpa o el mérito del discurso que resulte. Si tú no confirmas su enjundia con la autoridad de tu santidad, parecerá que la decisión de tu fe vacilante ha ido a elegir al menos apto para confiarle el encargo de este trabajo venerable.

DESCRIPCIÓN DE LA VIDA DEL BEATÍSIMO MONJE ANTONIO

6 Así pues, al comenzar la narración de los hechos insignes de san Antonio, lo primero que tengo que hacer es invocar la majestad del Espíritu Santo[392] para que, quien le enriqueció a él con sus dones, me dirija a mí con las riendas de la lengua al exponerlos, y se apresure a disolver la inmundicia de mis labios

---

[391] La finalidad ejemplar de este escrito es evidente, como ya en M 3, 4. Uno de los objetivos de las vidas de los santos (hagiografía) fue desde el principio ofrecer a los lectores modelos de santidad.

[392] La invocación al Espíritu Santo es una cristianización de la clásica invocación a las Musas. Ennodio, que la había ya empleado en M 3, 4, podía haberla tomado de san Jerónimo, *Vita Hilarionis* 1, 1.

con el fuego del carbón profético[393]; no vaya a ser que yo, en mi nebulosa conciencia, empobrezca con alabanzas excesivas la luz de su modo de vivir o le quite brillo con mi árida ineptitud.

Sea bendito nuestro Señor, indivisa Trinidad, que dispu- 7
so que su siervo Antonio, dotado de tan sublimes virtudes, entrara en este mundo a orillas del río Danubio, en la ciudad de Valeria[394]; su padre fue Secundino. Aunque bebió la luz de su conciencia en el esplendor de su cuna, sin embargo puso en la sombra el fulgor de su estirpe noble con los rayos de su conducta, superando así la dignidad de su sangre con el brillo de sus virtudes, al sobrepasar la lámpara ardiente de su linaje con la nobleza de su conducta, convirtiéndose en el cabeza de familia, por cuanto superó a todos ya a su nacimiento[395].
En efecto, cuando aún pendía de los pechos de su madre, la 8
gracia divina no abandonó a quien aún no tenía uso de razón, ni el favor del cielo permitió que llevara una vida privada de favores, aquel a quien ella había aprobado de lleno, con desvelos que habían de serle recompensados. Y para que la blandura de sus padres no torciera lo establecido por los santos designios, cuando tenía unos ocho años fue privado de la tutela de su padre[396].

---

[393] Esta es la situación descrita en *Isaías* 6, donde el profeta narra su vocación: uno de los serafines, que en pie hacen guardia ante el trono de Dios, toca sus labios, para purificarlos, con un carbón encendido.

[394] No aparece en ninguna parte una ciudad con este nombre. AMIANO MARCELINO XXVIII, I 5, da este nombre a una región, concretamente a la parte septentrional de la Panonia inferior, que fue separada de la parte meridional, la Panonia segunda, en la reforma de Diocleciano. Los indicios históricos apuntan hacia el Nórico occidental, posiblemente la ciudad de Lauriaco, como cuna del santo.

[395] Un ejemplo típico de expresión complicada para describir la nobleza de cuna del biografiado, desde el principio superada por el esplendor de su vida.

[396] Es la misma edad que contaba Epifanio cuando recibió el lectorado: véase M 3, 8.

9 Inmediatamente, sin embargo, el infante, que aún no conocía el mal, pasó a manos del ilustrísimo señor Severino[397], quien, al tiempo que le rodeaba de cariño, veía ya en ciernes, como si pertenecieran al pasado, las futuras virtudes del niño. Pues fue una persona a cuyas cualidades de educador nada podía quedar oculto. Creo que por todas partes le señalaba ya, con palabras llenas de afecto paternal, como su futuro colega, a fin de que una esperanza prometedora consolidara el aprendizaje del principiante[398].

10 Pero, después de que este santo varón fue liberado de los asuntos de este mundo, Antonio se puso bajo la dirección del entonces famosísimo obispo Constancio[399], para dedicar su juventud a obras dignas de encomio. Este sacerdote venerable, que era tío de nuestro Antonio[400], decidió situarle dentro de la
11 milicia celestial entre los secretarios eclesiásticos. Mas nunca

---

[397] Ya el calificativo de ilustrísimo, que estaba reservado a quienes habían ostentado altos cargos de la administración del estado, y que Ennodio le aplica con plena conciencia del protocolo de la época, nos da una pista sobre la relevancia del personaje. Muy probablemente se trata del famoso Severino, un noble romano que, después de haber desempeñado un papel central en la vida política y haber sido cónsul en 461 bajo el emperador Mayoriano, intervino de modo decisivo en la historia de la región del Nórico. Llegó allí por primera vez entre 454/455 al desaparecer el peligro de Atila con la misión de reorganizar la administración romana de la provincia. Volvió en 467, pero después de haberse convertido en un ferviente creyente y disfrutar de fama de santidad, como se desprende de la ya citada *Vita Severini* de Eugipio.

[398] Severino estaba al frente de una comunidad monacal que él mismo había formado. Uno de los dones que se le atribuía era el de la profecía, que en este caso no se confirmó.

[399] Obispo de *Lauriacum*, en su origen un campamento celta-romano situado a orillas del Enns, cerca de la desembocadura de este río en el Danubio, en la actual Austria. La zona se encuentra en una región, hoy día poco poblada, en torno a la pequeña ciudad de Lorch.

[400] En el caso de Antonio, como en el de Epifanio (n. 7), cuyos padres procedían de una familia noble, el linaje se enriquece con la presencia de un obispo. En tiempos de Ennodio no estaba definitivamente fijada la desig-

permitió que el rigor de la disciplina fuera atenuado por la ley de la sangre, ni hizo que el discípulo, seguro de su parentesco, no respetara a aquel a quien no hizo maestro otra cosa que su rigor[401]. El grado de diligencia por parte del secretario fue tanto, cuantos fueron los asuntos que le fueron confiados: reconoció su mérito en la cara de su superior.

Pero ya por entonces el cúmulo de sus pecados amena- 12
zaba con la ruina a los habitantes de la Panonia. Su situación, arrancada de cuajo la raíz medular de esa región, había derivado hacia la decadencia. Pues a causa de las incursiones de pueblos diversos, la guadaña de las espadas había segado la cosecha cotidiana de la nobleza y asolaba aquellas
tierras, fecundas en razas humanas, con ira desbordada. Ya 13
los francos, los hérulos, los sajones[402] consumaban crueldades de todo tipo, a la manera de las bestias. Esta variedad de naciones, entregada a cultos supersticiosos, creía que sus dioses se ablandaban con la muerte de seres humanos y que no les eran propicias sus divinidades sino cuando les aplacaban con la sangre de sus semejantes. Confiaban en que la ira de los habitantes del cielo[403] cesaría con la efusión de sangre inocente y, para atraerse el favor de los seres su-

---

nación técnica de esta función. Por eso encontramos en su obra diferentes términos: *antistes*, como aquí, *pontifex*, *episcopus*, *sacerdos*, *papa*.

[401] Esta relación es semejante a la que Ennodio describe entre Crispino y Epifanio, en la vida de éste último, n. 19.

[402] Llama la atención que Ennodio hable precisamente de francos y sajones, que poco tenían que ver con la región del Danubio, en vez de alamanes o turingios. Se puede conjeturar que esta actitud obedece al momento en el que escribe, cuando éstos últimos son aliados de los ostrogodos, mientras los francos plantean dificultades a Teodorico. Véase a este respecto F. LOTTER, «Antonius von Lerins und der Untergang...» págs. 292 ss.

[403] *Caelicolae* es un término poético que Ennodio utiliza con relativa frecuencia, no tanto en sus P (1, 8, 28), como en la prosa, sobre todo en D: 16, 1; 20, 6; 22, 7; 25, 3.

premos, tenían por costumbre sacrificar a sus allegados[404].
14 E inmolaban como ofrendas más agradables a aquellos a quienes señalaba su dedicación al culto divino, pensando que con la inmolación de los más piadosos cesaría la ira de la divinidad y en el lugar de la ofensa surgiría un motivo de gracia[405]. En medio de estas tormentas de la época, para que no tuviera en este mundo morada permanente, el obispo Constancio fue liberado, por ser ley natural que esta tierra nos es deparada como a huéspedes.

15 A la muerte de éste, sus siervos condujeron a nuestro Antonio, de la mano de Cristo, a la región de Italia que el cielo le había asignado. Cruza la frontera por el lugar principal del valle de la Telina[406], que de él recibe el nombre. Éste está dotado de una belleza natural lograda a base de una cadena de montes por ambos lados y enriquece —con una serie de corrientes de agua procedentes de las alturas fecundadoras— su ubérrimo suelo, que responde casi plenamente a las desmesuradas expectativas de los avaros colonos; mas no está tan cargado de espigas, tan dotado de pastos, tan lleno de árboles o tan

---

[404] No hay ninguna duda de que los sacrificios humanos eran la más grande y solemne de las ceremonias de culto germanas. TÁCITO (*Germania* 40) habla de la diosa de la tierra Nerto, quien, tras haber visitado los pueblos que la veneran, harta del trato con humanos, se retira a un lago oculto, que, en una ceremonia purificadora, la traga junto con los humanos que la sirven. Por tanto, lo que se dice aquí de estas tres ramas —francos, hérulos y sajones— vale para todos estos pueblos. Ellos, como los celtas, elegían zonas lacustres o pantanosas para llevar a cabo estos ritos, de los que dan fe numerosos hallazgos de víctimas en lugares muy diversos. Testimonios de martirios con carácter sagrado se encuentran en BASILIO DE CESAREA, *Ep.* 164, 2.

[405] Esta crueldad especial con los sacerdotes católicos está atestiguada en otras fuentes contemporáneas como la *Vita Saturnini* de EUGIPIO, n. 24, 3.

[406] La Valtelina es una región del N. de Italia, en la Lombardía. Se trata de un valle que separa la cadena del Bernina al N., de los Alpes bergamascos al S. y se extiende hasta Bormio y el lago de Como. Zona fronteriza y muy disputada a lo largo de los siglos.

agradable por sus ríos, que la hermosura elegante y variada de su estado natural no pueda ser acrecentada por obra de los habitantes que se han instalado en tal región.

Allí se sumó al presbítero Mario, que dominaba a los es- 16
píritus inmundos; porque tal es la naturaleza de las cosas: el hallazgo de la fraternidad contribuye a divulgar la fama de las costumbres virtuosas de un hombre nuevo[407] y, quien pasaría desapercibido por su origen se hace célebre gracias al afecto de los que son semejantes a él. Una manera de pensar que pasa oculta se hace famosa a través de quienes le son afines y aquel a quien no es lícito sacar a la luz la conciencia de una persona recién llegada, le es concedido captar los pensamien-
tos íntimos de los otros a partir de los propios. Pues bien, al 17
examinarle el beato Mario con aquellos ojos que son capaces de penetrar los más recónditos pensamientos y averiguar con los ojos del alma el esplendor de la intimidad de aquel hombre, quiso asociarle al colegio de los clérigos y contar entre los gremios eclesiásticos a una persona con tan sobresalientes méritos. Pero Antonio, que siempre creyó que el verdadero poder es obedecer, rechazó este honor como una bebida venenosa y prefirió servir modestamente a su Rey y Señor.

Pero para no saborear durante largo tiempo, mezclado en 18
los asuntos humanos, la sociedad con sus halagos contagiosos, buscó un lugar retirado, no lejos del sepulcro del santo mártir Fidel[408], allí donde el Lario[409] ha depositado minas de

---

[407] *Homo nouus*, no en el sentido cristiano que se encuentra en san PABLO (*Efesios* 4, 24), sino en el clásico de quien no procede de una familia noble.

[408] Este santo murió cerca de Como durante la persecución de Maximiano. El *Martirologio romano* celebra su *dies natalis*, es decir, el aniversario de su martirio, el día 28 de octubre. Sus reliquias descansan actualmente en Arona, mientras en Milán se le rinde culto en la iglesia que lleva su nombre.

[409] Hoy lago de Como, en la frontera entre Italia y el Ticino, el cantón más meridional de Suiza. Ennodio lo describe en una epístola a su amigo Fausto (E I 6).

mármol jónico, en el punto en que, para que no forme más curvas, se le oponen los frenos de la tierra con el obstáculo firme de sus riberas. Allí el monte centellea con su cumbre incrustada en las nubes y su aspecto impresiona por su altura.
19 Pero es tan difícil de subir como majestuoso por su grandeza. Porque, antes de nuestro monje, no fue accesible a los pasos de nadie, ni admitió huellas de hombre alguno a través de sus cortados de piedra, a causa del miedo que inspiraba. En sus laderas, entre las rocas cortadas, allí donde nadie las ahuyentaba, ofreció guaridas seguras a las fieras, tan acogedor a las bestias, cuanto terrible amenaza para los campesinos que por allí pasaban.

Aquí escogió el siervo de Dios su sede. Le movió exclusivamente el deseo de agradar a Dios, porque de ningún mo-
20 do se dejaba atraer por el paisaje[410]. Tomando consigo de los placeres del mundo nada más que unas pocas legumbres y una azada, con la que sacar rendimiento a la tierra, se dedicó a abrir un camino desconocido, a fuerza de dominar la aspereza del terreno. Aquellas montañas perdieron la ley indómita de la naturaleza, al acceder a ellas Antonio. Tras su
21 llegada se abrieron sendas para todo aquel que lo deseaba. Allí precisamente encontró a dos ancianos a los que una estancia prolongada había escondido de tal modo entre las guaridas[411] de las fieras, que la fama no había trasmitido nada sobre ellos al mundo. Me parece que ya he hablado suficientemente de su vida y santidad[412] al divulgar sin ambages la vivienda que

[410] Quizás la mejor traducción fuera: «porque no era distraído por las miradas de nadie».

[411] Ennodio utiliza el término *lustrum*, como en M 1, 27, en el sentido de lugares salvajes en los que habitan las fieras.

[412] *Sanctitatem* es una conjetura de G. Hartel, que me parece aceptable, toda vez que la de MGH, *conscientiam* —que mejora la *scientiam* que dan los manuscritos— es muy poco expresiva, si se tiene en cuenta que significaría la «conciencia», es decir «el estado de ánimo por el que uno es

habían escogido, a impulsos del temor de Dios. Poco después, uno de éstos subió al cielo de modo que su alma feliz, abandonando el peso de la cárcel terrena, alcanzó la salvación
eterna. Porque en el momento de su liberación, una columna 22
de fuego[413], que llegaba hasta el cielo, se ofreció a los ojos de san Antonio.

Creo que así la fe, y aquel conocido ardor de este hombre venerable en combatir el vicio, se mostró con su fuego característico en el momento en que aquel varón piadoso desplegó todas las velas de su vigor en las disciplinas celestiales y recibió los vientos favorables por entre los pliegues del alma y los ligeros miembros de su cuerpo. De buen grado describiría sus jornadas de vela, sus ayunos, su asiduidad en las lecturas, si no tuviera cosas más dignas de recordar. Nunca[414] tomó alimento, sino cuando su pobre cuerpo se desvanecía; nunca relajó su vigilia con el reposo, sin haber cumplido los deberes de su
oficio. ¿Para qué recordar los instrumentos de perfección que 23
utilizaba, aunque ya era perfecto; o los escalones por los que ascendió a las cumbres, él que, como era reconocido públicamente, había logrado ya la santidad? De este modo supo aquel ilustre varón seguir la línea de las virtudes a través de todo tipo de esfuerzos, de modo que nunca asumió una postura arrogante a la vista de su lucha y, a pesar de que todo lo que hacía era digno de alabanza, siempre creyó que el ser alabado habría ido en desdoro de la virtud. Todas sus acciones irra- 24
diaban tanta luz para la fama, que no era necesario ofrecer nada a la ostentación: en su aspecto físico prevalecía el rigor de su mente y su rostro encendido mostraba el celo que poseía

---

consciente de algo» o, todo lo más, «la doctrina», que quizás bastaría aquí: Véase *ThLL* V 364-368.

[413] La *columna ignis* es en la Sagrada Ecritura —*Éxodo* 13, 22; 14, 24; II *Esdras* 9, 12; *Apocalipsis* 10, 1— la señal de la revelación y presencia de Dios (teofanía).

[414] Con esta frase reemprende el autor el relato de la vida de Antonio.

a su alma en su lucha contra el pecado. ¡Eran dignas de verse tanto su mirada torva contra los halagos del mundo, como las luchas incansables que el soldado de Cristo emprendía contra los placeres del siglo![415]. ¿Cuándo aquella su figura convirtió su gesto en risa e interrumpió el rigor del estado que había hecho suyo con la debilidad de la alegría?

25 En éstas, como (Antonio) desempeñaba en todos los aspectos la tarea asignada a un monje, un desconocido llevó a lo más recóndito del lugar donde estaba el ermitaño a un homicida, disfrazado de inocencia, a quien el amor a su esposa había arrastrado al crimen y había llegado a derramar sangre humana por apasionado despecho, creyendo que podía huir de su conciencia con un cambio de lugar de residencia y que volvería a encontrar la inocencia —que había perdido a impulsos de su locura— en otra parte de la provincia, pensando que nada sino la apariencia de sus actos estaba patente a quienes
26 vivían para honrar a Dios[416]. Este homicida, presentándose con un aspecto artificioso, simuló humildad; y fingiendo, con comentarios que procedían de una intención dolosa, una sumisión postiza, complicó la sordidez de sus crímenes con los obstáculos de la insidia. Es difícil, salvo para Dios, captar lo que queda envuelto en argumentos falsamente obsequiosos:

---

[415] *Miles Christi* es una expresión que se encuentra en II *Timoteo* 2, 3. La imagen de la milicia, aparte de ser una de las preferidas por san Pablo para referirse al comportamiento cristiano, está presente en la Sagrada Escritura como rasgo característico de la vida de todo hombre: *Job* 7, 1.

[416] Un desconocido, al parecer compañero eremita de Antonio, lleva hasta el santo a un homicida que se hace todas esas falsas reflexiones: que un cambio de lugar liberaría de culpa a su conciencia y que los hombres de Dios sólo ven el exterior de la conducta humana. El santo penetra inmediatamente hasta el fondo de su alma y le impulsa a la conversión. F. MAGANI —III 168— interpreta este pasaje como si el incidente fuera entre el homicida y el santo ermitaño, sin que medie la intervención del compañero desconocido de Antonio. Me parece, sin embargo, que la versión concorde con el texto es la que ofrezco en la traducción.

la vileza oculta cautamente su ignominia. Raramente salen a la luz los crímenes cuyo autor ha sabido enterrarlos con el fraude de la sumisión.

Sin embargo, inmediatamente (Antonio) se mostró como 27
el habitual escrutador de almas que era y abrió con la llave de la voz divina los secretos de aquella conciencia que se ocultaba. Apenas aquel hombre se dirigió a Antonio a propósito de este asunto, cuando éste le mostró que le había conocido más de lo que un hombre es capaz, desnudando a aquel que ocultaba a un ladrón bajo un burda vestimenta, diciéndole:

«Guárdate de querer meter en este santo colegio al culpable de un crimen tan grande; no unas, valorando a la ligera lo que haces, un lobo a las ovejas o una serpiente a los corderos.
Este desgraciado ha puesto en fuga un alma, don de las manos 28
de Dios, fracturando una garganta y, con violenta locura, ha separado de su sede la vida de un hermano, asfixiándole. A este tipo de delito sigue la muerte, pues no es ajeno al yugo de esta pena todo aquel que no respeta la vida humana: el mantenimiento de este castigo es una obra de misericordia hacia los facinerosos. Por tanto, poniendo fin al sueño, rechaza al enemigo de los mandamientos celestiales, no vaya a ser que esta sincera convivencia entre nosotros, si habitamos contigo, sea violada por el contagio nocivo de un advenedizo»[417].

A continuación, siguiendo el mandato divino, llama a 29
aquel hombre, convence al mentiroso, le reprocha con palabras inspiradas todo lo que ha hecho, haciéndole consciente de su mal. El descubierto se asusta al ver que los crímenes, cometidos sin testigos humanos, han sido descubiertos por un hom-

[417] Hasta aquí, el discurso dirigido al desconocido que había presentado al homicida; a partir de este momento, la actuación respecto al homicida mismo, que recibe su castigo.

bre. Entonces pidió provisiones para el viaje[418] y preparó la fuga, lleno de temor. Pero de inmediato alcanza al culpable la venganza que le persigue y la expiación del crimen fue anunciada por la muerte de quien lo había cometido. De este modo no fue posible que careciera de fuerza la palabra del justo.

30 Entre tanto, el santo varón se hizo famoso en las regio-
nes limítrofes por culpa de las lenguas de la insidiosa fama.
Para que ésta no diera a luz la jactancia, que procede de la
celebridad, Antonio puso remedio antes de que la enferme-
dad se agravara. Pues, ¿qué persona anciana o enferma no
atravesaba con gran diligencia los abismos de aquella ruta,
cuando ya el solo deseo devolvía la salud e incluso las en-
31 fermedades no se mantenían en los cuerpos? Asustado por
esta afluencia, san Antonio decidió refugiarse en los parajes
más recónditos de su retiro, para que la devoción de aque-
llas gentes no diera origen a una involuntaria arrogancia y
de una fuente de gracias multiformes surgiera la perdición
para su propósito de más ascetismo. Pronto eligió el retiro
que ofrecía una peña colgante. En él pasó solo muchos años
y allí llevó verdaderamente una vida de monje sin compañía
32 humana. La soledad de la montaña le daba a las bestias por
compañeras: el mugido del oso y los rugidos amenazadores
de las demás fieras hacían las veces de una suave conversa-
ción comunicativa.

Finalmente en aquel tiempo un oso amenazante[419], que había de proporcionarle aún más fama, devastó las lozanas coles

[418] Ennodio emplea la palabra *viaticum*. Este término es ambiguo. Incluso en autores cristianos como LEÓN MAGNO (*Sermón* 90, 3) mantiene el sentido clásico de «provisiones, dinero para el camino». Sin embargo, ya san CLEMENTE (*Carta a los Corintios* I 2, 1) lo emplea en el sentido de «gracia, don espiritual» y en el concilio de Arlés, en 314, se habla del viático, como comunión dada a los moribundos.

[419] El oso, quizás porque ya en la literatura pagana ha sido un animal lleno de significación simbólica por su enorme fuerza y por sus rasgos an-

del ermitaño —que ya tenían hojas cubiertas de pelusilla[420]
y proporcionaban a su dueño una cierta distracción—, pisán-
dolas con sus pies de monstruo, de tal modo que no restaba
ninguna esperanza de que jamás pudieran dar un fruto tan
simple. El santo, golpeándolo con su bastón, le azuzó con 33
fuerza para que se retirara, dando testimonio de su valor, y le
obligó además a ir a las demás fieras como embajador de su
castigo, para que se cumpliera la fiel promesa del Señor de
que, a sus discípulos, les estarían sujetos todo tipo de venenos
y de fieras salvajes[421]. Otra vez asimismo, mientras avanzaba
él por su habitual camino, le salió al paso una fiera rugiente.
Atemorizada con una sola orden, mandó que le dejara libre el
paso y abandonara el espacio de camino que ocupaba.

Mas he aquí que de nuevo la fama con sus alas perniciosas 34
divulgó, de acuerdo con su traicionera manera de actuar, el
lugar en el que se encontraba el siervo de Dios, propalando
diversas opiniones sobre él, de acuerdo con la variedad de ma-
neras de pensar. Entonces se vio claramente, por sucesos de
todo tipo, que para los que querían no había ningún obstáculo
que no se pudiera allanar, ninguna quebrada del terreno que
no se pudiera llenar, ninguna cuesta que temer. Pero a insidias 35
de más importancia, para que el enemigo no le despojara con
una tentación de arrogancia, puso el remedio de una decisión
más resoluta, no fuera a ser que en su ancianidad perdiera
lo que había ganado durante su noviciado en la virtud. En
efecto, el combate del demonio con los fuertes es más encar-
nizado y ataca con más fuerza a aquellos que han domado sus

---

tropomórficos (capacidad de andar sobre dos patas, emisión de ruidos hasta cierto punto inteligibles), ha desempeñado un papel de relieve en la hagiografía. Ya en la *Vita Antonii* de Atanasio de Alejandría, el demonio se presenta en forma de oso, entre otros animales, para maltratarle (9, 5-8).

[420] *Puberibus foliis*, hojas cubiertas de pelusilla. Expresión tomada de VIRGILIO, *Eneida* XII 413.

[421] *Marcos* XVI 18.

asechanzas con el esfuerzo de un guerrero experimentado. Considerando pues todas estas cosas, al poco tiempo afirmó su ánimo con esta reflexión:

36 «¿Qué hacer? Mi alma está aún prisionera de la fascinación[422] de los honores del mundo; su cárcel corpórea no la ha devuelto todavía a su Creador. No tienes la fe cierta acerca de tu perfección, mientras todavía estés encerrado en la fragilidad de la carne. Las cosas que te parecen más seguras están llenas de peligros: entiendes como seducción de tu enemigo las alabanzas por boca de todo el mundo. Observa la dificultad de tantas insidias: no es posible mantener oculto nada de lo que emprendemos; una persecución perniciosa pone de manifiesto
37 nuestro escondite. Dirijámonos al ejército de los santos y busquemos con renovado ardor aquella cohorte de la isla de Lerins[423]. El enemigo, que hasta aquí ha golpeado a un adversario que estaba solo, le temerá cuando esté establecido en medio de una multitud que le es hostil. Aquella armada instruida para la batalla está siempre vigilante y rechaza al que insidia, tras haberle perforado con diferentes heridas; cuantas guerras les declara el diablo, tantas victorias cosechan. No temen que los guerreros no estén prontos, cuantas veces fuera anunciado por el sonido de las trompetas que Satanás se ha hecho presente: la lucha cotidiana los ha convertido en duchos y aguerridos, lo mismo que la paz prolongada hace hombres disolutos[424]».

---

[422] Los *fasces*, como ya hemos visto (M 1, 15), son los emblemas del poder, pero aquí esta palabra tiene ya el sentido de fascinación.

[423] Isla de St. Honoré, parte de un archipiélago, situado frente a la costa narbonense, ya citada por Estrabón (IV 185) y Plinio *(Hist. Nat.* III 79), y famosa por sus bancos de coral. Allí se establecieron Caprasio y Honorato, a principios del s. v, y fundaron el monasterio del que aquí se habla. Véase Sidonio Apolinar, *Poemas* XVI 104-115.

[424] Idea que se encuentra repetidas veces expuesta —M 1, 23. D 11, 2— y que Ennodio aplica en las declamaciones a la falta de ejercicio, encareciendo a los alumnos de retórica la asiduidad: D, 11, 1.

Dicho esto abandonó la celda, con los hermanos que allí 38
había congregado el amor al citado monje[425], y apareció de improviso en Lerins. Su rostro, decorado con la palidez del ayuno, delató al varón de méritos extraordinarios. Pues mientras la delgadez esplendorosa reflejaba el brillo de su vida interior, no faltó la consabida fama de sus hechos que describía, con abundancia de palabras y riqueza de detalles, la intachable clase de vida que llevaba. Rodeado de ancianos y gentes principales supo hacer que la lámpara de sus virtudes alumbrara con una llama no menor. Midió la intensidad de
su luz, al ver la ajena. De la misma forma que, al sumarse 39
la claridad de un astro nuevo a los adornos del cielo y a las estrellas que refulgen con brillo esplendoroso, compiten sin envidia en producir rayos y en aumentar la impresión de novedad por medio de un aumento de luz —una estrella confía su cara a una cabellera más larga, otra a una más pura; a una la adorna una llama más viva, a otra la resalta una luz más pura durante su recorrido nocturno—, así a nuestro Antonio le acompañó por los múltiples cambios de lugar la disciplina proveniente de Cristo.

Proveyó pues para que nadie en aquella isla nodriza de 40
santos pudiera pensar que, al ser superior en méritos, sería preferido en los honores, consciente de que sólo quien está plantado en la raíz de la humildad llega a crecer hasta dar el fruto del ciento por uno[426]. Comprensivo con los jóvenes, grave con las personas maduras, docto con los expertos, agachado en su superioridad con las personas sencillas, unió en el afecto hacia él a toda aquella legión del rebaño del Señor, tan
diversa en sus obras, tan variada en sus orígenes. Allí durante 41
dos años, dueño de sí mismo, deponiendo la carga de este

---

[425] Es decir, a Antonio mismo.

[426] Expresada con diversas palabras —*centuplum, centessimus*—, esta idea aparece repetidas veces en el Evangelio: *Lucas* 8, 8; *Mateo* 13, 8.

mundo, vencedor de las asechanzas que prepara la astucia de la serpiente antigua[427], cambió nuestros afanes y el brillo del presente siglo por la conquista de la luz eterna.

Silencio de qué manera selló su vida la esplendidez de su
muerte, no vaya a ser que, por disgregarme contándolo todo,
parezca que no he contado tanto la verdad como que me he
42 demorado en entonar el panegírico de este hombre. Es como
si alguno hubiera encontrado un bosque sagrado plantado en
medio de una selva tupida; al cortar con una hoz demoledora
la corona, no destruye el espíritu característico de la selva,
aunque él la considere pequeña. En efecto, he dejado para
mejores escritores la narración de los hechos de nuestro An-
tonio que yo no he logrado alcanzar con mi estilo. Quizá seré
superado en el caudal de la elocuencia; nadie me ganará en
el afecto que siento por él[428]. Tenga el que me siga el orgullo
de ser experto en el arte de segar; a mí, que fui el primero en
acceder a contar sus buenas obras, nadie me quitará el favor
de este hombre santo[429].

---

[427] *Apocalipsis* 12, 9.

[428] Tópico en las obras de Ennodio: reconocer su modestia y ponderar su afecto por las personas sobre las que escribe. Véase, por ejemplo, M 1, 71. D 7, 5. 9.

[429] La *editio princeps* añade: «Acaba felizmente la vida del beato Antonio».

OPÚSCULO V
(438)

Acción de gracias por su vida[430]

RESUMEN

El pasaje de II *Corintios* 12, 10 en el que san Pablo afirma que la debilidad se confirma en la enfermedad, sirve de arranque a Ennodio para describir su vida, en torno a la enfermedad que supuso para él una conversión (1-3). Oración de acción de gracias por esa experiencia (4). Hasta ese momento buscaba la gloria literaria (5). Sus éxitos como poeta le exaltaban hasta considerarse asociado a los coros de los ángeles (6). El Señor se reía de su fatuidad y sólo la gracia divina era capaz de liberarle de esa situación (7).

De improviso irrumpe la enfermedad como un incendio devorador, pero también purificante porque estimula, como único recurso, su confianza en Dios (8). La fuerza devastadora del mal hacía desesperar a sus deudos y confiar a sus enemigos (9). Al fracasar la ciencia de Hipócrates y Galeno en la curación del cuerpo, su alma se convirtió (10). Dos meses luchó contra una muerte que parecía inminente y de la que el Señor le salvó (11-12). La desesperación en la ayuda de los médicos le devolvió la esperanza de seguir viviendo y le llevó a implorar la clemencia divina por intercesión de san Víctor, mártir (13-14).

---

[430] Título que introdujo J. SIRMOND en su edición.

Aunque halagado por el dulce sabor de los vicios, que llevan a la muerte, se acogió a la misericordia de Dios, como otro hijo pródigo (15). Espera la absolución de sus pecados, con la ayuda de san Víctor, fiado en la promesa de que Él nos hace querer las cosas rectas y nos las concede, como premio a nuestras súplicas (16). Hizo la promesa de poner por escrito esta verdadera confesión, abandonando las preocupaciones del mundo (17). Dios le hace ver de una parte sus pecados y de otra Su gracia (18). Oración del autor, que pondera el hecho de que no ha habido un momento de su vida en el que no haya habido delito por su parte y ayuda por la de Dios (19).

Salto hacia atrás en la narración cronológica: alusiones a datos de su vida pasada, como el tiempo en que Teodorico resucitó Italia (489) y el momento en que murió su tía (489-490), cuando él contaba sólo dieciséis años (20). Describe su situación de soledad, penuria y desconcierto hasta que, al extenderse sobre él la mano de Dios, lo acogió una familia acomodada (21). Pide la mano de la hija de la casa (22). Apenas trasformado de mendigo en rey, se olvida de su Salvador (23). Escucha la misma voz que sonó en el Paraíso: Adán, ¿dónde estás?, se convierte, llora su pecado y se ordena de diácono (496-499) (24-25). Mas, aún después de dar ese paso, cae de nuevo y no acaba de aprender ni siquiera ante la amenaza del castigo, si Dios no acude en su auxilio (26). Vuelve a recordar la intercesión de san Víctor, que logró no sólo su curación sino que su prometida entrara en religión al tiempo que él se ordenaba (27). Elogio de esa mujer, su fortaleza, su constancia, su pureza (28).

La composición, de nuevo en el presente, acaba con una petición de ayuda al cielo (29).

EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO

Hay un pasaje del doctísimo apóstol de las gentes según 1
el cual nuestra debilidad engendra fortaleza[431] y nuestra alma
recobra la salud en las contradicciones de este mundo. Esta
situación, si alguna vez los cuerpos se encuentran incultos y
sin fruto, se produce cuando la fuerza que surge de lo más
íntimo de la carne pasa al espíritu y siempre que nuestra pro-
clividad al pecado se enfrenta al hombre celestial, que debe
ser situado en la ciudadela divina para solaz del espíritu[432]. Esa
situación es dulce, incluso cuando se produce una disminu-
ción, por el crecimiento (subsiguiente). Se llega a la ubérrima
gracia de Dios, a pesar de la pobreza, llena de privaciones y
estéril, de los miembros. Así pues, se te debe a ti, debilidad 2
humana, después de a la gracia de Dios, el que hayamos resu-
citado a sentir el anhelo por las cosas sublimes. La angustia de
mi enfermedad, unida a un voto, y la fiebre que quemaba mis

[431] II *Corintios* 12, 10. A este pasaje recurre san Agustín en las *Confesiones* repetidas veces, como III 6, 10; X 3, 4; XI 2, 2. De todas las coincidencias que anotaremos a lo largo de esta obra dan fe, tanto P. Courcelle como G. Cotronei, en las publicaciones que aparecen en la Bibliografía.

[432] G. Hartel interpretó esta primera frase de otra manera, al poner punto después de «para solaz del espíritu» (*ad frugem spiritus*) y comenzar la frase siguiente leyendo *sic*, en vez de *si*. Por tanto, en CSEL la traducción sería: «Hay un pasaje del doctísimo apóstol de las gentes según el cual nuestra debilidad engendra fortaleza y nuestra alma recobra la salud en las contradicciones de este mundo, cuando la fuerza que fluye de la médula de la carne recurre al espíritu y cuando nuestra debilidad forma al hombre celestial y que está llamado a situarse en la morada divina para el bien del alma. Así, cuando los cuerpos se encuentran sin cultivar y sin cosecha, es dulce incluso que se produzca una disminución por el aumento sucesivo: en efecto, se llega a la enriquecedora gracia de Dios a partir de la pobreza macilenta y estéril de los miembros». *Messis*, que de ordinario Ennodio utiliza seguida de una especificación, aparece aquí en sentido absoluto. El sentido es que el espíritu no se solaza, cuando los cuerpos no dan frutos de cultura.

entrañas me otorgaron el don del temor de Dios por su muerte salvadora y la gracia de alegrarme en él por mi conversión. Se alegra ahora en nuestro Creador la salud espiritual que me ha proporcionado con los sufrimientos.

3 ¿Dónde está la soberbia de la salud que duró largo tiempo y que yo buscaba para mi perdición? ¿Dónde la arrogancia por la que pensabas que un don de Dios[433] era propiedad tuya? De pronto te abandonó la solidez de tu fuerza y yaciste con la cabeza truncada, sometida al peso de la enfermedad. Tras desaparecer tu éxito, dispuesto a una tardía penitencia, te diste cuenta de que todo lo que tenías era de nuestro Dios.

4 Gracias a ti, Creador y Moderador del cielo que, con sabia providencia y por ocultas sendas de misericordia[434], construyes nuestros caminos a base de aflicción y nos preparas para la perfección en la virtud por medio del dolor, que procede de tu piedad. No podemos acceder a tu salvación sino al precio de nuestras heridas, pues nos hemos acostumbrado a ablandar nuestra dureza de corazón con tus golpes y a reprimir la seducción de las vilezas terrenas con el noble y dulcísimo sufrimiento de nuestras dificultades[435].

5 Heme aquí, yo que me aplaudía a mí mismo con una ligereza largo tiempo prolongada, de la que, mientras me alegraba de disfrutarla, como si no hubiera de ser disuelta con ninguna interrupción, me preguntaba de qué modo la muerte vendría como pago a mi pecado[436]. Porque, engreído por mis

---

[433] La consideración de la salud como un regalo divino, se encuentra al menos en nueve pasajes de las *Confesiones* de san AGUSTÍN.

[434] A estos caminos misteriosos e inescrutables de su misericordia, por los que Dios guía al hombre, se refiere también san AGUSTÍN, *Confesiones* IV 4, 7; 14, 23. V 6, 11. 7, 13; 8, 14.

[435] San AGUSTÍN, *Confesiones* VI 6, 9. VII 8, 12. 20, 26. IX 13, 35, utiliza la imagen de Dios como médico que a menudo cura el alma humana infligiéndole sufrimientos.

[436] Cf. *Romanos* 6, 23. Asimismo *Confesiones* X 42, 67

insensatos éxitos, me había agregado a la turba de los poetas, olvidando mi profesión venerable: me agradaban los poemas construidos con versos pulidos y ordenados según la variedad preceptiva de los pies. Un poema fluido o tierno me unía a 6
los coros de los ángeles y si ocurría que llegaba a componer versos bien sonantes de acuerdo con las reglas de la prosodia, contemplaba sometido a mis pies todo lo que está comprendido bajo la bóveda celeste. Largo tiempo me sedujo, insensato, esta vida mortal y una total ceguera para mis miserias exaltó en mí la falsa felicidad de la elocuencia. ¡Cuántas veces mi cabeza, rapada de acuerdo con mi condición eclesiástica[437], se hinchó ante los halagos de quienes me alababan y, engañada por las seducciones mentirosas de los labios, creyó que dominaba la voluntad de las personas que le querían!

Sin embargo, Tú, que habitas en el cielo, te reías de mí[438]. 7
Tú, a quien no ablandan las palabras, sino la pureza de vida. Tú, ante quien nosotros muchas veces hablamos callándonos y callamos clamando. Así, mientras me agitaba el atractivo de la superficial composición en el terreno de la retórica y la poesía, en pos de una sabiduría mentirosa, me había apartado de la verdadera. No tenía otro deseo que dejarme llevar por las auras de la vanagloria y me procuraba fastidio rezar, mientras estaba obsesionado por el afán de perorar[439]. ¡Pobre de mí!

---

[437] Ya los *Statuta ecclesiae antiqua*, una colección de cánones de concilios africanos recopilada hacia 475 d. C., establecen que los clérigos no deben ni llevar demasiado pelo ni cortarse la barba (*Corpus Christianorum*, Series latina, CXLVIII, 171), pero éste es uno de los primeros testimonios de la tonsura eclesiástica.

[438] Cf. *Salmo* 2, 4.

[439] MGH sigue al códice de Bruselas y lee *et*, mientras CSEL prefiere *erat*, que transmiten los demás manuscritos. Esta segunda opción plantea la dificultad de que se debe conjeturar un objeto para *mercari*. La traducción del texto sería entonces: «Encontraba fastidio en rezar, mientras estaba poseso por el afán de perorar, para conseguir (alabanzas)».

¿Quién sería capaz de liberarme de este cuerpo de muerte[440]? La gracia de Dios, concedida por la mediación de una enfermedad que me habría de curar.

8 Pues he aquí que, en semejante situación de mi alma insensata, de repente se presentó el dolor y lo más profundo de mis entrañas se espantó ante un incendio que le era hostil. Entonces todo lo que había de humano en mí se consumía bajo la fiebre y lo que se cocía en mi interior se manifestaba a través de los conductos de la naturaleza. Ya que, al ser expulsada la arrogancia de sus escondites, aunque aún quedaba algún resto de instinto de conservación en mí, sin embargo yo ya no tenía nada que me mantuviera en vida. De la conciencia de una persona que vive de la fe, había quedado solamente esto: la confianza en que Tú, Dios mío, podías curarme a mí, que había progresado en el error hasta el apasionamiento[441].

9 Pero aquella devastadora y aleccionadora peste, que se había infiltrado dentro de lo más profundo de mis entrañas, no permanecía oculta. Sin detenerse en mi piel, había revestido todo mi cuerpo de una nube de color negruzco de modo que lo que los médicos buscan en otras enfermedades al tacto de los dedos, en ésta, toda la gente podía verlo con los ojos para su propia instrucción. La prolongación de este estado calamitoso hacía arder en sufrimiento a los que me querían, quemaba a mis enemigos: a los unos les desazonaba mi muerte, a los otros les atormentaba el deseo. Ambos bandos, en su división, compartían la misma actitud ansiosa.

10 Mientras tanto, el fuego devastador me consumía por dentro y se nutría de los continuos cuidados de quienes me

---

[440] *Romanos* 7, 24.

[441] Pasaje corrupto, que F. MAGANI —I 28— traduce: «que Tú, Dios mío, podrías curarme de los pecados cometidos, convirtiéndome a la penitencia».

curaban. En efecto, todo aquello que se emprendía contra la enfermedad, se revelaba como un fomento de la misma.

Entonces, toda aquella vanidosa filosofía de este mundo, desmoronada junto con las artes de Hipócrates[442] y Galeno[443], al sentir en un momento determinado que los halagos del mundo se desvanecían y que el ser humano no recibía ayuda de los apoyos de otros hombres, volvió sus ojos hacia una ayuda que fuera de fiar.

Ya la opresión de este fracaso me había tenido sometido 11
durante el curso de casi dos meses; ya en vez de la curación esperaba el tránsito a la otra vida y, sin haber recogido nada agradable del uso de ésta, deseaba romper con las dilaciones, aunque me iba a ir con el fardo del pecado.

Imaginaos, lectores, qué castigos, qué tempestades había 12
pasado aquí, cuando por miedo a los suplicios presentes iba al encuentro de las penas del infierno y me apresuraba hacia

[442] A pesar de que existe una rica tradición biográfica sobre él, se tienen pocos datos seguros sobre este médico, el más grande de la Antigüedad. Nació en Cos, en el seno de la familia de los Asclepíadas, en 460 a. C., y murió muy anciano en Larisa, Tesalia, donde durante siglos se mostró su tumba. De los escritos que nos han llegado a su nombre, contradictorios en buena parte, se puede colegir que ejerció la medicina haciendo hincapié en el pronóstico —observación de todos los síntomas, conclusiones sobre el comienzo y el curso de una enfermedad— y la observación de cada caso en todas sus peculiaridades.

[443] Es el último médico célebre de la Antigüedad. Contamos con muchos datos de su vida, a través de escritos autobiográficos. Nacido en Pérgamo (129 d. C.), estudió medicina primero en su ciudad natal y luego en Esmirna y Alejandría, practicando en Roma hasta su muerte en 199. En el llamado *Corpus Galenicum*, una especie de *Summa* de sus escritos —entre ellos, algunos espurios—, se encuentra una gran cantidad de material, en parte aún por investigar, sobre anatomía, patología, fisiología, farmacología y dietética; algo menos tratadas están la cirugía, la ginecología y la oftalmología. Su autoridad, junto a la de Hipócrates, se ha mantenido indiscutida durante más de 1.500 años, por más que Ennodio en este pasaje manifieste su escepticismo ante la eficacia de esa ciencia.

aquellos tormentos del fuego inextinguible y que vomitaba dolorosos tormentos[444]. Pero no me falló el Señor, que, en su majestad, *da la muerte y la vida, lleva a los infiernos y saca de ellos*[445]; que ha prometido: *aún no están las palabras en tu boca y ya acudo yo, dice el Señor*[446].

13 Porque, cuando uno de aquellos que me asistían —constataban día a día mi inestabilidad, deteriorando gradualmente sus propias fuerzas— confesó que estaba harto y que no quedaba nada más por hacer, la falta de confianza en el médico me devolvió en un instante la esperanza de vivir. Pues precisamente allí donde a los débiles les desaparecen las ayudas que no les traen ningún provecho, se hacen presentes con más prontitud los bienes de la ayuda celestial.

14 Inmediatamente me acogí a los favores, tantas veces experimentados, del mártir san Víctor[447] y, habiendo pedido la ayuda de este poderosísimo intercesor, a través de él le encomendé a Dios mis súplicas con lágrimas. Basta para merecer su clemencia que esté siempre bien definido ante los ojos del hombre de dónde nos ha tomado, y (el convencimiento de) que es difícil que la ínfima materia pueda llegar con prontitud a la
15 sublime altura de sus mandamientos[448]. Y aunque es verdad que se nos ha limpiado de la suciedad del barro del que hemos nacido, por medio del segundo nacimiento del santo bautismo, sin embargo, dado que —al disfrazar el enemigo de nuestra

---

[444] La misma relación entre la enfermedad y el riesgo de caer en las penas del infierno en san AGUSTÍN, *Confesiones* V 9, 16.

[445] I *Reyes* 2, 6.

[446] *Isaías* 58, 9.

[447] Obispo de Milán, fue degollado por el emperador Maximiano —corregente de Diocleciano y leal colaborador de éste— en 303 y gozó desde el principio de una gran popularidad y veneración, también por la espectacularidad de los tormentos a los que había sobrevivido hasta su muerte.

[448] Alusión al polvo de la tierra del que Dios extrajo al hombre, al crearle.

salvación la muerte, rodeándola de seducciones— dotó a los pecados de un sabor agradable, y dado que —seducidos por los halagos del oído, por los deleites del gusto— la muerte entra por nuestros sentidos[449], ¿a dónde podemos escapar de su ira, sino acudiendo a su misericordia[450]?; ¿a Él que devolvió la túnica blanca, el anillo precioso, las riquezas de la casa paterna, al hijo que volvía, después de haber gastado la parte de la herencia que le había entregado, después de que la convivencia con puercos inmundos le había sujetado por medio de la vergonzosa comida de bellotas, como si hubiera observado siempre sus órdenes[451]?

Rogué por medio del santo, su elegido, que me perdonara 16
mis múltiples deudas, para que, una vez absuelto de ellas, diera pruebas de más diligencia en su servicio. Y además, de acuerdo con el documento de su promesa y su matrimonio casto[452], le pedí que me concediera recorrer esta vida con un amor devoto al cumplimiento de sus mandamientos. Porque por más que la vocación es de Él, de Él el hecho de que nosotros hayamos dicho que sí, se nos retribuyen como si procedieran de nosotros. Él mismo nos sugiere querer las cosas rectas y realizarlas[453]; sin embargo, nos las premia como si

---

[449] *Jeremías* 9, 21.

[450] Esta idea de que la salvación del hombre proviene de la misericordia de Dios, más que de su justicia, está tomada también de san AGUSTÍN, *Confesiones* I 5, 6; IX 13, 34.

[451] La parábola del hijo pródigo, que aparece exclusivamente en el evangelio de san Lucas (XV 11-32), está muy presente en la obra de Ennodio, unas veces de modo explícito, como en este pasaje, y otras impregnando el modo de tratar los problemas jurídicos que planteaba en la literatura clásica, sobre todo en las declamaciones, la relación entre padres e hijos. Ver, a este respecto, D 21.

[452] Ennodio utiliza el helenismo *chirographum* y la expresión *casta sponsio* para significar la promesa de Dios en el Antiguo y el Nuevo Testamento respectivamente.

[453] *Filipenses* 2, 13.

17 fuera obligado por nuestra dedicación a Él. También prometí —en el caso de que por su gracia me concediera aficionarme a asuntos más elevados, escribiera esta confesión[454] con mis propias palabras e inmolara, de sus dones, la porción más sabrosa de mi pobre ingenio en su honor— que nunca más me dejaría importunar por la preocupación del estilo, a propósito de la descripción pomposa de asuntos profanos. Prometí asimismo renunciar a las demás cosas abyectas con las que me
18 ensuciaba si Él mismo me hacía querer lo que me inspiró a decir[455]. Le supliqué que entrara en mí con sus beneficios y no se apartara de aquel a quien, abandonado de la tutela del auxilio familiar, Él había protegido con su misericordia y había dado muestras de preferir frente a aquellos que gozaban de la protección de sus padres[456]. Y me concedió todas estas gracias, no para pagar mi inocencia, sino para mostrar cuánto debía a su gracia un pecador felizmente arrepentido. Pues si no hubiera abandonado la custodia de la virtud para seguir el camino de la misericordia y nos infundiera miedo como un juez y no nos protegiera como un padre, de ningún modo estaría abierta la vía de la salvación, en ninguna parte el acceso a la evasión del castigo.

19 Dios mío, salvación mía, ¿cuántas cosas de las que has hecho conmigo, cuántas de las que he cometido contra Ti, se

---

[454] Es sobre todo esta expresión la que ha dado pie a comparar este escrito con las *Confesiones* de san Agustín. En ellas también encontramos esta promesa de dar testimonio por escrito de su curación y conversión: V 1, 1. XII 2, 2. 6, 6.

[455] CSEL conjetura *abnuerem*, en vez del *abnuere* de los manuscritos. Con ello esta última frase estaría unida a la anterior, dependiendo ambas de *promisi* y la traducción sería: «y (prometí) que renunciaría a las demás cosas sucias en las que me laceraba, si finalmente era su voluntad que hiciera aquello que Él me había inspirado que dijera».

[456] Alude Ennodio a su situación de huérfano, que le había valido una mayor protección del cielo.

me vienen a la cabeza? Si me paro a contarlo, no hay un solo momento que no esté lleno de tu ayuda o de mi delito. Quiero espigar una sola de tus innumerables ayudas hacia mí y, pasando por alto la multitud de tus dones, tocar someramente uno singular.

En los tiempos en que la felicísima subida al trono del 20
rey Teodorico[457] resucitó a Italia —cuando sus enemigos lo devastaban todo en medio de un inexplicable caos y el hambre mataba lo que había sobrevivido a la espada, cuando la pobreza había invadido las cumbres de las montañas y las ciudadelas de los campamentos y la escasez, más cruel que las armas, asediaba a los que estaban situados en las cumbres—, entonces, yo que tenía unos dieciséis años, perdí el consuelo
de mi tía, que me había educado. Me quedé solo, pobre y 21
privado de consejo; sólo la adversidad podía proporcionarme remedio, de modo que, siendo yo hombre libre, no tuviera que pedir socorro a parientes —que es algo más amargo que la desgracia de la esclavitud— para poder vivir y, una vez reconocido, tuviera que soportar los males de los que viven en un país extranjero. Enseguida, como de costumbre, me tendiste tu mano diestra, oh Tú, defensa mía, y me encaminaste a una casa rica en bienes materiales y en fe, para que no se negara a servirme de refugio[458].

Pedí en matrimonio a una joven hija de una dama nobilísi- 22
ma y para ti bien conocida, y enseguida fui aceptado, dando la impresión de que me adelantaba a tu providencia, como si yo

---

[457] Sobre este personaje véase M I.

[458] Difiere en este párrafo la puntuación de las dos ediciones que nos sirven de pauta, sin que el sentido cambie. Aquí seguimos la de MGH. La mano diestra de Dios como personificación de su misericordia providente se encuentra ya en *Éxodo* 15, 6, y sobre todo en el libro de los *Salmos*, pero también con mucha frecuencia en las *Confesiones* de san AGUSTÍN: I 15, 24; V 6, 10; VI 12, 22; 16, 26; VIII 1, 2; IX 10, 23; X 41, 66; XI 29, 39...

tuviera derecho a esperar algo semejante[459]. Me fue concedido un parentesco con quienes te agradaban, tanto para que yo abundara en bienes materiales como para que, apartándome de tu culto, fuera de un lado a otro por los oscuros caminos de la infidelidad. Pero casi antes de que fuera consciente de mi abandono, comenzaron a estar a mi disposición las cosas que
23 me iban a ser concedidas. Entonces, en primer lugar, convertido de mendigo en un rey, comencé a reírme de los males de los afligidos y a descuidar a su Creador, como si la prosperidad me fuera debida. Pero Tú no arrojaste el alma perdida ni extirpaste inmediatamente el tumor de mi duro corazón: Tú aplazaste el tiempo de tu venganza, no fuera a ser que me arrepintiese y tan sólo notara que me había curado, fuera quien fuera mi bienhechor.

24 Mas como el hombre no se aparta de la injusticia ni fácilmente vuelve a hacerse puro tras haberse manchado, permanecí en aquella postura en la que había caído, vencí tu paciencia con la continuación de mi pecado. Y, puesto que, siendo clementísimo, no siempre haces valer tu justicia, despojado de tu ayuda, escuché aquella pregunta que dirigiste a los oídos de nuestro primer padre: *Adán, ¿dónde estás*[460]*?*
25 En mi confusión, conté cuántos tesoros de tu clemencia había echado a perder y qué gran herencia había desechado. Entonces me fue concedido valorar, cuando ya los había perdido, todos los dones que me habías concedido: volví en mí mismo y lloré por mi miseria y por la alegría que entonces se produjo en mí.

Inmediatamente me socorriste por otro camino, no menos eficaz. Ordenaste que me curara agregándome al cuerpo de

[459] Otra frase de compleja construcción: «Fui aceptado de inmediato, como si ocurriera antes de que Tú lo hubieras previsto y yo hubiera debido esperar eso».

[460] *Génesis*, 3, 9.

los sacerdotes y que apartara de mí el peso que me oprimía,
cambiándolo por la carga del honor que se me impuso. Pero 26
en cuanto me liberé de la presión provocada por esta venerable
dignidad, tuve le gracia del título, pero no fui consciente de
que mis obras debían ser ejemplares[461].

¡Oh, espíritu embriagado de una rigidez venenosa, que
no aprende ni con ejemplos ni con advertencias! Si te falta el
magisterio de los libros sagrados, infórmate para tu provecho
de los castigos y (así, al menos) puedes conocer la doctrina
sobre las penas, a no ser que te sumerjas en el cieno de la per-
dición. Mas que esto lo haga en nosotros Aquel que gobierna
y que, para que estemos a la altura de sus mandatos, obre Él
mismo en nosotros lo que nos ha impuesto.

Esta y otras muchas cosas, como antes he dicho, puse en 27
conocimiento de Dios a través del eximio mártir san Víctor
y él se ocupó de no retrasarlas con reposo o tardanza: recibió
mi petición, la trasmitió, la obtuvo. Consiguió mi intercesor,
además de lo que le pedí, esto: que aquella que iba a some-
terse conmigo a la unión matrimonial, compartiera conmigo
el honor del hábito religioso y que se convirtiera en superiora
de un título preclaro[462]. Pero, ¡ojalá imitara yo[463] la fortaleza 28

---

[461] Se entiende lo que Ennodio quiere decir —era consciente de que tenía el título de sacerdote, no de lo ejemplares (él dice «brillantes») que debían ser sus acciones—, pero la expresión *habui de titulo genium, non de actionis nitore conscientiam*, con ese preciosismo de construcción, en el que el verbo ocupa el primer lugar, seguido de la afirmación y la negación de dos objetos yuxtapuestos en un ritmo creciente y en *omoteleuton*, es imposible de reflejar en la traducción.

[462] Como hace notar F. MAGANI —I 42—, el término *titulus* puede significar tanto la iglesia o el monasterio al que un clérigo o un religioso quedaba ascrito, como la ejemplaridad de conducta y, en ese caso, habría que traducir: «mujer a proponer como un luminoso ejemplo».

[463] Aquí utiliza Ennodio el plural de dignidad, pero indudablemente habla de sí mismo, o en nombre de los varones. La idea parece ser que él desea para sí mismo —quizás para todos los varones— un comportamiento

de ánimo de la que era débil por el sexo y en su noble comportamiento no sobresaliera tanto por su mérito cuanto parece haber logrado por la superación de su débil condición femenina![464] Ella dominó los malos deseos de la carne con el vigor de una constancia preciosa y guardó la castidad por su propia voluntad, no obligada. Ella, al amar la observancia del bien con tenacidad, lo obligó a convertirse en algo natural. ¡Ojalá no me sea antepuesta en aquella hora del juicio final y mientras ella aparece fuerte en su debilidad de mujer, yo sea frágil en las virtudes propias de mi naturaleza de varón!

29 He aquí, Señor, que he contado lo que Tú ya conocías y al hacerlo he sido fiel sólo en parte para no despojarte de lo que con razón era tuyo. ¡Asísteme, rey de la gloria, asísteme en mis súplicas y dispón lo que seguirá en el futuro según acostumbra tu bondad!

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

---

tan fuerte como el de su prometida, que no sólo superó la debilidad del sexo, sino que adoptó una postura llena de mérito por su virtud.

[464] F. MAGANI —I 43— interpreta así este pasaje: «Pluguiese al cielo que imitáramos al sexo débil en la fortaleza de ánimo y pudiéramos superar a los otros, no tanto en la alabanza de los actos nobles sino en su cumplimiento, teniendo ante los ojos la fragilidad femenina».

OPÚSCULO VI
(452)

Ennodio a Ambrosio y a Beato[465]

RESUMEN

Responde el autor con este escrito a una
natarios (1). Arranca con la recomendación de que ante todo guarden los dos primeros mandamientos de la ley divina: amar a Dios sobre todas las cosas y no hacer a los demás lo que no querríamos que nos hicieran a nosotros (2). Ha dudado entre escribir un poema o una carta: se ha decidido por una alternancia de ambos géneros literarios (3).

Incluye un primer poema (12 endecasílabos), en alabanza a las letras. Justifica el tono didáctico del escrito con su condición de clérigo y lo basa en autoridades, tanto profanas como de la Sagrada

[465] En su edición, J. SIRMOND tituló esta obra *Paraenesis didascalica* —Exhortación pedagógica— *a Ambrosio y Beato*. Estudios recientes prefieren a ese título —fruto de un equívoco, provocado por la aparición del término *admonitio* = *paraenesis* en la introducción—, el de *epistula didascalica*, es decir epístola didáctica, que es el que utiliza Ennodio mismo, cuando habla de ella en E VIII 28, 2. Sin embargo, me parece que tal cambio no haría sino aumentar el caos en la trasmisión de la obra ennodiana. Sobre este tema, ver G. MORETTI, «*L'Epistula didascalica* di Ennodio...», en *Atti della...* págs. 69-78.

Escritura (4). En primer lugar les encarece el cultivo de la modestia, la cual, siendo virgen, engendra todas las demás virtudes (5). Introduce tres dísticos elegíacos, que pone en boca de la modestia. Ennodio desea a Ambrosio y Beato que esa virtud les guíe precisamente en sus años de juventud, acosados por las pasiones. Desea que la sigan libremente para que, a través de la mortificación de los placeres, alcancen la castidad (6-7). Siguen diez hexámetros dedicados a esta virtud.

Sobre esa base —las cosas valiosas, como las joyas, están compuestas de diversos elementos— crecerá y madurará la fe (8-9), quien dirige a los jóvenes cuatro estrofas sáficas. Sólo adornado de estos hábitos puede el hombre presentarse a las puertas de las artes liberales y comenzar por el estudio de la gramática (10-11). En él se madura, es decir, se confirma la voluntad (12-13).

La gramática misma se expresa por medio de un poema de diez tetrámetros trocaicos. Despedida a los alumnos, que pasan a la actividad del foro y las causas judiciales, de manos de la retórica (14). Ésta les acoge, atribuyéndose poderes casi divinos, con los que manda sobre la fama y los honores, sirviéndose de la poesía, la jurisprudencia, la dialéctica y la aritmética (15-17).

Finalmente les invita a escuchar un poema de cinco dísticos elegíacos, que empalma con la invitación a que sigan el ejemplo de una lista de personas, cuyas vidas ejemplifican todas esas virtudes intelectuales y morales de las que ha hablado. En primer lugar, Fausto y Avieno, dos miembros del consejo imperial (18); Festo y Símaco (19); el patricio Probino y su hijo Cetego (20); los patricios Boecio y Agapito; el ilustre Probo y otros varones ejemplares (21-22).

También cita una serie de mujeres como Bárbara y sobre todo Estefanía, la hermana de uno de sus mejores amigos, Fausto, a la que caracteriza como «la luz más resplandeciente de la Iglesia católica» (23-25). Como conclusión, dirige a Dios la súplica de que mueva la voluntad de los jóvenes, a quienes ha dirigido ese escrito didascálico, para que vivan de acuerdo con esas pautas (26). Cierran el escrito seis hexámetros de recomendación a Símaco, para que acoja benignamente este escrito, y cinco versos adónicos, dirigidos a los destinatarios de la composición.

Obedecemos a Dios cuando ordenamos las cosas conforme a sus mandamientos. Pues bien, son preceptos divinos el hecho de que accedamos a vuestra petición a impulsos de la caridad. Pues me habéis solicitado con muchas súplicas que os redactara una obra dedicada a los estudios de composición literaria[466]. De buen grado me he inmiscuido en los derechos de otros[467], porque, a pesar de que preveo la crítica a la que serán sometidas mis palabras, me basta con que reconozcáis mi buena intención. Yo, por mi parte, al principio de mi escrito no me callaré aquello que da la vida. 1

Tened a Dios en la intención de toda vuestra mente con entrañas puras y aplacadle a vuestro respecto con frecuentes ruegos, sin apartaros de Él por la perversión de vuestros corazones o por cualquier tipo de compromiso con el pecado. Amad también a los que convierte en prójimos la natural convivencia y no os alegréis de haber hecho lo que os causaría dolor que otros os lo hicieran a vosotros. Todo lo demás, a lo que uno aspira, es fruto de esta caridad. 2

A mí, por mi parte, las incertidumbres propias de toda deliberación me han mantenido indeciso sobre si os dirigiría estas palabras en verso, o según la preceptiva de la epístola. He decidido que el afecto que siento hacia vosotros está abierto a ambas maneras de escribir, porque de una parte hace bien al que lo recibe un estilo vigoroso y de otra el cuidado de una forma agradable ayuda a las inteligencias que se sienten oprimidas por el rigor de la didáctica. Aceptad, pues, con benignidad lo que he producido. 3

---

[466] La expresión que utiliza —*concinnatio didascalica*— expresa el carácter didáctico de este escrito.

[467] Una corta *captatio benevolentiae*, como es habitual en nuestro autor al comienzo de cada una de sus obras: otros podrían hacerlo mejor que él, con más derecho.

LOA A LA POESÍA

Aunque todo lo que la madre Camena produce con estruendo sea tierno, como la fluida dulzura de la miel, y el poema compuesto con brillante gracia cautive los impulsos de un corazón sentimental, y no siempre la poesía fomente la virtud —ya que la ley que impone un flujo suave, adocena a los fuertes con su preceptiva imperiosa—, [9] *sin embargo, nosotros seguimos el modo de hablar de las Piérides en tanto en cuanto, a instancias de nuestro celo, nos lo permite la inspiración y la fuerza de la verdad*[468].

Se nos permitirá guardarnos de un ritmo privado del rigor propio de un soldado de Cristo[469].

4 Así pues, evitando por esta vez la amenidad de las palabras, celebremos con una lengua apropiada un tema de envergadura, no vaya a ser que el vigor de la obra sea perjudicado por los daños de un débil discurso. El oficio de preceptor no es incompatible con mi profesión, porque conviene que quienes van por delante, adviertan; y así como es justo que uno muestre la antorcha de su inocencia a aquellos que va dejando a su espalda, así pide la razón que también con las palabras se indique el camino a seguir, como consta expresamente en la divina advertencia: *corrige al prudente, que él te amará*[470]

---

[468] Camena es la Musa —se utiliza de ordinario en plural— y las Piérides son las nueve hijas de Píero, rey de Emacia, que les puso el nombre de las Musas. El mito cuenta que perdieron un certamen con éstas y en castigo se convirtieron en urracas. No obstante, se emplea también este apelativo para designar a las musas mismas.

[469] Se propone, por tanto, emplear ritmos solemnes y serios, prescindiendo de los jocosos o ligeros, que desdecirían de un clérigo.

[470] *Proverbios* 9, 8.

y añade el escritor profano: *Ellos quisieron que el preceptor ocupara el lugar sagrado de un padre*[471].

Pues con razón se coloca en la cumbre del afecto, aquel 5
a quien la benignidad al corregir lleva más allá que la misma naturaleza de la paternidad[472]. Pues haber engendrado es señal de que ha habido placer; haber educado, de que ha habido piedad. Por tanto, al acercaros a la ciudadela de las ciencias, amad la modestia como a la madre de toda obra buena[473]. Ella, siendo virgen, da a luz fecunda una gran variedad de tipos de virtudes, del mismo modo que la lujuria procaz, en su corrupción, engendra los vicios. Ojalá os impulse a tender hacia ella con estas palabras:

MODESTIA

Teñid vuestros rostros candentes con la roja púrpura y resplandezca en vuestra faz la fidelidad de vuestras costumbres. Que tú, esparciendo manchas sobre tu rostro de nieve, seas más hermosa cuando, irradiando ternura, presentes un aspecto lozano. [6] *No te atribuyas con la lengua nada más que lo que te concedes con la razón. Y a partir de ese punto aúna contigo todo lo que da gusto amar.*

Es funesto negarse a aceptar este consejo tan sacrosan- 6
to, cuando incluso la misma que habla, embellecida con un adorno que tanto la favorece, aumenta, o al menos inspira, los bienes de una conducta noble. Así pues, mezclad a la mo-

---

471 JUVENAL, *Sátiras* 7, 209.

472 Es decir, le hace más digno de ser amado que a los mismos padres.

473 Esta convicción, que aparece con las mismas palabras también en M 3, 10, lleva a Ennodio a hacer continuas protestas de modestia a lo largo de sus D, por ejemplo en 1, 4, 7, 10.

destia la castidad, siempre parienta próxima suya; que ésta, templando el inconveniente de la edad con una sabia moderación, añada a los años enturbiados por las pasiones la serenidad de un equilibrio maduro, y presentando el alimento con sabor a un comportamiento santo, una vez desterrado el apetito por el error, logre que en vosotros se manifieste como un amor diligente a las cosas rectas, no como una obligación impuesta.

7 Que este objetivo se consiga a base de castigar el cuerpo y que su enemiga no sea alimentada con los múltiples errores de los placeres del vientre. Pues el ansia de la gula exige, junto a grandes dispendios de dinero, también el olvido doloso de las buenas acciones meritorias y por el mismo camino llegan el relajamiento de las costumbres y el de las riquezas. Ella, si dirige sus pasos hacia vosotros, quizás os interpele con estas palabras:

CASTIDAD

De modo consecuente no me detengo en poner un gesto afligido, cuando resplandecen ante mí monumentos de una belleza casta. Pues cuerpos obesos asfixian la sensibilidad delicada y las entrañas viciosamente ahítas pisotean su capacidad de razonar.

[6] *Para mí, por el contrario, la cruz es la lanza; la cruz, el escudo; la cruz, la coraza: con ella, me protegeré; con ella, heriré al enemigo; con ella, quiero firmar un pacto de paz. Ella es mi general, con quien yo pisaré vencedora la lujuria y odiaré los halagos crueles del veneno de la concupiscencia.* [10] *Muchachos, corriendo hacia mí, deponed con vuestros hechos al niño que fuisteis y emprended, siguiéndome, una vida prudente.*

8 Tras dar acceso a esta virtud, adornadla con la compañía de la fe, porque, así como la castidad ocupa el primer puesto

a la hora de rectificar las costumbres, es también verdad que, despojada de sus dotes, no se mantiene por sí misma, ni es justo que se tenga por una sola cosa lo que consta de varias. Las guirnaldas más hermosas no se tejen sino a base de las múltiples flores de los campos: el tejido de una diadema suele constar de piedras de varios tipos. Siempre han sido numerosos los miembros metálicos que han producido el cuerpo del admirable electro[474].

Por tanto, puesto que nada va por delante de la fe, sea 9
fomentada y tan cultivada en el campo de la diligencia, que esta blanca mies, rica en dotes alimenticias, no muera, segada por una hoz intempestiva. Así pues, que se retire de vuestra educación toda promesa que no se mantenga en pie y de un modo práctico pase a ser natural en vosotros lo que realmente vale la pena seguir. Imaginaos que la fe os sale al encuentro con estas palabras:

FE

Quien desea unir el cielo con la tierra y abandonar el vicio de la caída de los primeros padres[475]*, que me busque a mí, decoración auténtica y corona del don que procede de lo alto.*

[6] *Ese tal no tiene por qué temer al tribunal severo, ni revolotear entre los poderosos de esta tierra; con plena conciencia surca entre las olas, sin desviarse, las aguas tranquilas de la salvación.*

---

[474] Una aleación metálica compuesta de un sexto de plata y cinco de oro. Ennodio parece indicar que, en su época, intervenían también otros metales.

[475] *Vitium luxae paternis*, «vicio de la *luxación paterna*». Con esta metonimia designa Ennodio al pecado original, acentuando la idea de que produjo una dislocación de la naturaleza humana.

[10] *Aunque el gelono*[476] *soliviante a los pueblos bárbaros y el morino*[477] *aúlle con aspecto de parto, el creyente desprecia, rechaza todo lo que insinúa la locura del mundo.*

[14] *Un hombre tal penetra en los secretos del Rey excelso, permanece seguro en medio de las caídas de los poderosos, no está sometido ni a la ley de la muerte ni a los males de esta vida.*

10 Deséchese la idea de que a estas virtudes les falte aquel amor por los estudios liberales con el que se adornan todos los dones divinos, como con la luz de un collar precioso. Porque una hermosura imperfecta no se distingue mucho de la fealdad y quien no tiende lo suficientemente a las cumbres de la grandeza, apenas es capaz de abandonar las simas más profundas de la miseria.

11 Estas artes liberales, sin embargo, ponen ante sus puertas —como si fuera la nodriza de las demás— la gramática, que deslumbra las mentes de los jóvenes con el gusto por el arte y la manera clara de hablar y les atrae al amor por Cicerón, imaginándose ya los fulgores de la gloria[478].

---

[476] El gelono es un pueblo escita o sármata, que vivía originariamente en la actual Ucrania y se mantuvo autónomo hasta el final del imperio. Véase *RE* 7, 1014-1018.

[477] Los morinos, en plural, aparecen en César, *Guerra de las Galias* como un pueblo belga que habita la región del continente más próxima a *Britannia*. Su nombre procede del celta *mor* y designa a la gente del mar. Sometidos definitivamente a Roma desde la época de Augusto, en 29 d. C., la agresividad de la que habla Ennodio no procede de ellos sino de los pueblos bárbaros —de ahí la comparación con los partos—, ya asentados en su territorio.

[478] La expresión *ad Tullianum calorem* podría también entenderse, en sentido propio, como el ardor con el que Cicerón hacía uso de la palabra.

El campo de Marte[479] acoge a soldados ya formados, forjados en los ejercicios de una batalla simulada; no se echará para atrás huyendo de las trompetas aquel que oyó ya, en medio de los placeres de la paz, el toque militar y el servicio de la guerra[480].

La virtud crece pues alimentada por la práctica y de su 12
firmeza procede la tolerancia de los peligros: los comienzos de valores probados y firmes presenciaron hombres temerosos. Es bueno que la mano liberadora del profesor de retórica reciba las espadas templadas en la famosa forja de las lenguas, propiedad de los gramáticos, que les ha confrontado frecuentemente con la simulación de la herida, para que no cedan ante los golpes manifiestos.

En esta medida de prudencia es necesario que el amor por 13
el arte crezca, incluso por encima de la natural falta de límites propia de la inmadurez, y que surja el deseo espontáneo de llevar una vida limpia a partir de la constante e incluso impuesta obligación por parte de los pedagogos. Pues muestra que tiene tendencia a la buena voluntad aquel que da pruebas de estar de acuerdo en que se le obligue. Aquel a quien no ofende la solicitud del preceptor, tiene ya casi las dotes de bondad requeridas en los estudios. No obstante, ella habla así a sus secuaces:

GRAMÁTICA

Prestamos sabor a las mentes mientras pulimos las composiciones literarias. Si un principiante comete algún error,

---

479 La metáfora alude a la educación: la Retórica *(campus Martius)* es el peldaño superior a la Gramática. Ésta forma a los jóvenes con ejercicios fingidos *(pacis blandimenta)*. Sobre *campus*, véase nota a D 13, 5.

480 Es un ideal educativo que Ennodio ha encomiado en Teodorico: M I, 83.

actuamos de juez imparcial. Prescindiendo de la mano[481]*, hago que se avergüence con el oído y con la palabra.*

[5] *Todo lo que el arte tiene de temible, lo modera el arte de la palabra y jugamos con los pequeños, aún en medio de nuestras reglas*[482]*. Porque aunque se tome la severidad como maestra, ésta manda no imponer el terror por doquier.* [8] *Aquella famosa edad dorada dijo que nosotros éramos unos óptimos padres, porque contamos a nuestro favor con el hecho de que fueran hijos nuestros los que dio a luz un vientre preñado de semilla literaria y la sensualidad no pudo subyugar los derechos de un ingenio preclaro*[483].

14 A vosotros, que ya os retiráis de mi instrucción, os convoca Marte a las luchas[484] retóricas de la elocuencia, que es quien, como una coraza con láminas entrelazadas, compone las defensas de las causas con diferentes partes conectadas entre sí. Porque a base de los miembros intrincados de un discurso, unidos en una línea sólida y sencilla a la vez, dibuja la singular silueta de los argumentos, en la que los diversos elementos se unen con tan regulares medidas que ni la división menoscaba la unidad, ni la articulación puede separar una de otra las cosas que hay que añadir, en la medida en que
15 es necesario. Tras haber sembrado en vosotros el gusto por la

[481] Es decir, sin golpearlo como castigo.

[482] El primer arte es la retórica, a la que ha denominado ya *campo de Marte;* el segundo, la gramática, que es el *ars loquendi*. Mientras la primera es belicosa y temible, la segunda es un juego pacífico: n. 11.

[483] La gramática se atribuye, gracias a sus enseñanzas, la paternidad de generaciones de hombres preclaros.

[484] Ennodio utiliza el término *lituus*, propiamente una trompeta curva, que en la epopeya, a partir de ENNIO, aparece en un contexto militar (Véase M 1, 45). Aquí tiene un sentido figurado, en referencia al estilo solemne y elevado. Este impresión se refuerza con el uso de la forma arcaica *Mavors* para designar al dios de la guerra, Marte.

gloria, la lengua viril y la cumbre latina del discurso humano os exhorta con estas palabras[485]:

«Después de la divinidad suprema soy yo la que, o bien
cambio las cosas que han sucedido, o las hago yo misma. La
luz que yo aporto al abrir mi boca es la que basta para liberar
a los acontecimientos de las tinieblas, por muy grandes que és-
tas sean. Yo soy aquella de la que los hombres esperan la pena
para sus malas acciones y la declaración de inocencia para
su noble conducta. Gracias a mí, la conciencia envuelta en
tinieblas se cubre de esplendor; gracias a mí, la (conciencia)
que irradia con luz propia, se cubre por la llegada de la noche,
aunque no sepa qué son las tinieblas. No hay nada noble que
no confíe en mí, ni culpable que no me tema. Todo romano, 16
esté donde esté, tiene los ojos puestos en el compendio de mis
reglas: si yo no los adorno, emblemas del poder[486], riquezas,
honores, son despreciables: yo gobierno los reinos y prescribo
a los gobernantes lo que es saludable.

«Y ¿qué decir del hecho de que el deleite que producen mis declamaciones supera a todos los demás saberes, y que la fama que proporcionamos permanece para siempre? La retórica recibe honores antes que los generales o los cónsules[487]. De las hazañas de los hombres esforzados merecen crédito las que yo quiero. Nadie aprecia una gesta sobre la que guardo silencio[488]. Las nobles semillas que de mí proceden iluminan

[485] Ennodio, con este expresión retórica, sitúa en el Lacio la cumbre del discurso humano.

[486] Éste, junto con M 1, 15, (véase nota correspondiente) es el único pasaje de este volumen en el que Ennodio utiliza *fasces* en su acepción clásica. En otros contextos la palabra se banaliza con sentidos diversos: «carga» (D 9, 15), «fascinación» (M 4, 36).

[487] Los generales están personificados por los Escipiones y los cónsules designados por las túnicas que visten.

[488] La idea de que la elocuencia, practicada según las reglas de la retórica, salva a las personas y sus hazañas del olvido está presente de continuo en la obra de Ennodio. Véase, por ejemplo, M1, 74; M 3, 4; M 4, 2; D 12, 11-12.

17 todo el mundo con la luz de una radiante perfección. La poética, la jurisprudencia, la dialéctica, la aritmética[489], aunque se sirven de mí como de una madre, llegan a ser valiosas en la medida en que yo me apodero de ellas. Mas oíd el poema que nos inspira el juego con un oficio ajeno[490]».

RETÓRICA

Los crímenes no ahogan a nadie, con tal de que sea mío[491]. *Yo, por obra de mi arte, limpio las manchas de la vida. Si alguno, poniendo por testigo al Senado, está en pie con sus méritos tan blancos como la nieve, obligamos a todos a decir que ése es hijo de la noche*[492].

[6] *De mi boca surge el culpable y el santo: mientras yo hago uso de la palabra, la voluntad es hecha prisionera*[493]. *La lana, que es el orgullo de la ciudad de Tarento*[494], *la piedra preciosa, el poder, ¿qué son en comparación con mi posición encumbrada?*

---

[489] Es evidente que Ennodio no presenta una lista exhaustiva de las artes liberales, pero tampoco es arbitraria. En efecto, comprende, de una parte géneros literarios distintos, como la poética respecto a la prosa, y de otra diversas ramas del famoso canon de las siete ciencias que quedaría definido en la Edad Media: el *trivium* (gramática, dialéctica, retórica) y el *quadrivium* (música, geometría, aritmética, astrología). Abarca así un amplio espectro del saber de aquel tiempo y, desde luego, representa todas las artes liberales.

[490] La retórica misma, el arte de hablar o escribir en prosa, no puede escribir un poema sino por juego.

[491] Es decir, no le ponen en peligro de ser condenado a muerte.

[492] Véase Virgilio, *Eneida* VII 331.

[493] Esta expresión, que se encuentra también en M 3, 55, donde se aplica a las dotes diplomáticas de san Epifanio, exalta el poder persuasivo de la elocuencia.

[494] Colonia espartana, fundada a fines del s. VIII a. C., y situada al S. de Italia, en el golfo que lleva su nombre, se entregó a los romanos en 272

[10] *Quien sirve a mis estudios, poco después gobierna el mundo*[495]. *Este arte, que no tiene miedo a ningún peligro, me ha dado reinos.*

Así pues, queridísimos, esforzaos por conseguir estos conocimientos y, una vez adquiridos, conservadlos. 18

Pero quizás replicaréis: para conseguirlos, ¿qué maestros utilizaremos, de qué instructores nos serviremos, a los que erigir como modelos, cuando la suerte favorable mantiene a Fausto y Avieno[496], hermosura de este siglo y río de la elocuencia latina, ocupados en los consejos de palacio?

El público no sabe cuánto tiempo les durará ese cargo[497]; intentar su alabanza es lo mismo que querer añadir luz al sol, omnipotencia a la divinidad.

Pero mientras éstos se dedican con esfuerzo al bien pú- 19
blico, los patricios Festo y Símaco[498], que dominan todas las disciplinas y están formados en una sólida sabiduría, no se

---

a. C. En 212-209 a. C. se puso de la parte de Aníbal y a partir del 123 a. C. fue *Colonia Neptunia*.

495 Esta idea de que la retórica gobierna el mundo se encuentra una y otra vez en las obras de Ennodio. Véase, por ejemplo, M 3, 89, donde se expresa la idea de que, por medio de ese arte, se pueden obtener hasta peticiones injustas.

496 El primero es Flavio Probo Fausto *iunior*, cónsul del año 490, más tarde cuestor (506?) y prefecto del pretorio (507-511), en el cisma Lorenzo/Símaco, defensor de éste último, como Ennodio. El segundo es su hijo Rufo Magno Fausto Avieno, cónsul en 502, en edad muy joven, y destinatario de veinticuatro cartas de Ennodio, con quien estaba emparentado.

497 La expresión que utiliza Ennodio permitiría también traducir «hasta cuándo».

498 El título de patricio era el más alto grado de distinción que se otorgaba en esta época y se reservaba a quienes habían desempeñado las más altas magistraturas. Efectivamente, Festo fue cónsul en 472 y Símaco en 485 d. C. Por lo que dice Ennodio en el poema final de esta composición y su epístola (VIII 28, 2) a uno de los destinatarios de este escrito (Beato), sabemos que se la envió a Símaco para que la corrigiera.

alejan de la sagrada urbe[499]. Ellos presiden el noble principado de la curia: haberlos visto es ya ser instruido por ellos. En sus casas no se habla de bagatelas, ni siquiera de lejos se podrían reconocer citas de pantomimas. Estos hombres no compran el favor del pueblo en detrimento del pudor: contentos con agradar a los justos más que a la mayoría, consiguen una buena fama con la inocencia de sus actos[500]. Aunque hay que seguir en todo sus preceptos, sin embargo en ellos es aprovechable también la parquedad en el hablar, propia de maestros, junto al modelo de un silencio erudito[501].

20 Está también el patricio Probino[502], lumbrera reconocida de una estirpe amante de la paz, que ha adquirido con toda profundidad las costumbres de una familia de eruditos y que ha bebido de la fuente de su padre y de su suegro el hecho de que es de conducta íntegra.

Está el patricio Cetego, hijo suyo, varón que ha sido cónsul y quien, pasando por alto, como más joven, cualquier complejo de edad, ha conseguido una prudencia propia de una persona anciana: el sabor de lo añejo y la dulzura de la juventud.

---

[499] Las palabras que Ennodio utiliza —*sacratissima urbs*— aluden a Roma. En muchas inscripciones se la llama simplemente *S(acra/tissima) V(rbs)*, iniciales que coinciden con las que aparecen en los títulos de D 3 y 8, con el sentido de *S(pectabilis) V(ir)*, «varón ilustre».

[500] Cf. Terencio, *Eunuco* 1.

[501] Esta expresión —*forma eruditi silentii*— es la que se atribuye tópicamente a la actitud de silencio prudente y docto adoptada por Pitágoras. Véase, por ejemplo, Sidonio Apolinar, *Poemas* 15, 52. Véase E VIII 3,1.

[502] Petronio Probino, cónsul en 489, hijo de Flavio Rufo Plácido y padre de Fl. Ru. Petronio Nicómaco Cetego, asimismo cónsul en 504. Hay que hacer constar que tanto Festo —n. 19— como Probino fueron los más acérrimos defensores de Lorenzo en las disputas originadas en torno al cisma romano. Capitaneaban la oposición a Símaco, por quien luchaba solamente Fausto.

Está el patricio Boecio[503], en quien apenas se nota que 21
está en edad de aprender y se comprende que posee ya suficiente pericia para enseñar: de esto ya ha dado testimonio el juicio que han dado de él los correctores[504].

Está el patricio Agapito, rico en honradez y en ciencia[505].

Está Probo[506], hombre ilustre: si le seguís, tendréis ante vuestros ojos, aunque os falte su presencia física, a Fausto y a Avieno, de los que antes hablabais.

Dejo en el silencio a todos los demás varones ilustres, cu- 22
ya fama ha llegado hasta mí: aprended de ellos, si ya habéis adquirido la madurez, o de aquellos a los que he citado antes: pues el amigo del bien es claramente reconocible por indicios manifiestos y todo hombre no logra costumbres en otro, sino las que él ha formado en sí mismo.

Y si os gusta que añada aún mujeres, tenéis a la señora 23
Bárbara[507], flor del genio romano, que puede hacer patente con el testimonio de su aspecto la luz de su cuna y su inteligencia; en ella encontraréis una seguridad pudorosa y una moderación confiada en la bondad de las acciones, un modo de hablar condimentado de sencillez natural e ingenio, a fin de que lo jocoso no desdore el esplendor del discurso, ni éste quede rígido por la manera dura de hablar de las mujeres; en

---

503 Boecio, cónsul en 510, amigo de Ennodio, fue uno de los grandes de su tiempo en todos los sentidos, famoso sobre todo por su *Consolación*, redactada en la prisión antes de que fuera ejecutado por Teodorico, tras haber sido acusado de conspirar a favor del emperador Justiniano en pro de la unión de ambos imperios.

504 También podría entenderse: «su elección entre los correctores».

505 De este patricio se sabe que recibió este título a partir de 511, es el señor de 148 y fue cónsul en 517.

506 De una ilustre familia romana, fue probablemente cónsul en 513. Ennodio le dirige una epístola: VII 27.

507 Distinguida romana, a la que Ennodio dirige dos epístolas (VIII 16, 27) y cita en otra: VII 29, 3.

ella el amor al bien ha pasado de tal modo a formar parte de su naturaleza que, aunque quisiera mentir, no podría de horror 24 a cometer tal falta. Su modo de hablar destila una dulzura llena de pudor y la formulación de su discurso sereno no es cubierta por ningún pensamiento nebuloso: lo que dice es lo que siente. Que esta joya de mujer me conceda el perdón a mí que pretendo perturbar su paz, que envidio: querría exponerla por todas partes en Italia como modelo a imitar para que, quienes no se rinden a las advertencias, se dejaran formar al menos por su ejemplo.

25 Además, está también Estefanía[508], lumbrera llena de esplendor de la iglesia católica, cuyo nacimiento se ilumina con una luz tanto mayor cuanto más se conocen sus actos, aunque la luz del sol, ojo del mundo, apagara su antorcha: incluso si se prescinde de la brillantez de su ingeniosa conversación, nada difunde más luz que su cuna.

Que la dispensación celestial os una a los alumnos de todos estos de los que he hablado.

26 Tenéis en vuestro poder, como rehén, estas páginas de mi cosecha: seguidlas como si fueran vuestra pedagoga. Que Dios os conceda querer y hacer siempre lo que es decoroso. Y si no he sido capaz de hacerlo con un discurso pomposo, yo, teniendo presente mi profesión, os ayudaré con la oración.

Con tu ayuda, Símaco, gracias a ti, a quien engendraron tus padres con tan grandes cualidades[509]*, que a este escrito no le sea reservada una dura suerte; tiende tu diestra a mi ligereza y llévame contigo a través de las olas. No sería propio*

---

[508] Romana, hermana de Fausto, a la que Ennodio dirige varias cartas: IX 15, 18. De esta última se desprende que había quedado viuda.

[509] El primer hexámetro de los seis está copiado tal cual de VIRGILIO, *Eneida* X 596, así como la segunda parte, tras la cesura, del quinto (X 598).

de las costumbres de un hombre bueno, engañar a uno que confía en él[510]. [5] *Nada me detiene: heme aquí suplicante, apiádate del que te pide, recomendando un escrito sin valor a un patrón lleno de riquezas.*

Semillas preclaras, recibid las palabras de un padre exhausto. [10] *Es noble el discurso que muestra el bien.*

[510] Sentencias de este tipo abundan en la literatura tardía y medieval, como se puede comprobar consultando H. WALTER, *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters*, Göttingen, 1964, vol. 2 y 8.

OPÚSCULO VII
(8)

Decreto, cuando se ordenó a todos los obispos que tuvieran compañeros de vivienda

RESUMEN

Quien ha renunciado a las seducciones de la carne vive para cumplir los mandamientos de Dios en inocencia sincera y goza de buena fama (1). No le afectan las calumnias. Aún más, éstas se vuelven contra quien las propala, mientras la víctima de la maledicencia brilla aún más (2). Los detractores piensan, sin embargo, que han caducado las leyes antiguas y no caen en la cuenta de que conservan para siempre su vigencia (3). Las almas santas se fortalecen en las contradicciones, como afirma san Pablo (4). Como los árboles que han echado raíces profundas, esos hombres siguen adelante hacia la meta, poniendo por testigo a su conciencia (5).

No obstante, los obispos reunidos en sínodo, llevados por su preocupación por la salvación de las almas y por la necesidad de salir al paso de las acusaciones que se habían presentado hacía poco contra quien detentaba la cátedra de Pedro, (6) quieren acabar con ese tipo de enfermedad dentro de la Iglesia, también para no ser tildados de negligentes y no dar pie a malentendidos (7).

Aparte de esas razones, les impulsa a adoptar esta medida el deseo de evitar las ocasiones de pecado y tapar la boca a los calumniadores (8).

Sigue el texto del decreto, avalado por consideraciones éticas de valor general (9) y por citas de la sagrada Escritura y de san Ambrosio (10). La composición acaba con una amonestación en tono exhortativo (11).

1 A nadie le cabe duda de que todo hombre que, por amor a la ley de Dios, ha dominado las seducciones de la concupiscencia carnal con un modo de vida ejemplar y ha arrancado de raíz, con la hoz de los mandamientos divinos, los sarmientos erróneos de su comportamiento para arrojarlos a un fuego que da vida, cultiva aquellas plantas que dan fruto y son de provecho para el arreglo de cuentas final, aquel en el que los preceptos divinos se cobran los intereses que han producido año tras año. A nadie le cabe duda asimismo de que ese hombre se congratula tanto de la autenticidad de su vida virtuosa
2 como de la luz que irradia su buena reputación[511]. Tampoco se debe sospechar que la antorcha de una conducta meritoria pueda ser extinguida por el soplo de la maledicencia, ya que el esplendor de una vida intachable, aunque sea mordido por el diente del envidioso, rechaza la sombra de cualquier habladuría venenosa. Las tinieblas que intentan extinguir una luz, se revuelven contra su autor; la difusión de la noche no acaba con el resplandor de las estrellas; la lucha contra las tinieblas contribuye a dar fuerza a la claridad; la presencia de la esfera lunar es más eficaz cuanto más se retira el día y encanta con su propia luz a medida que pone en fuga la ajena. No es enviado bajo jurisdicción externa el que asume por propia iniciativa la tarea de hacer luz sobre un asunto.

[511] Como es frecuente, Ennodio comienza la composición con un largo período, aquí de dos miembros. El primero de ellos es tan largo y complejo en su estructura, que una traducción inteligible aconseja separarlos.

Pero como mentes perturbadoras estiman que no deben 3
atenerse a las prescripciones precedentes, pensando que, con el tiempo, envejecen los preceptos de los profetas que dicen *la boca del murmurador será arrancada de raíz*[512] (como si se debiera respeto solamente a las prescripciones nuevas y las leyes antiguas no estuvieran vigentes para castigar a los culpables), siendo así que Dios, el Señor de los tiempos, ha gobernado la edad antigua por medio de los profetas y dispone también la moderna, puesto que siendo uno y el mismo el Creador de las leyes del bien entre los hombres, mantiene vigente para los tiempos posteriores lo que anunció ya a nuestros antepasados...[513]

Mas volvamos a nuestro tema. Las almas santas son 4
sometidas a prueba por las habladurías de los envidiosos; incluso consideran como un aumento de su gloria todo lo que un acusador aporte contra sus obras meritorias, como exclama el doctor de las gentes: los hombres son estimulados por las contradicciones[514]. Como es habitual en los 5
árboles, que han llegado a penetrar en la tierra con raíces poderosas —desafían el ímpetu de los vientos y menosprecian

---

[512] *Proverbios* 20, 13.

[513] MGH considera que esta frase queda incompleta y así es, por más que en la traducción hayamos hecho todo lo posible para que el razonamiento de Ennodio sea comprensible. G. HARTEL, cuyo texto es idéntico al de MGH, acaba el período con un punto. Algo análogo ocurre al final de los nn. 6 y 7. Las premisas son: está claro que a la persona honrada no le afectan las acusaciones ni las críticas, le basta tener una conciencia limpia (1-2). Pero dado que hoy hay quienes opinan que los mandamientos de la ley de Dios no son suficientes, por anticuados... (3). La conclusión sería: se deben redactar leyes nuevas, como el presente precepto. Todo está expresado, como es habitual en Ennodio de un modo muy recargado, de manera que el mayor esfuerzo de la traducción consiste en aligerar la frase. Por ejemplo, el paso que reproducimos como «por medio de los profetas», dice al pie de la letra, «habiéndose servido del oficio de profeta».

[514] Cf. *Hebreos* XII 11.

los ataques de las tempestades con la fuerza de su propia estabilidad—, así esos hombres, rechazando las tinieblas de una maquinación farisaica que hubiera podido afectarles, muestran a través de su transparente serenidad los rayos de su buen comportamiento. Porque, cuando cualquiera de ellos encuentra objeciones a su paso, avanza en su estimación interior hacia la esperanza del triunfo, con su conciencia por testigo.

6 Nosotros, sin embargo, a quienes estimula la cura pastoral, a quienes ha sido encomendada la vigilancia por la salvación de las almas, para que no se nos pierda nadie ni de los más elevados ni de los mínimos, sobre todo cuando se nos ofrece ante los ojos el ejemplo reciente de aquella situación penosa, cuando los dientes de los enemigos, provocando un tumulto en su proximidad, mordieron con tanta rabia al que se sienta en la sede apostólica y se ocupa del gobierno de casi todas las iglesias y se elevó —sin que su indignación fuera justa— el furor de algunos que buscaban su ruina...[515]
7 Nosotros, que queremos acabar con esta plaga de enfermedades, no vaya a ser que alguno de los nuestros sea insidiado —tomando lo que es una negligencia por un comportamiento inicuo— y tenga que salir al paso, como reo de una acusación que presenta las apariencias de verdad, de aquellos que, según dicen, no temen los testimonios vivos de los hombres, mientras —es nefando decir esto— dan por acusado convicto al desprevenido incauto y creen que ha cometido un crimen todo aquel que, se estima, pudo haberlo hecho. Nadie piensa que los ojos de Dios son más temibles que los de los hombres. Se cree que la soledad fomenta el pecado y que quien no se encuentra acompañado admite la maldad en lo más profundo de su alma, como si no estuvieran patentes al cielo

[515] Como se ve, alude a las acusaciones de los cismáticos contra la vida privada del papa Símaco. Véase M 2, 16.

los crímenes encerrados en las entrañas del alma y no pudiera castigarse el mal que el hombre no conoce... Nosotros, en la 8 convicción de que se puede atribuir a la necesidad una cosa que es fruto del esfuerzo virtuoso; y de que —por ser el hombre guardián para el hombre— se puede entender la pureza como miedo (aplicando así la maledicencia a otro orden de cosas); nosotros, queremos ante todo cortar las ocasiones de que nos maltraten; además, recordando la disciplina antigua, tendemos todo tipo de mano sacerdotal a quienes están en peligro de perecer y apartamos del precipicio de la ruina a quienes actúan a impulsos de estímulos diabólicos, para que los charlatanes aprendan a guardar un religioso silencio, al menos tras el decreto presente.

Queremos por tanto que ningún sacerdote que observe las 9 leyes antiguas o modernas y que ningún clérigo, en ningún lugar, viva sin la compañía de una persona bien probada[516]. O, si la escasez de sus bienes no le permite tener un compañero, que él mismo se haga compañero de habitación de otro. Que entre los eclesiásticos sea público todo lo que ocurre: rechácese todo tipo de oscura clandestinidad: que tenga muchos testigos de sus actos, todo el que debe a Dios su inocencia. Que vean los envidiosos cómo el que aporta testigos de sus actos desea que se someta a prueba su conducta: que se tenga por un modo de vida mal orientado, el que no desea ser conocido.

Ciertamente, para un alma con un mínimo de conciencia 10 recta, es digno de castigo quien constituye un motivo de peligro para otro, porque mientras deja abierto el acceso a sospechas, es causa de daño para el hermano y quien proporciona

[516] En esta obra, de 501, Ennodio aplica al ámbito eclesiástico su convicción de que debe contemplarse la antigüedad como una escuela en la que se aprende el recto comportamiento. Véase también más arriba, en n. 3. Expresa repetidas veces esta idea en M 1, 18, 79.

incentivos de pecado, él mismo presenta el cuello a la muerte, como dice el divino y santo escritor: *No calumnies para que no seas arrancado de raíz*[517]. Y el confesor Ambrosio: *Muchos no dieron motivo para el error y lo dieron para la sospecha*[518]. Esta sospecha es muerte para el que la concibe, pero no carece de pecado el que la provoca.

11 Por tanto, sometidos a la autoridad de la sede apostólica de san Pedro o su titular el Papa, que desea cortar de raíz estos vicios, sancionamos como una ley que debe mantenerse, junto con los mandamientos del Dios y redentor nuestro, que ningún eclesiástico de los citados órdenes[519] se atreva a comportarse de modo diferente al que hemos dicho anteriormente; y que todos aquellos que lo pretendan, con menoscabo del pudor, sufran daños en sus dignidades. Puesto que es un gran mal que una persona dedicada a Dios no obedezca las advertencias saludables, que nadie tenga consigo mujeres extrañas, aparte de las personas señaladas por los cánones[520], no vaya a ser que

---

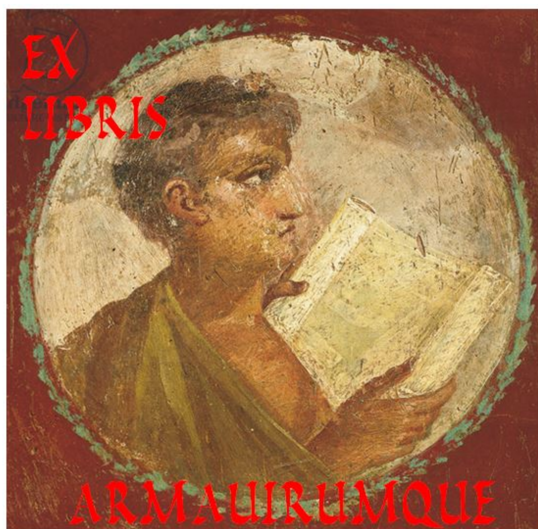
[517] Una variante de la formulación de *Proverbios* XX 13, que se encuentra en n. 3.

[518] AMBROSIO, *De officiis* I 20, 87.

[519] Se repite el término *religiosus*, como en n. 9, en un sentido cristiano, pero no técnico. Por más que en este momento se hubiera extendido ya en Occidente el fenómeno monástico, hay que llegar a Gregorio Magno (590-604) para encontrar esta palabra designando a alguien que lleva una vida desprendida del mundo, en solitario o en un monasterio. En documentos oficiales anteriores —por ejemplo, Actas de concilios— el Arausicano, de 529 —o antiguos estatutos de la Iglesia— las que circulan bajo el título del IV concilio de Cartago, de 436 —se encuentran expresiones como *religiosae feminae*, o incluso *non solum religiosis, sed etiam laicis*, pero la contraposición no es laico/religioso, sino laico/eclesiástico. Los órdenes son pues el sacerdocio y el diaconado. Sobre este tema, véase E. SÁNCHEZ SALOR, *Jerarquías eclesiásticas y monacales en época visigótica. Estudio léxico*, Salamanca, 1976, pág. 239 ss.

[520] El llamado *Breviarium Hipponense*, que contiene cánones de diferentes concilios celebrados en Cartago, sobre todo el de 397, recoge en su

actuando así, aunque su vida sea inocente, incurra en peligro de tener mala fama.



título 16 una lista poco menos que exhaustiva: «Que no cohabiten en absoluto mujeres con todo tipo de clérigos, salvo madres, abuelas, tías maternas o paternas, hermanas e hijas de hermanos o hermanas...». Todas las demás, aunque hayan convivido con ellas antes, por ser esposas de sus hijos —en el caso de que estuvieran casados antes de recibir las sagradas órdenes— o porque con posterioridad esos hijos contraen nupcias, deben vivir en otro sitio. Cf. C. MUNIER, *Conciliae Africae* (345-525), en *Corpus Christianorum* CXLIX, 38.

OPÚSCULO VIII
(123)

Petición por la que fue liberado Geroncio, siervo del arriba citado[521]

RESUMEN

Dios, que ha dispuesto premiar a los buenos y castigar a los malos, ayuda con su gracia a quienes se esfuerzan por serle fieles. La confianza en el premio y en la gracia estimula el alma (1). En la vida civil los cristianos deben imitar a Dios, comportándose como Él con sus subordinados (2).

Puestas estas premisas, Agapito expone ante el Romano Pontífice la petición de que libere a su siervo Geroncio, cuyas virtudes expone en tonos encomiásticos (3). Hace un mal negocio desde el punto de vista humano, pero prefiere, no ya concederle, sino restituirle la libertad que merece (4).

---

[521] J. SIRMOND sustituyó estas últimas palabras que dan los códices, y que mantiene MGH, por AGAPITO. Le obliga a ello la opción que ha adoptado al editar la obra ennodiana por géneros, sacando cada pieza del contexto que trasmiten los manuscritos. Estamos, pues, ante uno de esos pasajes que muestran la utilidad de mantener en la edición el orden de los mismos. Así resulta fácil entender la expresión «del arriba citado». En efecto, la obra inmediatamente anterior es una epístola de Ennodio (IV 6), dirigida a Agapito.

Acaba con una súplica al Papa para que dote al nuevo ciudadano de los derechos plenos, ante todo que se le reconozca la propiedad de los bienes que le había donado antes de su libertad (5).

1 Dios, árbitro y creador del mundo, administra las cosas humanas de tal suerte[522] que los fieles reciben el premio y los rebeldes el castigo. Pues presta valor a los servicios, en sí anodinos, de sus devotos, al socorrerlos mientras presentan su ofrenda. El alma, obligada a permanecer en la cárcel terrena, se olvida del penoso esfuerzo cuantas veces se ve correspondida con una ayuda. Rejuvenece en su ancestral amor al trabajo quien intercambia el cumplimiento de su obligación con el dulce recibo de una gracia: las penalidades de los santos desaparecen, cuando salen al encuentro de la corona del triunfo. ¿Quién duda de que ni siquiera se aspira al cielo, si no es por
2 la confianza en la remuneración? Los hombres, bajo la guía de la sabiduría, deben imitar todo aquello de lo que se compone el orden eterno: el alma realizará las acciones de donde tomó su origen, cuando, sirviendo al Señor devotamente, ofrecemos aquello a lo que aspiramos[523]. Pues no discrepa del modo de proceder de Dios quien se muestra hacia sus subordinados como tal señor cual quiere que se muestre ante él el Autor de la salvación.

3 Así pues, por la presente petición[524] solicito de Vuestra Santidad que Geroncio goce de la ciudadanía romana. Co-

[522] Ennodio utiliza el término *lanx*, que, muy pronto pasó de designar «bandeja, plato» a significar platillo de la balanza. Así hay que entender la acepción de «lance», que viene no de «lanzar», sino de *lanx*, en su acepción de situación fortuita.

[523] Estamos ante uno de los múltiples anacolutos —ruptura de la correcta construcción gramatical— en la obra de Ennodio: al comienzo de la frase, el sujeto es el alma, pero de repente pasa a ser nosotros.

[524] *Petitorium* es el primero de los términos técnico-jurídicos que jalonan esta segunda parte del escrito. Presentar una petición equivalía a reclamar un derecho sobre cuestiones civiles, no criminales *(accusatio)*.

nozco su fe, pudor e integridad, que reclaman su liberación y son reconocidas por sus frutos; yo me presento, no tanto como dador de la libertad[525], cuanto como testigo de ella: pues la extracción social del que yo he designado sería rechazable, si no mereciera reconocimiento por sus costumbres.

En verdad lo he comprado hace poco tiempo por medio 4
de un intercambio, pero puesto que nada es más útil que aquello que es consecuencia de un examen sereno, he preferido tener el premio de un juicio certero a una compensación por lo adquirido[526]. El servicio que en justicia me ha prestado el susodicho, me demostró que no es una persona servil. Por tanto, no quiero que se le conceda, sino que se le restituya la libertad. Sé que, con razón, ha rechazado un nombre propio de esclavo[527], quien ha merecido ser tenido por libre antes de haber sido declarado tal.

Así pues, después de haber recibido yo la sumisión que 5
me debía, le restituyo la libertad que con su comportamiento me ha demostrado que le pertenece, suplicando a Vuestra Autoridad que sea liberado, con documentos eclesiásticos, de todo tipo de servidumbre, de modo que para siempre pueda alabar a la curia de la ciudad de Roma, porque le ha concedido todo su patrimonio, sin ninguna restricción: y no está permitido que se le quite nada de lo que ha adquirido, él a quien yo prometo ayudar con dones aún mayores.

---

[525] Para expresar la acción de declararle libre, utiliza Ennodio los términos *absolutio* y, unas líneas más abajo, *ingenuitas*.

[526] Es decir, prefiere darle la libertad que merece, a compensar con sus servicios el precio que le ha costado.

[527] Ennodio utiliza aquí la expresión *nomen uile*. En otros pasajes de su obra emplea sinónimos, como *famulus, puer, mancipium, seruus*, incluso *homo meus*, para indicar el doméstico que le sirve personalmente.

OPÚSCULO IX
(14)

Bendición del cirio pascual.

RESUMEN

I. *Prefacio y alabanza a Dios por su obra creadora* (1-4). Es digno y justo pagar a Dios, alabándole con la voz, la deuda que hemos contraído con Él al recibir este don. Si no lo hiciéramos, seríamos unos animales irracionales (1). Sería imperdonable no reconocer que Le debemos todo (2).

Se describe la obra de la Creación: Dios hace la luz, separa el cielo de la tierra y ésta última de las aguas (3). Crea las estaciones del año; el día y la noche (4).

Alabanza a la noche pascual y su símbolo: el cirio (5-6). Es imposible cantar dignamente la noche en la que se presenta a la vista, como en ninguna otra, el contraste entre las tinieblas y la luz, la servidumbre del pecado y la redención (5). Ofrecimiento a Dios del cirio iluminado, en el que participan el agua, la cera y el fuego (6).

Alabanza del misterio pascual (7-8). Esta ofrenda no tiene nada que ver con los sacrificios paganos ni con los ritos judaicos, propios del Antiguo Testamento. A ejemplo de Cristo, por ella ofrecemos nuestros cuerpos (7). Se compara el cirio con la columna que guió al pueblo a la salida de Egipto y era signo de la presencia divina (8).

Ofrecimiento del cirio (9). Se ensalza la virginidad de las abejas, que les permite trabajar sin interrupción en la fabricación de la cera (9).

Petición de ayuda divina ante las dificultades, de frutos para el trabajo de la tierra, que vuelve a la vida en primavera, y de especial protección al obispo y al clero (10-11).

1 Es digno y justo. Verdaderamente es digno y justo que todo lo que hemos recibido de Ti, Señor, lo paguemos al menos con el precio de la voz. Y aunque nuestra lengua en ningún modo pueda responder con palabras a los beneficios de su autor, desea sin embargo ponerse al servicio del divino misterio, que es para lo que ha sido creada. Pues mientras la naturaleza de los demás animales posee unos sentidos embrutecidos, groseros, inciertos, la criatura humana por disposición divina sobresale con tanto más esplendor por cuanto ella sola puede conocer al Creador en su plenitud.

Ella se debería equiparar ciertamente y con razón a los animales irracionales[528], que andan en rebaño, si, olvidando los dones divinos, guardara para sí el bien de la lengua que el
2 cielo le ha concedido[529]. Porque así como absuelve de pecado el no tener qué ofrecer en las santas ceremonias litúrgicas, así es una cosa digna de expiación el hecho de sustraer algo que hay obligación de presentar a Dios. Pues deben ser sometidos

---

[528] Textualmente los llama Ennodio *cernui pecudes*, es decir animales que andan en rebaño y están dotados de testud y de cuernos.

[529] Esta idea no se mueve ya a nivel de la importancia de la lengua, la oratoria y la retórica para que no caigan en el olvido las personas y los hechos dignos de recuerdo —como aparece de continuo en las declamaciones—, sino que se mueve en el plano de las relaciones entre la criatura humana y Dios. Toda la Creación tiene por sentido y fin alabar al Creador, pero esta alabanza admite grados: el superior lo ocupa el hombre, como enseña desde el principio la catequesis cristiana. Véase, por ejemplo, IRENEO DE LYON, *Contra las herejías*, IV 20.

al mismo juicio el que por naturaleza nunca habla y el que no devuelve a su autor el don de la palabra. Por tanto, Señor, autor de este instrumento espléndido, creemos, en nuestra humildad, que te devolvemos una pequeña partecita de nuestra deuda, al reconocer que te lo debemos todo.

Pues ¿quién otro sino Tú, con una autoridad que tenía el 3
poder de separar, solidificó como con una plomada la totalidad de la fábrica del mundo por medio de una divina orden instantánea[530], cuando en primer lugar, por obra de tu mandato, la tierra se hizo firme y, después de que las mareas de las aguas se retiraron al mar, comenzó a padecer sed la que antes estaba anegada?[531] ¿De quién, sino de tu inescrutable providencia, es el jugo del que se nutren las semillas germinadas? ¿Quién da calor a las que están anegadas, quién destila humedad para
las que arden de sed? ¿Quién sino nuestro Dios empalma una 4
con otra las sucesivas estaciones, en las que los frutos de la tierra ahora hierven con el calor del sol, luego se hielan con el frío, ahora reviven con las temperaturas templadas y en otro momento resurgen con el agua que han bebido?[532] ¿Quién hizo todas estas cosas de la nada y además, abriendo la puerta de la luz, la separó de la negra intensidad de la noche eterna?

---

[530] Ennodio habla en primer lugar de la *bifida auctoritas* divina, es decir la autoridad que separa los elementos, y luego, como en tantas otras ocasiones, expone la instantaneidad de la creación con una perífrasis —*perpendiculo repentinae iussionis*, «la plomada de una orden instantánea»—, que se entiende (se trata de una orden que cae a plomo, verticalmente, del Creador a la creación), pero es imposible reflejar con propiedad en la traducción.

[531] En esta frase compendia Ennodio la obra de la creación de los tres primeros días, según la narración del Génesis, desde que Dios dio la primera orden para que se hiciera la luz (1, 3, día primero), separó el cielo de la tierra (1, 7, día segundo) y dividió la tierra seca del mar (1, 10, día tercero).

[532] En este párrafo se fusionan la fertilidad de la tierra, que es otra dimensión del tercer día de la creación (1, 12), con aspectos del día cuarto (1, 14).

Y ¿quién, lleno de piedad, hizo para siempre, con una disposición digna de alabanza, que después de la claridad de la luz no se tuviera temor de las tinieblas que volvían día tras día[533]?

5 ¿Qué pregonero digno y elocuente te describe a Ti[534], cuya obra, una vez terminada su distribución, se hace más agradable por su sucesiva variedad; a Ti, por cuyo mandato la luz, por cuanto, de cuando en cuando, se apaga, es más apetecible que si permaneciera por siempre[535]? He aquí que aquella célebre noche, que hasta ahora había oprimido al mundo con el yugo de una crudelísima rendición, libera a los pueblos de las cadenas de una esclavitud violenta y se convierte, ella que hasta ahora había sido origen de la servidumbre, en madre de la libertad.

6 En la liturgia de esta sacratísima noche te ofrecemos, Padre santo, la luz de este cirio, por el que es expulsada la oscuridad antigua. Sus tres elementos se unen entre sí con un lazo común, casi místico. De ellos, la cera ha sido preparada, con ingredientes de néctar, por una virginidad fecunda, el agua ha proporcionado la mecha de papiro para alimento del fuego y la luz se toma del cielo[536]. Aquí, donde todo lo dirige la sabiduría divina, la voz humana no tiene nada que consagrar. Aquí, donde nace sin coito lo que se ofrece, reconoce su aroma el hijo

---

[533] Mezcla de nuevo el día primero (1, 4-5) y el cuarto (1, 14-17). La expresión técnica *fecit ex nihilo* está tomada de II *Macabeos* 7, 28.

[534] Una indirecta declaración de indignidad, que aparece, como es habitual en la retórica, también en el texto actual del pregón pascual.

[535] Esta idea aparece ya en ORÍGENES, *Sobre el Génesis* 1, 10.

[536] Se citan tres elementos —la cera, el agua y la luz (que es el fuego del n. 9 en el segundo pregón pascual)— con un sentido trinitario. El primero es el producto de las abejas, el segundo crece a la orilla de algunos ríos y se empleaba no sólo como papel de escribir —la hoja—, sino también como mecha —el tallo— y el tercero, en este contexto, es posible que se refiera a la costumbre de encender el fuego pascual por medio del pedernal.

de la Virgen que nos trae la salvación. Pues aquí no se huele 7
el fuego de la Pancaya[537] en altares donde se quema incienso, ni será inmolado un buey que muge porque ha sido golpeado para su triste función de víctima, ni ha degollado la espada del sacerdote, que hace las veces más bien de carnicero, una cría de dos dientes[538]: para la reparación de la eternidad perdida es suficiente que el cordero haya sido inmolado, no por nosotros, sino para nosotros[539].

Váyase lejos de aquí el sacerdote[540] judío, que por las cicatrices en las ingles acostumbra a contar el número de almas ganadas por él, que las ha herido. Las ofrendas en honor de nuestro Cristo se realizan con una sobria sencillez. La cruz, el agua y la profesión de fe consuman la dedicación de nuestro cuerpo.

Así pues, te pedimos, Señor, que, al igual que en el mis- 8
terio que fue el tipo[541] de éste, cuando la columna condujo a la multitud de antaño, así ésta de ahora guíe al otro lado de las aguas a la que tiene que renovarse[542]: que se abra para nosotros el camino preparado a través del mar y se seque una calle polvorienta en medio de las olas. Aquí no hay nada en lo que se diferencien lo viejo de lo nuevo o lo moderno de lo

[537] La Pancaya es una isla en el mar Rojo, frente a las costas de Arabia, famosa por su incienso.

[538] Tanto el buey como las ovejas de dos dientes (años) eran animales aptos para el sacrificio en honor de la divinidad.

[539] Cf. *Apocalipsis* 5, 12.

[540] Ennodio escribe *lanista* para designar al sacerdote judío. *Lanire*, «desgarrar», expresa de modo propio el rito de la circuncisión. Véase también M 10, 7.

[541] Ennodio utiliza el término *typus*, que es muy técnico en la lengua de la Sagrada Escritura. Se habla en efecto de un sentido típico de la Revelación divina para indicar que en ella aparecen cosas, personas o acontecimientos con significación figurada, es decir en representación de algo que va a venir después. Aquí el paso del pueblo judío a través de las aguas del mar Rojo es figura del bautismo. Para columna, véase *Resumen* de M 10: *Éxodo* 13, 21.

[542] Al cortejo de quienes van a recibir el bautismo.

antiguo. Tú eres siempre el mismo señor y sacerdote, igual en méritos al profeta[543] por cuya oración las aguas se secan, para que el hebreo pueda pasar, el egipcio sea aniquilado y sólo la culpa experimente el naufragio, al ser sumergidos los cuerpos en el agua.

9 Te presentamos pues, Señor, esta ofrenda de la casta operaria y este hijo de la madre intacta, por el cual la tierra merece tener lo que es del cielo. Las abejas liban en sus colmenas la miel para provecho divino[544]; la razón es que no conocen la unión matrimonial con vistas a (tener) una numerosa descendencia no vaya a ser que, mientras se ocupan de los abrazos de la copulación, pierdan tiempo de trabajo y tengan que esperar a que el vientre abultado dé a luz su fruto. Éste pueden extraerlo del néctar de las flores con la boca más rápida y eficazmente que del semen masculino[545].

10 En el cuerpo luminoso de este cirio te pedimos pues, Señor, que nos concedas el don de tu bendición celestial; y si uno, siguiendo tus mandatos, ha tomado un trozo de este cirio contra la furia de los vientos, contra el soplo de las tempestades[546], que le sirva de refugio singular y sea para los fieles
11 una protección contra el enemigo. Tú has hecho coincidir el tiempo de tu pasión y resurrección con la época anual de primavera en la que los brotes en las plantas se abren a un nuevo follaje y junto con el Señor, creador de las semillas, todo nos cobra nueva vida después de que las tierras estaban yertas por el frío y los ríos frenados por el hielo[547]; por eso, te pedimos

---

543 Es decir, a Moisés. Cf. *Éxodo* 14, 21-31.

544 Cf. Virgilio, *Eneida* I 432-433; *Geórgicas* IV 163.

545 *Ibid.* IV 198— 201.

546 Esta expresión aparece repetidas veces en el Salterio: 10, 7; 106, 25; 148, 8.

547 Esta imagen, que aparece en otros pasajes de la obra de Ennodio —E I 24, 2; M 3, 147—, está inspirada en Virgilio, *Geórgicas* II 74-76; IV 134-135.

que nos concedas muchos frutos de la tierra. Haz nuestro lo que nos muestras y, conservando la integridad de nuestro obispo y de todo su clero, concédenos la prosperidad de los tiempos sin ninguna adversidad.

OPÚSCULO X
(81)

Bendición del cirio pascual[548]

RESUMEN

I. *Prefacio y alabanza a Dios por la creación* (1-4). Es digno y justo que la vigilia pascual abra la noche de la Resurrección. En ella el fuego y el agua convergen para simbolizar la redención del género humano (1). Se implora a Dios que escuche la voz humana, don suyo, y bendiga esos elementos que Él ha creado (2). Sobre todo ha creado al hombre y, en su providencia, le ha mostrado el camino para llegar hasta Él, si bien ha querido correr el riesgo de dejarle en libertad (3). Descripción amplia de la formación del hombre a partir del lodo de la tierra (4). Habría sido una imperfección divina si no hubiera previsto el fin último de la criatura que modeló con tanto arte. Ésta, sin embargo, pecó (5).

Alabanza a Dios por la segunda creación, el bautismo (6-7). La omnipotencia divina la regeneró, haciendo posible un segundo nacimiento (6). Esto ocurre por medio de las aguas bautismales instituidas por Cristo, el Redentor (7).

---

[548] Este opúsculo falta tanto en la *editio princeps* de Basilea como en la de A. SCHOTT.

Presentación y alabanza al cirio (8-9). De nuevo se pide al Señor que acepte la ofrenda de los tres elementos: el agua, la cera y el fuego (8). Jesucristo mismo los santificó (9).

Petición. Oración final en la que, evocando el comienzo de la primavera, se exponen algunos ruegos (10).

1 Es digno y justo. Verdaderamente es digno y justo, ante todo que se abran las puertas de esta noche venturosa con el presente oficio religioso, como con una digna llave; que un noble embajador dé fe de la llegada de la vida; que por medio de este pregonero se valoren las consecuencias de lo que se celebra y que el venerable predecesor acomode su fe a los sagrados misterios[549].

Es justo que la llama manifieste la proximidad del agua salvadora, que la diversidad de elementos converja como símbolo de una paz insólita, que el fuego sagrado muestre que la salvación está en el derramamiento del agua[550], que se reconozca que la concordia entre el agua y el fuego no es una cuestión de la naturaleza sino de la redención[551].

2 Que el Creador celestial se alegre en sus obras, al bendecir Él mismo lo que nos ha concedido y ennoblecer con el sacramento lo que Él produce en el secreto de su intimidad[552].

---

[549] Esta frase, y sobre todo su última parte, es de difícil interpretación. ¿Quiénes son el pregonero y el venerable predecesor? Cabría pensar que son las personas que ofician, pero quizás es más certero pensar en Jesucristo, que trae la gracia sacramental, y en los catecúmenos que la reciben. Teniendo en cuenta lo que viene a continuación, el venerable predecesor podría ser incluso el pueblo judío.

[550] El agua y el fuego, que de ordinario se combaten, actúan de acuerdo —en paz insólita— en el bautismo.

[551] Contraposición entre el Antiguo (Dios libra al pueblo judío de las aguas del mar Rojo) y el Nuevo Testamento (con su resurrección —fuego— Cristo redime a la Humanidad).

[552] Esta frase es enigmática. Quizás haya que entenderla —F. Magani, III 81— como si aludiera a la segregación de las aguas —*secreti*— que se

Que, por el ministerio de nuestra lengua, Él mismo reconozca la diferencia que estableció por concesión suya entre nosotros y los animales. Que se invierta en su alabanza todo lo que mandó que hubiera de más elevado en los hombres respecto a los demás animales, porque se han revelado los beneficios del Creador supremo y su ira no difiere de su misericordia, puesto que nos enseñó la manera en que debíamos orar[553] y quiere ser aplacado con sus mismos dones.

Pues Él formó al hombre a modo de templo suyo con 3
su Providencia llena de arte[554]. Él mismo abre con su llave santa[555] lo más íntimo de nuestro corazón para purificarlo, a no ser que con la excusa de la libertad lo cerremos por el mal del pecado. Por lo cual, y a partir de todos los secretos de este mundo, es patente que la máquina que ha cobrado vida gracias a la sabiduría de su autor, no perece, si no es por su Providencia[556]. Él nos formó para que aspiráramos a cosas mejores y nos muestra por qué caminos sería posible alcanzar la salvación.

Pues si Dios, al formar del barro al hombre; al trasfor- 4
marse la tierra en una figura viviente; al pasar el puro polvo a adoptar un nuevo aspecto; al moverse las tierras de labor de su sitio por el soplo del espíritu y contemplar la tierra a su dueño, que a pesar de haber sido extraído de su propio seno estaba dotado de inesperadas cualidades y poseía lo que ella misma,

---

describe en *Génesis* I 6-7 y habría que traducirla: «ennoblecer con el sacramento lo que creó en el origen, al segregar las aguas».

553 Cf. *Mateo* 6, 5-15; *Lucas* 11, 1-4.

554 La fuente de fondo para esta descripción es *Génesis* I, 26 ss.; pero la imagen del hombre como templo de Dios es de san Pablo en I *Corintios*, 3, 16-17; 6, 19; II *Corintios* 6, 16.

555 Ennodio expresa así la acción de la gracia divina en el alma que no se cierra a sus efectos santificadores.

556 No por la providencia que conoce el porvenir, sino por la que mantiene las cosas en el ser; cuando deja de actuar, perecen.

que era tenida por madre suya, no le había concedido, por más que cosechara gloria, ennoblecida por su descendencia[557], no hubiera dispuesto en su ley una pauta a seguir[558], habría sido una imperfección.

5 Sin embargo, Señor, la sucesión cotidiana de tus beneficios supera las obras antiguas y las pasadas son superadas por el valor de las que las siguen. Pues aquel que estaba destinado a la vida eterna, aquel que del polvo originario fue hecho ciudadano del cielo, fue devuelto a su origen por un pecado voluntario. Y puesto que, cuando le era posible, no quiso seguir la senda mejor, perdió la elevación —que por encima de su naturaleza había recibido felizmente como don del Creador— y, llamado de nuevo a su origen bajo la guía de la culpa, lloró su exilio.

6 Señor, si a éste, que estaba perdido, no le hubiera regenerado tu omnipotencia, poco podía haberle ayudado lo que habías creado y si el segundo nacimiento no hubiera aportado ayuda, tanto en cantidad como en calidad, el primero —aquél en el que el pecado engendró la muerte[559]— no habría servido de nada. Finalmente tampoco serviría de nada el que la tierra hubiera proporcionado nuestra materia, si el agua no hubiese venido en nuestro socorro: nuestro único alivio es que nos diste este sacramento, que las aguas limpian el pecado del barro de la tierra.

7 Así pues, que se retire la figura[560] y que enmudezcan quienes anunciaron con imágenes las cosas que iban a seguir. Te-

---

[557] Al pie de la letra dice «una calle».

[558] Con esta barroca enumeración Ennodio afirma que habría sido una imperfección divina haber improvisado al realizar todas esas operaciones, que en el fondo son la misma: crear al hombre del barro de la tierra. En todas estas expresiones están presentes los tres primeros capítulos del Génesis.

[559] Se refiere al pecado original, con una expresión que se encuentra en *Romanos* 5, 12.

[560] En este contexto, la creación del hombre a partir del barro de la tierra es tipo *(typus)* del segundo nacimiento que será el bautismo. Véase M 9, 8.

nemos en verdad todo lo que, de modo encubierto, había prometido la sombra de la ley. Ha llegado el momento en el que nuestros cuerpos y almas, sin que intervenga el cuchillo[561], se dediquen a Cristo redentor; en el que la salvación no se obtiene por medio de heridas; en el que la diestra del sacerdote debe deponer la actividad del carnicero[562]; en el que la fe, el agua, el sello[563] completan la consagración; en el que la fuente bautismal reconducirá al género humano al punto de donde cayó.

Por tanto, en el oficio de esta noche solemne, te presen- 8
tamos, Señor, el cirio que hemos preparado con elementos venerables; en él te agradará la unión de tres materiales, en primer lugar por su número impar[564]. No hay ninguna duda de que está compuesto por elementos gratos a Dios. Uno de ellos es el que se extrae de las aguas de los ríos, para alimento de las llamas[565]. Otro ha sido proporcionado por la virginal fecundidad de las abejas, en cuyos partos no sufre ningún detrimento la virginidad. También se emplea el fuego caído
del cielo[566]. En efecto, el Redentor santificó las aguas con su 9
propio bautismo[567]; ama la integridad que conservó en su madre al nacer[568]; para poder ser reconocido por el profeta, tomó la forma de un fuego inocuo, cuando, a pesar de que ardían las

[561] Es decir, sin mediar la circuncisión.

[562] De nuevo la palabra *lanista*, es decir el sacerdote judío, como en M 9, 7. Ver nota a D 9, 3.

[563] *Signaculum* responde a lo que en teología se llama carácter del bautismo.

[564] En *Églogas* VIII 75, había ya afirmado Virgilio que al dios le gusta el número impar. Véase E VII 22,3.

[565] Esta frase hay que entenderla por comparación a M 9, 6, donde se habla del tallo del papiro, del que se hace el pábilo para el cirio.

[566] Los tres elementos son, pues, el agua, la cera y el fuego.

[567] Cf. *Mateo* 3, 13-17.

[568] Cf. *Lucas* 1, 35.

ramas de una zarza, ningún fruto sufrió daño, porque mientras la madera seca era pasto de las llamas, que la lamían, no se convertía en cenizas[569].

Así pues es propiedad tuya, Señor, todo lo que la obediencia de tus siervos ha preparado en este cirio. Mira con ojos serenos esto que ha aportado el cielo, el agua, la pureza. Tú, a quien invocamos a través de la palabra humana, ven de lo alto a concedernos tu bendición. Tú, en el momento de tu resurrección, en el que despunta la infancia del año que revive, haz que la partícula tomada de este cirio luche contra las tempestades y todo tipo de contrariedades. Concede a nuestro obispo y a todo su clero la integridad que todos te pedimos, así como la feracidad de las tierras junto con la inocencia y la prosperidad de nuestras acciones.

[569] Cf. *Éxodo* 3, 2.

DECLAMACIONES

INTRODUCCIÓN

Incluimos en este volumen los discursos, denominados *dictiones* en la tradición manuscrita. A pesar de que posiblemente algunos de ellos fueran pronunciados, dado su marcado carácter retórico, me parece que la traducción más apropiada en castellano sería declamaciones[1]. Son veintiocho composiciones, de diverso tipo, que Ennodio escribió a lo largo de toda su vida.

Jacques Sirmond fue el primer editor que formó una unidad con estas veintiocho piezas, que él mismo dividió en cuatro grupos: sagradas (*Dictiones sacrae:* 1-6); escolares *(Dictiones scholasticae:* 7-13); controversias *(Controversiae:* 14-23); éticas *(Dictiones ethicae:* 24-28). Esta clasificación, que vamos a mantener, no parece la más apropiada, fundamentalmente porque el criterio que la preside no es unitario: el calificativo sagrado haría referencia a los temas de que se ocupan; escolar, al ámbito en el que se pronunciaron; las controversias serían un tipo de composición tipificado en la

[1] W. STROH ha mostrado recientemente cómo *declamatio-declamator* (palabras que CICERÓN utilizó con sentido peyorativo), aún en vida suya —entre 54-46 a. C.—, y posiblemente por influencia del aticismo de C. LICINIO CALVO, pasaron a ser términos técnicos con los que se designaban ejercicios escolares de preparación para la vida forense. Véase W. STROH, «Declamatio...», sobre todo págs. 26 ss.

tradición forense; finalmente, las declamaciones éticas introducirían un nuevo elemento heterogéneo, la valoración del comportamiento de unos personajes[2].

De todos modos, no se puede hablar de esos cuatro tipos diferentes de composiciones, sin antes insistir en que —aparte del tono retórico, ya apuntado— existen rasgos comunes que las entrelazan. Por ejemplo, veintidós de ellas, a partir de la séptima, están concebidas en un contexto educativo, afín al de las *controversiae* y *suasoriae* de Séneca el Viejo y sus sucesores.

También en buena parte de ellas se puede apreciar una clara tendencia de Ennodio a disfrazar, so capa de cuestiones tradicionales y temas clásicos de debate público, situaciones, quizás dramas, de las familias cristianas de su tiempo[3].

Es posible que las compusiera como modelos de recitación para un joven anónimo o para que sirvieran de modelo en la educación, a partir de los ejercicios que él mismo había redactado en su primera juventud sobre casos forenses. Cabe también pensar que las haya redactado para su propio entretenimiento o el de sus amigos.

En todas ellas se aprecia un total dominio de todo el arsenal retórico, cuyo uso estaba presidido por los principios de la propiedad lingüística y la paradoja conceptual. A pesar de sus repetidas confesiones de modestia, es evidente que se esfuerza por demostrar el dominio de la expresión que adquirió y mantuvo, a través de la práctica, a lo largo de toda su vida.

---

[2] Más clara me parecería una clasificación que, manteniendo los grupos como hasta ahora, los distinguiera por los temas de que se ocupan: eclesiásticos, didácticos, jurídicos, épicos, es decir, mitológico-legendarios.

[3] Es evidente, para dejarlo sentado desde el principio, el carácter cristiano de todas estas composiciones o, dicho de otra manera, «el carácter epidérmico» del paganismo que refleja Ennodio en ellas. Sobre este tema, véase L. NAVARRA, «Le componenti letterarie e concettuali delle «Dictiones» di Ennodio», *Agustinianum* 12 (1972), 465-478.

El material de cada composición está ordenado de acuerdo con la preceptiva de la retórica, que exigía para este tipo de composiciones —en principio, discursos— una introducción *(exordium* o *proemium)*, seguida de la narración de los hechos *(narratio* o *propositio)*, división o distribución de la materia *(divisio* o *partitio)*, argumentación *(argumentatio)* —apoyada en la aportación de pruebas positivas *(probatio, confirmatio)* o negativas *(confutatio, refutatio)*— y conclusión *(peroratio* o *epilogus*). Esta estructura está más o menos marcada, según los casos, pero subyace aún en las piezas más cortas[4].

Al margen de su carácter académico, marcado por la omnipresencia de la escuela, estas obras tienen interés porque reflejan rasgos de la personalidad del autor y detalles de su biografía: no tanto en el sentido de esclarecer si entre sus ocupaciones desempeñó también la de maestro elemental, a nivel familiar y privado —*ludus literarius*—, profesor de gramática —*grammaticus* o *litterator*— o de retórica —*rethor, orator*—, sino más bien en cuanto nos muestran su participación e intervención directa en la educación de un amplio número de jóvenes, miembros de su propia familia o de otras con las que mantuvo a lo largo de su vida lazos de duradera amistad.

De su personalidad polifacética nos hablaría ya la diversidad de estas declamaciones, si no fuera porque, como ya hemos visto, Ennodio fue mucho más que un escritor y en cuanto tal, aparte de éste, cultivó otros géneros literarios. En

[4] Aunque pocas veces están señalados estos pasos en el texto —como es el caso de D 21 y 22—, es evidente que el autor los tiene en cuenta a lo largo de su exposición. Esto vale sobre todo para el proemio, pero se puede suponer que, para el cuerpo de la declamación, en la mayor parte de los casos el autor cuenta con que los oyentes o lectores tienen presente el tenor de la ley de que se trata o los precedentes de controversias con el mismo tema o similar. Tampoco falta de ordinario la conclusión en la que se pide el castigo ejemplar para el culpable. En los resúmenes que encabezan cada declamación, hemos procurado dar cuenta de estas divisiones.

efecto, entre ellas nos encontramos piezas de oratoria, que son una especie de sermones pronunciados en ceremonias eclesiásticas, recitaciones escolares que están muy cerca de discursos reales, controversias, o ejercicios de entrenamiento para la vida foral, y suasorias, es decir, monólogos que muy bien podían constituir el nudo central de una obra de teatro.

De su biografía intensa son testigos las dos primeras series de estas composiciones, clara muestra de su participación activa en la vida de su tiempo: está presente en la entronización de obispos, en la inauguración de iglesias, en fiestas de aniversario, y se preocupa por la educación de la juventud. Siente la responsabilidad de transmitir a un nutrido grupo de parientes y amigos su íntimo convencimiento de que, para estar presente en la civilización romana, hay que escribir y hablar bien.

A. SAGRADAS[5]

A la cabeza de la colección están seis discursos de contenido eclesiástico, escritos en un tono que es a la vez espiritual y administrativo-político (I-VI). Alguno de ellos —I, V, VI— cabe pensar que fueron pronunciados por el mismo Ennodio.

El primero celebra el aniversario de la toma de posesión de Lorenzo, obispo de Milán desde 490[6]. Siguen tres, dirigidos a obispos, para que los pronuncien en situaciones determinadas: uno a Honorato de Novara, con ocasión de la inauguración de la iglesia dedicada a los apóstoles Pedro y Pablo; otro

---

[5] Como ha quedado dicho, el calificativo de «sagradas», está fuera de lugar, porque ni se ocupan de Dios ni tienen un contenido teológico. Con más propiedad habría que llamarlas «eclesiásticas».

[6] Parece haber sido con ocasión del decimoquinto aniversario de ese acontecimiento. De todos modos, sólo puede asegurarse que esta composición la escribió Ennodio después de haber convivido con el obispo los acontecimientos del sínodo romano, y se sitúa entre 503 y 506.

al vicario Esteban, para festejar al obispo Máximo, el sucesor de Epifanio en la sede de Pavía, y el tercero para éste mismo, en la inauguración de la iglesia construida en honor de Juan Bautista, Antonino y Casiano. El quinto es un modelo de discurso para un obispo que comienza a desempeñar su cargo y presenta como anexos un canto de alabanza, compuesto como un prefacio eucarístico, y una oración para antes de la misa. El último lleva el título genérico: «En nombre de Cristo». El mismo J. Sirmond le dio el nombre: «Declamación sobre los herejes y el sínodo».

Este último se ocupa, como el *Libellus pro sinodo* de un tema de gran importancia para la unidad entre la Iglesia oriental y la occidental. No se trata pues del cisma romano, sino del que había provocado Acacio y que era hijo de las herejías de Nestorio y Eutiques, es decir del nestorianismo —que negaba la unidad de personas en Cristo— y del monofisismo, que no aceptaba la dualidad de naturalezas. Este escrito, cuyo objetivo principal es exhortar a los orientales para que acepten las conclusiones de los concilios precedentes (sobre todo, el de Calcedonia de 451), es considerado como un ejercicio preliminar para las misiones que Ennodio debería realizar ante la sede episcopal de Constantinopla, por encargo de su viejo amigo, el diácono Hormisdas que había sido elegido Papa en 514.

Con esta composición Ennodio prepara su misión ante la iglesia oriental. Su primer viaje a Constantinopla con este cometido, como se desprende de las cartas del papa Hormisdas, tuvo lugar en 515. Se ha puesto también en relación con una carta del papa Símaco de 8 de octubre de 512, que se ocupa de esta tensión con Constantinopla[7]. Esta declamación es de principios de 513.

A pesar de que se ocupa de un tema discutido apasionadamente entonces, el escrito mantiene un aire retórico y

[7] Véase J. P. Migne, PL 62, 62-64.

podría haber sido incluido entre las epístolas. Sin embargo, J. Sirmond la incluyó entre las declamaciones y como tal lo mantenemos en la presente edición.

Es un testimonio interesante en dos sentidos: como muestra de la estrategia de Ennodio para atacar la herejía y como reflejo de los usos de la cancillería papal de la época. El vocabulario es naturalmente muy diferente al de otras en las que se ocupa de temas jurídicos o mitológicos; aquí utiliza la fraseología tradicional de la lucha contra la herejía, que trasforma diferencias doctrinales en actos de depravación, muchas veces sexual (D 6, 3)[8], que son habituales en otros contextos, como el de las infidelidades matrimoniales del ciclo troyano, descritas en D 24, 5-7 y en D 26. La argumentación de Ennodio equipara a los que proclaman doctrinas falsas contrarias al magisterio con los que viven en promiscuidad. Asimismo compara a los que cometen trasgresiones contra la autoridad del Papa (D 6, 5) con los parricidas (D 23) y a los que simpatizan con los herejes que han sido condenados (D 6, 8), con personas que dilapidan todo lo que han heredado (D 19)[9].

Este grupo de discursos aporta datos muy valiosos desde el punto de vista histórico. De una parte nos informa sobre muchos aspectos de las diferentes actividades de Ennodio y de otra nos muestra al episcopado de la época en acción, es decir, en sus funciones pastorales.

En este sentido todas son interesantes —consagración de iglesias, entronización de obispos— pero, sobre todo, la segunda y la quinta, porque en ellas Ennodio muestra de una

---

[8] Este modo de argumentar no es nuevo. Ya en M 2, 125 Ennodio —por boca de san Pablo— había tachado de adúltero al rival del papa Símaco, Lorenzo.

[9] Aparte de estos paralelismos, que podríamos llamar conceptuales, en esta composición utiliza Ennodio imágenes que con frecuencia aparecen en las declamaciones escolares y controversias; por ejemplo, las que toma de la agricultura, de la medicina o del arte de la educación.

parte el dramatismo del paso de los sacrificios paganos a las ceremonias cristianas en un mismo edificio y de otra el alto concepto que ya aquel tiempo tenía sobre el cometido de un obispo y la gran exigencia moral que comportaba ese cargo.

B. ESCOLARES

A este grupo pertenecen siete declamaciones (7-13). La primera fue pronunciada cuando una escuela de retórica fue trasladada al foro[10]. Ennodio aprovecha este acontecimiento social para dirigirse tanto a los maestros de retórica como a los alumnos y exponer sus ideas sobre la importancia de la escuela, es decir la formación en las disciplinas tradicionales, como elemento imprescindible en la educación de la juventud.

En este contexto acumula imágenes tomadas del cuidado y cultivo de la naturaleza —agricultura, mineralogía, navegación, medicina— para desplegar metáforas que se repiten constantemente en su obra. El denominador común a todas ellas es que la humanidad, como todos los demás órdenes de los seres creados, debe ser trabajada si se quiere que dé fruto. De lo contrario, no sirven de nada las cualidades de cuna, origen, familia por muy prometedoras y brillantes que parezcan. Así como la naturaleza —la tierra, el oro— deben ser elaborados para que rindan fruto, así también la juventud necesita ejercitarse hasta que llegue a dominar y sacar rendimiento a sus capacidades.

Las demás tienen que ver con jóvenes a los que el autor, por razones de parentesco o de amistad, introduce en la escuela y sigue en sus estudios. El primero de ellos es Lu-

[10] Se ha discutido mucho sobre la localización de este foro. Podría tratarse incluso del de Trajano en Roma, pero es más probable que se refiera a una institución milanesa. F. Magani —I 282-299— se inclina a creer que todas tuvieron lugar en Pavía.

picino, el hijo de su hermana Euprepia. Este discurso (D 8) fue compuesto cuando el muchacho, que vivía con nuestro autor, empezó a acudir a las clases del maestro Deuterio, en Milán.

Esta composición es interesante, al menos, por dos motivos. Aparte de que en ella defiende Ennodio la tesis de que la labor del maestro va mas allá de la del agricultor —en el sentido de las *Geórgicas* virgilianas— y por eso se asemeja más a la industria que al cultivo del campo, expone su actitud ante los compromisos de carácter espiritual que le unen a su familia: no anulan los sociales, sino que los elevan a un nivel superior. En este contexto, despierta el sentido de responsabilidad de su sobrino, llamándole la atención sobre sus abuelos Firmino y Lucerio, que fueron figuras estelares de su tiempo y cuyo ejemplo está obligado a seguir.

La siguiente declamación de esta serie (D 9) fue compuesta con ocasión de la entrada de Arátor en el Auditorio[11] de Milán, para recibir allí lecciones de Deuterio. Este personaje, a quien Ennodio presenta aquí como un joven huérfano, muy prometedor, es probablemente el autor de un famoso poema en hexámetros *De actibus Apostolorum*, que constituye una de las paráfrasis más brillantes en verso de la Sagrada Escritura, concretamente de los *Hechos de los Apóstoles*. Esta composición da pie a Ennodio para cantar la elocuencia del gramático, frente a la cual la suya es pobre, y para desplegar un brillante fuego retórico, con metáforas tomadas de la vida rural, provocado, sin duda, por el nombre del recomendado.

También tuvo que preocuparse Ennodio de la educación de otro sobrino, Partenio. Se supone que éste fue introducido también en la escuela de Deuterio por medio de otro discurso, que no conocemos. No obstante, cuando presentó felizmente

[11] Un lugar público de reunión a donde acudían escritores y maestros para declamar sus producciones e impartir clases.

su primer ejercicio, Ennodio expresó su más vivo agradecimiento al maestro por medio de la décima declamación[12].

De todo el grupo, ésta es la más específica en temas de educación. En ella el autor combina consideraciones genéricas, que podríamos llamar *standard*, con otras personales.

Dividida en tres secciones principales, el prefacio —de difícil comprensión— habla de que las auténticas acciones de gracias están inspiradas por algo verdaderamente digno de alabanza, más que robado por una arrogante suficiencia. El reciente triunfo de Partenio, cuyas dotes naturales han sido desarrolladas y afinadas por los métodos expertos de Deuterio, impulsa esta efusión de gratitud a las cualidades y a la proeza lograda por el maestro.

Éste, en efecto, no sólo ha escardado y cultivado los campos del intelecto de Partenio —repite las imágenes del cultivo del campo, que ya había expuesto en D 8—, sino que le ha entrenado en la virtud, de manera que conoce qué tendencias hereditarias de la familia debe fomentar y cuáles es necesario combatir. Ahora, como en un campo de labor, tras un invierno de letargo, la lengua del alumno produce, gracias a la educación, flores espléndidas de primavera.

En esta declamación se encuentran la mayor parte de las teorías de Ennodio sobre el arte de hablar. Para él la retórica es la técnica de usar el lenguaje para agradar y persuadir. Moralmente neutral en sí, este arte gana en valor cuando se aplica a ocasiones y temas adecuados. Ahí radica su fuerza educativa. Esta idea, central en su ideal pedagógico, la apoya Ennodio

---

[12] Este sobrino causó a Ennodio no pocos problemas. Se trasladó a Roma para emprender estudios superiores y allí se perdió, con gran dolor de su tío; no obstante, en un discurso redactado por él, que Ennodio critica en una de sus epístolas (VI 23), afirmó que se desligaba de su vida ligera y es posible que se trate del maestre de los oficios y patricio, al que Arátor dirigió años más tarde la carta poética situada delante de su obra *Hechos de los Apóstoles*.

en la contemplación del mundo silencioso de los vegetales y los minerales.

También en la materia la nobleza de origen permanece oculta hasta que la industria del hombre la trabaja. Los metales —el oro— necesitan el concurso del trabajo artesanal para adquirir valor. En el estado natural, su identidad viene revelada por la pureza del metal, pero, hasta lograr su esplendor en la joyería, son necesarios los hombres que lo encuentran, que lo extraen, que lo refinan, que hacen con él objetos hermosos.

De modo análogo, las cualidades naturales, que los hombres adquieren por la cuna, deben ser puestas de relieve por la tarea del maestro. El profesor de retórica es como el orfebre, como el agricultor, que extrae las buenas cualidades, ocultas bajo el disfraz de la ignorancia, como el navegante que posee el arte de dominar el mar.

La declamación que lleva el número once parece tener asimismo un fondo biográfico. Eusebio, un hombre noble y de conducta ejemplar, encomendó a Ennodio, al morir, la educación de su único hijo. Éste, que llevaba el mismo nombre del padre, fue presentado por nuestro autor con esta composición al comenzar sus estudios. En ella insiste en la importancia de la práctica y llama a la perseverancia, la «madre de las artes» y a la negligencia, «la madrastra de la erudición»[13].

La duodécima fue compuesta con ocasión de un triunfo de Arátor, seguramente la culminación de sus estudios de retórica. Se trata del mismo joven de la D 9 y constituye esencialmente un elogio a los estudios literarios. Además, comprende una gran cantidad de subtemas e ilustraciones, sobre todo tomadas de la agricultura. Los logros verbales del joven brillante

[13] Es interesante hacer notar que, para estas cuestiones educativas, con frecuencia Ennodio identifica las cualidades positivas y negativas con buenos y malos papeles femeninos, tomados del repertorio de estrecho parentesco, comúnmente expresado por medio de nombres abstractos de género femenino. Véase, por ejemplo, el uso de *mater* en D 7, 7; 26,2. M 1, 80. M 4, 31.

evocan campos de primavera que deleitan y cautivan, verdes vástagos, agradables de ver, que hacen crecer una cosecha de talentos[14]. El estudio de la retórica es especialmente laudable porque abre el camino, lleno de malas hierbas, que conduce a metas cada vez más altas hasta producir una cosecha de trigo, allí donde había habido antes abrojos y todo tipo de dificultades. También logra habituar los oídos a los sonidos elegantes, de modo que no prevalezca en los ingenios la hambruna de la ignorancia.

En esta composición, como en general en todas las de este grupo, se aprecia claramente cómo a lo largo de los siglos las habilidades del agricultor, esenciales en la cultura mediterránea, se han convertido gradualmente en la metáfora predominante para el dominio de la lengua, e incluso de la civilización en general. Ennodio equipara el uso correcto de la palabra, que convierte en civilizada a una sociedad, a la tarea del agricultor que con su trabajo hace que rindan unos campos que de otra suerte permanecerían estériles.

Las familias de los jóvenes a los que alude la siguiente declamación (D 13), Paterio y Severo, debían de mantener una relación estrecha con Ennodio, sobre todo la del primero. Al padre se le había erigido una estatua en el foro de Trajano y nuestro autor había bautizado al muchacho[15]. El segundo pertenecía también a una familia noble.

Indirectamente nos muestra la actitud de nuestro autor hacia las personas cultivadas, aunque no fueran clérigos. Es más, aparte de ensalzar a las dos familias, confiesa que a un clérigo inferior como él, le favorece, aparte de la fidelidad en las cuestiones de fe, la relación con quienes le ayudan a adquirir un buen estilo.

---

[14] Sobre la expresión *messis*, seguida de un especificativo —aquí *ingeniorum*—, cf. Introducción III.

[15] «Cuyo padre soy llamado en lo que se refiere a las cosas del cielo»: 11. En efecto, Ennodio le ha engendrado a la fe, confiriéndole el sacramento.

En este grupo de *dictiones*, como se ve, aparece el concepto que tiene Ennodio de la actividad literaria, y más concretamente la retórica, como parte no sólo integrante, sino esencial de la *romanitas*.

C. CONTROVERSIAS

A continuación viene una serie de diez piezas (14-23), compuestas a la manera de las controversias tradicionales, es decir, pasamos de la vida real a la ficción literaria. Dos de ellas (17-18) están dirigidas también a Arátor y una (19) a Ambrosio, un pariente próximo del autor.

En general, la controversia es la disputa jurídica, de derecho civil privado, en contraposición a la criminal[16]. Más estrictamente es el litigio que todavía no ha desembocado en una acción judicial por medio de la *contestatio*, es decir, de la incoación formal del proceso por medio de la llamada de testigos para que comparezcan ante el tribunal[17].

Según H. I. Marrou, la controversia se ha mantenido a lo largo de seis siglos en Roma en una línea constante, tanto de temas como de técnicas de exposición: el mismo filón de fantasía, el mismo juego de paradojas y la misma serie de improbabilidades[18].

Esto puede ser cierto en los dos primeros siglos del Imperio, pero a partir de ahí se producen muchas novedades, tanto políticas como religiosas, fundamentalmente la cristianización. Por tanto hay que poner muy en duda esa conclusión, precisamente a propósito de nuestro autor.

---

[16] Véase lo que dicen a este propósito, Cicerón, *Pro Cecina* 6; Digesto XXXVII 10, 7, 3.

[17] Gayo, *Institutiones* 3, 180.

[18] H. I. Marrou, *Histoire de l'éducation...* págs. 456-457.

Nuevos elementos, reflejo del cristianismo, se encuentran tanto en los temas de las controversias que nos ocupan —por ejemplo, la 17 y la 19—, como en el modo positivo de plantearlos y resolverlos, por ejemplo la 20[19]. En efecto, en tres de ellas aparecen vírgenes (16, 20, 22), en las otras siete conflictos entre parientes, que podrían ser muy bien situaciones por las que atravesaban familias cristianas de aquel tiempo: D 14, 15, 17,18, 19, 21, 23.

Desde un punto de vista negativo, están ausentes temas que eran normales en las controversias paganas: adulterio, rapto, incesto. Además, a excepción de la 16, han desaparecido los soldados, esclavos, hijas y por supuesto, situaciones inaceptables para un cristiano, como muerte violenta, suicidio, etc.

La 14 presenta algunos rasgos típicos de la tradición del género: un enviado que traiciona a su país, poniéndose de la parte del enemigo. La gravedad de esa afrenta es suma, si se tiene en cuenta la mentalidad de la época, que Ennodio mismo deja entrever en otros pasajes de sus obras[20]. Sin embargo, Ennodio enfoca el caso haciendo hincapié en la lealtad que se debe, más que a asuntos públicos de estado, a la propia familia. La sentencia distingue por eso el castigo reservado a un traidor y el que merece alguien que ha faltado al sagrado deber de un legado[21].

---

[19] La «interpretación cristiana» de las declamaciones ennodianas, en general, y de ésta en particular, que han asumido F. Magani, J. Fontaine y L. Navarra, ha sido puesta en duda recientemente, pero me parece indudable que la perspectiva adoptada por nuestro autor en todas ellas no sólo no es pagana ni neutra, sino que está penetrada de espíritu evangélico. Véase B.- J. Schröder, «Charakteristika...», págs. 255 ss.

[20] Piénsese, por ejemplo en M 3, 91, pasaje en el que el rey Eurico valora la embajada de Epifanio y la persona de éste por encima del poder de quien le envía.

[21] Incluso se ha puesto de relieve que, dado que el término que Ennodio utiliza aquí —*sacramentum*— puede hacer referencia, tanto al juramento secular

El autor, que actúa como acusador, asegura que el crimen del legado consiste en la perfidia con que utiliza su cargo para traicionar a su pueblo, pero aboga porque con el castigo se mantenga la causa de la honradez pública y la *pietas*, es decir el respeto a los deberes de cada uno, como miembro de una patria y de una familia.

La 15 es una de las controversias clásicas: una mala madrastra que, incapaz de convencer a su marido para que odie a un hijo de un matrimonio anterior, los envenena a los dos[22]. Sin embargo, el planteamiento es original: al envenenar a los dos, esta mujer ha cometido una doble infidelidad, hollando los votos del matrimonio y los dictados de la maternidad.

Abunda por tanto en los habituales tópicos dramáticos de la figura de la madrastra, a quien presenta como algo malvado, pero al mismo tiempo dota al caso de una fuerte componente cristiana, que ha elevado el matrimonio a un sacramento, situándolo por encima de un simple amor conyugal con base exclusiva en el orden natural. Se trata de dos niveles claramente diferenciados, cuya trasgresión agrava la culpa. La aspiración a la pureza, con que acaba el texto, alude de forma velada

---

de un cargo, como al sacramento de las órdenes sagradas, en este discurso la traición podría fácilmente ser la caída en el cisma. Esta interpretación explicaría el modo de argumentar de esta declamación, compuesta en los primeros nueve meses de 506, por su coincidencia con el momento en que un diácono llamado Juan, tras haber apoyado durante años al antipapa Lorenzo, dirige una carta al papa Símaco mostrando su arrepentimiento y anatematizando a los que han querido combatir al Papa legítimo. Ennodio habría querido que se acabara el cisma y muestra su descontento en esta declamación. Véase S. A. H. Kennell, *Magnus Felix Ennodius, A Gentleman...* págs. 162-163. Otro paralelismo evidente se aprecia en la utilización de imágenes médicas (5-6), que Ennodio usa en contextos explícitamente eclesiásticos, como en M 2, 21-23, 121, 128.

[22] Madrastra y veneno desempeñan el papel central en la segunda de las *Declamaciones mayores* o *Controversias* atribuidas a Quintiliano.

al ejemplo de las santas viudas y vírgenes, que aparecen en algunos poemas de Ennodio.

Una de esas figuras está ya presente en la siguiente controversia, la 16, que se centra en el caso de una virgen vestal, cuya mano ha pedido el soldado que ha liberado la ciudad del asalto enemigo. Esa pretensión, afirma el discurso, es peor que el pillaje. En el convencimiento de que la virginidad consagrada, entregada a la adoración, no puede ser pisoteada por la antorcha del vencedor, el orador pregunta al héroe por qué ha salvado a la ciudad para infligirle a continuación la afrenta que habría exigido un conquistador.

Se trata de un debate que se desarrolla en un ambiente completamente pagano, presidido por el hado, las rogativas a los dioses y la intervención de éstos a favor del vencedor.

La 17, junto con las dos siguientes que contienen una discusión legal, puede ser calificada sin duda de *controversia*. Las tres presentan el nombre de los destinatarios y en todas ellas el autor interviene como acusador o fiscal.

Presenta a un hijo que hace padecer hambre a su viejo padre y le causa la muerte. Es un tema moral en el que el autor denuncia al hijo por eliminar a un padre a quien no ama. La descripción del caso ofrece al autor la oportunidad de exponer paradojas patéticas: el criminal observa el consumirse de su víctima y un padre débil, anciano, mira en vano a su hijo adulto, un robusto joven, como el apoyo de sus últimos días.

Aquí Ennodio introduce ejemplos tomados de la historia natural, más que de la industria humana, como había hecho en las declamaciones escolares. Justo antes de la *peroratio* final, para probar que este hijo es culpable, le acusa no sólo de haber violado la ley humana sino la ley natural, que regula incluso la conducta de los animales salvajes. En efecto, los lobeznos y los aguiluchos se ocupan de alimentar a sus padres, cuando éstos se hacen viejos.

Aparte de la defensa del orden natural, Ennodio se propone además —y aporta esta consideración como supremo argumento, introduciendo así un elemeno cristiano— que se reprima el pecado, la que él llama *uis peccandi*.

La 18 se ocupa, con un toque político, del clásico parricida y el caso le sirve a Ennodio para arremeter contra un tirano, que honra con una estatua a un hijo que ha matado a su padre. Ambos errores provocan su indignación: la glorificación de un parricida *(patris extinctor)*, como si fuera un héroe público, y el abuso de autoridad por parte del gobernante *(tyrannus)*, al otorgar tal honor a una persona indigna. Ambos cometen un ultraje análogo y merecen la misma pena. Los dos crímenes son terribles y amenazan los fundamentos de la sociedad humana, en sus dimensiones privada y pública, política y personal, que son intercambiables.

Otra de las indudables controversias es la 19: esta vez se trata de un hijo que ha dilapidado la fortuna, heredada gracias a la frugalidad de generaciones pasadas. Arriesga en el juego el campo en el que están las tumbas de sus antepasados —la única propiedad que le queda— y lo pierde. La acusación de Ennodio pone el acento en el deber de observar los últimos deseos de los padres. Ese deber trasciende todo tipo de avatares financieros. Está en juego la integridad de la familia, un valor tradicional y sacrosanto, porque una actuación de ese tipo justificaría que los padres, perdida la confianza en sus herederos, se negaran a redimir a un hijo tomado prisionero por el enemigo. Tampoco aquí se encuentran razonamientos cristianos, como apelar a la santidad de los lazos que unen a la propia familia. Más bien estamos ante una exposición de creencias y costumbres paganas en relación con la muerte y el culto a los difuntos.

La 20 constituye una defensa positiva de la virginidad, un valor muy cotizado precisamente en Milán, donde san Ambrosio no sólo había escrito un siglo antes el tratado *De*

la virginidad, sino fomentado la vida monástica, durante su pontificado en la diócesis de Milán (374-397 d. C.)[23].

El caso no es el de una vestal ofendida, como en la 16, sino la profanación de una estatua de Minerva. Se condena el hecho de que la diosa virgen, símbolo de la pureza, sea maltratada, al haber sido colocada en un burdel.

Es probable que el motivo que la provocó fueran los problemas que le deparó la educación de su sobrino Partenio, quien, como ya hemos visto (D 10), se descaminó al llegar a Roma, de modo que Ennodio debió recurrir a amigos para que intervinieran personalmente en la orientación del muchacho.

La 21 es la más larga y la más interesante de este grupo, por dos motivos. En primer lugar, porque está directamente relacionada con la quinta de las *Declamaciones mayores* atribuidas a Quintiliano, que lleva como título «el inválido rescatado» y se apoya en el texto legal: «los hijos deben alimentar a sus padres o serán encarcelados». Además, porque presenta una distribución del discurso en diferentes apartados, de acuerdo con las prescripciones de la retórica, algo que no ocurre en el modelo[24].

En ambas, como es lógico, desempeña un papel fundamental la retórica. Sin embargo, la ennodiana tiene no pocas

---

[23] Esta declamación ha sido muy denostada, no sólo por su carga retórica, sino por su mal gusto al escoger el tema. J. Fontaine en su artículo *Ennodius* del RAChr se pregunta: «¿qué pensaría el obispo de Milán sobre la declamación compuesta por un diácono...?». Recientemente B.-J. Schröder ha puesto también en duda la licitud de una interpretación cristiana de este discurso, pero me parecen convincentes los argumentos de S. A. H. Kennel, sobre todo en «Ennodius and the pagan Gods...», págs. 237 ss., con los que explica el papel del paganismo en el intento de Ennodio y muchos de sus contemporáneos cultos por compatibilizar la cultura clásica con el cristianismo.

[24] El tema y la estructura de la composición se exponen en el resumen que encabeza la traducción. Aquí me refiero someramente a las peculiaridades en el planteamiento con respecto a la declamación pseudoquintilianea.

peculiaridades. La más importante es que, donde antes imperaba la ley como argumento supremo de la argumentación, ahora prevalecen los pensamientos de afecto y misericordia, y puede decirse que el modo de tratar el tema no obedece al esquema de las relaciones padre-hijo, presentes en la literatura y en el derecho romanos, sino más bien a los principios que aparecen en la parábola del hijo pródigo, que san Lucas recoge en el capítulo XV de su evangelio[25].

Esta novedad en el planteamiento lleva al autor a cambiar la perspectiva de la exposición respecto a lo que había hecho el pseudo Quintiliano. Mientras éste compone el discurso del padre y desde su perspectiva, Ennodio presenta al auditorio el de un buen hijo que pasa su juventud en frugal espera de su mayoría de edad, soportando que su hermano consuma con sus extravagancias el patrimonio que él ha rehusado malgastar.

El autor de la quinta gran declamación presenta un caso que depende en gran parte de la fuerza de la ley y pone de relieve la obligación, casi contractual, que tiene el hijo de mantener a su padre. Ennodio, sin embargo, prefiere afirmar el papel positivo de la voluntad: es el afecto personal, no los mandamientos genéricos y a veces arbitrarios, lo que obliga a uno a hacer lo correcto y pregunta: «¿Acaso hay lugar para la misericordia, allí donde impera el peso de la ley del dominio?».

El defensor quintilianeo de los derechos legales del padre, fundamenta su discurso en la presentación del hijo como un joven intemperante. Por el contrario, el joven de Ennodio se ve obligado a hablar —más con dolor que con ira—, constatando que «son las mismas las fatigas del suelo patrio y las de una tierra extraña y, en cuanto puedo apreciar, los que vuelven a casa y los que permanecen cautivos experimentan la misma amargura».

---

[25] Cf. S. A. H. Kennell, *Magnus Felix Ennodius, A Gentleman of the Church*, pág. 157.

La argumentación de este hijo es una defensa indirecta de la virtud, puesto que, tras haber soportado los tormentos de la cautividad por parte de los piratas y de la indiferencia por parte de su padre, sería injusto imponerle por la fuerza, bajo pena de castigo, una ley invocada por un padre, que en su parcialidad ha olvidado las prescripciones del derecho natural.

El comportamiento del hijo —*cultura honestatis*— ha sido correcto, incluso virtuoso, a lo largo de toda su vida; ya en su juventud, edad propensa al pecado —*aetas peccatis amica*—, se ha esforzado por cultivar la *frugalitas,* el *pudor,* la *probitas,* en contraste con su hermano, que ha sido un *luxuriosus* y que, sin embargo, ha gozado de las preferencias del padre.

Al portarse así y rescatar sólo a uno de sus dos hijos cautivos, éste ha dejado de cumplir sus deberes naturales. Para poder esperar piedad filial de sus vástagos, un padre auténtico debe comportarse como tal. Esta actitud ha faltado en el caso que nos ocupa hasta un límite incomprensible, incluso para los piratas bárbaros. Uno de ellos, para consolarle, había dicho al cautivo: *no tengas ningún temor, no suspires por esta aflicción; si tu padre vive, estarás separado del puerto de la libertad sólo por un poco de tiempo.*

La siguiente —22— es otra declamación que, aunque transcurre en un ambiente pagano —el de los sacerdotes y vírgenes dedicadas al culto de los dioses— tiene un tratamiento cristiano; incluso es legítimo pensar que el autor haya utilizado —como los humanistas del s. XVI— terminología pagana para escribir sobre temas cristianos[26]. Asistimos al asalto y destrucción de una ciudad enemiga, cuyos templos son saqueados. Los ministros de esos santuarios son los protagonistas: van, sin ninguna esperanza, camino de la cautividad, sus caras y comportamiento dan un pobre testimonio de su fe religiosa.

[26] Véase L. NAVARRA, «Le componenti letterarie e concettuali... », págs. 471-472.

Este espectáculo habla por sí mismo. Dios no está con ellos, de otra suerte habría protegido la ciudad y sus templos del enemigo. Está justificado pues el castigo a esas personas, si se quiere contar en el futuro con auténticos ministros del verdadero Dios.

Se ha llamado la atención, y con razón, sobre el hecho de que toda esta *dictio*, que más bien se ocupa del enfrentamiento entre paganos y cristianos, quizás en el fondo aluda a los malos sacerdotes, herejes, a los que Ennodio ha tenido que enfrentarse con ocasión del cisma romano[27].

La 23 es, como la 17 y la 19, una controversia sobre el tema del parricida. Escrita mucho más tarde que las otras dos, y más breve que las anteriores, su estado actual hace pensar en que estamos ante fragmentos de una composición más extensa. Contiene el mayor número de parientes muertos. El hijo de esta obra, desheredado por evidentes y justas razones, primero mata a su padre, luego quiere eliminar a su madre, que disiente de él y le acusa; finalmente atrae a su partido e incluso mata a su hermano más joven. El discurso adorna el crimen con detalles circunstanciales apropiados: una pared en ruinas, un puñal, un proyectil mortal, que son descritos como agravantes y convierten el caso en algo inexcusable: ninguna inteligencia podría justificar el asesinato de los padres y el hermano.

D. ÉTICAS[28]

Este último grupo, como ya hemos apuntado, pertenece al género tradicional de las suasorias, que conocemos a través

---

[27] S. A. H. Kennell, *Magnus Felix Ennodius, A Gentleman of the Church*, pág. 77.

[28] J. Sirmond las llama éticas, en el sentido de que muestran rasgos del comportamiento de esos personajes, que en principio, dada su relevancia,

de Séneca el Viejo: son reflexiones, consideraciones o monólogos de personajes históricos —Alejandro, Cicerón— o mitológicos sobre situaciones a las que les enfrentan cruciales acontecimientos de su vida.

Todas ellas tienen de común que presentan desgracias, desengaños, abandonos, que muestran a las claras la superioridad de la razón por encima de la falta de sentido de la pasión, sea el amor o el odio.

El carácter y el ámbito en el que se cultiva este tipo de composición están muy bien atestiguados, porque son ejercicios que nos han sido trasmitidos por manuales de escuela. En cuanto a los temas, quizás tengan el mismo origen, pero Ennodio también pudo haberlos tomado de obras literarias, que conocía bien: por ejemplo, para la 26 contaba con descripciones de campos de batalla en Salustio *(Conjuración de Catilina*, 61), Tito Livio (XXII 51) o Lucano *(Farsalia*, VII 786-846).

Las cinco describen situaciones de la literatura épica —acusación de Diomedes a su mujer infiel; lamento de Tetis, al contemplar descubierto, o incluso muerto, a su hijo Aquiles; consideraciones de Menelao, al contemplar Troya incendiada; vaticinio de Juno sobre el destino de Hércules; discurso de Dido al ser abandonada por Eneas—, sin alusión explícita a sus destinatarios o a la ocasión en que fueron compuestas, salvo la primera que le fue propuesta o solicitada al parecer por el gramático Deuterio, tan cercano a nuestro autor.

---

deberían ser modélicos. Como tales, entrarían dentro de la *ethopoiéia*, bien sea la de una persona en una situación concreta *(finita)*, o bien la de un tipo, como un marido, una madre, una amante *(infinita)*. Es evidente que estos discursos ennodianos hacen saltar este tipo de clasificaciones. Como además, este calificativo despierta hoy día ecos muy apartados de este sentido clásico, sería aconsejable, a mi modo de ver, emplear otra denominación, como épicas, que tiene en cuenta el carácter y los temas de los que se ocupan.

Podríamos aún distinguir tres tipos de discurso, según el tono en que están expuestos: tres presentan una exposición, por parte de las víctimas —Diomedes, Menelao y Dido—, afectadas por la infidelidad conyugal (24, 26, 28); la 25 es el lamento de una madre; la 27 constituye una especie de augurio o profecía de una diosa.

En la primera declamación de esta serie aparece el tema del adulterio, tópico en las composiciones clásicas de este género, que Ennodio había ignorado hasta este momento. Lo hace sin embargo con una intención moralizadora. El tono del soliloquio —desilusionado más que reflejo de una apasionada indignación del héroe, al descubrir la infidelidad de su esposa— está lleno de asombro ante el atropello que han sufrido los derechos sacrosantos del matrimonio *(coniugalis iura sacramenti)*. Más que de valores cristianos se trata aquí de la ley natural de la unión conyugal, puesto que el dolor ante la infidelidad de la esposa surge ante todo de la profanación a que ha sido expuesto su mutuo amor *(profanati coniugii)*[29].

En la siguiente composición encontramos uno de los ejemplos que muestran la originalidad de Ennodio en el tratamiento de temas clásicos. En el ciclo de Tetis y Aquiles, lo habitual era mostrar las argucias de la madre para que su hijo escapara a los dictados del destino: el fracaso brindaba a los profesores de retórica la oportunidad de meditar sobre su inutilidad. Por el contrario, las palabras que nuestro autor pone en boca de Tetis nos presentan a una diosa, un ser inmortal, como un ser digno de lástima, porque percibe el futuro pero no puede ni cambiarlo ni cambiar la naturaleza mortal de su

[29] Creo que va demasiado lejos L. Navarra cuando afirma que en esta declamación vibran ideas cristianas. Véase L. NAVARRA, «Le componenti...», pág. 473, n. 11.

hijo[30]. En efecto, a pesar de su divina presciencia, las medidas protectoras respecto a su descendiente están condenadas al fracaso y lo único que resta a esta madre es el débil consuelo de la gloria inmortal que conseguirá la muerte de Aquiles y su propio, decoroso, silencio.

Es evidente el paralelismo entre la situación de Diomedes (24) y la de Menelao (26). Las consideraciones de este último, al contemplar el incendio de Troya, difieren sin embargo de las de aquél. Mientras el uno lamenta la situación y prefiere ignorarla y huir, el otro da por concluido el asunto y por dichoso el agravio que ha servido para castigo de quienes seducen a las mujeres de otros. En expresiones como «dulce dolor» (26, 2) o *felix contumelia* (26, 1) se encuentran ecos de pensamientos del Antiguo Testamento, como en el *Salmo* 93, 19 y *Proverbios* 14, 13, a propósito de la misericordia de Dios, o de la teología cristiana en torno a la eficacia redentora de la Cruz, que redime la *felix culpa* del hombre.

La 27 presenta reflexiones sobre la muerte y la gloria, en boca de otra diosa, Juno, a propósito de la derrota de Anteo, a manos de Hércules. Este gigantesco rey de Lidia, hijo de Gea —la tierra— y Posidón, recuperaba sus fuerzas cada vez que en la lucha tocaba a su madre. Por eso Hércules tuvo que levantarlo y sofocarlo en el aire. Juno muestra su simpatía por el gigante, pero sobre todo su enemistad por el héroe, por ser éste un hijo adulterino de su esposo Júpiter. Por tanto, no es madre de ninguno de los dos, como era el caso de Tetis.

---

[30] Esta perspectiva parece avalar la tesis de W. Schetter, «Die Thetisdeklamation des Ennodius», in *Kaiserzeit und Spätantike*, Kleine Schriften, Suttgart, 1994, págs. 406-423, a quien cito a través de B.— J. Schröder, «Charakteristika...», pág. 265. Según él, la situación de la que parte esta suasoria no es, como se afirmaba hasta ahora, Tetis ante el cuerpo muerto de su hijo, sino al ser descubierto su escondite en la isla de Esciros. Contra esta tesis habla, sin embargo, el título o encabezamiento, que habría que atribuir a una mano posterior al autor y editor.

Su discurso muestra el dilema y las contradicciones en que ella misma se enreda: de una parte, conoce el porvenir y sabe que Hércules acabará consiguiendo la inmortalidad, aunque fuera derrotado, porque desde su nacimiento ha resistido a los intentos de la diosa para acabar con él. De otra, desea la victoria de Anteo, confiando en las fuerzas que le presta su madre, Gea, cada vez que la toca.

En sus reflexiones, y sobre todo en las palabras finales, Juno pretende ignorar que la inmortalidad de Hércules está asegurada, pues, como ella misma concede, tiene capacidad para elegir libremente.

En la declamación, Juno, a impulsos de su odio, ofrece una imagen cruel —la antítesis de una madre— y egoísta —se consuela con la idea de que, sea cual sea el resultado de la pelea, ella quedará glorificada—, que en definitiva acaba dando testimonio de la virtud del héroe inocente, víctima de todas esas intrigas.

Finalmente, toda la composición 28 está inspirada y se corresponde punto por punto con el discurso de Dido, contenido en el libro cuarto de la *Eneida* de Virgilio (365-387), si bien contiene claros rasgos retóricos, como el continuo recurso a las antítesis, las amplificaciones perifrásticas y las consideraciones éticas, que son tan características de nuestro autor[31].

[31] Un estudio comparativo de ambos textos puede verse en C. Fini, «Le fonti delle dictiones di Ennodio», págs. 387-389.

DECLAMACIÓN I
(1)

DISCURSO DEL DIÁCONO ENNODIO EN EL CUMPLEAÑOS DE LORENZO, OBISPO DE MILÁN

RESUMEN

En esta composición Ennodio presenta una breve historia de las dificultades que el protagonista tuvo que sobrepasar para poder llegar a ser llamado «astro de las Iglesias». Tras una *introducción* en la que hace algunas reflexiones genéricas sobre el valor que tiene el escribir, y el escribir con arte, para la transmisión de los acontecimientos a la posteridad (1-4), Ennodio manifiesta su propósito de narrar los actos meritorios de Lorenzo (5-6). Este prólogo, que podría ser calificado como una justificación para toda su obra de escritor y, al mismo tiempo, como una amplia *captatio beneuolentiae*, está salpicado de profesiones de modestia (5), que se multiplican a lo largo de la *narratio* (7, 12, 14).

Ésta comienza con la elección episcopal, por unanimidad, de Lorenzo, que es fruto y consecuencia del cúmulo de virtudes que le adornaban (7-11). Su actividad pastoral comenzó entre dificultades de tipo político (12-14). Los méritos en el ámbito religioso, que ha ocupado el primer puesto en su tarea: su desinterés y su valentía, tratando con enemigos bárbaros e italianos que buscaban refugio en él y la perseverancia del obispo en su bondad y en su esfuerzo por la paz (15-19). Dificultades provocadas por el cisma romano (20-24).

El último párrafo es una especie de *peroratio* que enaltece las virtudes de Lorenzo, a quien compara con el patriarca Abraham (25).

1 ¿Hasta cuándo una medrosa desconfianza tolerará que me consuma en una estrecha cámara? ¿Hasta cuándo la excesiva cautela, superando los límites de un honesto temor, incurrirá en una inhibición de la opinión personal, que elude? Porque habitualmente sucede entre los hombres que, cuanto se roba a la fama por audacia, no menos se pierde por un respeto excesivo (a tomar la palabra).

2 Mas, todo aquel que se encuentra en una situación que merece honra y tiene en cuenta las reglas del pudor, no debe ser tildado como usurpador de una alabanza que no le corresponde, no se le puede achacar la ambición de una gloria que busca la exhibición. Porque así como el deseo excesivo de gloria, si es buscado con lisonjas, merece caer en la sombra, así también, no exponer lo que uno sabe que se lo merece, está condenado a la noche del olvido[1]. Escribir cosas superfluas es una cosa propia de la jactancia; callar las necesarias, de la desaprensión[2]. Muchas veces, el origen de nuestros reproches radica en la alabanza que las personas doctas han dejado de exponer a la luz.

3 Quizás alguno diga, con ánimo de dar un consejo, que la debilidad de un ingenio escuálido, comprimida por la grandeza de una obra, se seca y que entonces, sin el vigor de la elocuencia, la palabrería[3] deja ver sus defectos precisamente

[1] Al pie de la letra, «no pagar lo que uno sabe que se debe anuncia la proximidad de la noche».

[2] Sería prolijo apuntar las sentencias de este tipo, frases de valor general y de ordinario moralizantes, que se encuentran por doquier a lo largo de las declamaciones. Baste decir que constituyen un recurso retórico que jalona toda la prosa de Ennodio.

[3] El autor opone la elocuencia —*ualitudo dicendi*— a la lengua descuidada: *garrulitas*. De todos modos, esta frase prodría entenderse también así:

por la grandeza del tema. Es como si derramas una gota de elocuencia en el seno de un gran río: con ese pequeño gasto de líquido nada aportas al curso del agua y, una vez que se suma a la corriente, apenas contribuye al caudal.

De acuerdo; pero apreciamos en nuestro espíritu lo que 4
se dice, según el valor que merece el modo de decirlo y una vena oratoria que por naturaleza es seca con frecuencia se hace fluida a partir del tema: entonces la delgadez se engorda gracias al despliegue de la elocuencia. Muchas veces se calibran las cosas que deben decirse por los méritos de aquellos a quienes se ha encomendado el discurso, sobre todo si el orador en su alabanza se entrega exclusivamente al afecto. Entonces, éste produce la elocuencia de palabras y el amor suple lo que niega el ingenio.

Al proponerme describir de algún modo, a tenor de mi 5
mediocridad, las buenas obras del santo varón[4] Lorenzo, emprendo una tarea ciertamente fatigosa, pero también llena de amor. Desaparezca pues el temor que impide este propósito respetable. Un corazón sometido al temor es incompatible con la alabanza, según aquella exclamación de san Pablo: *La caridad perfecta excluye el temor*[5]. Esto equivale a decir, y mostrar con indicio seguro, que no ama quien se atemoriza. Sin propia culpa es vencido por la inmensidad del peso todo aquel que, aunque no se sienta con fuerzas, sin embargo se presta con buena disposición a transportar una carga.

«que un ingenio escuálido nada produce ante un tema de apretada grandeza», porque *pressa* podría ser nominativo o ablativo y, por consiguiente, referirse a *macies* o a *magnitudine*.

[4] En realidad, Ennodio califica a Lorenzo como santo, pero es evidente que esa expresión no tiene el sentido técnico que hoy le damos.

[5] No es una cita de san Pablo, sino de la primera epístola de san Juan 4, 18. Por eso J. P. Migne, en su edición de la *Patrología latina*, cambia directamente, el *Paulo* que dan los manuscritos, por *Ioanne*.

6 Estando así las cosas, ¿por qué no voy a celebrar la fiesta del año que comienza con un discurso de felicitación? ¿por qué voy a deshonrar el comienzo de un aniversario luminoso con la fealdad del silencio? Se marchita una alegría sin la gracia de la palabra y es signo de tristeza ocultar el hecho de que uno está contento, así como es síntoma de aflicción no expresar con la voz el gozo. Por tanto, Padre santo, ¿cómo no voy a cantarte con palabras yo, consciente de mi deber?

7 Me complace pues ir a buscar el arranque de mi discurso al momento de tu consagración episcopal y, si soy capaz, rejuvenecerme yo mismo con mi discurso, junto a la infancia cargada de flores del año que recomienza: ahora, cuando el jugo de la tierra corre hacia los brotes a través de las venas de las ramas aún áridas y el seno del germen seco se hincha fecundado por la savia; cuando en la suave luz de las nuevas ramas se extienden las copas de los árboles y se despliega todo el techo de sus ramas o se difunden por doquier los adornos de la fronda[6], que la naturaleza había encerrado en una especie de túnica; cuando el canto de los pájaros se modula con su sonido armonioso; cuando la vida de los cereales, sepultada en la tierra durante el invierno, es como si fuera ahora concebida, libre de las ataduras del hielo y calentada por los rayos del sol;
8 ahora, cuando el campesino pone su esperanza de frutos en la tierna flor; cuando la hermosura expuesta al aire de las viñas se forma, entretejiendo los respectivos brotes de las cepas y ese cultivo presenta ya un aspecto feraz, aun antes de que haya llegado el tiempo de madurar, ofreciendo —gracias a la poda— un aspecto hermoso y reprimiendo la belleza infecunda por medio del instrumento de acero que hace posible el fruto; cuando la rabia del mar profundo se convierte en una ligera brisa y la fuerza desaforada por el soplo de los vientos pasa a ser delicia de los navegantes; cuando es seguro soltar la barca

[6] Cf. Horacio, *Odas* IV 7, 2.

al mar y levar la mordedura de las anclas; cuando la tregua de las tempestades, que hasta ahora aterrorizaban a los marineros, invita e incluso permite el sueño del timonel a través del húmedo espacio de las aguas; cuando los prados, adornados de un color resplandeciente, se enriquecen con los tesoros de la primavera y los elementos son testigos de la alegría de la naturaleza por la ordenación de un Sumo Pontífice[7].

Por tanto, oh prelado, ¿no te tributaré ahora lo que he aprendido ya a dar a otros? ¿a ti, a quien han conducido a la cumbre del pontificado la gravedad, la pureza, la modestia, la belleza física? ¿a ti, que, habiendo reunido como en una colección todas esas dotes, has aceptado la pesada carga de esta dignidad, adornándote tantas virtudes cuantas, tomadas una a una, darían la imagen de un sacerdote probado? 9

Me callo el consenso unánime en tu elección y no insisto en la opinión acorde de las tan diversas naciones consultadas. Que haga constar esto, a título de alabanza, aquel que no dispone de la posibilidad de hablar de sus buenas costumbres. Pues el favor popular muchas veces es movido por instantáneos cambios y la turbamulta de los senadores[8], que no sabe de verificaciones sino que es arrebatada por la pasión, ama a quienes no conoce. En tu caso dio pruebas de justicia todo aquel que se prestó a ser partidario o incluso promotor de tu candidatura. 10

Aquella asamblea, compuesta por una multitud inexperta, calificó tus méritos de perfectos y, mientras agrada en ti la profusión de cualidades —como si fueras el fruto de la educa- 11

[7] Es decir, la elección y consagración episcopal de Lorenzo. Estas imágenes, tan barrocas, tomadas del arte de la agricultura, de la navegación, se repiten en las declamaciones (por ejemplo, en 10, 7), donde abundan en la idea de que el oficio de orador encierra experiencias análogas a las de esas artes y oficios.

[8] Véase Horacio, *Odas* I 1, 7, donde se describe la volubilidad del favor popular.

ción más completa—, cada uno consideraba que, a propósito de tu excelencia, era suficiente lo que comprobaban. Porque no todos pudieron conocer todas tus buenas cualidades y, sin embargo, a todos habías seducido para favorecer tu candidatura: a uno demostrándole que eres piadoso, a otro, austero; a otro, buen administrador de un patrimonio honradamente adquirido; a otro, que sabías conservar lo que había surgido rectamente. El pleno llegó a la conclusión de que, así como cada uno vencía al proponer un motivo de alabanza, ése mismo, al compararlos todos, era vencido en tu panegírico por otro con mejor título.

12 No quiero detenerme por más tiempo en este asunto. Hay que ocuparse del ejercicio de tu trabajo, porque yo, que no soy idóneo para describir las cosas grandes en tu alabanza, no sé contentarme con las pequeñas. Mientras tus primeros pasos se hundían aún bajo la dignidad que se te había impuesto, la adversidad de un tiempo luctuoso[9] caía sobre ti y guerras infligidas contra la libertad convirtieron al principiante en el pontificado en un experto soldado[10]. Tú has ignorado el temor ante la crueldad del saqueador; tú rechazaste con el escudo de tu constancia el veneno de la adulación, que es el dardo más nocivo utilizado por los malvados.

13 ¿Cuántas veces te acosaron de modo insidioso los honores, a ti a quien no pudieron vencerte en batalla abierta? ¿Cuántas veces la mentira creyó que te tomaba a su servicio, con peligro para tu buena fama, pidiéndote que, con tu connivencia, metieras al enemigo dentro de los muros de la ciudad

[9] Esta expresión recuerda la descripción de la caída de Troya en Virgilio, *Eneida* II 324.

[10] Efectivamente, el comienzo del episcopado de Lorenzo corresponde a la época de las hostilidades entre Odoacro —a quien Ennodio califica habitualmente de saqueador, enemigo de la libertad— y Teodorico. Ennodio presenta aquellos primeros años como una dura experiencia de aprendizaje. Véase *M* 1, 23.

y prestaras a los lobos, para que los desgarraran, los miembros de tus ovejas[11], sugiriéndote —es horroroso decirlo— los ejemplos de muchos que cometieron un hecho semejante? Tú, despreciando las cosas que deben evitarse y guardándolas para que fueran vengadas en tiempos de paz, conservaste todo en tu memoria, mientras recordabas las atrocidades para que no quedaran impunes por olvido. Y te sientes obligado a cobrar un mayor horror a los excesos, cuanto más temes la ruina de los demás.

Mas, dejando de lado los obstáculos de mi modo de hablar, pasemos a aquellos acontecimientos que son más dignos de recordar desde el punto de vista religioso. Cuando una irrupción del enemigo dispersó en todas direcciones al pueblo cristiano a la manera de un rebaño, tú te convertías en víctima de todo tipo de penalidades; tú, lleno de piedad paterna, eras el sostén para los tormentos de muchos, como dice el Apóstol: *¿Quién de vosotros es atormentado, sin que yo lo sea también?*[12] 14

Pero, en medio de estas pruebas, la adversidad no te contempló abatido. El enemigo sintió que se arrancaba a sus triunfos precisamente éste: no doblegar el ánimo de un sacerdote hecho prisionero[13]. Porque tú porfiabas todavía por la liberación de muchos y, sin ningún temor por ti, estabas pendiente de las ansias de tu pueblo. No quiero detenerme por más tiempo en estos sucesos tristes, no quiero recordar la tragedia de una época funesta. Vuelo por encima, libando algunas flores de tu brillante comportamiento, no vaya a ser que, al narrarlas, te obligue a revivir todo lo que has sufrido, 15

[11] Cf. VIRGILIO, *Églogas* V 60; *Eneida* IX 59.

[12] II *Corintios* 11, 21.

[13] Esta expresión hay que tomarla al pie de la letra, pues en efecto Lorenzo fue hecho prisionero por Tufa, cuando éste, cambiando por segunda vez de bando, se hizo dueño de Milán, antes de que Teodorico recuperara finalmente la ciudad.

aunque el doctor de las gentes recuerde que él fue probado en la tribulación, exclamando: *cuando soy débil, entonces soy fuerte*[14].

16 Me callo el hambre, el frío, las afrentas y todo lo que la animosidad del enemigo te procuró, para aumento de tus sufrimientos. Mas creo que todas estas cosas las toleraban tus miembros aún tiernos y al mismo tiempo robustecidos por la savia de la antigua salvación. ¿No es verdad que sólo el alma, inasequible a la debilidad, sostenía a los miembros desarticulados y, a causa de la avanzada edad, privados ya de su función propia y que, con una entereza digna de ser imitada, luchaba firme contra los asaltantes en el baluarte de la constancia?

17 Tras todo esto, Cristo nuestro Redentor, que nunca menosprecia los ruegos piadosos, acudió en ayuda del revivido estado —que había recuperado la libertad— y consolidó con eficaz medicina las quebradas fuerzas del nombre romano. La situación deteriorada recuperó una salud vigorosa. Cuando desde lo alto el Señor de los cielos miró con ojos benignos, le fue devuelta a la ciudad de Milán la luz de su gran sacerdote[15].

18 Entonces, cuando los habitantes eran pocos, cuando erraban en las casas[16] y reinaba la confusión en los amados dinteles de las alcobas, cuando por doquier había pavor y luto y los templos de Dios estaban sucios porque habían sido tratados como cubiles de fieras, cuando el descuido que debilita había convertido lo que antes eran atrios llenos de esplendor en un

---

[14] *Corintios* 12, 10.

[15] Es decir, su obispo. Esta metáfora constituye un tópico de la literatura panegírica (véase, por ejemplo *Panegyrici Latini* III 10, 4) y Ennodio la utiliza en M 3, 94.

[16] Estas dos expresiones están tomadas de LUCANO, *Farsalia* I 26-27. En ellas describe el poeta la destrucción de Roma, a causa de la guerra civil.

lugar de olores primitivos, diste con tu regreso una alegría a los demás, tú que volviste para derramar lágrimas. Entonces pudiste observar que —a la manera de los pájaros, a quienes, cuando la tierra está cubierta de nieve, cualquier angostura del terreno atrae con la esperanza de encontrar alimento—, el resto del pueblo, que fue capaz de sobrevivir, acudió a ti y que, a la presencia del buen pastor, de todas partes se reunió la grey desde los bosques, extenuados por sus balidos.

Y entonces a unos les calmabas con todo tipo de palabras 19
de apoyo, a otros les mantenías a tus expensas, a otros les exhortabas con tu ejemplo. Poco tiempo después la ciudad, que ya estaba sepultada, recuperó su primitivo estado, que te debe a ti después de a Dios; y la que no tenía fe en que sería capaz de recuperar lo que antes había sido, comenzó a aspirar a cosas mejores. Entonces, todo superviviente tuvo oportunidad de comprender cómo el buen éxito de todo lo que emprendía le invitaba a un progreso aún mayor.

Pasando a través de detalles, cuya descripción exacta exi- 20
giría una larga narración, corro hacia la gran batalla de tu vida, para llegar a la cumbre de tu más alto propósito[17]. Tras aquellos tiempos inciertos, surgió en la iglesia de Roma una segunda cautividad, que te había de sustraer al seno de un largo reposo a ti —como si ya estuvieras desde hace tiempo inactivo y huyendo del trabajo— cuando, apenas depuestas las

---

[17] Llegado a este punto de su discurso, que ha sido en buena parte panegírico, incluso hagiográfico, Ennodio debería acabar, pero necesita introducir un nuevo tema actual y lo pinta como su empeño supremo. De frente a la desgracia del cisma que asola la Iglesia romana, Lorenzo tiene que batirse una vez más por la Iglesia y desarrolla un trabajo infatigable en la dirección de las deliberaciones del sínodo que absolvió a Símaco. Esta última parte de la frase podría también ser traducida: «la cumbre más elevada del tema que me he propuesto».

armas de tu tarea con la esperanza de la paz, las tuviste que empuñar de nuevo. Ciertamente, si no me impulsara el deber de entonar tu alabanza, se impondría el silencio sobre este tema lamentable, de modo que en una generación caiga este asunto de funesta memoria en el olvido.

21 A raíz de ello, fue convocado el senado a imagen de la corte celestial[18]. Confluyó una multitud de obispos desde las diferentes provincias, allí donde aquel concilio aportó tantas opiniones como variedad de pueblos. Mas aquellos que tenían una sensibilidad para comprender lo espiritual te tuvieron por cabeza a impulsos de su amor hacia el tema central de la deliberación. No soy capaz de explicar con qué dulzura de delicadezas resististe entonces el ímpetu de los insidiosos, con qué firmeza tu humildad venerable doblegó los corazones de los soberbios, con qué sabia profundidad confirmaste los ánimos de los que dudaban.

22 A quien desea tener noticia cierta de esta hazaña le impulso a que contemple los hechos. Como un solo hombre te siguieron todos los elegidos y coincidieron en tu decisión todos los príncipes de las ciudades más importantes. Quien de antemano se aparta con una cruda obstinación se cuece en las ondas de la lamentación y el que se ha separado no tiene otro consuelo que las lágrimas de su desgracia.

23 Quizás diga alguno, intérprete maligno de los acontecimientos: ¿qué solución ha tocado en suerte al actual litigio, a partir de una firme posición de este tipo? Quizás pregunte: ¿qué resultado se ha producido de ese celo que se encomia? A ése le contestaré yo, con toda firmeza: bajo tu presidencia ocurrió que la locura de otros no convirtió a los obispos en sus esclavos; que la decisión episcopal no salió en apoyo de una indigna crueldad; que los que habían sido removidos hacia el mal fueron apartados de la idea de que podría ocurrir lo que

[18] Se refiere al sínodo de los obispos que se reunió en Roma. Véase M 2.

ellos deseaban. Finalmente, que se calle la locuacidad de los malvados, al menos por la valoración de este punto: que el fuego de los odios que ardió —no por culpa del encausado,[19] sino por estar fomentado por las pasiones—, ni siquiera pudo ser apagado por el agua de esta santa deliberación[20].

A ti pues se te debe la protección de los venerables cá- 24
nones; a ti se debe que ocurra sin un borrón por parte del episcopado toda la deshonra que nos asola. Para ti era evidente lo que los acusadores tramaban, tomándolo de otros, con dolo subrepticio; tú pusiste de manifiesto que no se debe dar satisfacción a sus odios, cuando quien causa una ofensa es abandonado por la fe.

Pero todas estas cosas serán mejor contadas en otro mo- 25
mento. ¡Salud, estrella de las iglesias y, émulo de Abraham! Ingresa en una ancianidad llena de bienes, porque es prueba de su honradez que un hombre sea conservado largo tiempo en la ciudadela de la Iglesia, según está escrito: *Los violentos y fraudulentos no alcanzarán la mitad de sus días*[21]. Tú, maduro en edad y vigoroso para las batallas en defensa de la fe: ¡triunfa, proporciona con tu loable piedad un ejemplo a tus buenos discípulos; a los malos corrígelos con severidad y perdura sin mancha como broche de una y otra actividad en testimonio de la más alta gloria!

---

[19] Es decir, el papa Símaco.

[20] Ennodio admite que el fanatismo partidista todavía enciende hostilidades y con las alabanzas del párrafo siguiente indica los límites del éxito político-eclesiástico de su obispo. Como muestran otros escritos, entre ellos M 2, la batalla continuó aún durante años.

[21] *Salmo* 55, 24.

DECLAMACIÓN II
(98)

DISCURSO ENVIADO A HONORATO[22], OBISPO DE NOVARA, EN LA DEDICACIÓN DE LA BASÍLICA DE LOS APÓSTOLES, ALLÍ DONDE HUBO UN TEMPLO A LOS ÍDOLOS

RESUMEN

Los muros que antes acogían sacrificios paganos son hoy, gracias al esfuerzo humano de transformarlos, sede de culto a Dios (1). Este milagro se debe al obispo anterior con cuyo nombre, Víctor, Ennodio teje un juego de palabras (2). Canto a los méritos de su predecesor (3-4). El núcleo de la composición lo constituye el contraste entre el pasado y el presente del templo. Donde antes se celebraban ceremonias nefandas (5-6), hoy ha sido entronizado Cristo (7) y con él los dos Apóstoles Pedro y Pablo, la roca y el arquitecto. Con la ayuda de su presencia, no hay nada que temer por parte de los hombres (8). La declamación incluye, como *epílogo*, una oración, en la que Ennodio alude a la presencia en la ceremonia de Lorenzo, el obispo metropolitano de Milán (9).

---

[22] La misma basílica y la casa de Honorato son objeto de dos poemas de Ennodio: II 11 y 110.

1 Hermanos queridísimos[23], creo que vosotros apreciáis con toda la veneración de que es capaz vuestra mente que en este lugar, que mantiene el nombre de templo, haya desaparecido el viejo culto, usurpador de la verdadera religión; que, abandonados los sacrificios paganos, se haya instituido el respeto debido a un santuario; que se llame con razón recinto sagrado, tras haber abjurado de las ofrendas antiguas y, transformándolas en un sacrificio oloroso, haya adoptado el nombre de casa de Dios; finalmente que, mientras la cubierta se ha mantenido en su lugar, los cimientos hayan pasado a otro destino. En efecto, ha bastado añadir un poco de sudor humano para que todo lo que había antes se haya renovado, aun manteniéndose en pie.

2 En definitiva, ¿a quién hay que achacar este milagro, por el que —aunque persista firme el edificio— éste no deja de crecer y, apoyado en los antiguos basamentos, es impulsado a un nuevo crecimiento? Hay que preguntarse ciertamente quién es el autor de esta obra, quién el de esta innovación. Sin duda el obispo Víctor, venerable predecesor de mi pequeñez, a quien, profetizando su futura santidad, Dios mismo puso ese nombre. Pues ¡qué no ocurriría al susodicho a propósito de los combates que se emprenden contra los vicios humanos!: quien aprende esta palabra, conoce sus hechos[24].

3 Éste, como corresponde a un vencedor, triunfó sobre las malas acciones por medio de una lucha espiritual. No se busque en él una sola caída en todo lo que inspira a los mortales

[23] Esta declamación arranca con las mismas palabras que el discurso de Cicerón, *Pro Sexto Roscio Amerino*.

[24] F. Vogel, siguiendo al manuscrito de Bruselas, prefiere aquí la lectura *dificilior*. G. Hartel lee, junto con los demás códices, *qui* en vez de *quid*. La traducción sería: «Pues todo aquel que se acerca a este (susodicho) hombre a impulsos de los combates que se emprenden contra los vicios humanos, al aprender esta palabra (es decir, *Victor*, «vencedor»), conoce sus hechos».

su parte siniestra[25], puesto que ya su nombre indica lo que en realidad fue. Sus méritos piden un lugar en mi discurso, si me permitiera avanzar hacia asuntos más elevados la escasez de mi ingenio o de mis propios méritos. Pues es indicio de una cierta nobleza ser encontrado digno de entonar la alabanza de los grandes hombres.

Mientras nuestra mediocridad continúa su obra en el cui- 4
dado del edificio, lleva a cabo sus deseos con la ayuda de Dios. Nadie piense que lo que he dicho es arrogancia[26]: es lícito unir los propios anhelos a los de aquel, cuyas acciones no se es capaz de emular, porque la aspiración de la conciencia es seguir a todas partes al mejor. Nunca, a mi modo de ver, entra en una calle tenebrosa el que sigue a quien sabe que aspira a la luz de vida.

Expongamos, pues, de modo más brillante sus hazañas 5
con la ayuda del discurso. En este lugar las antiguas generaciones han celebrado cultos dedicados a mentiras y han rociado los ídolos con sangre inmunda de animales.

Aquí, para injuria de Dios, por medio de un altar repleto de dones nefandos, se ha ofrecido a los demonios cosas que se debían al cielo. Aquí las entrañas palpitantes de novillas, con movimientos convulsos, predijeron el futuro a los ojos de un augur miserable. El humo que de aquí salía, al esparcirse en muchas direcciones, manchó incluso el aire con miasmas contagiosos. Por último, aquí la multitud de ofrendas matadas por los sacerdotes[27] ahuyentó todo lo que hay de divino, mientras se inmolaba a los ídolos espigas, sangre, incienso,

---

[25] Es decir, ha superado siempre la inclinación al pecado, de modo que se le aplica con propiedad el nombre que se le puso en el bautismo.

[26] Lo dicho en la frase anterior: que ha continuado y llevado a término los planes de su predecesor.

[27] Una vez más utiliza Ennodio el término *lanista*. Véase a este respecto la nota a D 9, 3.

carneros y mientras una época hostil a Cristo no aceptaba un rito sencillo y, gastando una gran cantidad de dinero en sus múltiples oblaciones, causaba una ofensa a Dios[28].

6 Excuso describir los detalles y abrir con la llave de la lengua los secretos de las ceremonias funestas, no vaya a ser que apreciemos por mérito de la oratoria la injuria a Dios que consiste en narrar esas cosas sórdidas y llegue a contaminarnos, al hablar de ello, todo lo que a ellos les ha venido encima al hacerlo. Más bien expliquemos en qué realidad gozosa se ha trasformado todo esto, en qué medida la noche ha huido al llegar la luz.

7 ¿Dónde están las estatuillas de los dioses que convertían en realidad lo que los ruegos imaginaban, cuyo aspecto dependía de la capacidad del artista, cuyo precio se calculaba según la dedicación del artesano o el valor de los materiales? ¿Dónde están aquellos dioses a quienes concedieron poder los hombres de acuerdo con el brillo de las piedras preciosas? He aquí que observo que todo esto ha desaparecido en cuanto —así lo creo— Cristo fue entronizado: veamos, dotado de qué poderes.

8 Con él vinieron aquellas estrellas del cielo, las diademas de los apóstoles, Pedro y Pablo. Pues ¿quiénes eran más necesarios en la restauración del templo que el arquitecto y la roca, la piedra y el que edifica, el fundamento y el orfebre[29]? ¿Por qué teméis las asechanzas de los hombres? ¿Por qué preparáis la huida con una salida precipitada? A Él no se le esconde ninguna caída de vuestra debilidad; Él, sin moverse de su sitio, os sigue a dondequiera que vayáis[30].

---

[28] En este pasaje insiste Ennodio, de una parte en los grandes costos *(censu laborante)* del culto a los dioses paganos, y de otra en la sencillez del cristiano *(ritum simplicem)*.

[29] La primera de esta triple serie de rasgos característicos de los dos apóstoles está trastocada: Pedro es la piedra.

[30] Con estos últimos interrogantes el autor interpela a los dioses paganos.

Ven pues, Señor piadosísimo y aplícate de lleno a consa- 9
grar esta obra tuya. Como el alma humana a través del bau-
tismo, así sea purificado este templo, hasta ahora dedicado a
un culto impuro. Transformando estos sacrificios, impón Tú,
Señor, la presencia de tu majestad, mientras llenamos nosotros
estos altares santos con ofrendas puras, acordándote de los mé-
ritos de tus santos sacerdotes, por la intercesión en primer lu-
gar de tu elegido, nuestro padre Lorenzo, aquí presente, que ha 10
crecido tan lleno de dotes para edificación de la Iglesia, que
cada una de ellas sería suficiente para hacer de él un Sumo
Pontífice[31]. En él florece el pudor, principio de toda buena
obra y madre de la honestidad; la paciencia, fuente nutricia
de nuestra santa religión; la piedad, que siempre es capaz de
aplacar a Dios, quien concedió a los miembros de la Iglesia
reglas de vida, no con su palabra sino con su ejemplo; quien
mostró todo camino por el que llegar a Dios, al recorrerlo él
primero, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo que reina
con el Padre por los siglos de los siglos. Amén.

[31] Al pie de la letra, dice: «Tan lleno de dotes... cuantas serían necesarias, para cada una hacer...». La declamación acaba pues con una oración dirigida a Dios, en la que se encomia ante todo a Lorenzo, el obispo de Milán, metropolita, presente en la ceremonia.

DECLAMACIÓN III
(214)[32]

DADA A ESTEBAN, VARÓN EMINENTE[33], PARA QUE SE LA RECITE AL OBISPO MÁXIMO

RESUMEN

El vicario Esteban debe alabar al obispo Máximo de Pavía por su ejemplar conducta y carácter, que le han llevado de un cargo secular al liderazgo de su iglesia. La declamación comienza con una consideración general de la importancia de hablar bien. Esa tarea es aún más grata si se trata de hablar bien de una persona buena (1-2). Éste es el caso de Máximo, cuyo nombre indica ya el grado de sus talentos (3). Origen, formación, cargos civiles que ha desempeñado hasta que Cristo le eligió como pastor de su rebaño (4-5). Reflexiones sobre las cualidades necesarias para desempeñar la tarea de obispo (6-7). Aplicación al caso de Máximo, que gobernará, más con su ejemplo que con palabras, para estimular el bien y concul-

---

[32] Algunos códices isidorianos —concretamente, uno parisino (9629) y dos vaticanos (630, 3791)— atribuyen esta declamación al papa Símaco. No obstante, todas las ediciones de Ennodio la incluyen entre las obras de éste.

[33] Ennodio utiliza las iniciales: V*(iro)* S*(pectabili)*. Dentro de la jerarquía oficial y títulos al uso en la época, este tratamiento está situado entre los ilustres *(inlustres)* y los preclaros *(clarissimi)*.

car el pecado (8). Interpelación al destinatario y promesa de cantar en el futuro sus méritos en el desempeño del cargo (9).

1 Dedicar el propio ingenio a la alabanza de los pontífices revela el deseo de tener una conciencia respetuosa de lo sagrado: en efecto, es una prueba de buena disposición consagrar nuestra capacidad de expresión a los que siguen a Dios. Si bien, en los panegíricos en su honor, una expresión concisa[34] revela impericia, sin embargo, si uno se calla, se pone de manifiesto una actitud infantil. ¿Quién va a juzgar que es pobre una narración enriquecida con buenos deseos?

2 Con frecuencia, en medio de las dotes de una exposición, uno encuentra una pobre inspiración por parte del que habla y, al contrario, resplandece una gran riqueza de corazón en medio de una gran pobreza de palabras. Quien juzga haciendo las veces de Dios no echa de menos expresiones coloridas, sino las que proceden de la luz inspirada del ingenio, porque en las primeras la elocuencia, aun sin amor, halaga los oídos; en las segundas, sin embargo, la verdad desnuda
3 es garantía de todo su esplendor. Todo lo que dicta el amor no necesita adornos. Se fabrican hasta el detalle las cosas que queremos que tengan no tanto la realidad, como la apariencia correcta[35].

A ti dirijo la palabra, mi venerable obispo Máximo, en quien, como prueba de sus méritos, la virtud comenzó ya a

[34] Ennodio utiliza la expresión *sermo angustus*, un adjetivo que se aplica al espacio y al tiempo, a la medida e incluso a determinadas actitudes del espíritu humano, pero no entra dentro de los calificativos habituales aplicados al modo de expresarse.

[35] Entiendo que Ennodio, una vez más, afirma que conviene decir las cosas no de un modo seco, sino con expresión brillante, y, sobre todo, con afecto. Pero, al mismo tiempo, encarece que las alabanzas, expuestas con esas condiciones, correspondan a la verdad.

actuar con la palabra, en la que habla en acto lo que el nombre indica[36]. El amor previsor de tus padres quiso que fueras elegido, ya antes de que fueras sometido a prueba.

A ti, que procedías de una familia con títulos de siglos, 4
te forjó desde antaño la disciplina castrense y el lado adverso de la vida te consolidó para el gobierno de la Iglesia, según lo que Dios dice por medio del profeta: *El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho*[37]. El juez de las cosas sagradas te encontró digno de ser su compañero de consejo y de trabajo. Cuando debías ser iniciado en el ministerio sagrado, incluso cuando te dedicabas a asuntos profanos, elegiste lo que era conforme a la ley de Dios.

Se te encontró como guardián de la pureza en aquella edad 5
en la que incluso la ley se somete a las pasiones[38]. Pues se considera suficiente que la juventud tenga miedo a lo que va más allá de lo que está permitido. Cristo busca a sus soldados en medio de batallas hostiles para ascenderlos a la función de capitán. Adscrito a la Iglesia, llevaste a cabo actos propios de un obispo antes de que llegara el momento de estar investido de esa dignidad. No fue una benignidad advenediza la que, sustentada en las raíces de tu índole natural, mostró a la luz el germen de una flor pura.

Es transitorio todo lo que se finge, duradero lo que va 6
madurando con la edad. Creo que a ti te ha sido conferido el sacerdocio, no como una cosa regalada sino como un premio. Otros se ganan el favor de la plebe, a base de lisonjearla, tú te atrajiste su afecto con un estricto rigor hacia los culpables. Te sostiene una singular sabiduría que, aunque en general es deseable, sin embargo es necesaria en un maestro.

---

[36] De nuevo, como en la declamación anterior, Ennodio juega con el sentido del nombre del destinatario: Máximo.

[37] *Lucas* 16, 10.

[38] Es decir, no sólo se obedece a las pasiones, sino que se pretenden convertir en ley. Véase Sidonio Apolinar, *Poemas* 16, 72-74.

7 En vano recibe la función de preceptor quien es incapaz de calibrar el peso del cargo que se le ha impuesto. Quien siendo superior por los honores no descuella por su ciencia, merece que se le compare con los hombres más viles. Fue una cuestión de justicia, no de favoritismo la que te dio el liderazgo. Amor digno de un pontífice es aquel que es compatible con la justicia: quita brillo al carácter auténtico de un maestro todo aquel que quiere agradar sólo a través de favores.

8 Tú, instruido y formado por estos favores del cielo, educarás al pueblo más con tus hechos que con tus palabras. Aquellas advertencias que son mostradas con el ejemplo instruyen la conciencia de los discípulos: desvergonzadamente anima a la inocencia todo aquel que no la haya seguido él mismo. A ti te temen, como testigo de su secreta intimidad, los que se disponen a pecar. El temor y la reverencia que inspiras privan de sentido a las culpas en su raíz. Quien desde el comienzo combate los vicios, quita la ocasión de la caída y rechaza a quien fomenta la concupiscencia.

9 He dedicado estas consideraciones a tu santidad de un modo sucinto, como lo permite la capacidad de mi lengua. Si, por tus oraciones, el éxito sonriera a mi vida, me consagraré totalmente a narrar tus hechos, para que lo que es conocido de todos permanezca en letras que duren para la posteridad, de modo que la época por venir se alegre de ellos.

DECLAMACIÓN IV
(277)

DECLAMACIÓN ENVIADA AL OBISPO MÁXIMO EN (EL DÍA DE) LA DEDICACIÓN[39]

RESUMEN

Tras la habitual confesión de modestia, superada por el tema religioso del discurso (1), alude Ennodio a la carrera política de Máximo, antes de que se convirtiera en obispo, comparándolo con Moisés, quien desempeñó fielmente su obra, fiado en Dios (2). Con la misma disposición realiza el autor su tarea, confiando en la intercesión de Juan Bautista, que soltó la lengua de su padre Zacarías (3). Este hecho tiene una especial importancia para la praxis verbal cristiana, porque nos muestra que el discurso humano recibe su validez de la palabra divina. (4). Junto con san Juan se cita a Antonino y Casiano, en cuyo honor también se consagraba el templo (5). Hace votos por la permanencia del edificio, como de todo aquello que se fundamenta en Cristo (6) y cierra el discurso con una exhortación al consagrante para que fomente la esperanza (7).

[39] Fue escrita para el mismo obispo de la declamación anterior, en el día en que dedicó una iglesia en honor de san Juan Bautista, san Antonino y san Casiano.

1 Nunca es de temer una veta pobre de inspiración, cuando el tema que motiva el discurso es rico. Eleva al hombre, cada vez que nuestra mente se ocupa de temas trascendentes, y la sequedad[40] de estilo no se deja empequeñecer si el que va a hablar rinde homenaje a su Creador. Pues el que nos ha concedido la lengua puede adornarla con los dones de la elocuencia y Aquel que confesamos que nos ha dado la capacidad de hablar tiene el poder de dar fuerza a nuestras palabras.

2 En efecto, mucho tiempo ha, ayudó a la parquedad del sermón profético[41], cuando la débil infancia de Moisés se elevó a la perfecta elocuencia del maestro y a la trompeta de un guía lleno de fortaleza. Éste, sin pasar por grados intermedios, llegó a la flor de la madurez mientras consideraba su falta de idoneidad y, sin haber obtenido la ciencia apropiada a cada etapa de la vida, ascendió hasta dar frutos de santidad[42]: desempeñó durante mucho tiempo el papel de soldado de tosco ingenio, pero tras recibir la orden de asumir el cargo de caudillo, lo desempeñó con firmeza porque lo había rehusado modestamente.

3 Del mismo modo nosotros, al celebrar esta fiesta de la dedicación, mientras obedecemos, invocamos la gracia de Dios en medio de los bienes de esta alegría espiritual. Lejos de nosotros el temor pusilánime: desaparezca asimismo la confianza concebida vanamente por los estudios hechos.

---

[40] La construcción de este párrafo presenta problemas de traducción. Literalmente dice Ennodio que la mente humana trasciende al hombre, siempre que rinde homenaje a su Creador con la palabra.

[41] Moisés es el paradigma de la acción de Dios en una naturaleza humana inepta. Véase la narración de su vocación en el libro del *Éxodo*, sobre todo 3, 11, 13; 4, 1, 10, 13.

[42] La expresión *ad messem perfectionis*, que Ennodio emplea, habría que traducirla: «una cosecha de perfección». Para este tipo de expresiones, véase Introducción III.

Nosotros ni presumimos, ni tememos nada, según un esquema de perfección puramente humano.

Por lo demás, ¿quién puede dudar de que incluso las bocas mudas se sueltan en honor de san Juan, profeta y apóstol, cuya entrada ha santificado este templo[43]? Él, en quien la gracia actuó antes que la naturaleza, marcó con un milagro su entrada en esta vida, al desempeñar el papel de profeta antes de su aparición a la luz del día. Porque en uno y el mismo momento, ennobleció a su madre con el don de la fecundidad y, devolviéndoles su función, puso en movimiento los labios inertes de su padre, que recuperó la originaria capacidad de hablar. Que nadie que invoque a Juan, después del milagro ejemplar que acabo de citar, abrigue la sospecha de caer en la anterior impericia de la lengua[44]. 4

Después de que, en virtud de ese nombre[45], volvió al santísimo Zacarías la capacidad propia de la naturaleza humana que había sido eliminada de sus labios, todo el mundo cree con razón que el apóstol Juan es la llave para el don de la palabra. En su compañía, Antonino, héroe de una anciana época, junto con el esplendor del muy bienaventurado Casiano[46] convierten un edificio en un recinto sagrado, una habitación terrena en una morada celestial, una obra construida por mano 5

[43] «En honor» —*laudem*— es una conjetura de G. HARTEL en CESL, que no recoge MGH, pero me parece acertada.

[44] En estas frases, Ennodio expresa dos de los signos extraordinarios que precedieron y acompañaron al nacimiento de Juan Bautista, aunque no ocurrieran en el mismo momento: hizo fértil el vientre yermo de su madre anciana y devolvió la palabra a su padre Zacarías. Véase *Lucas* 1.

[45] La palabra «Juan», puesto que Zacarías recuperó el habla al decir: «Su nombre es Juan»: *Lucas* 1, 63.

[46] Los dos santos a los que, junto con Juan Bautista, se dedica la iglesia. Antonino es un mártir de la legión tebana. En cuanto a Casiano, hay dos mártires con ese nombre: el primero era tingitano y murió en 298; el segundo recibió la corona del martirio, junto con otros muchos, en 304 en la ciudad de Abitinas.

de hombres en algo que no puede ser violado por el paso del tiempo.

6 Pues las cosas inmoladas a Dios no conocen el ocaso ni está sometido a una vejez vacilante lo que ha sido consagrado por la piedad. Permanece firme la solidez de un edificio en el que ha entrado Cristo, y, olvidándose de la fragilidad de su origen, logra la fuerza de su dueño. Casas modestas se decoran con la nobleza de quien las consagra, porque se piensa con razón que el precio a una cosa caduca le viene atribuido por su dueño.

7 Tú por tu parte, hermano santísimo, donante de este edificio, alégrate de la retribución que recibirás por esta ofrenda. La esperanza no conoce la duda: se le promete el fruto de su buena acción. Del ejercicio del bien procede la fe en la retribución y quien se ocupa de cosas laudables no vacila en la incertidumbre.

DECLAMACIÓN V
(336)

EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO. DECLAMACIÓN A UN OBISPO QUE EMPIEZA A DESEMPEÑAR SU CARGO[47]

RESUMEN

En primer lugar, la persona designada para desempeñar la tarea de obispo debe ser madura, como los soldados o los atletas (1-3). A continuación, el autor invoca la gracia de Dios para que fortalezca y dirija al nuevo jefe de su rebaño repitiendo el axioma de que es la verdad de una vida ejemplar, no la palabra, la que presta brillo a un pontífice (4). El obispo ideal debe ser el jardinero de su propia alma y el pastor de su rebaño. A esto se añade que su reciente promoción para pastor le debe llenar de temor y de respeto ante las necesidades de sus ovejas. Esta tarea es facilitada cuando el pastor habla bien, porque para Ennodio la cultura intelectual y espiritual son paralelas, no antitéticas (5). Entre los atributos que deben adornar a un pontífice destaca uno: la humildad (6).

[47] Esta obra pertenece a las más tardías del *corpus* —otoño del 508— y fue compuesta con ocasión de la consagración de Eustorgio como obispo de Milán, sucesor de Lorenzo en esa sede. Ver Introducción General I.

A la declamación se añaden: a) un prefacio en el que se describe la situación del mundo antes del acto creador, hasta que la voluntad divina se convirtió en ley que lo gobierna (7-8), que desemboca en una deprecación (9); b) una oración, para antes de la misa (10-11).

1 A decir verdad, un maestro principiante es casi igual a los discípulos y, a los comienzos, una persona docta no está en ningún aspecto por encima de sus oyentes; se debe honor a los ingenios expertos; los que aún no han sido probados apenas merecen un respeto mediano. Son auténticas alabanzas aquellas que surgen del sudor de un esfuerzo prolongado. Es una lisonja, no un juicio, cuando la gloria conseguida precede al trabajo. Que el soldado cuente entre sus tachas los triunfos —cualesquiera que sean— que haya conseguido antes de la confrontación en el frente de batalla.

2 Quienes con pasos ligeros disputan las competiciones olímpicas, ¿acaso es legítimo que alienten la esperanza de lograr una corona antes de la competición, cuando el apóstol dice: *no será coronado sino el que luche conforme al reglamento*?[48] He aquí la razón por la que tampoco es lícito alabar antes de que lo merezcan a aquellos que con razón lo exigen después de realizar su trabajo.

3 Nuestra condición de eclesiásticos marcha en dirección diversa por un largo trecho del camino. Nosotros recogemos tantos más frutos de inocencia, cuantos más trabajos se nos presentan[49]. Pues pensamos que, puesto que nos hemos en-

[48] II *Timoteo* 2, 5.

[49] Esta frase presenta una variante, si se prefiere —en vez de *labore*, como hacen MGH y CSEL, siguiendo el códice de Bruselas— leer *favore*, como hacen el Lambetano, Trecense (Troyes) y Vaticano. En este segundo caso, el sentido sería: «a nosotros, cuanto más se nos alaba, tanto más mérito se nos quita». Esta segunda alternativa parece más lógica, pues marca la

cuadrado en una milicia, el camino está lleno de necesidades y peligros: en él hay que seguir una conducta laudable, que se convierte en fructífera para los réprobos, si desea ser alabada por la humanidad. Nuestra actividad, si se le quitan sus bienes, se ensucia según las palabras divinas: *quienes os alaban, os seducen y borran las huellas de vuestros pasos*[50].

Que sea testigo del esplendor de un obispo, su vida, no 4
su lengua. La luz de este cargo ilumina con la huella de la verdad más que con la de la palabra. He aquí que estáis contemplando cuán segura sea la condición del súbdito y a cuántos peligros está asociada la del superior. Podéis apoyar mi cometido más con oraciones que con aplausos. Nadie crea que es eximio aquello que halaga los oídos: nuestro discurso es abominable, si no aprovecha al alma. Preferid todo aquello que limpia de abrojos nuestro corazón con una hoz espiritual.

La diadema[51] del pastor es preciosa cuando el rebaño de 5
los fieles no se resiste a sus mandatos, porque contribuye a su santidad. Ama al pastor desapasionado y que habla bien todo aquel que sigue sus decisiones. Se añade que nuestra falta de experiencia siente un justo temor, precisamente a partir de la misma novedad. Nosotros, que, recientemente tomados de entre las ovejas, hemos sido preparados para guardarlas, tenemos que acostumbrarnos a proveer a la necesidad de todos y el que apenas fue capaz de presentar una caución por sí mismo que inspirara confianza, recibe el cargo de quien tiene que velar por todo.

Sabemos en qué medida quien es llamado a ser una au- 6
toridad religiosa debe ser más humilde que sus siervos. El

---

diferencia entre laicos/clérigos. En la traducción, sin embargo, seguimos el texto de MGH y CSEL.

[50] *Isaías* 3, 12.

[51] La comparación con la diadema imperial, famosa por sus valiosos adornos, se utiliza aquí en antítesis con la misión del obispo.

que está a punto de asumir tal mando debe rendirse incluso a personas de la más ínfima condición. Pues afirma el doctor de las gentes: *Me he hecho todo a todos para salvarlos a todos*[52]. Que la acción de la divinidad ahora precisamente le asista en el cumplimiento de sus deberes y haga digno de una tarea tal a quien encuentra indigno.

PREFACIO PARA LAS MISAS[53]

7 Es digno y justo, es verdaderamente una cosa digna que al comienzo de este ministerio te supliquemos a Ti, Señor de todos los orígenes, que has ordenado la infancia del mundo, que surgía a una nueva luz, y la has consolidado con tanto poder de tu fuerza cuantos son los arcanos de tus gracias.

Permanecía el comienzo del orbe en una inicial admiración ante sí mismo y apenas se tenía en pie, estupefacto ante la propia belleza —había surgido tan sólo la sustancia y aún era antes de que tomara conciencia del orden de la creación—,
8 preguntándose con qué ritmo debía girar la luz que se le había atribuido, qué fin iría a tener el espacio del día, si renacería cada vez tras ocasos regulares y si la noche abarcaría el mundo con sus sombras que todo lo envuelven, dominándolo para siempre, como en la situación originaria.

En medio de esta incertidumbre, se impuso como ley la voluntad de nuestro Dios, para que la confusión que había durado largo tiempo se doblegara a ritmos precisos. Cada distribución de tiempo, prefijada por los límites que se le habían

[52] I *Corintios* 9, 22.

[53] Se entiende que es para las misas de consagración de obispos. Esta *deprecatio*, que tiene un comienzo análogo al de M 9 y 10, se distingue de la oración *(oratio)* con la que acaba esta composición.

impuesto, tuvo vigencia en tanto en cuanto lo dispuso el que la había creado[54].

Del mismo modo, Creador santo, como auspicio de nuestra función episcopal, ilumínanos con el sol de tu gracia: que, a través del cumplimiento de nuestro deber, la luz del día ilumine por nuestros méritos; que nuestra misión[55] no deje de cumplirse por ningún engaño, por ninguna asechanza del demonio; que no nos sea lícito aceptar[56] lo que no es honesto; que, por mandato tuyo, pase a ser natural el interés por el bien; que en el ejercicio de nuestras funciones reine una actividad equilibrada; que, dominada la servidumbre del pecado, aumente el imperio divino y no sea sumergido por su comportamiento el que sobresale por dignidad. Por nuestro Señor Jesucristo. 9

ORACIÓN ANTES DE LA MISA[57]

Dios, dador de bienes, cuya actuación está ya contenida 10
en la petición que se te dirige, que elegiste de en medio del pueblo a Moisés para que ejerciera la función de profeta. Pues

[54] Esta descripción patética de la creación, corresponde fundamentalmente a la obra divina del primer día, descrita en *Génesis* I 1-5.

[55] Al pie de la letra dice Ennodio: «aquello para lo que hemos sido llamados».

[56] La expresión gramatical tiene un matiz que no recoge la traducción, pero es interesante. Ennodio escribe: «haber admitido», aludiendo al comienzo de un proceso que tiene lugar en el corazón, antes de que trascienda a la conducta.

[57] Se podría explicar el orden, al parecer inverso, en el que aparecen estas fórmulas, si se tiene en cuenta que la liturgia de la misa no estaba entonces tan centralizada como hoy, gracias al Misal romano. Como sugiere F. MAGANI —II 204-205—, la primera de estas oraciones pudo haber sido un prefacio, no para el rito de la misa, sino para la ceremonia de consagración, mientras la segunda correspondería a la misa propiamente dicha.

al lamentarse de su debilidad física, se robusteció por obra tuya; recibió la dignidad de pontífice, al exclamar, como árbitro justo de sí mismo, que él no merecía nada, reconciliando así su humildad con el cumplimiento de la misión sublime a que estaba llamado[58]. Concede una gracia igual a nuestros comienzos, precisamente porque declaramos que nuestros actos merecen más bien castigos.

11 Sin embargo, lo que pedimos no es inusitado: como atestiguan los ejemplos, tu misericordia está empeñada. Tú serás tanto más clemente en la concesión de tus gracias, cuanto más proclive al peso del pecado se haya hecho nuestra naturaleza[59]. Danos, emperador benigno, una conducta digna de tu elección, porque ninguna bajeza desdora al soldado que milita bajo un príncipe piadoso. Por nuestro Señor Jesucristo.

---

[58] El ejemplo de Moisés se repite tanto en los poemas como en las obras en prosa de Ennodio, sobre todo para ponderar su humildad, como aquí y en D 2.

[59] La expresión *fascis peccati*, «el peso del pecado», muestra la cristianización de la primera palabra, que el latín clásico utilizaba para simbolizar el poder de las magistraturas. Las autoridades iban precedidas de *lictores* que llevaban los *fasces*.

DECLAMACIÓN VI
(464)

EN EL NOMBRE DE CRISTO:
DISCURSO SOBRE LOS HEREJES Y EL SÍNODO[60]

RESUMEN

El autor pretende guardar a los fieles de la herejía, pintando sus funestas consecuencias a lo largo de la historia. Tan razonable es callar como hablar, según la situación: en este momento, el diácono milanés considera que debe hablar (1-2). El motivo es la propagación de las herejías de Nestorio y Eutiques, a pesar de las conclusiones de los concilios de Éfeso y Calcedonia (3-4). Los frutos de esa situación son amargos (5). Por tanto —se dirige a los orientales—, recuperad la unión con Pedro, aunque este paso os acarree dificultades (6-7). El ejemplo funesto de Acacio (8). Ruego de que acepten las conclusiones del reciente concilio de Constantinopla (9).

Por la misma razón por la que antes hemos callado, ahora 1
nos vemos obligados a hablar. Y para que conste que nos

---

[60] La primera parte del título aparece en la edición de MGH. La segunda es la que adopta la del CSEL. Pero esta vez no se trata del sínodo de Roma, sino del de Calcedonia: véase n. 4.

hemos servido tanto del uso de nuestra lengua como del silencio, según las circunstancias de los tiempos, ahora, con la ayuda de la fe, nos lanzamos al deber de hacer uso de la palabra[61]. En efecto, lo mismo da hablar de modo superfluo, que no decir lo que es necesario, como afirma el apóstol: *¡Ay de mí, si no evangelizare!*[62] Y en otro lugar: *Hay un tiempo para callar*[63] .

2 A nosotros, a quienes impulsa el peso de la obediencia que hemos profesado a otros[64], nos conviene especialmente o ensalzar a los que hacen el bien o reprimir a los que obran el mal. Y ciertamente haceros advertencias a vosotros no es otra cosa que quitar obstáculos a los que ya corren, pues somos unos soberbios si creemos que, lo que hacéis por propia voluntad, se debe a nuestras instrucciones. Sin embargo, quien aprueba los buenos afanes, los alienta.

3 Está presente en vuestra conciencia con cuán gran perfidia impura Nestorio y Eutiques[65], dos monstruos concebidos por el diablo, han corrompido la tradicionalmente pura disciplina de las iglesias orientales. Ellos, según la palabra del apóstol, *no han recibido el amor a la verdad, para salvarse, y por tanto Dios les envió un poder seductor con el fin de que creyeran en la mentira*[66]. A la vez, gracias a esta insidiosa ocasión de escándalo, aquel campo de batalla somete a prueba a

[61] Por la misma razón por la que antes calló, siente el deber de hablar ahora, espoleado por la fe.

[62] I *Corintios* 9, 16.

[63] *Eclesiastés (Cohelet)* 3, 7.

[64] Es decir, la obediencia al Papa, por cuyo encargo escribe. De ahí el uso de la primera persona del plural, mientras en M 2 oscila entre la primera del singular y la del plural.

[65] Los exponentes principales de dos herejías surgidas de la discusión cristológica de la época. La primera, el nestorianismo, negaba su divinidad; la segunda, el monofisismo, su naturaleza humana.

[66] II *Tesalonicenses* 2, 10-11.

los soldados de Cristo, según está escrito: *conviene que haya disensiones, para que queden al descubierto los de probada virtud*[67].

4 ¿En quién no está vivo el recuerdo venerando del concilio de Calcedonia? En él, Dioscuro[68], junto con sus secuaces, fue marcado con la señal de la santa censura y la ciudad de Constantinopla exultante recibió el adorable sepulcro de Flaviano[69], de santa memoria, juicio que habían confirmado ya con antelación los decretos del cielo.

5 ¿En qué lugar del mundo no se conoce a Timoteo[70], quien por el asesinato de Proterio —de sospechoso recuerdo—[71], no tuvo miedo de convertirse en algo más que un parricida? Efectivamente, por su persecución a un pontífice sagrado, sobrepasa no sólo las especies, sino incluso los títulos de los

---

[67] I *Corintios* 11, 19.

[68] Obispo de Alejandría (444-451), se hizo tristemente célebre por su actitud en un sínodo de Éfeso en 449, que debía decidir sobre las ideas de Eutiques. Encabezado por Dióscuro, el sínodo declaró ortodoxo a Eutiques, al tiempo que maltrató con deposición y excomunión a sus adversarios, de modo que fue calificado de «latrocinio». El nuevo emperador, Marciano, convocó un nuevo concilio en Calcedonia (451), que derogó las conclusiones de dos años antes y depuso a Dióscuro.

[69] Por contraste, los restos de este obispo, fiel a la doctrina conciliar y muerto en el destierro, fueron trasladados solemnemente a Constantinopla.

[70] Partidario de Dioscuro, fue a su vez obispo de Alejandría en dos momentos: 457-460 y 475-477. Tras la muerte de Marciano, en enero de 457, con el auxilio del populacho, fue destituido Proterio y Timoteo accedió a la sede de san Marcos. El día de Jueves Santo de ese año Proterio fue asesinado en la iglesia, por lo que durante toda su vida Timoteo no se pudo librar de que se le achacara ese crimen.

[71] En 451, al ser desterrado Dióscuro, Proterio, que era su diácono, fue elevado a la sede de Alejandría por el partido imperial. Por eso y por su actitud clara ante la polémica teológica, se explica que Ennodio hable de él como sospechoso. De todos modos, más grave era el crimen que se achacaba a Timoteo.

crímenes[72]. Se sabe que Pedro[73], Ciro[74] y Timoteo perecieron al tender la mano a Dioscuro, ya caído en la herejía: todos ellos adquirieron la herencia de los errores y la perdición de su predecesor.

6 Por tanto, hermanos, permaneced[75] en la decisión de los padres conciliares, que se apoya en los antiguos, y se adhiere a san Pedro, porque queremos la unidad de una Iglesia pura y sin mancha[76]. No podemos tolerar pacientemente a quienes eructan cosas vacías y blasfemas contra nuestro Cristo. Sabemos que quien no emplea el remedio del cuchillo en miembros gangrenosos presta un servicio a enfermedades serpenteantes. Porque si no se cortan los miembros infectados, éstos contaminan[77]. Es pacífica la convivencia con quienes se proponen conquistar lo que es recto.

7 ¿A quién frena el obstáculo del temor a estas batallas, que pueden producir la alegría de una muerte que da vida?

---

[72] Aunque aquí el término *crimen* no se utilice en sentido estrictamente técnico, no cabe duda de que Ennodio lo emplea con la intención de expresar el alcance y la gravedad de su comportamiento. Por oposición a *delictum*, que es una injusticia perseguida mediante una acusación privada *(actio)*, el crimen merece un proceso *(accusatio)* penal y un castigo público. Para los diferentes tipos de *crimina*, ver *RE*, IV 1712-1713.

[73] Pedro Mongo, desde el principio secuaz de Dióscuro, llegó a ser ordenado obispo y accedió a la sede de Alejandría sólo en 482, a la muerte de Timoteo.

[74] Aunque es un nombre relativamente frecuente —dos obispos con este nombre firman las actas del concilio efesino de 431— no he encontrado noticias de ningún Ciro, partidario de Dióscuro.

[75] Esta es la única forma de imperativo en todo el documento. Con ella conmina a los obispos a que se acomoden a la doctrina de Calcedonia, es decir de Roma.

[76] *Efesios* 5, 27.

[77] La idea de que los vicios que permanecen impunes se transmiten a la posteridad aparece también en D 17, 8 y en M 3, 133.

¿A qué poderes de este mundo, aunque se presenten amenazadores, pensamos que debemos obedecer, cuando nos manda otra cosa Aquél que gobierna los reinos de este mundo, según lo que dice el Apóstol: *los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros*?[78] Las cosas de la vida presente, o perturban o deleitan los corazones vacilantes de los eclesiásticos.

¿Qué decir de Acacio[79], quien apartado de su actitud por 8
la perversa sugestión del demonio, se avergonzó de haber sido largo tiempo un campeón de la verdad y, abandonando las condecoraciones de un glorioso combate, echó a perder el triunfo que había cosechado con acendrado esfuerzo, bajo Basilisco? Él mismo puso obstáculos a sus recompensas casi desde el momento en que las obtuvo, cortando la esperanza de un buen fruto con la hoz de la perfidia. Pues es más grave conculcar los bienes ya degustados, que los que aún no se han tocado: no queda defensa a un hombre que vuelve a los venenos de los cismas, que acarrean la muerte, tras haber probado el dulce sabor de la justicia.

De todo lo que acabamos de decir ha surgido lo que se 9
sabe que ha sido tolerado poco ha en la sede Constantinopolitana[80]. Todo lo cual nos causa tristeza, sin que hayamos hecho

[78] *Romanos* 8, 18.

[79] Acacio es un ejemplo de la segunda alternativa citada. Se opuso primero a la política anti-calcedoniana del usurpador Basilisco (475-476), pero más tarde hizo concesiones inaceptables para Roma. CSEL lee *quibus* —«entre ellos»— al comienzo de este párrafo, en relación con los eclesiásticos de la frase anterior. MGH da *quid*, versión que traducimos.

[80] Macedonio, obispo de Constantinopla, se había negado a firmar el original de las actas del concilio de Calcedonia y había sido depuesto y mandado al exilio en agosto de 511. El autor lamenta estos sucesos.

uso de la palabra, pues quienes no se someten a los remedios que se les ofrecen, con razón no encuentran ningún consuelo en el momento en que son puestos a prueba[81].

[81] Ennodio hace uso aquí de una regla vigente en la correspondencia clásica, según la cual se utilizaba el pasado —tiempo del que escribe— para significar el presente de quien lee. Es decir, él escribe: «ofrecieron... encontraron».

DECLAMACIÓN VII
(3)

EN LA DEDICACIÓN DEL AUDITORIO CUANDO SE HIZO EL TRASLADO AL FORO

RESUMEN

Los auditorios están hechos para que en ellos se cultive el arte de la palabra (1-2). Ennodio interpela al maestro de la escuela, alabando su tarea, mientras él mismo hace profesión de modestia (3-4). A continuación se dirige a los alumnos, exponiéndoles argumentos que hacen necesaria la escuela (5). La juventud prometedora, que se dedica al estudio de la gramática, tiene la nobleza de la veta de oro bruto, que necesita la mano del artista para llegar a brillar (6), encierra en sí misma la fecundidad del campo y del ganado, que exigen la dedicación del campesino (7). Exhortación a los alumnos para que se apliquen con esfuerzo a las artes liberales y petición de que recen por el autor (8). Consideraciones generales sobre la tarea del maestro e invocación a Dios para que envíe sus dones sobre ella (9-10).

Como el campo de batalla adiestra al soldado, el mar a 1
los navegantes, los foros a los abogados, el riesgo de la incertidumbre al ladrón, así los auditorios ponen en movimiento las lenguas. Pues, ¿qué tipo de razonamiento, ¡oh, desgracia!,

podría imponer silencio, algo a todas luces inadecuado, en un lugar en el que se han instituido premios para las palabras[82]? ¿Acaso encuentra gracia la premiosidad, allí donde se conceden palmas a los discursos? Con gusto se paga el precio del sudor del combate, allí donde se han construido templos para la victoria. Con razón se destierra a la esclavitud en los atrios de la libertad.

2 Que sólo las mentes cautivas mantengan en estos recintos las bocas calladas. Desconoce el foro del pueblo Romano, y el gimnasio de la educación en las libres artes, quien calla, una vez aquí, como si estuviera en un eremitorio. Pueden quizá permanecer mudas las hosterías: aquí nada es más natural que la pompa en el hablar. El aplauso a que está acostumbrada esta profesión impulsa a que el ingenio preste a los himeneos las gracias de los versos fesceninos[83] en las bodas; donde las trompetas enardecen a los guerreros[84]; donde el sonido sordo de los cuernos[85] eleva el valor de los pusilánimes. A todo tipo de temas se le han dado alicientes, lo que les hace atractivos.

3 ¿Qué haré yo ante tu elocuencia, ¡oh tú!, el mejor de los maestros? Si me limito a pronunciar palabras sin elaborar, envueltas en una forma exterior vergonzante, no reconocerás que soy digno de una institución como la tuya. Yo, pobre-

---

[82] El comienzo de esta interrogación retórica está tomado de CICERÓN, *Filípicas* X 9, 18.

[83] Fesceninos son los cantos populares, llenos de humor agrio y grosero, que se cantaban primero en las fiestas campesinas, al acabar de recoger la cosecha. De ahí pasaron a las bodas y a los cortejos de triunfo militar.

[84] *Lituus* es un tipo de trompeta —se discute si de origen etrusco o celta— de forma curva al final del tubo. Utilizada por la caballería (frente a la *tuba* propia de la infantería), tenía un sonido agudo y daba la señal de ataque.

[85] *Bucina* es un cuerno retorcido en forma de caracol (PLINIO, *Historia natural* IX 103; OVIDIO, *Metamorfosis* I 335), del que no hay ninguna representación gráfica.

mente agraciado, ofendería la ley sagrada de la amistad, si no saldara mi deuda, ni con ocasión de la fiesta del traslado, ni con la alabanza que te es debida.

¡Salve!, pues, padre del progreso, luz y esplendor de la cultura romana, tú, que haces que se reconozcan por sus frutos los nobles gérmenes, escardándolos trabajosamente con la azada; tú, que ya en la flor limpia muestras lo que se recogerá en los hórreos en un prometedor futuro; tú que, de guaridas de fieras y estancias llenas de abscesos, nos convocas de nuevo a los foros, de donde nuestros mayores se habían alejado casi por completo largo tiempo ha.

Pues estos lugares no consideran eruditos a aquellos a 4
quienes ellos mismos no han trasmitido la ciencia, desde que empezaron a mover los labios[86]. Porque, ¿cómo va a resonar como una trompeta[87] el discurso de alguien que no ha conocido desde la infancia los rudimentos de la lengua? A ti se deben estas buenas acciones: que el abogado que va a citar al reo comience su discurso entre unos atrios que le son ya conocidos, provocando respeto. A ti únicamente debe atribuirse la esperanza de una profesión honrada: es decir, que dentro de poco tiempo, la juventud noble resulte agradable al oído gracias a tu esfuerzo generoso.

Mas, ¿hasta dónde me ha arrebatado el afecto hacia ti, a 5
mí que, desconocedor de mis fuerzas, he agotado el piélago

---

[86] Encontramos aquí una variante típica, provocada por dos grafías diferentes de los manuscritos, que repercute en las ediciones. Mientras el de Bruselas escribe *putant*, los demás dan *patent*. MGH sigue la primera lectura, que adoptamos en la traducción. CSEL opta por la segunda, que habría que traducir: «Estos locales permanecen cerrados para quienes...».

[87] Aquí Ennodio utiliza el término *tuba*, un largo —normalmente más de un metro— tubo metálico de forma cónica, rectilínea, que en el ejército romano se utilizaba para dar las señales del servicio militar en el campamento, o tácticas en medio de la batalla.

de la exposición?[88]. Es suficiente haber dado testimonio de mis buenos deseos en honor de un lugar y un día de feliz memoria.

Me vuelvo a vosotros, alumnos, a quienes debo una palabra de admonición, llevado de un afecto paternal. Volved por medio del estudio a vuestros orígenes, volved con aplicación a vuestra cuna: que el fulgor de la elocuencia muestre la luz de la naturaleza. Multiplicad, con ayuda de la ciencia, los títulos de honor de vuestros padres. Adornad con vuestra erudición la nobleza de los antepasados.

6 Si la mano del artista no saca a relucir la nobleza del metal dorado, éste se reduce casi a la nada en las sombras que le dieron vida, y si no es enriquecido con el pulido del maestro, de nada le sirve la riqueza que le concedió la vena de la mina. La aplicación cuidadosa del experto es ayudada ciertamente por las dotes de una sangre noble, pero las prerrogativas que surgen de la cuna no llegan a resplandecer si no se las elabora.

7 Un crecimiento en un ambiente rústico echa a perder, entre los surcos, los pechos maternos y el conducir ganado por los pastos, mientras se está pendiente de las ubres, crea costumbre: se une a los brazos del padre, mientras fatiga a los novillos[89]; cierra la mano derecha que confía gran cantidad de simientes a las tierras y considera los arduos afanes de su linaje, ya desde el mismo umbral de la vida[90].

---

[88] Aunque CSEL y MGH aceptan el mismo texto, ambos editores aportan diversas conjeturas en torno al sentido de esta frase. Ennodio puede haber dicho no sólo que ha agotado el tema, sino también que no ha calibrado bien su capacidad de exposición, o que teme el mar de la *narratio*.

[89] Cf. Virgilio, *Eneida* IX 609.

[90] Es decir, las faenas de agricultura y ganadería a las que se dedica, le hacen poco apetecible, ya desde la juventud, el esfuerzo intelectual necesario para estar a la altura de su linaje.

¿Qué haréis vosotros, cuyas excelsas madres os dieron a luz para las disciplinas liberales? A partir de una semilla rica, debéis peregrinar hasta que la instrucción muestre a la luz vuestra nobleza. Tenéis un maestro, modelo de elocuencia y de costumbres: corred a impulsos de vuestra prosapia y, cuando la promesa de premios os conduzca a la lucha, tened a bien acordaros de mí, porque hay algunos sufragios que querría recibir quien ahora os exhorta, además de la retribución celestial. 8

Esto es lo que quise advertiros con mi discurso[91]. Vosotros, al prestar atención a mis palabras, considerad el afecto de mi corazón. No os deleite una oratoria brillante, ni tan sólo una manera de hablar cautivadora y coloreada de resplandores. No busquéis en mí palabras suaves sino necesarias, no deliciosas sino contundentes. ¿Acaso conviene a quien va a dar preceptos desplegar un estilo pomposo? Quien concibe el propósito de ser aprobado no tanto por el contenido sino por el estilo, pierde el respeto que merece un educador. Adórnese con el vigor de las palabras el discurso de quien enseña. Sea mesurado en la alabanza quien se afana por ser escuchado. Que el maestro de virtud excluya el aplauso: un discurso bien equilibrado ordena aquello que sugiere. 9

Si bien no soy capaz de explicar todo esto con dominio de la expresión, sin embargo he aprendido a amarlo teniendo en cuenta la meta que persigo y seleccionando los consejos que imparto. Una cierta parte de la honradez consiste en conocer las cosas mejores, aunque no las puedas alcanzar. A una intención sobre la que se ha reflexionado sigue el efecto de las obras: está próximo a ser un maestro el que ama el esplendor de la doctrina. 10

---

[91] Ennodio cambia aquí una sola palabra al pasaje de VIRGILIO, *Eneida* III 461, con el que la Sibila acaba sus profecías.

Pues que Dios se una como compañero a mis deseos y que lo que recomiendo como preceptor a estos nuevos brotes pueda recogerlo ya en forma de frutos[92], como si se tratara de una propiedad que se ha recibido en herencia.

[92] En la obra de Ennodio aparece repetidas veces la *poma* como fruto emblemático de la concordia (E I 9, 5), de la caridad (E II 4, 1) o de las virtudes en general, como aquí o en D 8, 5; P I 6, 8, etc.

DECLAMACIÓN VIII
(69)

PREFACIO DIRIGIDO A LUPICINO CUANDO FUE ENCOMENDADO COMO ALUMNO A DEUTERIO, VARÓN EMINENTE[93]

RESUMEN

Ennodio insiste en las metáforas tomadas de la vida vegetal para constatar que la pureza de sangre no puede pasar oculta (1), pero es un deber, de una parte proclamarla (2-3) —tal es el cometido del escritor— y de otra desarrollar y perfeccionar las dotes innatas: he aquí la tarea, tanto del alumno como de los instructores (4).

En un largo pasaje prosopopeico, el autor hace que los abuelos del alumno —Firmino y Glicerio— dirijan un largo discurso al maestro Deuterio, comparando su tarea con la del agricultor (5-12): la labor del pedagogo hace posible que la tierra —es decir, el alumno— mejore la calidad de sus frutos (5). El cultivo de los campos hace posible la cosecha de aceituna, el ébano de la India, el incienso de Saba, las rosas de Pesto (6). Lo mismo ocurre con la viticultura (7). En la educación de los jóvenes, después de los padres, desempeña un papel esencial el pedagogo (8). Diferencias entre la función de padres y maestros (9). Animan a Deuterio a emprender con deci-

---

[93] Véase nota al título de D 3.

sión su tarea de corregir, alentar, preparar al vástago de tan ilustres familias, como un sacerdote prepara una ofrenda (10). Acaban su intervención interpelando al alumno, Lupicino, para que se aplique a formar las cualidades de que le ha dotado su noble cuna (12).

A continuación toma la palabra Ennodio mismo para explicar los lazos que le unen a Lupicino (13). La formación del discípulo redunda en gloria del maestro: los ejemplos de Aquiles, Virgilio y Jerónimo corroboran esta idea (14). La razón es que así lo ha establecido la Providencia, a quien encomienda que ayude la empresa con su gracia (15).

1 Cada vez que la flor del cinamomo o la semilla de la casia son arrancadas de su raíz por una mano caprichosa y a ese noble germen se le añade la intervención de manos humanas, el perfume de esas hierbas da testimonio de su calidad y el gran valor de su naturaleza se aprecia a primera vista[94]. Un embrión, hecho para crecer, no tolera quedar oculto: el honor de una estirpe famosa no se mantiene escondido. La fama de una cuna limpia resuena por doquier, aún en lugares apartados.

2 Mas, aunque las cosas sean así, interesa a la humanidad no callar las hazañas que se realizan: toma una pequeña carga sobre sí quien recomienda, ensalzándolo, aquello que sabe que es digno de aprecio; no evita el reproche de incultura el que no se apresura a exponer lo que sabe que va a agradar, en razón de sus méritos. ¿Quién se niega a entonar la alabanza de la luz del día? ¿Quién va a temer cantar a los rayos del

[94] El *amomus* y la *casia* son hierbas aromáticas que gozan de una gran tradición en la literatura clásica. Véase, por ejemplo, VIRGILIO: *Bucólicas* II 45-50 y *Geórgicas* IV 181-183. El primero es el cinamomo, la planta con la que el ave Fénix construye el nido, que será incendiado por los rayos del sol, de cuyas cenizas resucita; la segunda es la canela. El aroma de esas plantas en la mano de quien las lleva habla por sí mismo de la calidad de su naturaleza. Algo análogo ocurre con los hijos de noble prosapia.

sol, negándoles la luz de la palabra, sea del tipo que sea? Cuando un discurso rinde homenaje a un tema, éste recibe su valor de aquél.

Así pues, no estés consternado por la escasez de ingenio, cuando la vileza de tu palabra sea elevada por el valor del argumento del discurso que te has propuesto componer. Ingenio, levántate, deponiendo la tara de la impericia[95]: por suerte, eres aliviado del peso de la carga. Mas, ¿por qué me entretengo en largas consideraciones? Lo que acabo de decir[96] concierne al joven presente, a quien yo —que tendré que dar cuenta de él a sus antepasados —os entrego, no por indicación de los augures sino apoyado en primer lugar en Dios y después en la esperanza que me inspira vuestra competencia. Además, no dudo de que ocurrirá que tú serás capaz de devolverle al esplendor de los suyos, como antes has hecho con otros[97]. 3

Pues fácilmente puede resucitar el esplendor de lo viejo aquel a quien es posible construir lo nuevo. No creas que esto que digo son sólo halagos a tu elocuencia[98]. A ti solo ha sido concedido crear una nueva gloria o restaurar la de los antepasados. Ante tus ojos están patentes no monumentos pasados, sino recientes de tu arte de educar jóvenes. 4

---

[95] He aquí una de las múltiples expresiones en las que Ennodio utiliza el término *fascis*, aquí en un sentido negativo, impuesto por el genitivo *imperitiae*. Véase nota 59.

[96] Todo este párrafo está sembrado de términos técnicos de la retórica: *dictio*, pronunciación; *narratio*, relato de los hechos. Sin embargo, pienso que Ennodio los utiliza, junto con otras palabras afines —*eloquium*, *denuntiatio*—, sin ningún valor específico.

[97] En este período, como se ve, oscila el autor entre el singular familiar y el plural de tratamiento oficial a Deuterio.

[98] También se podría interpretar esta frase: «No creas que estos son los únicos incentivos de la elocuencia».

Firmino y Glicerio[99], astros de su época[100], están de acuerdo en alabar tu pericia con estas palabras:

5 «Recibe, ¡oh tú, el más docto de los hombres!, la planta de ambas familias y atiende propicio al tallo del que sacarás espigas cargadas de fruto. Remueve con el azadón la tierra fecunda: si es un brote de nuestra raza, responderá seguramente a tus cuidados[101]. Con tu jugoso método, enseña a crecer a unas plantas que han sido ya fecundadas. Injerta el nuevo retoño a la fertilidad de un árbol de más calidad. Que se produzca una sucesión de cosechas frutales[102], mientras bajo tus instrucciones él extrae a mordiscos con su boca tierna el jugo de una planta más elevada, puesto que, si los labradores no hienden con el arado tres y hasta cuatro veces la tierra salvaje, el paliuro[103] y la cizaña sofocan las mieses de trigo.

6 «El cultivo enriquece la tarea de Palas y los bosques venerables con los más variados frutos[104]. La India nutre con gran esfuerzo el ébano, del que se enorgullece. La vara del césped sabeo[105] no crece, si cesa el trabajo. La elaboración ha conseguido que las zarzas produjeran rosas a los habitantes de Pesto[106]; sacarlas de las espinas exige tanto trabajo, como de la

---

[99] Firmino es el abuelo materno, por tanto el padre de Ennodio, y Licerio o Glicerio el paterno.

[100] *Sidus* es uno de los elogios preferidos por Ennodio: véase D 1, 25. E I 13, 4.

[101] G. HARTEL introduce aquí una variante en el texto, que me parece más expresiva, porque permite traducir: «dará fruto seguro en respuesta a tus cuidados».

[102] Véase nota a D 7, 10.

[103] También llamado cambrón, planta silvestre, de uno a dos metros, con espinas y pequeñas flores amarillas.

[104] Los olivares y su fruto, la aceituna, son —así lo describe Ennodio, con una expresión clásica— el regalo de Palas Atenea: *munus Palladium*.

[105] El incienso.

[106] También llamada Posidonia, ciudad de la Lucania, en el sur de Italia.

tierra estrellas. Resulta agradable el esfuerzo para quien cultiva la tierra, cada vez que aplica sus manos a campos feraces.

«Los brazos fatigados se levantan con la fuerza de un vigor que parecía ya agotado, siempre que los prados rinden todo su heno a los campesinos. De la fertilidad de la tierra sale el deseo de cultivarla. Hay que trabajar con los arados, para que los dones del otoño se difundan por los sarmientos. Nunca ha merecido el mosto que produce espuma en los labios[107] sino quien ha podado con la curva hoz los brotes de las viñas y ha derramado en los diversos cultivos un líquido más copioso que el vino que cosechará. 7

«Tal es la naturaleza humana: con razón son comparables a los arbustos los primeros pasos de los niños. En cuanto la solicitud de ambos padres les ha separado de la raíz de la madre, hay que prever a qué suelo se le va a confiar[108], de acuerdo con sus deseos (de los padres). Después de haberlo sopesado, traspasamos nuestros derechos a los maestros. Entonces, aquellos a quienes la naturaleza nos ha concedido se hacen vuestros por la instrucción; entonces, la lima de los estudios empieza a reclamar para sí tanto más cuanto más valiosa es la cuna. 8

«Pues no es en absoluto una injusticia que el linaje sea superado por lo que aporta la instrucción, dado que el oficio de padre tiene por compañero el placer; el de preceptor, el desvelo. Un progenitor surge entre deleites; el profesor, en medio de fatigas. La cuna concede la libertad, el instructor le hace a uno digno de ella. 9

«Por tanto, lo que es digno de alabanza en un hombre, os pertenece en su mayor parte a vosotros, pues nadie podría proclamar que hemos nacido, si faltara el testimonio de la palabra. La lengua, que es lo que vosotros proporcionáis, pone

[107] Cf. VIRGILIO, *Geórgicas* II 6.

[108] Es decir, hay que pensar a qué persona se va a confiar su educación.

de manifiesto el esplendor de una familia. El buen hacer de un maestro se convierte en pregonero de una estirpe. Una nobleza de cuna que no se cultiva abjura del don que ha recibido del cielo.

10 «Sujeta, pues, con vínculos estrechos los vaivenes de una palmera que oscila, como corresponde a su edad; poda las ramas sin brotes; trata el césped tierno con el fertilizante con el que acostumbras a hacerlo todo fructífero. Nuestro joven tiene modelos que seguir, cualquiera que sea al que mire de sus allegados. Créenos, espoleado por tantos estímulos, atravesará volando, cualquiera que haya sido el mar de la ciencia en el que se haya adentrado. Será aguijoneado por las espuelas de su estirpe: en medio de tantas personas dignas no encontrará sino invitaciones para que se dedique a las letras.

11 «He aquí que está ante ti nuestro querido joven para ser instruido con felices auspicios[109] y, como si fuera una ofrenda, espera la dedicación de un sacerdote justo. Según la tradición, conviene a la piedad paterna recomendar a la infancia, situada ante las puertas de la vida, con un discurso, del tipo que sea. Los jóvenes no exigen eso a los padres de palabra, pero su incertidumbre nos muestra su deseo; estamos obligados a acudir en ayuda de la necesidad de un niño, que el miedo pone de manifiesto.

12 «Tú, jovencito, danos pruebas de la dignidad de tus orígenes; hemos concebido esperanzas fundadas en tus cualidades; encomendamos tus buenas dotes naturales a un óptimo maestro. Venera desde ahora los fundamentos de esa escuela sagrada. Avanzan hacia las estrellas de la curia del Lacio aquellos a quienes ves mostrar ya con modestos fulgores el esplendor que les espera».

[109] Método pagano de adivinar la suerta futura: la observación del vuelo de las aves.

Baste con que los antepasados os hayan dirigido estas palabras; a mí me compete una mera recomendación. Yo, como pariente suyo, te he presentado a un consanguíneo; como un hombre de iglesia, a un huérfano de padre y madre. Ahí tenéis las causas de mi afecto por este muchacho. Si se tienen en cuenta mis deberes de parentesco, no puedo librarme de amarlo; si la piedad, que corresponde a mi modo de vida, quienes están privados de la protección de sus padres se convierten en nuestros hijos. Por tanto, un vínculo viene de los antepasados, al otro nos obliga la profesión eclesiástica. Contempla, maestro venerable, cuántas manos se elevan rogando por él y considéranos a ti y a mí sus padres, llenos de esperanza en este muchacho[110]. 13

En la vida de los maestros un tipo especial de gloria consiste en la educación de sus discípulos. Quirón se hizo famoso por haber enseñado a hablar a Aquiles: los méritos del alumno lograron que fuera valorada la fama del maestro, cuya habla por sí misma seguramente no habría podido salir a la luz[111]. Vuestro Marón[112] recomendó a sus profesores a todos aquellos que le conocen a él mismo y ciertamente, a causa de sus méritos, la fama no los traicionó[113]. Nuestro Jerónimo sería 14

[110] En este párrafo Ennodio salta de una reflexión personal a la interpelación a Deuterio y a continuación a los oyentes; vuelve a una consideración íntima sobre su relación con Lupicino y acaba con un nuevo encarecimiento al maestro.

[111] Quirón, el más sabio de los centauros, es conocido como educador en el monte Pelio de muchos héroes, como Peleo, Jasón, Hércules y Aquiles, como aquí dice Ennodio (véase también, D 25, 6). Es un tópico literario que, por ser hijo de Cronos, participa en la vida de los dioses, pero en sus intervenciones se le escapan relinchos.

[112] Publio Virgilio Marón. Es otro tópico literario: Virgilio no se avergonzó de saquear templos griegos (autores de la Hélade) para decorar su Capitolio, es decir su obra poética.

[113] Es decir, la fama mantuvo el recuerdo de los maestros de Virgilio, gracias a los méritos de este.

considerado mejor que su preceptor, si no hubiera dicho que lo fue Gregorio[114]. Porque hay que atribuir las buenas cualidades de la persona de que se trata a aquel de quien a todas luces han tomado su origen.

En resumen, como he dicho, la fama del maestro llega hasta tocar el cielo, según la perfección del discípulo. A uno que conoce la realidad no le reprocho que la haya olvidado, porque llamo la atención sobre cosas que son conocidas. Escasean las alabanzas de quienes aman. Ruego a Dios que añada su gracia como compañera de vuestros afanes, a fin de que devuelvas como personas instruidísimas a quienes has recibido de mis manos para que los pulas, y que su erudición redunde ciertamente en gloria vuestra, pero también en agrado mío[115].

---

[114] Nótese la distinción que Ennodio marca entre la profesión del maestro de retórica Deuterio y su propia condición de hombre de Iglesia: «vuestro Virgilio... nuestro Jerónimo». Lo mismo ocurre en algunas de sus epístolas, como la que dirige a Avieno: I 18, 3. Gregorio, a quien el mismo Jerónimo (hacia 348-420) considera su maestro, es el Nacianceno, a pesar de que se conocieron en Constantinopla, durante el concilio que tuvo lugar en esa ciudad en 381.

[115] En este último parágrafo vuelve a oscilar Ennodio entre el singular y el plural en el tratamiento a Deuterio. Esta declamación la envió el autor a su hermana Euprepia, como se desprende de E III 15.

DECLAMACIÓN IX
(85)

INTRODUCCIÓN CUANDO ARÁTOR INGRESÓ EN EL AUDITORIO[116]

RESUMEN

Comienza esta declamación, como es habitual en las composiciones escolares de Ennodio, con algunas consideraciones genéricas a propósito de la actividad literaria, que viene facilitada, e incluso sólo es posible, cuando se está lejos de los negocios del foro. Entonces el ánimo es capaz de lanzarse al mar de la oratoria y orientarse en él sin ningún otro tipo de preocupaciones (1-2).

Y es que el orador, como el marino, necesita perseguir un solo objetivo (3). Es tarea del maestro recoger todas las cualidades de los alumnos que se le confían para darles una unidad (4). El autor se dirige al profesor que formará a Arátor, Deuterio, para, tras dirigirle una serie de alabanzas, asegurarle que habla de sí mismo, que en su infancia se dispersó en múltiples actividades: de ahí la dureza de su lengua, por falta del ejercicio de la escuela (5). Sigue una larga enumeración de antítesis por medio de las cuales alaba la elocuencia del maestro de gramática, en contraposición a las deficiencias propias (6-8).

[116] Esta declamación falta tanto en la *editio princeps* de Basilea como en la de A. SCHOTT.

A partir de este momento, el autor concentra su discurso en la presentación del nuevo alumno, a quien le unen lazos de afecto (9) y cuyo nombre —«Arador»— es muy apropiado para que, mediante un esfuerzo análogo al del agricultor, dé un día el fruto que se espera de él. A continuación interpela al alumno, a quien dirige consejos que son otras tantas metáforas, tomadas de la vida del campo (10-11). Así llegará a ser llamado el Gran Arador (12-13).

Pasa a desarrollar una verdadera *obiectio* en la que se defiende del reproche de ser parcial, alegando razones de afecto hacia el joven (14-15). Continúa aduciendo argumentos de clase social y de caridad (16). A todos estos motivos para ocuparse de Arátor se suma el hecho de que ambos son discípulos del obispo Lorenzo, cuyas virtudes se ensalzan en un tono panegírico, con el que acaba la disertación (17-20).

1 Es bien conocido de todos los mortales que los días libres de negocios fomentan el arte de hablar y que, una vez eliminadas las tormentas de las preocupaciones, refulge más la serenidad de los discursos. Los ingenios no pierden su clarividencia, si no son ofuscados por las nieblas de las ocupaciones. La inspiración mira a los que están libres de la solicitud por una sentencia judicial y un ánimo despreocupado está en condiciones de dedicarse a la grandilocuencia de las declamaciones.

Quien surca temerario los tenebrosos mares con los remos, encomienda al gobernalle su pecho libre de preocupaciones y está atento al rumbo del timón, ocupándose exclusivamente de que la nave se ajuste a las órdenes del capitán. Entonces,
2 los frenos de cáñamo se abandonan de intento a los vientos; entonces, los mares, largo tiempo libres, son hollados por el esfuerzo de los remeros y el hombre entra en las indomables masas de las ondas marinas con ánimo de dominarlas y conocer las rutas inciertas que señalan las estrellas. Entonces, al contemplar la Estrella de la mañana, las Pléyades, Cinosura y

todo lo que muestra la ruta[117], el camino del hombre se orienta hacia la vía del cielo, a condición de que la mente no sea atormentada por ninguna duda provocada por una ocupación extraña ni la incertidumbre, maestra de la inercia, aporte noticias inquietantes.

Mas si el ánimo duerme, embotado por una perezosa 3
somnolencia, o bien, excitado por discordantes estímulos, se distrae por desviadas rutas, entonces aquel cuyos miembros han sido apartados de la preocupación propia de la prudencia por el destructor[118] de las almas, es incapaz de concentrarse con todas sus fuerzas en el objetivo que se ha propuesto. Es siempre ineficaz y se aparta[119] del éxito de su misión aquel que no es capaz de mostrar lo que vale con un modo unitario de comportamiento.

Es propio sin embargo de un buen maestro determinar 4
—sopesando el origen del pequeño arroyo serpenteante que se le entrega cuando apenas ha arañado la tierra con las uñas— cuál es su cauce unitario, descubrir las cualidades que tiene por nacimiento y reunir las fuerzas de su caudal, no a partir de las aguas que en realidad ha recibido, sino de las que pudo haber recibido[120].

---

[117] MGH acepta la conjetura de J. SIRMOND —*Phosphoron*, la estrella de la mañana—, mientras CSEL sigue a los manuscritos, que dan *Bosforon*. Se trata de estrellas y constelaciones que sirven de orientación a los navegantes.

[118] Según ISIDORO DE SEVILLA (*Etimologías* X 159), *lanista* es una palabra etrusca, de *lanire* desgarrar. De ahí que se aplique a los gladiadores y a los carniceros en general. Ennodio, que en otros contextos aplica este término a los rabinos judíos —M 9, 7. 10, 7—, o a las funciones sacerdotales de los sacrificios paganos —D 2, 5—, lo utiliza aquí en un sentido figurado.

[119] Con la redundancia que caracteriza su estilo, Ennodio dice al pie de la letra: «se presenta separado».

[120] Un buen maestro debe estudiar las razones por las que un pequeño arroyo —el alumno que se le entrega apenas ha entrado en la vida— llega a convertirse en un río caudaloso. La expresión es imposible de traducir

5 Si me preguntas, ¡oh maestro venerable!, dechado de libertad, testigo de tan buenas cunas, pulidor de ingenios, modelador de brillantes inteligencias, ¿a propósito de qué te he dirigido estas palabras?, confieso que me he hablado a mí mismo; me he desahogado yo, a quien en los años infantiles dominaron opresoras ocupaciones diversas, propias de una ignorancia adormecida, y una profunda tristeza, madre de la incultura; yo, a quien no fue dado liberar su cerviz de rudas tareas, a fin de que mi persona se adornara con las bridas del estudio[121]. El hecho de que mi lengua sea áspera, y no esté decorada con ninguna floritura de estilo, es consecuencia de mi falta de inteligencia; el hecho de que olvide lo que sé es propio de la falta de ejercicio.

6 La búsqueda apasionada de la pureza de la lengua alienta en tus aulas[122]. A ti, mientras a mí me olvida, te cuenta entre sus ciudadanos la excelsa Delos[123]. Tú avanzas como dueño espléndido de la fuente de Castalia[124]. Yo, por el contrario, apenas introduzco en mis sedientos labios una gota vacilante de un líquido putrefacto. A ti te enriquece con su flujo continuo, como a su colono, la cosecha del saber, sin interpolar ninguna distracción; a mí, por el contrario, apenas me brinda,

---

porque, describiendo el nacimiento del río como una fuente que se abre paso a través de la tierra, Ennodio alude al niño que es puesto en manos del preceptor.

[121] Con esta rebuscada metáfora, tomada de la vida campesina, Ennodio quiere expresar el enriquecimiento que supone para la inteligencia la dedicación a los estudios, a los que compara con los bocados hechos de dientes de lobo *(lupati)*, o en general de metal, que se introducen en la boca de los animales para dirigirlos en las faenas del campo.

[122] La expresión alude a la *palma*, es decir a la palmera, que por metonimia se toma por su fruto y más aún por la rama, que recibe como premio el vencedor de una competición. En las frases siguientes Ennodio contrasta la competencia del maestro de Arato, Deuterio, con su propia ineptitud.

[123] Pequeña isla en el mar Egeo, cuna de Apolo y Diana, sede del culto de ambos, que fomentan las bellas artes.

[124] Una fuente del Parnaso consagrada a Apolo y a las Musas.

de los hórreos de sus riquezas, el pobre alimento de una judía[125]. Tú, ¡feliz de ti!, eres solicitado para que con tu diestra fortalezcas la libertad que se encuentra al borde de la ruina: yo, que temo hasta los bienes de este siglo, estoy encerrado en un rincón de la iglesia[126].

Dime, por favor: ¿qué ha movido poco tiempo ha a tu 7
elocuencia insigne a volver sus ojos hacia mí, que estoy en una posición tan lejana a la tuya? Fueron más bien otros los que formaron los ornatos de tu palabra, hombres a quienes las joyas que adquirieron a través de las elegancias latinas proporcionaron una fama que perdurará también entre las futuras generaciones. A mí, que soy inferior en mi manera de hablar y estoy secuestrado por mis deberes, me conviene tan sólo mantenerme en un afectuoso silencio.

¿Para qué soliviantar ahora almas que ya han sido forma- 8
das en otra concepción de la vida? ¿Para qué vas a atraer de nuevo hacia ti a un hombre ya distante por un largo trayecto de camino, en cuya vida, así como es lamentable no haber merecido ser alabado, así también habría sido un crimen haberlo sido[127]? Tuyos[128] son, no lo dudes, tuyos o de aquellos que vendrán a continuación, si acaso pueden ser encontrados.

---

[125] Esta grotesca comparación utiliza como términos antitéticos *messis doctrinae* (Véase Introducción III) y *faselus*. Sobre esta última palabra, que por metonimia designa también la «vaina» de la judía y se pone en relación con el arte de navegar, puede verse MIGUEL RODRÍGUEZ PANTOJA, *Isidorus Hispalensis Etymologiae XIX*, Les Belles Lettres, París, 1995, pág. 46.

[126] El contraste entre la función de un clérigo como Ennodio y un maestro de retórica como Deuterio, marcado por una fuerte antítesis de expresión, no quita ninguna fuerza a la afirmación, a favor de la retórica. (Véase también D 10, 8). Esta disciplina sería pues la última defensa de la libertad amenazada, que de otra suerte desaparecería: *ruitura libertas*.

[127] Es decir, lamenta no haber sido digno de ser alabado, pero habría sido peor ser alabado sin merecerlo.

[128] Entiendo que Ennodio se refiere aquí a los ornatos de la palabra a los que alude en n. 7.

9 Pero, si me lo permitís, vuelvo mis palabras al joven a quien los auspicios del día de hoy han destinado a formar parte de tu auditorio y con quien me une una infancia común[129]. A pesar de que encomiende sus primeros pasos con un discurso desmañado, me impulsan a pronunciarlo las exigencias de mi afecto por él. Nos sometemos al yugo del amor obligados por la necesidad y, mientras posamos nuestra mirada en las personas queridas, perdemos de vista lo que sería decoroso para nosotros[130]. Aunque debería haberle acompañado el discurso de su padre, sin embargo el que yo pronuncio no está lejos del de un progenitor. También mi profesión —¡por supuesto!— te debía un discurso.

10 ¡Feliz, es el augurio de tu nombre en círculos cultos![131]: Cuando se dispone a enriquecerse con los frutos de la ciencia, (este joven) promete, incluso con su nombre, poner el esfuerzo necesario para hacer esos estudios. Hiende, joven egregio, el dorso de las tierras feraces; hinca el diente curvo del arado con su aún nueva hoja; practica en el suelo de los estudios todo aquello que conviene al mejor arador.

11 Cuando hayas investigado a fondo los secretos que ocultan los campos, encontrarás allí a Deuterio, quien te devolverá, con la fertilidad de la elocuencia, los gérmenes multiplicados

---

[129] La infancia que les une no es cronológica, sino con respecto al obispo Lorenzo, padre espiritual de ambos por haberlos acogido en la curia milanesa: ver, más adelante, n. 17. También podría entenderse que les une la impericia —*infantia*— en el arte de hablar.

[130] Es decir, el silencio. Esta vez —lo habitual sería la tercera o la segunda con carácter impersonal—, Ennodio utiliza la primera persona del plural para expresar una idea de carácter general. Por lo demás, este pensamiento de sentirse obligado por el afecto, aparece repetidas veces en HORACIO, *Odas* I 33, 10-12; IV 1, 5-7.

[131] Como tantas otras veces, el autor juega con el nombre de la persona a la que se dirige para exponer sus ideas pedagógicas, tomadas de la vida agrícola.

en espigas y el sudor que hayas derramado. Aprende ya desde ahora a espigar la riqueza de la lengua con la hoz del arte y que un nuevo césped crezca, tras haber sido segado por la guadaña. Sea cortado todo aquello que haya producido la sombra infecunda de los sarmientos. Que tus vides extiendan tan sólo las ramas que dan esperanza de producir uvas.

Es necesario que rindas de acuerdo con tu origen; que 12
tu respuesta esté a la altura de nuestros deseos y, cuando te adornes con las espigas granadas de la ciencia, entonces será oportuno llamarte «el gran Arador». En consecuencia, que la esperanza del premio alimente en ti el afán por lograr la alabanza. He leído que no es un capricho de la fortuna si de cuando en cuando, entre los torpes rebaños de incultos, entre los cuales yo soy el número uno, sobresale un verdadero hombre de letras.

No tengas miedo a la presión a la que están sometidos 13
los hombres instruidos: merece más alabanza una instrucción rudimentaria que la cumbre más elevada de los incultos[132]. Su propia conciencia eleva a los doctos y si alguna vez sufren la oposición de las olas inciertas de los tiempos, soportan las adversidades, que hay que atribuir más a la época que a su culpa.

Algunos dicen que mi presentación de Arátor —cierta- 14
mente rústica, a la que he entretejido una recomendación—, puede haber halagado tan sólo a una persona a quien la necesidad, que le ha privado de cariño, proporciona un amor sustitutivo de la patria potestad; (a una persona) al servicio de cuya alabanza ha prestado esclavitud temporal una lengua, que, poniéndose al servicio sólo de personas vivas y presentes, cuanto más juega con imágenes brillantes en la exposición de

[132] La expresión presenta, en fuerte antítesis, un ínfimo nivel de instrucción —*peritia iacens*— y la cumbre de la incultura: *culmen rusticantum*.

ciertos conceptos, tantas más dificultades encuentra en revelar una riqueza conceptual[133].

15 Pues algunas veces el estilo proporciona a los instruidos una tupida capa para sus razonamientos, cuando envuelve en dulces halagos los oídos de quienes no han hecho ningún mérito. Mas, manténganse lejos de nuestra intención semejantes propósitos. A nosotros nos conviene saber esto y odiarlo[134]. Los prudentes evitan con más cuidado las cosas conocidas que las desconocidas. Si el amor no me inspira, en alabanza de los amigos, palabras que se forman en la profundidad de la conciencia bajo el dictado de la caridad, yo me tambalearé en el género literario de los discursos[135], bajo la carga de la obra que he acometido.

16 Yo he presentado por tanto unas declamaciones, que son espejo de mi alma, a un hombre de mi clase, a quien mi ingenio ha servido sin fraude, porque entre personas iguales hay amistad sin sospecha de adulación y siempre que no hay por medio el temor a algún poder, entonces se comprueba la confianza sincera entre personas que se quieren. Para mí no vale la pena que un amigo haga por obligación lo que no se impone a sí mismo como favor.

17 Algunos sin embargo opinan que una persona de iglesia tendría la obligación de poner su palabra más al servicio de un cristiano huérfano a quien se confía al ejercicio de las letras. He dicho huérfano, aunque, por una feliz desgracia de

[133] A tres objeciones responde Ennodio en este complicado párrafo: un discurso como el suyo sólo puede satisfacer a una persona que, como Arátor, no tiene padre y necesita alguien que desempeñe ese papel; ese tipo de servilismo es de corta duración; cuanto más brillante pretende ser la lengua, tanto más pobre es su contenido.

[134] Es decir, como hombre culto, conoce y cultiva la retórica; como eclesiástico, la odia.

[135] Ennodio utiliza el término *relationes* para calificar este tipo de escrito. Sin embargo, un renglón más abajo habla de *dictiones*.

la naturaleza, se ha convertido en su padre el padre común y obispo[136]. Él, que es consuelo de los afligidos, alimento para los hambrientos, vista de los ciegos, pie de los cojos: tan variadas muestras de su piedad, tantas especies de su misericordia redundan en provecho de su persona.

Y ahora la famosa bondad natural de mi señor Lorenzo, 18
que acude en socorro de las necesidades del mundo, se ejercita en servicio de este jovencito. ¿Para quién, a decir verdad, no sería ésta una feliz desgracia? ¿A quién no le favorecería haber perdido el padre si, como consecuencia de un cambio ventajoso, se le concede haber encontrado a uno de tal categoría? No profano con palabras inadecuadas las cualidades, imposibles de describir, de un varón tan eminente.

Éste es aquel cuya autoridad es suave o cuya dulzura, 19
terrible; que cumple la función de maestro en la iglesia, de maestro en casa, de maestro en la mesa, de maestro en los juegos; que nunca quiere que sus discípulos le imiten; cuya conversación, cuidada hasta el detalle, muestra a los discípulos, al emprenderlo él, el camino que lleva al cielo. Pues merece menos alabanza el enseñar bien, si no muestras lo que debes enseñar con tus obras[137].

Una vez aceptado por este hombre, ¿de qué le habría apro- 20
vechado mi discurso a un joven, a quien espera el éxito, a partir de los méritos de su instructor, y la ventaja por haber superado su orfandad? Le bastan los ruegos de su patrón, por medio de los cuales, imbuido de las mejores enseñanzas, merecerá elevarse hacia las metas más sublimes.

---

[136] Lorenzo, obispo de Milán, que acogió a Arátor, como antes había acogido a Ennodio.

[137] Para resaltar el valor de la sentencia, Ennodio utiliza aquí, además de la concisión en la construcción gramatical, el juego entre la tercera y la segunda persona de los verbos.

DECLAMACIÓN X
(94)

ACCIÓN DE GRACIAS AL MAESTRO DE GRAMÁTICA, CUANDO PARTENIO DISERTÓ BRILLANTEMENTE

RESUMEN

El *proemio* se dedica a distinguir entre las alabanzas justas y las inmerecidas (1-3). Tras una breve profesión de modestia, expone la ocasión que da pie a la presente declamación: que el maestro ha trabajado las buenas cualidades del alumno, como una veta de metal precioso con la industria, la tierra por medio de la agricultura o el mar, gracias al arte de la navegación (4-7).

Sigue la *acción de gracias* propiamente dicha, primero de un modo hiperbólico, como si de la acción del maestro de Partenio dependiera la salvaguarda de la civilización (8) y luego, tras una segunda consideración de modestia, reducida al caso concreto (9). Se trata de un caso especialmente delicado porque las dos ramas de la familia del alumno son dispares (10-11).

Conclusión (12-13).

Cuando damos las gracias debidas por los beneficios que 1 recibimos, creo que nos liberamos de la jactancia, al cumplir algo que resulta necesario. Pues no es posible cubrir con nin-

gún velo de honradez la hinchazón de la arrogancia, cuando las palabras no están al servicio de alguien digno de alabanza, sino de los impulsos de la sangre. En efecto, una cosa es hablar para conseguir gloria y otra hablar para no ser criticado. En el primer caso, el alma ansiosa de fama está sometida a la jactancia; en el segundo, siguiendo los dictados de la razón, alcanza justamente el grado de gloria que ha logrado con el esfuerzo de su discurso[138].

2 Pues las mentes discretas distinguen entre las declamaciones justificadas y las innecesarias, aunque ambos tipos den muestras de una lengua del mismo nivel. En efecto, por una sola y la misma boca son celebradas las alabanzas de un tirano y las de los buenos gobernantes; y no hay diferencia entre los elogios de aquel que los merece y de aquel que se los arroga.

3 Y si la sesuda capacidad de discernimiento de quienes juzgan no penetrara las intenciones del discurso, el ruido de los que aplauden, que abarca también a los indignos, no pro-

---

[138] Este primer parágrafo es difícil de interpretar, porque no se sabe bien si Ennodio se refiere exclusivamente a su sobrino o también habla de sí mismo. Como se ve, se compone de cuatro frases, que están íntimamente relacionadas desde el punto de vista gramatical y lógico. Entre las tres primeras forman una cadena vinculada con la misma conjunción y son consecuencia la una de la otra. La cuarta explica una alternativa planteada por la tercera.

Ennodio arranca estableciendo la diferencia entre la jactancia de buscar la propia gloria y la obligación de ser agradecido por los beneficios que se reciben. El segundo período expone que, al pronunciar este discurso, no persigue lo primero, sino que cumple con el deber elemental del reconocimiento por el éxito que ha logrado su sobrino, un consanguíneo. La tercera va en la misma línea de pensamiento y expone la alternativa entre hablar para obtener alabanzas y hablar obligado para no sentar plaza de desagradecido y ser criticado por ello. En el primer caso, el orador corre el peligro de dejarse llevar por la jactancia, de ir detrás de una gloria para la que quiere hacer méritos. En el segundo, no hace más que seguir una línea razonable y no cosecha más gloria que la que merece realmente su discurso.

porcionaría ninguna diferencia. El valor intrínseco de las declamaciones que se escuchan no es medido por los oyentes según la lengua, sino por el afecto. En resumen, una cosa es escuchar benévolamente y con gusto al que recita y otra aprobar la pasión con que se recita[139].

Pero ya, pasando por alto las elucubraciones sobre el tema, dejemos que hable el asunto mismo, más que mi mediocre incapacidad. ¡Oh tú, el mejor de los maestros!, tiempo ha, cuando Partenio se incorporó a tus aulas, lo introduje con la recomendación de un discursito; entonces, cuando trasponía el umbral de los estudios liberales; cuando aún era incierto si correspondería con su erudición a la brillantez de su origen: pues no sirve para nada la nobleza de cuna a quien no revela su estirpe por medio del estudio. 4

Entonces, como digo, presentamos de palabra al antedicho cuando todavía no era aún apropiado mostrar con un discurso[140] la calidad de su nacimiento, porque siempre destruye las buenas cualidades, tener la luz de la buena cuna y permanecer aprisionado en la noche de la rusticidad, destacar por la voz de la alcurnia y permanecer diluido en la oscura ignorancia. 5

El oro no es nada si no es compuesto por la mano del artista de modo que se añada un valor al metal amarillo, gracias a la intervención del pulido: cuando la industria no interviene, 6

[139] La anfibología continúa en este nuevo argumento. En primer lugar, porque la contraposición entre lengua / afecto se queda a medio camino de lo que habría cabido esperar: palabra / contenido; y, además, porque no es posible apreciar si se refiere a la pasión con que habla quien pronuncia el discurso, o al afecto con que se le escucha, por tratarse de un pariente.

[140] Ennodio marca en estas frases la diferencia entre una presentación informal —*oratiuncula* (4), *eloquium*— y un discurso serio —*declamatio* (2)—, como el actual: *sermo*. En la práctica, la diferencia fundamental radica seguramente en la expresión del n. 9: *coram multis*, «en presencia de muchos».

es escaso el brillo que ha podido aportar la naturaleza. El hecho de que la tierra sea alabada por lo que produce es debido al esfuerzo del artesano. Gracias al horno se domina, con firmeza lo que, procedente de las vetas ocultas, pasa a tener el aspecto de una moneda de oro y cautiva los salvajes corazones de los hombres con una pasión arrolladora.

7 Si no se ejercitaran las espaldas, no proporcionarían alimento a los hombres. Gracias al arte, es posible que el hombre tenga la capacidad de adentrarse confiadamente en el elemento líquido del mar, y que con reducido peligro remonte un camino de muerte a través del ejercicio de su talento. Es magistral la sencillez de los campesinos, cuando ésta esculpe con sus manos la faz de la tierra, cultiva la viña y del jugo de las plantas extrae aquel líquido por el que se mantiene la salud. Por muchos indicios se hace evidente que la dedicación de los trabajadores, o instila lo que la cepa no ha aportado, o salvaguarda el bien que ha producido por sí misma.

8 Y si tal es la condición universal de las cosas, ¡oh doctor, lleno de erudición!, ¿con cuán gran alabanza debe ser ensalzada tu solicitud, por cuya diestra resucita la libertad que una y otra vez amenaza hundirse[141], por cuya pericia surgen nuevos motivos de gloria para nuestros antepasados o se restauran los antiguos? Verdaderamente, así lo afirmo, si no fuera por ti, sucumbiría en breve espacio de tiempo todo lo que da pruebas de buena cuna.

9 Mas ¿por qué me comprometo con grandes cargas, yo que no soy capaz de sostener las pequeñas y pronuncio una acción de gracias general, yo que apenas basto para hacerlo por una sola persona? En presencia de muchos, ¡oh tú, el más perfecto de los hombres!, te agradezco efusivamente que, al haberlo

[141] No se trata de la libertad política, sino del uso que la juventud hace de la libertad.

instruido, me hayas hecho reconocer a Partenio como mío. Tú, con el azadón de la ciencia, has arrancado de su pecho los espinos y la cizaña: tú has hecho crecer las mieses de trigo[142] con las que podrá alimentar a sus allegados, demostrando con este éxito feliz —teniendo en cuenta el desacuerdo entre los miembros de las dos familias— de una parte lo que hay que seguir y de otra lo que hay que evitar[143].

¡Oh poder de tu ingenio, que debería ser alabado por encima de las fuerzas humanas! En una y la misma persona has mostrado de qué manera y qué se debe aprender y no aprender, de lo que procedía de uno y otro de sus padres. Que Dios consolide con buen éxito esta alegría nuestra y que aleje de nosotros todo aquello que amenaza con una desgracia. Eres aún más digno de alabanza porque tu discípulo prefiere renunciar a la estirpe, antes que imitar lo que desdice de ella. 10

He aquí que sus allegados —que descienden por ambas ramas de la familia—, unos reconocen a Partenio felizmente y los otros, felizmente, no. ¡Cómo temí que la citada mezcla, al caer en discordancia por su diversidad, vencida la parte mejor, cediera en ventaja de la peor y en él, dada la vileza de esta época, predominara la parte indocta! 11

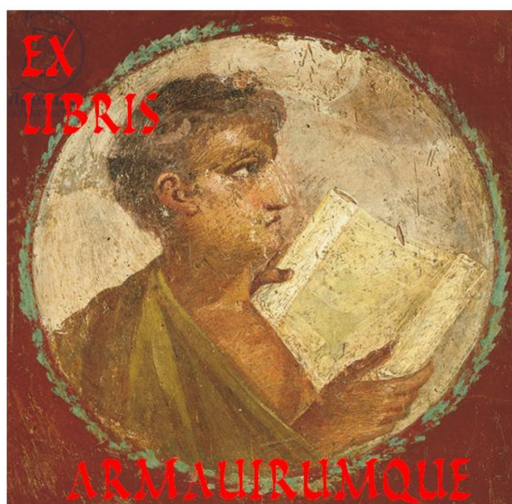
Mas me has demostrado, tú, joya de tu tiempo, que he logrado en este pariente mío más de lo que pedí. Has imitado con tus bondades la munificencia del cielo, al superar con una gran dedicación de tu parte los deseos del que te lo encomendó. He aquí que surgen ya de un pecho invernal y de un corazón de hielo pequeñas flores de declamaciones y las adornan semillas de palabras que muestran sus cálices. He 12

142 Cf. Virgilio, *Geórgicas* I 219.

143 La familia del padre y la de la madre de Partenio parecen disentir en cuanto a la nobleza o a la diversidad de costumbres. Es significativo que aquí con el trigo, como en el n. 7 con el vino, Ennodio se centra sobre las dos especies sacramentales de la Eucaristía.

aquí que, tras un murmullo extraño[144], se destilan de su boca palabras que son signo de civilización humana.

13 Si no te devolviera yo, a mi vez, estos regalos de tu parte, pensarías que se los has concedido a alguien que no los merece. Pues todo aquel que ha recibido en silencio los mejores favores, demuestra que no ama lo que le ha aportado la prosperidad.



[144] Este *gentile murmur*, que en M 3, 89 describía el modo de expresarse del rey bárbaro Eurico, tiene aquí un sentido puramente metafórico.

DECLAMACIÓN XI
(124)

PRONUNCIADA CUANDO EL HIJO DE EUSEBIO FUE ENTREGADO A LOS ESTUDIOS

RESUMEN

El contraste entre la perseverancia, madre de todas las artes y la negligencia, su madrastra, sirve a Ennodio de telón de fondo para captarse la benevolencia de los oyentes. El caballo de carreras, el guerrero, el poeta, el marino, el campesino deben ejercitarse de continuo si quieren alcanzar sus objetivos. Él mismo, que interrumpe una y otra vez sus ejercicios en la retórica, sólo puede confiar en la benignidad de quienes le escuchan (1-3). Pasa al objeto de la declamación y afirma que, como clérigo, reza por el muchacho que ha quedado huérfano, pero al mismo tiempo se ve obligado a presentarle al preceptor, cuando comienza sus estudios (4). Esto le resulta especialmente grato, dadas las circunstancias del nuevo alumno (5). Ennodio lo ha recibido en herencia y lo entrega a la educación en las artes liberales (6), confiándolo a la experiencia del maestro, a quien desea éxito en su cometido (7).

Es lícito tener recelo de las cosas que se interrumpen, 1
como de la novedad. Y es lícito que esto ocurra, cuando el

sentido del pudor[145] huye de los excesos de un favor público que se ha producido antes de haber acabado la formación, y cuando, por haber abandonado la práctica del discurso, una persona ya madura es conducida de nuevo a la infancia, que había creído ya superada.

El potro adiestrado confía en ganar la corona en los juegos olímpicos[146] y, si no se debilita por el ocio, cree que la victoria entra dentro de sus derechos: la esperanza le promete de continuo la corona con eficaces alicientes, si la desidia de la pereza no excluye el premio a su velocidad.

2 El que lanza un arma arrojadiza, seguro de su triunfo, busca con anhelo blancos inciertos y aquel a quien la gloria sale al encuentro habitualmente en el combate, sólo es vencido por una paz duradera. La asiduidad, madre del ingenio, adorna las hiedras de los poetas con nobles frutos y verdor exuberante: cuando se abandona la práctica repetitiva, enmudece la elocuencia de un abogado, por experto que sea. El marinero que se ha educado en la popa de las naves surca el elemento líquido sin miedo; mas si orienta su vida hacia los deberes en tierra firme, deja de captar con sus pronósticos tanto las órbitas de las estrellas como los vientos. Si alguna vez, desviado por la vida de la ciudad, el campesino desprecia el arado, irá a su perdición, mientras pasa la mano por el lomo de sus bueyes[147].

---

[145] *Frons*, una palabra muy utilizada por Ennodio, tiene en este contexto el valor de «pudor» ThLL vol. VI, 1, 1358. Sobre este fenómeno, véase lo que se dice en Introducción III, a propósito de *genius*. Al comienzo de esta composición, insiste Ennodio en la importancia de la asiduidad y la diligencia en los ejercicios retóricos.

[146] Uno de los tres pasajes de las declamaciones —5, 2 y 13, 8— en los que se citan los juegos olímpicos, que ya no se celebraban desde que fueron suprimidos por el emperador Teodosio. Esta idea de que el ocio es enemigo de la victoria —cf. LUCANO, *Farsalia* II 487-490— aparece repetidas veces, por ejemplo en M 1, 23 y en M 4, 37, en la obra de Ennodio.

[147] Es decir, mientras no trabaje la tierra, entretenido con actividades ociosas.

Pues ocurre que, al igual que la insistencia es la madre de cada una de las artes, así la negligencia es la madrastra de toda erudición. Tal es la condición de nuestra producción declamatoria, que componemos a intervalos de tiempo. Sin obedecer a un esquema aprendido de memoria[148], no da muestras de la brillantez de la que debería haberse apropiado con el tiempo: poniendo toda su confianza en la bondad del auditorio, cree que es suficiente la tolerancia para alcanzar una acogida favorable, y que bastan los buenos deseos para merecer el éxito. 3

Retírate lejos, temor pusilánime: la desgracia de la orfandad me encomienda una presentación; mi oficio eclesiástico, que rece. ¿Qué puede hacer un discurso dotado de la brillantez de la práctica, allí donde la causa misma complace, sin la ayuda de una lengua sugestiva[149]? El asunto mismo ha sido de mi agrado, ahora basta con que las palabras merezcan una acogida favorable: ambas cosas se han juntado con auspicios propicios para llegar a vuestros oídos. Diré simplemente 4

[148] A partir de esta expresión se puede apreciar hasta qué punto las declamaciones escolares estaban sometidas a unas reglas fijas, tanto en lo que se refiere a su variedad, como a su composición. Para precisar lo primero se distinguía entre tres géneros literarios: el judicial, el deliberativo y el demostrativo, dentro de los cuales se encuadraban las deliberaciones, los panegíricos, los juicios, las consolaciones, las diatribas *(obiurgationes),* las disputas, la historia (CICERÓN, *De oratore* III 55, 210). Para el segundo aspecto, se organizaba la materia por partes: exordio, narración, argumentación, peroración, cada una de las cuales podía presentar diversas fisonomías. Por ejemplo, la peroración podía consistir fundamentalmente en una recapitulación de lo que se había expuesto o poner el acento en los afectos que provocaban los hechos de los que se hablaba. Una exposición sistemática de la teoría retórica se encuentra en H. LAUSBERG, *Handbuch der literarischen Rhetorik,* 3.ª ed., Stuttgart, 1990.

[149] A pesar de que no se trata de un tema en litigio sino de un ejercicio retórico, el autor se sirve en este párrafo dos veces de un término forense, *causa,* para referirse simplemente a la circunstancia que da pie a la declamación. Véase también D 13, 1.

lo que aún resta porque, en la presente causa, todo aquello que quede envuelto en silencio lo restaré a mi alabanza.

A éste me lo confió Eusebio —su padre, nobilísimo, tanto por su carácter natural como por sus costumbres— cuando, llegado al término de su vida, quiso superar su suerte terrena con una decisión que ayudara a su hijo en lo sucesivo. Entonces, cuando, con el vigor de su alma inmortal, se debatía en las angosturas de la cárcel terrena y, llamado por Dios, se restituía a las moradas celestiales; cuando no había ya en su mente ningún resto de afán humano, sino una auténtica preocupación por su hijo: algo que no disipa ningún olvido, incluso ya en medio de los asuntos celestiales... A éste, digo, me lo entregó su padre, aún casi con plena conciencia, para que lo educara en la medida de mis fuerzas. Las palabras del que me lo confiaba se confundieron con sus últimos suspiros.

Yo habría de ver lo que dejó a otros; a mí, poniendo a Dios por testigo, me dejó en depósito a su heredero. Pido a Dios infundirle el gusto por la libertad, cuando se dispone a probar con sus labios los primeros sabores de la vida, para que, al reclamo de la miel de los estudios y de los panales de cera que manan de las casas de la ciencia, absorba él mismo el néctar del destilado líquido.

Tu gloria, doctor venerable, que él llevará hasta su punto culminante, tiene algo de lo que apoderarse: la plenitud de tus méritos no rechaza un aumento a partir del aprovechamiento de hombres como éste, porque la elegancia del discípulo es una confirmación sin mancha para el maestro; sobre todo tratándose de un alumno cuya espléndida prosapia pide en este momento que tú la adornes con los rayos de la ciencia, a fin de que la gloria de su cuna avance hacia el día venturosísimo en que el lucero de la palabra brille en él.

DECLAMACIÓN XII
(320)

ENTREGADA A ARÁTOR CUANDO RECIBIÓ UN PREMIO. ESCRITA EL DÍA...[150]

RESUMEN

Estamos ante una de las pocas declamaciones en las que el autor mismo distingue diversas partes. Ennodio aprovecha la circunstancia que provoca su composición para encabezarla, a modo de *prefacio*, con tres dísticos elegíacos en honor de las letras. A continuación viene la *narratio* o exposición del tema, que no es otra cosa que un panegírico sobre los bienes que el ornato de la palabra ha aportado a la humanidad. Se siente obligado a inmolar en honor del dios de las letras (1). Esta materia se enriquece a sí misma y enriquece a quienes la cultivan (2). Esta clase de riqueza se multiplica con el ejercicio. Ennodio agradece sus dones a las letras, que constituyen el regalo más valioso, después del auxilio divino (3).

---

[150] MGH entiende que, después de «día», falta algo. Para CSSL basta con la expresión *sub die*, que habría que traducir «en el día adecuado», es decir el día en el que recibió el premio, que seguramente significaba su promoción. J. Sirmond en su edición añadió: *Scholastica sexta*, es decir, sexta de las llamadas declamaciones escolásticas. Esta denominación ha desaparecido de las dos ediciones modernas que nos sirven de pauta.

Todo lo que el escritor tiene se lo debe a las letras, a quienes interpela a lo largo del resto de la composición (4). Son fuente de sabiduría (5); delinean la historia, al salvar del olvido las buenas obras (6-7); sus beneficios son casi divinos, porque castigan los crímenes (8); son adecuadas, tanto para ceremonias nupciales, como para funerales (9-10). Entre sus leyes cuenta la brevedad, pero Ennodio no acaba la declamación sin pintar la situación en la que caería una humanidad privada de la luz de la erudición (11-12).

PREFACIO

Sea alabada la literatura que resplandece por su propia riqueza, pues una cultura advenediza no añade nada de talento. La lana empapada luce más que un vestido de seda: a cuellos que lucen de por sí[151] *convienen piedras preciosas refulgentes. De nada sirve adornar los miembros con un esplendor que viene de fuera: su luz natural presta nobleza a las estrellas.*

NARRACIÓN

1 A todas las cosas que son consideradas dignas de elogio hay que tributar alabanza, según la capacidad de expresión de cada uno. Cuando se tiene el don de la elocuencia, hay que plasmar en palabras brillantes todo aquello que se lo merece. Porque, así como un regalo gratuito es muestra de las riquezas y la voluntad del donante, así, renegar de lo que se ha recibido, refleja la avaricia y la falta de pudor del que suprime la

[151] La primera palabra de este pentámetro es, para G. Hartel, *Persica* («a cuellos de Persia sientan bien piedras preciosas refulgentes»), mientras F. Vogel conjetura *Per se*, apoyándose en E VII 26, 1. En la traducción sigo a F. Vogel. Sobre el sentido de esta metáfora, véase M 1, 89.

alabanza. ¡Inmolemos al dios de las letras los dones que ha derramado de sus propios altares!

Sea pues honrada esta materia, con toda la profusión de 2
predicados que se quiera; fluya con toda la riqueza de expresión que sea posible; sáciese, alimentada con los frutos de su propiedad. Porque, mientras en medio de los lugares frondosos que ha producido, recrea su vista en el propio encanto, es verdad que ella misma encuentra placer en sus prados; pero también, gracias a su dueña, se multiplican más y más los productos del ingenio[152].

Así pues el que paga tributo a las letras se enriquece más, mientras desembocan en ellas —por secretos meandros, lo mismo que por grandes curvas— las aguas que a ellas se han dirigido. Y lo que has derramado gota a gota, llegas a poseerlo no de otro modo que si tuvieras derecho al reflujo del mar Jónico[153].

¿Quién es capaz de negar un crédito al conocimiento 3
adquirido por la experiencia, sino aquel que, al ahorrárselo, anhela hacerse pobre? El resultado de esta actitud —es sorprendente decirlo—, fructificando, se trasforma en abundancia, mientras deja en la ruina a los inactivos[154]. Por tanto, ¡oh, arte digna de veneración! —después de a la magnificencia celestial, después de al auxilio del favor divino, que te utilizan como sierva suya—, gracias te sean dadas, por los dones que

[152] Textualmente expresa Ennodio esta idea con el estilo redundante que le caracteriza: «las mieses de los ingenios reciben mayores incrementos». Para *messis ingeniorum*, véase Introducción III.

[153] El autor utiliza en esta expresión la segunda persona, pero con un valor impersonal y genérico.

[154] Expresa Ennodio los benéficos efectos del cultivo de las letras con esta imagen de quien hace un depósito de dinero: lo recibe de vuelta con los intereses, mientras el que permanece inactivo con su dinero va a la ruina. Es evidente el origen evangélico de esta idea: véase *Mateo* 25, 14-30; *Lucas* 19, 12-27.

de ti proceden, con alabanzas y con los bienes que tú misma has inventado.

4 A nosotros, a este respecto, no nos queda nada que sea digno de castigo o de premio. Si con la sumisa fidelidad de nuestra boca hemos insinuado algo que contribuya al ensalzamiento de tus méritos, eso nos lo has concedido tú. Nosotros somos el canal de esas aguas y no hemos bebido ni una gota del líquido fecundo que se nos ha encomendado. Tú, fluye como el mar Egeo[155], como la fuente de Pegaso, para así, a través nuestro, reembolsarte tus propios méritos.

5 Ante vuestros ojos están, si los retenéis fielmente en la memoria, los ejemplos de nuestro comportamiento[156]. Están a salvo todas las piedras preciosas que nos hemos aplicado a usar de vuestro capital. He aquí que adorna mi frente la diadema resplandeciente con vuestra luz y su belleza crece, como es propio de su naturaleza, con el variado fulgor de sus piedras preciosas, cuanto más se ofrece a la contemplación. De vosotras toman su raíz las fuentes de la sabiduría; se muestran hacia fuera, informadas por vosotras.

6 Sin vosotras el pensamiento queda desabrido y el discurso encadenado. Vosotras dais testimonio de la nobleza de la sangre, vosotras sois materia de la virtud del pudor, gracias a vosotras la lengua transmite fielmente lo que el corazón le ha dictado; vosotras mostráis el camino que lleva al esclarecimiento de la justicia, una vez que habéis limpiado[157] la calle

---

[155] En contraste con el mar Jónico, que vuelve sobre sí mismo, el Egeo parece que fluye, como si fuera una fuente. La fuente de Pegaso es la que surgió cuando el caballo alado pateó la tierra en el monte Helicón.

[156] MGH, siguiendo sistemáticamente el códice de Bruselas, lee «nuestras costumbres», comenzando la serie de contraposiciones entre la conducta del orador y lo que reclamaría el cultivo de las letras. CSEL lee aquí, de acuerdo con otros manuscritos, «vuestras costumbres».

[157] La polivalencia de *dum* en Ennodio justifica la preferencia de F. VOGEL por *purgastis* en este pasaje, frente al presente que recoge G. HARTEL.

cubierta de zarzas por la que se accede a los cielos. Vosotras convertís la cizaña en mies de trigo, la aridez de los entendimientos en glebas fecundas y transportáis las cargadas espigas a los silos de la ciencia, de modo que el hambre no pueda prevalecer sobre los adolescentes.

A la vez que conserváis el brillo de una familia pura, a 7
una estirpe innoble le prestáis por fuera un baño de luz. Lo que vosotras infundís con vuestra acción benéfica es algo casi divino, pues lográis —salvando la autenticidad de las genealogías y recogiendo lo que ha trasmitido cuidadosamente la tradición— que los mejores no se degeneren y que los malos se pierdan. Por vosotras no se olvidan los gestos heroicos de las acciones virtuosas, que a lo largo de la historia son patrimonio de la educación de las siguientes generaciones; como si fueran arrastradas por vuestras cadenas, vuelven a aparecer en el centro cosas pasadas por alto y revive lo ya sepultado; vosotras sois instrumento de la memoria; vosotras, causa de sentimientos de piedad.

Gracias a vuestros arados es posible roturar la tierra del 8
alma humana, preparada para la siembra fecunda. Vosotras fomentáis la fe religiosa, vosotras sois enemigas de los crímenes; gracias a vosotras, bajo cuya guía se aprende el bien, caen en desuso las malas acciones, que pasan desapercibidas por su frecuencia[158]: o impulsáis a los hombres a su buen propósito, o cambiáis el torcido. Los desterrados se confortan cultivándoos y así vosotras unís con el cielo a los que han sido apartados de los puestos elevados del mundo.

La opción del primero es la más lógica, la del segundo la más correcta desde el punto de vista sintáctico. Véase Introducción General III.

[158] Estamos, en mi opinión, ante un anacoluto, es decir una construcción que se interrumpe: en efecto, el período comienza con un ablativo absoluto y acaba con una frase de relativo que lo determina, cuando lo normal es que el resto de la frase no tenga nada que ver con el participio inicial.

9 Respecto a las malas conciencias, o no os dignáis entrar en ellas o, tras haber entrado, las convertís en un lugar sagrado. Está lejos de las letras tanto el cambiar lo que es bueno, como el no cambiar lo que es malo. No hay destreza que sustraiga a vuestras heridas incluso a quienes están vestidos de hierro[159]: vosotras llegáis hasta el fondo del alma de aquellos a quienes cubre una coraza. Las flechas disparadas por los adversarios son rechazadas por vuestros escudos y a los dardos de vuestra habilidad ninguna cota de malla se opone.

10 Vosotras ponéis en pie a los que están sumidos en la aflicción; vosotras aliviáis a los que se encuentran en un sufrimiento corporal, concediendo tantas satisfacciones gozosas que la alegría salvaguarda la moderación y las aspiraciones a más[160]: si de vosotras llegan caricias, se hacen dulces. En contra de vuestras órdenes no está permitido llorar ni siquiera a un difunto a quien se quiere: vosotras sois adecuadas para nupcias y para funerales. El estudio de esta ciencia mantiene en concordia cosas de lo más diverso y, abrazándolas, congratula a ambas partes.

11 Ojalá me fuera posible ensalzaros con consideraciones más largas y no fuera obligatoria la brevedad siguiendo vuestras leyes, que ponen bajo control la excesiva abundancia de parabienes. A la voz que se va a extender con exceso a impulsos de la belleza de las letras, se le recomienda cautela y, al reportarse, gana en firmeza sin perder nada de lo suyo.

---

[159] Ennodio utiliza una expresión metonímica *Chalybs*, acero, un término que propiamente designa a un pueblo del Ponto, los calibios, famoso por sus yacimientos de hierro y la industria de ese metal. Véase M 1, 42.

[160] Es posible que Ennodio haya querido decir, simplemente, «de modo que la alegría, aunque se prolongue, mantiene la medida». No obstante, teniendo en cuenta su tendencia a complicar la expresión, cabe pensar que *producta* sea un término técnico, en el sentido estoico de las cosas que no son el bien en sí, pero que son preferibles a otras: *proêgmêna:* las letras fomentan las aspiraciones más nobles.

Antes de vosotras la humanidad vivió ignorante del orden y, eructando bellotas los pechos, vomitaron palabras sin modulación[161]; vosotras marcáis la distancia entre los hombres de una misma naturaleza: mientras vuestro conocimiento hace a unos semejantes a los seres celestiales, a otros les convierte en animales.

A la vista de todos está cómo era la abandonada especie 12
humana antes de esta cosecha. Gracias a vuestra distinción no nos une un solo grado de saber con los que han llegado a la luz de la vida a la par que nosotros[162]. ¡Salve!, ornato de una época mejor, y tomad posesión del mundo, al que por don de Dios habéis salvado de la ignorancia, para mejora de los tiempos.

---

[161] Para esta expresión, véase Introducción III.

[162] Las letras son pues para Ennodio un elemento diferenciador entre los miembros de una misma generación.

DECLAMACIÓN XIII
(451)[163]

RESUMEN

Como el marinero y el soldado se alegran de poner en ejercicio sus respectivas profesiones, así el orador —por modesto que sea, como es el caso de Ennodio— se regocija al redactar este discurso en honor de los jóvenes Paterio y Severo (1-3).

Tras este *proemio*, comienza la *narratio* del tema objeto de la declamación. Se describe en primer lugar el origen familiar de ambos (4-6). Sigue un largo discurso puesto en labios de su estirpe (prosopopeya), que los recomienda al preceptor (7-8). Concluye dirigiendo a este último una serie de peticiones, mezcladas con advertencias para que llegue a sacar el mayor rendimiento posible de los alumnos que se le confían (9-10).

---

[163] Esta composición plantea algunos problemas a los editores. Para F. Vogel, iba precedida de diez hexámetros que forman con ella una unidad temática, a la que asigna el número 451. Esta solución deja a P II 150 —que va inmediatamente antes con el número 450— reducido a tres líneas en prosa. G. Hartel, siguiendo a J. Sirmond, une los versos a las tres líneas en prosa precedentes y los coloca en el lugar correspondiente al P II 150. En esta edición adoptaremos la segunda variante. Por consiguiente, la declamación que ahora traducimos remite al n. 451 de MGH y el poema tendrá en su día el 450. El mismo J. Sirmond añadió la inscripción: «Cuando Paterio y Severo fueron entregados a los estudios. Séptima de las escolásticas». CSEL la edita con ese título, sin la segunda parte. MGH, sin ninguno, como hacemos aquí.

El último párrafo lo dedica a responder a una supuesta objeción por parte del maestro, que pretendería responsabilizar exclusivamente a Ennodio de la formación de su sobrino (11).

1 Si es verdad que un marinero surca con vientos favorables felizmente la línea recta de la ruta líquida, si una venturosa lucha conduce al guerrero al triunfo, si un soldado de las letras se eleva con el favor del juez, a través de los campos de batalla de la retórica, a nosotros, que en el día de hoy pasamos por momentos análogos, nos está permitido alegrarnos al considerar el tema que nos ocupa.

¿Qué tengo de común con todo esto yo, cuya degenerada pobreza de ingenio es públicamente conocida? He aquí que, por gracia de una venturosa suerte, nos enriquecemos con el fruto de la declamación que se nos propone, dado que la dignidad de la relación engrandece al relator y la causa misma recomienda al orador que la plantea.

2 ¿Dónde está el temor que nos tenía sojuzgados por la conciencia de nuestra impericia? ¿dónde el temblor de la mente, más quebradizo aún cuanto más se usa y ejercita? Nos olvidamos de nuestro propio valor, mientras hablamos de la brillantez del ajeno. Ahora, cuando incluso la noble fama nos concede el don tan grande de serviros de pregonero, aprendemos a ser poderosos y a trasformarnos. No me cabe la menor duda. El esplendor ilumina a los que pronuncian alabanzas y el sol alumbra a los que están inmersos en tinieblas, si le toman como tema de sus cantos.

3 Mas de nuevo la alegría se junta con el temor, y el temblor se hace compañero de la exultación. ¿Cuándo está a la altura de las más elevadas el que es ya inferior a las cosas modestas? Pues el que ensalza la claridad sin brillantez de estilo, la ensombrece, y así como las cosas mediocres se enaltecen gracias al ingenio de los elocuentes, las más exuberantes pierden su

belleza por falta de inspiración[164]. Y si uno no se acerca a una carga después de haber medido sus fuerzas, sucumbirá bajo ella.

He aquí que Paterio y Severo[165], adorno de las clases se- 4
natoriales y nombres pertenecientes a familias de purpurados, se aprestan, a los mismos comienzos de su vida, a emprender la marcha hacia una instrucción adecuada a sus orígenes, dignándose probar el amor a los estudios junto con el sabor de la ciencia. La naturaleza los ha dado a la luz y a las letras en un tiempo turbulento. ¿Para qué voy a insinuar, a favor de su inteligencia, los méritos de sus padres, para qué los viejos timbres de gloria, yo que soy un relator nuevo[166]?

Me liberaré de esa carga, oyente, si tú consultas los fastos 5
en mi nombre[167]. Conmigo las centurias, conmigo la solemne aclamación del campo[168], conmigo la corte y el senado dan

---

[164] Ennodio expresa esta idea con la palabra *siccitas*, sequía. La sentencia con la que acaba esta reflexión está tomada de Horacio, *Ars poetica* 38-39.

[165] El primero es un joven —sobrino de un Paterio que había sido prefecto del pretorio y cónsul en 442 ó 443— a quien Ennodio instruyó en la fe y confirió el bautismo. El padre de Severo era venerado en la corte y en el senado, como se desprende del n. 1.

[166] *Relator nouus*, como *homo nouus*, tiene aquí el sentido de desconocido, advenedizo, en contraste con el abolengo de las familias de estos jóvenes.

[167] En su acepción primitiva los días fastos son aquellos en los que el pretor administra justicia. Con el tiempo se confeccionaron calendarios en los que se anotaban todos los días del año con sus fiestas y acontecimientos señalados. Según ese calendario, reformado por César, compuso Ovidio su obra los *Fastos*, que comprendía los seis primeros meses. Pero aquí evidentemente Ennodio habla de otros fastos que se redactaron con independencia: las listas anuales de los altos magistrados del estado, en las que sin duda estarían consignados los antepasados de los dos jóvenes.

[168] Las instituciones —centurias, campo, corte, senado— a las que Ennodio alude en este párrafo conocieron a lo largo de los siglos una profunda evolución, que es imposible describir aquí. Por ejemplo, el campo (*campus*)

pruebas de respeto hacia Severo y Paterio. Aunque la familia de ambos haya merecido bastones de mando y togas consulares, sin embargo, dejando de lado por un tiempo la herencia de la sangre, ellos han merecido por sus costumbres no conocer el ocaso, ni durante el tiempo que desempeñaron esas dignidades ni incluso después de su sepultura.

6 Mentiría si dijera que Paterio no permanece vivo en la memoria de las personas doctas. Moldeada en una estatua de bronce perdurable, se presenta entre los jurisperitos aquella su noble imagen, adornada por la palma de la elocuencia. Los hijos de ambos —que hasta ahora son ciertamente jóvenes, pero que muestran ya un rostro ricamente adornado con una flor en ciernes— imploran ahora la gracia de la instrucción en el arte de la palabra, pidiendo, por vía de un discurso de carácter privado, lo que con el tiempo mostrarán en público:

7 «Ayudad a los jóvenes a quienes de aquí a poco tiempo tendréis como padres de la patria. Prestad protección a quienes os defenderán y luchad por los que aún están tiernos, no vaya a ser que cuando seamos mayores sucumbamos, cuando luchemos en defensa de la humanidad[169].

«Conocéis cuál es la casa que sufre las penalidades de una calamidad universal, a quién se debe el sacrificio por la seguridad general, de dónde viene el hecho de que, en medio de la adversidad, no se tambalee la civilización entre vosotros. Nuestra familia os debe a vosotros este tributo, que os presta con el fin de proporcionar, siempre y sin interrupción, protectores a su patria.

---

es en principio toda superficie abierta y plana, pero más específicamente aquellas en las que tenían lugar las reuniones públicas del pueblo: en Roma eran hasta diecisiete. El más famoso fue el *campus Martius* que, situado a lo largo de la orilla del Tíber, se utilizaba para las reuniones de los comicios. En cualquier caso, es evidente que todas tienen algo en común: representan la voluntad de un gran número de personas.

[169] Una vez más Ennodio utiliza el término *civilitas*. Véase nota a M 1, 11.

«Por tanto, si os son conocidos los bienes que os procura nuestra estirpe, proporcionad nuevos injertos, para que lo que brilla ya en la semilla mejore con el cultivo y el brote, secundando a la raíz, tenga un fruto que ofrecer. 8

«Lo que pido no es extraño, no es precipitado. Así como el caballo joven, ya estimado por su raza, se prepara para los juegos de la Élide y de Olimpia[170], adiestremos nosotros también a quienes pueden dar fruto, siguiendo los ejemplos de sus antepasados.

«A vosotros se os han ofrecido solamente circunstancias favorables para que las sigáis, puesto que de una parte vuestro porvenir se vigoriza gracias a la protección de vuestros profesores y de otra, como hasta ahora, no os faltará la del padre y el abuelo»[171].

Así pues, doctor venerable, escucha benignamente a éste que, incitado por estos estímulos, te presenta los ruegos de todos, y ofrece una benévola acogida benigna a las peticiones del suelo patrio. Contempla nuestros juicios favorables sobre ti y, a impulsos de la consideración de lo que vas a merecer, muéstrate a la altura de la opinión de muchos. Trabaja para que, bajo tus instrucciones, nuestra protección se reafirme y para que el ataque hostil de los arietes no salga vencedor, añade tú a los muros de la patria las armas de los estudios literarios. 9

Sabemos de quién descienden estos muchachos que te encomendamos. Provee tú, para que la elaboración confirme lo que de por sí valioso ha producido la naturaleza. Se atribuirá al guía, no a la cuna, si un brote de la estirpe de un hombre valeroso tiene miedo en medio de las batallas. Basta con que 10

[170] Estos dos nombres en realidad aluden a los juegos olímpicos, que tenían lugar en Élide, una pequeña ciudad en la región del mismo nombre, al NO. del Peloponeso.

[171] El diagnóstico del orador sobre el presente es por tanto optimista.

tú los hagas crecer con el arduo trabajo de tu instrucción, de manera que logres que los actuales muchachos obtengan una formación digna de los ancianos.

11 Mas quizá me digas: aunque a ti te urja una profesión más santa, en definitiva el cuidado de estos jóvenes no me incumbe a mí. Es verdad, soy yo, aquel a quien el vientre materno y al mismo tiempo virginal de la sagrada fuente, entregó a Paterio como hijo: yo soy el padre del segundo nacimiento o recreación de su alma. Por tanto a mí, que soy llamado padre suyo entre los habitantes del cielo[172], me concierne mirar especialmente por su educación.

[172] Esa madre es la Iglesia. Véase nota 165.

DECLAMACIÓN XIV
(221)

DECLAMACIÓN CONTRA EL EMBAJADOR QUE ENTREGÓ SU PATRIA A LOS ENEMIGOS

RESUMEN

Con esta composición comienzan los que podríamos llamar casos forenses o controversias tradicionales: el primero es una traición a la patria[173]. En la *introducción* se expone el marco jurídico de la causa. Estamos ante un doble delito: uno de lesa patria y otro de violación del sagrado juramento de un embajador (1).

Se pondera en primer lugar la gravedad de la acusación con algunas consideraciones generales, a la vez que se incluye una *captatio beneuolentiae* sobre el propio modo de argumentar (2). Comienza la *narratio* o exposición de los hechos. El embajador ha traicionado a la patria, al vender sus secretos a quienes eran aliados y se han convertido en enemigos (3-4). La *argumentatio* se expone en los dos apartados siguientes, apoyada en una metáfora tomada de la medicina (5-6). En el párrafo conclusivo, la *peroratio* solicita de los jueces la máxima pena para el acusado, como una lección que reprima los vicios (7).

---

[173] Por eso J. SIRMOND la presentó en su edición con el título: Primera controversia.

1 Si es un crimen especialmente grave el que haya podido cometer una persona digna de veneración, aquí tenéis, jueces, en un solo hombre, dos cosas de lo más opuesto: el reato de un traidor y el juramento de un embajador. En estos asuntos, ante todo, se quedan cortas las palabras, que son sobrepasadas (por los hechos): a duras penas me creo el delito del que acuso. ¿Quién podría pensar que en una sola palabra está incluida entera la perfidia que ha sido consumada? Nos vemos obligados a decir que un simple traidor no tendría nada que temer, o que un verdadero embajador no habría admitido algo semejante.

2 ¿Qué calificativo opones a mi acusación para probar tu inocencia? Podrías escapar al que te persigue, si por tus méritos fueras aquello que se te llama. Nadie es más pérfidamente malo que quien se esconde tras haber invocado a la piedad. Es seguro el ejercicio de la iniquidad que se oculta bajo el manto de la honradez. Mas, lejos de mi propósito apoyarme en juegos de palabras, más que en argumentos de razón. Es débil toda defensa que se basa en el mero sentimiento del honor, sin que le preste fuerza el testimonio de los hechos.

3 Nuestras instrucciones te proporcionaron una vía para actuar de un modo aún más pernicioso para la patria. Fuimos nosotros quienes al buscar en ti a uno que combatiera a nuestro favor, hicimos que aparecieras como un enemigo más poderoso. No habríamos sentido el peso de los daños que infligiste a la patria, si no hubieran tomado su principio en el carácter sagrado de nuestra amistad. Luchamos sin dificultad con adversarios exteriores, pero encuentra un pecho inerme[174] quien, gozando de nuestro afecto, va a desembocar en un sentimiento hostil. Durante el tiempo que duró el pacto de alian-

[174] Aunque aplicada a una situación completamente diferente —la de un soldado desarmado en una batalla—, esta expresión se encuentra en VIRGILIO, *Eneida* X 425.

za, actuamos de modo que no permaneciera oculto al actual adversario público todo lo que abrumaba a la patria[175].

Porque, ¡oh vosotros, jueces en sumo grado ecuánimes! 4
Si éste, en el desempeño negligente del cometido que había recibido, hubiera favorecido con ánimo perverso los intereses de los aliados, merecería la pena capital: ¿cuál es la que merece ahora, al haber trasmitido al enemigo los secretos de la patria, si ya fue un sacrilegio el haber luchado con tibieza por ellos? ¿Con qué torturas deben expiarse estas culpas, al haber echado a perder lo que no es lícito dejar de fomentar? ¿Con cuánta variedad de colorido y con qué mortífera urbanidad[176] puede uno imaginarse que ha sido llevado a cabo este crimen por un hombre que hasta podía pensarse que era apto para cumplir con su obligación de legado?

Con frecuencia la virtud que no es innata se fortalece con 5
cuidados que la nutren y así se convierte en afecto lo que quizás se ha emprendido con afán de disimulo. Con la práctica de la honestidad se consigue una fuerza que, con el paso del tiempo, imita el bien. Podrías haber conservado aún una bondad ficticia y engañosa, si no hubieras emprendido el camino de hacer daño, abierto por la llave de tu cargo de embajador.

Es como si a unos enfermos que sufren bajo la postración 6
de la fiebre viniera a traerles la salud un médico que, en el fondo de su alma, pretenda quitarles la vida bajo la excusa de la medicina. Yo me pregunto, ¿quién no va a manifestar a ese tal los secretos de su vida y no le va a declarar en qué lugares subsiste aún la fuerza? Se le proporciona una ocasión fácil de matar, a aquel de quien se solicita la salud. De ese modo, ¡oh

[175] Esta frase podría referirse, tanto al embajador, que ahora se ha convertido en enemigo de todos, como a los que eran aliados y ahora son adversarios.

[176] Estas dos expresiones —*uarietas colorum* y *urbanitas*— tienen sentido irónico: el colorido o riqueza de matices y las cualidades cívicas son en este caso funestas para la patria.

tú, el más impuro de los hombres!, con la apertura de nuestra intimidad te armamos contra nosotros.

7 De vuestra sentencia depende ahora, ¡oh jueces!, si aquel que superó a todos por sus pecados, no deba también sobrepasar a todos por sus suplicios. Cortad de raíz unos delitos que si no surgirán en lo sucesivo: de la pena de uno solo, sobrevendrá la enmienda para la colectividad. Ser severo con el enemigo de la patria es una forma de ser piadoso, no vaya a ser que, al perdonar a una persona, fomentéis el aumento de los vicios.

DECLAMACIÓN XV
(222)

CONTRA LA MADRASTRA QUE, AL NO PODER DISUADIR AL MARIDO PARA QUE ODIARA A SU HIJASTRO, SUMINISTRÓ UN VENENO A LOS DOS

RESUMEN

Comienza directamente con la *narración* de los hechos. Esta mujer ha trasgredido el amor de una esposa y de una madrastra al matar a sus allegados (1). Lo único de lo que se ha arrepentido es de haber empleado demasiado veneno para su crimen (2-3). En la *argumentación* el autor esgrime dos cargos: se ha trasgredido la ley natural, cayendo en la barbarie (4); y la ley divino-positiva, faltando a la piedad (5). La *peroración*, en la que pide la pena de muerte, precedida de tormentos, busca el efecto retórico, acentuando el contraste entre el papel de la madre y el de la madrastra (6-9).

Aquí tenéis, jueces, a una madrastra que, para dar satisfac- 1
ción a sus odios, se olvidó de sus afectos[177]; una que, para que no se le escapara el hijastro, eligió asociar a su ruina a aquel

[177] Es decir, el amor que debía a su esposo y al hijo de éste.

a quien quería; una que, como es costumbre de las bestias más feroces, se ha estigmatizado a sí misma con unas muertes vergonzosas[178], estimando que eran dignos de correr la suerte de la muerte todos los que pudieran ser eliminados junto con su enemigo. Roto cualquier tipo de traba, su locura se puso en ejercicio, como si estuviera orientado hacia la muerte todo lo que se le presenta por delante.

2 En su deseo de ser nociva a la humanidad, su ira habría ido más y más en aumento, si no se le hubieran agotado las bebidas tóxicas. Los dos bebieron los venenos que ella preparó: no quedó nada que pudiera haberse conservado para la perdición de otros. ¡Ay!, cómo lamentó que el vaso hubiera quedado vacío, al contemplar los pocos cadáveres, indignada consigo misma porque, del funesto licor, había suministrado a los difuntos más de lo necesario para matarles.

3 Intentó sacar de las vísceras de los difuntos, como si esto fuera posible, lo que habría bastado para matar a otro ser humano, con la intención de desbaratar los hados a muchos por medio de unas gotas y de que un veneno eficaz tomara posesión de lo más profundo de las almas. Antes del ensayo derramó el líquido pernicioso en una copa: después de matar a esos pocos con una abundante cantidad de líquido, se dio cuenta de todo lo que había derrochado.

4 ¿En qué parte del mundo estuvo entonces el espíritu del amor conyugal? ¿Dónde el sacramento de la unión matrimonial? El recuerdo del hijastro ha tenido más efecto que el del lecho matrimonial. Mientras obedece a la barbarie, desapareció el amor a la vida del marido. Creyó que en cualquiera de los dos, mientras estuvieran vivos, podía continuar estando presente el hijastro.

---

[178] *Tesseram fecit* es una expresión que al pie de la letra significa que ha construido una tésera, es decir, una marca singular, un signo de identificación.

En su impiedad, quiso ofuscar la luz y que la civilización 5
del género humano[179] fuera sustituida por un mundo en decadencia, precipitando todo lo que podía arrastrar hacia el ocaso. En su crimen, quiso someter nuestros días a las viejas leyes del Erebo[180], con tal de no ver a aquel que le resultaba odioso, incluso después de haberlo mandado al infierno.

¿Por cuántos escalones y pasos hacia el crimen descendió hasta llegar al veneno? Durante mucho tiempo difirió la muerte, que alguna vez presentó como si fuera una buena acción hacia él, tras haberle sometido a tormentos. Previamente castigó el cuerpo enemigo con azotes, hambre, frío. Finalmente, la ejecución de la muerte entra en los planes indignos de la madrastra.

Habría querido, ¡oh jueces!, detenerme más tiempo en la 6
acusación, si no fuera porque un discurso más largo retrasa la pena de la criminal. No queremos que la que debe ser expuesta a la luz pública merezca las treguas que concedéis al orador.

¡Oh tú, la más pérfida de las mujeres!, ¿cuántas veces, mintiendo con falsas caricias, hiciste como que cuidabas al hijastro? ¿Cuántas veces con bebidas inocuas lograste que recibiera la muerte de tus manos, como si estuviera al seguro? Habiendo acechado[181] tú el tiempo de la sed y sus ansias de beber, quizás llegó a pedirte que pusieras a su alcance aún más pronto la muerte; contaste con la impresión de realizar una obra de misericordia, al seguir los deseos del hijastro. ¿Cuántas veces ocupaste la plaza de las madres, para poderte mostrar con más seguridad como madrastra?

---

[179] Al pie de la letra, el texto dice: la mies del género humano. Para las expresiones que Ennodio construye a partir de *messis*, véase Introducción III.

[180] Divinidad de los infiernos, hijo del Caos y hermano de la Noche.

[181] G. Hartel entiende esta frase: «acechaste el momento de la sed», en paralelismo a las expresiones circundantes: «hiciste... lograste... // contaste... ocupaste...».

7 De ordinario, ¡oh, paladines de la libertad!, en una unión matrimonial, con un hijo de una unión anterior, se espera como un don natural que el afecto que ha conseguido el padre se extienda al hijo. De este modo, las medidas de prudencia de los varones, al morir sus esposas, encuentran unas madrastras en su búsqueda de una persona que participe de sus cuidados por la educación de la prole.

8 Muchas veces, en efecto, tratándose de un hijo ajeno, una madre se acerca a esta palabra con tanta más cautela, cuanto más diligentemente quiere evitar una trágica reputación. A las madres las protege la seguridad y el valor sagrado de su nombre, hasta el punto de que incluso se cree que su ira es muestra de misericordia. Con razón rechazamos, ¡oh mujer infausta!, vuestras caricias con las que revestís con fraude vuestros profundos sentimientos de maldad.

9 Me avergüenzo, justísimos jueces, de ayudar a la condenada por méritos propios con una acusación que se prolongue aún más. No es dudosa la sentencia, que dejo en suspenso con trabajo.

¡Ojalá desaparezca de la luz del sol bajo refinados tormentos y sobreviva a su cuerpo, torturada por profundas heridas! Que su alma dañina no sea expulsada de una sola vez de sus mansiones propias. La aspiración a la pureza de conducta se convierte en amor, cada vez que se limpian los ojos de la humanidad con el castigo de los elementos nocivos.

DECLAMACIÓN XVI
(223)

CONTRA AQUEL QUE COMO PREMIO PIDIÓ EN MATRIMONIO A UNA VIRGEN VESTAL

RESUMEN

El orador interpela a los jueces exponiendo sus cargos: este hombre ha conseguido que el triunfo militar se convierta en duelo, que los dioses se arrepientan de haber escuchado las súplicas. Su pretensión es impía, porque su único anhelo es pasar a la posteridad como adúltero (1-2). Con su conducta se ha convertido de libertador en tirano (3). Ennodio asume la voz de los ciudadanos para manifestar su decepción: quien se presentaba como libertador, suplanta los abusos del enemigo, que no se habría comportado más cruelmente (4). Interpela al acusado, para hacerle entrar en razón, con un doble argumento: los temores de los ciudadanos ante el asedio (5-6) han sido confirmados por el vencedor, tanto si ha obtenido la victoria gracias a sus oraciones, como si la intervención de los dioses a su favor ha sido gratuita, es decir, sin haberla pedido (7). En cualquier caso, el hado no será favorable al rapto de una vestal (7-8).

¿Podéis creer, oh jueces, que por culpa de éste se han 1
mezclado los lamentos con los cantos de victoria y que el

sabor del triunfo ha resultado desagradable a causa del premio que ha solicitado? ¿Sois capaces de imaginar que los dioses se sientan ofendidos por el cariz que han tomado los acontecimientos y que se arrepientan unas divinidades que han acogido sus súplicas?

Ante vosotros está el más impío de los hombres, uno que nos obliga a lamentar que haya vencido a los enemigos de nuestra patria; uno que —una vez acabadas las acciones bélicas—, al poner precio a sus esfuerzos, nos recomienda a los enemigos y a la guerra; uno que piensa que se han acabado ya las víctimas exigidas por la calamidad bélica —salvo las que se ofrecen para aplacar la ira de los habitantes del cielo—, para que su ciudad pierda lo que se supone que ha adquirido gracias a él[182].

2 El genio de este guerrero no ambiciona ser reproducido en cuadros o estatuas, ni exige pasar a la posteridad esculpido en bronce: piensa que su único premio consiste en personas a quienes imputar el cargo de adulterio[183]. Si tú te has expuesto a los avatares de la guerra para que a nosotros nos avergüence nombrar lo que solicitas por tu esfuerzo, nosotros, por nuestra parte, no podemos atribuir nuestra victoria a unas personas escandalosas[184].

---

[182] La protección de las vírgenes sagradas contra los ultrajes del enemigo.

[183] Es decir, lo único en lo que encuentra alegría es en casarse con una vestal.

[184] Ennodio utiliza la palabra *scortum*, que en el latín antiguo significa «pellejo» (Varrón, *De lingua latina* VII 5, 84). Tertuliano, *De pallio* IV 3, emplea este término para designar la piel de león —el león de Nemea— que Hércules utilizó como capa, después de haberle vencido. En el pasaje de Tertuliano la palabra tiene también el sentido de prostituta, que había adquirido ya en los autores clásicos, como Cicerón y Tito Livio. La acepción de «escándalo público» se encuentra ya en Tertuliano, *Apologético* 13.

No has hecho la guerra a impulsos de un amor piadoso, 3
tú que, tras haber vencido a los adversarios, te has encontrado dentro de la ciudad con el pudor: inútilmente has expulsado a los enemigos, tú que en el triunfo haces sus veces. Mantuvimos un estatuto libre y virtuoso, mientras estábamos a merced del destino: hay que evitar el triunfo de hombres prepotentes, que nos reduce al estado miserable de súbditos.

Opinamos en efecto, ¡oh, lumbreras de la curia[185]!, que
éste ha sido arrastrado a pretensiones horrendas a través de 4
crímenes de poca monta. ¡A través de cuántos escalones el ejercicio del delito le ha conducido hasta este punto: a comprarse vicios a través de hechos merecedores de alabanza![186]

Nosotros creíamos que, mientras pasaba su vida en tiendas de campaña e invitaba al cuerpo a adquirir los síntomas de la fortaleza por medio de éxitos duros de lograr, era a impulsos del amor cívico, para que, gracias a sus hazañas militares, ni las ciudades fueran pasto de las llamas, ni el vicio llegara a apoderarse de las vírgenes sagradas. Pues bien, lo que éste ha alcanzado con tantas heridas es que otro no se apoderara del botín de sus crímenes.

---

185 *Curia* —de **co-uiria*, de *uir*, «varón»— es en su sentido primitivo cada una de las treinta secciones en las que Rómulo dividió las estirpes de los patricios, a razón de diez por tribu. Muy pronto se pasó a designar con ese nombre tanto las reuniones de esos gremios, como los edificios en que tenían lugar. Aquí la palabra tiene este sentido metonímico, aunque no faltan en Ennodio pasajes en los que está plenamente cristianizada y toma la acepción de concilio de obispos —D I, 21; P I 9, 86— o incluso asamblea de los mártires: E II 10, 3.

186 G. Hartel confiere a estas frases un tono de ironía, dándoles una forma interrogativa. En cualquier caso, esta idea de la gradual caída en el crimen o en el vicio aparece con frecuencia en estas controversias. Véase, por ejemplo, D 14, 4-5.

5 Ahora se comprende claramente lo que te debo, ¡oh, tú, el más cruel de los hombres!, por cuya intervención sufro las consecuencias de la derrota, a pesar de ser vencedor. Decidme vosotros, ¡oh, paladines de la libertad!, ¿a qué hemos tenido miedo —un miedo que se apoderó de nuestros ánimos— en medio del clamor de las trompetas de combate, mientras nos amenazaban de muerte la siega de hierro, el relincho de los caballos?

6 Creo que hemos temido que el rigor de las cadenas ahogara los cuellos libres de nuestros padres; que el inviolable pudor propio de las madres pereciera en el asalto a la ciudad; que la virginidad consagrada, entregada a la adoración, fuera pisoteada por la antorcha del vencedor; que la castidad puesta al servicio divino fuera hollada por el arrogante enemigo; que una fuerza hostil privara a nuestros cuerpos libres de su condición humana y que nuestra honestidad, humillada hasta el extremo, fuera víctima del deseo del adversario.

7 Te pregunto, oh héroe magnánimo: ¿qué tipo de mal has apartado de tu patria, si, al alcanzar la victoria, has pretendido lo que yo me temí mientras el favor de los dioses sumaba a tus golpes la muerte de los enemigos[187]? Ahora dudo de que pidieras a seres superiores que te ayudaran en aquella necesidad. Si lo hiciste, al haber dejado atrás los peligros, ¿amenazas a sus sacerdotes en vez de hacerles la ofrenda que les debes? Si, por el contrario, no apoyaste con la oración las hostilidades, ¿qué es lo que te debo a ti, a quien ha hecho libre, sin que él lo pidiera, la general prosperidad que nos ha sido deparada?

8 Si eres capaz de razonar, es mucho lo que debes a los dioses, por haberse preocupado de quien les suplicaba; más todavía, si te dieron la victoria sin tú pedirlo. Creo que, al volver

---

[187] Es decir, mientras duraban las hostilidades y se podía temer que los enemigos vencieran. En LUCANO, *Farsalia* I 148, César fuerza a los hados y a los espíritus de los mayores para que le sean favorables.

de la batalla, veneraste en primer lugar el templo y que diste las gracias precisamente allí de donde, ahora que tus manos están ociosas, intentas arrancar un botín. Me llena de temor el pensamiento de que, después de que los templos no han sido consumidos por el fuego, el éxito favorable[188] de la guerra pueda llevarse prisionera a una virgen vestal[189].

---

[188] También se podría traducir: «Me avergüenza el pensamiento...». Tanto aquí, como en nn. 2 y 3, Ennodio expresa la fuerza del azar o la suerte con términos neutros: *casus*, *sors*, la casualidad o la suerte. Más decisiva es la intercesión de los dioses, a quienes se refiere con varios sinónimos: *dei, numina* —nn. 1, 7, 8—, *caelicolae*.

[189] Vestales son las sacerdotisas que se consagran al culto de Vesta. Esta diosa, hija de Saturno y Ope (personificación de la bendición que supone la cosecha), protege el hogar: en su templo arde el fuego sagrado, cuya extinción encierra un augurio funesto para el Estado. Mantenerlo encendido es el cometido fundamental de las vestales que permanecen vírgenes, bajo la supervisión del sumo pontífice. Su culto fue traído de Troya a Roma por Eneas: OVIDIO, *Fastos* VI 227.

DECLAMACIÓN XVII
(239)

CONTRA UNO QUE NEGÓ ALIMENTOS A SU PADRE ANCIANO. DADA A ARÁTOR

RESUMEN

La *introducción* arranca con una frase de gran efecto retórico que pasa inmediatamente a la *narración* o exposición del caso (1). El orador interpela al acusado y califica su comportamiento de inferior al de las fieras, por su dolosa dureza (2-3). Vuelve su mirada a la penosa situación del padre abandonado (4-5).

La *peroración*, dirigida a los jueces, solicita una pena ejemplar para un delito que ni siquiera las fieras cometen. Como prueba aporta ejemplos tomados del mundo animal: las aves y los lobos (6-7).

No sé, jueces, si es posible encontrar una pena que corres- 1
ponda a los crímenes del acusado. Mientras tanto me faltan palabras elocuentes, cuando la novedad del delito supera a cualquier orador. Este sujeto es un hijo que negó a su anciano padre los alimentos que habría podido proporcionarle, añadiendo a sus crímenes la genialidad de que, sin haber matado a su progenitor, fuera un parricida.

2 Piensas que has eludido el merecido suplicio al no haber matado al que te engendró; le has perdonado la vida para hacerle aún más daño. Con la muerte de tu padre, si hubieras aplicado a su cuello tus manos hábiles, habrías podido concluir los tormentos a que le sometiste[190]. La más grande invención de tu perversidad es que ni evitas la muerte de tu propio progenitor, como corresponde a un buen hijo, ni se la infliges, como es propio de uno cruel.

3 ¡Oh tú, inventor de una tortura refinada!, ¿qué es lo que pretendes al avanzar entre ambos caminos, dejando de lado los dos, tras haberte propuesto la perdición de tu progenitor? De acuerdo con tus intenciones, tu padre siguió viviendo aún más desgraciado porque, según tus planes, no mereció morir.

¡Oh vosotros, los más ecuánimes de los jueces!, nadie duda de que los males de este mundo bajan al sepulcro una vez convocada la muerte. Nadie duda de que desean una suerte común quienes se encuentran inmersos en la adversidad: pero es necesario elegir de qué modo se pone fin a la desgracia.

4 Decidme, por favor, ¿con qué fieras debe ser comparado aquel que con su intervención inflige sufrimientos sin fin? ¿Qué clase de crimen es el que ha provocado sufrimientos equiparables a la muerte, mientras no pone sus manos sobre el autor de sus días?

El padre de este sujeto estaba ya doblegado por el cúmulo de los años; ya los terribles estragos de la edad habían dejado sus huellas en los miembros otrora robustos del anciano; ya el aspecto, que le revelaba como hombre, se trasformaba en rugoso por los mordiscos de una larga vida. Mas no había lle-

---

[190] Acentúa la crueldad del hijo la expresión *medica manu*, que rememora expresiones virgilianas —*Eneida* XII 402; *Geórgicas* III 455— en las que se habla de manos que curan.

gado a la ancianidad sin la esperanza de ser socorrido, puesto que le sonreía la perspectiva de contar con un hijo ya adulto.

Es bien conocido que siempre ha gastado con más con- 5
fianza lo que ha acumulado para vivir, aquel que ha puesto sus hórreos en la buena disposición de sus descendientes[191]. Éste, que tenía un hijo sano, consideró que era un mal augurio preocuparse de su hacienda —pensando que podía ser suficiente para su desvalida vejez el hecho de que no iba a extinguirse[192], puesto que iba a rejuvenecer en una descendencia que estaba en el vigor de la edad—, cuando de repente este joven de noble cuna despojó a su padre de tal seguridad.

Quisiera por un momento, jueces[193] venerables, volver a 6
éste mis palabras; pero pienso que son inútiles unas advertencias que se dirigen a alguien de costumbres depravadas. ¿Pensamos, varones venerables, que un hijo llega a una conducta tal, siguiendo el magisterio de alguien? A una estirpe le bastan las cualidades naturales, porque la ley por la que se rige la especie humana infunde ya en sus corazones lo mismo que suelen hacer los maestros. No es bueno cumplir el deber

---

[191] La frase se podría interpretar también así: «... siempre ha sembrado con más confianza en que la cosecha le dará para vivir, aquel que ha puesto sus esperanzas en la buena disposición de sus descendientes». Sin embargo, por la argumentación que sigue, creo más apropiada la traducción propuesta. En cualquier caso, la idea se expresa con términos tomados de la agricultura: gasto o siembra *(dispergere)*, cosecha *(congregare)*, almacén o esperanza *(horrea)*.

[192] El argumento es que el padre, que no se preocupaba por su vejez —porque contaba con no conocerla, fiado en la juventud del hijo—, es decepcionado por la actitud de éste. La frase plantea problemas a los editores. G. Hartel prefiere leer aquí *merebat*, «no la merecía», en vez de *peribat*.

[193] Aquí, como en algunos otros pasajes (sobre todo en D —por ejemplo, 19, 8. 20, 1. 21, 4, 33. 23, 1—, pero también en E VII 1, 1 y en M 2, 104, donde lo aplica a Dios mismo), Ennodio designa a los jueces con el término técnico *cognitores*, es decir, los que conocen una causa, en el sentido de que emiten una sentencia.

por una eventualidad[194], ni puede faltar a los seres dotados de razón lo que comprobamos que está inscrito en los animales voladores.

7 Cambiando la perspectiva[195], leemos que las águilas son alimentadas por la ayuda de sus crías y que éstas se sienten obligadas por un cierto sentido de ecuanimidad a devolver los beneficios que recibieron de sus padres: ¡cuántos, puesto que nacen aún sin plumas, cuando salen de la cáscara del huevo[196]!

Las aves no juzgan que queda a su arbitrio el denegar lo que han recibido. ¿Qué especie de criatura existe, que no sabe imitar a las aves en lo que respecta al amor por los de su especie? Paso a las múltiples muestras de rapacidad de los lobos: sin embargo, traen alimentos a sus padres sin haberlos probado y una fiera con el estómago vacío corre hasta sus progenitores con una boca rebosante de alimento.

8 Vosotros, sopesad la conciencia de este reo; de qué pena es digno el delito inusitado que ha cometido, porque con la impunidad se propagan los vicios y si no viene en ayuda la censura de los jueces, se derrama por todo el cuerpo la virulencia del pecado[197].

---

[194] Ennodio dice textualmente *ex accidenti*, en contraposición a lo que ocurre *per se* (Aristóteles, según Macrobio, *Sueño* II 14, 8), o a lo que es propio de la sustancia (Ambrosio, *De fide* V 16, 194).

[195] La expresión *versa vice*, tendrá con el tiempo un valor puramente adverbial, en el sentido de «por el contrario».

[196] Lucano, *Farsalia* IX 903.

[197] Véase nota a D 6, 6.

DECLAMACIÓN XVIII
(243)

CONTRA UN TIRANO QUE, COMO PREMIO, COLOCÓ LA ESTATUA DE UN PARRICIDA EN MEDIO DE LAS DE HOMBRES VALIENTES. DADA A ARÁTOR, VARÓN ILUSTRÍSIMO[198]

RESUMEN

Todo el discurso gira en torno a la comparación entre los crímenes del tirano, que abusa de su autoridad usurpada para cometer una afrenta a los hombres que han merecido ser honrados con estatuas, y los del parricida, quien, después de haber cometido su crimen, ha buscado ese honor.

El *proemio* y la *exposición del tema* ponen el acento en que, por primera vez en la historia, un honor que se concedía a los valientes es profanado en un doble sentido: lo otorga un usurpador y lo recibe un delincuente (1-3).

La *argumentación* tiene como objetivo demostrar que ambos son reos de un crimen análogo: el uno ha matado a su padre, el otro a su patria. El orador interpela al tirano para, en tono sarcástico, asegurar que ambos merecen el suplicio de la cruz (4). Le echa en

[198] El título lo expresan los manuscritos con las iniciales epigráficas V*(ir)* C*(larissimus)*.

cara su audacia al tomar esa decisión y urge a los jueces, que tienen la obligación de corregir los excesos, para que la castiguen (5). El tirano ha convertido la libertad en esclavitud, el parricida la piedad en violencia (6). El crimen del primero es más grave, porque provoca la muerte de los súbditos, bajo la apariencia de otorgar la vida (7). No sabe cuál de los dos crímenes es peor, pero el castigo debe ser el mismo (8).

Cuando parece que va a concluir con una peroración, añade un nuevo argumento: la perspectiva de los que hasta ahora habían obtenido el honor de ser perpetuados con una estatua (9-10).

A continuación viene el *Epílogo*, solicitando la pena capital para ambos (11).

1 ¡Oh jueces!, aunque las estatuas de los hombres esforzados se mantengan para siempre en bronce perdurable y gracias a estas efigies no conozcan la muerte, aún después de haber sido sepultados; aunque, gracias a esas obras artísticas, la figura de hombres mortales pase a la eternidad y la artesanía haga posible que sea superada la estrecha ley de la naturaleza humana, sin embargo nunca hasta ahora un parricida ha merecido un premio reservado a la virtud, ni un tirano lo ha hecho posible.

2 ¿Cuándo un criminal ha arrancado, o un opresor de la libertad ha impuesto un honor que corresponde a personas intachables? Una estatua, venerables presidentes del tribunal, se gana con esfuerzo y se confiere a quien goza de una fama intachable[199], de modo que —en ambas direcciones— el lustre correspondiente, ni deshonre a quien la recibe, por proceder de un donante indigno, ni manche a quien la concede, por haber sido otorgada sin motivo.

[199] Para la expresión *iudicium purissimi*, que traduzco por «fama intachable», véase Introducción General III.

Diré lo que siento, si es libre contra un tirano la voz de quien odia los vicios y si es lícito que se proclamen a gritos las culpas, bajo el imperio de quien protege el crimen.

Un asunto en sí honesto ha caído en manos de dos facinerosos y, privado de defensa por ambas partes, no ha sabido ni de quién procedía ni a quién era destinado. Ved para quiénes se ha convertido en un derecho, este honor que hasta no hace mucho tiempo era decretado para los valientes y debía ser logrado con el precio del derramamiento de sangre, de manera que lo confiere un usurpador del imperio y lo recibe un homicida de su propio padre. 3

No sé a quién de los dos dirigirme. Prisionero entre los arrecifes de tus virtudes, venerable príncipe[200], no sé si acusarte porque eres un tirano o porque honras a los parricidas con un premio: ambos sois dignos de tormentos y de ser expulsados de esta vida vestidos con sacos[201]. Pensáis que no es suficiente haber escapado al suplicio merecido, si no que además, tú concedes lo que no es justo y él ha recibido lo que no merece. 4

Ya hace poco sentaste las bases para este tipo de decisiones con tu audacia, cuando entraste como depredador en el baluarte de la justicia, impulsado al poder por la misma aquiescencia ciudadana con la que otorgaste una estatua a este otro[202]. Ilustrísimos señores, es necesario remediar los excesos 5

---

[200] El tono sarcástico de la frase está acentuado por la aliteración *praemium/parricida* y por la paradoja entre los conceptos de virtud y arrecife: *virtus / arrupta*.

[201] Ennodio utiliza los términos *cruz* en plural, por tanto sin el sentido específico de «suplicio de la cruz», que se encuentra ya en SÉNECA y en CICERÓN, y *culleus*, que era un saco en el que eran arrojados al mar los parricidas, después de haber sido azotados.

[202] Aquí, como en el número anterior, Ennodio juega con la fuerza evocativa del término *suffragium*, que indica el voto, el acuerdo, del pueblo y los diferentes estamentos del Estado, que el tirano ignora o atropella.

en la medida en que se dan, pero no los corrigen con eficacia sino aquellos que han sido castigados por cometerlos.

Es temerario quien piensa que castiga el mal aquel que comete crímenes. La conciencia del juez está limitada por lo que guarda en su intimidad y no piensa que es libre para condenar a quienes están sometidos a ella en lo que ella misma no dudó en admitir.

6 ¿Tras cuántos éxitos y con qué gran variedad de ganancias, ¡oh tú, cúmulo[203] de crímenes!, has llegado a un punto en el que, tras haber llegado a la cumbre del poder, te fuera permitido pecar en todo lo que te diera la gana, hasta el punto de ofrecer a los injustos algo más que estatuas? Tú has trasformado el sabor de la libertad en la hiel de la esclavitud; él convirtió los cuidados que debía a su padre en ofensas. Daos cuenta de cuán laudables son las leyes que habéis lesionado y, cerrando su boca el acusador, valorad qué merecen el padre y la honestidad.

7 Tú, tras haberlos liberado, sometes la cabeza de tus súbditos al yugo de una esclavitud miserable; en su caso, la ley natural no ha tenido ninguna vigencia. Esto que tú perpetras respecto a la patria, es lo que este hombre ha infligido a su padre; uno debería pensar quizás que tú eres más cruel, por el hecho de que emites duras órdenes en términos que son mortales —aunque aparentemente sean vivificadores— mientras con una mano medicinal no castigas con la muerte a aquellos cuya desaparición sería deseable[204]; al menos aquél, no soportando que su padre siguiera en este mundo, quitó la vida de un golpe pernicioso al autor de sus días.

8 No sé qué diferencia se puede distinguir entre estos crímenes: por el momento, si me es permitido decirlo, deben

---

[203] En realidad, la *sentina*, palabra con la que se califica al tirano, es el agua que se acumula en la bodega de los barcos.

[204] Véase la misma consideración en D 14, 6.

estar unidos en la pena. Si una reacción tiránica de tu parte, te llevara a enfadarte con los ciudadanos, la comunidad, sintiéndose herida, te convertiría en reo y una insurrección violenta te denunciaría como traidor de la moderación que debes observar. Si él por su parte, estando su padre sano, le escrutara con mirada torva, merecería ser tachado de parricida.

9 Mirad qué es lo que merecen éstos después de haber llegado al colmo del crimen. Ni una patria postrada ni un padre muerto pueden pensar que les resta algo más por entregar. Lejos de mí, varones principales, exacerbar con más argumentos los crímenes perpetrados. Es suficiente la cruda expresión de «reos», que no debe ser protegida por ninguna defensa privilegiada.

Añadiré simplemente al delito algunos detalles que realzan sus reatos, para que no parezca que a la acusación[205] se le ha sustraído algo que seguramente habéis notado ya con vuestra sagaz perspicacia.

10 Se coloca la estatua del parricida, flanqueada a ambos lados por las de varones esforzados, y con la figura de éste se degrada la imagen que produjo la actividad literaria o dio a la luz el campo de Marte[206].

Creedme, quienes fueron honrados por tantos motivos a duras penas soportan el hecho de que su retribución no dista en nada de la de quien ha derramado la sangre paterna y, en el caso de que reste algún vigor a sus almas, lamentan sus premios, que consiguieron derrochando valor.

---

[205] La palabra *actio* es propiamente la «puesta en movimiento» de un objeto o cualquier parte del cuerpo. Por eso se utiliza este término para designar actividades diversas como un desplazamiento, un discurso y, sobre todo, una acción judicial.

[206] Escritores y generales son la gran mayoría de los personajes honrados con una estatua en el foro. Véase, por ejemplo, SIDONIO APOLINAR, *Epístolas* IX 16 v. 25. Sobre *campus*, véase nota a D 13, 5.

¿Dónde está la honradez, dónde la eficacia del esfuerzo de hombres libres, dónde el premio de quien pelea por la patria, si quien detenta el poder ofrece estatuas de bronce, y las obtiene quien provoca la muerte de su propio padre?

11 Vosotros, limitaos a imponer castigos dignos de tales méritos no sea que, si a los acusados se les impone una pena inadecuada, tampoco a vosotros se os pueda dirigir una alabanza por vuestra manera de juzgar. Sean expulsados de la vida por un mismo camino aquellos que, poco más o menos, llevan la misma vida y han cometido el mismo tipo de delito.

DECLAMACIÓN XIX
(261)

DADA A AMBROSIO, CONTRA EL JUGADOR QUE ENTREGÓ EL CAMPO EN QUE ESTABAN ENTERRADOS SUS PADRES COMO PRECIO DEL JUEGO[207]

RESUMEN

Esta corta declamación comienza directamente con la *proposición* del tema (1). A estos padres, que han pasado una larga vida de ahorros y privaciones, su hijo les ha negado la paz perpetua, al perder en el juego el sepulcro donde reposan sus restos.

Primera llamada a los jueces para que establezcan un castigo ejemplar a semejante comportamiento (2-3).

Interpelación al acusado, que ha hecho a causa del juego algo que no habría sido posible, ni aunque las tumbas de sus antepasados hubieran caído en manos del enemigo (4). Ha violado las leyes de la piedad hacia unos padres, que han rogado a Dios y se han preocupado de su primogénito (5).

Nueva apelación a los jueces para que ponderen esta trasgresión del culto a los difuntos, vigente en toda la humanidad (6-7).

---

[207] Otro de los temas clásicos de controversia. Véase SÉNECA EL VIEJO, *Controversias* IV 1.

Peroración para que, por el castigo de este crimen, se fomente el amor a los padres (8).

1 Jueces, un patrimonio, ya reducido al mínimo, había sucumbido a la pasión vergonzosa de un jugador. La falta de recursos se sumó al creciente afán de seguir jugando. Entonces comenzaron a no ser sustraídos a ese infame comercio, ni siquiera los sepulcros de sus padres. Comenzaron —a propósito de las cenizas— a concebirse dudas sobre su suerte y —a propósito de las lágrimas— a verse expuestas a momentos ridículos de tensiones[208].

2 ¿Dónde están quienes dicen que las almas, una vez muertas a la luz, no tienen nada de común con los habitantes de este mundo y que, tras la separación de lo temporal, pasan sus días transformadas[209]? He aquí que los padres de este sujeto envejecieron junto a las tumbas que habían comprado y con sus mismos bienes adquirieron a perpetuidad, incluso el lugar de reposo para sus cenizas. Y, sin embargo, en la cabeza de

[208] Como es habitual en Ennodio, este primer párrafo está especialmente elaborado desde el punto de vista retórico. Constituye un solo período, en el que se expone de un modo patético una situación extremamente paradójica —en su conjunto y en cada uno de sus elementos—, que es imposible reproducir en la traducción.

[209] Ennodio utiliza la palabra *translati*. Quiere decir, a mi modo de ver, que las almas de los difuntos mantienen relación con este mundo, no permanecen al margen de él y pueden por tanto ser honradas u ofendidas. De esta expresión no se puede deducir que admita en absoluto la transmigración de las almas. Esta creencia *(metempsícosis)* es muy propia de una fe primitiva. En la mitología griega se concebía como un castigo, una salvación o incluso un premio a una determinada acción. En la formulación literaria de este modo de pensar se pueden distinguir dos ramas. La primera —según la cual el alma se reencarna siempre en un cuerpo humano— procede de Pitágoras, quien según Heródoto (II 123) la tomó de Egipto. La segunda —que se encuentra en diversos pasajes de los diálogos de Platón (*Menón* 81A-82A; *Fedón* 70CD; 81D —82B)— acepta que el alma también pueda encarnarse en animales y plantas.

este desvergonzado juerguista[210] se piensa que con su muerte no ha desaparecido la posibilidad de poner a la venta lo que se habían propuesto.

Trascurrida una larga vida, en la que nada han debido al azar, se les manda a los manes[211] que estén a la expectativa de lo que ocurra con los dados. Después de haber despilfarrado los bienes que tus padres habían acumulado por medio de un paciente ahorro; después de que la sobriedad, que redundaría en beneficio tuyo, su heredero, los hizo vivir por debajo de sus posibilidades, tú, un hijo más funesto que la esterilidad, has honrado las urnas de tus antepasados, ofreciéndolos como premio a los dados. 3

Si la negligencia de un descendiente deshonrara los mausoleos[212] de los antepasados, habría que lamentar la desidia y esperar un castigo de parte de los jueces, que desean enderezar

---

[210] La palabra *comisator*, de la misma raíz griega que comedia *(komōdía)*, designa al compañero de juergas. Véase VELIO LONGO en KEIL, *Grammatici latini. Scriptores de orthographia* VII 72, 13. Quizás la traducción exacta de la expresión latina sea «grandísimo sinvergüenza».

[211] *Manes* en el latín arcaico son *los buenos*, en primer lugar las almas de los difuntos, que ya en la primera ley romana escrita —la ley de las XII Tablas— eran veneradas como dioses. Ennodio utiliza aquí la palabra como sinónimo de almas.

[212] En estos párrafos Ennodio utiliza como sinónimas palabras de etimología y sentido muy diferente para designar las tumbas: *sepulcra, busta, tumulus, urnae, mausolea.* Frente a la primera, que designa de un modo neutro el lugar de reposo, la segunda y la cuarta proceden del viejo verbo **buro*, que en latín se convirtió en *uro* y evocan la incineración. La tercera es propiamente el montón de tierra, el pequeño promontorio, que se forma en la tumba recién cerrada. En cuanto a mausoleo, proviene del sepulcro de Mausolo, un rey de la Caria, contemporáneo de Jerjes, en cuyo honor Artemisia, su esposa, hizo construir una tumba suntuosa en Halicarnaso. De estas expresiones no se puede deducir con claridad de qué tipo de enterramiento se trata: junto a *cinera, fauillae*, que harían pensar en una cremación, aparece también el término *ossa*, que apunta más bien hacia una inhumación.

las costumbres de sus hijos a partir de las faltas cometidas por los de otros.

4 En vez de (guardar) la fiesta que vuelve cada año, siguiendo la ley fija de los tiempos; en vez de (ofrecer) las coronas y los presentes con los que se nutren las almas, tú creíste que no sería una desgracia, si los sepulcros de tus padres cambiaban de dueño. No te habría sido permitido vender esa última morada, ni siquiera para rescatar un hijo que hubieran hecho prisionero tus enemigos. Me pregunto cuál ha sido la necesidad por la que veo que una persona ajena ha tomado posesión de las cenizas de tus padres, y no se me ocurre ninguna otra cosa sino el juego.

5 ¡Oh miserable condición de los mortales, tanto cuando se les niegan sus aspiraciones, como cuando se les conceden unas más desgraciadas! ¿Cuántas veces tus progenitores conmovieron a *Dios con suspiros ansiosos con el ruego de* no pasar a la otra vida sin un legítimo heredero, lo cual es considerado como lo más infausto de este mundo? ¿Cuántas veces su mente, desconocedora del futuro, había caído en un temor cercano a la muerte, ante una simple palidez de su primogénito?

6 ¡Oh jueces!, en su mentalidad desprovista de vergüenza, y después de haberlo perdido todo, aquel que había sido concebido, educado, enseñado para este cometido, llegó a no permitir que quienes le entregaron su patrimonio pudieran gozar de aquello a lo que tienen derecho. Condenamos en este malvado su pésima voluntad; pues ocurre por azar que los huesos de los antepasados, que se entregan por ligereza, caigan en poder de dueños honrados.

7 El respeto a los muertos es común a todos los pueblos y en sus creencias toda la humanidad pide un culto digno a la suerte final de sus fundadores. En efecto, nos excedemos en dar los últimos honores a nuestros parientes, a quienes la veneración que les es debida coloca ante nuestros ojos de tal

suerte que pensamos prestar a los dioses todo lo que hacemos por disposición de los difuntos. Cumplimos todo lo que han mandado, con el convencimiento de que no permanece impune cualquier violación de sus preceptos.

No encuentro palabras nuevas para describir este nuevo 8
tipo de crimen. ¿Qué padres no han considerado un sacrilegio enorme el que su último domicilio haya sido vendido por culpa del juego? Creedme, jueces, que ante vuestros ojos están, esperando el momento de la venganza, una gran cantidad de antepasados de éste. Aplacándoles, sería posible establecer, de manera que permanezca para la posteridad, el amor impoluto hacia los padres.

DECLAMACIÓN XX
(278)

CONTRA QUIEN COLOCÓ UNA ESTATUA DE MINERVA EN UN LUPANAR

RESUMEN

La *introducción* plantea, como objetivo del discurso, más que el castigo de un delito, la condena del pecado (1). El hecho de que el acusado haya introducido una diosa virgen en un lupanar, es un crimen contra el cielo (2-3). En una rápida sucesión de interpelaciones tanto a los jueces, como al acusado y de consideraciones de carácter general, el orador expone la incompatibilidad entre el pecado y la virtud (4-5). Gravedad de haber expuesto a Minerva a la contemplación del culto a Venus (6-7). En semejante situación de promiscuidad, ninguna de las dos divinidades es propicia (8-9).

La *peroración* es excepcionalmente corta, para ponderar la urgencia con que un crimen semejante debe ser castigado (9).

Creemos que la decisión de los venerables jueces a la hora 1
de confundir al pecado ha tenido siempre dos alternativas: la deliberación del que entendía en un caso ha solido adherirse a aquello por lo que más se inclinaba, cuando la condición del

delito era dudosa[213]. En efecto, así como los vicios manifiestos exigen de la justicia una definición oportuna, así también los inciertos la dejan en suspenso. Cuando hay un crimen claro,
2 ¿a qué esperar para pronunciar sentencia? Sopesad en vuestros corazones, por favor, y ocupaos de valorar en conciencia, qué tipo de persona es quien ha profanado la mirada de una diosa virgen y al mismo tiempo ha transgredido la clandestinidad de un lupanar, mostrándose sacrílego en ambas actitudes. Considerad también si no es cierto que aprueba esas acciones vergonzosas aquel que les ha proporcionado un testigo que les es contrario, flagelando así el pudor de la castidad, al ponerla en relación con compañeras indignas.

Te pregunto a ti, monstruo del género humano, ¿qué culto religioso ha llevado a tu ligereza a introducir (en un lupanar) un busto de Minerva, siendo así que, dada la fealdad del lugar, la *injuria* que has inferido te denuncia como enemigo de la castidad y la corrupción hecha pública proclama que prestas reverencia a la polución venérea[214]?

3 No conocen los límites del pecado quienes, por amor al vicio, se sienten atraídos por una trasgresión criminal. Ignoran la moderación en los errores los que han acumulado ofensas contra el cielo.

Con tu comportamiento religioso[215] has hecho que tu delito sea más cruel, al unir en un lugar, mofándote de lo que ha sido fabricado con arte, a Venus y a Palas[216], dos divinidades

---

[213] Aquí emplea Ennodio el término *delictum*, como corresponde al lenguaje técnico-jurídico, véase nota 72.

[214] Esta expresión no se encuentra en ningún autor precedente y es posible que sea un neologismo de Ennodio.

[215] *Religio* es la observancia cuidadosa, el cuidado concienzudo de algo, que se apoya en un sentimiento íntimo; la exactitud —y por tanto la justicia—, sobre todo en lo que respecta a la divinidad, a lo que es santo.

[216] En realidad Ennodio habla de Dione, una ninfa que dio a luz a Venus tras su unión con Júpiter; pero con mucha frecuencia en la literatura se da

tan diferentes, entregadas a concepciones de la vida tan diversas. Asunto digno del máximo castigo, mezclar lo discordante y hacer coincidir a aquellas a quienes se injuria, a no ser que se haga en secreto[217].

¿Creéis que se encuentra un hombre en este mundo que, 4
a propósito de esta doble manera de actuar, pueda mantenerse neutro[218] y que no se porte como amigo de las virtudes ni sea tenido por aficionado a los vicios? A algunos suele llevarles a despreciar el bien el hecho de que sus culpas estén protegidas; y quienes no han saboreado la alabanza de los demás se alegran con el fruto del libertinaje.

Pero a ti, ¿cuál de estas dos actitudes te encuentra en su séquito? Te has comportado como un enemigo de la mejor de estas alternativas y no te sometes abiertamente al yugo de la perfidia.

Odio, ¡oh vosotros, varones principales!, a los jueces que 5
son tibios en su manera de actuar, acuso a los que por negligencia son arrastrados a la duda en sus decisiones. Pero detesto, como algo aún más execrable, a los que, enfrentados a estos dos tipos de comportamiento, no dan muestras de poseer una conciencia firme en uno u otro sentido[219]. Pues prometen amar a la honradez en tiempo de penitencia aquellos mismos que parecen fomentar los pecados.

---

ese nombre a Venus misma, diosa del amor venéreo. El culto a Palas Atenea, por el contrario, está rodeado de castidad.

[217] No es que Ennodio justifique el pecado interno, que queda en secreto, sino que, como los jueces, expone y decide sobre lo que ha trascendido al exterior.

[218] MGH opta por una conjetura, una *lectio difficilior*, que no creo necesaria y que haría a esta palabra referirse a «conducta» *(neutram)* y no al hombre *(neutrum)*.

[219] La alternativa de los jueces, de quienes Ennodio exige que opten claramente por la virtud o por el vicio, viene expresada por *uter / nullus*.

6 ¡Oh tú, el más pervertido de los hombres!, si situado ante el santuario de Venus te conmoviese el recuerdo de Minerva, la perversión de tus pensamientos ofendería al poder de ambas[220]. Habrías evitado el domicilio de aquella a quien en tu mente considerabas tu adversaria. ¿Qué tipo de culto es el haber colocado su estatua, allí donde la diosa de la pureza podía ser violada con el simple recuerdo? Tú, malvado, has provocado casi inevitablemente un conflicto entre los habitantes del cielo, al no saber acceder por grados intermedios al colmo de un pecado execrable[221].

7 Aquellos ojos castos contemplan constantemente, ellos que han detestado los abrazos, escenas impuras de cualquier tipo de costumbre obscena. Mientras la raptada imagen se encuentra mezclada en escenas de lupanar por obra tuya, tú eres el único que has mostrado que el poder de los dioses está al servicio del vicio de los hombres y que se les obliga a estar en aquellos lugares que los mortales les imponen.

8 ¡Cuán discordantes serán los ritos al ofrecerles sacrificios! La oblación en honor de una diosa ofenderá a la otra. Pues mientras por intervención tuya una doble divinidad ha tomado posesión de un vulgar prostíbulo, y se han juntado en un mismo lugar la castidad y la lujuria, ni una ni otra acogerán propicia nuestra devoción. Con nuestras propias ofrendas ofenderemos a las que tú has mezclado en cohabitación.

9 ¿Qué tipo de dones serán los que sean presentados al alimón por prostitutas y por vírgenes? La una será ofendida por el regocijo, y la otra será aplacada por la lascivia. En medio de ramas de olivo y del incienso de las víctimas, habrá moti-

---

[220] No me parece desacertado G. Hartel, que entiende esta frase como una interrogación.

[221] Es decir, no te has quedado en medias tintas a la hora de ofender a la diosa.

vo para la rivalidad y las diosas tendrán sentimientos de ira, precisamente en aquello por lo que son aplacadas.

Paso por alto una narración prolija de los sacrilegios —que el reo consuma entre suplicios el espacio de tiempo que aún se le conceda pasar bajo la luz del sol—, porque al orador le deshonra incluso la torpeza de algunos actos, aunque sean cometidos por personas que le son ajenas.

DECLAMACIÓN XXI
(363)

CONTRA UN PADRE QUE, DESPUÉS DE NO HABERSE DIGNADO REDIMIR A SU HIJO CAUTIVO DE UN PIRATA, SOLICITABA SIN EMBARGO SER ALIMENTADO POR ÉL. DISCURSO A LOS JUECES[222]

RESUMEN

Esta pieza, la más larga del grupo de las controversias, es especialmente interesante por dos motivos. En primer lugar porque reproduce una de las grandes controversias atribuidas a Quintiliano y además porque está dividida por el mismo autor en diversos apartados, de acuerdo con las reglas escolares sobre el género: *tema* (1), *prefacio* (2-3), *principio* (4-11), *narración* (12-14), *objeción* (15-16), *digresión* (17-20), *ejemplos* (21-32), *epílogo* (33-35).

La declamación se inicia con la letra de la ley, seguida de la exposición telegráfica del caso. Concluye con una alusión a la famosa disertación de Quintiliano sobre el mismo tema, a la vez que advierte que su perspectiva será otra (1).

---

[222] Este título falta en los códices. La que aparece en G. Hartel, y recogemos en la traducción, procede de una recensión del manuscrito de Bruselas, hecha en el s. XVI.

El prefacio contiene una declaración de modestia, como es habitual, con el fin de captarse la benevolencia de los jueces. Desde el principio se otorga la palabra al hijo, acusado por su padre de no cumplir sus deberes de piedad (2-3).

El argumento fundamental en su defensa consiste en demostrar que quien primero ha faltado ha sido el padre mismo. Para eso aporta el testimonio del pirata que lo raptó, junto con su hermano (4-5). El acusado fue pospuesto a su hermano, a quien su padre prefirió liberar (6-7). Al actuar así —éste es el argumento clave del superviviente—, ese padre compró el duelo que le proporcionaría la posterior muerte del hijo rescatado. El consuelo a su dolor debe buscarlo en las lágrimas por el hijo difunto, no en la ayuda que deba prestarle el superviviente (8-11).

En la narración del caso, el hijo insiste en la diferencia de comportamiento de ambos hermanos. Mientras el otro era un vicioso pródigo, él mismo había llevado una vida sobria: el rescate que el padre había pagado por su hermano había sido posible gracias a ese comportamiento (12-14).

A la posible réplica del padre de que sólo tenía dinero para pagar la libertad de uno de sus hijos, el acusado responde que en las conversaciones con el pirata quedó claro cuáles eran sus intenciones: sólo quería rescatar a uno. Después de esa gestión, las condiciones de su prisión fueron aún peores, de modo que sólo con la ayuda de Dios le fue posible evadirse (15-16).

Sigue la digresión a propósito de lo que hoy llamaríamos derecho humano a la alimentación o derecho a ser objeto de la misericordia del prójimo, tanto más si éste es el propio padre. El hijo contraataca ante este nuevo argumento, insistiendo en la crueldad del comportamiento de su progenitor y repite la argumentación ya expuesta en el principio (17-20).

Los ejemplos que vienen a continuación tienen por objeto poner en claro la diferencia entre aquellas situaciones —Eneas y Anquises, los Escipiones, modelos de relación entre padres e hijos; los dioscuros, ejemplo de comportamiento entre hermanos— y la contemplada en el caso presente. El padre, aunque no hubiera tenido dinero para pagar el rescate por los dos, podría haber dulcificado con súplicas y lágrimas a los raptores, que no eran inhumanos, si hubiera querido verdaderamente traer a su casa a ambos hijos (21-32).

El epílogo contiene la peroración, dirigida a los jueces. En ella el hijo apostrofa de nuevo a su padre, que ha sido el primero en faltar al deber de piedad. Él por su parte, prematuramente debilitado por el sufrimiento con el que ha sido probado, se encuentra física y mentalmente incapaz de cumplir exigencias que incluso sus enemigos aborrecerían plantear y confía en que su padre encontrará su inminente muerte más agradable que la de su hermano. Eso espera de la bondad divina (33-35).

TEMA. LA LEY

Los hijos deben alimentar a sus padres o ser encarcelados[223]. Un hombre tenía dos hijos, uno sobrio y otro disipado. Ambos cayeron en manos de piratas; escribieron al padre a propósito de su rescate. Es verdad que el padre, tras vender sus bienes, fue al encuentro de los piratas. Éstos le dieron la posibilidad de escoger a quién quería rescatar, porque había presentado poco dinero. Él eligió redimir al disipado porque estaba enfermo. Éste, a su vuelta, murió en el camino. El sobrio se evadió del poder de los piratas. El padre pide que éste le alimente. Él se niega. Esta acción judicial se emprende contra Quintiliano, porque éste protege al padre, nosotros al hijo[224]. Ruego al lector que no califique este escrito de arrogancia por mi parte.

---

[223] Es este un tema tradicional en el género. Sobre la letra de esta ley había ya compuesto SÉNECA EL VIEJO una de sus controversias (I 7), a propósito de un caso diferente: el de un tiranicida que es liberado por unos piratas. Por su parte, tanto la letra de la ley como el caso aquí contemplado corresponden exactamente a la quinta de las grandes declamaciones, atribuidas erróneamente a QUINTILIANO, pero que circulan y han sido editadas con su nombre. De ahí el comentario de Ennodio en n. 2.

[224] En efecto, mientras la declamación quintilianea da la palabra y expone por extenso las razones del padre —que se presenta ante los jueces como la víctima de los deseos de reivindicación del hijo por la liberación y

PREFACIO

2 ¿Acaso es correcto declamar contra Quintiliano, a menos que se defienda la verdad? o ¿el afán de hablar hace que uno, que pronuncia palabras en favor de la justicia, se olvide de sí mismo[225]? La finura en el decir es propia de quienes engañan; su estilo, adornándose con el plumero de la mentira y mereciendo una alabanza limitada a la emisión de la voz, adquiere una brillantez que le es ajena. Administrese justicia sin ninguna ayuda del arte retórico.

Yo, por mi parte, opto por un ornato, que procederá de la defensa de la honradez. Que la sencillez, fortalecida por el favor de los poderes celestiales, sea quien eleve proceso contra un hombre lleno de elocuencia; lo que me atrevo a decir procede de la confianza en la parte que defiendo.

3 Vosotros, varones principales, dejando a salvo vuestros oídos y vuestros puntos de vista, prestadme vuestra bondadosa atención, no vaya a ser que mi rival piense que está en su poder la victoria, calzado con el famoso coturno[226] de su estilo más elevado, en el que me supera. ¿Qué otra cosa puede ayu-

---

posterior muerte de su hermano y se defiende, mientras pone el acento en la enfermedad del hijo entonces rescatado— la ennodiana adopta la perspectiva del hijo. Otra novedad es el prefacio, dedicado a consideraciones generales sobre la utilidad de la elocuencia. Como hace a menudo, Ennodio utiliza el plural, pero habla en nombre propio y en primera persona, como defensor del hijo superviviente.

[225] Nueva manifestación de modestia y de captación de la benevolencia del lector. El autor no quiere olvidar sus limitaciones, escudándose en que habla en nombre de la justicia.

[226] El *kóthornos* griego es un tipo de zapato de suelas gordas, que cubría todo el pie y por detrás llegaba hasta media pierna, atándose por delante con cordones, generalmente rojos. Es famoso en la literatura porque acostumbraban a llevarlo sobre la escena los actores —tanto masculinos como femeninos— de tragedias. Es por tanto un símbolo de rango elevado o solemnidad. Como se verá en las notas siguientes, parece como si Ennodio

darme contra sus ataques, sino volver a instaurar la justicia, tras tanto tiempo de haber estado desterrada?

PRINCIPIO

4 Me alegraría, ¡oh, jueces competentísimos!, haber escapado al hedor de la cárcel, a las cadenas de los piratas, si a mi regreso no hubiera encontrado a mi padre en lugar de los barcos de asalto corsarios[227]. Solicita de mí alimentos quien no me liberó de los enemigos, ni con oro ni con lágrimas. Piensa que debe serle de provecho el regreso de aquel a quien él no redimió cuando pudo hacerlo.

En vano imploras alimentos con la ayuda de la ley, tú, que por tus actos has derogado la ley natural.

5 El derecho estipula que se proporcione un medio de vida a los padres, pero esta obligación sacrosanta radica no solamente en el nombre de tales. Mas, que diga el pirata si tú eres un padre. Cuando hablas, dices muchas veces que yo era mejor que el muerto; cuando tomas tus decisiones, nunca das muestras de que es así.

Contemplad, jueces, el penoso camino de mi difunto hermano: él, que fue preferido, fue más afín a la conducta de mi padre[228]; en cuanto a mí, quedó patente bajo qué estrella había llevado una vida de acciones diferentes a las suyas, cuando mi padre me dejó por su propia voluntad entre los raptores.

---

hubiera querido elevar el nivel de su modo de expresarse, utilizando una gran cantidad de helenismos en esta declamación.

[227] *Myopároon* es un helenismo, ya utilizado por CICERÓN —sobre todo en las *Verrinas*, donde narra las campañas contra los piratas—, SALUSTIO, SÉNECA EL VIEJO, para designar una pequeña embarcación ligera, muy apropiada para el asalto y captura, y por eso utilizada por los piratas.

[228] La traducción sigue la conjetura de G. HARTEL, mientras el texto que acepta F. VOGEL diría «siguió a su padre», en el sentido de obedecerle.

6 Se imagina que esgrime argumentos válidos contra su descendiente, cuando alega que su hijo, culpable y próximo a la muerte, había merecido un trato de favor[229].

Yo os ruego, jueces, decidid qué es lo que le debo. A estas alturas está claro que yo fui pospuesto, incluso a las cenizas de un persona viciosa. Pero él no se avergüenza de exigir con su autoridad de padre algo del hijo en quien no quiso que hubiera nada que evocara ese nombre.

7 ¡Ojalá la cadena de los piratas me hubiera dado la salvación en condiciones de tener estos tratos con él![230] Habría hecho a mi padre cautivo de la vergüenza, al proporcionarle alimentos que no le debía, de modo que él, juez injusto, deplorara la iniquidad de su propia decisión. En efecto, el alimento dado por aquel del cual no lo mereces es un alimento que debilita[231]; un estómago, sin conciencia de haber concedido anteriormente un beneficio, está vacío aún cuando haya comido en abundancia.

No sé qué esperanza piensa que le queda a propósito de
8 sus dos hijos este hombre que ha devuelto a uno a la tierra y ha permitido que el otro continúe para siempre en poder de sus raptores. Que reciba, si no le da vergüenza, todos los gemidos que han emitido mis miembros, exhaustos por los tormentos. No sé qué pide este anciano a un hombre extenuado; en la actualidad, por lo que veo, ambos estamos necesitados de ser alimentados. ¿Para qué me pones sobre el tapete el argumento de tu módico patrimonio? Quien quiso redimir a uno solo de sus hijos, vendió sus bienes de modo que el dinero no fuera suficiente para pagar el precio por ambos.

---

[229] El padre argumenta contra el hijo superviviente, alegando que el otro, aunque sea culpable, merecía ser liberado.

[230] El *solidus auri* es la moneda de oro que introdujo Diocleciano (284-305 d.C.) para estabilizar el movimiento del dinero, que sufría de una fuerte inflación; véase E III 10, 3; VII 1, 2.

[231] Ennodio, como muchas otras veces, utiliza aquí la segunda persona con valor impersonal, generalizador.

¿Quién sería capaz de describir mi desgracia, quién mis miserias? Después de la región cilicia[232], ¿a quién se le dice que incluso la recuperación de la libertad le es perjudicial? Por favor, decidme, ¡oh, jueces!, ¿de qué me he liberado, si hasta en mi patria se me declara entre los deudores? 9

Mi padre, un título santísimo, ha añadido que a mí me dolió que hubieran liberado a mi hermano de sus cadenas. Como si la naturaleza exigiera de mí el servicio de compensar la alegría por el rescate de mi hermano con mi permanencia en prisión. Debemos amor a los parientes carnales cuando hemos sido abandonados por ellos[233].

Prestad crédito a quien dice cosas que son evidentes. Un 10
hombre que teme por sí mismo es incapaz de hacer entrar en su corazón alegrías por otro.

Además, como es costumbre de la multitud, que yo desapruebo, mi padre grita aquello de que es en algún modo más rico aquel a quien se pide algo. Las personas que fingen ser civilizadas mantienen esta treta[234] para sus súplicas: emplear una actitud humilde como arma, de modo que, simulando una sumisión llena de soberbia, no dejan ningún espacio libre a aquel a quien piden. Atestigua que el patrimonio, que consta que fue gastado para uno solo, espera un doble agradecimiento por un solo beneficio.

No sé si hay que preguntarle cuáles eran sus intenciones, 11
cuando para todos está claro lo que hizo. Al darte la facultad de elegir a uno de nosotros, el pirata agotó las defensas de tu

---

232 La Cilicia, una región costera del Asia menor, situada entre Panfilia y Siria, tenía fama de ser tierra de piratas y se supone que allí fueron raptados los hijos.

233 Aunque esta frase tiene fuerza irónica, me parece que tendría más sentido con un interrogante.

234 *Techna* es un préstamo griego, muy utilizado en las comedias de Plauto, para expresar las tretas y pillerías de los esclavos que actúan en ellas.

parte. Que asuma su responsabilidad el padre que no deseó para un hijo más que la sepultura y redimió tan sólo al que después moriría. Pues el que antepuso el enfermo al sano, dio a entender que odiaba al que habría de sobrevivir. No sé lo que puedes pedir al sobreviviente, teniendo ya como consuelo las lágrimas que tú mismo compraste.

NARRACIÓN

12 Siempre, oh jueces, cultivé la sobriedad, incluso en la edad proclive a los vicios. Me abstuve de hacer gastos por capricho pueril, para poder alegrarme en la edad madura. Con una frugalidad de este tipo logré que le quedara a mi padre el dinero que pudo ofrecer por el hijo vicioso. ¿Por qué le das vueltas a la escasez de tu patrimonio? Si yo hubiera vivido con unas costumbres análogas (a las de mi hermano), la situación habría llegado hasta el punto de que ninguno de los dos habría podido ser rescatado.

13 Es parcial el juez que quiso que aprovechara a otro lo que yo forjé con mi sobriedad. A juzgar por la implacable actitud de mi padre, la causa de mi larga cautividad fue la honradez. Un hombre sobrio, amante de su padre y respetuoso de su hermano, una persona no merece volver a su patria así: si no hubiéramos sido hechos prisioneros ambos por el mismo golpe de la suerte, mi vuelta estaría manchada por la sospecha[235]. Fuimos iguales en la desgracia, pero estuvimos muy lejos uno de otro en el amor de nuestro padre.

---

[235] Parece que el argumento es: yo no merecía volver a la patria y el hecho de que lo haya logrado podría levantar la sospecha de que he hecho algo a mi hermano. Menos mal que los dos fuimos hechos prisioneros al mismo tiempo.

¡Dichoso el joven que gracias a una vida disipada, además de consumir antes de tiempo gran parte del patrimonio
común, se aprovechó de lo que había quedado! ¡Desgraciado 14
de mí, víctima constante de la discriminación paterna! Desempeñé de antemano en tiempo de paz el papel que más tarde tuve que soportar y, mientras me mantuve en el camino de la virtud, experimenté, tras las huellas de mi moderación, cómo se vive entre enemigos.

De ahí que, en aquellas circunstancias extremas, viví contento —más por la fuerza de la costumbre, que por la humanidad del raptor— con el alimento que me suministró aquella gente feroz. Yo os pregunto, ¿de qué me sirvió aquel comportamiento frugal, si la observancia de la justicia merece la hostilidad de los propios padres?

OBJECIÓN

Alega (mi padre) que los bárbaros dijeron: «has traído el 15
precio de uno solo». ¿Qué decir a este respecto?[236] Las objeciones reciben siempre una respuesta adecuada.

Tú no estuviste acongojado, pendiente de ninguna subasta. Ofreciste el oro, que ya habías mostrado a los ojos de los enemigos, antes de dirigirles cualquier ruego. Mientras todo se desarrollaba de este modo, de acuerdo con tus planes, nadie pudo dudar de que tus deseos quedaban satisfechos con la liberación de uno solo. Y así, cuando poco después entraste en aquellos antros llenos de la miseria de la muerte, el pirata supo qué elección ibas a hacer, aún antes de que él te diera la

---

[236] G. Hartel —aparte de leer *barbarus* en vez de *barbaros*, como es habitual en variaciones sin importancia sustancial— interpreta toda esta frase como una única interrogación: «¿Qué decir al hecho de que alega que el bárbaro dijo: has pagado el precio de uno solo?».

opción. Esa precipitación tuya no era consecuencia del amor. No da muestras de ninguna duda un hombre que, a través de toda clase de señales de afecto, se comporta como si hubiera venido para uno solo de los dos hijos.

16 A tu marcha me acosaron medidas de seguridad aún más estrechas: gracias sean dadas a los dioses[237], que protegieron mi libertad precisamente por el hecho de que pude evadirme. Por de pronto, una palabra tuya parece haber servido de pauta a mis raptores: «si aquel a quien dejo no es guardado con toda diligencia, se escapará». Bajo la guía de los dioses tuvo éxito mi fuga, que se produjo ante los ojos de los enemigos.

DIGRESIÓN

17 Además, dado que mi padre es elocuente en su modo de hablar, y por su larga vida ha aprendido a presentar bien sus argumentos —es experto en imponer a las inteligencias como necesidad lo que entra por los oídos—, afirma que los alimentos son un derecho de todos los indigentes del mundo; y solicita de uno lo que no es lícito negar a nadie, alegando en general que todos tienen derecho a lo que la tierra produce.

18 Mas, cuando el campo producía su cosecha de trigo y los viñedos sus licores para el uso común y cuando la tierra no estaba distribuida entre los campesinos, ni uno solo de ellos abandonó a su hijo en medio de los enemigos, de tal suerte que pudiera pensarse que habría dado más importancia a los

[237] Se podría discutir si aquí se habla de los dioses paganos, pero es indudable que Ennodio utiliza el singular *divinitas*, como en otros pasajes en los que contrapone el Dios único a los dioses paganos —D 2, 5—, para los que habitualmente emplea el plural: *caelicolae*, *idola*, *numina*, *superi* o *dii*, como unas líneas más abajo.

lamentos de un siervo[238]. Jueces, después de haber optado por las lágrimas, no sé qué puede pedir del superviviente[239].

Pero uno, que no ha dado ninguna señal de ser padre, argumenta ahora con el respeto a la ley y quiere que se le deba todo lo que está escrito sobre las relaciones entre padres e hijos. A la vez que me coacciona, solicita mi voluntad y desea que dé muestras de piedad en aquello en lo que él mismo ha demostrado con su conducta que uno que se niega a prestarlo no puede rehusar el miedo[240].

¿Acaso hay lugar para la misericordia allí donde domina 19
la coacción del poder? No podemos decir que se da por liberalidad aquello que no es lícito negar; no se puede hablar de clemencia, si no es espontánea. Si has dado algo que tienes la facultad de no dar, cuéntalo entre tus liberalidades.

Pero se nos interpone la frecuente repetición de la palabra «naturaleza» y el nombre santo de «padre», como si se pudiera contar el uso de la vida, que es un regalo recibido de los dioses, entre los dones que los hombres conceden. Es un sacrilegio haber achacado al semen de los mortales lo que es generosidad de los dioses; la crueldad de un padre tan sólo da testimonio de su placer[241].

---

[238] También aquí difieren los editores. Mientras MGH sigue el manuscrito de Bruselas y lee *serui*, CSEL prefiere *seruitiis*: «habría preferido el duelo actual a su futura ayuda», es decir, habría preferido llorar la muerte del hijo que quedaba en prisión a la ayuda que podría prestarle en el futuro: darle alimentos. En cualquier caso el sentido de la frase, y por tanto del argumento, queda oscuro.

[239] Repite el razonamiento que ya había expuesto al final del n. 11.

[240] El argumento, aunque expresado de un modo enrevesado, está claro: no le puede pedir que actúe por propia voluntad, cuando intenta obligarle; ni esperar que actúe por piedad, cuando le está inculcando miedo.

[241] Esta contraposición entre los dioses, que conceden la vida, y el padre, que aporta una participación puramente biológica, recuerda la misma comparación entre padre / maestro que aparece en D 8, 9. Con su comportamiento cruel no se puede decir que este padre haya dado la vida al hijo.

20 A su solicitud de ayuda para un necesitado añade también a los cargos contra mí el argumento de que, si yo no hubiera vuelto, la ciudad habría podido sostenerle. ¿Qué otra cosa pone de manifiesto esta afirmación, sino el deseo de que me rapte otra vez el pirata? Si te contraría el ver a tu hijo, a quien no rescataste, te saldrá gratis mi muerte, que tú por cierto estás acostumbrado a comprar a gran precio. Mi edad ciertamente es prenda de vida, pero la gran cantidad de tormentos que he sufrido —el más duro fue cuando me abandonaste— me augura la muerte.

EJEMPLOS[242]

21 Después has aportado ejemplos, modelos del comportamiento de un padre; pero se han envilecido por la manera en que los interpretas, como si la edad antigua exigiera la realización de tus deseos y no la imitación de sus santas leyes.

¿Qué peso sintieron los hombros del gran Eneas[243] al cargar con su padre? ¿o es que éste oprimió con su cuerpo al hijo, de cuyas actuaciones él mismo fue con frecuencia báculo? ¿Quieres conocer la razón por la que mereció ser liberado

[242] Nos encontramos ante otro rasgo diferenciador de esta composición, respecto a la quinta de las grandes pseudoquintilianeas. En éstas no faltan las alusiones a los grandes héroes o personajes de la antigüedad, pero en la quinta no se aporta ningún *exemplum maiorum* y Eneas aparece una sola vez (VI 21), Escipión dos (IX 17. 20), en otros contextos, y los Dioscuros ni siquiera son citados.

[243] Al salir huyendo de la Troya incendiada y conquistada por los griegos, Eneas, el héroe que había de fundar Roma, cargó en hombros a su anciano padre Anquises. Virgilio en su *Eneida* habla una y otra vez de esa relación entre padre e hijo. Véase, por ejemplo III 710-711. Ennodio desmonta la comparación entre este caso y el de Eneas / Anquises. En aquella ocasión, el padre quiso quedarse en Troya para no poner obstáculos a la huida salvadora del hijo. Aquí, el hijo queda en manos de los piratas.

de sus enemigos? Queda patente ante nuestros ojos que no 22
quiso esa libertad para no ser gravoso. Creía que la ruina de la Troya derrotada le brindaba ya una sepultura; y para que sus miembros seniles no impidieran el avance de su hijo, que era más digno que él de seguir viviendo, dijo que le bastaba como tumba la ciudad caída. Aquel héroe quiso quedarse a merced de los asaltantes, mientras su hijo escapaba; tú volviste a tu patria, después de abandonarlo.

¿Qué sentido tiene que recuerdes los gestos nobles de Escipión en memoria de su padre[244]? Él, al ofrecerse heroicamente por el autor de sus días, lo dio todo, pero no agotó todo lo que le debía.

La motivación para los buenos deseos es siempre mutua y 23
los afanes por hacer el bien van al unísono[245]. Aquí proclama qué merece de su hijo el padre que piensa que este último no responderá a los deberes de la naturaleza, si no es obligado por la fuerza. La ley me amenaza con la cárcel, si no obedezco. ¿Qué me importa? La larga sucesión de penas que tú me has procurado me ha acostumbrado a este tipo de castigos, por más que el sufrimiento prolongado de esas desgracias no le haga a uno rebelde. Me sorprende, sin embargo, el hecho de que mi padre me quiera infligir todo aquello de lo que me

[244] Publio Cornelio Escipión salvó en las campañas en España (210-209 a. C.) el honor de su padre, que llevaba el mismo nombre, y de su tío. Ambos habían caído dos años antes (211 a. C.). Sobre el dramatismo que acompañó a su nombramiento para ese cometido, véase Tito Livio XXVI 18. Es posible también que se refiera a la batalla de Tessino (218 a. C.), donde Escipión salvó la vida de su padre, según Tito Livio XXI 46, 7-8. Así lo apunta M. Winterbottom, «Ennodius, Dictio 21...», págs. 283-284. En cualquier caso, la alusión es a la función de Publio Cornelio, como *Scipio* —bastón— para su padre. La diferencia con este caso es también evidente. Escipión hijo devolvió de buen grado a su padre los favores que le debía. Aquí el padre pretende obligar con la fuerza de la ley.

[245] Es decir, es recíproco el sentimiento de amor de hijos a padres y viceversa.

libré cuando estaba en poder de los bárbaros. No hay motivo para apartarse de los piratas, si uno sigue la misma suerte en la patria.

24 En cuanto puedo apreciar, las desgracias en el suelo patrio y en una tierra extraña son las mismas y los que vuelven a casa y los cautivos sufren la misma amargura. Pues no encuentro en absoluto ninguna diferencia, ni me pregunto qué cadena rodea mi cuello con más peso: caiga bajo el lazo del frío hierro o quede expuesto al tributo de la gula, la situación es la misma. Yo en ayunas llevaré la comida a un hombre ahíto y, lo que es peor, que no me ama. ¡Con cuánta repugnancia rechazará los alimentos que yo le ofrezca! ¡Con qué rencor pisoteará mis atenciones, un hombre de quien no logré alcanzar sentimientos de misericordia, incluso cuando me hallaba en una situación extrema!

25 Él mismo reconoce que, en igualdad de condiciones, yo y mi hermano pedimos por carta nuestra redención, con análogos lamentos imploramos que nos liberara, le dirigimos cartas estando en la misma situación. No lo niego, no lo desmiento: con esta objeción se apunta una victoria[246]. Sin embargo, yo pido conocer ¿cuál ha sido la causa de que, mientras fueron dos los que pidieron, dos a quienes estaba obligado, sólo uno recibió (el dinero del rescate)[247]? Por ambos te adentraste en el mar y, por lo que dices, guiado por la piedad atravesaste los peligros del elemento líquido.

26 ¿Quién puede creer a un hombre que habla de su amor a dos hijos y vuelve con uno solo? La misericordia es digna de alabanza cuando ha sido puesta a prueba. ¿Con qué sentido de la vergüenza se habla de cariño, cuando faltan sus

---

[246] La objeción que aporta el padre es que son dos quienes le piden el rescate y él no tiene dinero más que para liberar a uno.

[247] El «mientras» *(dum)* es una conjetura de G. Hartel que me parece que ayuda a entender mejor el texto.

consecuencias? ¿Acaso quedan por completo verdaderamente abiertos los secretos pensamientos del corazón con la llave de la palabra? Es pura fachada la piedad que, aun cuando permaneciera callada[248], no corresponde a la realidad. Entre todos los hombres subsiste el amor cuando no se le arranca de raíz, si se me permite esta jactancia.

La ley dice: «que le alimente o que sea encarcelado». Mi padre reclama: «este alimento se le debe al padre, incluso aunque éste no le haya rescatado».

¡Pues sí que te armaste bien para defender tu posición 27
cuando no cumpliste con el deber al que estabas obligado por naturaleza!: contribuye a hacer inestable una defensa todo lo que se niega vergonzosamente a la ley natural[249]. Créeme, cuando la ley ha dicho «padre», no ha excluido al «que rescata»; a través de esos títulos, (la ley) ha exhortado, ha mandado, ha exigido que se cumplan con generosidad todos los deberes sacrosantos de una función que es sagrada.

Mi penosa situación ofusca tus sentidos para la comprensión de este asunto. El rescate del hijo, que está incluido necesariamente en el amor por él, no pudo estar incluido también en los preceptos legales.

Tú me acusas de falta de afecto y de envidia por la libe- 28
ración de mi hermano, mientras alabas a los hijos de Leda[250]. Pero ignoras que, si entre ellos hubiera tenido lugar una elec-

[248] Mucho más, cuando grita y amenaza, como en este caso.

[249] Ennodio habla de *uentosum munimen*, es decir una fortaleza expuesta al viento, para expresar que la mejor fortificación es la natural y, aplicando este principio al caso que nos ocupa, que en una causa judicial no es posible defender a un partido que ha dejado incumplidos los deberes de la naturaleza: *genuina puritas*.

[250] Leda, esposa de Tindáreo, rey de Esparta, dio a luz dos hijos, después de que Júpiter se uniera con ella adoptando la forma de un cisne. Éstos, Cástor y Pólux —llamados también los Dióscuros—, son ejemplo de unión y armonía entre hermanos.

ción discriminatoria, análoga a la tuya, ésta habría originado un conflicto porque tú habrías destinado a uno al esplendor de la luz por toda la eternidad, y condenado al otro a la posesión del yugo de la noche[251].

Miento, si es verdad que tomaste otras decisiones respecto a tus hijos. ¿Qué pensaste que podía pasar cuando el pirata liberó a uno, para no tenerle en su poder nunca más, y retuvo a otro, para no dejarle jamás libre, puesto que el padre se lo entregaba de buen grado?

29 No dudo de que tenía en ti su origen todo lo que soporté en aquella tierra salvaje después de que tú me vieras. Me abandonó toda esperanza cuando el que debía haberme redimido desapareció del suelo bárbaro sin mí. ¿Qué naves en dirección a las costas inhumanas no fui el primero en atisbar? ¿Qué no me imaginé, cuando los ojos ya no podían seguir al disiparse la visión, dado que quienes esperan algo ansiosamente escudriñan con tanta más sagacidad?

30 ¿Cuántas veces antes de tu llegada, si acaso el pirata nos permitió tomar el aire, se me apareció mi padre en personas ajenas y vi, sin la fealdad de la mentira, lo que mi amor se había imaginado? Los corazones largo tiempo atormentados son heridos muchas veces por imágenes de este tipo.

¡Ay! Cuántas veces, cuando yo me negaba a tomar los alimentos que me ofrecía el pirata, este bárbaro me prestó ayuda con este consuelo: «No temas, no suspires por esta aflicción; si tu padre vive aún, estás alejado sólo un poco del puerto de la libertad».

---

[251] Aunque ambos son fruto de la misma madre, normalmente se dice que Pólux es hijo de Júpiter, mientras Cástor tiene por padre a Tindáreo. Esta diferencia es sustancial, pues mientras el primero es un dios y puede habitar en el Olimpo, el segundo es mortal. Pólux, a impulsos de su amor fraternal, logra de Júpiter que ambos puedan habitar en días alternos la tierra y el cielo.

He aquí pues, que en algún momento mi suerte estuvo cerca de mis deseos. Incluso el pirata, para darme ánimos, me anunció la llegada de este hombre. No estuvo lejos del amor que corresponde a una clemencia íntegra, el que recibió contento a quien había de pagar el rescate. 31

No nos raptaron, jueces, personas inhumanas; fueron hombres que podían haberse conmovido incluso con ruegos; si las lágrimas hubieran compensado la falta de dinero, mi padre habría devuelto a casa a los dos a la vez. Ha demostrado que no quería que ocurriera lo que podía haber pedido sin gran coste. Sopesad, por favor, lo que ahora me pide por vía de derecho el que no me socorrió con sus ruegos, cuando yo estaba en las últimas.

Has añadido que estás protegido por los privilegios naturales y que no está permitido pedirte responsabilidades por el delito que cometiste a mi respecto. Pero no tiene la prerrogativa de la inocencia el que coloca su propia defensa en la fuerza. Que resplandezca la inocencia en la nitidez de su acción. Sin disimulo confiesa sus crímenes el que piensa que su seguridad estriba en el hecho de que es más poderoso: a los culpables no hay autoridad que los defienda; en el caso de los facinerosos desaparecen los derechos sagrados del nombre[252]. 32

EPÍLOGO

Y así, jueces en sumo grado justos, con una nueva pena de mi corazón, después de haber sufrido la cautividad de los ladrones, he alegado todo esto, como si estuviera en condiciones de proporcionar lo que se me pide, aunque yo no me encuentre en deuda alguna. No tiene en cuenta (mi padre) mis huesos 33

[252] En este caso, el nombre de padre.

desprovistos de carne, agotados por la falta de humanidad de mis dueños y no contempla que mis recursos naturales han sido explotados por los verdugos.

Todo lo que hay de humano en mi cuerpo, lo han sacado a la luz los tormentos y lo más profundo de mis vísceras se ha desparramado a instancias del bárbaro con sus suplicios,
34 mientras mi padre no se dignaba asistirme. Sobrepasa toda medida la atrocidad que, a la hora de exigir deberes, no mide en primer lugar las fuerzas.

Tú, aunque veas el vigor propio de mi edad demolido por la carga de las desgracias que han caído sobre mí, aunque veas la fuerza de mis años triturada por la variedad de mis múltiples calamidades, aunque yo mismo sienta los achaques de la vejez junto con las aspiraciones de la juventud, no dejas de pedirme lo que incluso un enemigo perdonaría a una persona agotada.

Tú quieres percibir el pago de un impuesto de mi parte y además me abrumas con la grandeza de tu nombre y con tu autoridad de padre, cuando desdeñas mostrar la misericordia que debes a cualquier ser humano, incluido un hijo.

35 Que la providencia divina[253] dé cumplimiento a tus intenciones con este premio: que puedas contemplar hechos realidad una segunda vez los anhelados funerales de tu estirpe y que tú, que sufres por la presencia de este hijo vivo, obtengas de su tumba el cumplimiento de tus deseos[254].

---

[253] Esta expresión —*superna dispensatio*— parece contener de nuevo una invocación a la providencia divina y marcar una diferencia sustancial entre la declamación de Quintiliano —quien repetidas veces apela a los dioses (nn. 5, 7, 9, 18, 21) o achaca a la fortuna la suerte de los hijos (nn. 14, 21)— y la presente composición. La idea está expuesta de una manera especialmente retórica.

[254] Mientras algunos de los manuscritos más importantes —Vaticano, Troyes— concluyen esta *dictio* con *finit* «acaba» precedida de punto, el de Bruselas añade la suscripción, aparentemente del mismo Ennodio: «Yo, Ennodio, corregí (esta declamación) mía con la ayuda de Dios».

DECLAMACIÓN XXII
(380)

RESUMEN

Esta composición presenta una elaboración análoga a la de la anterior, pero mucho más sencilla, puesto que no distingue más que un *prefacio* (1) y el *tema*, encabezado por la letra de la ley (2-12).

El *prefacio* finge que el autor es rival de Arátor[255] en el litigio que va a exponer. Ennodio asegura que en cualquier caso se resolverá a su favor porque su oponente es, al mismo tiempo, su discípulo (1).

El discurso está puesto en boca del conquistador de una ciudad de quien se exige que deje en libertad a los sacerdotes y vestales que han servido a los dioses del enemigo. Su argumento principal es demostrar que no es posible que, tras la derrota de su ejército, permanezcan vigentes las leyes dadas por los gobernantes de los vencidos (2). El derecho de la guerra exige que el único límite al poder sea la voluntad del vencedor (3). La verdadera ley está a favor de que el guerrero obtenga el premio a su esfuerzo, logrando así calmar su sed de seguir luchando (4). Aparte de que no pueden seguir vigentes leyes que fueron promulgadas por un derecho extranjero, los dioses mismos han dado muestras de que, al permitir que sean vencidos, no aceptan las ofrendas de los derrotados (5). Es injusto, pues, arrogarse

---

[255] El mismo personaje que conocemos de D 9 y 12, ahora convertido ya en un profesional y por eso calificado por Ennodio como *egregius adulescens*.

el auxilio de los dioses para privar al vencedor de su botín (6). Esa interpretación de la ley es un contrasentido, porque según ella los dioses quitarían lo que había sido logrado con su auxilio (7).

Los sacerdotes y las vestales que son dignos de la libertad son los que han contado con el favor del cielo (8), pero éstos se han comportado de una manera miserable, de modo que nada en su conducta les ha revelado como tales (9). Los verdaderos ministros sagrados no pierden su compostura en los momentos de dificultad (10). El párrafo once plantea dos últimas objeciones del partido contrario y las réplicas secas del conquistador (11).

Finalmente, en el *epílogo*, el autor apela de nuevo a los jueces para que con su decisión ayuden a esclarecer los verdaderos signos del sacerdocio (12).

INTRODUCCIÓN

1 Ciertamente este joven brillante, al componer sus inspiradas y razonadas ideas, las ha dotado también de riqueza verbal y ha proferido, con un discurso digno de respeto, aquellas que ha creído que favorecían a la fe religiosa. Mas, ¡lejos de nosotros las intrigas creadoras de opinión![256]; ¡dejemos de lado comentarios propios de tratados maliciosos! Nosotros no pronunciamos una declamación contra Arátor, ni tampoco segamos con hoz hostil el brote digno de alabanza que sale a la luz del día.

Al contrario, marcándole la pauta que debe seguir al hablar, estamos convencidos de que en él, si se da el caso de que gane, nuestro triunfo será aún mayor, porque ha bebido de nuestro magisterio todo lo que él, dotado de una amplia

---

[256] *Opinio* tiene aquí un doble sentido: de una parte alude a la opinión que los demás tienen de uno, la fama de que goza (D 25, 8), el juicio que merece su comportamiento (D 23, 2), pero también a la sentencia que los jueces emiten.

ciencia, haya podido producir con la ayuda de Dios. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo[257].

EL TEMA. LA LEY

Al tomar una ciudad, sean dejados en libertad los sacerdotes y las vírgenes vestales del enemigo.

Tras la victoria en una confrontación bélica, entre los 2
triunfos y las coronas de laurel, no puede mantener su vigencia una ley que fue promulgada con el fin de resistir a los vencedores. ¿Qué hemos hecho con las espadas a través de la muerte, si vamos a tener algo que temer después de la batalla? Yace muerto ante mis ojos todo lo que hasta ahora me amenazaba y, tras haber desaparecido el ejército enemigo, no sé qué nos traen ahora las leyes del terror, promulgadas por los príncipes que han sido vencidos y muertos.

Quien con arrogancia opone cortapisas legales a hombres 3
armados, no sabe sopesar adecuadamente la calidad del valor probado. Cálmense los corazones cobardes con este tipo de barreras; yo he disipado con la espada todo lo que me quitaba una libertad sin límites. Quienquiera que sea, tan sólo puede negarnos aquello que no queremos; estoy satisfecho de tener aquella frontera, a cuya transgresión no me impulsan mis deseos. La ley me concede tener todo lo que se me antoja. Que la paz y el derecho tengan algún efecto al establecer prohibiciones: la naturaleza ha puesto a mi alcance todo lo que he conseguido por la fuerza, una vez puesto en pie de guerra. Para nosotros la sola ley escrita es no tener miedo a nada.

---

[257] Esta invocación —que omiten muchos manuscritos, pero recoge el de Bruselas— la incluye F. VOGEL en su edición, mientras G. HARTEL prescinde de ella. No deja de ser llamativa, así como es sorprendente el continuo entrecuzarse a lo largo del texto de términos paganos y cristianos. Véase, L. NAVARRA, «Le componenti letterarie e concettuali... », pág. 472.

4 Y, sin embargo, he traído a colación ante vuestros oídos como si fuera la formulación correcta, la ley que es impugnada[258]. En realidad, la ley, madre nutricia de hombres valerosos, vindicadora de la libertad, protección de la patria, manda que sus héroes, tras la batalla, mantengan una renovada intención de conseguir el premio. No contenta con las acciones de guerra victoriosas, al tiempo que paga el precio del sudor, apaga las ansias de nuevas peleas. ¿Son buenas por tanto las prescripciones que se oponen a que nos hagamos buenos[259], las que suprimen el fruto de nuestros trabajos? ¡Oh, jueces prudentísimos!, nos sancionan con una autoridad que no les compete.

5 ¿Acaso es justo que mantengan su validez prescripciones escritas a partir de un derecho extranjero? ¿O parece razonable que desaparezca de antemano la esperanza de un futuro botín? ¿Qué tipo de religión nos proponéis en las personas de esos sacerdotes? Los he conquistado bajo la guía de un Dios, a quien tú veneras en ellos[260]. Aquellos a los que tú, por miramiento hacia Él, quieres sustraer al yugo de mi servicio, tienes que saber que se encuentran en cautiverio por mandato suyo. Atenta contra los dioses el que levanta a quienes la decisión de los mismos ha hecho caer; si hubieran merecido ser servidores de los habitantes del cielo, nunca se habrían convertido en servidores de los hombres, estos a los que tú ahora te afanas por quitarme.

---

[258] Esta frase recoge de nuevo, en un paréntesis, el tenor de la ley, citada al principio, contra la que Ennodio está dirigiendo su invectiva, que continúa.

[259] Adoptamos la versión de MGH, que se aparta aquí del manuscrito de Bruselas. CSEL sin embargo lo sigue y da un texto que diría: «Todas aquellas (leyes) que supriman el fruto de nuestros trabajos, oh jueces prudentísimos, nos sancionan con una autoridad que no les compete».

[260] Como parte del ejercicio retórico, Ennodio pasa sin dificultad en sus interpelaciones del plural, dirigido a los jueces, al singular del orador oponente. Algo análogo hace con la tercera persona, con la que unas veces alude a la ley y otras a los dioses.

He aquí que disputo contigo de palabra sobre el sentido 6
de la ley, como si no tuviera armas que arrojar en lugar de una respuesta. ¿Qué justicia presumes en una ley que, para sostener al enemigo, le adjudica aliados que son capaces de ampliar imperios[261]? Suprime la esperanza del botín y has quitado el aliciente a la guerra; y si se suprime con fraude una característica esencial del vencedor, se convertirá en penitencia lo que he anhelado arriesgando la vida.

Es insensato buscar la justicia, no digo ya en una ley, sino 7
en una prescripción tiránica que propugna —en contra de la honestidad y la justicia, bajo el manto de la piedad —la ingratitud con los dioses, el castigo al valor. No sabes, tú que eres el más locuaz de los hombres, qué justo es el dolor que nace de la pérdida del fruto del trabajo. Esto equivale a decir: os quitamos lo que habéis conquistado con la ayuda de los dioses. He visto la ciudad enemiga como si se consumiera en medio de un incendio y también que las mismas sedes de los habitantes del cielo se abatían, abandonadas y despojadas de su carácter sagrado. Y tú, ¿piensas que aún queda algo que no deba ser propiedad de los vencedores? ¿Cómo es que incluso una ley, convertida en algo frívolo y vacío, se hunde en la confusión?

Pues dice (la ley) que los sacerdotes y las vírgenes vesta- 8
les deben gozar de libertad. Creo que se refiere a aquellos en los que el habitante del cielo da muestras de tener su domicilio, a los que el favor del cielo ha mostrado con su ayuda que son más grandes que los mortales. La ley expresa su respeto ante aquellos sacerdotes a quienes los dioses quieren dar a conocer como tales[262].

---

[261] Es decir, los dioses.

[262] Para G. Hartel son los dioses, no la ley quienes señalan a los sacerdotes que merecen reverencia, dándoles la victoria. Por eso, conjetura *indicunt*, en vez del *indicit* que trasmiten los manuscritos.

9 Hemos visto cómo, entre las cenizas de la ciudad caída, los miserables a los que éste[263] defiende esperaban ayuda tan sólo de las lamentaciones y cómo, no teniendo confianza en nada más, erraban a propósito entre la multitud que había caído prisionera. En aquellos rostros no resplandecía una luz fuera de lo común, ni el gozo que indicara su oficio. Aquellos a quienes, en las tempestades del mundo, acoge el puerto de una conciencia limpia, no conocen la turbación en medio de las contrariedades. Hemos visto a unos que temblaban más que los demás afligidos; y a esos tú, ¡oh, ley ridícula!, les concedes títulos vacíos de significado.

10 ¿Qué lugar ha quedado para los méritos, si este deber sagrado se apoya sólo en el nombre[264] ? Creo que una cosa es llamarse, y otra ser sacerdote. He visto muchas veces que los dardos dirigidos a su cuello han caído ante las caras maceradas por los ayunos y que las espadas han perdido su cruel naturaleza, derrotadas por personas inermes. Si creéis a uno que se lanza a pronunciar palabras sobre temas relacionados con la religión, no ha sido ministro del templo el que necesita un auxilio humano en situaciones críticas, de cualquier tipo que sean. El árbitro supremo sabe revestir de una luz renovada a los que le pertenecen. No permanece oculta esa inconfundible unión celestial[265] y resplandece, por más que esté revestida con la túnica de la fragilidad humana.

11 ¡Qué más oponer a tus argumentos! Vienen dispuestas a convertirse en esclavos personas que no merecen ser arrastradas a la servidumbre[266]. En esta situación extrema, el que es

[263] Aquí también —como en nota 260— Ennodio juega con el cambio de sujeto interpelado.

[264] Es decir, si el derecho a ser respetado se basa sólo en el título sacerdotal.

[265] Entre la divinidad y el sacerdote.

[266] Aquí también, G. HARTEL opta por una forma interrogativa para introducir la nueva objeción del adversario.

indigno no se rebela[267]. Corren al encuentro de la cautividad unos hombres cuya mentalidad es digna de puestos culminantes y se niega la supervivencia[268] a aquellos a quienes se deshonra por el hecho de ser obligados a desempeñar quehaceres indignos. Esas personas, a quienes tú defiendes, marchan hacia su ruina si nunca van a merecer ser absueltos. Esas penalidades no pueden ser evitadas a personas acerca de las que no comprendemos qué les queda todavía de humano.

Ayudadme, amigos, ayudad a mis colegas y, con la ayuda 12
de la verdad, sofocad la palabrería de mi oponente. Se trata un asunto del que ya conocemos el tenor de la sentencia de los dioses[269]. Reciban su merecido los acusados, a fin de que podamos contar con buenos sacerdotes. Quede establecido por medio de ellos que es la luz del Dios supremo la que proclama quién es suyo, no una habladuría conciliadora ni una defensa sin solidez.

---

[267] Es decir, merecen esa pena y en todo caso no sufren por ella.

[268] Otra nueva objeción, que muestra el barroquismo en la expresión de Ennodio, quien describe este concepto con la construcción *peruicaciam mortalitatis eliminant*, al pie de la letra «se les elimina la tozudez respecto a la muerte».

[269] Casi al final de la disertación acumula Ennodio los efectos retóricos con esta brillante aliteración: [...] *de qua quid senserit superorum sententia* [...].

DECLAMACIÓN XXIII
(467)[270]

RESUMEN

Esta corta composición presenta, precisamente por su concisión, algunas dificultades de interpretación. El primer párrafo está puesto en boca del acusador, que explica a los jueces el caso. El segundo parece proceder de labios de la madre —a quien el criminal intenta calumniar—, quien cuenta con un segundo hijo, al que el mayor pretende atraer a su partido o incluso ha eliminado ya. En el tercero, el orador interpela al acusado, a quien condena la realidad de los hechos. Una última frase capta la benevolencia de los jueces.

Jueces, tras haber pretendido que su madre consintiera a la fuerza en el hecho de haber asesinado a su buen padre, un hijo desheredado intenta ahora perturbar la inocencia de los jueces y paliar en algo las consecuencias de un crimen manifiesto. Ignoramos qué palabras puede encontrar este criminal que avalen su defensa; al refutarla, nosotros ponemos al descubierto su fallo[271]. 1

[270] J. Sirmond en su edición encabezó esta declamación con el título: «Contra el hijo desheredado que, después de matar a su padre, insidiaba también a su madre».

[271] Es decir, el fallo de la defensa.

2 Este hijo, pervertido por el mal de la contumacia, tras haber asesinado a su padre, intentó eliminar la opinión de la madre[272]. Dolido porque hemos escapado a su puñal, atenta ahora contra nuestra fama con un arma aún más temible teniendo en cuenta el pudor propio del sexo. Nosotros mostramos la pared que ha roto[273], el camino que ha seguido este depravado. Él profiere palabras que van contra la realidad y, para salvar la apariencia de que nos asista una ayuda fidedigna, atrajo a su partido a nuestro hijo pequeño. Éste, que desconoce el engaño, ha sido seducido por el artificio de sus palabras. Así ha logrado que también sucumba aquel que se pensaba que había sobrevivido.

3 ¿Para qué pretendes cegar con imposturas la imparcialidad de la justicia? Este hombre escandaloso no fue capaz de perdonar y no matar a aquel a quien tú dices ahora con falsedad que amaba. ¿Acaso hacen falta argumentos, allí donde su hecho da fe de la verdad con voz propia? Has perdido toda esperanza de defensa, al marcar a hierro los miembros de tu madre[274]. Mas, aunque el abogado defensor sea hermoso y brillante, nosotros no tenemos ojos para contemplar estos hechos.

---

[272] Para *opinio*, véase la nota a D 22, 1.

[273] En este pasaje, oscuro en los manuscritos, mientras F. Vogel lee *ruptum parietem*, G. Hartel prefiere *ruptam patri ceruicem*, texto que habría que traducir: «la cabeza rota a su padre». El segundo es el sentido más lógico. La solución podría ser interpretar *parietem* como el parietal, un valor desconocido en toda la literatura latina. Para esa zona de la cabeza se utilizan las expresiones *caelum capitis* (Plinio), *medium capitis* o *bregma* (Celio Aureo). Véase, J. André *Le vocabulaire latin de l'Anatomie*, Les Belles Lettres, París, 1991, pág. 196.

[274] Esta frase, a mi modo de ver, se dirige directa y bruscamente al acusado. De este hecho, y en general de los saltos de perspectiva que se observan en toda la composición, podría deducirse que estamos ante un texto elaborado a base de retazos —quizás la expresiones más brillantes desde el punto de vista retórico— de una declamación más amplia.

DECLAMACIÓN XXIV
(208)

DECLAMACIÓN QUE A SU TIEMPO ENCARGÓ EL MISMO DEUTERIO[275]

RESUMEN

Con ésta, comienza el último grupo de las declamaciones, de contenido épico, que hemos considerado suasorias. Está dividida en dos partes: la primera presenta el tema en forma de un corto poema compuesto por tres dísticos elegíacos. La segunda es encabezada con el título de alocución.

Diomedes, tras haber llegado a puerto, sufre en tierra firme el naufragio de contemplar la infidelidad de su esposa. Corta *captatio beneuolentiae* de los oyentes (Tema). Interpelación a los dioses suplicando la continuación de su navegación errante, o la solución de su desgracia (1-2). Descripción de ésta como una prueba extrema a la que le somete la fortuna (3-4). Conducta virtuosa de su mujer durante el tiempo en que el héroe estuvo presente en su hogar: no ambicionó llevar una vida lujosa, se dedicó a la educación de sus hijos (5-6). Cuando faltó la autoridad del varón, cayó en las debilidades propias

[275] Se trata del gramático de Milán, maestro de Lupicinio y Arato (D 8 y 9). Lo que no está claro es si el hecho de que recibiera este encargo —*iniunxit*— significa que Ennodio improvisó esta declamación. Véase, *HAW* VIII B 4. 2, 143.

de su sexo y acabó accediendo a los deseos de un adúltero (7). Manifiesta su propósito de continuar su navegación errante (8).

TEMA

Diomedes[276]*, tras haber arrostrado el mar, cuando ya se sentía seguro, lamenta en tierra firme un naufragio que se ha producido sin agua. Su esposa, aquella por la que había superado esforzadamente múltiples tormentos, se había unido a otro. La causa de la querella es auténtica, aunque con nombre fingido. Os ruego que escuchéis pacientemente sus palabras.*

ALOCUCIÓN

1 ¡Oh, dioses!, si es verdad que nada acontece sin que lo hayáis dispuesto, o vuestro poder está dividido, o sois autores también de las desgracias. Y si el cuidado de los asuntos

[276] A pesar de tener un nombre griego, este héroe es de origen tracio, es decir bárbaro, como lo atestigua el culto primitivo que se le presta, incluidos los sacrificios humanos. Aunque en la literatura se le pone en relación con otras epopeyas, como la rivalidad con Hércules o el asalto a Tebas (*Ilíada* IV 405), es sobre todo famoso por su participación en la guerra de Troya. HOMERO, en la *Ilíada*, le hace desempeñar un papel preponderante, junto a Aquiles, entre los guerreros griegos —cantos V, VI, VIII, XI— y junto a Ulises, a quien acompaña en el robo del Paladio. En la Odisea sólo se le cita una vez (III 167) con la información de que, tras la caída de Troya, volvió en cuatro días a Argos, de donde huye al encontrarse con la infidelidad de su mujer Agialea. En efecto, Venus, en venganza por la herida que le había infligido Diomedes, infundió tanta libidinosidad en el alma de la esposa del héroe, que ésta sucumbió a los requerimientos de Cilabaro. Diomedes huye de su patria y emprende una vida errante por Libia, Iberia e Italia, donde vuelve a encontrarse con el troyano Eneas, a quien ya no considera enemigo (VIRGILIO, *Eneida* XI 279).

humanos preocupa a alguno de entre vosotros, concededme la felicidad del que vuelve a casa o el vagabundeo al que habéis puesto fin de manera poco grata. Si hay que decir que el cielo es propiedad de los hombres piadosos, si se conceden alegrías a los mortales a consecuencia de sus ruegos, no mezcléis la venganza a vuestras buenas acciones.

¿Por qué hemos presentado nuestros ruegos para lograr un efecto tal que, con la aprobación del cielo, se prepara- 2
ra la adversidad a partir de una situación próspera? Sedme propicios, por favor, y quitadme de encima las calamidades que me habéis traído: séame devuelto el mar, no vaya a ser que mi honra sucumba en un naufragio en tierra firme. El no tener experiencia de la desgracia, cualquiera que ésta sea, es ya una especie de acontecimiento venturoso[277]. La ignominia que ha sacudido mi rostro no habría afectado a una persona ausente.

No hubiera creído haber perdido a mi esposa, ¡para mi desventura!, si no hubiera regresado a ella. La calamidad de 3
la que he escapado ha cambiado por completo mi situación. Estuvo más cerca de darme estabilidad mi vagar por el elemento líquido; en mi suelo natal he perdido el puerto que tantas veces alcancé en el fondo del vasto mar[278]. ¿Es éste el hogar anhelado, cuya evocación me prometía el olvido de los peligros, siendo así que la contemplación actual de mis males podría hacerme desesperar de llegar a sentir alegría en el futuro?

---

[277] La construcción gramatical de esta sentencia es especialmente rebuscada y podría traducirse así: «ser ignorado por cualquier tipo de males que puedan ocurrir, está cerca de acontecimientos favorables».

[278] En estas tres cortas frases juega el autor con la contraposición entre su situación anterior y la actual, su calidad de marinero errante y habitante de tierra firme, los peligros de la navegación y el naufragio en tierra firme, la inestabilidad en el agua y la realidad de su desgracia.

4 El fin de sus desgracias, ¿para quién ha sido alguna vez la cuna de un recomienzo? ¿Quién ha conocido un nuevo arranque, tras haberse consumado su caída? ¿Ha ocurrido alguna vez que no sean amadas las cosas que se han buscado con afán? ¿Ha sucedido que la evasión de un peligro se haya convertido en desgracia para un hombre? A mí una fortuna funesta me ha abatido continuamente con nuevos golpes; si los cambios de mi suerte se vuelven a peor, que al menos conserve una apariencia sencilla de causarme daño, no vaya a ser que en sus sucesivos ataques se vuelva arrogante.

5 ¡Escuchadme vosotros, compañeros de desgracias!: tuve una esposa, a quien enseñé a ser pudorosa, de acuerdo con la ley de la naturaleza; la nobleza de su origen había crecido en ella a base de instrucción de manera que, protegida por una doble defensa, de ningún modo podía creerse que estuviera sometida a los ataques del vicio ni que la firmeza de su castidad se dejaría ablandar por la molicie de la lujuria.

6 No ambicionó nunca los adornos del metal dorado ni realzó la blancura de su cuerpo con el brillo de piedras preciosas; no usó ningún accesorio de lujo, durante todo el tiempo en que fue mi complacencia; supo que los derechos sagrados del matrimonio no se cumplen con deseos de vanidad y que una mujer casada no se ganaba la fidelidad de su cónyuge cuando buscaba otro esplendor fuera de aquel que se desprende de las buenas costumbres. Mantuvo la libre servidumbre de la educación de los hijos, mientras se comportó de tal manera que de una parte mereció que yo la añorara y de otra consideró que su esposo nunca estaba ausente.

7 Aquella mujer había endurecido su sexo con la firmeza de carácter, hasta que en ella los rasgos de debilidad propios de la manera de pensar femenina echaron a perder su firmeza, al faltarle la autoridad viril. Poco a poco, vacilante en sus principios, se debatía contra las caídas de su sexo y, volviéndose a otras costumbres, le divertían los extravíos propios de las

mujeres. Finalmente, sucumbió imitando a aquellas que suelen provocar el llanto de sus maridos. Como se dice, apartó de sus labios la copa de Circe[279] y accedió al deseo de un adúltero.

Mas, ¿qué haremos, atrapados como estamos entre angus- 8
tias e incertidumbres? Acójanos, como si fuera un remedio, una travesía odiosa: que tripulaciones cansadas de remar sueñen de nuevo con cadenas hechas de cáñamo; que la mano derecha se pegue al timón para moderar por medio del gobernalle los movimientos de la popa, frenada por las olas; que el cielo tachonado de estrellas vuelva a ser contemplado por nuestras miradas; que las rutas de la noche se abran a las indicaciones de nuestras órdenes.

Que todo esto sirva de alivio a mis ojos, con tal de no contemplar la tierra donde un matrimonio ha sido profanado: huyamos de la patria en la que nuestro matrimonio se ha convertido en algo tal, que hasta el haberlo perdido me avergüenza y que los dioses no tengan a bien recibir mis súplicas[280].

---

[279] *Poculum Circeum* es la copa de veneno que tomó Circe al ser abandonada por Odiseo. Esta alusión a un acontecimiento que Diomedes no podía conocer, es un claro anacronismo que se le escapa a Ennodio.

[280] En MGH se añaden a esta composición ocho hexámetros, que Ennodio incluyó al enviársela a Deuterio, pero que en realidad constituyen el poema II 90. En nuestra edición, ocupará ese lugar.

DECLAMACIÓN XXV
(220)

PALABRAS DE TETIS CUANDO VIO MUERTO A AQUILES[281]

RESUMEN

El disfraz de Aquiles como mujer no ha servido de nada, porque se ha visto envuelto en la guerra de Troya (1). Tampoco juega a su favor la inmortalidad de la madre (2). La condición de ésta es inferior a la de los mortales porque no le queda ni siquiera el consuelo de poder morir junto con el hijo (3). Ruego a Júpiter, o al destino, para que le sea concedido al menos esto (4). Recuerda sus medidas para proteger —baño en la laguna Estigia—, educar —bajo las órdenes del centauro Quirón— y ocultar a su hijo en la isla de Esciros (5-7). Vaticina la muerte de Aquiles y su propio destino, triste, al quedarse sin él (8-9).

[281] La saga de Aquiles tiene muchas versiones. Comentamos aquí los rasgos de los que habla Ennodio en esta obra. Tomamos los datos, también sobre las fuentes literarias, del artículo correspondiente de RE I 221-245. Ante la alternativa de que Aquiles muriera joven de un modo heroico o anciano sin gloria, la nereida Tetis había pedido para su hijo el segundo tipo de muerte. De ahí su lamento, bien sea ante la marcha del héroe hacia la guerra, o bien ante el cuerpo del joven, abatido por una flecha disparada por Apolo, por Paris o por el primero sirviéndose del segundo, a su entrada en Troya. (Véase, por ejemplo, Ovidio, *Metamorfosis* XIII 500).

1 El intento de fraude de una madre ha sido interceptado por una decisión divina. Los hados han encontrado a mi hijo Aquiles y lo han sustraído a su otra naturaleza; no ha servido de nada que mi astucia haya cambiado el sexo del que le había dotado su nacimiento[282]; ni con el paso del tiempo ha aprendido a ser una mujer, y las costumbres refinadas han mantenido su ánimo de varón esforzado. ¿Quién podía creer que sería ineficaz una disposición que ambas, la madre y la diosa[283], habían adoptado?

2 No es ningún privilegio la inmortalidad que una madre, ni trasmite a su descendencia, ni logra que, gracias a ella, su hijo sea eximido de la muerte. Somos dioses para no estar sometidos nunca al dolor[284]. ¿Qué condición[285] es ésta, cuando de lo más profundo de nuestras entrañas damos a luz algo que está sometido a la muerte?

3 ¡Ojalá fuera lícito a la potencia de los dioses entregar a su posteridad lo que posee, o le fuera concedido al menos perecer, para poner fin a su duelo, al morir sus seres queridos. Somos inferiores a los hombres nosotras que damos a luz a seres semejantes a ellos[286], pero estamos sometidas,

---

[282] La otra naturaleza de Aquiles es divina, al ser su madre una diosa. Para que no participara en la guerra de Troya, Tetis habría llevado a Aquiles a la isla de Esciros cuando tenía nueve años para que fuera educado allí junto con las hijas del rey Licomedes, pasando por una de ellas. (Véase, Apolodoro, *Biblioteca* III 13, 8; Papinio Estacio, *Aquileida* I 207-378). Esta treta no sirve de nada, como explica el texto de la presente declamación.

[283] Tetis es las dos cosas en una persona.

[284] G. Hartel edita esta frase como interrogativa.

[285] Con el término «condición», Ennodio alude tanto a la divinidad como a la inmortalidad.

[286] Traducimos la versión de F. Vogel, que lee *parimus*. Si se prefiere la forma *paremus*, que recoge G. Hartel, siguiendo a los manuscritos y las ediciones anteriores, la traducción podría ser: «que tenemos una apariencia semejante (a los hombres)», o «que obedecemos como ellos», en el sentido de que también los dioses están sometidos al hado.

para peor, al escarnio de las Parcas dado que, de una parte estamos ligadas a nuestros hijos, y de otra no conocemos la muerte.

¡Oh tú, dios supremo!, o bien libra a nuestros descendientes de los golpes de la fortuna o bien sométenos a ella a nosotras, como un don de tu gracia. Si no vencemos a la muerte, séanos lícito al menos sufrirla por una persona querida. Tengo ante mis ojos un futuro sin hijos, más duro aún porque lo he sabido de antemano, gracias a la altura de mi ser eterno. ¡Oh, lamentable felicidad de los dioses, puesto que no se nos concede apartar de nosotros las adversidades que no nos es lícito ignorar! 4

Traigo a la memoria mi solicitud de tiempos pasados y recuerdo mis afanes, con los que en vano he vigilado. ¿De qué ha servido la ayuda de la laguna Estigia[287] al cuerpo armado de mi hijo, cuando intentábamos liberarle del abismo que acabaría por apartarle de nosotros? En el cuerpo de mi vástago hay un lugar vulnerable, un lugar que una diosa ha llevado en su seno. ¿Por qué el agua no bañó hasta las puntas de sus pies, para que el agua, aún más poderosa que los dioses, hubiera excluido del todo la herida? 5

¿De qué sirvió también haber elegido a Quirón[288] como maestro, para que consolidara con la educación la inestabilidad propia de los años mozos? Creo que por diversos caminos educativos conseguimos que a mi hijo le gustara la guerra; bajo la guía de un maestro lleno de valor logramos que las fuerzas que se iban presentando no se atuvieran a consejos. ¿Quién es el que quiso extinguir la sed de combate en un 6

---

[287] Según Fulgencio, *Mitologías* III 7, Tetis bañó a Aquiles en las aguas de la laguna Estigia, entrada en el mundo de los muertos, para endurecerle contra trabajos de todo tipo. Sólo dejó fuera el talón, que permaneció vulnerable.

[288] Cf. nota a D 8, 14.

varón, al introducirle en un escondite de mujeres? Con eso ha ido a preparar para su hijo precisamente aquello por lo que lo previsto le acarrea la muerte.

7 Ya doblegábamos las manos endurecidas por las lanzas a tejer cestillos y un manto bordado en oro o púrpura cubría aquellos hombros, a los que había calentado la piel del despojado león[289]. No fue un cambio fácil que nuestro joven imitara a una muchacha después de haber tomado gusto a la gloria, ni se logra a base de astucia lo que no ordené en los comienzos de su tierna edad.

8 Mas, ¿para qué paso revista al pasado, cuando la crueldad de la desgracia que está por venir conmueve mi ánimo? Veo los despojos de la Troya incendiada y convertida en ruinas[290], aun cuando aún permanezca en pie; veo los combates de Héctor, sangrientos para los griegos[291], cuya fama creció precisamente para que aumente el valor del triunfo de mi hijo, mientras cava su propia tumba; reconozco, arrebatado por las cuadrigas, el cuerpo del que todavía va a plantar batalla y que se quita a los privilegios de mi hijo Aquiles todo lo que el caído pierde en peso[292]; veo que, en definitiva, para lo que sirve la ira es para perecer.

---

289 La hazaña de haber vencido a un león corresponde más bien a la saga de Hércules. Las de Aquiles se concentran más bien sobre la guerra de Troya

290 Véase VIRGILIO, *Eneida* X 45.

291 Héctor es en la *Ilíada* el caudillo de los troyanos, hijo de Príamo y Hécuba. Tras muchos combates victoriosos contra los griegos, sobre todo su victoria contra Patroclo, es muerto por Aquiles en un duelo que constituye el punto álgido de toda la epopeya.

292 La situación que Tetis describe aquí se explica si se tiene en cuenta todo el dramatismo de la *Ilíada*, que se centra en la narración de la cólera de Aquiles. Una vez que los dioses han perdido su neutralidad y cada uno favorece a sus héroes, es Júpiter mismo quien pone en la balanza la suerte de los dos rivales Aquiles y Héctor (HOMERO, *Ilíada* XXII 209-213).

Mas, ¿para qué intento sostenerme con estas considera- 9
ciones épicas, yo que seré privada de mi hijo? Lo demás lo cubriré con el silencio, no sea que su narración acabe conmigo antes de que llegue el tiempo del dolor. Encuentre consuelo mi inmortalidad en el silencio, ya que no lo obtiene en la naturaleza.

DECLAMACIÓN XXVI
(414)

PALABRAS DE MENELAO[293], CUANDO VIO EL INCENDIO DE TROYA

RESUMEN

El autor de la injuria ha sido castigado. Podría decirse que el agravio fue venturoso porque dio pie a una venganza triunfal (1). El rapto de Elena ha traído consigo la conquista de una nueva patria, Troya, y la derrota del raptor (2). Paris fue el seductor; Helena, en su modestia, no habría podido imaginarse un adulterio sacrílego (3). Le han perseguido las furias, el ejército griego ha reestablecido las leyes del matrimonio, para ejemplo de las generaciones futuras (4-5).

Aunque el autor del rapto incendió mi dolor con enor- 1
mes llamas, aunque hemos soportado la injusta violencia, el

---

[293] Menelao es el héroe griego ofendido por el rapto de su esposa Elena a manos de Paris. Él fue el primero que buscó la venganza y desencadenaría la expedición hasta Troya con la guerra consiguiente, que Homero inmortalizó en la *Ilíada*. El incendio de la ciudad es el símbolo del triunfo sobre quien le había afrentado y de la defensa de las leyes sagradas del matrimonio.

autor de tan grave crimen ha perecido, pagando el precio del incendio, junto con todo su pueblo. Casi es venturosa una afrenta que merece tal venganza, aunque sea con gran esfuerzo. ¿Quién se negará a aceptar un destino que va a acabar en un triunfo total?

2 El sabor gustoso de lo que va a seguir disipa la amargura de los sucesos precedentes. Sea dulce haber sentido dolor, puesto que lo lamentan quienes nos lo provocaron[294]. La situación de una mujer a la que se ha raptado con intención viciosa se ha convertido para nosotros en madre de una victoria; la esposa secuestrada nos ha dado a luz un imperio y, de los abrazos de un adúltero, nos ha surgido una patria, que está en nuestro poder. Quienes se rieron de quien había quedado sin mujer, véanlo ahora mientras pisa los soberbios cuellos de sus enemigos.

3 Durante largo tiempo tuvimos una esposa educada en costumbres honestas, desconocedora de la convivencia con un hombre ajeno, una que no era capaz de desear lo que no es lícito. No fue la costumbre la que la precipitó en el vicio, sino que, instigada por un pérfido raptor, siguió a Paris con una voluntad prisionera. Nunca le movió a ello la conciencia de su hermosura, de modo que creyera que era atractiva, porque —así lo creo— caen en las costumbres más depravadas las que se acuerdan de que son hermosas.

4 Una venganza tan grande ha sido la adecuada para el que pecó; cayó abatido el que tomó para sí el templo de una esposa digna de respeto. ¡Adúltero, usurpa himeneos de este tipo! Alecto[295] te persigue por impostor con estos castigos ejem-

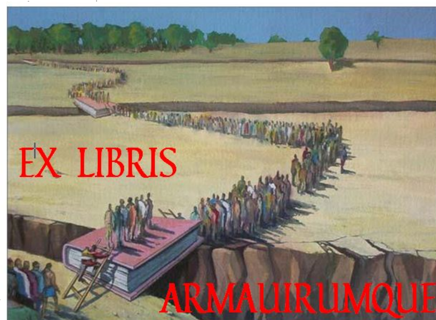
[294] CSEL sigue al manuscrito de Troyes, que escribe un indicativo. Eso permite una traducción más satisfactoria: «Es dulce haber sentido dolor...».

[295] Una de las tres furias, hijas del Aqueronte y la Noche, que persiguen implacables a los que han cometido delitos.

plares. Así conviene que nosotros nos aplaquemos, así que Paris perezca.

Hemos dictado las leyes de los matrimonios, no con palabras sino con las espadas, devastando con una hoz vengadora una cosecha de afrentas. El hecho de que nosotros sufriéramos la pérdida del matrimonio ha servido para salvar a muchos otros.

Decid, vosotras que, doquiera que sea, habéis recibido 5
el título de esposas, si no os sale al encuentro el nombre y el valor de Menelao, cada vez que os hayan seducido los vicios. Aquellas que no tienen el pudor entre sus ideales ordinarios, lo tendrán al menos —si no me engaño— en situaciones extremas. Todas guardarán una disciplina análoga, allí donde observan una misma conducta las que quieren y las que son obligadas.



DECLAMACIÓN XXVII
(436)

PALABRAS DE JUNO CUANDO VIO QUE ANTEO TENÍA LAS MISMAS FUERZAS QUE HÉRCULES[296]

RESUMEN

La diosa expone las cualidades de Anteo y, hablando a lo humano (como si no conociera el futuro), se promete un triunfo para su animosidad contra Hércules, sea cual fuere el resultado de la contienda (1). Repaso somero a los trabajos de Hércules (2). Profecía de las nuevas pruebas que le aguardan y convencimiento de que con ellas la que sale ganando es la diosa misma (3).

[296] Como se sabe, Juno mantuvo siempre una actitud adversa a Hércules, por ser éste fruto de una de las aventuras de su esposo Júpiter. La alegría de la diosa es grande cuando le parece haber encontrado un rival que puede competir con su odiado héroe. Anteo es en efecto un púgil —su figura parece haber surgido en época tardía en las colonias griegas del norte de África, donde se le tiene por rey de la región de Cirene— que recobra sus fuerzas cada vez que toca la Tierra —su madre, según algunas versiones de la saga—, y por eso resulta invencible. Como Juno misma reconoce en el curso de esta composición, acaba sucumbiendo en lucha con Hércules, quien le ahoga en el aire.

1 Finalmente, por una vez, he encontrado a uno que respondiera a nuestros designios, uno que triunfe sobre nuestro enemigo, incluso cuando es vencido[297]. Las fuerzas de Hércules no bastarán, a no ser que le ahoguen. Éste, a quien hemos preparado, es magnífico incluso en sus caídas. Se mantiene firme con su gran estatura por sus propias fuerzas, pero alcanza el máximo de su fortaleza cuando cae. No sé si Hércules será capaz de vencerle o si, por cualquier motivo, no será lícito que Anteo sucumba ante él; pero con tal de que la adversidad someta a prueba a nuestro enemigo, nosotros ya alcanzamos los laureles del triunfo. Conocemos el futuro, pero conviene que los dioses hablen como si fueran hombres a los mortales.

2 Que Hércules elija lo que prefiere hacer[298]. Debe ser vencido en lucha con el enemigo, debe ser vencido incluso cuando éste yazga en tierra. El que en la cuna se rió de los venenos[299], el que tranquilizó los bosques del Erimanto[300], el que ganó a la cierva en velocidad[301], reciba ahora la posibilidad de elegir su futuro: o abatir al enemigo, teniendo que morir él mismo,

---

[297] En estas primeras frases Juno describe a Anteo como invencible, puesto que caer en tierra, que para otros significa ser derrotados, a él le proporciona un nuevo vigor. Pero ella misma es consciente de la posibilidad de que se le ahogue en el aire.

[298] Ennodio acumula los verbos en esta expresión, que al pie de la letra dice: «Que Hércules provea qué prefiere que debe hacer».

[299] Alusión a los venenos de las serpientes que Juno había introducido en la cuna de Hércules, aún niño, y que éste inocentemente había matado, como en un juego.

[300] En los bosques del Erimanto, Hércules acorraló y capturó al jabalí o cerdo salvaje que allí vivía. Es el primero de los doces famosos trabajos del héroe. Véase Apolodoro, *Biblioteca* II 5.

[301] A la cierva en el monte Queroneo, que tenía una cornamenta sagrada, la capturó Hércules, tras un año de persecución, y la liberó de nuevo, después de habérsela mostrado a Euristeo, quien le había impuesto los trabajos.

o —si tiene miedo a la pelea— sepultarse a sí mismo junto con sus hazañas[302].

Si no me equivoco, el trabajo de la laguna de Lerna[303] 3
se producirá al término de la lucha entre ambos. ¿Quién va a creer que le ha quedado algo por cumplir, cuando vea a su enemigo abatido por tierra? Pero el objetivo de nuestro partido resultará favorecido por esta derrota y la solución de este asunto a favor de mi enemigo, nos proporcionará felizmente un motivo más para que aumente nuestra rigidez hacia él[304].

---

[302] Una vez más difieren aquí MGH y CSEL en sus versiones. Mientras la primera lee *laudibus*, la segunda prefiere *cautibus*, «peñascos». Ambas se apartan, con razón, del manuscrito de Bruselas que da *caudibus*.

[303] Es el lugar donde Hércules luchó y venció a la hidra, la serpiente de múltiples cabezas, y al cangrejo que acudió en su ayuda.

[304] Entiendo que Juno: a) en la primera frase profetiza el trabajo siguiente de Hércules; b) en la segunda, expresa que el héroe, tras derrotar a Anteo, pensará que ya no le espera ningún trabajo más; c) en cualquier caso, la diosa tendrá motivos para reforzar su animosidad contra él.

DECLAMACIÓN XXVIII
(466)[305]

RESUMEN

El discurso está puesto en labios de Dido, la reina de Cartago, al ver alejarse a Eneas, quien la abandona siguiendo las órdenes de los dioses (*Eneida* IV 265 ss.). Con tus hechos desmientes la estirpe de donde procedes (1). No eres hijo de Venus, sino de la fría cordillera del Cáucaso y te han alimentado tigres de Hircania, quitando el alimento a sus propios cachorros. No sirven de nada mis lamentos; para mis dolores no hay más remedio que la muerte (2). Ni Juno ni Júpiter tolerarán esta afrenta a la fidelidad, que une a los hombres con los dioses, ni ese abuso de confianza que la reduce a un estado de abandono (3). Sin embargo, son los dioses quienes han provocado sin duda este despropósito: que abandone un suelo que le ha acogido, para entregarse a la suerte incierta de las tempestades (4).

No tuviste a una diosa por madre de tu estirpe, ni fue Dárdano el autor de tus días[306]

---

[305] En la *editio princeps* esta composición está encabezada por el título: «Ennodio a Pedro». J. Sirmond tituló esta declamación: «Palabras de Dido al ver alejarse a Eneas» y así ha sido recogida por las ediciones posteriores.

[306] Cita textual de VIRGILIO, *Eneida* IV 365.

1 Por cuanto demuestra tu falta de clemencia, has perdido el testigo de tu estirpe, que repudias con tu manera de actuar. Consta que no es hijo de Venus aquel que no ama nada; está en el orden de las cosas que las costumbres den testimonio de los antepasados y que uno muestre con sus hechos de qué padre ha venido al mundo. La diosa de Idalia[307] no reconoce a quien no sabe responder a sus dones. No es la fama la que delata a los hijos, sino la ecuanimidad de su comportamiento; si la conducta se contrapone al nombre que uno ha heredado, a duras penas se puede creer que se trata de esa estirpe.

2 A ti más bien te dieron a luz las fragosidades del frío Cáucaso[308] o te concibió una entraña de piedra en las simas de los montes y, para que tu cruel naturaleza no se ablandara con la nutrición, te alimentaron tigres de la Hircania[309], quitando la salud a los demás cachorros; te crió ese tipo de fiereza que acarrea la muerte.

Mas, ¿para qué me hago ilusiones disimulando?, o ¿por qué me retraso esperando acontecimientos más halagüeños[310]? No ha respondido con llanto a las lágrimas que yo derramaba, atormentada por su amor; su alma cruel no ha consolado mis sollozos con sus propios suspiros. En mis dolores no se ha mostrado como compañero con una pena análoga a la mía. Éste es el único remedio, porque haber encontrado un camarada es casi el único límite en la desgracia.

3 Pero no sé qué decir, ni sé qué he descuidado. Todo esto no lo soportará la mirada benigna de Juno, ni la presencia del

---

307 Idalia es una ciudad de Chipre en la que estaba situado un santuario a Venus.

308 El Cáucaso, la cadena de montes del Asia, entre el Ponto Euxino y el mar Caspio, es un tópico literario asociado al frío en todos los órdenes.

309 La tierra de los hircanos, situada entre Media, Partia y el mar Caspio. Véase VIRGILIO, *Eneida* IV 367.

310 Estas reflexiones varían levemente en *Eneida* IV 368: «¿a qué disimular o para qué males mayores conservar la vida?».

dios del trueno[311]: que, como pago a tantas atenciones, sea yo consumida por su huida y no haya provocado ningún otro sentimiento de piedad que el merecer no ser amada. ¡Ay, fidelidad que cualquier mortal repudiaría! ¡Ay, rechazo violento de todo lo que hasta ahora unía a los hombres con los dioses!

Yo, digna de ser compadecida, acogí a un náufrago y siendo reina me sometí a su mando, haciéndome esclava de una quimera: la duración eterna de la felicidad. Lo que logré ha sido que un fugitivo actuara como dueño de una mujer poderosa[312].

Ahora, ardiendo de ira, me desgarro y me pregunto entre 4
lamentos por qué me abandona mi dueño. Así pues, ¿te alejas, llamado por los augurios de Apolo, y antepones la incertidumbre de la suerte licia[313] incluso a las órdenes inequívocas de la (suerte) que ya tienes en tu poder? Esta crueldad ha sido provocada sin duda por poderes celestiales y el intérprete de los dioses[314] obliga a un hombre a cometer estos excesos: huir de la costa de quien le ama, como si fuera un terreno hostil; exponer su salvación a tempestades, como uno que abandona el suelo que le ha acogido.

---

[311] Juno, y Dido supone también que Júpiter, son contrarios a este comportamiento del héroe.

[312] Este párrafo marca claramente la diferencia entre el clasicismo de Virgilio y la expresión recargada de Ennodio. Lo que el primero expone en un verso y medio (IV 373-374), da pie al segundo para construir todo un juego de antítesis reina / esclava, fugitivo / dueño; y para el estado de ánimo que la declamación describe como «quedar a merced de una felicidad duradera», es decir perseguir un imposible, la *Eneida* se sirve simplemente del adjetivo *demens*.

[313] Licia es una región de Asia menor, famosa por su feracidad, pero sobre todo porque dentro de ella, en la ciudad de Pátara, Apolo tenía un oráculo. Cf. VIRGILIO, *Eneida* IV 377.

[314] Mercurio, a quien Júpiter manda como mensajero a Eneas para trasmitirle sus órdenes. Cf. VIRGILIO, *Eneida* IV 222.

¡Ve, no te detendré más! Me vengará el camino por el que soy abandonada: el mar, en su furor, pronunciará la sentencia. Escucharé las furiosas olas de las tempestades que se levantarán; en medio de los peligros pronunciarás el nombre de Dido, que fue puerto para ti y te lo ofreció. O ciertamente —cosa que temo—, para que no mueras en vida mía y para mi venganza, recibiré noticias del éxito de la navegación que ahora emprendes, después de que yo haya consumido mis días. Contempla el premio inmerecido a tus crímenes: deseo morir yo, que soy inocente, antes que quien lo merece.

Duro e indómito se aleja el nacido del seno de Venus[315] *y contribuye a la alabanza de la estirpe de la diosa, mientras reniega de ella. Venus dio a luz por tanto a uno que ignoraba la palabra amor y la clemente derramó veneno en un corazón ingrato*[316].

---

[315] Eneas era hijo de Anquises y de Venus.

[316] La declamación acaba de un modo patético —efecto que consiguen, tanto el tono épico, como las antítesis madre/hijo, amor/dureza— con cuatro versos hexámetros.

ÍNDICE DE NOMBRES

Abraham: D1, 25.
Acacio: D6, 8.
Adán: M5, 24.
Ádige, (río), M1, 46.
Agapito: M6, 21.
Alamanes: M1, 72, 81.
Alecto: D26, 4.
Alejandría: M2, 46.
Alejandro: M1, 78, 80; M3, 176.
Alpes: M1, 7; M3, 80, 147, 177.
Ambrosio, san: M7, 10.
Antemio: M3, 51, 60, 72, 79.
Anteo: D27, 1.
Antiguo Testamento: M3, 31.
Antonino, san: D4, 5.
Antonio (monje): M4, 6, 7, 10, 15, 17, 20, 22, 25, 27, 31, 39, 42.
Apolo: D28, 4.
Aquiles: D8, 14; D25, 1, 8.
Arátor: D9, 14; D 22, 1.
Atanasio, san: M2, 46, 47, 50.
Ausonia: M1, 26.
Avieno: M6, 18, 21.
Avito: M3, 173, 174.

balear, onda: M3, 110.
Bárbara: M6, 23.
basilisco: D6, 8.
Boecio: M6, 21.
Bonifacio: M2, 109.
Bonoso: M3, 35.
búlgaros: M1, 63, 66
Burcón: M3, 22, 23, 24, 25.
burgundios: M1, 54; M3, 139, 160, 163, 170.

Calcedonia, concilio de: D6, 4.
Camena: M6, 3 v. 2.
Camilos: M2, 130.
Cáncer: M1, 9.
Capraria: M3, 24.
Caribdis: M3, 192.
Cartago, concilio de: M2, 34, 40.
Casiano, san: D4, 5.

Castalia: D9, 6.
Castidad (virtud): M6, 7, 8.
Catón: M1, 30; M3, 135.
Cáucaso: D28, 2.
Cepasio: M2, 12.
Ceres: M1, 26.
Cetego: M6, 20.
Cicerón: M3, 135; M6, 11.
Cilicia (región): D21, 9.
Cinosura: D9, 2.
Circe: D24, 7.
Ciro: D6, 5.
Constancio: M4, 10, 14.
Constantinopla: D6, 4. (adjetivo): D6, 9.
Creador, v. Dios
Crispino: M3, 7, 19, 27, 34.
Crispo: M2, 21.
Cristo: M2, 4, 31, 47, 71; M6, 3 v. 11. Señor: M2, 8, 10, 71, 88, 97, 107, 108, 111, 129, 131, 133; M3, 82, 95, 105, 126, 140, 145, 163, 194; M4, 15, 24, 39; M9, 7; M10, 7; D1, 17; D2, 5, 7; D 3, 5; D4, 6; D6, 3, 6.
Curios: M2, 130.

Danubio: M4, 7.
Dárdano: D28 v. 1.
David: M2, 16; M3, 63, 144 (2), 194.
Decios: M2, 130.
Delos: D9, 6.
Deuterio: D9, 11.
Diablo: M2, 108.
Dido: D28, 5.
Diomedes: D24, Tema v, 1.
Dios del trueno, v. Júpiter.
Dios: M1, 3 , 4, 50, 54, 55, 59, 67, 80(2), 91; M2, 5, 21 (2), 22, 26 (2), 27, 45, 48, 54, 57, 61, 66, 72, 74, 75, 77, 86, 88, 93, 94, 97, 101, 102, 105, 111, 112 , 113, 122, 124 (3), 126, 127, 129, 133, 134; M3, 12, 17, 25, 34, 36, 44, 56, 60, 63 (2), 64, 71, 80, 86, 87, 95, 101, 104, 117, 125, 126, 129, 130, 134, 144, 146, 155, 163, 167, 175, 178, 195, 198, 199 (2); M4, 3, 19 (2), 21, 25, 26, 28, 34; M5, 1, 2(2), 3 (2), 7 *(passim)*, 8, 14, 16 *(passim)*, 17, 18, 19, 21, 22, 27; M6, 1, 2, 15, 26; M7, 1, 3, 7, 9, 11 (2); M8, 1, 2; M9, 2, 4; M10, 4, 8; D 1, 18, 19; D2, 1, 2, 4, 5(2), 6, 10 (2); D3, 1, 2, 4 (2); D4, 3, 6; D5, 8, 10; D8, 15; D10, 10; D11, 5, 6(2); D12, 12; D 19, 5; D22, 1, 5, 12. Autor: M4, 2; M8, 2. Creador: M1, 3, 80; M2, 44; M4, 3, 36; M5, 2, 4, 23; M7, 3; M9, 1; M10, 2 (2), 5; D4, 1; D5, 9; D6, 3; D7, 10; D8, 3. Dispensador: M1, 3. Moderador: M5, 4. Padre: M9, 6; D2, 10; D22, 1. Providencia: M1, 51; M 10, 3 (2); D21, 35. Rey supremo: M2, 133. Señor: M2, 17, 18, 24, 32, 33 (2), 36, 39, 42, 44, 45, 52, 54 (3), 96, 98, 102,

106, 129; M3, 63, 72, 86, 194 (2), 195; M4, 7, 33, 40; M5, 12 (2), 29; M7, 3; M8, 2; M9, 1, 2, 8, 9, 10, 11; M10, 5, 6, 8, 9; D1, 17; D2, 9; D5, 7.
Dioscuros (Cástor y Pólux): D21, 28.
Dioses (paganos): M1, 45, 81. M2, 107(2), 129, 130; M4, 13 (4); D2, 7 (2); D16, 1, 7, 8; D19, 7; D20, 7; D21, 16 (2), 19(2); D22, 5, 7(2), 8, 12; D24, 1, 8; D25, 1, 2, 3, 4(2), 5 (2); D27, 1.
Dispensador, v. Dios.

Egeo, mar: D12, 4.
Elías: M3, 175.
Eliseo: M2, 51.
Emilia, vía: M3, 191.
Eneas: D21, 21.
Enotrios: M3, 139.
Epifanio: M3, 4, 7, 22, 27, 28, 34, 40, 43, 57, 77, 79, 82, 88, 89, 105, 124, 136, 142, 151 (2), 152, 153, 169, 175 (2).
Erebo: D 15, 5.
Erimanto, bosques de: D27, 2.
Esaú: M2, 29.
Escila: M3, 192.
Escipión, Publio Cornelio: M2, 131; D21, 22.
Escitia: M1, 9.
Espíritu Santo: M3, 4 (2), 190; M4, 6; D22, 1.
Estécades, islas: M3, 93.
Estefanía: M6, 25.
Estigia, laguna: D25, 5.
Estrella de la mañana: D9, 2.
Eulalio: M2, 109.
Eurico: M3, 80, 85, 89.
Eusebio: D11, 5.
Eutiques: D6, 3.
Evangelio: M2, 52; M3, 28.

Fabios: M2, 130.
Faustino: M2, 34.
Fausto: M6, 18, 21.
Fe (virtud): M6, 9.
Federico: M1, 55 (2).
Festo: M6, 19.
Fidel (mártir): M4, 18.
Firmino: D8, 4.
Flaviano: D6, 4.
Focaria: M3, 7.
Fortuna: M1, 44.
francos: M4, 13.

Galeno: M5, 10.
Galia: M3, 80, 171, 173. galos: M3, 85, 149, 174, 183.
gelonos: M6, 9 v. 9.
gépidas: M1, 29, 33, 60, 61.
Geroncio: M8, 3.
Ginebra: M3, 174.
Glicerio: M3, 79, 80.
Godigisclo: M3, 174.
godos: M1, 62, 66, 67; M3, 80, 118.
Gramática: M6, 11, 13.
Grecia: M1, 11, 63.
Gregorio de Nacianzo, san: D8, 14.
Gunderit: M1, 61.

Gundobado: M3, 140, 152.
Harduico: M 1, 62.
Héctor: D25, 8.
Hércules: D27, 1(2), 2.
hérulos: M1, 53; M4, 13.
Hijo, de Dios: M5, 1, 29; D22, 1.
Hipócrates: M5, 10.
Hircania: D28, 2.
Honorata: M3, 76.

Idalia, diosa de, v. Venus.
Iglesia: M1, 77; M2, 17, 25, 43, 63, 68 (2), 86, 89, 95, 97, 103, 108, 111, 130, 139; M3, 32, 34, 37, 45, 151, 173; M6, 25; M7, 6; D1, 20, 25 (2); D2, 10 (2); D3, 4, 5; D6, 3, 6; D8, 13; D9, 6, 17, 19.
India: D8, 6.
Isaías: M2, 96.
Israel: M3, 31.
Italia: M1, 46, 60, 61, 72, 92; M2, 59; M3, 52, 63, 88, 94, 109, 138, 154, 157 (2), 163, 171; M4, 15; M5, 20; M6, 24. itálicos: M3, 141, 157, 170.

Jacob: M2, 29, 30, 54.
Jerónimo, san: D8, 14.
Jerusalén: M2, 44.
Jesucristo: D2, 10; D5, 9, 11.
Jónico, mar: D12, 2.
Juan, apóstol, san: M2, 116.
Juan Bautista, san: D4 (2), 5.
Judá: M2, 22.
Judas: M2, 8.
Juno: D28, 3.
Júpiter: M2, 108. Dios del trueno: D28, 3. Dios supremo: D25, 4.

Lacio: M3, 163; D8, 12. (adjetivo): D9, 7.
Laconio: M3, 168 (2), 169, 171.
Lario, lago (de Como): M4, 18.
Leda: D21, 28.
León: M3, 85, 89.
Leoncio: M4, 4.
Lerins, isla de: M3, 93; M4, 37, 38.
Lerna, laguna de: D27, 3.
Lero, isla: M3, 93.
Licerio: D8, 4.
licia: D28, 4.
Liguria: M3, 53, 60, 72, 81, 107, 121, 130, 138, 141, 162, 174, 187. ligures: M3, 182, 185.
Lorenzo (mártir): M3, 152.
Lorenzo (obispo de Milán): M2, 77, 125; M3, 123, 124; D 1, 5; D2, 9; D9, 18.
Lorenzo (papa cismático): M2, 125.
Lucas, san: M2, 114.
Luminosa: M3, 77, 97.
Lyon: M3, 151, 171.

Mambres: M2, 127.
Manlio: M1, 85.
Mario (presbítero): M4, 16, 17.
Marón, v. Virgilio.
Marte: M6, 11, 14; D18, 10.
Mauro: M3, 7.
Máximo (obispo de Pavía): D3, 3.

Menelao: D25, 5.
Méroe: M1, 9.
Milán: M3, 36, 41, 53, 109; D1, 17. milaneses, M3, 75.
Minerva: D20, 2, 6.
Mirocles: M3, 7.
Modestia (virtud): M6, 5, 6.
Moisés: M2, 51; M3, 31; D4, 2; D5, 10.
morinos: M6, 9 v. 10.
Mundo: M1, 63 (2).

Nepote: M3, 80 (3), 81, 88, 91, 94.
Nestorio: D6, 3.
Nueva Alianza: M2, 51.

Odoacro: M1, 25, 36, 39, 51, 52; M3, 101, 106, 109.
Olibrio: M3, 79.
Olimpo: D13, 8. (adjetivo) D5, 2; D11, 1.
Orestes: M3, 95 (2), 100, 101.
Oriente: M3, 110, 111.
Osa: M1, 82.

Pablo, san: M2, 8, 44, 55, 67, 117, 121; D1, 5; D2, 8. Doctor de las gentes: M3, 15; D1, 15: D5, 6. Apóstol de las gentes: M5, 1.
Padres, de la Iglesia: M2, 34, 58.
Palas: D8, 6; D20, 3.
Pancaya: M9, 7.
Panonia: M4, 12.
Papa: M2, 81; M7, 11. (Símaco): M2, 10, 11, 19, 29 (2), 37, 49, 53, 56 (2), 60, 61, 63, 67 (2), 77, 80, 84 (2), 101, 104. Vuestra Santidad: M8, 3. Vuestra Autoridad: M8, 5.
Parcas: D25, 3.
Paris: D26, 3, 4.
Parma: M3, 191.
Partenio: D10, 4, 9, 11.
partos: M6, 9 v. 10.
Pascua: M3, 73.
Pasión del Señor: M3, 31.
Paterio: D13, 4, 5, 6, 11.
Pavía: M3, 4, 7, 34, 39, 42, 43, 54, 57, 73, 83, 94, 95, 110, 111, 118, 121, 127, 147, 177, 193.
Pedro, san: M2, 21, 24, 44, 93, 95, 96, 110, 121; M7, 11; D2, 8; D6, 6. Basílica de, M2, 84.
Pedro Mongo: D6, 5.
Pedro (obispo): M2, 77.
Pegaso: D12, 4.
Pelagio: M3, 107.
Pela: M1, 79; M3, 176.
Pesto: D8, 6.
Piacenza: M3, 100.
Piéridas: M6, 3 v. 8.
Pitzia: M1, 62 (2), 64, 68.
Pléyades: D9, 2.
Po, río: M3, 21, 184.
Probino: M6, 20.
Probo: M6, 21.
Proterio: D6, 5.
Proverbios, libro de los: M2, 36.
Providencia, v. Dios.

Quérilo: M1, 79.
Quintiliano: D 21, 1, 2.
Quirón: D8, 14; D25, 6.

Rávena: M3, 123, 183, 191.
Redentor: M2, 44, 46, 91, 112; M3, 72, 126, 133, 145, 199; M7, 11; M10, 7, 9; D1, 17.
Retórica: M6, 16, 17.
Ricimer: M3, 51, 53 (2), 56, 58, 60, 61, 64, 65, 67, 68, 70, 74, 79.
Roca de las iglesias, v. Sumo Pontífice.
Ródano, río: M3, 151.
Roma: M1, 25, 30, 48, 56, 60, 72; M2, 11, 12, 60, 84, 107 (2), 120; M3, 51, 58, 73, 74; M8, 5; D1, 20. Adjetivo: D7, 2.
Romano Pontífice: M2, 47, 59, 62, 84.
rugos: M1, 25; M3, 118, 119.
Rusticio: M3, 38.
Rústico: M3, 151.
Rutilio: M1, 85.

Saba: D8, 6.
Sabiduría divina: M2, 36.
Sabiniano: M1, 68.
Saboya: M3, 172.
Sagrada Escritura: M3, 30, 31, 83.
sajones: M4, 13.
Salomón: M2, 54.
Samuel: M2, 45 (2).
sármatas: M1, 35.
Satanás: M2, 9; M4, 37.
Saúl: M3, 144.
Secundino: M4, 7.
Señor, v. Dios, Cristo.
seres: M1, 89.
Serrano: M1, 17.
Severino: M4, 9.
Severo: D13, 4, 5.
Siagria: M3, 173, 174.
Silvestre: M3, 35.
Símaco, v. Papa.
Símaco: M6, 19, 26 v. 2.
Sínodo romano M2, 7, 28, 32, 53, 56, 76.
Sirmio: M1, 60, 69.
Sirtes: M1, 30.
Sodoma: M2, 17.
Sumias: M3, 21.
Sumo Pontífice, M2, 16, 110. Roca de las iglesias, M2, 63.

Taransia: M3, 177.
Tarento: M6, 17 v. 7.
Telina (valle): M4, 15.
Teodorico: M2, 83; M3, 109, 111, 122, 179; M5, 20.
Tesalia: M3, 55.
Timoteo: D6, 5 (2).
Tolosa: M3, 80, 85, 92.
Torcuatos: M2, 130.
Traserico: M1, 61, 62.
Trinidad: M4, 7.
Troya: D21, 22; D25, 8.
Tufa: M3, 111.
Turín: M3, 146.

Ulca: M1, 28.
Úrbico: M3, 135.

Valeria (ciudad): M4, 7.
vándalos: M1, 70.
Venus: D20, 3, 6; D28, 1, 5. vv. 1, 3. Diosa de Idalia: D28, 1.
Verona: M1, 39.
Víctor, san (mártir): M5, 14, 27.
Víctor (obispo de Novara): D2, 2.
Víctor (obispo de Turín): M3, 146, 153, 164.
Vienne (ciudad): M3, 173.
Virgen: M9, 6.
Virgilio: Marón: D8, 14.

Yannes: M2, 127.

Zacarías: D4, 5.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN GENERAL 7
I. Biografía 7
II. Obra literaria 13
III. Lengua y estilo 15
IV. Características 19
V. Pervivencia de su obra 22
VI. Transmisión del texto 24
VII. Publicación y ediciones 26
VIII. La presente traducción 33

BIBLIOGRAFÍA 37
1. *Ediciones, traducciones y comentarios* 37
2. *Diccionarios y libros de consulta* 38
3. *Artículos* 39

SIGLAS 43

INTRODUCCIÓN, MISCELÁNEA (OPÚSCULOS) 47
1. *Panegírico de Teodorico* 47
2. *Libelo contra quienes osaron escribir contra el sínodo* 52
3. *La biografía del obispo Epifanio de Pavía* . . . 57
4. *La biografía del monje Antonio* 62

5. *Acción de gracias sobre su vida. (Confesión)* . 65
6. *Paraenesis didascálica*.................... 67
7. *Decreto sobre los compañeros de vivienda* ... 71
8. *Petición por la que fue liberado Geroncio*.... 71
9, 10. *Bendición del cirio pascual*............ 72

Opúsculo I.............................. 75
Opúsculo II.............................. 119
Opúsculo III............................. 175
Opúsculo IV.............................. 245
Opúsculo V.............................. 263
Opúsculo VI.............................. 277
Opúsculo VII............................. 295
Opúsculo VIII............................ 303
Opúsculo IX.............................. 307
Opúsculo X.............................. 315

Introducción, declamaciones.................. 323
A. Sagradas............................ 326
B. Escolares............................ 329
C. Controversias......................... 334
D. Éticas.............................. 342

Declamación I............................ 347
Declamación II........................... 359
Declamación III.......................... 365
Declamación IV........................... 369
Declamación V........................... 373
Declamación VI........................... 379
Declamación VII.......................... 385
Declamación VIII......................... 391
Declamación IX........................... 399
Declamación X........................... 409
Declamación XI........................... 415

Declamación XII 419
Declamación XIII 427
Declamación XIV 433
Declamación XV 437
Declamación XVI 441
Declamación XVII. 447
Declamación XVIII 451
Declamación XIX 457
Declamación XX 463
Declamación XXI 469
Declamación XXII. 487
Declamación XXIII 495
Declamación XXIV 497
Declamación XXV. 503
Declamación XXVI 509
Declamación XXVII 513
Declamación XXVIII 517

Índice de nombres 521